HISTORIA

DIARIO DE 1808. EL AÑO DE LA CONSPIRACIÓN

Manuel Luengo, S.I.

Enrique Giménez López
Inmaculada Fernández Arrillaga (Eds.)

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

DIARIO DE 1808. EL AÑO DE LA CONSPIRACIÓN

MANUEL LUENGO, S. I.

DIARIO DE 1808.
EL AÑO DE LA CONSPIRACIÓN

ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ
INMACULADA FERNÁNDEZ ARRILLAGA (EDS.)

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Alicante, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

Publicaciones de la Universidad de Alicante
Campus de San Vicente s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
http://publicaciones.ua.es
Teléfono: 965903480
Fax: 965909445

© del estudio introductorio y notas: Enrique Giménez López e Inmaculada Fernández Arrillaga
© de la presente edición: Universidad de Alicante

ISBN: 84-7908-XXXXXXX
Depósito legal:

Diseño de cubiertas: Candela Ink
Corrección de pruebas: Luis Bagué Quílez
Composición: EN LÍNEA (enlinea@chdinformatica.com)
Impresión y encuadernación:

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO 9

DIARIO DEL AÑO 1808 (1.ª PARTE) 39
- Enero 41
- Febrero 61
- Marzo 101
- Abril 135
- Mayo 197
- Junio 241
- Julio 283

DIARIO DEL AÑO 1808 (2.ª PARTE) 325
- Agosto 327
- Septiembre 373
- Octubre 405
- Noviembre 451
- Diciembre 475

BIBLIOGRAFÍA 535

ÍNDICE ONOMÁSTICO 539

ESTUDIO INTRODUCTORIO

En una breve disertación manuscrita el jesuita catalán Francisco Gustá, un escolar del Colegio de San Pablo de Valencia en el momento de la expulsión en abril de 1767, se preguntaba, al cabo de tres décadas de exilio en Italia, cuál había sido el espíritu que había imperado en el siglo XVIII, y llegaba a la conclusión que se había vivido una centuria infectada por la insubordinación y el trastorno de todas las potestades[1]. La enfermedad había cobrado en la última década del siglo una virulencia extraordinaria, como si aquel espíritu pernicioso hubiera infectado todos los órganos del cuerpo social.

¿Cuál era, en opinión del jesuita, la causa del mal y de su rápida propagación? Su diagnóstico era preciso: tres sectas, que actuaban coordinadas pese a mostrar distinta apariencia, y nacidas o fortalecidas en el siglo, eran las responsables de la infección que destruía cualquier tejido de autoridad religiosa o civil. Las sectas de los francmasones, jansenistas y filósofos, confabuladas entre sí, habían propagado el espíritu de desorden que constituía la seña de identidad del siglo. La francmasonería era peligrosa por su secretismo pero, sobre todo, porque difundía ideas de igualdad y hermandad entre todos los hombres, que implicaban el trastorno del orden establecido y la destrucción de todo sistema civil y religioso; el jansenismo, católico sólo en apariencia, también subvertía el orden eclesiástico mediante la defensa de un episcopalismo que hacía a los obispos iguales al Papa, a los párrocos iguales a los obispos, a los presbíteros iguales a los párrocos y, finalmente, a los seglares iguales al clero, autorizando así a estos últimos a administrar los bienes eclesiásticos e interpretar las Sagradas Escrituras[2]. Ya el jesuita Bonola,

1 Fernando GUSTÁ: *El espíritu del siglo XVIII descubierto a los incautos para preservativo o remedio a la seducción corriente*, en B. N. Ms. 12.979/14. Fue impreso, sin indicar su autoría, como apéndice a la traducción española del *Compendio de las Memorias para servir a la historia del Jacobinismo*, del abate Barruel, publicado en Mallorca, en la imprenta de Felipe Guasp, en 1814, vol. I, pp. 313-334.

2 Bernard PLONGERON: *Théologie et politique au Siècle des Lumières (1770-1820)*, Genève, 1973, pp. 23-29.

en su libro *La liga de la teología moderna con la filosofía*, había denunciado que aquellos que defendían que la autoridad en la Iglesia la confirió Jesucristo "a la universidad de los fieles", tenían como propósito último desembarazarse de la jerarquía eclesiástica[3]. Y finalmente la filosofía descreída, que también expandió la doctrina de la igualdad y había querido vincular los súbditos a su Príncipe mediante un contrato social imaginado. Las tres sectas se disfrazaban con distintas máscaras para lograr el objetivo de subvertir el orden: los fancmasones con la de la caridad, los jansenistas con la de la devoción[4], y los filósofos con la de la educación. Con esos disfraces habían logrado engañar a los reyes, que habían permitido que se extendiese la conspiración que estaba arruinando los tronos de Europa, y estaba próxima a acabar con la Monarquía española al comenzar 1808.

Las ideas conspirativas en el seno de la Compañía no eran nuevas, y contaban con una larga y sólida tradición, pues eran jesuitas los que con mayor vigor dialéctico se habían enfrentado a la filosofía moderna, al jansenismo y a la masonería. El P. François Garasse, en los inicios del siglo XVII, ya había señalado a los libertinos como ateístas apóstoles del Anticristo, y advertido de su peligro para la Religión, el Estado y la moral[5], en un precedente de los ataques que recibirán en el Setecientos los filósofos "a la moda" o filósofos "modernos". El jesuita francés Henri-Michel Sauvage había publicado en París en 1755 la obra *Realité du Project de Bourg-Fontaine*, en el contexto de la agitación religiosa y parlamentaria por los "billets de confession", que dio lugar a un violento conflicto entre el clero ultramontano y la magistratura filojansenista[6]. Trataba Sauvage de denunciar los propósitos de la conspiración, y su obra fue conocida en su exilio por los jesuitas españoles a través de la traducción italiana del también jesuita Antonio María Ambrogi[7], como le sucedió a Isla, Luengo y al propio Gustá. Según el texto, el abad de

3 Rocco BONOLA: *La liga de la Teología moderna con la Filosofía en daño de la Iglesia de Jesúcristo*, Madrid, 1798, p. 35. Sobre Rocco Bonola y la polémica que suscitó su traducción por Francisco de Paula Micón, véase Francisco SÁNCHEZ-BLANCO: *La Ilustración goyesca*, Madrid, 2007, pp. 85-86.

4 El jesuita Bonola ya había señalado que los jansenistas pretendían "hacer que desaparezca del mundo la Iglesia Católica, fingiendo sostenerla", en *op. cit.*, p. 119.

5 Gennaro Maria BARBUTO: *Il principe e l'Anticristo. Gesuiti e ideologia politiche*, Napoli, 1994, pp. 277-303.

6 Furio DIAZ: *Filosofía e política nel Settecento francese,* Torino, Einauidi, 1962, pp. 41-56, y Cyril B. O'KEEFE: *The Jesuits in France on the eve of supression*, Universidad de Toronto, 1986, ff. 224-225.

7 El P. Ambrogi había nacido en Florencia en 1713 y falleció en Roma en 1788. Fue profesor en el Colegio Romano y tradujo al italiano algunas tragedias de Voltaire. Cfr. Giuseppe PETRONIO (dir.): *Dizionario Enciclopedico della letteratura italiana*, Bari, Laterza, 1966, vol. I, p. 116.

Saint-Cyran, Jansenio, Felipe Caspean, Pedro Camus, Simón Vigier, Arnaldo de Andilly y un séptimo que fue el denunciador del plan, se habían reunido en 1621 en el monasterio cartujo de Bourg-Fontaine, en las afueras de París, donde acordaron "echar por tierra la religión cristiana e introducir el deísmo, y repartieron entre sí los medios de que se habían de valer para poner en práctica ese impío proyecto"[8].

Los jesuitas estaban convencidos de que la Iglesia y la Compañía de Jesús se enfrentaban a una colosal conspiración, una epidemia pestífera cuyos gérmenes inoculaban "los libros de los filósofos a la *dernière*"[9], alentada ingenuamente por los soberanos regalistas, y sostenida por la general ignorancia. Y Bonola había advertido la conjura de jansenistas y filósofos "para destruir de propósito deliberado la religión cristiana bajo muy diversa apariencia, y por cunículos"[10]. Las expulsiones sufridas por los jesuitas y su extinción en 1773 no eran otra cosa que una fase más de esa conspiración denunciada por Sauvage[11]y Bonola. Los conjurados, francmasones, jansenistas y filósofos eran "revolucionarios ex natura sua y maquiavelistas refinados". Conspiraban "para destruir a la Iglesia con la fuerza del Estado, y luego precipitar de lo más alto a los Reyes creando Repúblicas, y en las Repúblicas mandando sólo ellos, a sus amigos asalariados", como señalaba en la actualización que del texto de Sauvage hizo Gustá, y que se traduciría al castellano en 1814, con el regreso del absolutismo a España[12].

La Revolución francesa y, sobre todo, la invasión de Italia por Bonaparte en 1796, acentuó entre los jesuitas la certeza de la conspiración y su obligación de combatirla[13]. En 1792, el jesuita salmantino Francisco J. Miranda[14], misionero en San Miguel de Tucumán, escribió en Bolonia un largo manus-

---

8 Manuel LUENGO: *Diario...*, vol. XV, f. 608.

9 José Francisco de ISLA: Carta CXXXIII escrita en Bolonia a 25 de enero de 1778, en *Obras escogidas,* Madrid, Atlas, 1945, pp. 610-611.

10 Abate BONOLA: *op. cit.* p. 137.

11 El jesuita expulso Francisco Gustá trató, también, en 1795, de esta supuesta reunión jansenista, publicando *L'antico progetto di Borgo Fontana dai moderni giansenisti continuato e compito*, que fue traducido al castellano en 1828 con el título "El Sínodo de Pistoya como es en sí, o sea los jansenistas modernos convencidos de irreligión y de anarquía por el Sínodo de Pistoya", y publicado en el vol. 20 de la *Biblioteca de la Religión*, Madrid, D. E. Aguado, 1828, pp. 98-382.

12 Francisco GUSTÁ: *El antiguo proyecto de Borgo Fontana, continuado y cumplido de los modernos jansenistas*, Orihuela, Viuda de Antonio Santamarina, 1814, p. 18.

13 La conmoción de la invasión napoleónica de Italia fue tanta que Luengo dedicó a ese año un total de 1.300 páginas de su *Diario*, Cfr. Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA: *El destierro de los jesuitas castellanos (1767-1815)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004, p. 45.

14 Sobre Miranda, véase el opúsculo de Guillermo FURLONG: *Francisco J. Miranda y su Sinopsis (1772)*, Buenos Aires, Theoría, 1963.

crito titulado *El Fiscal fiscalizado* para dar cumplida respuesta a la consulta del Consejo Extraordinario de 30 de abril de 1767, donde se respondía a la petición de clemencia de Clemente XIII hacia los jesuitas españoles, y cuyo dictamen había sido redactado por Campomanes. Miranda desarrollaba con pormenor la teoría de la conspiración contra la Compañía, que, en su opinión, se había gestado en Francia por jansenistas, filósofos, libertinos y ateístas, y que "según el plan allí establecido el primer movimiento de la Máquina debía hacerse en España con la expulsión de los jesuitas". El primer intento fue instigar disturbios por el Tratado de Límites de 1750 firmado entre España y Portugal, que debía conducir a la expulsión de los jesuitas de los dominios de ambas coronas; al no lograrlo prosiguieron "los maquinistas su infernal fuego", y "prepararon y movieron ellos mismos aquella fatal sublevación de Madrid del 27 de marzo de 1766 [...] con una malicia de que el mismo Demonio apenas sería capaz", culpando a los jesuitas y logrado su expulsión[15]. Lorenzo Ignazio Thjulen, el guardiamarina sueco de una de las embarcaciones que transportaron a los jesuitas mexicanos de Cádiz a Córcega en 1768, quien se convirtió al catolicismo durante la travesía por el P. Iturriaga[16], e ingresó en la Compañía en 1770[17], tuvo una dedicación exclusiva a la causa de la contrarrevolución desde 1796, y en 1799 fue el primer traductor de Augustin Barruel, el ex jesuita francés que decía haber descubierto los orígenes de la conspiración de los "sofistas de la incredulidad y de la impiedad"[18], y cuya obra difundió Thjulen entre los jesuitas españoles de Bolonia, donde tenía su residencia[19]. Gustá escribió en 1794 una historia de las Cruzadas[20] con la pretensión de establecer un paralelismo entre los infieles de entonces y los herejes franceses, como quedaba explícito en una carta remitida a Godoy en la que decía que "la necesidad en que se halla la Europa de armarse contra los enemigos comunes de la religión, del trono y de la pública tranquilidad, me ha sugerido la producción del presente opúsculo"[21]. También Francisco Masdeu solicitó que el Papa declarase la Cruzada contra

15 Francisco J. MIRANDA: *El Fiscal fiscalizado*, Archivo de Loyola, parágrafos 204-206.

16 Niccolò GUASTI: *L'esilio italiano dei gesuiti spagnoli*, Roma, Edizioni si Storia e Letteratura, 2006, pp. 62-63.

17 Luengo lo consideró "un triunfo y gloria de la Fe y la Religión", en Manuel LUENGO: *Diario,* 3 de abril de 1774.

18 Paolo BIANCHINI: "Un mondo plurale: i gesuiti e la società francese tra la fine del Settecento e im primi decenni dell'Ottocento", en Paolo BIANCHINI (ed.): *Morte e resurrezione di un Ordine religioso. La strategie culturali ed educative delle Compagnie di Gesù durante la soppressione (1759-1814),* Milano, 2006, pp. 53-88.

19 Alessandro GUERRA: *Il vile satellite del trono. Lorenzo Ignazio Thjulen: un gesuita svedese per la contrarivoluzione*, Milano, Franco Angeli, 2004, p. 86.

20 Francisco GUSTÁ: *Saggio critico sulle Crociate*, Ferrara, 1794.

21 Miguel BATLLORI: *Francisco Gustá, apologista y crítico*, Barcelona, Balmes, 1942, p. 66.

los "perseguidores de Dios y del hombre" en 1796, haciendo a Pío VI un llamamiento directo e inequívoco: "intima a los Príncipes y a los vasallos que, o se unan contigo y con Dios, o se separen de Dios y de ti". Para Masdeu también existía una conspiración contra Dios, en cuyo centro se hallaba Francia, ya que sus planteamientos estaban presididos por la idea de que nada bueno había recibido España de su vecina Francia a lo largo de la historia, en una posición que su mejor conocedor, Roberto Mantelli, ha calificado de xenofobia catalizada por la invasión napoleónica de Italia en 1796, y de Roma en 1798[22]. Masdeu, con gran influjo entre los jesuitas exiliados, como puede apreciarse en las frecuentes y elogiosas citas que le dedica Manuel Luengo en su *Diario*[23], sentía un profundo desprecio por la rebelión, a la que consideraba intrínsecamente inmoral; por la democracia, generadora de desconcierto y desorden, y rechazó siempre la igualdad, en el mismo sentido en que otro jesuita tan distante de él como el abate Raynal[24] defendió la jerarquía y fue apologista entusiasta de la intolerancia[25]. La monarquía era para Masdeu buena por su propia naturaleza, y, si bien aceptaba que era una institución humana, la consideraba concedida y aprobada por Dios, y, en consecuencia, cualquier ataque a la Monarquía era agredir a una institución "lícita y santa"[26].

Lorenzo Hervás, cuyo prestigio entre sus antiguos compañeros de orden era extraordinario[27], desarrolló ampliamente su idea de la conspiración filosófico-jansenista en su libro *Causas de la Revolución francesa*, que, si bien no fue impreso hasta 1807, tuvo una amplia difusión manuscrita entre los exiliados jesuitas, como el propio autor lo manifestó en 1799[28], o por el testi-

22 Roberto MANTELLI: "Nationalism, xenophobia and catalanism in the writings of an enlightened catholic historian: Juan Francisco Masdeu, S.J. (1744-1817)", *Analecta Sacra Tarraconensia*, 55-56 (1982-83), pp. 209-252.

23 Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA: *El legado del P. Manuel Luengo S. I. (1767-1815): diario de la expulsión de los jesuitas de España, colección de papeles curiosos y varios*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 2003, 2 vols.

24 Según Raynal, "la quimera de la igualdad es la más peligrosa de todas en una sociedad civilizada. Predicar este sistema al pueblo no es recordarle sus derechos, sino invitarlo al asesinato y al pillaje", en Rolf REICHARDT: "Igualdad", en Vincenzo FERRONE, Daniel ROCHE (eds.): *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 87-99.

25 Escrito en 1796 con el título "Los franceses desembozados", sería publicado en 1811 con el título *Discursos sobre las pretensiones de la Francia*, Valencia, 1811; la cita en pp. 28-29. Véase Roberto MANTELLI: *The political, religious and historiographical ideas of Juan Francisco Masdeu S. J., 1744-1817*, New York-London, Garland, 1987, pp. 34 y ss.

26 Juan Francisco MASDEU: *Cartas a un republicano romano*, Madrid, Fuentenebro, 1814, pp. 58-61.

27 Antonio ASTORGANO ABAJO: "La biblioteca Jesuítico-Española de Hervás y su liderazgo sobre el resto de los ex jesuitas", *Hispania Sacra*, 113 (2004), pp. 171-268.

28 Lorenzo HERVÁS Y PANDURO: *Biblioteca jesuítico-española (1759-1799)*, Edición de Antonio Astorgano, Madrid, Libris, 2007, pp. 276-277.

monio de Manuel Luengo en su *Diario* correspondiente a 1794[29]. Hervás, con gran despliegue erudito, desarrollaba la tesis, muy difundida entre la publicística católica de fines del Setecientos, del nexo conspirativo entre las "execrables sectas" del jansenismo, la filosofía y la masonería, con lo que pretendía explicar la crisis revolucionaria y sus propósitos últimos: acabar con la religión cristiana y el orden político tradicional[30].

En las tesis conspirativas de los jesuitas[31], los que por candidez, ingenuidad o debilidad fueron engañados por consejeros taimados, tuvieron reservado un lugar de privilegio. Destacaron los monarcas españoles de la segunda mitad de siglo. Fernando VI, confundido por el duque de Alba, al que situaban como miembro de la secta filosófica, apartó a Ensenada del poder, y los jesuitas continuaban añorando en 1808 al que fuera su protector, pues eran conscientes de que su caída había sido el principio de la desgracia de la Compañía en España: "desde el abatimiento de aquel gran Ministro, que fue obra de la envidia de las naciones europeas, y algo también de la filosofía incrédula del infame Duque de Alba, ha ido siempre cayendo la Monarquía su crédito, su riqueza; y en medio siglo ha llegado a un sumo descrédito y su total ruina"[32]. El "incauto" Carlos III fue igualmente engañado por quienes organizaron el motín de 1766 con el único pretexto de perder a los jesuitas españoles, convenciéndole con embustes y maquinaciones que los ignacianos eran los principales enemigos del trono, "una imputación fundada en fábulas"[33]. Era un tópico frecuente entre los jesuitas difundir que el monarca había estado permanentemente engañado por sus colaboradores más próximos, como el confesor Eleta y sus ministros, que, a decir del P. Isla, le tenían "obsidiado"[34], pero a su criterio era el mismo rey quien había contribuido a

29 Manuel LUENGO: *Diario*, tomo XXVIII-2, f. 420.

30 Javier HERRERO: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, pp. 159-180; Simonetta SCANDELLARI: "La 'tesi del complotto' nelle *Causas de la Revolución de Francia en el año 1789* di Lorenzo Hervás y Panduro", en L. DOMERGUE y G. LAMOINE (eds.): *Après 89. La Révolution modèle ou repoussoir*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1991, pp. 35-48; y Charles PORSET: "Lorenzo Hervás y Panduro y la resistencia al cambio: el modelo contubernista", en *El mundo hispánico en el Siglo de las Luces*, Madrid, Complutense, 1996, tomo I, pp. 249-257.

31 Sobre la tesis del complot, véase Rafael OLAECHEA: "Napoleón visto por un jesuita español en Italia", en *Les espagnols et Napoleon*, Marseille, Université de Provence, 1984, pp. 127-174, y Marcelin DEFOURNEAUX: "Complot maçonnique et complot jésuitique", *Annales historiques Revolution Francaise*, 37 (1965), pp. 170-186.

32 Manuel LUENGO: *Diario,* 1 de abril de 1808, ff. 158-163.

33 Manuel LUENGO: *Diario,* 19 de abril de 1808, ff. 201-239.

34 Luengo denunciaba la labor de mentalización a que el "sencillo" Carlos III era sometido por Campomanes y los demás enemigos de la Compañía, "llenando bien la cabeza del sencillo Monarca de mentiras, calumnias, necedades y locuras, y su corazón de vinagre, de acíbar, de hiel y de veneno...", en Manuel LUENGO: *Diario...,* tomo XV, f. 744.

ello por su obsesiva dedicación a las actividades cinegéticas[35]. Según Miranda, Carlos III, "el pío y generoso Carlos", se resistió a la expulsión, y esa "resistencia del buen Rey llenó de rabia y despecho a los conjurados, y para oprimir a los jesuitas no repararon el ofender y turbar del modo más cruel e infernal la quietud del inocente corazón de su Soberano"[36].

El perfil de Carlos III se veía acentuado al dibujar el de su hijo Carlos IV, calificado invariablemente de "inocente", "sencillo", "desgraciadísimo", "infeliz", "pobre", y cuya "cortedad de talentos" había sido muy ventajosa para el éxito de la trama conspirativa. Instrumentos ambos, aunque ignorantes, de la conspiración, sus acciones y omisiones habían conducido a la Monarquía al desastre: "los pecados de Carlos III y IV, que han irritado al cielo contra sus personas y su familia, justifican de su parte el formidable castigo que ha descargado sobre ella". "Todo, en suma, se ha corrompido en los dos reinados de los dos Carlos, llamados felices por los impíos, y sin un trastorno general de todo, era imposible que en España se restableciera la justicia, la moderación y la pureza en la fe"[37]. La reina María Luisa era presentada siempre como de inteligencia muy superior a la de su esposo, al que dominaba, y blanco de todas las descalificaciones imaginables por sus pasiones incontroladas y sus ambiciones familiares, que acabaron por hacer de ella una pieza fundamental de las maquinaciones conspirativas. La reina, "que pensó por medio de Bonaparte ensalzar a su familia de Parma, y ahora se la ve abatida del todo por él mismo. Por ciega que esté esta Soberana con sus pasiones con el príncipe de la Paz y con otros, no puede menos de conocer que con sus paces, sus alianzas y amistades con los franceses ha perdido a sus tres hijas, y está muy cerca de perderse a sí misma y a toda su familia real de España"[38].

Entre los colaboradores indirectos de las sectas se incluyen a los integrantes de otras órdenes religiosas, que habían competido desde antiguo con la Compañía. La reina portuguesa María I, que por su giro a la política pombaliana desde su acceso al trono en 1777 contaba con la simpatía de los exiliados, no había dado el paso decisivo de declarar inocentes a los jesuitas portugueses por las malas artes de su confesor carmelita, y esa indecisión le había costado caer en las redes de los "astutos francmasones filósofos por-

35 Según Isla, "entregado mañana y tarde por la conservación de su preciosa salud al ejercicio de la caza", en José Francisco de ISLA: *Anatomía del Informe de Campomanes*, Prólogo y notas del P. Conrado Pérez Picón, León, Institución Fray Bernardino de Sahagún, 1979, p. 33.

36 Francisco J. MIRANDA: *op. cit.,* parágrafo 206.

37 *Diario,* 28 de mayo de 1808, ff. 308-336.

38 Manuel LUENGO: *Diario,* 20 de marzo de 1808.

tugueses", que la habían obligado a abandonar Portugal y embarcarse para el Brasil con la familia real, con la probabilidad de que en ese exilio americano se viera acompañada de secuaces, religiosos y laicos, de la conjura filosófica, "para continuar en tenerlos engañados y deslumbrados sin que jamás llegasen a entender las verdaderas causas de su opresión y destronamiento"[39]. Los dominicos inquisidores no habían perseguido adecuadamente los libros favorables a la filosofía, el jansenismo y la masonería entre 1760 y 1790, con grave perjuicio a la causa de la monarquía y de la religión[40], y todavía los jesuitas recordaban, al conmemorar cada año la intimación del Breve de Extinción de 1773, la celebración que hicieron los carmelitas, "con gritos y tamboriles, brincando y bailando, y con gran bulla y algazara, celebrando y aplaudiendo la dicha extinción de la Compañía", en el carmelo de Santa Ana de Roma, un lugar considerado por los jesuitas el "arsenal de todas las máquinas" por lograr la beatificación de Palafox, una cruenta batalla que en 1808 estaba ya desactivada. Y no era menor la animadversión que sentían por los escolapios, a los que consideraban aliados vergonzantes, pero activos, de las sectas anticristianas.

Los tres últimos pontífices habían también colaborado más o menos inconscientemente con los fines conspirativos de las sectas, que habían logrado engañar a "los incautos, débiles y condescendientes Pontífices Ganganelli, Breschi y Chiaramonti". Clemente XIV había vendido a la Compañía a cambio de Aviñón y Benevento, y para contentar a jansenistas y filósofos incrédulos, y Pío VI no se había atrevido a revocar la extinción, pese a la revolución republicana de 1798, que lo había expulsado de Roma. Era Pío VII, sin embargo, el más imprudente y el que tenía mayores responsabilidades. Había formalizado el Concordato de 1801, juzgado por los jesuitas como una cobardía de Roma[41], y honrado a Napoleón, prestándose a la pantomima de coronar en 1804 como Emperador, y en Nôtre-Dame de París, al que tan solo era "el jefe de esta raza de hombres sin religión"[42]. Para los jesuitas resultaba inconcebible que el Papa "haya creído a estos hombres, se haya fiado de ellos, les haya honrado y favorecido con paces, con concordatos, con coronaciones y consagraciones, y con otros cien favores espirituales, y aun temporales. ¡Pobrecito! En ocho años de su pontificado, o por lo menos en los primeros seis, casi no ha hecho otra cosa que favorecerles y darles gusto en todo, honrar y aumentar de muchos modos las fuerzas y poder de estos impíos ateístas que siempre han estado destruyendo y oprimiendo

39 Manuel LUENGO: *Diario,* 13 de julio de 1808, ff. 432-436.
40 Manuel LUENGO: *Diario,* 13 de agosto de 1808, ff. 518-523.
41 Rafael OLAECHEA: "Les espagnols…", pp. 143-145.
42 Manuel LUENGO: *Diario,* 21 de abril de 1808, ff. 240-249.

la Iglesia y la Religión, y se atreven ya a pisar sacrílegamente su misma sagrada persona"[43]. Esta conducta equivocada tenía su explicación en el inadvertido error de haber confiado en algunos cardenales "por mitad filósofos y por mitad jansenistas", como Ercole Consalvi, su Secretario de Estado en los primeros seis años de su pontificado, negociador del Concordato e impulsor del viaje del Papa a París para la ceremonia de la coronación y, por tanto, prelado que era objeto del mayor desprecio por los jesuitas. Para los exiliados, Consalvi "sólo ha pensado en teatros, en carnavales, en excavaciones, en bellas artes, y en amontonar dinero para todos, y aun para los franceses, oprimiendo a los pueblos con pesadísimas contribuciones, y así no ha hecho más que aumentar los motivos de indignación del cielo contra Roma, contra el Papa y contra el cuerpo de Cardenales, y hacer necesaria otra nueva opresión de todos". Eran cardenales como Consalvi los que habían engañado maliciosamente al Papa, pero también tenían su parte de culpa otros prelados que habían consentido, callado y aun colaborado con los enemigos de la Iglesia, como Francesco Carafa, Fabrizio Ruffo, Stefano Borgia y Leonardo Antonelli, acusados de estar "inficionados de filosofismo y jansenismo", de ser "parciales de los ateístas franceses"[44], e incluso del mismo Papa, que había seguido con docilidad sus pésimos consejos. Todos, de una u otra forma, habían "ayudado mucho a todas las sectas anticatólicas dominantes en la Francia para que se hagan cada día más poderosas y vayan, sin oposición alguna, avasallando a todo el mundo"[45].

El sentimiento de seguir formando parte de la orden religiosa que debía guiar al pueblo cristiano en el combate final contra el Anticristo[46] se mantenía vigente entre los jesuitas exiliados. Por eso se consideraban especialmente aborrecidos y perseguidos por quienes deseaban acabar con la religión cristiana, tanto por el convencimiento de su superioridad intelectual sobre las restantes órdenes, como por considerarse los mayores expertos en el conocimiento de las sinuosidades de la conspiración ateísta. No había duda de que la divina providencia estaba con ellos, para enfrentarse abierta y decididamente con la filosofía descreída.

La mayor parte de los jesuitas estaban ligados a esquemas interpretativos de los acontecimientos políticos en los que la providencia tenía un decisivo papel. Cuando la expulsión de los jesuitas de Nápoles, Luengo describió que aquel día, 19 de octubre de 1767, "se alborotó furiosamente el Vesubio

43 Manuel LUENGO: *Diario,* 3 de febrero de 1808
44 Manuel LUENGO: *Diario,* 2 de diciembre de 1808, ff. 806-809.
45 Manuel LUENGO: *Diario,* 3 de febrero de 1808.
46 Gennaro Maria BARBUTO: *Op. cit.*, pp. 78-80.

y empezó a vomitar fuego y materias derretidas con grande violencia y en una copia y abundancia extraordinaria". Aquel fenómeno fue "un castigo del cielo por la maldad que se iba a hacer con los inocentes Jesuitas"[47]. Y cuando en abril de 1796 Bonaparte inició la campaña de Italia, en toda la península se vivió una cascada de prodigios milagrosos estimulados por la propaganda jesuítica. El mismo Luengo relacionaba la multitud extraordinaria de milagros obrados en diversas imágenes del Salvador o de Su Santísima Madre en Ancona, Peruggia, Roma y en otras partes, y añadía que "con ellos y con las fervorosas misiones que se han hecho se han santificado las gentes y llevarán con mayor paciencia los males que han venido sobre ella y tomarán ánimo para defender la Religión"[48].

Cuando fue conocida la noticia de que José Bonaparte ocupaba el trono español, se consideró que era un castigo acorde con "los pecados de Carlos III y IV, que han irritado al cielo contra sus personas y su familia"[49], y creían ciertamente que únicamente dos circunstancias podían estorbar la consolidación del rey intruso en el trono: "los milagros del cielo, que no quiere permitir que la catolicísima Nación Española quede sujeta a los ateístas franceses; y una revolución, un ánimo y coraje de la misma que llegue casi al furor y despecho, y concebida por un celo ardiente de la pureza de la Religión, por una generosa lealtad a su legítimo Soberano, y por una suma indignación contra los impíos, viles y pérfidos Buonapartes y sus franceses"[50]. El 25 de julio de 1808, festividad de Santiago, los jesuitas españoles en Roma pidieron al apóstol que, como patrón especialísimo de la Monarquía y Nación española, así como en otro tiempo la había liberado "del yugo y esclavitud de los brutales moros o mahometanos", la liberase ahora "de caer en las manos de los impíos ateístas franceses". La defensa de Zaragoza era, sin duda, un milagro de la Virgen del Pilar, pues no se debía únicamente al esfuerzo de los aragoneses, "sino también como un maravilloso efecto de la gran protección de la Santísima Virgen que Zaragoza, sin artillería, sin tropa reglada, sin más murallas que una débiles tapias, haya podido resistir a los asaltos de la tropa de Napoleón"[51]. El premio de la victoria de la religión sobre el Anticristo sería la restitución de la Compañía, "para que sus hijos, como hacían antes, críen una juventud católica y de cristianas costumbres, y promuevan la Religión y piedad en todas clases de personas"[52]. Incluso la

47 Manuel LUENGO: *Diario de un destierro*... ver 10 de octubre de 1767.
48 Inmacualda FERNÁNDEZ ARRILLAGA: *El legado*... vol. 2, p. 364.
49 Manuel LUENGO: *Diario,* 28 de mayo de 1808, ff. 308-336.
50 Manuel LUENGO: *Diario,* 31 de julio de 1808, ff. 475-497.
51 Manuel LUENGO: *Diario,* 23 de agosto de 1808, ff. 545-557.
52 Manuel LUENGO: *Diario,* 31 de julio de 1808, ff. 475-497.

decisión de Napoleón de ir a España para reponer en el trono de Madrid a su hermano fue considerado como un instrumento de Dios, porque como Anticristo era ayudado por el infierno, pero "acaso más por el cielo, que le ha tomado por látigo y por azote para vengar injurias y para corregir el mundo católico y hacerle más cristiano y más piadoso"[53].

La conspiración que había llevado la revolución a Francia fue recreada para España, situándola en Madrid, mediados los años noventa del Setecientos. Allí, y en un lugar secreto, al que se calificaba indistintamente de conventículo o sinagoga, un grupo de francmasones españoles debatieron sobre el modo de hacer la revolución en la Península. Según Luengo, que se hizo eco de la noticia de este conciliábulo, se discutió si era posible con sólo españoles, o si era necesaria la ayuda francesa, escogiéndose esta segunda opción. El primer intento, según esta visión conspirativa, fueron los alborotos valencianos de 1801 contra las quintas para la formación de Milicias provinciales y las prestaciones señoriales[54], pero en 1808 las expectativas eran mucho mejores por la llegada de tropas francesas a territorio español y la traición de Godoy.

La obtención de noticias fue para los jesuitas exiliados un grave problema que se fue acentuando a lo largo de 1808. Los habituales retrasos de los correos por los fríos y nevadas de los inviernos se habían visto incrementados desde 1796 por la inseguridad generalizada en el tránsito de España a Roma o a las legaciones pontificias donde estos residían. Desde que a principios de febrero de 1808 las tropas francesas ocuparon Roma[55], las dificultades para la llegada de la correspondencia se hicieron mayores. Con anterioridad a los problemas del correo destinado a Roma, los franceses suprimieron los correos españoles a Génova, Nápoles y Florencia, y sólo podían remitirse cartas a estos lugares utilizando la posta francesa.

El 26 de febrero soldados franceses tomaron la oficina del correo público de Roma, y un reducido piquete se situó junto a la puerta de la oficina de la embajada española donde se despachaban las cartas llegadas de Madrid

53 Manuel LUENGO: *Diario,* 10 de noviembre de 1808, ff. 776-780.

54 Manuel ARDIT LUCAS: "Los alborotos de 1801 en el Reino de Valencia", *Hispania*, 113 (1969), pp. 526-542.

55 El 8 de enero de 1808 se rompieron definitivamente las negociaciones entre Napoleón y la Santa Sede tras exigir de Pío VII que los Estados Pontificios pasaran a formar parte de la Confederación italiana, el reconocimiento de José Bonaparte como rey de las Dos Sicilias, la aceptación del Código Napoleón, que un tercio del Colegio Cardenalicio estuviera compuesto por franceses, y la creación en Francia de un Patriarca independiente, en Bernard PLONGERON: "Les réactions d'un Pape aux liens: Pie VII face à Napoleon", en Giovanni Spinelli (ed.): *Pio VII Papa Benedettino nel bicentenario della sua elezione*, Cesena, Centro Storico Benedettino Italiano, 2003, pp. 317-350.

mediante el procedimiento habitual de colocar en el exterior la lista de los destinatarios para que acudieran a recogerlas. Los jesuitas que fueron a interesarse por la correspondencia que había salido de la Corte española el 15 de enero, se encontraron con que cuatro soldados franceses y un cabo vigilaban el acceso a la oficina de correos de la embajada, violando la jurisdicción española sobre la Plaza donde aquella se situaba. Manuel Luengo consideró que ese control del correo respondía al propósito de controlar las noticias procedentes de España, o las que se enviaran desde Roma: "de este modo conseguirán que en Roma no se sepa lo que vayan haciendo en España, y en España no se sepa lo que están haciendo en Roma"[56]. No dejaban los jesuitas de denunciar la contradicción en que caían los que decían defender los derechos del hombre, entre los que se encontraba la libertad de expresión, e impedían en la práctica cualquier manifestación que no les agradara. Y tras el control de las postas, también quedaron bajo vigilancia las imprentas, acción denunciada por los jesuitas, que señalaban que "sólo falta que prohíban el uso de la tinta y el papel para que ni en secreto y en el retiro de su habitación pueda ninguno notar sus insolentes y brutales tiranías para que llegue alguna noticia de ellas a los que vengan después de nosotros"[57].

El correo que salió de Madrid a mediados de febrero ya fue interceptado por las autoridades francesas, y abiertas las cartas que se consideraron sospechosas. Al que partió de Roma por la posta española a fines de febrero únicamente le fue permitido llevar las cartas de oficio, pues las de particulares, previamente censuradas, debían utilizar exclusivamente el correo francés. Cada lunes y viernes llegaba un correo de Francia a Roma, y solía llevar consigo cartas para españoles que habían llegado de España a Francia, con un incremento importante de la tarifa, y, desde luego, todas ellas violadas por las autoridades francesas[58].

Pese a todas estas dificultades no se interrumpieron totalmente los contactos entre los jesuitas y España. El correo llegado a Roma el 3 de abril, y que había partido de Madrid el 15 de marzo, trajo noticias de la creciente presencia de tropas francesas comandadas por Murat, y transmitían un gran pesimismo, pues, por lo general, daban por arruinada la Monarquía[59].

En ocasiones la información sobre las grandes convulsiones vividas en 1808 llegó con retraso y de forma inconcreta, y, a veces, contradictoria.

---

56 Manuel LUENGO: *Diario,* 26 de febrero de 1808.

57 Manuel LUENGO: *Diario,* 2 de marzo de 1808.

58 El 28 de mayo, Luengo anotaba en su diario que acababa de recibir tres cartas de España, "por las que han pagado en España 30 rls., y aquí he tenido que pagar 40 en el correo francés", en Manuel LUENGO: *Diario,* 28 de mayo de 1808, ff. 308-336.

59 Manuel LUENGO: *Diario,* 5 de abril de 1808, ff. 170-179.

Las noticias sobre el motín de Aranjuez del 19 de marzo llegaron de forma confusa a los jesuitas españoles en Italia el 5 de abril. El correo español, que salió de Madrid el 15 de marzo, comentó a su llegada a Roma que había dejado la capital "en una suma inquietud y agitación, aunque sin llegar a tumulto, y públicamente se gritaba contra el Príncipe de la Paz, tratándole de traidor al Rey y a la Patria, y le hubiera hecho pedazos el pueblo si dos días antes no se hubiera ido al Sitio de Aranjuez". Pero dicho correo, durante su viaje, había escuchado rumores de que en los días posteriores a su partida había acontecido un suceso de gran importancia, y que no se llegó a concretar, pero que podía suponer que un motín había acabado con el dilatado período de Manuel Godoy en el poder. Los jesuitas esperaron con ansia la llegada de nuevas noticias de Madrid que confirmaran sus sospechas[60]. Especulaban que la caída de Godoy podía dar al traste con los planes de Napoleón de apoderarse de la Monarquía.

Los acontecimientos madrileños del 2 de mayo se conocieron en Roma hacia el 28 de ese mismo mes, pero únicamente por gacetas francesas que hablaban de millares de muertos españoles y de tan sólo quince o veinte franceses[61]. De hecho, el *Diario de Madrid* había pasado a manos francesas el 10 de mayo, convirtiéndose en un diario nacional con el propósito de crear una opinión favorable a la nueva administración[62]. Cuando Luengo, el 12 de junio, anotaba que había recibido tan sólo cuatro cartas desde España, pudo comprobar que habían sido interceptadas, y sus corresponsales no daban noticia alguna de interés porque ya le indicaban que no escribían de ningún acontecimiento, porque en ese caso la carta no pasaría la censura francesa. Sólo en una de ellas, fechada en Barcelona el 25 de mayo, pudo deslizarse la frase "ayer se supo aquí auténticamente lo de Bayona", sin ser más explícita[63]. Otros canales podían dar mayor información, como las cartas que recibía el jesuita valenciano Antonio Conca, residente en Génova, del también ex jesuita Antonio Tomás Cobos, que, en su condición de preceptor del príncipe Luis, hijo de la reina de Etruria, se encontraba en Fontainebleau, junto a Carlos IV

60 Manuel LUENGO: *Diario,* 5 de abril de 1808, ff. 170-179.

61 Según Celso Almuiña, *Le Moniteur* y la *Gazete Nationale* dieron cuenta el 11 de mayo de que las bajas francesas fueron 25 muertos y entre 40 y 50 los heridos, en Celso ALMUIÑA FERNÁNDEZ: "El Dos de Mayo Madrileño. Las reacciones de la opinión pública", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo y sus Precedentes*, Madrid, Capital Europea de la Cultura, 1992, pp. 483-501.

62 Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ: "Prensa y política. El *Diario de Madrid,* de marzo a diciembre de 1808", en Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO y Margarita ORTEGA LÓPEZ (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1995, vol. 3, pp. 465-474.

63 Manuel LUENGO: *Diario,* 12 de junio de 1808, ff. 361-366.

y María Luisa. Sus noticias eran comentadas con mucho secreto por los casi 250 jesuitas españoles que residían en Roma, temerosos de que espías franceses los denunciaran como propagadores de noticias de España contrarias al nuevo rey José I. A fines de septiembre el general Miollis, comandante de las tropas francesas en la Ciudad Eterna, se entrevistó con el embajador español para que este recordara a los jesuitas españoles la estricta prohibición de hablar de los acontecimientos de España, especialmente a Hervás, que, en su condición de Bibliotecario del Papa, solía acompañar a Pío VII en sus paseos por los jardines del Quirinal. El Secrtario de la Embajada, Francisco Elejaga, giró visita a la Casa del Gesú para insistir a los jesuitas allí residentes de las serias advertencias de la primera autoridad francesas en Roma, y el propio Luengo dejó de practicar su costumbre de reunirse cada tarde en las ruinas del Foro con otra media docena de jesuitas españoles para evitar ser acusados de estar hablando y "regocijándose" de las cosas de España, porque temía "que le arcabucearan en una plaza pública"[64].

Desde la llegada a Madrid de José I, el correo pasó por una cierta normalización en sus frecuencias, sobre todo el que debía transportar la valija diplomática. No obstante, los jesuitas se quejaban amargamente de estar sumidos en la oscuridad, y teniendo que interpretar las noticias que ofrecían las gacetas francesas e italianas. "Cuánto siento no poder hablar de las cosas de España sino a tientas", se lamentaba Luengo a primeros de agosto. Por las gacetas pudieron conocer del viaje de José Bonaparte desde Bayona a Madrid, pero faltaba conocer cuál había sido el recibimiento de los madrileños. Una carta de Madrid, fechada el 17 de julio, que pudo pasar los controles sin ser leída contaba que las campanas de la villa habían repicado, "pero de malísima gana y forzadas"[65].

Pero estas cartas eran excepcionales. La queja habitual era que los franceses habían logrado levantar un muro casi impenetrable, por lo que "no llega carta de España a español alguno, o cuando más alguna de Vizcaya o de Guipúzcoa"[66].

En la cadena conspirativa Manuel Godoy era eslabón fundamental, "el gran instrumento de la secta"[67]. Su misión debía ser, desde su dominio en la Corte, arrinconar a la familia real y posibilitar la llegada de tropas francesas a Castilla la Vieja y Cataluña bajo el pretexto de invadir Portugal y poner sitio a Gibraltar, cuya penetración en la Península se inició en octubre de 1807.

64 Manuel LUENGO: *Diario,* 27 de septiembre de 1808, ff. 636-657.
65 Manuel LUENGO: *Diario,* 11 de agosto de 1808, ff. 511-518.
66 Manuel LUENGO: *Diario,* 19 de octubre de 1808, ff. 697-707.
67 Javier HERRERO: *Op. cit.* pp. 241-245 y 255.

Con anterioridad, el Príncipe de la Paz había adquirido nuevos títulos y cargos que se traducían en un incremento de su ya escandaloso poder: el mando de la armada como gran almirante, decano del Consejo de Estado desde enero de 1807, y, poco después, pasó a controlar las guardias que velaban por la seguridad del rey.

Una primera dificultad contra los planes de la conspiración filosófica fue el complot de El Escorial, de fines de octubre de 1807, urdido por el Príncipe de Asturias, Escoiquiz[68] y algunos elementos de la oposición nobiliaria, como el duque del Infantado[69], quien debía ser el sustituto de Godoy en caso de éxito, aunque el proyecto iba mucho mas allá porque buscaba también la abdicación de Carlos IV.

Desde el exilio jesuítico, el intento de El Escorial fue visto con indisimulada simpatía, aunque nunca se creyó en que su propósito último fuera la sustitución de Carlos IV por su hijo, sino únicamente la caída de Godoy. En opinión de los exiliados, el Príncipe de Asturias era una víctima mas del valido, y su única falta había sido la de recurrir a Napoleón contra los intentos ambiciosos del Príncipe de la Paz sin consentimiento del rey. No había duda entre los ex jesuitas de que Fernando había intervenido encabezando el complot, y sólo se había visto libre "por haberse humillado y haber pedido perdón a su padre". La absolución del resto de los implicados en la trama el 25 de enero de 1808 fue conocida en Roma a mediados de febrero. Luengo incluyó en su *Diario* el texto de la sentencia, y la consideró contraria a los íntimos deseos de Godoy, que se había limitado a castigar únicamente con el destierro de la Corte a los implicados ante el temor de que se produjeran tumultos en Madrid[70]. La imagen del príncipe Fernando como adalid de la oposición al usurpador Godoy estaba ganando a la opinión pública española en el interior y en el exterior[71].

La entrada de tropas francesas en España, "hasta el corazón de la Monarquía", no cesaba, y el mariscal Moncey había llegado a Burgos el 10 de febrero[72], Dupont a Valladolid poco después, ocupando Duhesme el castillo

68 García Cárcel lo considera hombre "clave en la Conjura de El Escorial", en Ricardo GARCÍA CÁRCEL: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2007, p. 75.

69 Francisco MARTÍ GILABERT: *El proceso de El Escorial*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1965.

70 Manuel LUENGO: *Diario,* 15 de febrero de 1808.

71 Emilio LA PARRA: *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, pp. 372-374.

72 Cristina BORREGUERO BELTRÁN: *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, Cajacírculo, 2007, p. 30.

de Montjuich y la ciudadela de Barcelona[73], y Darmaignac el castillo de Pamplona. Era la prueba, confirmada por el viaje de Murat en marzo hacia Madrid, de que la conspiración filosófica iniciada hacía más de cuarenta años con la expulsión de la Compañía estaba urdiendo sus últimos y definitivos hilos. Las pocas cartas llegadas de España no hablaban de otra cosa, pero los jesuitas se desesperaban ante la falta de perspicacia de los españoles, incapaces de apreciar los designios de los franceses en complicidad con Godoy: "yo se lo diría bien claro si estuviera por allá, pues es evidentísimo que van a consumar el proyecto de los jansenistas, francmasones y filósofos de Madrid, y a trastornar el trono, valiéndose de tanta tropa francesa para que la Nación se abata y se pueda hacer la Revolución proyectada antes del destierro de los Jesuitas por los Rodas, Campomanes y otros, sin derramar sangre de españoles. Triste e inútil consuelo, no pudiendo hacérselo comprender y creer a los que pudieran poner el remedio conveniente"[74]. Esa sutil percepción de las entrañas de los acontecimientos que los jesuitas creían poseer era la causante de que los impíos filósofos que rodeaban el trono de Carlos IV los mantuvieran apartados de España, impidiendo que iluminaran a los españoles sobre la "oculta y maligna conjuración" destinada a abatir el trono y oprimir a la religión. Era indudable que la ocupación de ciudades y plazas por los franceses se hacía con la complicidad de Godoy y de las autoridades militares que él mismo había nombrado, y era muy probable que fuesen "tan viles y tan traidores como él". Ahí estaba el ejemplo del Capitán General de Cataluña, conde de Ezpeleta, considerado criatura de Godoy por sus enemigos, que había hecho público un bando justificando la entrega a los franceses de castillos y plazas catalanas, ya que Ezpeleta estaba sometido a la mediatización del general francés Duhesme, que había entrado en Barcelona el 13 de febrero de 1808, y ocupado Montjuich y la Ciudadela el 29 de aquel mes[75].

Según el exilio jesuita, la conspiración secreta de Godoy con los franceses, francmasones y filósofos de Madrid y de otras ciudades españolas consistía en que entre 50.000 y 60.000 franceses, comandados por Murat, estuvieran a las puertas de Madrid en torno al 18 de marzo. Con anterioridad, Godoy

73 Antonio MOLINER PRADA: "Las repercusiones del 2 de Mayo en Cataluña", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo...*, pp. 437-454.

74 Manuel LUENGO: *Diario,* 8 de marzo de 1808, ff. 112-115.

75 Joan MERCADER: *Els Capitans Generals*, Barcelona, Vicens-Vives, 1963, p. 167. Artola menciona la indiferencia del Capitán General, "a quien se oyeron expresiones favorables al nuevo régimen", en Miguel ARTOLA: *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 63.

tendría que persuadir a Carlos IV de que debía trasladarse a Andalucía con su familia, para embarcarla en Cádiz con dirección a América, como habían hecho los Braganza portugueses. El pretexto era el peligro de una hipotética agitación del pueblo de Madrid contra Godoy y la Reina. Los jesuitas decían poseer noticias fidedignas de que en torno al 13 de marzo Godoy había hecho salir del palacio de Buen Retiro con dirección a Andalucía a Pepita Tudó, a la que llamaban "su mujer o concubina", cargada de inmensos tesoros[76]. La entrada de Murat en Madrid debía señalar el principio del triunfo conspirativo: "como jefe principal de los francmasones de España sabía muy bien que al acercarse el ejército francés a Madrid, la conspiración francmasónica y jansenística de la Corte, que es muy numerosa, corrompiendo como ella sabe al pueblo menudo, se desencadenaría y prorrumpiría con furor, con los acostumbrados gritos y clamores contra los Reyes, tratándolos de tiranos y pidiendo sus cabezas, libertad y mudanza de gobierno"[77].

Las noticias confirmaban que Carlos IV se había dejado convencer por Godoy, y que entre el 15 y 16 de marzo se prepararon coches y carruajes para el viaje de la familia real a Sevilla[78]. La fecha del inminente golpe de Estado no pasó desapercibida para los jesuitas: era la misma que la del motín de 1766, organizado por los mismos que ahora tramaban la nueva conspiración, "para engañar a Carlos III y perder a los jesuitas españoles". La última fase del complot se daría una vez que el rey hubiera huido a Andalucía. Sería entonces cuando Murat efectuaría su entrada en Madrid con 30.000 hombres, y en ese instante, a instigación de los jansenistas, francmasones y filósofos de la Corte, se pediría libertad y mudanza de gobierno y se clamaría contra el Rey, exigiendo su cabeza. Tras esa revuelta, la familia real no tendría más remedio que huir a América proclamando o bien una República o bien una Monarquía en otra familia, aunque en cualquiera de ambos casos quedaría "introducida la libertad de conciencia o, en materia de religión y triunfante, la filosofía incrédula". Por tanto, desde mediados de marzo se había puesto en marcha "la impía revolución filosófica" cuyo hacedor era Godoy, quien había alcanzado la privanza no sólo por la pasión amorosa de la Reina[79], sino

76 Conocemos que entre el 8 y 9 de marzo hizo preparativos para enviar a Andalucía dinero en oro y diamantes, y que entre el 13 y el 16 remitió desde sus residencias en Madrid varios carruajes con objetos propios de valor en dirección al Puerto de Santa María, y que, en efecto, Josefa Tudó intervino activamente en esas tareas Cfr. Emilio LA PARRA: *Manuel Godoy*... pp. 381-2.

77 Manuel LUENGO: *Diario,* 19 de abril de 1808, ff. 201-239.

78 Sobre preparativos del viaje a Andalucía, véase Francisco MARTÍ GILABERT: *El motín de Aranjuez*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1972, pp. 130-133.

79 Sobre la fuerza del rumor, véase Antonio Juan CALVO MATURANA: *María Luisa de Parma: Reina de España, esclava del mito*, Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 162-171.

también por "su estrecha unión francmasónica con los más autorizados franceses". Se daba por seguro en los ambientes del exilio que Godoy pretendía el trono, apoyando las pretensiones de su mujer, la duquesa de Chinchón, utilizando "cierto misterioso libro de bastardía de Carlos III, y con cierta Ley Sálica de unas Cortes", en referencia al auto acordado de 1713, que prácticamente eliminaba a las mujeres de la sucesión a la Corona, pero que había sido derogado en secreto por las Cortes celebradas en 1789[80]. Y si no podía ser rey consorte de España por chocar con otros designios de Napoleón, recibiría como pago a su traición el reino de Portugal con alguna provincia española anexionada.

Para los jesuitas existían grandes paralelismos entre las circunstancias españolas en los primeros meses de 1808 con las que se dieron en los momentos previos a la Revolución francesa. En ambas el despotismo era el sistema de gobierno de la Corte, donde el lujo exagerado obligaba a una fiscalidad agobiante; y tanto en Francia como en España la piedad y la religiosidad habían sido desplazadas, y la corrupción se había extendido por falta de una adecuada educación, consecuencia de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1762 y 1767. La divina providencia castigaba a aquellos tronos que habían expulsado y ayudado a extinguir a los jesuitas: Portugal, Francia, Parma, Nápoles, Roma y España.

Las noticias confirmando la caída de Godoy llegaron a Italia a mediados de abril. Para los jesuitas, "un extraño prodigio" había acabado con la conspiración de los franceses y el Príncipe de la Paz y había salvado a España: "el 17 la Corona, el Trono y la Monarquía toda estaban ya en manos de los impíos y usurpadores franceses, y el 20 estaba ya enteramente deshecho este proyecto inicuo"[81]. Las cartas que llegaban a manos de los jesuitas de toda España narraban el júbilo de la población por la caída de Godoy y la subida al trono de Fernando VII, un entusiasmo que también se propagó entre los jesuitas: "aunque desterrados, expatriados y tratados con tanta dureza y rigor a lo largo de 41 años, se veía en ellos tan grande contento y alegría por los presentes ventajosísimos sucesos como en los corazones y lenguas de los más leales y más castizos españoles, y en nosotros se añade otro nuevo gozo por ver a toda nuestra España, a nuestra estimadísima Patria, y a nuestra amada nación engolfada, por decirlo así, en un mar de consolación y de delicias, viendo con seguridad, ensalzado y colocado en el trono al amable príncipe D. Fernando, tan aborrecido y tan perseguido de las personas más autorizadas de la Corte"[82].

80 Juan Luis CASTELLANO: *Las Cortes de Castilla y su Diputación (1621-1789) entre pactismo y absolutismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990, pp. 227-228.
81 Manuel LUENGO: *Diario,* 19 de abril de 1808, ff. 201-239.
82 *Ibidem*.

Todo eran buenas noticias: la entrada triunfante del rey Fernando en Madrid, entre vítores y aclamaciones; el regreso del destierro del duque del Infantado y del canónigo Escoizquiz; y el nombramiento de personas favorables a los jesuitas en lugares estratégicos, como Sebastián Piñuela en la Secretaría de Gracia y Justicia[83],"porque es uno de los pocos, por no decir el único de los que andan cerca de la persona del Rey, que conoció, estimó y amó a los Jesuitas antes de su destierro, y que les estima y ama todavía, y así podemos esperar que en alguna ocasión oportuna de alguna luz el joven Rey sobre la causa de la Compañía". No podía imaginar Luengo que Piñuela se convertiría en pocos meses en un estrecho colaborador de José Bonaparte, formando parte de su Consejo de Estado[84]. Y si ascendían supuestos amigos de los jesuitas, caían con estrépito enemigos cualificados, como el Inquisidor General, Patriarca de Indias y Arzobispo de Zaragoza, Ramón José de Arce, que se hallaba en la cima de su carrera eclesiástica, y que anunció el retiro a su diócesis y su dedicación en exclusiva a tareas pastorales, aunque posteriormente sería un destacado afrancesado[85].

La llegada al trono del nuevo Rey era presagio de buenos augurios para los jesuitas porque sabría rodearse de españoles leales, "muy católicos y muy cristianos", dispuestos a restaurar la Compañía, por lo que había que esperar de él un gobierno muy distinto al de su abuelo y padre. El único riesgo era que los franceses llevaran adelante los propósitos revolucionarios utilizando las tropas existentes en España y, particularmente, las inmediatas a Madrid, apoyadas por españoles jansenistas, francmasones y filósofos, muy numerosos y con presencia en todos los sectores de la sociedad, incluso en la jerarquía eclesiástica y entre el clero regular y secular. Fernando VII no tenía ejército suficiente para enfrentarse al francés, pero debía mantenerse firme en Madrid, arropado por un pueblo entusiasta, y, desde allí, "por medio de algunos hombres fieles que girasen por las provincias, exhortarla y animarla a armarse del mejor modo que pueda, y lograría segurísimamente que en poco tiempo se presentasen a los ojos de la Francia, y de sus infieles vasallos, trescientos o cuatrocientos mil españoles armados de algún modo, y determinados a defender a toda costa a su amado rey D. Fernando, su trono y la Monarquía". Estos agentes, capaces de enfervorizar y armar al pueblo, podían haber sido los propios jesuitas, que, desde el exilio, lamentaban no poder realizar esta misión para la que se creían especialmente dotados.

---

83 José Antonio ESCUDERO: *Los cambios ministeriales a fines del Antiguo Régimen*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1975, pp. 42-43, y *Gaceta*, 19 de abril de 1808, p. 390.

84 Juan MERCADER RIBA: *José Bonaparte Rey de España*, Madrid, C. S. I. C., 1983, p. 140.

85 Maximiliano BARRIO GOZALO: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, pp. 205-206.

El viaje a Bayona fue conocido por los jesuitas a primeros de mayo por las gacetas francesas, cuyo contenido era desesperanzador: alababan a Godoy, ponían en duda la legitimidad de la abdicación de Carlos IV y llamaban Príncipe de Asturias a Fernando VII. Para el diarista Luengo, este tratamiento de las noticias era "una demostración para todos los que conocen la astucia y malignidad de los franceses, de que ya han discurrido y hallado medio y arbitrio para oprimir la familia real y destronar la Monarquía"[86]. A fines de mayo se conoció que también Godoy había sido conducido a Bayona por los franceses. Para los jesuitas era el inicio de la ejecución de un segundo plan conspirativo que venía a sustituir al que había fracasado en marzo por el motín de Aranjuez. El 28 de marzo supieron que José Bonaparte era el nuevo rey de España. Se confirmaba así el éxito de la conspiración, y los jesuitas señalaban a la reina María Luisa como la gran culpable del fin de la dinastía por haber creído en Godoy y confiado en los franceses. Era la antítesis de la admirada Carolina de Nápoles, la reina que se había enfrentado con coraje a la ambición napoleónica.

El 30 de junio se conoció en Roma la convocatoria de una Diputación general formada por 150 miembros de los tres estamentos, que debía reunirse en Bayona el 15 de dicho mes. Desconocían los jesuitas que a Bayona sólo pudieron acudir 65 diputados para la sesión inaugural, pero ya se establecieron tres grupos de asistentes: personas que habían acompañado a la familia real hasta Bayona, diputados llamados por Bonarparte y, el grupo más nutrido, formado por "aventureros voluntarios, hombres de partido que sin título alguna van a ayudar del modo que puedan a la consumación del triunfo de la impiedad en España, como con los dos hermanos Lardizábal[87], y un Colón, Consejeros de Castilla arrinconados, los vizcaínos Mazarredo y Urquijo, el poeta filósofo Meléndez, y otros semejantes"[88]. Por las gacetas europeas se fue siguiendo el proceso de elaboración, pues se iban publicando avances de su articulado. Gracias a estos canales de información, a los veinte y dos días de su refrendo el 7 de julio, los 146 artículos que componían el Estatuto Real eran conocidos y podían ser valorados por los jesuitas. Es especialmente interesante su punto de vista porque ya en su preámbulo el texto invocaba el nombre de Dios todopoderoso, y dedicaba su Título primero a la

86 Manuel LUENGO: *Diario,* 7 de mayo de 1808, ff. 268-282.

87 José María y Manuel Lardizábal y Uribe. El segundo, Consejero de Castilla desde agosto de 1792, era opuesto a Godoy, y, en 1809, tras su paso por el Consejo de Estado josefino, pasó a integrarse en el bando fernandino, donde destacó como absolutista, en Pere MOLAS RIBALTA: *Los magistrados de la Ilustración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, pp. 125-127.

88 Manuel LUENGO: *Diario,* 30 de junio de 1808, ff. 397-417.

Religión, proclamando la religión católica como la religión del Rey y de la Nación española, prohibiendo la libertad de cultos[89]. Existían antecedentes dignos de atención. Cuando fue aprobada el 4 de diciembre de 1796 la constitución boloñesa, la oposición de los jesuitas españoles allí residentes fue frontal[90]. No sólo se rechazaba por ser un calco de la francesa, sino porque pretendía imponer por ley lo que los jesuitas llamaban "indiferencia religiosa"[91], y Luengo, más radical, calificó de "constitución ateísta"[92]. Sin embargo, la constitución de la República Cisalpina proclamó en su artículo cuarto que se conservaría la religión católica, pero también los jesuitas la criticaron porque el artículo añadía que ningún habitante del territorio podría ser inquietado por sus opiniones religiosas siempre que viviese obedeciendo la ley[93]. Las referencias a Dios en el preámbulo y la proclamación del catolicismo como religión de Estado les pareció a los exiliados una mera concesión táctica e insuficiente. Se pretendía evitar que los españoles temieran cambios en materia religiosa con el nuevo régimen, porque los franceses y "los filosofastros legisladores en un cuarto de hora" sabían bien "que en este punto es necesario convencer perfectamente a la Nación española, pues sin este cuidado no se llega jamás a dominarla". Pero pensaban, desde su postura intransigente, que decir que el Rey respetaría y haría respetar la Religión era sólo una promesa hecha por el interés de dominar, y a lo mismo podría comprometerse "un turco o un ateísta"[94].

Los 93 españoles que votaron finalmente el Estatuto de Bayona fueron, por lo general, juzgados severísimamente. De Miguel José Azanza se dijo que "ni es cristiano, ni español, ni aun racional", pues era irracional "quien alaba a un bárbaro, a una bestia feroz que no respeta los derechos más legítimos y más sagrados de los demás hombres". Urquijo era un filósofo incrédulo enemigo de la Religión; de Pedro Cevallos se decía que era "un esclavo del Príncipe de la Paz"; y de Gonzalo O'Farill, un "filósofo sin religión", que había recibido la Secretaría de Guerra como premio a haber combatido junto a los franceses en Madrid el 2 de mayo. Sólo existían opiniones matizadas sobre José Mazarredo, al que reconocían su talento como marino, aunque empañado por su "mucha parcialidad por los franceses", y sobre el arzobispo de Burgos

89 Juan MERCADER RIBA: *José Bonaparte*... pp. 21-43.

90 Daniele MENOZZI: "Le chiese italiane e la rivoluzione: il caso di Bologna", en MENOZZI, Daniele (ed.): *La Chiesa italiana e la rivoluzione francese,* Bologna, Edizioni Dehoniane 1990, pp. 121-177.

91 Alessandro GUERRA: *Op. cit.* pp. 183-184.

92 Manuel LUENGO: *Diario,* tomo XXX, 2, ff. 390-403.

93 Alessandro GUERRA: *Op. cit.* pp. 188-190.

94 Manuel LUENGO: *Diario,* 29 de julio de 1808, ff. 458-474.

Manuel Cid y Monroy, quien recibió el juramento de la constitución revestido de pontifical. Tenía fama en el exilio jesuita de ser un prelado muy católico y afecto a la Compañía, pero algún extraño cambio se había producido en el arzobispo para justificar la "abominación" de Bayona.

El 17 de agosto ya circulaban por Roma copias de la constitución de Bayona traducida al italiano, y en otoño se planteó el dilema sobre el juramento a la Constitución y a José I, que algunos jesuitas intentaron esquivar con la rocambolesca pretensión de que eran "expatriados y desnaturalizados" desde 1767[95]. Pese a la amenaza de la pérdida de pensión a quienes no efectuaran el juramento, la esperanza la depositaban en que la exigencia fuera una mera formalidad, "de pura ceremonia, al aire y especulativa", pero que, en caso de que la amenaza tuviera visos de ejecutarse, se haría el juramento en evitación de males mayores[96]. Pero sólo prestaron el juramento el 18 y 19 de enero de 1809 algo menos de la mitad de los aproximadamente 120 jesuitas españoles que vivían en Roma. De los residentes en el Gesú prestaron el juramento 25 jesuitas y se negaron a hacerlo 30, entre ellos el P. Faustino Arévalo, y tampoco juró el diarista Luengo, y todos fueron arrestados por ello, aunque por poco tiempo[97]. En Bolonia no lo hicieron 21 jesuitas, a los que se desterró a Mantua[98]. Todo lo daban por bien empleado si su sacrificio podía servir para que la providencia "no permita que la catolicísima España sea subyugada por los impíos ateístas franceses, antes concediendo victorias a las fuerzas españolas, libere de su cautiverio a nuestro amable rey Fernando VII"[99].

Fernando, tanto como Príncipe de Asturias como cuando se convirtió en rey, era una esperanza para los jesuitas. Considerado víctima de Godoy y de sus parciales, era el último eslabón de los que habían sido zaheridos y perseguidos por quienes los jesuitas llamaban despectivamente "los abogados" en el último medio siglo. El triunfo de Fernando podía suponer la restauración de la Compañía, renacida de sus cenizas[100]. Masdeu finalizaba su manuscrito *Monarquía española*, redactado en los primeros meses de 1815, con este cántico a la restauración de la Compañía como pórtico a la felicidad de España:

---

95 Manuel LUENGO: *Diario,* 5 de noviembre de 1808, ff. 764-771.

96 Manuel LUENGO: *Diario,* 10 de diciembre de 1808, ff. 819-827.

97 Rafael OLAECHEA: "El cardenal Lorenzana y los ex jesuitas (Arévalo, Masdeu, Luengo, Bolgeni)", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 51 (1982), pp. 80-160.

98 José M. MARCH: *El restaurador de la Compañía de Jesús Beato José Pignatelli y su tiempo*, Barcelona, Religiosa, 1944, tomo II, pp. 431-433.

99 Manuel LUENGO: *Diario*, conclusiones al año 1808, ff. 926-927.

100 Así lo han manifestado historiadores de la propia Compañía, como el P. Frías, quien señaló que para los jesuitas "no había esperanza humana de restablecimiento de la Compañía en España, mientras no sobreviniera en la Corte un cambio radical", en Lesmes FRÍAS: *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia moderna de España*, Madrid, Razón y Fe, 1923, tomo I, p. 57.

"Si el rey tan deseado de los españoles, el rey enviado de Dios, el rey heredero de los grandes Fernandos; si llegara este rey como firmemente se espera a restaurar de su mano la felicidad de España, no habrá rey comparable con Fernando VII"[101].

El año ocho comenzó en Roma, donde residían más de un centenar de jesuitas españoles, con los más negros augurios. El 24 de enero Pío VII recibió un ultimátum para obligarle a entrar en una confederación italiana que cerrase el bloqueo continental a Gran Bretaña, cuyas condiciones resultaban inaceptables para el Pontífice[102], y que los jesuitas consideraban de todo punto rechazable porque dicha confederación sería un mero instrumento en manos de Napoleón y, además, abría la puerta para aplicar en los Estados Pontificios el Código Napoleónico, "como se va introduciendo, o lo ha introducido ya, en los Estados de la Confederación de Alemania o del Rin, y en algunos de la Italia, y acaso también ciertas leyes que contienen herejías"[103], un Código concebido, en su opinión, para corromper la religión católica.

La tarde del 1 de febrero entraban las primeras tropas francesas por la Porta del Popolo, y un día después un cuerpo de ejército ocupaba Sant'Angelo. Luengo fue testigo ocular de aquellos hechos, que trasladó a su *Diario* como presagio del cercano destronamiento del Papa, cuyo palacio del Quirinal fue cercado por las tropas del ejército imperial: "A las nueve de la mañana vi pasar desde las ventanas de mi casa un cuerpo de tres o cuatro mil hombres de tropa francesa, según parecía a la vista, y llevaba consigo un buen tren de artillería, como de doce o dieciséis cañones. La formación de este cuerpo, el modo de llevar presentadas las armas, y la colocación misma de los cañones, como también el andar por la ciudad al mismo tiempo algunos cuerpos de artillería con la espada desenvainada, todo indica ataque, invasión y batalla, y no hallando quien les resista, se sigue victoria, conquista de la ciudad y posesión de ella"[104]. Para los jesuitas se podía dar por extinguida la soberanía del Papa.

Amigos del orden y contrarios a lo que llamaban "la fastidiosa asquerosidad republicana", los jesuitas comprobaron pronto que aquellas tropas que comandaba el general Miollis eran disciplinadas y trataban con moderación a los romanos.

Desde el observatorio romano, aunque oscurecido por el control francés de las postas, los jesuitas pudieron ser testigos de acontecimientos que confirma-

101 Juan Francisco MASDEU: *Monarquía española*, R. A. H. Ms. 9-5660, f. 40.
102 Henri AURÉAS: *Un général de Napoleón: Miollis*, París, Université de Paris, 1961, p. 138.
103 Manuel LUENGO: *Diario,* 26 de febrero de 1808. Véase Alain PILLEPICH: *Napoléon et les italiens*, París, Nouveau Monde, 2002, pp. 89-110.
104 Manuel LUENGO: *Diario,* 3 de febrero de 1808.

ban que Pío VII era, en realidad, prisionero de los franceses[105]. Al tratar así al Papa, los jesuitas tenían la certeza que "se sigue y se va ejecutando el plan y sistema de la impía e incrédula filosofía de extinguir la Santísima Religión de Jesucristo". Para lograrlo había que destronar formalmente al Pontífice. Se había "reducido a la nada" el cuerpo cardenalicio, y únicamente cuatro prelados permanecían con el Papa encerrados en el Quirinal, y los otros cinco cardenales que residían en Roma, "más se los puede contar por muertos que por vivos" [106].

El 17 de mayo de 1809 Napoleón incorporó los Estados Pontificios a su Imperio, el Papa le excomulgó el 10 de junio, y el 6 de julio Pío VII fue apresado en su palacio del Quirinal junto a su Secretario de Estado, el cardenal Bartolomé Pacca[107], y enviado al exilio de Savona, en la Liguria[108]. Luengo anotó: "Roma está atónita y nada más", y añadió su particular lectura, en clave jesuítica, a un acontecimiento extraordinario: "esta es la paz dada por el Papa Ganganelli a la Iglesia extinguiendo la Compañía"[109].

Pese a las limitaciones impuestas por el control francés a las comunicaciones con España, los jesuitas conocieron, con mayor o menor retraso y precisión, los más importantes hechos de armas acontecidos en aquel inicio de la Guerra de la Independencia, y los valoraron con su peculiar militancia contrarrevolucionaria, en la que los franceses encarnaban el mal absoluto.

Los sucesos del 2 de mayo en Madrid se conocieron cuando el mes declinaba. Eran, por fin, la respuesta esperada del buen pueblo madrileño a los conspiradores y sus asechanzas, "un espantoso bramido, como un león", y existía la convicción de que el resto de los españoles seguirían su ejemplo empuñando las armas, porque "basta para creerlo conocer de alguna manera el carácter de la nación española". Sólo cabían dudas sobre las autoridades, corrompidas por la filosofía, colaboradoras de los franceses, "por haber sido colocados en ellos por el architraidor Príncipe de la Paz"[110].

A fines de junio la información con que se contaba ya dejaba adivinar que la revuelta se había extendido ampliamente, y que se luchaba con entusiasmo

105 Bernard PLONGERON: "Les réactions…".

106 Manuel LUENGO: *Diario,* conclusiones al año 1808, ff. 878-880.

107 El cardenal Pacca fue arrestado en Fenestrelle, donde coincidió con españoles también presos, en Pedro OLEA: "La Guerra de la Independencia y otros temas españoles en las Memorias del cardenal Bartolomé Pacca, Secretario de Estado de Pío VII", *Cuadernos de Investigación Histórica*, 11 (1987), pp. 231-246

108 Ferdinando MOLTENI: "La cattività savonese di Pio VII", en Giovanni Spinelli (ed.): *Pio VII Papa benedettino nel bicentenario della sua elezione*, Cesena, Centro Storico Benedettino Italiano, 2003, pp. 351-362.

109 Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA: *El legado...*, p. 555.

110 Manuel LUENGO: *Diario*, 28 de mayo de 1808, ff. 308-336.

por el rey Fernando y por la Religión. Una carta procedente de Valladolid, "que milagrosamente se ha escapado de las uñas de estos gavilanes", daba noticia sobre la batalla de Cabezón de Pisuerga, librada el 10 de junio, donde milicias españolas habían sido derrotadas por el poderío militar de los franceses[111]. Algunas otras noticias eran más favorables. En Aragón, el pueblo alborotado había impedido al conde de Fuentes, sobrino del P. Provincial José Pignatelli, tomar posesión de aquella Capitanía General, y la Virgen del Pilar había dado las primeras muestras, con sus prodigios, de su disposición a favorecer a los aragoneses. En Valencia, donde los jesuitas temían "alguna mayor frialdad por haber muchos franceses y estar algo más propagada la filosofía", había estallado un gran fervor antifrancés favorecido por el teniente general Carlos Osorio, conde de Cervelló[112], sobrino del jesuita Ignacio Osorio y Guzmán, que había sido Provincial de Castilla cuando la expulsión en 1767 hasta 1770 y, por lo tanto buen católico. De Santander se tenía información de que el obispo Rafael Menéndez de Luarca "con el crucifijo en la mano" se había puesto al frente de sus feligreses el 27 de mayo, lo que fue considerado en el exilio romano como "grande y utilísimo ejemplo, y si fuese seguido de los obispos españoles, como se puede creer de los más, estando sana la Nación en la fe, se puede esperar que sea tan grande el ímpetu y ardor de los católicos españoles contra los apóstatas franceses que merezca la protección del cielo, y con ella triunfará y salvará la Monarquía"[113]. Asturias volvía a ser la cuna de la Reconquista contra los ateístas. Un jesuita mexicano, Manuel Colón, había recibido casualmente una carta de la marquesa de Santa Cruz del Mercenado, escrita en Oviedo el 1 de junio, narrando lo sucedido allí, y cómo el pueblo se había alzado en armas pese a los esfuerzos del corregidor, el intendente y la Audiencia por aquietarlo. Según decía textualmente la carta, "una Junta o Congreso de los Diputados del principado de Asturias" había declarado que la Soberanía había recaído en el Principado al haber sido depuesto Fernando VII. Para los jesuitas esta noticia suponía un "paso importantísimo, pues con él se ha aquietado o deprimido el mando o autoridad de los togados de Madrid y del Principado, y de todos los demás que tuviesen alguna por el Príncipe de la Paz", lo que

111 Enrique MARTÍNEZ RUIZ: *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Sílex, 2007, p. 92.

112 Manuel ARDIT LUCAS: *Revolución liberal y revuelta campesina*, Barcelona, Ariel, 1977, pp. 123-132.

113 Sobre la actitud de los obispos españoles y Menéndez de Luarca, véase Maximilano BARRIO GOZALO: *El Real Patronato...*, pp. 236-242. Sobre el obispo Menéndez, la monografía de Ramón MARURI: *Ideología y comportamiento del Obispo Menéndez de Luarca (1784-1819)*, Santander, Librería Estudio. 1984.

consideraban indispensable para poder hacer una resistencia efectiva a los franceses. La Junta había nombrado al marqués de Santa Cruz, marido de la corresponsal, nuevo Capitán General del Principado, y se había solicitado formalmente la protección de Inglaterra. Pero era de Andalucía de donde llegaban ecos de un mayor entusiasmo. Se comentaba que el marqués de la Solana, comandante del ejército español en Portugal, había desobedecido las órdenes de Murat para dirigirse a Valladolid, y se había trasladado a Andalucía con 20.000 hombres, a los que se unió la tropa del Campo de Gibraltar, que cesó en su hostigamiento a los ingleses[114]. Se decía que el general Dupont, que se dirigía a Cádiz, "ha sido detenido a viva fuerza". Según Luengo, era tanto el entusiasmo "que ni cincuenta mil franceses bastarán para llegar a Cádiz"[115].

Los casos de violencia extrema contra los españoles colaboracionistas eran justificados y aplaudidos. Se supo que el pueblo de Cartagena "ha hecho pedazos al Exmo. D. Francisco de Borja y Poyo, Teniente General de Marina y Capitán General de aquel Departamento y algunos otros oficiales de Marina que se mostraban fervorosos en persuadirle que se sujetase a los franceses", sin que esa noticia los conmoviera, pues se trataba de malos españoles, como tampoco manifestaron reserva alguna a la muerte en Sevilla del general marqués de la Solana en extrañas circunstancias, que los jesuitas justificaron por "ser partidario de los franceses", cuando poco antes habían alabado su actitud de pasar a Andalucía con sus tropas, o la más cruel del mariscal de campo Miguel Cevallos en Valladolid, al que en el Campo Grande de la capital castellana "se le despedazó, y poniendo su cabeza en una pica la llevó como en triunfo por las calles de la ciudad". Luengo consideró que estos "furores del pueblo son en el día absolutamente necesarios, y ellos merecen muy bien por ser infieles a la Religión, el Rey a la Patria", y a todos los que están corrompidos con las máximas y filosofías francesas, y que han dado obediencia al "Rey filósofo francés"[116].

El 23 de agosto se esparcieron por Roma rumores de una gran victoria de los españoles, pero sin llegar a concretarse. Luengo recogía la expectación que se vivía en la ciudad, pues los romanos "en sus casas, en plazas, en las calles y en los públicos cafés, y muy de estudio a nuestras propias orejas, refieren con muy circunstanciadas particularidades victorias grandes, completas y casi definitivas de los españoles en esta y en aquella provincia de España"[117]. El 31 de

114 El general Castaños en San Roque inició contactos con los ingleses de Gibraltar, en Ricardo GARCÍA CÁRCEL: *El sueño...*, p. 105.

115 Manuel LUENGO: *Diario,* 30 de junio de 1808, ff. 397-417.

116 Manuel LUENGO: *Diario,* 26 de julio de 1808, ff. 452-458.

117 Manuel LUENGO: *Diario,* 23 de agosto de 1808, ff. 545-557.

agosto se confirmó la gran victoria de Bailén, recibida con entusiasmo por los jesuitas españoles: "Roma está asombrada y atónita con tan inesperado suceso", y se añadía para mayor gloria y asombro: "lo más portentoso de todo es la gran derrota que, por vez primera, han sufrido los ejércitos franceses, y la grave herida que los españoles han inferido al invencible Napoleón"[118]. La victoria sobre el ejército de Dupont y el abandono de Madrid por José I no podían explicarse desde el providencialismo jesuita únicamente apelando al valor de los españoles. Era inevitable el favor divino a la católica nación española: "Se habían observado algunos indicios de que la gloriosísima Virgen María, que es el canal de todas las gracias del Cielo, quería proteger a sus devotísimos españoles en esta importantísima y peligrosísima guerra, y ahora confusamente oímos hablar de favores y prodigios en esta gran batalla de Madrid de Nuestra Señora de Copacabana que se venera en la Iglesia de los agustinos recoletos de aquella Corte". Otro prodigio había acontecido en Loyola: "en la primera entrada de los republicanos franceses en la Guipúzcoa durante la Guerra de la Convención, ya mató con su dedo a todos cuantos entraron en su Santa Casa de Loyola, y ahora ha logrado la victoria de las armas españolas el 31 de julio, día de su festividad"[119]. Los jesuitas creían que los milagros favorables a la causa española causaban gran desazón a los franceses: "nada les turba tanto a estos apóstatas ateístas como las obras prodigiosas del cielo, que demuestran a pesar suyo la verdad de la Religión revelada de Jesucristo que ellos quisieran desterrar de este mundo, y por eso de un modo o de otro procuran destruirlas todas. Pero Dios puede más que ellos"[120].

El mes de septiembre fue de optimismo desbordado en la colonia de exiliados jesuitas de Roma, hasta el punto de acariciar una posible sublevación del pueblo romano contra los ocupantes franceses gracias al estímulo del ejemplo español. Pero en octubre el optimismo comenzó a trocarse en preocupación, pues llegaban noticias de que Napoleón se dirigía a España para reponer en el trono a su hermano José. La entrevista de Napoleón con el zar Alejandro I en Erfurt fue interpretada en Roma como prólogo del ataque francés a España. Una vez más se repetían los argumentos conspirativos, que ahora afectaban al monarca ruso: también el Zar estaba rodeado "de francmasones jacobinos que, como a otros príncipes, le engañan y le deslumbran, y le inclinan a favorecer estas infames sectas que han jurado la ruina de todos

118 Manuel LUENGO: *Diario,* 31 de agosto de 1808, ff. 561-593.
119 *Ibidem.*
120 Manuel LUENGO: *Diario,* 3 de octubre de 1808, ff. 663-670.

los tronos y de la Religión de Jesucristo que él y su Imperio profesan", y se auguraba su pronto destronamiento[121].

Tampoco contribuían al optimismo las noticias que llegaban sobre la composición de la Junta Central Suprema establecida en Aranjuez el 25 de septiembre, y que debía dirigir la lucha contra los franceses[122]. Los nombres de Floridablanca y Jovellanos no eran los que los exiliados hubieran deseado escuchar, ni los adecuados para la gran empresa de vencer a las sectas enemigas del trono y de la religión: "a mí y a otros les agrada poco esta cosa, porque, aunque sean hombres de talento e instrucción y de un ardiente españolismo, habiendo sido filósofos, aunque se muestren arrepentidos, y católicos y buenos cristianos, nunca tendrán aquel ardor de celo por nuestra Santa Religión que principalmente ha de dar fuerza a la nación española para resistir a los inmensos enjambres de ateístas franceses y de otras naciones que se preparan para oprimirla"[123]. La Junta, según los exiliados, debiera haber creado un tribunal de la fe que hubiera castigado a todos los enemigos de la Religión, y revocado la Pragmática Sanción que había expulsado a los jesuitas. Si así se hubiera hecho, "Javier les hubiera hecho frente y les hubiera echado de Navarra, y le hubiera acompañado San Ignacio desde Loyola para echarles de su Guipúzcoa, y les hubiera cerrado estas dos puertas de España"[124]. Ya comenzaban a percibirse los primeros resultados del error de haber recurrido a personajes de dudosa religiosidad, puesto que Moñino y Jovellanos eran, o por lo menos habían sido, "filósofos más o menos adelantados, y acaso consumados y perfectos". Al finalizar octubre, ya se decía que el fervor patriótico del verano se había enfriado, y la causa había que buscarla, de nuevo, en la traición de las clases más distinguidas, contaminadas de filósofos a la francesa, y que éstos, "exaltando lo mucho que se había hecho, la necesidad de tomar algún descanso, y de que mucha gente volviese a la siega y a otras labores de la campiña que se habían suspendido, haciendo aparecer, como de poca importancia, que los franceses se conservasen en la Cantabria [...] fueron la causa de que se enfriase aquel fervor e ímpetu de los españoles"[125].

El 30 de noviembre los jesuitas ya conocían que Napoleón, con un formidable ejército, se encontraba en España. Las gacetas francesas daban cumplida información, y los romanos partidarios de Napoleón imprimieron bole-

121 Manuel LUENGO: *Diario,* 7 de octubre de 1808, ff. 670-679.

122 Richard HERR: "Nación política y pueblo en el levantamiento de España en la primavera de 1808", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo...,* pp. 231-241.

123 Manuel LUENGO: *Diario,* 19 de octubre de 1808, ff. 697-707.

124 Manuel LUENGO, *Diario,* 28 de diciembre de 1808, ff. 842-852.

125 Manuel LUENGO: *Diario,* 31 de octubre de 1808, ff. 743-758.

tines que narraban las victorias del Emperador, y que Luengo afirmaba que "no les leo sin una santa indignación". Pese a conocer su intención propagandística, entre los jesuitas no había dudas de que la resistencia ante la potencia militar francesa era débil y condenada al fracaso. Nuevamente se acudía al recurso explicativo de la conspiración de los traidores. Si Napoleón había logrado cruzar el puerto de Somosierra, se debía sin duda a que "algún español afrancesado y filósofo sin religión hizo alguna vileza y facilitó la subida a los franceses", y si el Emperador había tomado Madrid con facilidad era porque el teniente general Tomás Morla había aceptado la capitulación "porque él era de particular confianza del infiel Príncipe de la Paz, y es hombre sin religión y filósofo incrédulo, y esta casta de hombres todo lo sacrifica al triunfo de la impiedad"[126]. Como siempre, la providencia había jugado en la caída de Madrid un papel decisivo. Los jesuitas hacían cábalas sobre la fecha de la toma de Madrid, el 2 ó 3 de diciembre, víspera o día mismo de San Francisco Javier, "y no sería la primera vez que se ha visto en su día algún suceso con señales bien claras de ser un terrible castigo".

Los sucesos del año ocho, que los jesuitas vivieron con extraordinaria intensidad en la Roma ocupada y con España sometida a motines, alzamientos populares y guerra abierta contra los franceses, vinieron a confirmar que todo ello era el resultado de una conspiración cuyo recorrido en España se había iniciado con la expulsión de la Compañía: "Primera, que los que han abatido el trono y oprimido a la familia real son los mismos que abatieron y oprimieron a los jesuitas españoles. Segunda, que oprimieron a estos con tanta anticipación, engañando con cien mentiras e imposturas al pobre Carlos III, porque temían que les embarazasen en la ejecución de su proyecto contra el trono. La tercera, que si se hubieran conservado los jesuitas en España los filósofos Alba, Roda, Campomanes, Moñino, Azara, Godoy y otros que les han ido sucediendo, no hubieran logrado abatir el trono y corromper tan enormemente la Religión en España"[127].

La Compañía como antemural del Trono y el Altar era un tópico muy aventado por los propios jesuitas, y que, como argumento definitivo, se consolidaría en el dictamen del fiscal del Consejo de Castilla, Gutiérrez de la Huerta apoyando su restauración, pues la expulsión había logrado "el lastimoso estado a que ha venido la educación pública en estos reinos, del escandaloso progreso que han hecho en ellos la irreligión, el libertinaje y los dogmas subversivos, con que los apóstoles de la impiedad y los sofistas de la rebelión han atacado sucesivamente la seguridad del Altar y el Trono, puesto en

126 Manuel LUENGO: *Diario,* 28 de diciembre de 1808, ff. 842-852.
127 Manuel LUENGO: *Diario*, ff. 909-910.

combustión la Europa y cubierto de horror, carnicería y crímenes todos los Estados del mundo católico, después que, por fruto de la más horrible y sacrílega de las conspiraciones, obtuvieran en la abolición de la Compañía de Jesús el suspirado triunfo de allanar la fortaleza inexpugnable levantada para contener sus progresos"[128]. Era como si por las líneas redactadas por el fiscal en 1815 fluyera triunfante el discurso de la militancia contrarrevolucionaria de la santa intransigencia jesuita, y se hiciera con ello homenaje a quienes, en las más difíciles circunstancias, se habían opuesto a los falsos ídolos de la libertad, la igualdad y la soberanía nacional.

La presente edición se basa en la transcripción de las dos partes del tomo XLII del *Diario de la expulsión de los jesuitas de España* escrito por el P. Manuel Luengo, y que en su conjunto suman 930 páginas; el manuscrito que se conserva en el Archivo Histórico de Loyola de la Compañía de Jesús, sección "Escritos jesuitas siglo XVIII". Se han actualizado la grafía y la acentuación, y se han corregido los errores detectados en la toponimia y en la onomástica.

128 Francisco GUTIÉRREZ DE LA HUERTA: *Dictamen del Fiscal D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, presentado y leído en el Consejo de Castilla (1815), sobre el restablecimiento de los jesuitas*, Madrid, Agustín Espinosa, 1845, p. 4.

DIARIO DEL AÑO 1808

(1.ª parte)

ENERO

En los dos años antecedentes de seis y siete del presente siglo decimonono, hemos dado principio a nuestro *Diario* con pronósticos funestos para Roma, y aun para España, y hemos mostrado grandes temores de su abatimiento y de su ruina. La de España no se ha visto porque no ha llegado el caso de la muerte del presente Monarca[1], y ya, como cansados de esperarla los que la desean y promueven, han llevado las cosas a tales términos que es casi evidente que en este año de ocho en que entramos, viva o muera el inocente y piadoso Carlos IV, será abatido su trono, despedazada y arruinada la Ilustre Monarquía española. Me acuerdo de haber sabido, muchos años ha, por canal seguro, y lo notaría en este escrito hacia los años de noventa y seis o noventa y siete, que en Madrid, en una lonja, sala o Junta de jacobinos o francmasones, se había tratado con mucha seriedad de la manera de hacer la revolución en España, si la harían por sí solos los españoles, o si la harían valiéndose de los franceses; y se escogió este segundo modo, y quisieron ponerle en práctica el año primero y segundo del siglo, dando principio a la revolución en el Reino de Valencia, y teniendo no poca tropa francesa dentro de España, y especialmente en Castilla la Vieja. No prendió bien el fuego de la rebelión o revolución valenciana, y no se aficionaron en Castilla a revoluciones, ni se movieron con la presencia de los franceses, y la cosa no tuvo efecto, y la tropa francesa, hecha la paz con los ingleses, se volvió a Francia el año siguiente. Ahora está todo en mejor disposición para emprender con buen suceso una revolución en España, y trastornar con ella el trono. Por tanto, viendo la Nación cada día más débil y más disgustada, el Rey sin tropa, la Corte sin paz y sin vigor, y llena España de tropa francesa, no puedo menos de temer mucho, y casi tener por cierto, viva o muera Carlos IV, que en este año octavo del Siglo sea abatido el Trono y trastornada la Monarquía; y puede ser que, aunque se haga la revolución, robando mucho los franceses, se derrame en ella poca sangre española, y se logre esta ventaja por la cual se movieron a determinar que se hiciese la revolución, valiéndose de la tropa francesa.

---

1 El Rey había estado muy enfermo en el otoño de 1806, temiéndose por su vida.

La revolución de Roma y trastorno del trono de los Papas en los dos años antecedentes ha estado ya casi a la vista y entre las manos, como se puede entender por lo que aquí se ha notado con toda verdad, y con la exactitud que nos ha sido posible. El año seis se suspendió por la guerra del Norte, que arrebató toda la atención y cuidado de Buonaparte y de toda la Francia; y no se tuvo el más ligero pensamiento sobre tal cosa hasta que por el mes de junio se hizo la paz entre los dos emperadores, Napoleón y Alejandro. Pero después de ella no se perdió tiempo, y en los últimos meses del año pasado todo ha sido inquietud y agitación, plegarias y oraciones, y no ha habido un día, por decirlo así, de quietud y de reposo, y se creyó con fundamento que de resulta del Congreso de Venecia en el mes de diciembre se daría el golpe decisivo. Mas no se dio, y antes por el contrario con las conversaciones de Luciano Buonaparte con el Papa se entró en alguna tranquilidad, que va durando en este mes de enero del nuevo año de ocho. Y tanto pudieran multiplicarse los negocios y ocupaciones del Emperador de los franceses, y tanto seguirse las providencias casi milagrosas del Cielo, que se pasase todo el año sin llegar al abatimiento de Roma.

Las novedades y trastornos que puede haber en otros países no nos importan tanto como las de Roma y España. Pero habrá necesariamente grandes, y acaso trágicos sucesos, de resulta de la guerra en el Continente contra el Monarca sueco, y de la guerra de mar de los ingleses contra casi todas las Potencias de la Europa, y no es del todo seguro que no se de principio a otra guerra en la Turquía. De todo se dirá en el discurso del *Diario* lo que vaya sucediendo, y demasiado se ve que este año de ocho en que entramos será como diecisiete o dieciocho de los antecedentes fecundo de tribulaciones y de trabajos para la Religión, para la Iglesia y toda su Jerarquía, y generalmente para todos los buenos. El Señor, sin duda, se compadecerá al cabo de todos, y lo hará presto; acaso lo hubiera hecho ya si se hubiera seguido la corrección y enmienda que Su Majestad pretende con tantos castigos y tribulaciones. Roma se ha dado poco por entendida en este punto, y España nada absolutamente. Pero acaso este año de ocho, en que comenzamos a entrar, les hará abrir los ojos a las dos. Dios lo haga, y salgamos una vez de tantas abominaciones en que han envuelto a la Europa católica las dominantes sectas anti-cristianas.

Día 2 de enero

En este día segundo del mes primero del año se ha empezado a cobrar la pensión para el primer trimestre. En su cobranza todo va como siempre, y aun aquella falta de atención en hacernos esperar para recogerla por casi cuarenta y un años hemos recibido nuestra pensión, y, generalmente con suma puntualidad, y, si bien corta, basta para no morirse de hambre y damos muchas

gracias al cielo y a nuestra Corte por este oportuno y necesario socorro. El semblante del nuevo año nos hace temer algunas nuevas dificultades en la paga de nuestra pensión; pues es fácil que sucedan tales cosas en España que nadie se acuerde de nosotros, como verisímilmente sucederá a los pobres jesuitas portugueses. El excelentísimo Pinto, embajador de Portugal en esta Corte, les ha dado la pensión acostumbrada para este primer semestre del año, y les insinuó, y ellos mismos lo conocen, que no sabe si podrá continuar en dársela en lo venidero. La familia real se ha ido a Brasil, como ya dijimos al fin del tomo antecedente, y, con tanta turbación de los mares y de la tierra, será bien difícil entablar comunicación y correspondencia desde el Brasil con Roma, y mucho más lo será para dicho efecto si los franceses se apoderan del gobierno de esta ciudad. Es pues muy temible que, aun teniendo muy buena voluntad su Corte de darles la pensión, queden sin ella por tiempo considerable y hasta que se ponga el mundo en algún orden y concierto.

Después de la última cobranza de la pensión, el año pasado, se ha concedido a dos la gracia de segunda pensión o pensión doble. Uno se llama Pérez[2] y es andaluz y fue jesuita de la provincia de Andalucía, y creo que salió al siglo antes de la extinción de la Compañía; el otro se llama Toda y es catalán y fue jesuita hasta el fin en la provincia de Aragón. Ninguno de los dos tiene mérito alguno literario, en cuanto yo sé, ni otro particular título para esta gracia, y las dos se han conseguido por empeños y recomendaciones, y la del primero tiene la circunstancia de no ser hombre anciano, ni enfermizo, y ganar por lo menos la comida, en el hospital de la Consolación en el que hace oficio de capellán. El segundo por este título de años y males no la desmerece del todo, aunque por lo menos hay un centenar que le iguala en este mérito, y otro muy largo que le excede, y ya nombramos en particular a un P. Lorenzo González[3] lleno de males y de edad de ochenta y cinco años, que con toda la recomendación de un señor conde, pariente del ministro Cevallos, no ha tenido todavía la fortuna de que se le conceda segunda pensión. Todo en este negocio, como en los más de los hombres, va sin equidad alguna y según el impulso de las pasiones humanas.

---

2 Es posible que el P. Luengo se refiera a Juan Andrés Pérez, nacido en 1737 en Jerez de la Frontera (Cádiz), y que se encontraba en el Colegio de Marchena en el momento de la expulsión. Había entrado en la Compañía en 1752 y era profeso de tres votos cuando, escapando de Córcega, solicitó la secularización a finales de 1767. Desde entonces vivió en Roma, donde escribió una obra titulada *Genethliacon in die natalis Serenissimi Galliarum Delphini* que el propio P. Luengo referencia en su *Colección de Papeles Varios*, t. 25, pp. 249-261.

3 El P. Luengo puede referirse a Lorenzo González Guerrero, nacido en Toledo el 2 de agosto de 1722 y destinado al Colegio de San Pablo de Granada en Santiago de Chile. Entró en la Compañía en 1738 y se secularizó en 1771. En 1798 regresó a España, y volvió a salir en cumplimiento de la orden de destierro decretada por Carlos IV en 1801. Falleció en Roma en 1810.

DÍA 8 DE ENERO

El ministro Vargas y, generalmente, todos los españoles estábamos con mucho cuidado y aun con temores de algún trastorno en España por no ver llegar el correo de Madrid, que salió de aquella Corte el día quince de diciembre. Mas al fin apareció anoche, y la causa de su tardanza ha sido puntualmente la que aquí se nos ofrecía, y fue el habérsele dado orden de venir por tierra a Italia para entregar algunos pliegos a la Reina de Etruria, de cuyo viaje a España ya se tendría noticia por el Gobierno, aunque en la nación aún se ignoraba su destronamiento, sucedido en Florencia poco después de la mitad de noviembre. En efecto, el correo de Madrid pudo entregar sus pliegos a la Reina de Etruria en Turín el veintinueve de diciembre, en el que llegó a aquella ciudad, habiendo salido de Milán el veienticinco, como ya se dijo en el tomo antecedente, y, según dice el mismo correo, pasaría el Moncenis el día dos de este mes de enero y, aunque no es necesario ni se ve causa o motivo razonable, pensaba llegar a la ciudad de Lion. Por este rodeo que ha debido hacer y porque varios días, especialmente en el Piamonte, no encontraba caballos en las postas, estando todos empleados o embargados para servicio del Emperador y de la Reina, ha tardado cinco o seis días más de lo acostumbrado.

En las cartas que nos ha traído, como ha sucedido ya algún otro correo, nada se dice de los asuntos antiguos de ventas de Bienes Eclesiásticos, ni de Visitas, o Capítulos de Regulares. Todos hablan, y hablan sólo de Portugal y de España. En todas las cartas se cuenta, se confirma o se supone la total conquista del Reino de Portugal hecha pacíficamente, por decirlo así, por la tropa española y francesa; y todo se ha hecho, efectivamente, según se contó en el tomo antecedente, entrando el general Junot en Lisboa el día treienta de noviembre, y en alguna otra carta se dice que la primera tropa que entró en aquella Corte fue la española, y lo dispondría así el Comandante francés, ya porque acostumbran los franceses ceder el honor de la primera fila en los lances peligrosos, y ya también porque han podido observar que los portugueses, no obstante su antipatía con los castellanos, reciben mejor a éstos que a los franceses; y la causa de esta preferencia no puede ser otra que el saber que los castellanos o españoles son cristianos católicos, y que los franceses son hombres sin religión, aunque hablen como si la tuviesen. La escuadra portuguesa, con ocho o nueve navíos, con toda la familia real y grande riqueza, salió al mar el mismo día veintinueve o treinta de noviembre, y, acompañada de algunos navíos ingleses, va caminando hacia el Brasil, y, para nueva aflicción de aquella afligida y desolada familia real, a pocos días de navegación, ha padecido una tempestad bastante fuerte, aunque se cree que no ha perdido nave alguna.

De España sólo dicen que están en una calma muerta, muy preñada, y sin saber en qué vendrá a parar y cómo se saldrá de ella. La familia real, aunque a la mitad de diciembre era ya tiempo de haber venido a Madrid, se mantiene en El Escorial, y acaso se la harán temer inconvenientes si viniera a la Corte. Por la Guipúzcoa va siempre entrando tropa francesa, y siempre se amontona otra de nuevo sobre aquella frontera, aunque para Portugal no puede ser necesaria. Por este otro lado del Rosellón se asoma también a la frontera de Cataluña con numeroso cuerpo de tropa francesa. La gente está aturdida y confusa al ver tanta tropa francesa en España y sobre sus fronteras, y, verisímilmente para deslumbrar a los españoles, se esparce la voz de que van a la conquista de Gibraltar. Todos hablan en sus cartas de viaje de Buonaparte a la Corte de Madrid, o a lo menos dentro de la monarquía y aun algunos insisten en que llevará una novia para el Príncipe de Asturias, si bien otros creen que ya se ha olvidado de este punto y concluyen del presente estado de las cosas que todo está puesto en manos de Buonaparte y todo se conservará en la presente inacción y oscuridad hasta que se vaya por ella. Ya se va descubriendo demasiado, como insinué en el tomo antecedente, que el remedio de ponerse el Príncipe de Asturias en manos de Buonaparte es peor que la misma enfermedad, que consistía en la oposición que podía hacer el Príncipe de la Paz al Príncipe de Asturias a la muerte de su padre Carlos IV. Veremos lo que nos va llegando de nuestra infeliz España.

Día 10 de enero

En los últimos días del mes pasado de diciembre, llegó noticia de la muerte en Liorna del P. Manuel Méndez. Antes del primer destierro de España y en Italia hasta la extinción de la Compañía, y después de ésta, tuvo siempre un proceder regular y piadoso, sin que jamás se hubiese visto en él, ni en el estado de secular, cosa alguna que desdijese de un hombre de buena y juiciosa conducta. El año de noventa y ocho se fue a España y se estableció en Santiago de Galicia, en donde tenía un primo que era canónigo en aquella catedral. Desde allí emprendió en segundo destierro, el año primero de este siglo, el viaje para Italia y, caminando casi doscientas leguas, vino al puerto de Alicante, y desde aquí vino a desembarcar en Liorna. Antes de ir a España, había vivido algunos años en esta ciudad y se había empleado, con gusto y con aplicación, en la administración del Sacramento de la Penitencia. Viéndose pues, a su vuelta de España, en la misma ciudad de la que había partido, resolvió quedarse en ella hasta morir y emplearse, como efectivamente ha hecho, en oír confesiones en una iglesia de Liorna, en la que ya era conocido y tenía muchos penitentes e hijas de confesión. Era natural de San Román, en el obispado de Orense, en donde nació a 16 de abril del año de 1735.

En cartas de Palermo de Sicilia, que acaban de llegar, se da aviso de la muerte en aquella ciudad del P. Francisco Azpuru[4], de nuestra Provincia de Castilla, y pudo suceder en los últimos días del mes de noviembre o primeros de diciembre del año pasado, y no ha sido poca fortuna que haya llegado tan presto la carta en que venía esta noticia. Era un sujeto amabilísimo, estimado y amado de todos, y no podía menos de serlo viéndose siempre, en su proceder y en sus acciones, un hombre piadoso, humilde, manso, pacífico y agradable. Al arribo de la provincia a la ciudad de Calvi, en la Córcega, el año de sesenta y siete, acabó el año de la tercera probación y, como otros jóvenes que no podían ser empleados en cosa alguna, se aplicó al estudio de las matemáticas y de cosas modernas y, en aquellas a las que estuvo dedicado, constantemente ha escrito un curso o suma que oigo alabar a algunos instruidos en esta ciencia y, si hubiere tenido tiempo y gusto para ponerla en castellano, sin diligencia alguna de su parte y sin gasto alguno, hubiera sido impresa en España, pues se ofreció a ejecutarlo el secretario Regis, que está al lado de este ministro plenipotenciario de la Corte de Madrid. Entró el P. Azpuru en todos los nuevos establecimientos o reuniones de jesuitas que se han hecho en estos años en Italia. Desde Bolonia fue al consistorio de Plasencia y allí enseñó algunos años matemáticas o física, o uno y otro. Desde Plasencia, el año de noventa y ocho, se fue a España y, a vuelta de tres años, en fuerza del segundo destierro, volvió a Barcelona y, desde aquel puerto, vinimos en una misma embarcación a éste de Civitavecchia y vino a establecerse en Roma. Fue buscado para enseñar las dichas facultades en el consistorio de Viterbo y, disuelto éste a vuelta de un año, se volvió a esta ciudad; y restablecida poco después la compañía en Nápoles, fue allá prontamente y creo que fue llamado y desde allí pasó con otros varios a la ciudad de Palermo, capital de la Sicilia, y a vuelta de algo más de dos años ha muerto. Era natural de Larrabería en el obispado de Calahorra y nacido a 11 de noviembre de 1740.

Día 13 de enero

Antes de ayer tuvo el Papa Consistorio secreto para la publicación de obispos, y parece que es el que se debía de haber tenido por el mes de diciembre del año pasado y se suspendería por la inquietud y temores en que estaban todos. Para España se ha publicado la iglesia y ya arzobispal de Venezuela o de

4 Francisco Azpuru estuvo al lado del P. Luengo durante los primeros años del destierro; de hecho salió con él de la casa de Panzano, en la que se habían establecido nada más llegar a la campiña boloñesa en 1769, pasando a residir en la de Lambertini. Cuando Luengo salió hacia España en 1798, fue a visitar al P. Azpuru a Plasencia y, como explica el diarista arriba, volvieron juntos en el segundo destierro a Roma, a bordo del *Minerva*. Durante la estancia en Palermo, en 1806, el P. Azpuru profesó el cuarto voto.

Caracas para el Sr. Narciso Coll y Prat, natural de San Pedro de Corneta, en el obispado de Girona, y se hubieran publicado los obispados de Barcelona y Albarracín si hubieran llegado, como se esperaba, los necesarios procesos. El cardenal Juan Castigloni ha sido publicado por obispo de la iglesia de Osimo en el Estado Eclesiástico, y el cardenal Julio Gabrieli para la de Sinigaglia, en el mismo Estado. En estas dos iglesias había cardenales, y es prueba de que sus rentas son bastante grandes, aunque, en estos tiempos calamitosos, más fácilmente se aplican los señores cardenales a colocarse en un decente obispado en el Estado Pontificio, que en los pasados de mayor lustre, prosperidad y abundancia en Roma, en los que por muchos lados tenían intereses, ventajas y emolumentos que ahora se han disminuido o perdido del todo.

El pensamiento de una promoción de cardenales va tomando cada día más cuerpo, y se cree que se van haciendo algunas disposiciones para poderla hacer por la Cuaresma, y ya se nombran algunos sujetos que serán seguramente promovidos a la púrpura. La conducta de Luciano Buonaparte con el Papa hace tener cada vez por más firme y más duradera la presente tranquilidad y les da ánimo para pensar en promociones y en otros proyectos semejantes. La víspera y día de la Epifanía o de los Santos Reyes, se ven en las calles de Roma muchas figuras ridículas, feas y negras, a las que llaman Befanas, y parece que serán alguna reliquia de la gentilidad y a lo menos es una aldeana soez y grosera, y parece que su destino es, como dicen en España de los cocos o enmascarados, el causar miedo y terror a los niños, y éstos, para contentar a la Befana y para que no les haga mal, piden a todos para regalarla y hacerla su amiga[5]. Tuvo pues Luciano la llaneza, familiaridad y confianza de llevar al Papa segunda vez sus niños, para que le pidiesen la Befana, como lo harían, y el Papa les haría con toda afabilidad sus regalitos, y aun oigo decir que en una de estas visitas hizo el Papa oficial o coronel a su hijo mayorcito, que tendrá siete u ocho años, y que se ha puesto al sombrero la cucarda o escarapela de los soldados papalinos. En cualquier otra clase de hombres estas familiaridades de Luciano con el Papa serían un indicio algo seguro de que no pensaban

5 La Befana es un personaje popular, típico en la epifanía italiana. En origen se vincula con las tradiciones campesinas en las que los ancianos representan el año que finaliza y la petición de regalos con los bienes que se esperan para el año que comienza. Según un popular cuento, cuando los Reyes Magos iban camino de Belén se perdieron, pidieron ayuda a una anciana que ni siquiera abrió su puerta para socorrerles, ni les quiso orientar. Más tarde, arrepentida, cargó una cesta con frutas y salió a buscarlos para que se las llevasen al hijo de Dios que buscaban. Como no los encontraba, fue llamando de puerta en puerta y regalando sus frutas a todos los niños que veía, por si alguno de ellos era Jesús. La leyenda sostiene que la Befana todavía hoy visita a los niños, la noche anterior a la epifanía, para entregarles obsequios. Se la representa como una bruja sonriente y cargada con un gran saco donde lleva sus regalos.

en hacerle mal y en oprimirle. Pero no lo son en esta raza de filósofos que han sabido despojarse perfectamente y de raíz de todo principio de religión, de equidad, de honradez y de vergüenza, y mañana oprimen a sangre fría a quien hoy halagan con finura, como acaba de hacer con la pobrecita Infanta de España Dª María Luisa, regente del Reino de Etruria, y con otros muchos.

DÍA 18 DE ENERO

Antes de ayer llegó nuestro correo de España, que partió de Madrid la noche del día 30 de diciembre, y no se ve que la familia real haya venido a la Corte, como era costumbre todos los años, y se estará verisímilmente en los montes friísimos y cubiertos de nieve de El Escorial, y toda la razón será, porque los que mandan en su nombre y están en grandeza por sus gracias y por sus sueldos y son sus mayores enemigos, como lo han sido constantemente desde que se metieron en el gabinete los abogados casi medio siglo ha, les persuadirán que, en estas circunstancias, no conviene que se deje ver en la Corte, y puntualmente le convendría mucho, a lo que yo puedo entender desde lejos, porque el pueblo de Madrid, que es leal y amante de sus soberanos, se enternecería mucho al ver al amable Príncipe de Asturias tan perseguido y tan indecentemente tratado, siendo en la realidad inocente, como se dice en muchas cartas, y aun se añade que la Nación está generalmente persuadida de su inocencia y era consecuente que se irritase contra sus injustos e insolentes perseguidores, y esto no le haría el caso al dominante Príncipe de la Paz y a sus parciales y amigos. Para esto y para otras muchas cosas le importa mucho haber puesto al lado del Rey, con el empleo de su confesor, al Ilmo. Amat, que le está muy obligado por haberle dado a él y a los suyos grandes rentas y, según el carácter que ha mostrado en su historia eclesiástica y en otras cosas, no hará mucha violencia a su corazón para servir al dicho Príncipe aun en daño y perjuicio del Rey y de su real familia.

La Nación, viendo como arrinconada a la familia real, al Príncipe de la Paz dominante en la Corte, y llenarse siempre más el Reino de tropa francesa, que a muchos millares entra todos los días por la Guipúzcoa, y se va internando por Castilla la Vieja, y se va siempre aumentando sobre la frontera de Cataluña, está cada vez más confusa y más aturdida, sin saber en qué vendrá a parar todo este extraño aparato de cosas, pues todos ven que esta tropa no es necesaria para Portugal y no creen que se piense seriamente en el sitio de Gibraltar, y basta para esto el camino que va llevando la dicha tropa, pasando de la Guipúzcoa y Álava a Castilla la Vieja. Todos suponen que irá Buonaparte a España, y no pocos esperan bien de este su viaje, y que la Monarquía quedará en un estado floreciente, y asegurada la sucesión en el trono del Príncipe de Asturias, y esto es prueba segurísima de que entre los espa-

ñoles buenos, como entre los buenos romanos, aun de la más alta esfera y entrando entre éstos el mismo Papa, hay muchos hombres que están muy lejos de llegar a conocer el carácter de estas gentes que están dominando el mundo, cuyo sistema es dominar ellas solas en todo el orbe, si fuera posible, y borrar en todo la religión revelada por Jesucristo. Infeliz España, que se va a ver en manos de tales monstruos, como lo es la Italia, por estar ya casi toda con ellos.

De otras cosas del Reino nadie habla, como que no hay más asuntos ni más negocios en la Corte y en la Monarquía, y como que todo está parado y estancado hasta que el Gran Buonaparte vaya a decidir de todo, y disponer de todo, según a él se le antoje. Siempre ponderan la felicísima conquista del Reino de Portugal sin resistencia alguna de los portugueses, y sin una gota de sangre; y suponen que el francés Junot va arreglando las cosas del gobierno, y ya se entiende que ahora, en los principios hay grandes jacaras y charlatanerías sobre respetar la religión y las propiedades de todos, y sobre la intención del Grande Emperador de los franceses de hacer felices a los pueblos. De la escuadra portuguesa, en que iba la afligida familia real, se asegura que entró en la isla de Madera para reparar los daños que había padecido en la tempestad que tuvo, poco después de su partida de Lisboa, y para recoger algunos víveres, pues se cree que no los llevaba muy abundantes por la precipitación con que se hizo todo en los últimos días de su embarco. Aquí no se ha hecho mudanza alguna en el palacio de Sr. Pinto, Embajador de Portugal, y conserva sus armas en la fachada del palacio. Pero hasta el mes de mayo o junio no podrá tener noticia de la llegada al Brasil de la familia real. Del Nuncio Pontificio en Lisboa, monseñor Lorenzo Galippi, se ha hablado hasta ahora en el público con incertidumbre, pero ya se puede asegurar que, aunque era intención del Santo Padre que siguiese a la familia real al Brasil él, enviando allá a su Auditor, por sus años y males se ha quedado en Lisboa y estará seguro de que será bien tratado de los franceses, pues los que le conocen le tienen por medio jacobino o jacobino entero; y la desgracia es que no es el único que ha habido entre los Monseñores o Prelados, ni aun entre los señores cardenales; y a Galippi su jacobinismo, si prosiguen las cosas en el mismo estado, no le servirá de impedimento alguno, y acaso le será de mérito para ser hecho Cardenal de la Santa Iglesia.

Día 21 de enero

En cartas seguras de Nápoles, de este último correo, se da noticia, en general, de nuevas supresiones de conventos de religiosos, y es preciso que así sea según el sistema filosófico de extinguir enteramente todo el estado regular. Los conventos de religiosos, nuevamente suprimidos en Nápoles, son ocho, y quién sabe cuántos serán en las provincias. De los dominicos oigo asegurar

que están dentro de Nápoles, reducidos a dos solos conventos, y acaso no son los mayores ni los más ricos, y con esta ocasión se les ha quitado uno de los principales. Se han reunido pues, en dos conventos, todos los que habitaban en doce o trece, a excepción de algunos que, por alguna razón particular, se han venido a Roma. Han perdido pues, los padres dominicos dentro de la ciudad de Nápoles, diez u once conventos con todas sus alhajas, muebles y haciendas; y lo peor será si a los que vivían en ellos no les dan alguna pensión, y se han de mantener todos con las rentas de los dos conventos que les han dejado, y en esto vendrá a parar aunque les hayan ofrecido pensión a los de los conventos suprimidos, y aun se irá más adelante, pues llegarán a perderlos todos, como les ha sucedido en otros países.

Sin acabar de suprimir los conventos de religiosos, han puesto ya las manos en los de las religiosas. En las mismas cartas se asegura que, en sólo Nápoles, se ha intimado la supresión a doce conventos de religiosas, y dos de ellos son de los principales por riqueza y por estar en ellos muchas señoras. Pero no puedo asegurar que uno de estos dos sea el de aquellas religiosas de Santa Clara que está cerca de la casa profesa de los jesuitas y que hizo sus diligencias, a lo que se creyó, para que la conservaran los religiosos franciscos y no la recobrasen sus dueños. Ahora habrán necesitado de protectores o, por lo menos, les necesitarán en adelante y no les encontrarán para conservar su propio convento. Parece que se las permite, a las monjas de los conventos suprimidos, que se retiren a otros conventos, y se supone que se las ofrece su pensión para poderse mantener en ellos. Será difícil que todas encuentren otros conventos de su orden y sucederá, como en otras partes, que se mezclen en una misma casa de varios y diversos institutos. Aun en hombres sería esta mezcla desorden y confusión, pues qué será en mujeres, por lo general, de corta capacidad para hacerse cargo de las tristes circunstancias en que se hallan y para acomodarse a ellas. Y una de estas circunstancias debe ser el persuadirse que ni aun así, mezcladas y amontonadas, les dejarán en paz, y que con otras mudanzas y supresiones vendrán a echarlas a todas a la calle.

Una providencia de parte del Papa que oigo asegurar es indicio seguro de que el gobierno de Nápoles ha suprimido, por decirlo así, en cuanto de él depende, a seis señores cardenales que son naturales de aquella Corte o Reino. El Papa ha señalado trescientos pesos duros al mes a los seis cardenales napolitanos, y son: Francisco Carrafa Trayetto, Francisco María Pignatelli, Diego Caracciolo, Fernando María Saluzzo[6], Luis Rufo Scilla[7] y Fabricio

6 El P. Luengo refiere, en 1784, su salida de Roma destinado como Nuncio a Varsovia, en su *Diario*, t. XVIII, p. 218.

7 Luigi Ruffo Scilla (1750-1832). Natural de San Onofrio, era hijo del Príncipe de Scilla y Campoflorido. Cardenal en el consistorio de 23 de febrero de 1801, pasó al arzobispado de Nápoles el 9 de agosto de 1802.

Rufo, porque a todos ellos se les han quitado todas las rentas eclesiásticas que tenían en el Reino de Nápoles y acaso también las que tuviesen por sus familias. Su pecado para con el Rey de Nápoles consiste en que no quieren reconocerle y hacerle juramento de fidelidad, pero los cardenales no pueden en conciencia hacérsele mientras que el Papa no le reconozca por Rey, y éste no quiere reconocerle porque no le pide la investidura, y se sujeta ha hacer a la Santa Sede el homenaje que han hecho por muchos años los Reyes de Nápoles. Esta nueva carga la ha venido, a la Cámara o Erario, de la parte de Nápoles, y otras la vienen todos los días por la tropa francesa que continuamente pasa por aquí, a la que se provee de todo de prestado, para nunca pagarse; y en estos días se ha hablado mucho de la petición de cincuenta mil pesos duros que ha hecho el Papa al general francés Limarrou, que le ha quitado las Provincias de la Marca y de Urbino, como que no le basta para su tropa lo que recoge en ellas, y el Papa se los ha negado, protestando que no los tiene, y yo creeré que por falta de dineros no se pagan a lo menos con puntualidad varios sueldos y pensiones que debe pagar la Cámara.

Por otro lado, nos ha venido de Nápoles en estos mismos días una comisión de no pequeño daño y perjuicio. El trastorno del reino de Portugal y del gran puerto de Lisboa es algún motivo, y se valen bien de él los romanos para que suba el precio de las cosas que vienen por la mar y especialmente de los géneros de la América. Otra causa de lo mismo nace de las grandes dificultades y embarazos en la navegación por los órdenes furiosos y violentos de la Inglaterra contra la Francia y de ésta contra aquella. Los ingleses quieren registrar todas las embarcaciones, aunque sean de una nación neutral, y que no esté unida con la Francia, y los franceses no quieren recibir en los puertos las embarcaciones que se hayan sujetado al registro de los ingleses, y si llegan a entrar no las dejan salir del puerto; y absolutamente han determinado que no salga al mar embarcación alguna que se halle en sus puertos, sea de la nación que fuese. Qué furor de hombres y qué despotismo tan bárbaro y absolutamente desconocido en el mundo hasta que han llegado a mandar en él los humanísimos y beneficencísimos filósofos que se enuncian a sí mismos como libertadores del género humano. Es tan absoluto este orden de los franceses de no dejar salir de sus puertos embarcación alguna, que este ministro de Madrid ha aconsejado y casi mandado al patrón de una barca catalana que está en este puerto de Ripa Grande que no salga al mar y se esté quieto, porque si entra en algún puerto en que mandan los franceses no le dejarán continuar su navegación y se habrá de estar en él inmóvil. Pero no piensa seguir el consejo del ministro y hace muy bien, pues si no se mueve de Roma aquí habrá de hacer los gastos que tendrá que hacer en un puerto de Francia, si se ve obligado a entrar en él por algún viento contrario o por librarse de algún corsario inglés y, efectivamente, no le permitiesen continuar su viaje.

En este estado de las cosas de mar, suficiente por sí mismo sin contar con la habilidad e industria de los romanos para que suba notablemente el precio de todas las cosas que vienen embarcadas, ha llegado repentinamente de Nápoles una o muchas comisiones o encargos pidiendo azúcares, cacaos, cafés y otras cosas semejantes a cualquier precio. En efecto, han andado varios comisionados por las tiendas de los drogueros, chocolateros y cafeteros, recogiendo de los dichos géneros todo lo que encontraban y pagando por ello todo lo que pedían, y así se ve que en Nápoles hay suma escasez y aun falta absoluta de los géneros de la América, que, para muchas gentes, son ya casi de primera necesidad. ¿Qué será pues la altura del precio al que han subido todos estos géneros americanos con este tumulto de comisiones de Nápoles?, sin decirlo se puede entender, y lo que menos ha subido, porque hubiese mayor abundancia, ha doblado el precio que tenía quince días ha. Se espera que se temple algo ese furor por haber llegado a Liorna algunas embarcaciones de las colonias inglesas americanas que traen azúcares y cacaos. Y si no se modera algo el precio de estas cosas, será forzoso, según nuestra miserable renta, que no podamos tomar una jícara de chocolate aun los que estamos acostumbrados a ella desde que nacimos.

Este nuevo trabajito, en nuestro ignominioso destierro, del aumento del precio de las dichas cosas y de otras varias alcanza también a los demás jesuitas españoles que viven en las tres legacías del Papa y ahora son parte del nuevo Reino de Italia que Buonaparte ha levantado para sí, pues todos los dichos géneros les han de recibir por el puerto de Liorna, y sobre este tienen los de Bolonia, y lo mismo sucederá a los de otras ciudades del reino de Italia, otro mucho mayor en materia de intereses, y yo le explicaré en compendio, según he llegado a entenderle. Con un edicto del Gobierno se manda muy apretadamente y bajo de graves penas que todos presenten, en la casa o fábrica de la moneda, toda la que tengan de otros países, así de oro como de plata, como que se quiere acuñar moneda del país con la moneda extranjera. Hasta aquí no había mucho mal, especialmente si se redujese todo al rigor de la ley a que pasado el término de un año o de algunos meses no tuviesen curso sino las monedas del país. Pero todos los particulares, y por consiguiente los jesuitas españoles, tienen con la ejecución de este orden dos pérdidas muy considerables. La primera es de un diez por ciento de toda la moneda extranjera que presenten, aunque hasta ahora corriese por su justo valor, de suerte que por cien pesos duros españoles, en oro y aun en plata, no les dan más que noventa de la nueva moneda del país. Es pues este orden un latrocinio o por lo menos una contribución exorbitante e injusta de un diez por ciento de toda la moneda extranjera. La segunda pérdida consiste en que parte de la moneda del país que les dan por la moneda extranjera es en cédulas o vales, que el

primer día perderán tres o cuatro por ciento, un poco más adelante la mitad, y al cabo llegarán a no valer nada. Cuántos enemigos se levantan todos los días contra nuestra triste y miserable pensión de una peseta diaria, y lo peor es que lejos de poder esperar que por la altura de los precios y por las demás pérdidas y daños se nos aumente podemos temer, por el estado en que se va poniendo España, atrasos en recibirla, como les está sucediendo en Bolonia, que por falta de dinero no se les ha dado el socorro que se acostumbra de algunos años a esta parte, y quiera Dios que no llegue tiempo de tantas miserias y trastornos en España que nos llegue a faltar del todo la pensión, lo que sería en un país extraño una muy grande tribulación y desconsuelo.

Día 26 de enero

Ya estamos otra vez en guerra viva, declarada e impetuosa por parte de la Francia; y el Papa, cardenales y todos en la misma agitación, inquietud y temores que a la mitad del mes de diciembre del año pasado, y en otras muchas ocasiones semejantes en los dos años antecedentes. Yo nunca creí segura, ni aun muy duradera, la paz que se podía colegir de las visitas familiares y de confianza que Luciano Buonaparte le hizo a Su Santidad en pocos días, ni de todo lo que podía haberle dicho en ellas sobre la disposición de ánimo e intenciones del Emperador, su hermano, para con Su Santidad y para con Roma. A todos ellos les cuesta muy poco mentir con franqueza y pintar y desfigurar las cosas según les hace al caso para lograr sus intentos. No obstante, no tenía por inverosímil que durase la calma de Roma por algunos meses, porque el emperador Napoleón tiene necesariamente la cabeza atestada, cargada y aun oprimida de proyectos, planes y empresas por respecto a Portugal, a España y a la América, sobre otros muchos negocios y designios en otras muchas partes; y por esta razón, y porque era fácil que a este hombre sagaz y advertido se le ofreciese que para no ser tan mal recibido de las naciones portuguesa y española le convenía conservar la barniz y apariencia de católico, me inclinaba a creer que dejase en reposo al Papa, a lo menos hasta que estuviesen muy adelantadas sus empresas en España. Su orgullo y presunción le da osadía para todo, y, al mismo tiempo que van disponiendo las cosas en España para oprimir a aquel Soberano, han empezado las hostilidades en Roma para destronizar al Papa.

De éstas no podemos decir más que la corteza y exterior, y el modo común de hablar de las gentes. Yo me figuro, con algún fundamento, y habiendo observado con alguna atención las cosas que se pueden saber, que se ha tomado motivo o pretexto para hacer esta nueva guerra al Papa de aquella carta que, con algún vigor y entereza, escribió Su Santidad al Emperador de

los franceses sobre las novedades en la Marca de Ancona y Ducado de Urbino, y no habiéndole encontrado en París le fue entregada en Milán, hacia la mitad del mes de diciembre, y por buen canal se supo que, valiéndose de la calidad de viajante, había suspendido la respuesta para cuando se hallase con quietud en su Corte. A ésta llegó de vuelta de la Italia el día primero del presente mes de enero y, tratado el negocio en pocos días, se dispuso la respuesta a la dicha carta de Su Santidad, y se supone generalmente que ésta, sin responder a las razones de la del Papa, se reduce a un montón y cúmulo infinito de peticiones antiguas y modernas, espirituales y temporales, y, según el modo común de hablar, no tan menos que catorce.

El ministro de París Alquier presentó al Papa este papelote de las pretensiones del Emperador este día 24 o el antecedente, y Su Santidad envió en el dicho día veinticuatro, en pliego cerrado, copia de él a todos los Señores Cardenales, encargándoles que a las veinticuatro horas le remitiesen su voto o parecer sobre aquellas peticiones de la Francia, pues a él no le daban de término más que cuatro días para responder a ellas. A mí no me causa maravilla esa suma irreverencia, insolencia y descaro de estos hombres para con el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, obligándole, y con grandes amenazas, a responder en tan corto tiempo a tantas peticiones sobre asuntos importantes y delicados y que acaso tocan ya en la substancia del Dogma, porque siendo generalmente todos ellos filósofos incrédulos y francmasones en nada estiman, desprecian y aborrecen a los sucesores de San Pedro y cabezas de la aborrecida Religión Católica, revelada al mundo por el Hombre-Dios en su misma persona y con su misma santísima boca; y si otros se maravillan mucho, y hacen grandes admiraciones y pasmos sobre la irreverente conducta de Buonaparte y de los suyos para con el Santo Padre, proviene de que no les conocen, y esta ignorancia y alucinación casi general aun entre los buenos en España, en Italia, en Francia, y aun en esta misma capital del Orbe Católico, les da a ellos muchas fuerzas y grande osadía para todo, y es de algún modo la causa de que triunfen y prevalezcan, y de todos los males que inundan la Europa Católica. A los jesuitas nos hacen el honor estos filosofastros ateístas de aborrecernos y perseguirnos con más fiereza que a los demás eclesiásticos seculares y regulares, y aun de temernos, aunque reducidos a unas miserables y viejas reliquias, y parece que podemos tener la gloria y satisfacción de que casi solos nosotros les conocemos bien y entendemos sus vastos y malvados designios contra la Religión y sus medios astutos y sagaces para llevarlos a cabo.

Los cardenales se han mostrado muy tristes y muy afligidos con el tal pliego, atestado de peticiones de los franceses, y su tristeza y aflicción son pruebas seguras de dos cosas. La primera es que es absolutamente imposible con-

ceder todo lo que se pide en el dicho pliego, y, la segunda, que en él se contienen graves amenazas de invasión y de guerra si no se concede todo lo que se pide por el Emperador de los franceses, y, para que no se tengan estas amenazas por especulativas y al aire y hagan más impresión en el ánimo de los cardenales y del Papa, viene caminando hacia Roma un ejército de diez o doce mil hombres que han sacado de la Toscana y de la Marca de Ancona, y aun por la frontera de Terracina, viniendo de Nápoles, se asoma un cuerpo algo numeroso de tropa francesa y se nota con mucha curiosidad y con buen juicio que uno y otro cuerpo de tropa francesa viene provisto de artillería como que piensan batir y acaso bombardear a Roma si se hiciese resistencia. Así quedamos al presente, y es fácil de entender que todos, generalmente exceptuando sólo los no pocos anticatólicos romanos, estamos en una suma consternación y pena, temiendo que es llegada la hora del destronizamiento del Papa y cien funestas resultas de este paso.

Día 30 de enero

Sin que yo diga una palabra todos entienden por sí mismos que en estos cuatro días, según el estado de las cosas el día veintiséis, todos en Roma han estado ocupadísimos y como encantados con estas novedades, no hablando, ni aun soñando en otra cosa, preguntando todos a todos cien cosas sobre el asunto, cuántas y cuáles son las pretensiones de la Francia, qué piensan los cardenales, qué ha respondido el Papa y qué resultas podrá tener su respuesta. En el público nada se sabe con claridad y con certeza, pero todos, por lo que ven y observan en el Papa y en los cardenales, se muestran tristes y acongojados, y temen desastres y miserias para Roma, la opresión del Papa y el abatimiento de su trono. Yo no puedo hacer otra cosa en el día, como he protestado cien veces, que notar la certeza y exterior de los sucesos y el modo común de hablar de las gentes, pues no tengo canal alguno seguro para saber con prontitud y seguridad lo que pasa en el gabinete del Santo Padre ni en las congregaciones con el Colegio de los Señores Cardenales.

Yo supongo que los cardenales, al tiempo señalado, enviaron al Papa su voto o parecer sobre el papelote de catorce pretensiones temporales y espirituales del Emperador de los franceses, y todos suponen que es muy difícil que haya habido un solo cardenal que las haya aprobado todas y del todo, y si le ha habido será ciertísimamente alguno de moral sana y austera, y contrario a la benigna y blanda de los jesuitas, pues he tenido ocasión de notar más de una vez que estos Señores anti-probabilistas o probabilioristas, que tienen siempre en la boca la moral rígida y severa del Evangelio, son muy flexibles, muy dóciles y muy condescendientes, y se persuaden fácilmente que

es más probable lo que les hace al caso para evitar pérdidas de bienes temporales, trabajos y persecuciones. ¿Qué discípulo y secuaz del P. Concina, celosísimo apóstol de la sana y austera moral del Evangelio, no dio por lícito el impío y brutal juramento contra el gobierno monárquico? Juzgando de otras partes, por lo que vi en Bolonia, puedo asegurar que ninguno, ni religioso dominico, ni de otras órdenes religiosas, ni aun los austerísimos Señores de la Misión o de San Vicente, y entre tanto, generalmente todos los jesuitas con moral suave y benigna y con su probabilismo, le declararon ilícito, vicioso e injusto, y que no se podía hacer aunque de aquí se siguiese cualquier trabajo y persecución y pérdida de empleos y de otros bienes temporales. Si algún día se supiesen, en particular estos votos o pareceres de los presentes cardenales, se entenderá que mi sospecha o conjetura no va fuera de camino y será de no poco honor de los jesuitas, y de mayor será si fuese cierta, como me lo aseguran, la circunstancia de que los ateístas franceses, en sus tratados y concordatos con Roma en el presente pontificado, han puesto la condición de que no se valga el Santo Padre de teólogos jesuitas. No temen estos impíos a los teólogos de ningún orden religioso de los muchos que existen en la Iglesia y temen a las pocas, viejas y abandonadas reliquias de la mínima Compañía de Jesús, extinguida treinta y cinco años ha, en todo el mundo, por un Romano Pontífice. Acaso pocas glorias de la Compañía de Jesús, mientras existió en la Iglesia, aunque fueron muchas y muy ilustres, son superiores a la que se encierra en esta recusación de los teólogos jesuitas por parte de la impía e incrédula filosofía de la Francia.

Antes de ayer veintiocho, en que se cumplieron los cuatro días que dieron por término al Papa, dio Su Santidad la respuesta al dicho papel de las peticiones del emperador Napoleón. Así se cree generalmente y los efectos lo demuestran, y con la misma generalidad se cree que es negativa en alguno o algunos puntos y pudiera, con fundamento, insinuar algún otro de estos artículos que el Papa no quiere conceder. Pero no sabiéndolos con toda certeza y en sus términos precisos es mejor aguardar a que el tiempo los declare. El ministro de París Alquier tendría sus instrucciones de hacer nuevas amenazas y de proceder hostilmente si las condescendencias del Papa no llegaban hasta tal punto, y así lo va practicando. Ayer por la tarde, hizo su réplica a la respuesta del Papa que le habían entregado el día antecedente, y ella ha sido tal que prontísimamente llamó Su Santidad a todos los cardenales para comunicársela en una general Congregación. Al anochecer, según me dijeron, iban volando carrozas o coches de cardenales al Palacio del Quirinal o Monte Cavallo, en el que reside el Santo Padre, y yo tuve la curiosidad de ir al principio de la noche en compañía de dos amigos al dicho Palacio del Quirinal, y efectiva-

mente estaba su gran patio lleno de carrozas o coches de los cardenales que ya estaban en su Congregación con el Papa.

A ella asistieron todos los cardenales que hay en Roma, a excepción del viejo Carrafa Trayetto y el joven Gallipi por sus indisposiciones, y duró desde las seis de la noche hasta las nueve y media, según nuestro reloj de España. Mucho pudieron hacer en tres horas y media, pero todo será inútil para impedir la amenazada opresión por parte de la Francia. No obstante, por alguna otra medio expresión de este y de aquel Cardenal se entiende que hay algún motivo de consuelo y alegría. El cardenal Mattei[8], que por todos los títulos es uno de los principales del Sagrado Colegio, fue muy triste y muy acongojado a la dicha Congregación y volvió de ella alegre y gozoso, como francamente han dicho los que acompañaron a Su Eminencia, y algún otro Cardenal se ha explicado, en aire de hombre que da gracias al Cielo, de que ya finalmente Pío VII empieza a pensar y a hablar de un modo digno de un Papa, y esto quiere decir que ya no hay medio para evitar los males con que les amenaza el Emperador de los franceses; el Papa y los cardenales están preparados y resueltos a padecerles todos con paciencia cristiana y con pecho sacerdotal, y determinados a no ceder un punto en las cosas de la Religión y en otras que son en ella de mucha importancia por todo lo que puedan hacer los franceses. Yo me alegro mucho de esta cristiana y sacerdotal fortaleza del Papa y de los cardenales, y si la hubieran tenido desde el principio de este Pontificado, como era mucha razón después de tantas tribulaciones y de tan manifiestos castigos del Cielo, otro estado y semblante tendrían las cosas de la Religión, de la Iglesia y aun del dominio temporal de la Santa Sede.

Dos pequeños sucesos que se han visto en este mismo día hacen tener ya por cierta la venida de tropa francesa para establecerse en esta ciudad, y está ya tan cerca la que viene de la Marca de Ancona y de la Toscana o Etruria que está ya en Civita Castellana, distante de aquí como unas ocho leguas, y se ha apoderado del castillo de dicha ciudad. El primero de los dos pequeños sucesos es que el anciano cardenal Felipe Carandini[9], que, desde que volvió a Roma después de la revolución, ha vivido en el convento de San Agustín y se había dispuesto en él una conveniente habitación, se ve obligado a dejarla y anda trasladando arrebatadamente sus muebles a otra parte porque quieren

8 Alessandro Mattei (1744-1820), nacido en Roma, de familia aristocrática. Obispo de Ferrara desde 1777 y creado cardenal el 22 de mayo de 1782. Fue nombrado Pro Datario el 26 de marzo de 1808. Mattei fue condenado a muerte por los franceses en 1796, Bonaparte le conmutó la sentencia y le dejó en libertad un mes más tarde, acontecimientos que comenta Luengo en su *Diario*, t. XXX, vol. 2, pp. 221 y ss.

9 Filippo Carandini, nacido en Pésaro el 6 de septiembre de 1729. Fue creado Cardenal en el consistorio de 29 de enero de 1787. Falleció el 28 de agosto de 1810.

los franceses aquel convento para cuartel de su tropa. Es necesario saber lo que son los cardenales en Roma en tiempos tranquilos y sosegados para entender toda la gravedad de este insulto y todo su disgusto y humillación en verse arrojado, violentamente y con un término muy corto, de una habitación en que vivía con gusto y de algún modo suya, pues había gastado mucho para repararla de las ruinas y destrozos de la revolución republicana. El segundo es el haberse observado que, de algún modo, ha empezado a hacer lo mismo el señor Colli, castellano o gobernador del castillo de San Ángel, para estar más desembarazado cuando le haya de entregar a la tropa francesa.

En tales aprietos y angustias, como en otras semejantes en estos años pasados, no podía dejar el Cardenal Vicario de encargar algunas oraciones en varias iglesias para negociar la protección del Cielo. Pero lo ha ejecutado con más timidez, secreto y reserva que nunca para que no se irriten más los franceses viendo que se les trata como enemigos y perseguidores de la Iglesia, pues se recurre al Cielo con oraciones para librarse de ellos y de su poder. Ayer me dijo un amigo, con mucha gracia y festividad, que acababa de decirle su párroco que le había venido un *Ordine tacito* silencioso y reservado del Cardenal Vicario de Roma para hacer un triduo estos tres días, antes de la Purificación de Nuestra Señora, por las presentes necesidades. Supongo, pues, que se está haciendo el dicho triduo en todas las parroquias, conventos de monjas y en otras iglesias, y supongo también, como en otras ocasiones semejantes he protestado, que tantas oraciones del pueblo y de tantas almas santas serán muy útiles y negociarán del Cielo, para Su Santidad, para los señores cardenales y para todos, muchas y muy estimables gracias. Pero nunca he creído, ni lo creo ahora tampoco, que, por sí solas, sin que se añadan las correcciones y reformas convenientes o a lo menos serias resoluciones y propósitos de hacerlas, sean eficaces para salvar el dominio temporal y soberanía de la Santa Sede del gran peligro en que se halla de dos o tres años a esta parte. Según el semblante de las todas las gentes y de todas las cosas, pocos días bastan para ver algo decisivo sobre este punto.

Día 31 de enero

El mundo no está todavía en paz y sin guerras, y jamás lo estará mientras tengan poder las revoltosas sectas anticristianas que han prevalecido en Francia, y casi prevalecen en otras partes. Pero por la rígida estación en que nos hallamos y mucho más por la absoluta tiranía de los franceses en estos países nada de algún momento podemos referir sobre este artículo en el último día de este mes. No se ve con claridad, aunque estemos tan cerca, que se vaya reuniendo un conveniente ejército francés para acabar con la ignominio-

sa guerra de las Calabrias, conquistar del todo el Reino de Nápoles, y cerrar al rey Fernando todas las puertas para entrar en el Continente. Se suponía, con todo fundamento, que el rey José había pedido a su hermano Napoleón, cuando se vieron en Venecia, la gente necesaria para dar fin a esta guerra, y que se la había concedido. Pero hasta ahora, aunque todavía no se tarda, más gente ha venido en este mes desde Nápoles a Roma que desde esta ciudad ha pasado a aquella. Y en efecto, en estos últimos días veintidós y veintitrés ha pasado por aquí, viniendo desde Nápoles, tropa de infantería y caballería en buen número, aunque esto sólo es prueba de que al presente les urge e importa más la conquista de Roma que la de las Calabrias. En estas, según hablan los romanos en estos últimos días, como en otras muchas ocasiones, ha habido serios combates, y en ellos han sido maltratados los franceses. Con mayor fundamento se dice que los ingleses han derrotado dos pequeños convoyes de los franceses, sobre una y otra costa del Reino de Nápoles, y uno de ellos iba a la misma Corte desde un puerto del Mediterráneo y el otro a la Isla de Corfú desde otro puerto del Adriático. Guerra de las Calabrias vergonzosísima para los franceses, deseo de los mismos de echar al rey Fernando de la Sicilia para unir aquella isla al Reino de Nápoles, y empeño contrario de los ingleses, importándoles mucho que no venga a sus manos. No pueden menos de ser causa de mucha actividad de unos y otros en estos mares y en estos puertos.

En el continente no hay en el día otra guerra declarada que la de la Francia contra el Rey de Suecia, en la que en este tiempo nada se puede hacer por tierra ni aun por mar, que en algunos de aquellos parajes y entradas de los puertos estará helado. Pero va la Francia levantando tantos enemigos al Rey de Suecia que al buen tiempo, a lo que parece, será necesariamente oprimido por más que quieran sostenerle y ayudarle los ingleses. La Rusia, la Dinamarca y aun la debilitada Prusia ya están alarmadas por los franceses contra el Rey de Suecia, y poco menos que declaradas contra él. La Francia conserva en aquellos países un buen ejército de los suyos mandado por el general Bernardotte o príncipe de Ponte Corvo, y en sus manos tiene también el ejército español, que aún será de veinte o veinticinco mil hombres, mandado inmediatamente por el conde de la Romana. Sobre todos estos enemigos del Rey de Suecia, que ya casi lo son todos los de la Gran Bretaña, y sobre el Gran Señor, que está en guerra abierta con la misma, quiere la Francia, y ya lo tiene muy adelantado, que el Emperador de Alemania se declare también contra los ingleses y les cierre sus pocos puertos en el Adriático. Por lo que toca a la guerra entre los turcos y rusos, por ahora no la quiere la Francia, y sabrá diferirla para mejor ocasión, en la que pueda, unida con el Gran Señor, abatir al Emperador de la Rusia, o unida con éste abatir al otro; pues ella igual-

mente está pronta, así adelanta sus intereses, a oprimir al amigo que al enemigo. En el día sólo se advierte que el Gran Señor hace esfuerzos extraordinarios para levantar numerosos ejércitos, y acaso proviene de que de ninguno se fía, y teme, y quizá con fundamento, que amigos y enemigos suyos, rusos, franceses y otros, están de acuerdo para quitarle todos sus Estados en la Europa. Con más empeño entienden los franceses ahora en dos guerras que quieren hacer como amigos, y por lo menos sin hallar resistencia, y una es contra el Papa, quitándole el pequeño Estado que conserva, y la otra contra el Rey Católico, destronizándole del todo, si pudieren, o quitándole mucha o alguna parte de su Monarquía. El estado de la guerra contra el Papa se entiende con toda claridad, por lo que acabamos de decir, y el de la guerra contra el Rey Católico se puede entender por lo que ya se ha dicho y cada día se irá poniendo más en claro.

FEBRERO

Día 1 de febrero

Aunque nos hallamos en el corazón del invierno y todo es poco proporcionado para la diligencia en los viajes, nuestro correo español, que salió de Madrid la noche del quince de enero, llegó a Roma ayer, último día del dicho mes, y hoy hemos recibido nuestras cartas. En su repartimiento o distribución ha habido una novedad, que necesariamente es algo misteriosa y se ha hecho por orden expreso del Ministro. Hasta ahora se ponía públicamente a la puerta del palacio lista de las cartas que habían venido con el número conveniente para pedirlas, como se hace generalmente en los correos de España, y es un método muy bueno, pues sin esta lista nadie puede saber si tiene carta y es necesario que todos los que presumen o pueden tenerla vayan a preguntar al director u oficial del correo si efectivamente la tiene, como ahora he hecho yo para mí y para varios amigos a quienes sirvo en este particular. No ha podido, pues, el ministro Vargas ordenar una cosa tan ridícula y tan impertinente sino movido de alguna causa superior y esta no puede ser otra, según el estado de las cosas, que miedo de los franceses, que no gustan de estos correos particulares de otras cortes en donde ellos mandan, y así se han suprimido los correos españoles en Génova, en Nápoles y, ya supongo, se habrá hecho también en Florencia, y vendrá aquí a suceder que nuestras cartas de España vayan a parar a las manos, postas o correos de los franceses, y las abrirán o leerán cuando se les antoje.

La familia real, a la mitad de enero, cuando salió este correo de Madrid, no se había dejado ver en aquella Corte, y así parece que se habrá ido desde El Escorial al sitio de Aranjuez, y es verosímil que se haya hecho así, con maligna política, para que el pueblo de Madrid no vea al perseguido Príncipe de Asturias y siempre creído inocente con mayor generalidad, y nunca se ha descubierto en él otra falta que el haber recurrido a Buonaparte sin noticia y sin consentimiento del Rey; con el cual paso no pretendía destronizar a su padre, sino sólo buscar apoyo y protección contra los intentos ambiciosos

del Príncipe de la Paz[10]. Hacia el veintidós encontró este correo, en Figueras o allí cerca, a la depuesta Reina de Etruria, que hacia el veinticinco llegaría a Barcelona y, después de algún descanso en aquella ciudad, seguirá su camino por Valencia, en donde, a principios de enero, ya había algunas disposiciones para su recibimiento. Pero la estación tan rígida y tan incómoda para viajar, su rodeo y detención en Milán, por complacer al Emperador, y otro rodeo y detención en Lión de Francia, sin entenderse el motivo, han alargado su viaje muchos días, y no podrá llegar a ver a sus padres en el sitio de Aranjuez hasta más de la mitad de febrero; supongo que el jesuita toledano Cobos[11], maestro del rey niño y custode del cadáver del difunto Rey de Etruria, va siguiendo en su viaje a la Reina. Pero, por más que pregunto a los de su provincia y a otros amigos suyos, no encuentro que haya escrito en todo el tiempo de su viaje.

En las cartas de este correo se observa lo mismo que en la de dos o tres de los antecedentes, como hemos notado a su tiempo. Nadie habla, en cuanto yo sé, como antes, de particulares asuntos civiles o eclesiásticos, de ventas de beneficios y obras pías, ni de reformas de regulares; todos están encantados y confusos con los movimientos y marchas de la tropa francesa. Todos los días va entrando en mayor número por la Guipúzcoa, y en Vitoria, capital de la provincia de Álava, se ha reunido tanta tropa francesa que ha tomado para alojarse todos los conventos de religiosos y religiosas, echándoles, como se supone, a la calle. Escándalo, violencia y abominación horribilísima e insoportable, tratándose de tropas amigas y aliadas, que no pueden tener verdadera necesidad de amontonarse tantas en un mismo pueblo, como sucede habiendo guerra y pudiendo ser necesario o conveniente tener reunido en un mismo lugar un ejército. Los franceses no debían pretender semejante alojamiento, y el Gobierno de España, si no fuera un miserabilísimo esclavo

10 En los últimos días de octubre de 1807, el Rey declaró en El Escorial a sus vasallos que "una mano desconocida" le había revelado "el más ignominioso e inaudito plan" urdido contra Godoy y destinado a situar en el trono a su hijo Fernando, tras obtener su abdicación, y en la que los conjurados, miembros todos ellos de la nobleza, contaban con la aprobación del Principie de Asturias y habían solicitado la protección del Emperador. Fernando fue recluido en sus habitaciones, y el rey ordenó celebrar misas en acción de gracias.

11 Antonio Tomás Cobos era estudiante del Colegio de Murcia en 1767. Nacido el 31 de enero de 1744, ingresó en la Compañía el 3 de marzo de 1758. Fue enmarcado rumbo al exilio el 28 de abril de 1767 en Cartagena en la urca holandesa "*El Buen Amigo*" rumbo a Civitavecchia, en A. G. S. *Marina,* leg. 724, *Certificación de Sebastián Ruiz Contador de la Urca holandesa "El Buen Amigo"*, Cartagena, 27 de abril de 1767. El P. Cobos fue requerido, en 1806, a ir a Florencia para incorporarse como maestro de Lengua Española del rey niño de Etruria, Carlos Luis, nieto de Carlos IV. Cuando fallece el P. Cobos, a finales de mayo de 1815, el P. Luengo le dedica unas líneas biográficas que pueden consultarse en su *Diario*, t. IL, pp. 315 y ss.

suyo, no debía consentirle. Y no se ha acabado la entrada y paso de la tropa francesa por la Guipúzcoa y siempre hablan de otras nuevas que se disponen para entrar en España y aun se habla también de Guardia imperial, que debe acompañar al Emperador de los franceses, para el cual se dispone palacio en esta y en aquella ciudad. Sobre esta otra frontera de Cataluña se amontona siempre en mayor número tropa francesa. Pero, según las cartas de Barcelona, que llegan hasta el diecinueve del mes de enero, ningún francés había puesto el pie en el territorio de España. Todos, pues, están atónitos y asombrados con la presencia y cercanía de tantos y tan numerosos ejércitos franceses, y bien provistos de artillería que les sería enteramente inútil para el sitio de Gibraltar. Tienen mucha razón en estar aturdidos y confusos, pues es evidentísimo que por traición de los que mandan en la Corte y al lado del sencillo monarca Carlos IV, van los franceses, sus amigos y aliados, a destronizarle y despedazar y abatir la Monarquía.

En estas cartas de España se asegura la muerte[12] de la reina fidelísima de Portugal, María Francisca, y sería verosímilmente de resulta de la tempestad que sufrió la escuadra portuguesa en que iba toda la familia real de Braganza, pocos días después que salió del puerto de Lisboa. ¡Pobre y desgraciada Reina Fidelísima y dignísima de toda compasión arrojada ignominiosamente de su Reino y de su Corte, muerta en el turbulento y miserable estado de una incómoda navegación y después de una absoluta demencia por muchos años, aunque oigo decir, con gusto, que antes de morir recobró el juicio y podría disponerse cristianamente en aquel trance! Los jesuitas portugueses escribirán muchas cosas de ésta, su piadosa reina María Francisca, y, muy en particular, sobre su disposición de ánimo y su conducta para con la Compañía de Jesús, antes y después de ser Reina. Yo me contentaré con exponer aquí en pocas palabras mi modo de pensar sobre este asunto, habiendo oído y leído sobre él muchas cosas. Hasta la expulsión de los jesuitas portugueses del palacio real, a la que se siguió presto el destierro de la Compañía de todos los dominios de S. M. Fidelísima, había sido la Princesa del Brasil, María Francisca, afectísima de los jesuitas, y tuvo por su altísimo confesor al P. Timoteo Oliveira, que fue uno de los muchos jesuitas enterrados vivos en oscurísimas mazmorras por el furioso ministro Sebastián Carvallo. En el largo curso de casi veinte años, desde el destierro de los jesuitas hasta su advenimiento al trono, aunque hicieron mucho para hacerla perder la estimación y afecto de los jesuitas, y especialmente poniéndola por confesor un hábil y sagaz carmelita descalzo, que llegó a ganar muy de lleno el aprecio y confianza de

12 Nota del autor: *Después se ha dicho que no murió y no sé cuál de las dos cosas es la cierta; en octubre del año diez no se sabe en Roma que haya muerto la dicha reina.*

la Reina, no se la arrancaron enteramente del corazón, y mostró algún afecto y ternura a su antiguo confesor Oliveira, que aún vivía, y se le presentó, por haberlo querido así S. M., al mismo salir de su mazmorra. No obstante, siempre se creyó que el rey D. Pedro, su tío, y su marido, conservaba más amor a la Compañía que la Reina, y que la estimulaba continuamente a conocer su causa y a declarar su inocencia. Y, efectivamente, estando ésta complicada con la de los ilustres caballeros ajusticiados con suma barbarie, poco antes del destierro de los jesuitas, todo se revió y se sentenció en un numeroso y autorizadísimo tribunal, y todos, caballeros y jesuitas, con uniformidad de votos, fueron declarados enteramente inocentes. Los enemigos de los jesuitas de Madrid y Roma lograron, por los medios acostumbrados, que el papa Pío VI inclinase a la Reina Fidelísima a la suspensión de la dicha sentencia, y la asegurase, por consiguiente, que no tenía en conciencia obligación de publicarla. Con esta extraña y casi increíble resolución del Pontífice, y con las insinuaciones y consejos del carmelita descalzo, confesor de la Reina, se fue suspendiendo y dilatando la publicación de la sentencia declaratoria de la inocencia de los caballeros y de los jesuitas, y al cabo se abandonó el pensamiento de publicarla; y la piadosa reina fidelísima María Francisca, agitada de remordimientos y temores que de este abandono le resultaron, perdió enteramente el juicio hace ya muchos años, y sin él ha vivido, si no lo recobró en los últimos momentos de su vida, hasta su muerte en la mar en los primeros días del mes de diciembre del año pasado, al cumplir los sesenta y tres años de su edad, habiendo nacido en Lisboa a los 17 de diciembre del año de 1734. Se supone que no les habrá faltado manera de conservar el cadáver y que le habrán llevado para darle honrosa sepultura en la Bahía de los Santos, en donde se establecerá la Corte. Por su muerte comienza a ser Rey en propiedad su hijo don Juan, que por varios años ha sido Regente, y será sexto de ese nombre en Portugal. Tiene tantos años de vida como los jesuitas españoles de destierro de España, pues nació en Lisboa a 13 de mayo de 1767, y pocos días después pasamos nosotros sobre aquella costa, viniendo en nuestras embarcaciones de viaje para el Estado del Papa. Se halla pues en la robusta edad de cuarenta y un años, y le deseamos muy de corazón que pueda volver presto a su Corte de Lisboa y a poseer su Reino de Portugal y que sepa hacer que reflorezcan la Religión y la piedad, que por poco que tarde estarán bien deslustradas.

Día 3 de febrero

A la grande consternación de todos los buenos en Roma, en día veintinueve y treinta de enero se siguió alguna calma y tranquilidad; porque de industria

se hizo correr, por los partidarios de los franceses, a lo que yo sospecho, el rumor de que se habían acomodado las cosas con dinero, como otras veces, y que dando el Papa los cincuenta mil pesos duros que había pedido el francés de Ancona, y algo más, desistían de su intento de venir con fuerzas a esta ciudad para apoderarse de ella, y se hizo muy común y general en Roma este modo de pensar, y no había romano, de todos los que yo pude hablar, y entre ellos varias personas que no son del vulgo, que no estuviese persuadido o poco menos de que por ahora habríamos salido de los apuros y angustias, ya que no se trataría de abatimiento del trono del Papa. En la realidad ha sido una ilusión y engaño, algo útil, porque, si bien en ningún acontecimiento, y aunque se hubiera estado en la persuasión contraria, nunca se hubiera pensado en hacer resistencia, sirvió para estar algo consolados y sin tanta zozobra por dos días. Pero el primero de este mes por la tarde, desaparecieron todos estos ligeros indicios de alguna bonanza y se tuvo por segura la pronta venida de los franceses en gran número, y con el fin de llevar al cabo sus designios sobre esta ciudad. Se supo con certeza que el Ministro de París, Alquier, disponía para el día siguiente un gran convite para ciento o doscientos oficiales franceses, que en tan gran número no podían venir a Roma sino para el dicho efecto de apoderarse de la ciudad. Y es muy creíble que la misma tarde del día primero se lo comunicase en términos formales al Papa, pues, al anochecer, se vio, como el veintinueve del pasado, que los cardenales a galope, por decirlo así, iban al palacio pontificio, en el que tuvieron Congregación con Su Santidad, y en ella, viéndolo ya todo perdido, se supone que el Papa exhortó fervorosamente a los cardenales a la paciencia, resignación y constancia en esta gran tribulación que va infaliblemente a descargar sobre Roma y todo el Estado, sobre su persona y sobre su Colegio; y aun añaden que ofreció secularización y absolución de juramentos a los que no tuviesen ánimo para sufrir la horrible persecución que se presenta a la vista y quisiesen desnudarse de la púrpura. Así lo oigo contar, pero para mí más cierta es una agria contienda entre dos cardenales a presencia del Papa, y sobre ella haré alguna observación, después de exponer sencillamente y con la posible exactitud la total y lamentable opresión de la Ciudad Santa de Roma y, por consiguiente, de la soberanía de los romanos pontífices.

Al último de la tarde del día primero oí decir que había llegado alguna tropa francesa, y tengo por cierto que vino para asegurarse en todo caso de la puerta de la ciudad llamada del Popolo, por la cual había de entrar el día siguiente la tropa francesa destinada a hacer la conquista de Roma y, acaso se aseguró también, de la de San Juan de Letrán, debiendo de venir también alguna tropa de la parte de Albano. Ayer, pues, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, al mismo amanecer, entró un pequeño ejército o un cuerpo

de siete u ocho mil hombres, a lo que parece, por la dicha puerta del Popolo y, con derechura, se fue a asaltar el famoso castillo de San Ángel. Dispuesta la tropa en sus alrededores, según les pareció conveniente, se hizo la intimación al castellano o gobernador Colli para que entregase el castillo, y, haciendo la protesta que se le había ordenado, se le entregó al instante sin que se hubiese hecho el menor ademán de resistencia, y, prontamente entrando en él los franceses, echaron fuera la tropa del Papa y, como prisionera de guerra con escolta, la trajeron a un cuartel de la misma, que está cerca de esta mi casa. Acabada con tanta prontitud y felicidad esta difícil conquista, emprendió la invencible tropa francesa otra segunda más fácil, pero también mucho más insolente y de una inexplicable y jamás vista irreverencia y desacato para con el Romano Pontífice, legítimo vicario en la tierra de Jesucristo. A las nueve de la mañana vi pasar, desde las ventanas de mi casa, un cuerpo de tres o cuatro mil hombres de tropa francesa, según parecía a la vista, y llevaba consigo un buen tren de artillería, como de doce o dieciséis cañones. La formación de este cuerpo, el modo de llevar presentadas las armas y la colocación misma de los cañones, como también el andar por la ciudad al mismo tiempo algunos cuerpos de caballería con la espada desenvainada, todo indica ataque, invasión y batalla, y, no hallando quien les resista, se sigue victoria, conquista de la ciudad y posesión de ella.

Algunos centenares de hombres del dicho cuerpo se metieron en el Convento de la Victoria de los carmelitas descalzos, que está entre el palacio del Papa y la Puerta Pía, como para hacer oposición a los que por ésta pudieran venir al socorro de Roma. Otros tantos se pusieron delante de la puerta del palacio que está enfrente de la casa de San Andrés, que fue noviciado de los jesuitas; y, guardando otros la otra puerta, que está enfrente de la casa de Santa Ana, el resto del ejército se apostó en la gran plaza delante de la puerta principal del palacio, y allí colocaron todos los cañones, dirigiendo su puntería al costado del palacio apostólico, en que habita el Sumo Pontífice. Se vio, pues, ayer, dos de febrero de este año de 1808, el palacio pontificio del papa Pío VII rodeado enteramente de tropa francesa en ademán de batalla y de ataque, tomadas todas sus puertas, y asentada contra él, a distancia de pocos pasos, una numerosa artillería que pudiera reducirle presto a un montón de piedras. Lo hemos visto y observado todo de cerca, andando entre los mismos soldados y cañones, y dentro y fuera del palacio, y ¡cómo es posible que podamos exponer, de modo que se entiendan, todo el tumulto de pensamientos, afectos y reflexiones que se excitaron dentro de nosotros mismos, mientras íbamos observando este tumultuario aparato militar con todo lo demás del castillo y lo que sucedía al mismo tiempo en todas las calles de Roma! Nuestra indignación fue suma, y mayor de lo que podemos explicar

con palabras, viendo asaltado de aquel modo el palacio de un Romano Pontífice y ocupado al presente por el pacífico, humilde, piadoso y mansísimo Pío VII. Cien verdaderas, grandes y gloriosas victorias de Napoleón el Grande, como ya llaman las gentes a este corso Buonaparte, se deslustran y envilecen con este pueril, ridículo, indecente, ignominioso e insolentísimo ataque del Vicario de Jesucristo, sucesor de San Pedro, Padre, Pastor y cabeza de toda la Universal Iglesia Católica, estando quieto, tranquilo y desarmado en un rincón de su palacio apostólico.

Igual a nuestra indignación contra estos ateístas franceses y contra su jefe principal, fue nuestra compasión y ternura para con el pobrecito y amable pontífice Pío VII, y propiamente se nos representaba como un inocente y manso corderito rodeado y asaltado de leones pardos, osos, lobos y de todas las demás bestias feroces. Pero con esta nuestra sincerísima compasión para con el atribulado y oprimido Pontífice se mezclaban, sin poderlo remediar, movimientos impetuosos de un noble, piadoso y leal enojo contra el mismo. ¿Y es posible (decíamos dentro de nosotros mismos) que este santo papa Pío VII haya creído a estos hombres, se haya fiado de ellos, les haya honrado y favorecido con paces, con concordatos, con coronaciones y consagraciones, y con otros cien favores espirituales y aun temporales? ¡Pobrecito! En ocho años de su pontificado, o por lo menos en los primeros seis, casi no ha hecho otra cosa que favorecerles y darles gusto en todo, honrar y aumentar de muchos modos las fuerzas y poder de estos impíos ateístas que siempre han estado deslustrando y oprimiendo la Iglesia y la Religión, y se atreven ya a pisar sacrílegamente su misma sagrada persona. En el Pontífice, esta errada conducta de favorecer a estos hombres ha nacido por la mayor parte de ilusión y engaño, por haber tenido la desgracia o inadvertencia de haber dado su confianza a cuatro o seis cardenales, por mitad filósofos y por mitad jansenistas o iniciados por lo menos en sus errores y designios. Nosotros lo hemos dicho todo y varias veces, en este nuestro *Diario*, hemos anunciado como cosa necesaria lo que ahora está sucediendo y aun hemos nombrado a los cardenales que con los ojos vendados llevaban al pobre Papa al precipicio.

Uno de éstos, y aun el principal, ha sido el cardenal Hércules Consalvi, Secretario de Estado los seis primeros años del presente pontificado de Pío VII, y en la última Congregación, a lo que oigo asegurar, se le echó en cara con toda franqueza y con mucha acrimonia el cardenal Romaldo Braschi Onesti[13], sobrino del difunto pontífice Pío VI, diciéndole, en sustancia, que

13 Sobre Romualdo Braschi hay varias anotaciones del P. Luengo en su *Diario*, la primera se refiere a su parentesco con Pío VI y al encargo que recibe de llevar la birreta cardenalicia al Cardenal de París en el año 1778, y comenta también su paso por la ciudad de Bolonia

él ha sacrificado al Papa a Roma y a todos, y se enardecieron tanto los dos que fue necesario que el Pontífice les mandase callar. Braschi tiene mucha razón en echar la culpa de todo a este profanillo cardenal Consalvi, porque, ponderando el catolicismo de Buonaparte y su intenciones benéficas, aun en orden al estado temporal, hizo que el Papa y todos se durmiesen y sólo pensasen en complacerle y darle gusto, y él, por su parte, en su gobierno, sólo ha pensado en teatros, en carnavales, en excavaciones, en bellas artes y en amontonar dinero para todos y aun para los franceses, oprimiendo a los pueblos con pesadísimas contribuciones, y así no ha hecho más que aumentar los motivos de indignación del Cielo contra Roma, contra el Papa y contra el cuerpo de cardenales, y hacer necesaria otra nueva opresión de todos. Y deseo mucho que en esta segunda, el Papa y los señores cardenales no se paren a mirar sus trabajos precisamente como agravios e injusticias de Buonaparte y de los suyos, y suban con la consideración a pensar qué motivos y causas han dado de su parte para que el Señor permita tales abatimientos y oprobios de Roma, de la Santa Sede, de los papas, de los cardenales y de todos los buenos. Sin esta consideración y sin la enmienda de muchas cosas, que a ella se debe seguir, jamás saldrán de abatimiento, de terrores y peligros, pues al fin el Señor, que quiere esta reforma y corrección, puede más que los papas y los cardenales.

Volviendo ya a continuar la sencilla y verídica narración de este gran suceso, debemos añadir, según hemos podido entender, que después de perfeccionado el ataque, la victoria y la conquista se presentó al Papa el general Miollis, Comandante de este ejército, acompañado de varios oficiales, generales o mayores, y le intimó las intenciones del emperador Napoleón, que se vienen a reducir a que renunciando la soberanía se vaya a residir en la ciudad de Aviñón o en alguna otra de la Italia, y se supone que añadiría cien promesas de liberalidad y beneficencia de Su Majestad Imperial. Buonaparte, estos oficiales franceses y todos los demás suponían y daban por asentado que con su aparato militar, con sus ataques del castillo y del palacio y con la vista por las calles de Roma de tantos soldados de caballería con la espada desenvainada, se aterrarían todos, chicos y grandes, los cardenales y el Papa, y todos se pondrían en sus manos pidiendo misericordia, algún amparo y protección, y disponiendo de todo a su gusto, y en un día tenían hecha completamente la conquista de Roma y de todo el Estado, sin oposición alguna ni

---

camino de Francia, todo ello en el t. XIII, pp. 246 y 495, respectivamente. Al año siguiente registra su estancia en Bolonia de regreso hacia Roma, t. XIII, p. 131, y, en 1780, su elección como mayordomo de los palacios apostólicos, t. XIV, p. 750. Quedan también registrados otros acontecimientos de su vida, como la grave enfermedad que le aquejó en 1787, su renuncia al cargo de camarlengo en 1801 y su regreso a Roma en 1805.

aun de palabra, y se han engañado y no les ha salido, por esta parte, la cosa como ellos pensaban.

El Papa tenía ya impresa y preparada una vigorosa protesta contra el proceder de los franceses y contra la violenta usurpación de su Estado, y bien presto se fijó en varios sitios públicos de la ciudad y la vieron con gusto muchos romanos, los franceses las hicieron arrancar por fuerza, enviaron tropa a la imprenta de la Cámara para apoderarse de todos los ejemplares de ella y la prohibieron con pena de muerte a quien la extendiese o conservase. No se aterró gran cosa la gente con estos fieros y amenazas del general francés, y no teniendo a la mano los ejemplares impresos se aplicaron muchos a multiplicar copias manuscritas para que todos pudiesen verla, y yo he visto dos de estas copias y una tengo a la vista. Ella se reduce a estos tres puntos: primero, es una sencilla aseveración de Su Santidad de que va a verse sujeto a todos los males de una invasión enemiga, porque sus sagradas obligaciones y su conciencia no le permiten adherir en toda su extensión a todas las peticiones del Gobierno francés; segundo, es una protesta formal en su nombre, y de sus sucesores, contra toda ocupación de sus dominios; tercero, es una exhortación a sus súbditos a conservar la quietud y tranquilidad pública. Y todo se dice con sencillez y majestad a un mismo tiempo, sin muestra alguna de terror y abatimiento, y se ve un gusto y contentamiento tan grande en los romanos con esta animosa protesta de Pío VII, concebida en términos y expresiones tan oportunas y en circunstancias de tanta angustia y opresión, que con ella les ha ganado más el corazón y el afecto que con todo lo que ha hecho en los ocho años de su pontificado. Esta bella protesta de Pío VII haría una grande impresión en todo el mundo y aun en la Francia misma, si se comunicara a todas partes con franqueza. Pero la tiranía y prepotencia de estos viles filosofastros es tan grande, tan irracional y tan absoluta que ni le permitirán al oprimido Pontífice comunicarla libremente a los emperadores de Alemania y Rusia, al Rey de España y a otros soberanos.

La conducta personal del Pontífice, en este terribilísimo aprieto, ha admirado y ganado más a los romanos, sus súbditos, y ha sorprendido y desconcertado más a los franceses, sus enemigos, que la justísima y bellísima protesta esparcida por Roma. Yo veo cumplida, en este caso, literalmente la promesa de Jesucristo a sus apóstoles y generalmente a todos los fieles, ofreciéndoles a todos que, cuando fuesen presentados delante de los tiranos, sus perseguidores, sin que ellos hubieran premeditado cosa alguna, pondría en su boca palabras a que todos sus contrarios no podrían resistir. Se presentan los bárbaros, ateístas, Miollis y los demás generales franceses delante del Papa, Pío VII, por virtud manso y humilde, por carácter pacífico, tímido y aun pusilánime, y por máximas y principios que, por ocho años, le han estado

inculcando siempre los cardenales malignos que le han ordenado, lleno de terror y de espanto del gran poder de la Francia. Le intiman para consumar su victoria las órdenes de su grande emperador y rey Napoleón sobre el destino de su Estado y de su persona, y Pío VII, mudado enteramente y repentinamente en otro hombre, de tímido en valiente, de pusilánime en magnánimo y de un manso corderito en un león intrépido y animoso, las recibió y oyó sin la menor muestra de turbación y abatimiento, y les respondió con toda firmeza, con un aire de superioridad y soberanía y con una generosísima resolución.

Toda Roma está llena de esta animosa y no esperada respuesta del tímido y pusilánime Pontífice hasta este momento. Anda en las bocas de todos, con general asombro y aplauso, y yo tendría un gusto muy particular en poder trasladar aquí las mismas, mismísimas palabras, inspiradas evidentemente por el Cielo en un aprieto tan grande al piadoso y humilde Pío VII. Pero no siendo esto posible en el día, ni acaso nunca, porque ninguno las habrá escrito, me contentaré con exponer la sustancia de ella, según la generalísima persuasión de toda Roma. Les aseguró que no le atemorizaban todo su aparato militar, todas sus tropas y sus cañones; y todo su semblante y aire de su persona demostraba una gran serenidad y un ánimo sin turbación alguna. Les afeó después con palabras graves y dignas de un Romano Pontífice y Vicario de Jesucristo, la vileza de su hecho en venir a atacar con tanta tropa y artillería a un hombre pacífico y desarmado en su propia Corte, y aun en su misma casa; y les protestó soberanamente que en nada cedía, ni cedería jamás, sino forzado de la física violencia, ni por respeto a su Estado ni a su persona. Y aunque entraron a su presencia en ademán de superiores, como triunfantes y conquistadores de toda Roma y de aquel su palacio, con dominio, con superioridad y con aire de soberano y de Pontífice les despidió, dirigiéndoles para lo demás que ocurriese a la Secretaría de Estado. Oigo asegurar a muchos que estos grandes hombres, orgullosos y dominantes más de lo que se puede explicar con palabras, salieron de la presencia del humilde Vicario de Jesucristo, si no reverentes y obsequiosos de su sagrada persona y divina potestad, por lo menos confusos, avergonzados y aturdidos, y sin ánimo para consumar su grande obra con las armas.

Los efectos, que se vieron y se ven en el día, demuestran una perfecta serenidad y una singularísima grandeza de ánimo en Pío VII y algún desaliento o moderación en los invencibles conquistadores de Roma. El Papa quiso, resueltamente, que se hiciese todo ayer por la mañana del modo acostumbrado y como si tales hombres no hubiesen venido a Roma, y sin hacer caso alguno de la tropa francesa y de los cañones que rodeaban el palacio. En efecto, vinieron a la capilla pontificia, y en este día de la Purificación se tiene

para la bendición de las candelas, todos los señores cardenales, monseñores o prelados y los demás que tienen asiento en ella, y el Papa asistió e hizo la bendición de las candelas, como otras veces. Yo tuve la curiosidad de aguardar en la escalera del palacio el fin de la función eclesiástica de la capilla y a la hora acostumbrada, como un cuarto de hora antes del mediodía, empezaron a salir religiosos de varios órdenes, prelados y cardenales. Y si bien en los semblantes de todos se veía tristeza y congoja, también se traslucía algún espíritu y ánimo, como que el animoso Pío VII les había inspirado alguna parte del suyo, y tomando en el patio sus coches o carrozas, por entre soldados y cañones, se volvieron a sus casas.

El general francés Miollis, después de la respuesta animosa del Papa, en lugar de continuar el ataque contra el palacio, mandando jugar la artillería, pues el enemigo no se entregaba prisionero y no se ponía en sus manos, ordenó que se volviesen las bocas de los cañones hacia otra parte, como quien desistía de la grande hazaña de batir y echar a tierra el palacio pontificio, aunque habitado del Soberano de Roma, a quien el grande Napoleón ha declarado la guerra por haber tenido la osadía de no condescender con algunas peticiones suyas. Y por la noche hizo retirar toda la artillería de la plaza del palacio pontificio, y esta mañana no se veía ya señal de los tales cañones. La tropa francesa conserva sus puestos y un batallón está alojado en el convento de la Victoria de los carmelitas descalzos, otro en la casa de San Andrés y hay sus piquetes en los vecinos palacios de la Consulta y del caballero Pallavicini, y hacia fuera sólo se ven las centinelas acostumbradas, y el resto de la tropa, que podrá llegar a ocho o diez mil hombres, está en el castillo, en el convento de San Agustín y en varios otros, y la caballería está, por la mayor parte, hacia la puerta del Popolo, dentro y fuera de la ciudad. Se supone que hay fervorosas negociaciones en orden a conseguir los franceses que el Papa se rinda a la voluntad del emperador y que Su Santidad constantemente se resiste. Viendo, pues, el general Miollis que todo su aparato militar y toda su tropa y artillería, alrededor del palacio pontificio, no han bastado para aterrar a Pío VII, y el semblante de Roma no poco conmovida con la firmeza del Santo Padre y no permitiéndole acaso sus instrucciones el usar de violencia contra la persona del Papa, se cree que, por una y otra parte, se disponen correos para hacer sus representaciones al Emperador, y, mientras vuelven sus respuestas y sus oráculos, se estarán las cosas en el estado presente.

Según el carácter de los franceses y suponiendo, como es así, que el Papa no puede hacer más que alegar buenas y convincentes razones, sin sostenerlas con la fuerza o sólo con la autoridad espiritual y eclesiástica que ellos desprecian absolutamente sin milagros, y uno puede ser el miedo de los pueblos católicos, se debe mirar como absolutamente extinguida la Soberanía de los

papas, y estos, como lo han dicho y redicho cien veces los filósofos incrédulos, francmasones y jansenistas, sin dominio alguno temporal, serán solamente obispos de San Juan de Letrán o de Roma, con una muy menguada y encadenada autoridad sobre el resto de la Iglesia católica en otros países. Los sectarios no cuentan por nada la protección para con la Iglesia católica de su fundador y esposo Jesucristo, en quien no creen, pero mal que les pese y por más que ellos y el infierno se enfurezcan, experimentarán a su tiempo el vigor y omnipotencia de su brazo e infaliblemente les oprimirá a todos, antes que puedan llegar a la consumación de sus impíos proyectos contra su Iglesia, eso es ciertísimo e indubitable como fundado en promesas clarísimas e infalibles del mismo Jesucristo, hombre y Dios verdadero, y, por consiguiente, poderoso para hacer lo que fuese de su agrado en el Cielo y en la tierra, sin que todas las sectas multiplicadas hasta el infinito, coligadas con todo el infierno, se lo puedan impedir. Pero también es cierto que algunos cardenales, engañando con mayor o menor malicia de su parte al Papa, que éste, siguiendo con demasiada docilidad sus insinuaciones y consejos, y que los demás cardenales, consintiendo con todo o callando, han ayudado mucho a todas las sectas anticatólicas dominantes en la Francia, para que se hagan cada día más poderosas y vayan, sin oposición alguna, avasallando a todo el mundo. Por tanto, si aciertan a pensar bien y a meter con sinceridad la mano en su pecho, no tanto deben de maravillarse de la osadía de estos hombres que van a destronizar al Papa y a estrecharle en el ejercicio de su Autoridad Apostólica, cuanto de su proceder y conducta en ayudarles de tantos modos para que lo consigan. Quiera el Señor que con la presente tribulación, que tienen sobre sí el Papa y los cardenales y que no sabemos cuánto durará ni hasta qué términos se embravecerá, aprendan todos mejor que con la otra gravísima y terribilísima del año de noventa y ocho a entrar en los designios de enmienda, de reforma y corrección de muchas cosas que Su Majestad ciertamente desea y pretende, y fácilmente las pueden entender y no será la última que se les represente como muy digna de ser revocada y muy corregida la conducta de Roma en la causa de la Compañía de Jesús, desde el pontificado del religioso Francisco Ganganelli, Clemente XIV, hasta el día presente en el año octavo del pontificado de Pío VII.

Casi no puede haber un cardenal ni tan maligno y tan enemigo de la Compañía de Jesús, ni tan irreflexivo y tan insensato, a quien, en sus gravísimos temores de verse otra vez enteramente oprimidos y despojados de todo, no se le venga a la memoria la venta inicua, escandalosa y sacrílega del dicho pontífice Ganganelli, dando expresamente la inocente sangre de la Compañía de Jesús y de veinte mil hijos suyos por los Estados de Aviñón y Benevento, y acompañada de cien horrores, tiranías y crueldades. Al acercarse la revolu-

ción republicana del año de noventa y ocho, no sólo el papa Pío VI y los cardenales buenos, sino también los más enemigos de la Compañía de Jesús, protestaban sin rebozo, como se notó en este escrito, que aquel torrente de males era un evidente castigo del Cielo, por las enormes injusticias de Roma contra la Compañía de Jesús. Y no obstante esta sencilla confesión, aun de los más furiosos enemigos de la Compañía, en este pontificado de Pío VII, lejos de revocar y reparar aquellas graves injusticias, que el Cielo castigó con los horrores de aquella revolución republicana, se ha hecho el error y desacierto, engañando y deslumbrando el sencillo Pontífice, de continuar en Roma con un aire y espíritu de hastío, desprecio y persecución contra la misma Compañía de Jesús. Su sangre, pues, no vengada como era justo, reponiéndola con todo honor después de las tribulaciones pasadas, y aun despreciada y ultrajada de nuevo en el presente pontificado, continúa clamando al Cielo por venganza, y ya la tiene Roma sobre sí, y debemos esperar que aprenderá en esta segunda lo que no aprendió en la primera, u olvidó muy presto después que la vio de algún modo acabada.

Acaso extrañará a alguno que yo diga francamente que en este pontificado de Pío VII se ha llevado adelante con Roma el espíritu de persecución y de injusticia contra la inocente Compañía de Jesús, y será porque no ha visto lo que ha pasado o no lo ha visto con la conveniente reflexión: ¿qué fueron aquellas pomposas exequias del papa Ganganelli en la iglesia de su orden, el año segundo de este siglo, sino una manifiesta y solemne confirmación del presente Pontífice del Breve exterminador de la Compañía del dicho Papa, aunque injustísimo y nulo por cien títulos? ¿Y la escandalosa excavación, no mucho después, en la casa del Jesús para buscar tesoros escondidos? ¿qué otra cosa fue sino una indecentísima condescendencia con los más furiosos y desalmados enemigos de la Compañía y una expresa aprobación de las más groseras calumnias contra ella? Los Breves que de mala gana y como por fuerza se han concedido sobre la Compañía, por las irresistibles representaciones del Emperador de la Rusia y del Rey de Nápoles, más son insultos y agravios suyos que honoríficas determinaciones de la Santa Sede. Y en todo lo que no se ha podido menos de hacer en la causa del beato Francisco Gerónimo, en todo absolutamente se ha mezclado siempre hastío y desprecio de la Compañía de Jesús, aire y espíritu de persecución contra ella. ¿Y qué más claro se puede ver este en casi todo el pontificado de Pío VII que en su estudio y escrupulosidad de no entrar en iglesia alguna de las que, de algún modo, son de la Compañía, aunque sin motivo alguno ha visitado la capilla interior del seminario de los jacobinos esculapios? ¿Y de no acudir jamás a visitar y hacer oración a alguno de sus Santos, aunque el piadoso Pontífice visita a todos, de todas clases, gremios, estados y condiciones, antiguos y modernos, y a todos pide con sus oraciones socorro y ayuda en sus trabajos y en los de la Iglesia?

Este espíritu de hastío y de persecución de la Compañía de Jesús en el presente pontificado de Pío VII se hace más vicioso y más reprensible delante del Señor porque todo él ha sido instigado por los malignos cardenales nombrados varias veces, adoptado y seguido por complacer a los enemigos de la religión, cuales son evidentemente las sectas anticatólicas dominantes en la Francia ¡Qué pena y desconsuelo para los catolicisímos jesuitas y para todos los que están algo instruidos y aman la Religión al hacer esta reflexión sencillísima que sin querer se les pone delante de los ojos! Por complacer a los jansenistas y filósofos incrédulos extinguió Roma en todo el mundo el año de 1773 la inocente, sabia y celosa Compañía de Jesús, que con actividad y con algún suceso promovía y defendía la piedad y religión en todas partes. Por confesión aun de sus mayores enemigos, el año de noventa y ocho vinieron sobre Roma males inmensos en castigo de aquella injusta y bárbara extinción de la dicha Compañía. Se ve libre de algún modo, el año de ochocientos, del pesadísimo látigo y azote que ha tenido sobre sí, y al instante, por complacer a las mismas impías sectas jansenística y filosófica, entronizadas en la Francia, se reviste del aire y espíritu de hastío, desprecio y persecución de la misma Compañía de Jesús. ¿Y qué podía suceder no abandonando el Cielo a Roma en su obstinación y no habiéndose recortado el brazo del Señor? Lo que veían todos los que no estaban ciegos y deslumbrados, y lo que está efectivamente sucediendo. Y ya está Roma por segunda vez oprimida por las mismas sectas a las que, por los malignos consejos de algunos cardenales, por la insensibilidad de los otros y por la docilidad del Pontífice, ha servido con esmero en todo este pontificado. Ya está la Santa Sede sin un palmo de Estado temporal, en muy justo castigo de haber comprado algunos palmos de él con la sangre de veinte mil inocentes y de no obstinarse en no querer reprobar y deshacer esta compra impía y sacrílega. ¿Y aprenderá con esta segunda opresión? ¿Entrará al cabo en la forzosa y obligatoria resolución de restablecer con honor la Compañía de Jesús, revocando todo lo que ha salido de Roma en infamia suya? ¿Entrará en otros varios proyectos no menos necesarios de reforma y corrección de varias cosas? Parece que sí y que no puede llegar a tanto su engaño u obstinación que se exponga por tercera vez al látigo y al azote. Observaremos las cosas particulares de este segundo abatimiento de Roma y las notaremos con toda puntualidad y exactitud.

Día 9 de febrero

Siempre se ha ido disminuyendo el aparato militar de los franceses en las cercanías del palacio pontificio, como que estos generosos e invencibles soldados desisten de la noble empresa de atacar en su misma casa a un hombre pací-

fico y desarmado. La tropa que estaba en el convento de la Victoria de los carmelitas descalzos se ha ido al convento de San Marcelo de los servitas en la calle del Corso y cerca del palacio del príncipe Doria, en el que vive ya el comandante Miollis, que vivió algunos días en el palacio del príncipe Barberini, cerca de esta mi casa de San Ildefonso. La tropa francesa, que estaba en la casa o noviciado de San Andrés, enfrente de una de las puertas del palacio del Papa, se ha retirado también y se habrá ido a otro convento. En suma, en el día no se ve otra tropa francesa alrededor del palacio pontificio, sino un piquete no grande de caballería en el palacio de la Consulta, que está casi enfrente de la puerta principal del palacio del Papa. Por lo demás, los franceses, como señores de la ciudad, aunque se valen de dos señores romanos, que estaban nombrados para entender en el alojamiento de la tropa francesa, se van tomando para cuarteles suyos todos los conventos que quieren, y ya en el día les veo alojados en el convento de San Agustín, que es magnífico y es el principal de los agustinos calzados en Roma, y fue fabricado por el famoso general Vázquez, en mucha parte con dinero de España, o del Perú, de donde era natural; y les veo igualmente en los conventos de San Andrés delle Valle, de los Doce Apóstoles, de San Marcelo y de la Minerva, que son las principales casas de los de la Providencia, o Cayetenos, de los franciscos conventuales, de los servitas y de los dominicos. Otros varios conventos o casas, como la de San Carlos in Catenari de los bernabitas, la de la Chiesa nuova de los de San Felipe Neri, la Transpontina de los carmelitas calzados, la de San Sixto de los benitos, y algunas otras, están señaladas para cuarteles de la tropa francesa, que siempre crece aunque por otra parte se disminuye, partiendo alguna de ella hacia Nápoles. Todos los dichos conventos, como también algunas casas grandes de la puerta del Popolo, se disponen para cuarteles permanentes de caballería e infantería, y se hacen en ellas las obras convenientes para ello y se van preparando camas para todos los soldados, y muy buenas según oigo decir y en parte veo, aunque se glorian de ser tropa que ni tiene bagaje ni usa de tiendas. Pero, como aquí no les cuesta nada, quieren toda comodidad para la tropa y no poco lujo para los oficiales. La casa del Jesús se ha librado hasta ahora, aunque no ha dejado de haber peligro de que sea destinada para cuartel de los franceses, y los señores italianos que entienden en los alojamientos les han dado palabra, a los que viven en ella, de salvarla en cuanto de ellos dependa. A la verdad difícilmente habrá en Roma casa alguna grande de religiosos que por el interior orden de la fábrica sea menos a propósito para cuartel de soldados, y ciertísimamente ninguna hay que esté tan llena de gente; pues en la casa del Jesús apenas hay una estancia o aposento que no esté habitado, y sus habitadores por la mayor parte son pobres viejos y enfermizos o verdaderamente enfermos. En suma, aquella casa, como opor-

tunamente representó el presidente Marqueti, no es un convento o monasterio de cien religiosos de todas edades y circunstancias, sino un cuartel de cien soldados viejos e inválidos o un hospital de cien enfermos y convalecientes; todo es cierto, y, no obstante, se teme que nada baste, y el temor de ser echados a la calle les tiene no poco turbados, y hacen sus diligencias solicitando el hospital de Monserrate, que está vacío, y algunos cuartos en conventos de religiosos españoles, para tener un rincón en que meterse si les echan de aquella casa, y los muchos jesuitas italianos que hay en ella procuran lo mismo entre las gentes de la ciudad.

En el negocio en cuestión nada se ha adelantado en estos ocho días. Ni los franceses usan de violencia alguna con el Papa, ni le han declarado decaído de la Soberanía, ni se han metido en el gobierno interior de la ciudad, aunque ya la conquistaron el día dos de este mes; ni el Papa condesciende con las posiciones de Buonaparte, ni renuncia su Estado, ni quiere moverse de su palacio apostólico para ir a Aviñón ni a alguna otra ciudad; y ya es cierto, con publicidad, que de una y otra parte se han enviado sus razones a París, y el general Miollis vendrá a decir en sustancia que con todo el estruendo militar no se ha conseguido que se aterre el Papa y quiera ceder el Estado y salir de Roma, y pedirá nuevas órdenes para llevar a cabo esta grande empresa de la perfecta conquista y posesión de Roma y de todo el Estado Pontificio. Pío VII, por su parte, habrá enviado su bella protesta esparcida en Roma el mismo día de la entrada de los franceses y añadirá lo que dice y repite continuamente, esto es, que en nada cederá sino obligado de una fuerza a que no pueda resistir, y justificará, con razones demostrativas, esta su justísima resolución; y aun parece que insinúa la ingratitud manifiesta de oprimir con las armas y de un modo tan insolente a un hombre que ha procurado complacerle en todo y efectivamente le ha servido bien en varias cosas de no poca ventaja y utilidad suya. De París, pues, ha de venir la última decisión en este caso, y de allí, por más que el Papa alegue cien razones evidentes a favor suyo, no puede venir determinación favorable al Pontífice, pues, cerrando los ojos a todas, siempre se llevará adelante el gran proyecto de las sectas, de quitar al Papa todo dominio temporal y reducirle a no ser más que un obispo de Roma.

Entre tanto los franceses gastan lo que quieren en mantener su tropa y prepararla cómodos cuarteles permanentes, y como conquistadores de Roma no lo piden prestado, como antes, sino que lo tomarán de algún modo como suyo, si bien para Roma lo mismo es uno que otro, pues no han pagado con maravedíes los millones de pesos duros que se les han prestado, desde que empezaron a venir a la conquista de Nápoles. En su tropa, ya bien vestida, y sin aquella fastidiosa asquerosidad republicana que duró por mucho tiempo, se ve buena disciplina y generalmente moderación en el trato de la gente del

país, y anda en continuos movimientos de una parte a otra y aun saliendo y volviendo a entrar en la ciudad, ya para infundir mayor terror a los romanos, y ya para hacerla aparecer, como ellos acostumbran, más numerosa de lo que es en la realidad. En los oficiales, desde el comandante Miollis hasta los ínfimos subalternos, se observa también generalmente atención y agrado, y no les oprimen en las casas en que están, obligándoles a mantenerles y haciendo otras muchas violencias como hacían antes. Con el terror por una parte y con afabilidad por otra, y con otras muchas artes, que usaron sin que yo las pueda entender, procuran atraer a los romanos para facilitar la posesión de Roma y por consiguiente de todo el Estado Pontificio. Aun han querido hacer algún obsequio a la sagrada persona del Papa y hoy mismo, habiendo precedido las convenientes diligencias, se presentaron juntos a Su Santidad más de cien oficiales franceses, y Pío VII les recibió con mucha paz y sin el menor indicio de turbación o de miedo, y les preguntó si eran católicos, y, habiendo respondido tumultuariamente que sí, con su acostumbrada mansedumbre y afabilidad les echó su bendición apostólica y ellos dieron muestra de recibirla con aprecio y devoción y se retiraron, a lo que parecía, con algún respeto reverencial y obsequioso para con la sagrada persona del Vicario de Jesucristo, reconocida en el presente pontífice Pío VII, que en su natural presencia y corporatura nada tiene de singular y de grande.

Éste aguarda también en el retiro de su Palacio (del cual no ha salido en estos ocho días, aunque antes salía por lo común todas las tardes a dar un paseo). La respuesta de la Corte de París a sus protestas, quejas y representaciones sobre los negocios presentes y la resolución sobre ellos; para que esta sea razonable y según el deseo de Su Santidad, y aun según su derecho, atendido el carácter y malignidad de los hombres con quienes trata y negocia, son absolutamente necesarios milagros muy grandes y muy patentes del Cielo, y esperarle por el camino de negociaciones humanas, de razones y demostraciones de su derecho y justicia, sólo cabe en quien no ha vivido en este mundo, especialmente en estos últimos veinte años, o ha vivido como una estatua y sin ojos para ver, aunque los ha tenido y tiene delante los vastos designios de las sectas anticristianas, dominantes en muchos países, y como en su centro en la Corte de París. Hay en Roma al presente cien rumores de cosas que se han ideado, proyectado y aun ejecutado de algún modo en las últimas, largas y devotas congregaciones de los cardenales con el Papa, suponiendo o temiendo, por lo menos, que el Santo Padre será al cabo no sólo desposeído de la Soberanía, sino también echado de Roma y esparcido y disipado el colegio de los cardenales. Quien dice que el Papa ha creado tantos cardenales cuanto son los capelos vacantes o pocos menos y los ha reservado en su pecho, y que lo ha hecho así para no verse obligado a dar el capelo al Patriarca de Venecia,

Gamboni[14], y a otros hombres tan malos como él, que le puede proponer Buonaparte. Quien habla de líneas que se han echado y de proyectos que se ha tenido sobre elección condicional para el caso de que Pío VII sea arrastrado violentamente a Aviñón de un Papa sucesor suyo que viva en un país a donde no llega el poder de los franceses, y unos le ponen en una ciudad y otros en otra, y algunos fijan el nuevo condicional Papa en el Brasil o en otra provincia de la América. Es cierto que cuando Pío VII fue a París a consagrar a Buonaparte se habló, con alguna probabilidad, de renuncia del pontificado si no le dejaba volver a Roma. Parece, pues, que ahora se habrá ideado algún arbitrio proporcionado para tener Papa legítimo, en el caso de que Pío VII sea violentamente llevado a Aviñón o a otra parte. Pero en el primer caso no era difícil la ejecución de la renuncia y de la elección de otro Papa, y en este segundo es casi imposible ejecutar este proyecto.

Otros, finalmente, hablan mucho, dejando otras varias cosas de intención y pensamientos del Papa, de hacer uso de su sagrada potestad y echar mano de las armas espirituales de contradichos y excomuniones, ya que no puede defender su persona y los derechos de la Santa Sede con ejércitos y con cañones. La fuerza de estas armas, aun sin contar con prodigios del Cielo, es muy grande cuando hay en los pueblos mucha fe y mucha Religión, y no dudo que hubieran tenido efectos maravillosos si Pío VI hubiera usado de ellas con prontitud y resolución en los principios de la revolución republicana de Francia. Ahora no sé lo que sucederá en este Reino o Imperio, en el que se ha propagado mucho la impiedad e irreligión, aunque siempre creo que le hará algún perjuicio a Buonaparte en la misma Francia, y mucho más en España, en la que piensa mucho, el que se le quite la ridícula máscara de católico que se ha puesto y que le aseguró más el Papa, consagrándole por Emperador de los franceses. Mucho nos falta que ver hasta llegar al fin de los presentes trastornos y revoluciones de la Europa, causadas evidentemente por el triunfo de las sectas anticristianas: jansenística, francmasónica y filosófica, permitidas y aun fomentadas por muchos príncipes y gobiernos y aun por Roma, conspirando todos para desarmar a los intrépidos soldados del Gran Capitán en las guerras del Señor, el inmortal San Ignacio de Loyola, que con franqueza y resolución las atacaban y cubrían de ignominia a los ojos de toda Europa.

---

14 Nicolò Saverio Gamboni (1746-1808). Nacido en Nápoles el 5 de diciembre de 1746. Fue Obispo de Capri entre 1776 y 1805, y de Vigerano desde 1895 a 1807, en que Napoleón, sin aprobación papal, lo designó Patriarca de Venecia, el 24 de agosto de 1807, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento el 21 de octubre de 1808. Sobre Gamboni, *vid.* Pina IACCARINO: *Un vescovo a Capri. Nicola Saverio Gamboni (1776-1807). Tra pastoralità e giacobinismo*, Napoli, 1997.

Todo lo dicho sobre proyectos y designios del Papa y de los cardenales, con sus congregaciones y fuera de ellas, es para mí muy incierto, pues no he visto, ni es posible ver en el día, documento alguno que lo asegure o de que se puedan inferir. Pero es cierto, público y notorio en toda Roma que Pío VII en su retiro y casi soledad renueva, todos los días y a todas horas y delante de todas las personas que se le presentan, sus propósitos y resoluciones de no ceder voluntariamente en nada, ni espiritual ni temporal, por más que hagan los franceses, amontonen tropas y cañones, y por más que amenace el grande Napoleón, conquistador de la mitad de la Europa. Y son inexplicables, por más que se escriba, los grandes y maravillosos efectos que va causando en Roma esta intrepidez y firmeza del manso y piadoso Pío VII. Los buenos exultan y tripudian propiamente de alegría viendo la intrepidez del Santo Padre y su ningún temor de todo el poder y armas de los ateístas franceses. Los indiferentes y fríos se van encendiendo y enfervorizando y empezando a estimar y amar a un Pontífice que tan animosamente defiende los derechos de la Religión, de la Santa Sede y de su Soberanía, y que con tanto valor se expone a todo género de trabajos y penalidades, y aun a ser mártir. Y los malos, impíos filósofos, francmasones y jansenistas, que no son pocos, están moderados y encogidos porque ven que en las presentes circunstancias de estar el Papa tan estimado y aplaudido, no pueden valerse, como en otros tiempos, del pueblo menudo para levantar tumultos y hacer revoluciones contra el Soberano.

A los franceses les disgusta necesariamente mucho esta estimación y afición tan general al Santo Padre, que se va excitando y aumentando en Roma porque ellos quisieran que por bien o por mal, por afecto o por terror, todos los romanos fueran suyos y se resfriaran para con el Pontífice, a lo menos como Soberano, pues saben muy bien que si el pueblo está muy unido a su Príncipe y a su gobierno no bastan todas las charlatanerías filosóficas y sus engañosas promesas de libertad y felicidad para apartarle de él, oprimirle y sujetarle; y si con grandes fuerzas y mucha tropa llegan a oprimirle y avasallarle es muy fácil que resulten gravísimos inconvenientes, como acaba de suceder en la ciudad de Nápoles. La noche del treinta al treinta y uno del mes antecedente de enero voló una mina en el palacio en que vive el famoso corso Saliceti[15], que es el brazo derecho del rey José Buonaparte y dispone de todas las cosas del gobierno según su gusto. Murieron algunas personas, y el mismo Saliceti y una hija suya estuvieron en gran peligro de muerte y padecieron no poco. A estos excesos y propiamente furores se arroja un pueblo oprimido

15 El P. Luengo hace largos comentarios sobre Christophe Saliceti a lo largo de su *Diario*, pero puede consultarse una reseña biográfica que realiza el diarista en el t. XLIII, pp. 1088 y ss; comentarios realizados con motivo de la muerte del corso en Nápoles a finales de 1809.

con el terror y con la fuerza de las armas, y, según se van enfervorizando los romanos, se pueden temer estos u otros semejantes en Roma si llegan a hacer alguna insolencia contra el Papa. Se supone que en Nápoles se hacen extraordinarísimas pesquisas y averiguaciones sobre el caso y que se harán terribilísimos castigos, si se encuentran los autores de la mina, porque estos hombres viles y que se han levantado del polvo de la tierra y desde una isla casi invisible, en todo hacen más de soberanos que los antiguos a quienes han ido abatiendo, tratándolos de tiranos.

DÍA 15 DE FEBRERO

Nuestros correos de España están muy diligentes en este invierno, aunque es sumamente rígido, pues en las cartas de todas las provincias hablan de nevadas, heladas y fríos tan grandes que nadie se acuerda de haber experimentado otros semejantes en toda su vida, y no lo extraño, pues lo mismo con su proporción sucede en Roma y en otras partes de Italia. Salió este correo de Madrid la noche del treinta del mes de enero y hacia los siete de este mes fue asaltado y robado cerca de la ciudad de Nimes en Francia. En esto, como en todas las demás cosas, se ha perdido mucho con las revoluciones y novedades del tiempo. Antes de ellas eran respetados estos correos o postas de las Cortes, y rara vez se oía que ni ladrones ni otros, por otros malignos fines, se atreviesen a insultarles y despojarles de todo; y, después que los iluminados filósofos han hecho feliz al género humano, sacándole de la esclavitud de sus antiguos príncipes y gobiernos, nada se respeta y suceden frecuentemente estas insolencias y asaltos de los correos públicos. Digo en términos generales que no han perdido el lance los ladrones franceses y que han cogido bastante dinero o de la Corte, o de particulares, o de todos. Las cartas ministeriales o del gabinete, a lo que oigo, han llegado, y de la correspondencia pública unas pocas, que dejaron en tierra los ladrones cuando se retiraron del camino público, y hoy, quince, nos las han dado privadamente en casa del director de la posta de España, sin haber puesto públicamente lista de ellas.

Por las dichas cartas, y aun creo que por la *Gaceta* de Madrid, se entiende que se ha dado sentencia contra los que estaban presos por el negocio del Príncipe de Asturias, que también lo estuvo en El Escorial por el mes de octubre y salió libre, como aquí se dijo, por haberse humillado y haber pedido perdón a su Padre, la sentencia es del mismo rey Carlos IV, o por mejor decir del Príncipe de la Paz, que en todo hace lo que quiere, aunque me inclino a que la libertad, que tan prontamente se dio al Príncipe de Asturias, fue contra su gusto y se debió más que a él, y que a los reyes, al resentimiento, alteración y casi movimientos tumultuarios del pueblo de Madrid. Dice pues así esta

sentencia: *Usando de mi Real Clemencia, como hice como el Príncipe de Asturias, primer reo en esta causa, he venido en mandar se sobresea de ella que el presbítero Escoiquiz, preceptor que fue de dicho Príncipe, vaya al monasterio de Tardón*[16]*, donde aprenda la doctrina cristiana y siga exactamente el orden de vida austera de aquellos monjes; que el duque del Infantado salga desterrado de la Corte sesenta leguas, despojado de sus empleos; que el duque de San Carlos, conde de Bornos, Orgaz y Ayerbe sufran la misma pena, dándoles a todos el arbitrio de elegir pueblo. Aranjuez, 27 de enero de 808.*

En esta sentencia del Rey se ve puerilidad e indecencia, como generalmente en todos los decretos de aquel gabinete desde que entraron en él abogados y filósofos, que en todo han desfigurado y corrompido, en cuanto les ha sido posible, el carácter de gravedad, madurez y decoro de la nación española. Lo más notable en esta sentencia es que a todos los nombrados en ella no se les da en suma otro castigo que el destierro de la Corte y la privación de algunos honores que tenían en el palacio de Su Majestad. El hijo primogénito de los reyes y jurado ya en Cortes del Reino, Príncipe de Asturias y heredero de la Corona, mereció que su Padre le pusiese en una estrecha prisión, y si no se hubiera resentido Madrid no hubiera salido tan pronto de ella y acaso se le hubiera dado otra pena mayor, y todo su delito fue el haber seguido un consejo que le dieron los citados en esta sentencia o haberse servido de ellos para su ejecución, y a estos, que fueron los autores y ejecutores de un proyecto tan malo, como destronar el hijo a su padre, ¿no se les da otra pena que un destierro galano de la Corte dándoles arbitrio para vivir en donde gusten a cierta distancia de ella? Monstruosa contradicción. La maldad, la mentira y la calumnia pocas veces guardan consecuencia. No extraño, pues, que cada día se haga más cierta y más universal en todas las provincias de España la persuasión de que el amable príncipe D. Fernando es inocente, y si ha dado algún paso sin noticia de sus padres este se dirigía únicamente a librarse de la prepotencia y desmesurado poder del ambicioso Príncipe de la Paz, y de ningún modo a destronizar al Rey.

Por lo demás, nadie sabe hablar en sus cartas sino de la innumerable tropa francesa que va entrando continuamente en el Reino, y especialmente por la Guipúzcoa y Álava, en Castilla la Vieja. En Valladolid, a la fecha de las cartas, que es de veinte y veinticinco de enero, había ya un ejército francés de veinte o veinticinco mil hombres, y su Comandante en Jefe es el general Dufont, que da allí convites a la gente principal y hace otras gestiones casi como si fuera dueño del país. ¡Cuánto padecerán en aquella mi estimada ciudad de Valladolid, y casi mi patria, los religiosos y aun religiosas y otras muchas personas honra-

16 Nota del autor: En otra copia se dice "de Cardona".

das para alojar un ejército tan numeroso! En la suministración de víveres y especialmente de pan y vino no padecerían mucho si se los pagasen, porque el año pasado tuvieron una abundante cosecha. Pero los franceses no pagarán nada, como hacen aquí y en todas partes, y el gobierno de España no estará para hacer estos gastos, y el pobre labrador se quedará sin sus frutos de la tierra y de sus sudores y sin el precio de ellos. Se supone que la tropa francesa se extiende hasta Salamanca y Zamora para tener comunicación con la que está en Portugal, y que hay otra mucha de la misma desde Valladolid hasta Francia, en Palencia, Burgos, Vitoria y San Sebastián, y que toda ella llega a un número exorbitantísimo de más de cien mil hombres. Por esta frontera del Rosellón hay también mucha tropa francesa, pero a seis o siete de este mes de febrero, cuando pasó por allí este correo español, todavía no había comenzado a entrar en España. Mas su multitud y cercanía, juntamente con la infinita tropa francesa que ha entrado ya y que continúa entrando por la Guipúzcoa y se encamina a Castilla la Vieja, llenan de pasmo y de confusión a todos, y no saben qué pensar ni qué decir a vista de un suceso tan extraño. No pueden creer que por Valladolid vayan a Gibraltar ni aciertan a fiarse de sus protestas de amistad y de alianza, y temen algún grande estallido y trastorno, y los que estén algo instruidos del carácter de los franceses y de sus planes y proyectos filosóficos y francmasónicos le tendrán por cierto e inevitable sin milagros del Cielo. ¡Pobre España! ¡Estimadísima patria nuestra! ¡Infelicísima Monarquía española! y ¡desgraciadísimo Carlos IV con toda su familia real!, todos están ya al borde del precipicio y aun dentro del laberinto de la revolución antimonárquica y anticristiana, que se ha estado estudiando y disponiendo por más de cuarenta años, entrando entre sus principales disposiciones el destierro de los jesuitas de todos los dominios de Su Majestad Católica, porque estos hombres sagaces, dijo uno de los abogados filósofos, en una disposición auténtica, pudieron romper algunos de los eslabones de la gran cadena que se va fabricando para llegar al premeditado empeño de abatir el trono. Yo, pues, desde Roma veo ya casi ejecutada la revolución de la monarquía española, valiéndose para que no se derrame sangre de ejércitos tan numerosos de tropa francesa.

Día 20 de febrero

En el día está aquí todo en el mismo estado en que se puso el día dos de este mes, y siempre se está esperando la respuesta de París al Papa y al Ministro o Comandante francés, y se ha ido desapareciendo tanto el aparato militar en las cercanías del palacio pontificio, que no se ve soldado alguno francés ni de infantería ni de caballería de quien se pueda decir que está apostado contra

él, y no es porque se haya disminuido la tropa francesa, y antes creo que se ha aumentado o por lo menos siempre van dando muchas disposiciones para prepararles cuarteles cómodos y permanentes, y para esto se apoderan de todos los conventos de religiosos que les parecen oportunos. En estos días han tomado el bellísimo convento de los trinitarios calzados españoles que llaman de Strada Condotti, por estar en la calle de este nombre. Están trabajando en el piso bajo y en los dos primeros altos, rompiéndolo y despedazándolo todo según se les antoja para proporcionarle para cuartel de soldados y al padre ministro y procurador Hernández y al P. Amorós, su compañero, con quienes me he condolido por esta su desgracia, les han hecho subir al cuarto alto y casi desván del convento, encerrando allí todos sus muebles y ajuares. Con menos prevención y casi repentinamente se ha metido un buen batallón de tropa francesa en el convento de Araceli, de franciscanos observantes o zocolantes, como dicen aquí, y los religiosos se han estrechado en un rincón de él y aun algunos se han ido a otros conventos de religiosos franciscos. Este convento de Araceli está en lo más alto del Capitolio y domina la ciudad a todos vientos, y es por tanto un puesto muy importante si llegasen los romanos a levantar algún motín o tumulto. Es muy fácil que se hayan metido los franceses en algún otro convento de religiosos o que le estén preparando para hacerle cuartel, aunque yo no lo haya observado, porque Roma es muy grande y no se puede ver todo. Pero ya son por lo menos once los que han tomado para cuarteles, aunque todavía no haya tropa en todos ellos, como se entenderá. Juntando estos dos de franciscos y trinitarios a los que nombramos antes, creen algunos que han tomado este último para cuartel, aunque es de españoles, porque está muy cerca del palacio de Luciano Buonaparte, así como han tomado otros, para estar inmediatos a la habitación del comandante Miollis y de otros oficiales de la plana mayor. No obstante, es cierto que Luciano no ha querido admitir la guardia que le envió el General y que continúa haciendo de amigo y parcial del Papa, y que, con publicidad, da muestras de disgusto por el modo con que es tratado por la Francia y aun se gloría de haber escrito al Emperador y al Senado a favor de Su Santidad y ¿quién podrá asegurarnos de que todo esto no sea fingido y aparente y de que haya algo de sincero y verdadero en esta parcialidad que muestra Luciano por el Papa? Acaso teniéndose comúnmente por cierto que él está destinado para mandar en Roma, le ha parecido más conveniente, para ganar a los romanos, mostrarse parcial por el Papa y como empeñado en favorecerle en cuanto a la conservación de su Soberanía y gobierno, pues de ese modo aparecerá un hombre desinteresado y que sólo por fuerza, y por no desobedecer a su hermano el Emperador, ha tomado el cargo de Senador Patricio o Rey de Roma.

En otro ramo, y el más odioso y de mayor vigor en un gobierno, hacen también de soberanos los franceses desde el primer día que pusieron el pie en Roma. Ellos arrestan, encierran en el castillo, destierran y castigan de otros modos a quien quieren, sean nacionales o extranjeros. El primero en quien pusieron las manos fue un señor Mora, agente casi invisible del rey Fernando IV que está en Sicilia, en esta ciudad y cerca de la Santa Sede para los negocios que se le puedan ofrecer. Le arrestaron en los primeros días después de su entrada en Roma y le llevaron al castillo, y allí se está encerrado, si no le han cortado la cabeza o arcabuceado, como dicen algunos, aunque no se puede creer por más que sean bárbaros una bestialidad tan grande; es verdad que no lo es pequeña su arresto y prisión en este castillo, y basta para creerlo lo que dijimos el año pasado con la ocasión de oponerse el Ministro francés a la publicación en Consistorio de algunos obispos nombrados por el dicho Soberano para el Reino de Sicilia. Pero, para que se haga más visible y se toque con la mano, cotejaremos el proceder de los franceses con este agente Mora, con el de los mismos con el embajador de Portugal. Al excelentísimo Pinto, embajador de la Corte de Lisboa, le intimaron los franceses que bajase las armas, pues ya el Reino de Portugal era de la Francia, y él respondió que las conservaba como Embajador del Rey del Brasil cerca de la Santa Sede, y han tenido por justa su respuesta y él va adelante con las armas levantadas sobre la puerta de su palacio. Pues si al rey del Brasil, aunque ya no es Rey en el continente de Europa y aunque la Francia está en guerra con él, se le permite tener Embajador en Roma, aun después que ellos la han conquistado ¿por qué no le ha de ser lícito al rey Fernando tener siquiera un agente, a lo menos hasta que los franceses conquistaron esta ciudad? La razón no es, ni puede ser otra, sino la que ya insinuamos en otro lugar, y ella es tan necia, tan loca y tan aforrada en soberbia luciferina que no se lee semejante en las historias de todos los más quijotescos y más tiranos conquistadores. Napoleón ha declarado a Fernando IV decaído de la Soberanía de las Dos Sicilias, y Soberano de ellas a su hermano José, y ésta su declaración omnipotente y obradora de todo lo que dice, como las palabras de Dios, debe ser bastante para que todos los príncipes de la Europa, y por consiguiente el Papa, dejen de tener por Soberano de los dichos Reinos al rey Fernando, aun antes que llegue un soldado francés a quitarselos, como no ha llegado efectivamente hasta ahora a la Sicilia. Mañana dirá que el rey don Juan de Braganza ha decaído de la Soberanía de Brasil, y entonces, aunque todavía no haya fabricado los navíos para hacer aquella conquista, le deben de tener todos por destronizado, y este señor Pinto habrá de bajar sus armas aunque el Papa conserve la Soberanía de este Estado.

Antes que llegasen a Roma ya tendrían noticia de los ingleses que había en esta ciudad o la adquirían muy presto, porque en todas partes, y mucho más

en Roma, tienen amigos que les sirven a maravilla y a todo su gusto, y, en general, se ha hablado bastante de arrestos de ingleses sin atención a que hayan estado muchos años en esta ciudad, y, en efecto, cerca de esta mi casa fue arrestado un inglés ya viejo que había vivido muchos años en Roma. Con el mismo furor y generalidad persiguen los franceses a todos los que tienen por parciales y afectos del rey Ferdinando IV o de su mujer la reina Carolina, y entre otros, por esta relación, ha sido arrestada una Princesa de la Católica y encerrada con suma indecencia en el castillo, aunque parece que después la han encerrado en un convento de monjas. Con más dureza y crueldad ha sido tratado un grave religioso agustino que en la iglesia de su convento predicaba los domingos, según el uso del país, las lecciones sacras. Explicaba, según oigo, aquel pasaje de los azotes de Teodoro por ir a robar las riquezas del templo y no faltó quien le acusase (y oigo a persona autorizada que fue un envidioso fraile de su convento) de que tenía de mira a los franceses que suelen robar las iglesias. Por la noche fue arrestado en su misma celda y llevado al castillo de San Ángel, y, después de haberle tenido allí veinticuatro horas sin darle un bocado de pan, a pie, entre dos soldados de a caballo, fue sacado de la ciudad y llevado a algún castillo del Reino de Italia, aunque por cierto respeto se le ha mitigado la sentencia y parece que se le permitirá retirarse a su patria, que es la Etruria o Toscana, o al Estado de Luca. Bastan y aun sobran estas prisiones, aunque no sean todas las que han hecho los franceses en estos pocos días que han estado en Roma, para que se tenga por cierto que en este ramo de la justicia y fuerza coactiva hacen de soberanos y aun de déspotas crueles, bárbaros y sacrílegos, no respetando ni el sagrado carácter de representante de un Príncipe, ni la nobleza de la sangre y privilegios del débil sólo, ni los fueros y derechos del sacerdocio, aun unidos a los del Estado religioso ¿quién se puede tener por seguro de los furores de estos hombres?

En los demás ramos del gobierno miran todavía como soberano al Papa, aunque habiéndole conquistado con tanto valor su Corte le podían tener por destronizado con mucha más razón que a Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias. Pero tienen sus motivos para no apoderarse del todo del Estado del Papa, sin que él le ceda de algún modo, y está Pío VII tan lejos de cederle que, aunque antes condescendía con los franceses en todo, ahora, aunque está en sus manos y pueden hacer de él lo que quisieren y le tienen como preso y encarcelado en su palacio del Quirinal, se opone a ellos y les hace frente en cosas en que pudiera condescender sin particular inconveniente. Por Navidades se abrieron todos o muchos teatros públicos y se suponía, porque ya se hubiese dado el permiso o se tuviese por seguro, que se harían las diversiones del Carnaval de máscaras, carreras de caballos y bailes públicos, como en los años antecedentes. Pero, acercándose el tiempo (y hoy mismo debían empezar estas diversiones), fueron absolutamente prohibidas por orden del Santo Padre.

Por intereses en la venta de las máscaras y en otras muchas disposiciones para estas fiestas del Carnaval, y por su pasión por estas diversiones carnavalescas, se resintieron muchos romanos con el Edicto del Papa y acudieron con sus lamentos y con representaciones de las pérdidas y daños que se les seguían al general Miollis, glorioso conquistador de Roma, y suponían que daría orden de que se hiciese todo como los años pasados, no obstante la disposición en contrario de Su Santidad. Pero Miollis se contentó con exponer al Santo Padre las dichas quejas y deseos de los romanos y sus ruegos y súplicas sobre el asunto, y Pío VII estuvo constante en su resolución diciéndole, en suma, que era cosa indecente y mal vista que, estando el Soberano encarcelado y oprimido, permitiese a sus vasallos divertirse y alegrarse con las profanidades del Carnaval, y efectivamente han quedado prohibidas y no se hacen; y yo en mi rincón me río y me maravillo extrañamente al ver, por una parte, al gran General del invicto Napoleón y después de haber conquistado a Roma que, con tanta humildad, pide al Papa una cosa tan pequeña, y, por otra, que Pió VII, que estando en libertad les ha concedido cosas muy grandes, en opresión le niega cosa pequeña al mismo General en su casa.

En otra cosa, aun más pequeña, ha mostrado en estos mismos días una gran firmeza y constancia y un aire de desprecio del grande Napoleón y de sus ministros. En la capilla o función eclesiástica del día dos de este mes, que se tuvo en el palacio del Quirinal, estando rodeado de tropas y de cañones de los franceses, hizo Su Santidad la bendición de las candelas, y, según costumbre, regaló una de ellas a todos los embajadores y ministros de príncipes; pero no se la regaló al francés Alquier, Ministro en Roma de Napoleón el Grande. Alquier nada cree ni de candelas benditas, ni de papas, ni de Jesucristo, y por esta parte nada se le daría de que no se le regalase la candela bendecida por Su Santidad, pero el ser el solo excluido de este regalo y el poco aprecio que en esto se hace de su persona le ha picado y herido vivamente, y ha hecho no pocas diligencias y lamentos sobre este caso y nada ha conseguido, protestando el Pontífice que no puede hacer esta devota expresión con el Ministro de un Soberano que sin razón alguna le ataca en su misma Corte y en su mismo palacio y le está propiamente e injustamente avasallando y oprimiendo. En Roma se aplaude, cada día más, esta libertad y valentía del Santo Padre Pío VII, y conocen todos que le viene de lo alto y que es verdaderamente apostólica y divina, y, por lo mismo, se aficionan más a su sagrada persona, y esta casi general afición de los romanos a su Príncipe y Pastor y otros motivos, por respeto a otros países, enfrenan a estos filosofastros orgullosos acostumbrados a pisar a todos los que les resisten, y les detienen para no consumar la opresión del Pontífice, arrancarle de su palacio y de su Corte y llevarle a donde quisiese Buonaparte.

El cardenal datario Roverella[17] no tiene por conveniente imitar la firmeza y constancia del Pontífice, y en una cosa que depende de él ha mostrado el antiguo abatimiento y condescendencia aun con el gusto e inclinaciones de los franceses. El ilustrísimo Avogadro[18], que fue jesuita en Nápoles, como hemos dicho muchas veces, y que al presente vive en esta casa del Jesús, estaba destinado para predicar en su iglesia la cuaresma de este año. Pero el dicho Cardenal, que tiene autoridad en la casa y en la iglesia, ha dado orden expresa de que no predique la Cuaresma el ilustrísimo Avogadro y de que se busque otro predicador que no sea jesuita, y, efectivamente, se está buscando y se encuentra porque hay abundancia de tales predicadores y porque tiene buen estipendio o buena paga esta Cuaresma de la iglesia de la casa del Jesús. Los filósofos franceses han mostrado en cien ocasiones que les disgustan más los jesuitas que los demás eclesiásticos, y este su disgusto ha sido la causa en todo este pontificado, queriendo Roma tenerles contentos de aquel aire y espíritu de persecución que desde la paz con la Francia se ha mantenido constantemente en ella; siguiéndole pues el dicho Cardenal ha prohibido la predicación de Avogadro en aquella iglesia, únicamente porque es jesuita y porque los jesuitas no gustan a los franceses. Politiquilla miserable y enteramente mundana que de nada ha servido y menos servirá ahora, en orden a impedir a los franceses que hagan mal a Roma, y sirve acaso demasiado para que no se amanse y antes crezca la cólera del Señor contra ella, pues, en lugar de revocar una de las causas de su indignación o por lo menos disminuirla, se ratifica de nuevo y se aumenta. Los franceses dominantes ya en Toscana o Etruria han impedido al jesuita Biagini[19], famoso predicador de cuaresmas, que la predique este año en la ciudad de Siena, según estaba concertado, y para hacerlo con menos odiosidad han resucitado un antiguo edicto del gran duque Leopoldo,

17 Aurelio Roverella (1748-1812). Nacido en Cesena. Cardenal en el consistorio de 21 de febrero de 1794. Era Datario desde el 29 de marzo de 1800 hasta que fue desterrado a Ferrara por los franceses en marzo de 1808.

18 Giovanni Andrea Avogadro. Fue nombrado Obispo de Verona en 1790, renunciando en 1805 para ingresar en la Compañía de Jesús. Murió en 1815. Luengo recoge distintas noticias sobre él en su *Diario*, entre ellas, que a finales de 1805 salió de la casa del Gesú de Roma destinado a restaurar la Compañía en Nápoles, fue despedido por Pío VI después de haberle recibido en varias audiencias y el mismo Pontífice le otorgó un pensión a partir de 1806. Como todos los jesuitas napolitanos, volvió a Roma y se quedó a vivir de nuevo en la casa generalicia, y en 1810 se reincorporó a su originaria Provincia veneciana. Véase también O'NEILL y DOMÍNGUEZ: *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, t. I, p. 307.

19 Ya en 1797 Manuel Luengo recoge en su *Diario* el viaje de este orador desde Viena para predicar la Cuaresma en la casa profesa de Nápoles, y en 1805 volvía a solicitarle la reina napolitana para que predicara en la capilla real; a este respecto puede consultarse el *Diario* en el tomo XXXIX, pp. 29 y 42.

con el cual prohibió que se admitiesen extranjeros para predicar la Cuaresma en su Estado. Aun ahora es de honor para los jesuitas este odio vatiniano de los ateístas franceses ¿y cuánto mayor será, cuando sean conocidos, cuales son, y sean tratados como merecen?

En este presente estado de opresión, sin nuevos órdenes generales del Vicario de Roma, va adelante el fervor en hacer muchas oraciones en parroquias, conventos de monjas y en otras iglesias, y, con alguna verdad y propiedad, se puede aplicar al presente pontífice, Pío VII, lo que se dice en los Actos de los Apóstoles de su primer antecesor San Pedro: *Ex Petrus quidem*, se dice en el capítulo XII de los dichos actos, *Servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab ecclesia ad Deum pro eo*[20]. Todos ven al piadoso Pontífice encarcelado por la violencia de las armas de los Herodes franceses, todos le compadecen tiernamente, alaban su firmeza y constancia y levantan sus manos al Cielo y piden al Señor que le envíe, como a San Pedro, su Santo Ángel que le libre de la prisión, o, por lo menos, le dé fortaleza para llevar adelante este negocio con la verdad y rectitud digna de un Romano Pontífice, y de un legítimo sucesor del glorioso Apóstol San Pedro; y yo desearía mucho que recibiese también mucha luz y una clarísima inteligencia para conocer las causas y motivos de la cólera del Cielo contra Roma, y ánimo y resolución para corregirlas y enmendarlas, pues sin esta diligencia nunca se logrará una paz y quietud estable y duradera.

Además de estas oraciones de casi todas las iglesias, en una de las más escondidas de Roma, por orden expreso del Cardenal Vicario, se ha de hacer todas las tardes del Carnaval una devota función que por cierta cosa que pasó en esta ciudad habrá tres o cuatro años me ha causado mucha maravilla y una grande impresión. Ordena el señor cardenal de la Somaglia, Vicario de Roma, con grande fuerza y encarecimiento, que en la colegiata de Nuestra Señora de Transtiberín, que, según oigo, es la iglesia más antigua en esta ciudad, se haga todas las tardes del Carnaval, a la Virgen de los Dolores, la función que se suele hacer en el mes mariano; esto es, que haya su sermoncito o plática y que con el Venerable expuesto se cante la letanía de la virgen y otras devotas preces, y, según costumbre, se dé la bendición con el Santísimo; y es tanta la gente que concurre que no pude meter un pie en la iglesia, aunque hice mis esfuerzos para lograrlo, y no poca es de la principal, pues había muchos coches en la plaza que está delante de la iglesia y por no mal conducto he sabido que, privadamente, se ha avisado, especialmente en los conventos de monjas, que dirijan sus oraciones y súplicas a Nuestra Señora de los Dolores.

---

20 "Así pues, Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios", San Lucas, *Hechos*, 12.5 –agradecemos la traducción a Isidoro Pinedo Iparraguirre–.

En el momento mismo que estaba leyendo este edicto del Vicario de Roma encargando, tan fervorosamente y tan importunamente y tan fuera de tiempo, el recurso y devoción a Nuestra Señora de los Dolores, se me vino sin libertad a la memoria aquella profetisa de Bolonia o de Minervio que vino a esta ciudad, habrá tres o cuatro años, para amenazar con castigos del Señor y para anunciar la manera de librarse de ellos; y uno de los medios que propuso para lograr esta gracia fue una devoción particular a Nuestra Señora del Continuo Dolor. Todo esto consta por lo que se dijo en este *Diario* a su tiempo[21]; como también que, tratándola de glotona y de ilusa, fue echada de Roma y obligada a retirarse y estar en silencio en su patria, y me persuadí firmemente a que toda esta devoción a Nuestra Señora de los Dolores había provenido de haberse acordado de que esta mujer, que amenazó con estos castigos que ya tienen sobre sí, había inspirado la dicha devoción, y se ha echado mano de ella para ver si se llega a tiempo. Esta mi conjetura y este mi modo de pensar me parecían fundados y aun ciertos, y para asegurarme más he hablado sobre el asunto con el presente Ministro de los trinitarios descalzos españoles, que tiene alguna confianza con el ilustrísimo Menoquio, sacristán y confesor del Santo Padre, y que fue uno de los examinadores de la profetisa de Minervio, y me ha dicho que todo es cierto y que se ha renovado en estas dolorosas circunstancias delante de Su Santidad, y entre los que la examinaron, la memoria de esta mujer y de sus amenazas en nombre del Señor, y aun me ha asegurado que el reverendísimo Paniri[22], Maestro del Sacro palacio, que fue uno de sus examinadores, ha dicho uno de estos días en confianza a una persona respetable, y como alguna excusa de no haber hecho caso de lo que decía, que pedía demasiadas cosas para librarnos de los males con que nos amenazaba. Y si por ventura hizo alguna insinuación favorable y ventajosa a la extinguida Compañía de Jesús, esto sólo bastaría en el tribunal de casi todos los dominicos para que se despreciaran sus amenazas por grandes y terribles que fuesen. Cuando hablé de esta profetisa, despreciada e insultada por todos en Roma, mostré alguna esperanza de que no fuese alguna mujer engañada e ilusa, pareciéndome muy difícil que se alucinasen tanto sus detractores, que la hubiesen

21 En 1805 Luengo escribe en el índice de su *Diario*: *Gertrudis Capón, mujer piadosa de Minervio, cerca de Bolonia, acompañada de D. Hermenegildo Amoedo, jesuita castellano, viene a Roma en aire de enviada por el Señor a comunicar cosas al Papa. Se la examina y, aunque al principio se hace alguna estimación de ella, finalmente se la desprecia y se la obliga a volver a su patria. En ella se prohíbe comunicación con sus antiguos directores y se encarga un rigurosísimo silencio sobre sus cosas. Nada se sabe de lo que ha dicho, pero la certeza del suceso invita a que anuncia castigos y males* ..., veasé t. XXXIX, pp. 352 y ss.

22 Dominico que sustituyó a Mamachi como Maestro del Sacro Palacio en 1792. A este respecto Luengo hace algunos comentarios en su *Diario*, t. XXVI, pp. 352 y ss.

obligado ni aun permitido venir a hablar en persona al Papa sobre asuntos necesariamente muy graves, sin tener seguridad y certeza de su buen espíritu y de que la movía el Señor a una tan grande empresa, y esto, que ya se ve es una prueba no muy oscura de que no hice mal en no seguir ciegamente el modo de pensar y de hablar de esta mujer, comunísimo aun entre las personas de más alta esfera, y se puede esperar que, con el tiempo y con las desgracias que irán viniendo sobre Roma, se ponga del todo en claro la verdad de sus profecías.

DÍA 26 DE FEBRERO

El día 23, a lo que parece, pudo llegar de París la respuesta a las representaciones que se celebraron allá, en los primeros días de este mes. De resulta de la invasión de Roma por los franceses y de la resistencia del Santo Padre a la ejecución de su proyecto, pues antes de ayer veinticuatro ya se veía con los ojos agitación de parte del Ministro y del Comandante francés, y sus resultas en el Papa y en los cardenales y, por consiguiente, en todos los romanos grandes y chicos, y, según la franqueza y aseveración con que oigo hablar a muchos sobre los puntos en cuestión, parece que ya no hay tantas miserias y arcanos sobre el sigilo o reservación de estas cosas y me inclino a creer que el Papa no disgusta de que se sepa todo para que todos los romanos puedan entender que está de su parte la justicia y la razón. Se supone que el Papa, en su representación a Buonaparte, compendiosamente le traía a la memoria sus muchas condescendencias con el gusto de Su Majestad y las promesas de éste en orden a no quitarle el Estado, y asentados estos dos puntos con verdad y con evidencia daba quejas muy sensibles por la invasión contra su Corte y contra su persona, y finalmente protestaba contra ella y que jamás consentiría en el despojo de su Estado. Si a Buonaparte no le enfrenara alguna cosa el temor de los católicos de Francia y de otros países, y acaso de algún otro Príncipe de la Europa, y dejado sólo a sí mismo y siguiendo los principios y máximas de los suyos, su respuesta al Pontífice hubiera sido infaliblemente la ejecución violenta de sus designios, y hubiera sido indecentemente arrancado de Roma y llevado a Francia, como lo fue su antecesor Pío VI. A estas bestias filosóficas, como hemos dicho cien veces, ni razones, ni derechos, ni beneficios les atan las manos para no llevar adelante sus grandes e impíos proyectos de apoderarse de todo, de oprimir a todos y de borrar de la sobrefaz de la tierra la santísima religión de Jesucristo.

Por los dichos respetos y para continuar con la superficie de católico, responde por una parte con alguna moderación y por otra con fuerza para la ejecución de sus deseos en los términos que ahora les propone. Se cree que se

han dejado a un lado las peticiones de cosas espirituales que se hicieron, aunque ya sabían que no se podían conceder, para que la repulsa del Papa les sirviese de pretexto para declararle la guerra y entrar de mano armada en su Corte y, aterrando con el estruendo militar al Papa y a todos, ponerse en posesión de todo el Estado pontificio. Aún se lleva más adelante la moderación, y no se insiste en que el Papa renuncie absolutamente su Estado y Soberanía, como se pretendió cuando conquistaron Roma el día dos de este mes, y se contenta Buonaparte con que Pío VII, continuando a ser Soberano, entre en la Confederación de la Italia ya hecha, o que se hará en los mismos términos y con las mismas condiciones que la Confederación del Rin o de Alemania, y se ponderará con muchas falaces charlatanerías la importancia y aun necesidad de este paso, como que no entrando Su Santidad en esta Confederación queda expuesta la Italia a la invasión de los enemigos de la Francia; esto es, de los ingleses, a los que por ventura, como en otra ocasión semejante, el ateísta Buonaparte llamará contrarios a nuestra Santa Religión. Se supone que el Papa ha comunicado todo prontamente a los cardenales y, según su consejo y sus votos, y acaso sin aguardarlos y contra ellos, si fuesen contrarios a la absoluta resolución del Santo Padre de no ceder en cosa alguna, se ha negado resueltamente a entrar en la dicha Confederación de Italia.

Y por lo poco que yo entiendo, en términos generales, de la dicha Confederación, de sus leyes y condiciones, hace muy bien y muy sabiamente Pío VII en no entrar en la dicha Confederación; pues por ella siendo su jefe y con cierto dominio alto de Soberanía sobre todos los particulares soberanos o príncipes que la forman, el Emperador mismo de los franceses y Rey de Italia, Napoleón I, vendría el Romano Pontífice a ser un Príncipe tributario y feudatario, un verdadero vasallo y aun un miserable esclavo de este impío Buonaparte, y este sacaría del Estado del Papa, en virtud de esa Confederación, tropas y dinero para hacer la guerra aun al Soberano más católico y más unido a la Santa Sede. Basta esto poco para tener por indigna de un Romano Pontífice esta Confederación bajo de tal jefe como Napoleón Bonaparte. Fuera de que no sería imposible que, en virtud de esta Confederación, se creyese autorizado para introducir en el Estado del Papa su Código Napoleón, como le va introduciendo o le ha introducido ya en los estados de la Confederación de Alemania o del Rin y en algunos de la Italia; y acaso también ciertas leyes que llaman orgánicas, en las que, según entiendo, se contienen manifiestos errores y herejías.

La respuesta de Su Santidad, pronta y determinada, negándose absolutamente a entrar en la Confederación que se le propone a nombre de Su Majestad Imperial, ha disgustado mucho a estos franceses, Ministro y Comandante, y no pueden disimular su desabrimiento e inquietud; y en la realidad, como hombres

políticos, no dejan de tener motivo para estar admirados, y como soberbios y orgullosos para estar avergonzados y confusos. Con su invasión y conquista de Roma y con su aparato y terror militar ya creyeron concluido este negocio, y que aterrado el Papa renunciaría la Soberanía y se pondría en sus manos para que le llevasen a donde quisiesen. Pero todo sucedió al contrario, por la no esperada valentía y firmeza de Su Santidad, y, presentado el negocio en el Tribunal del Emperador de los franceses, este hombre extraordinario, Napoleón el Grande, tiene la bondad y dignación de moderar mucho sus pretensiones, y, desistiendo de su designio de echar por tierra la Soberanía del Papa y de hacerle salir a éste de Roma, se contenta con que entre en una Confederación a la sombra de Su Majestad Imperial y que continúe viviendo en esta su Corte y poseyendo y gobernando su Estado. No puede ser mayor la moderación de Napoleón el Grande, dirán los franceses, y, sin embargo, el Papa se niega a todo y lo rechaza todo, y con suma franqueza y resolución el ministro Alquier se muestra no poco aturdido e irritado con estas animosas repulsas del Santo Padre y amenaza a Roma y al mismo Pontífice con su ausencia y retiro de la ciudad en aire de irritado y como muestra del soberano enojo del Grande Emperador de los franceses y de una muda declaración de guerra.

El comandante Miollis ha puesto en nuevas alarmas a su gente, como quien piensa en nuevas hostilidades. Roma admira y aplaude cada día más la grandeza de ánimo y generosidad del manso y humilde Pío VII, y la franqueza y resolución con que rechaza y casi desprecia los planes de pacificación y acomodamiento que se le proponen por parte de este terror del mundo, el Grande Napoleón, y acaso el Comandante francés, viendo tanta alegría y tanto fervor en Roma, ha temido alguna fermentación y conmoción de los romanos, o sin temerla con fundamento les ha querido aterrar, y toda esta noche del veinticinco al veintiséis han girado por la ciudad muchas y muy numerosas patrullas de infantería y caballería, y aun en esta nuestra calle, que está en un extremo de Roma, ha habido toda la noche un continuado ruido de patrullas que iban y venían. Después de tantas alarmas toda la noche, por la mañana ha hecho un asalto y una conquista, que no deja de ser de alguna importancia. Envió un buen piquete de sus soldados a la casa u oficina del correo público de Roma y se apoderó de la dirección de las postas y correos, y con esta difícil empresa logra dos cosas. La primera es que ni el Papa, aunque todavía es Soberano, pueda enviar sin su licencia, y sin que todo pase por sus manos, una posta al Emperador de Alemania, al Rey Católico, ni a ningún otro Príncipe, ni aun dentro de su Estado a un Gobernador de Provincia o de ciudad. La segunda es que, viendo los romanos y los demás súbditos del Papa en todo el Estado eclesiástico que sus cartas pueden caer en manos de los franceses, no se atrevan a escribir con libertad lo que pasa en Roma, ni de otras partes lo que en ella suceda.

Y qué mucho que estos hombres malignos y orgullosos hayan quitado al Papa sus postas y sus correos, habiéndole conquistado su Corte y estando dominando en ésta con su tropa, ¿pues intentan hacer lo mismo con las postas y correos del Rey de España? Esta mañana, bien presto me llegó la noticia segura de que había ido al palacio de nuestro ministro Vargas un piquete de tropa francesa y se había apostado a la puerta de aquel cuarto o aposento que sirve de oficina para el despacho de las cartas que vienen por los correos de Madrid. Aunque lo creí y sin asombrarme mucho, pues se mucho tiempo hace que la prepotencia y tiranía de estos iluminados y dulces o más bien bárbaros y bestiales filosofastros franceses no tiene diques ni barreras algunas, quise certificarme por mis mismos ojos, y fui al palacio, que no está lejos de esta mi casa, y vi sentados a la puerta del cuarto u oficina de los correos españoles cuatro soldados franceses con su caporal. Sin libertad me irrité, aunque no hay brutalidad de estos hombres que me cause asombro, al ver la groserísima insolencia de estos viles franceses que cien veces hubieran sido exterminados si el Rey Católico, inconsideradamente, no hubiera estado unido y aliado con ellos, y ahora, que creen que ya no le necesitan, tan villanamente le ultrajan y le insultan. Y si en mí hizo esta vista tal efecto ¿cuál le habrá causado en el excelentisimo Sr. D. Antonio Vargas, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica? En este sólo paso ve atropellada la jurisdicción y libertad de la plaza de España, que por siglos ha sido respetada en Roma, y, lo que es mucho más, violado torpemente su mismo palacio, que sólo por ser de un Ministro, de un Soberano, se mira como cosa sagrada por el derecho de las gentes entre todas las naciones de alguna civilidad; y añadiéndose su genio vivo, dominante e impetuoso se entiende que habrá subido muy alto su indignación y su cólera. Pero si no hubiera otro mal que éste en esta insolencia del General francés no habría mucho perdido, porque suele ser útil que estos señores imperiosos y soberanos, con pequeños títulos para serlo y acostumbrados a hollar a otros, se vean humillados y despreciados para que entiendan que son hombres y aprendan alguna humanidad y agrado para tratar a los que miran como inferiores.

Debemos de suponer que, en cumplimiento de su obligación de Ministro del Rey Católico, habrá dado sentidas quejas al Comandante francés y habrá hecho las protestas convenientes sobre esta insolente violación de la plaza y del palacio; aunque suele suceder que los que son más altaneros y más dominantes con los que miran debajo de sí sean, por lo común, más cobardes y más viles con los que son o pueden más que ellos. Lo cierto es que todo lo que puede, y aun debe hacer el Ministro español en el asunto, tratando con hombres que no respetan derecho alguno de otros cuando pueden impunemente violarlos, será inútil para impedir que los franceses logren su intento, que no es otro

que el que las cartas de España pasen por sus manos, y con otra insolencia semejante lograrán que pasen por ellas las que vayan desde Roma a España. De este modo conseguirán que en Roma no se sepa lo que vayan haciendo en España, y en España no se sepa lo que están haciendo en Roma. ¿Qué furores no habrán usado para impedir que se extienda por la Europa la bellísima protesta publicada por Pío VII, del modo que pudo el primer día que entraron los franceses en esta ciudad, como enemigos y con tanto aparato de armas? Yo sé, con toda seguridad, que no ha llegado a los jesuitas españoles de Bolonia ninguna de las cartas en que se les envió alguna copia impresa o manuscrita de la dicha protesta, y con razón debo inferir que lo que han hecho en Bolonia lo habrán ejecutado en todas partes en cuanto les habrá sido posible, y aun se puede dudar con fundamento si habrá habido correo alguno o posta de algún Ministro para su Corte, por grande y autorizada que sea, que haya sido respetada y que haya podido ir libremente y sin embarazo a su destino.

Jamás ha visto el mundo, después que se ha civilizado, un despotismo y tiranía tan absoluta y tan ilimitada, como la que han usado y usan en este asunto los viles filosofastros franceses desde que llegaron a entronizarse. Hasta este punto clamoreaban con gritos descompasados y levantaban hasta el Cielo los derechos del hombre, y uno de los más esenciales era la libertad de prensa, de hablar, de escribir y de estampar lo que cada uno quisiere, aunque fuese contra el Soberano, contra su gobierno, contra la Religión y contra Dios; y desde que ellos son soberanos para hacer felices a los hombres todos han de ser esclavos suyos y ninguno ha de oír, hablar, escribir ni aun creer cosa alguna que a ellos les disguste, aunque sea una verdad segura, patente, pública y notoria y que esté delante de los ojos, como es su presente conducta en Roma contra el Papa y contra todos; y como será verisímilmente bien presto su proceder contra su fidelísimo aliado Carlos IV, Rey de España, tratando de quitarle todo su reino o alguna parte de él. ¿Y el mundo sufre y aun aplaude a estos bárbaros que, cada día, le van encadenando más estrechamente? No se puede entender este misterio, y es necesario creer que el Cielo ciega, deslumbra y quita el vigor a todas las naciones, porque en todas quiere castigar sus pecados, su poca piedad y aun religión y sus muchas injusticias tomando por instrumento y por látigo a estos viles franceses, que más son monstruos que hombres de talentos y de valor.

Día 28 de febrero

El ministro de París, Alquier, ha puesto hoy en ejecución su terrible amenaza de partir de Roma, en aire de hombre enojado y de quien declara la guerra, porque el Papa no ha consentido en la última propuesta del emperador Napo-

león y no quiere entrar en la Confederación de Italia; este paso del ministro Alquier era razonable y regular cuando el Papa, en los últimos días de enero, se negó a conceder lo que se le pedía en nombre del Emperador, y por esta repulsa determinaron hacerle la guerra y entrar en Roma como enemigos, y conquistándola entonces debía haber bajado las armas de su palacio y con los acostumbrados pasaportes retirarse de la ciudad, y entonces, aunque es una extravagancia e irregularidad, se estuvo quieto en su palacio y disponiendo en él un gran convite para la oficialidad francesa; pero haciendo correr al mismo tiempo el rumor, que se creyó comúnmente, de que todo se había ajustado con dinero y de que la tropa francesa venía de paso para Nápoles; y con estas mentiras, extravagancias e irregularidades, lograron que no hubiese en Roma el más ligero movimiento en orden a defenderse, y según el número de la tropa francesa una pequeña inquietud y fermentación en el pueblo romano hubiera sido bastante para que no se hubiese atrevido Miollis a acercarse a la ciudad mientras no tuviese un ejército más numeroso. Y ahora, que ya declararon la guerra, que ya la hicieron, vencieron al Papa, conquistaron a Roma y hacen en ella de soberanos en lo que quieren, sale de la ciudad en aire de irritado, y de quien amenaza ruinas y destrozos, el Ministro del gran Napoleón, Emperador de los franceses y Rey de Italia. Estas arte y políticas ridículas y pueriles de estos grandes hombres, que con sus talentos tienen como encantado a todo el mundo, causan risa a quien sin pasión las considera y estima por lo que valen. El ministro Alquier, aunque sale de Roma como enemigo, y como quien declara la guerra, se ha despedido del Santo Padre, a quien se la declara, y como que le dio quejas de que por su proceder tendrá él la confusión de presentarse a Su Majestad Imperial sin haber ejecutado sus órdenes y sin haberle, según ellas, conducido a Francia. Y Pío VII le consoló asegurándole que podía decir francamente al Emperador que lo mismo hubiera hecho cualquiera otro que hubiera estado en su empleo. En su lugar queda su secretario La Fevre, y al fin éste ha dado, con publicidad, muestra de que es católico, pues habiendo estado gravemente enfermo no hace mucho quiso confesarse y recibir el viático; con que nada se pierde y antes se gana algo en que haya dejado a Roma el calvinista, ateísta Alquier.

El comandante Miollis no aparece en estas guerrillas políticas o ministeriales, pero hace por sí mismo otras hazañas más propias de su profesión de soldado, y en esta nueva guerra, de cuatro días a esta parte, ha vencido y derrotado toda la tropa del Papa que estaba dentro de Roma. Pues ¿qué tenía todavía el Papa tropa a su servicio, aun después de haber conquistado la ciudad los franceses? Tenía la misma que antes de la conquista, con su cucarda o escarapela a su sueldo ocupando sus cuarteles antiguos, menos el castillo de San Ángel, y haciendo sus guardias en los sitios acostumbrados, y aun en algunas

puertas de la ciudad. Ahora, pues, el valiente Miollis ha vencido y ha superado toda esta tropa papalina, y lo ha hecho del modo siguiente. Convidó a comer al señor Braci, primer Comandante de ella con el título de Coronel u otro semejante, y sobre mesa le ofreció el cargo de Coronel al servicio del Emperador Napoleón, y el Comandante de la tropa del Papa respondió como debía, que él había hecho juramento de fidelidad al Santo Padre y que, mientras Su Santidad no le librase de él, no podía entrar al servicio de ningún otro Soberano, y que por tanto, agradeciendo la generosidad del Emperador, no admitía el grado de Coronel con que le honraba. ¿Qué hay en este hecho y en esta respuesta del Sr. Braci que no sea digno de loa delante de todos los hombres que no hayan perdido del todo y borrado en sus corazones la idea de la rectitud y del verdadero honor? Y no obstante, por haber servido al Papa y por no querer ser un traidor a su Soberano, aquella misma noche fue preso y llevado al Castillo, y en él está en el día, aunque se supone que, abolido este cuerpo de tropa de que era Comandante, se le dará libertad y se le permitirá retirarse a su casa.

El segundo Comandante de la tropa del Papa en Roma, con el título de Mayor o de Sargento Mayor, es un corso llamado Fries, que por recomendación de Buonaparte puso a la frente de ella el cardenal Secretario de Estado Consalvi, hace ya mucho tiempo, y creo que lo noté en este *Diario* y que lo improbé con mayor o menor vehemencia, y ahora se toca con la mano la anticipada previsión y anticipadas disposiciones de los franceses para tener amigos en todas partes y lograr más fácilmente sus intentos, y el poco discernimiento, por no decir ceguedad y acaso malignidad, del dicho Secretario de Estado. ¿Qué hubiera hecho este mayor Fries a la frente de la tropa si el Papa hubiera querido resistir a los franceses? Se hubiera pasado a estos con todos los que le quisiesen seguir y hubiera sido traidor y desleal al Papa, su Soberano; pues ahora lo ha sido a sangre fría y sin grande necesidad, y llevando consigo generalmente todos los oficiales y todos los soldados. En efecto, reunida la mayor parte de la tropa del Papa, estando a su frente el sargento mayor Fries, se la convidó a entrar al servicio del Emperador y Rey de Italia, y el dicho Mayor aceptó al instante el partido, y los oficiales, por afición, por aturdimiento, le siguen, y, por consiguiente, los soldados. Y en un momento toda esta tropa ha entrado al servicio de la Francia y en el día andan ya los franceses haciendo sus habilidades, formándola de otro modo y mezclándola con la suya. Lo mismo se habrá hecho o se hará al instante en todos los puestos en que hay alguna tropa papalina juntamente con la francesa. Y ve aquí que en pocos días han aumentado los franceses su ejército de Italia con tres mil hombres de infantería y seiscientos u ochocientos de caballería, vestidos y armados, y bien presto, según ellos acostumbran, les harán marchar a otros países.

El Papa, a lo que oigo, se lamenta mucho de la infidelidad de su tropa, y especialmente de la del sargento mayor Fries; y esto es prueba de su candor y sencillez; Fries es corso de nación y aun dicen que tiene algún parentesco o afinidad con Buonaparte, y a éste le debe este empleo que tenía en Roma, y después será, como todos ellos, un bribón sin cristiandad ni aun Religión, y verisímilmente no habrá cumplido ni una vez con la Iglesia, en los seis años que ha servido al Papa. Yo, pues, más me maravillo de que se pusiese a este hombre a la frente de la tropa del Papa si se quería tener tropa fiel, que de que él haya sido un traidor y se haya pasado al servicio del Emperador francés.

Contra otra clase de personas, más distinguidas y más autorizadas, ha empezado en el día Miollis la guerra, y la explicaremos aquí, después que haya conseguido la victoria como ya parece que la ha conseguido en la guerrilla contra el palacio y Ministro de España; pues se ha retirado ya el piquete que el día veintiséis se apostó a la puerta de la oficina de nuestros correos. Se supone, pues, que ha habido su capitulación, y, estando superiores y victoriosos los franceses, habrán dado la ley y será enteramente a su gusto. Ellos desean que nuestras cartas pasen por sus manos, ya para que nada digamos en ellas que les pueda perjudicar a ellos y ya para tener algún interés y ganancia que los generosos franceses nunca pierden de vista, y lo habrán conseguido todo. Pocos días puede tardar en llegar a Roma el correo de Gabinete, que salió de Madrid a la mitad de este mes, y a su llegada se descubrirá este convenio que habrán hecho entre sí el general de los franceses Miollis y nuestro ministro español D. Antonio Vargas.

Día 29 de febrero

En este último día del mes de febrero, que por ser bisiesto este año tiene veintinueve, tenemos poco que decir según nuestra costumbre de cosas de guerra. Porque las que al presente hace, principalmente la Francia, son contra el Papa o Soberano de Roma y contra el Rey Católico, y de ésta se ha dicho en los días correspondientes lo que ha ido ocurriendo, la guerra contra Portugal se tiene por acabada y los franceses conquistadores, sólo se ocupan en disponer a su modo las cosas del gobierno; y la del Norte contra el Rey de Suecia no se ha empezado por los rigores del invierno, que son muy grandes en aquel país y en este año habrán sido y serán todavía extraordinarios, como ha sucedido y sucede en los países orientales y meridionales de la Europa. Al buen tiempo, sino se hace la paz, según los enemigos que tiene contra sí el Rey de Suecia, aunque los ingleses hagan esfuerzos para socorrerle, se verá en mucho peligro de ser del todo dominado. En la Turquía va adelante el fervor del nuevo sultán en levantar gente y en aumentar sus ejércitos, y especialmente el que

está destinado para hacer oposición a los rusos que, en número considerable, se conservan en la Moldavia y Valaquia. Pero se observa, en la Sublime Porta, particular empeño y devoción en obsequiar y regalar al Emperador de los franceses, y se cree que este, por no tener en el día por ventajosa para la Francia la guerra entre los turcos y rusos, entiende con calor en pacificarlos y lo conseguirá, como está cerca de conseguir del Emperador de Alemania, aunque es cosa impertinente y ridícula, que declare la guerra a los ingleses y les cierre sus pocos puertos en el Adriático.

En la guerra de las Calabrias siempre está todo oscuro, porque los romanos mienten y fingen mucho contra los franceses, y éstos hacen otro tanto a su favor, y con mejor suceso porque tienen en su mano todos los correos y todos los monitorios y gacetas de Italia. Yo me inclino a creer que hay alguna actividad en esta guerra y que van teniendo algunas ventajas los franceses y van entrando en algunas esperanzas de acabar de conquistar el Reino de Nápoles. ¿Y cuándo conquistarán la Sicilia para acabar de destronizar a Fernando IV y empezar a poseer José I las Dos Sicilias, de las cuales se tituló Rey hace ya dos años?, sólo me hace temer que lo logren la multitud de sicilianos que por ser jansenistas, francmasones o filósofos incrédulos están prontos a entrar en revoluciones contra la Religión y contra el Soberano, pues si los sicilianos fueran fieles, y más ayudados y fomentados por los ingleses, todo el gran poder de Buonaparte no basta para conquistar esta isla, especialmente no teniendo una marina muy dominante, y de esto están todavía muy lejos los franceses, aunque poseen casi todos los puertos y arsenales de todo el continente de Europa. Otra guerra semejante a esta de Sicilia se ha declarado nuevamente por el emperador Buonaparte. Nunca se ha oído que el Rey de Cerdeña hubiese hecho paz con la Francia, y por este solo hecho estaban verdaderamente en guerra, y no obstante en estos mismos días se la ha declarado de nuevo la Francia, y lo más gracioso es que oigo asegurar a personas instruidas, y la cosa en sí misma es muy verisímil, que en el tratado secreto de Tilsit ofreció el emperador Napoleón al Emperador de la Rusia que daría al Rey de Cerdeña alguna compensación por el Piamonte. El Rey de Cerdeña no habrá querido cerrar sus puertos a los ingleses y declararles la guerra, y esto lo tendrá Buonaparte por motivo suficiente no sólo para no pensar en darle compensación por el Piamonte, sino también para quitarle la Cerdeña si pudiere. Pero hay mar de por medio y esto la salvará, a lo menos por algunos años. Creen también algunos que en el dicho tratado secreto de Tilsit se proveyó a la seguridad del Estado del Papa, y, si fuese cierto, se debe atribuir al Emperador de la Rusia, aunque Roma se lo merecía bien poco; y el que se haga lo contrario, habiendo atacado los franceses, sin motivo alguno, el Estado del Papa y su misma Corte no es prueba alguna de que no prometiesen lo contra-

rio, pues todos los días están faltando a los más solemnes tratados de paz y a todo género de promesas, y con todo esto se les cree, y no acaba el mundo de conocerles. En el tratado público de Tilsit se le restituía al Rey de Prusia mucha parte de sus Estados, y a vuelta de ocho meses aun no ha podido volver a su Corte de Berlín, y poco ha que pudo venirse de Memel a Königgrätz, y allí ha asentado su Corte hasta que los franceses le quieran dejar la dicha ciudad de Berlín ¿y si no necesitan de aquella tropa para otros países, quién sabe cuando se la dejarán? Este es su modo regular de proceder, apoderándose prontamente de lo que ha de ser suyo y tardando siempre mucho con vanos pretextos, que nunca faltan, en restituir lo que ha de ser de otros.

MARZO

Día 2 de marzo

Miércoles de ceniza. Entramos hoy en el santo tiempo de la Cuaresma y se cerrarán, si no se oponen los franceses, los muchos teatros que han estado abiertos desde la Pascua de Navidades; pues, aunque el Papa prohibió, y no fue poco, según su estado de abatimiento y opresión, las profanidades gentilescas del Carnaval, de las cuales nos hemos librado efectivamente, no se atrevió a mandar cerrar los teatros. El cardenal Somaglia, Vicario de Roma, que, como que iba poco a poco restableciendo el antiguo, justo y santo rigor de la Cuaresma, que con la propagación y triunfo de la profana filosofía, sin causa ni motivo suficiente se ha relajado en todas partes y aun en esta capital del orbe cristiano, en este año vuelve atrás y da facultades muy amplias en orden al uso de la carne y de los lacticinios, y se echa por tierra la gran reforma de Benedicto XIV, prohibiendo la mezcla de carne y de pescado, que por los presentes reformadores de la moral cristiana se hace guardar en España y aquí con una exactitud, menudencia y severidad que llega hasta la nimiedad y ridiculez, y entre tanto se lleva la mano blanda sobre los más sustanciales preceptos del Decálogo. Este ha sido y este es el espíritu de reforma de los austeros e hipócritas jansenistas, y con él se ha corrompido la piedad y religión en toda la Europa. No se corregirá mucho esta corrupción general con los sermones de la Cuaresma, a que se ha dado hoy principio según costumbre en muchas iglesias de Roma, pues, como hemos notado más de una vez, apenas se hace una conversión de un pecador con estos grandes, elocuentes y pomposos cuadragesimales de la Italia. Para la iglesia del Jesús se encontró para predicador de la Cuaresma, en lugar del ilustrísimo Avogadro, a quien se lo prohibió el cardenal Roverela, un eclesiástico secular que fue religioso de la nueva orden de la Misión, fundada por el venerable padre Pablo y confirmada por el papa Ganganelli casi al mismo tiempo que extinguió la Compañía de Jesús.

Mucho más que este tal cual sonrojo del ilustrísimo Avogadro siente él mismo y sentimos todos una gran desgracia que está sucediendo e irá conti-

nuando en esta casa del Jesús, poblada, como hemos dicho muchas veces, de hombres ancianos y llenos, por consiguiente, de miserias y de males. Van muriendo muchos de estos sujetos respetables, y son ya siete los muertos en lo poco que va de este año, y este día pasado veintiocho de febrero murieron dos, y algún otro está desahuciado y podrá tardar poco en morir. Las causas de esta grande y precipitada mortandad son las dos siguientes. La primera es un frío verdaderamente grande y extraordinario, y no experimentado en un siglo en Roma, en el cual les sirve mucho la caridad del caballero Doria, de que antes hablamos; pero no puede bastar para muchos viejos que se ven postrados en la cama. La segunda es el temor que siempre tienen de ser echados de aquella casa y la aflicción y congoja que causa en ellos el peligro de verse tirados repentinamente a la calle sin tener en donde recogerse. Los caballeros romanos Marescoti y Bonastico, encargados del alojamiento de la tropa francesa, siempre les aseguran que, en cuanto de ellos dependa, no serán molestados con alojamientos de soldados franceses, y lo van cumpliendo. Pero no aciertan los de la casa del Jesús a perder el miedo de que, a pesar de todo el buen corazón de los dichos caballeros, un ímpetu y furor francés no les eche a todos repentinamente de ella, y se van ingeniando para encontrar un rinconcito en que poderse esconder.

Esta noche pasada del martes de Carnestolendas tuvo el general Miollis una lucida fiesta en el palacio de su habitación y convidó muchas personas de la nobleza de uno y otro sexo a una gran cena, y generalmente todas a un divertido festín. En la calle misma, en las cercanías del palacio, había una conveniente iluminación para impedir todo desconcierto en la concurrencia de tanta gente y de tantos coches; y allá dentro, como por sí mismo se entiende, iluminación, música, refrescos y cena, y lo demás todo fue magnífico, espléndido, con abundancia y con profusión, y acudió generalmente toda la nobleza y alguna otra persona eclesiástica de las que ocupan empleos públicos, como los prelados gobernador y tesorero, aunque por poco tiempo, y ellos, y generalmente todos los señores y señoras con poco gusto, porque no puede haber uno ni una, si no tiene el alma al revés, y enteramente a la francesa, y no ha perdido del todo el sentido común, a quien no disguste su modo irreverente, violento y aun ridículo de tratar al Sumo Pontífice, que, además de ser su legítimo Príncipe y Soberano, es Vicario de Jesucristo, y, por esta divina potestad, su Padre y su Pastor, y el presente Pío VII, por sus personales prendas, por su piedad y virtud, es generalmente odiado de todos. En la fiesta han estado muy escrupulosamente católicos los franceses, y quiso resueltamente el general Miollis que se diese principio a la cena a las diez, para que se pudiese acabar antes de la medianoche, cuando comienza la Cuaresma, y aun el baile se dejó a una hora competente. Con estos agasajos y obsequios por un lado, y

con terrores y hostilidades por otro, quieren llegar a conseguir su intento de apoderarse de todo, sin aparecer violentos usurpadores del Estado de los papas.

La hostilidad contra personas distinguidas empezada por Miollis el veintiocho del pasado e insinuada aquí el mismo día, está ya consumada, y este invencible General, como todos los demás de Buonaparte, ha conseguido una completa victoria. El dicho día veintiocho de febrero, por medio de un oficial francés, intimó Miollis a todos los cardenales napolitanos orden de partir para Nápoles en el término de veinticuatro horas para hacer el juramento de fidelidad al rey José so pena de destierro u otra mayor. Pobres Señores Eminentísimos, que se tienen casi por soberanos en Roma y casi por invulnerables por toda humana potestad, ¡cuál será su disgusto y su confusión viéndose tratados con tanta indecencia y crueldad! Yo les tengo una sincerísima compasión. Pero no puedo menos de reconocer que delante de Dios lo merecen por su errada conducta antes de la revolución republicana de Francia, de Italia y de la misma Roma, y por otra semejante, y aún peor, después de aquellas desgracias, ayudando mucho, con una y otra, al triunfo de las impías sectas que ahora les pisan y les oprimen. Los cardenales comprendidos en este orden de Miollis son los cinco siguientes: Francisco de Carrafa Trayetto, Diego Caracciolo, Francisco María Pignatelli, Fernando María Saluzzo y Luis Rufo Escilla, que es arzobispo de Nápoles y fue ejecutivamente desterrado de aquella Corte, por no haber querido hacer el juramento de fidelidad al nuevo Rey, y ahora es desterrado de esta para que vuelva a Nápoles a hacer el dicho juramento. El primero de los cinco, Carrafa Trayetto, fue hecho Cardenal por el Papa Ganganelli expresamente para que aprobase, como hizo, el calumnioso e injusto Breve de extinción de la Compañía, y para que entendiese con otros cuatro cardenales que, como él, se habían vendido para esta obra de iniquidad en todo lo perteneciente a su ejecución. Ahora le preguntaría yo a la oreja, si me fuera posible, ¿es esta la paz que se anunció y se aseguró a todo el mundo católico arrancando de la Iglesia con el dicho Breve, que él aprobó, la Compañía de Jesús? Y le diría y le demostraría que esta es, y que no podía ser otra, pues con el dicho Breve se desarmó y abatió a los que con más denuedo hacían frente y atacaban a estas infames sectas de jansenismo y filosofismo que ahora triunfan y dominan y les oprimen a ellos, y al Papa sus muchos años, que no son menos de ochenta y seis, y los males que necesariamente les acompañan, le han servido para que no se le obligue a hacer este viaje, aunque puede ser que le aprieten de otro modo para que haga el juramento de fidelidad al nuevo Rey.

El Papa, que, con su resistencia, quiere hacer patente a la Europa la violencia que le hacen los franceses, quiere también que los cardenales para el mismo fin tengan un proceder semejante al suyo; y así mandó a los cuatro

cardenales napolitanos que no obedeciesen el orden incompetente e ilegítimo del General francés, y, obedeciendo al suyo, competente y legítimo, se estuviesen quietos en Roma hasta que con la fuerza militar les echasen de ella. Es sin duda justo y razonable este orden de Su Santidad, y una nueva prueba de su resolución y valentía para oponerse sin temor alguno a todas las tiránicas empresas de los franceses. Los cardenales, pues, obedeciendo el orden de Su Santidad, y no haciendo caso del que les había dado el general Miollis, no partieron el día veintinueve, en el que se cumplía el cortísimo término de veinticuatro horas que les había dado el francés, y le avisarían de ello, o de otro modo llegaría a él con seguridad la desobediencia de los cardenales a su orden de partir para Nápoles. Se llegó pues a la fuerza, una vez que quiere absolutamente que vayan a Nápoles. Y poco después del baile y cena de anoche, y acaso antes de acabarse la fiesta, se presentó un oficial francés con algunos úsares o dragones a cada uno de los dichos cuatro cardenales, que, entrando en sus coches ya prevenidos, y en su compañía el oficial, y con la escolta de los soldados, partieron bien temprano esta mañana, y oigo asegurar que, además de mantenerse a sí mismos, han de mantener al oficial y a los soldados, y a lo menos a estos, como si les acompañaran por obsequiarlos, les han de dar un grueso sueldo todos los días. ¡Qué tropa, qué oficiales y qué generales tan viles, tan soeces y tan puercos! Los dichos cuatro cardenales Pignatelli, Caracciolo, Saluzzo y Rufo, según van animados, no querrán hacer en Nápoles el juramento de fidelidad al Rey, y protestarán que no pueden hacerle mientras que el Papa no le reconozca por Rey. Qué resultará de esta su resistencia para ellos y acaso para sus ilustres familias, estando en manos de tales hombres que no respetan ni la sangre ilustre, ni las más sagradas dignidades de la Iglesia, nos lo mostrará el tiempo y lo notaremos aquí según que lo lleguemos a entender.

Otra hazaña importante ha emprendido hoy el valiente Miollis, y ha salido con ella prontamente. Ha enviado un soldado francés a todas las imprentas de Roma, y, sin que se haya huido a su noticia, ni escapado de la ejecución una imprentilla que para diversión suya tiene en su casa el duque de Caserta. Estos soldados, en los que se observa que saben leer, están en las mismas piezas en que trabajan los compositores, y ven todos sus trabajos, y, sobre la molestia de tenerlos sobre sí, les han de mantener, proveer de fuego, de carne y de todo lo demás. ¿No es hazaña gloriosa y ejecutada de un modo noble y digno de la que se llama Gran Nación? Con ella logran ejecutivamente que nadie, ni el Papa mismo, aunque todavía le llaman ellos mismos Soberano, pueda imprimir ni un renglón que a ellos les disguste, y ellos imprimirán todo lo que se les antoje. Antes se apoderaron de todas las postas y correos y ahora de todas las imprentas, y con estas bárbaras e inauditas opresiones tienen a todos en su puño y nadie puede ni por impreso, ni manuscrito,

ni por cartas, publicar sus prepotencias y tiranías; y sólo falta que prohíban el uso de la tinta y el papel para que ni en secreto y en el retiro de su habitación pueda ninguno notar sus insolentes y brutales tiranías, para que llegue alguna noticia de ellas a los que vengan después de nosotros.

En la otra grande hazaña de quitarle al Papa su tropa de un modo tan ridículo y tan insolente, no sólo aparecerán hombres justos en los países extranjeros, en los que pintarán ellos la cosa como se les antoje, sino que también en Roma con artificios y engaños quieren deslumbrar las gentes. Entre sus manos la tienen toda, no sólo armada y vestida, sino también con la cucarda o escarapela del Papa, aunque era forzoso mudarla y se pudiera haber hecho en un cuarto de hora. Se ha visto pues obligado el Santo Padre a escribir un billete a los pocos ministros de Cortes que han quedado en Roma, avisándoles que su tropa ya no es suya sino de los franceses, y disipar de este modo la ilusión y engaño del pueblo. Entre los oficiales romanos que por sorpresa y con poca reflexión entraron al servicio de los franceses, algún otro ha mostrado arrepentimiento y se ha vuelto atrás, y, tratándole como si ya fuera desertor, le han arrestado y llevado a algún castillo en el Reino de Italia.

Día 4 de marzo

Van continuando estas gloriosas empresas de Miollis contra los eminentísimos cardenales y aun se van extendiendo contra otros respetables eclesiásticos. El famoso cardenal Fabricio Rufo, que con alguna parcialidad por los franceses, o con una grande ignorancia de su carácter, y con una entera inutilidad, entró en el proyecto de conseguir la paz al rey Ferdinando, y emprendió para este efecto el largo viaje de París, no permitiendo las circunstancias de Roma que volviese a esta ciudad, estaba retirado en la de Amelia, en este mismo Estado eclesiástico. Yo me maravillo mucho de que este fogoso Cardenal, en tiempo y sazón, y antes que los franceses se apoderasen de la Etruria y del puerto de Liorna, no se haya ido a Sicilia a servir y a ayudar a los reyes en tan críticas circunstancias, y sólo puedo atribuirlo a que, habiendo en los últimos años inspirado siempre armisticios con los franceses, con los cuales se ha perdido todo, está en poca gracia de aquellos soberanos y especialmente de la Reina, que, con mucho ardor y con mucho acierto, se ha inclinado siempre a la guerra contra la Francia. Se ha estado poco en aquel rincón de la ciudad de Amelia, y allá le han ido a arrestar los franceses, y con esto dan a entender que habiendo entrado en Roma con algún otro millar de soldados, aun sin declarar al Papa decaído de la Soberanía, son señores y soberanos de todo el Estado Pontificio. En su casa se le presentó un oficial francés y le intimó el arresto, y arrestado le ha traído consigo a Roma, adonde llegó anteanoche, y

hoy ha continuado su viaje hacia Nápoles, siguiendo muy de cerca a los otros cuatro cardenales.

Allá irán también muchos monseñores o prelados, que son también del Reino de Nápoles o de la Sicilia, pues hoy se les ha intimado el orden de partir de Roma, con el solo término de veinticuatro horas. Son muchos los comprendidos en este orden, y quien les hace llegar a quince, quien a diecinueve, y quien a veinticuatro. ¡Cuánta turbación y congoja en tantas personas distinguidas y respetables causan estos hombres revoltosos que se han entronizado para hacer felices a todos los hombres! ¡Cuántas lágrimas sacan a tantas pobres familias que ganan su pan en las casas de estos prelados y de los cardenales que van delante de ellos! Nada les importa a estos bárbaros, y a ellos les basta que con estas barbaries y crueles vejaciones de tantos inocentes, logren contristar y abatir al Pontífice y que, por no ver padecer a tantos respetables sujetos, se ponga en sus manos y consienta en los planes propuestos por su emperador Buonaparte. El Papa les ha mandado, como a los cardenales, que no obedezcan el orden del Comandante francés y que se estén quietos hasta que se les haga violencia. Uno de los comprendidos en este orden es monseñor Manuel de Gregorio, hijo del famoso marqués de Esquilace, Ministro muy estimado del rey Carlos III, y anda muy afanado, como otros muchos por otros motivos y razones, representando al Comandante francés, que, aunque nació en Nápoles, no debe de ser tenido por napolitano, pues muy niño se fue a España, y después ha vivido más de cuarenta años seguidos en Roma. Veremos si se le oye, como a otros varios, que hacen tan justas representaciones como la suya[23].

Día 8 de marzo

El correo español que salió de Madrid a la mitad del mes pasado de febrero, llegó aquí este día cuatro y vino en derechura al palacio en que vive el Ministro de España, sin que se le hubiese detenido a la puerta ni en otra parte alguna, y así parece que el señor Vargas habrá recibido sus pliegos sin que nadie se los hubiese tocado, como con todo fundamento se temía. Pero envió a la posta o correo francés los pliegos o paquetes de la correspondencia pública, porque habían convenido en esto para que se retirase del palacio el piquete de tropa francesa. Parece que los franceses se contentaron por esta vez con la humillación del Ministro y de todos los españoles en consentir que pasen por sus manos las cartas de España, y con la posesión de este derecho para en

23 Este Manuel de Gregorio fue a visitar a algunos jesuitas españoles que permanecían detenidos en Roma por no haber prestado juramento de fidelidad al rey de España José I, entre ellos el P. Manuel Luengo, que relata esta visita en el *Diario* de 1909, t. LXIII, pp. 88 y ss.

adelante; y así, sin abrir los paquetes, a lo que se cree, se los restituyeron al director de la posta de España, y este en su casa ocultamente nos dio nuestras cartas. Todo es una insolente prepotencia de los franceses sin derecho alguno y un formalísimo desprecio del Rey Católico, su íntimo y beneficentísimo aliado. Otra igual tiranía y ultraje de España han hecho los franceses con la posta o correo español, que debía de haber partido de aquí el último día del mes pasado. Como se han apoderado de la dirección de las postas en este Estado del Papa, a nadie se dan caballos, sin pasaporte o licencia del Comandante francés, y, por más que le ha solicitado el ministro español Vargas, no se le ha dado hasta este mismo día ocho, y ha partido finalmente el correo de Gabinete de España, llevando solamente, a lo que se asegura, las cartas de oficio o de Corte, y dejando aquí las de los particulares, que quedarán tiradas a un rincón, o irán, cuando se les antoje a los franceses, por un correo suyo. Es esta una opresión tan bárbara del género humano que jamás se ha visto en el mundo hasta que han tenido mando en él los humanísimos y dulcísimos filósofos franceses. Ellos tienen una gran ventaja en esta tiranía, desconocida hasta ahora, porque consiguen que sus mentiras pasen por verdades y que nadie sepa lo que ellos quieran ocultar; como ahora lograron que no se sepan en España las infamias, insolencias y brutalidades que están usando con el santo pontífice Pío VII, lo que les podía perjudicar mucho para con la católica nación española en la ejecución de su malvado designio de apoderarse de aquella Monarquía. El ministro Vargas, que, como gusta oprimir con altanería a otros, disgusta de verse oprimido por los franceses, aburrido y de mal humor, se fue este día cinco, aunque el tiempo es muy malo, a digerir las indigestiones de su prepotente genio en una casa de una viña, que está fuera de la puerta de San Pancracio y es de un señor conde Marescoti, marido de la dama o cortejo suyo, con la que se le ve todos los días en su coche.

En nuestras cartas, como en las de los correos antecedentes, nadie acierta a hablar de otra cosa que de la mucha tropa francesa que va siempre entrando en el corazón de la Monarquía. Siempre se aumenta su número en Castilla la Vieja, con la que va entrando continuamente por la frontera de la Guipúzcoa, y no creo que hay ponderación en decir que antes de acabarse el mes de febrero llegarán ya a cien mil hombres. Y ya las cartas de Barcelona, que han venido por este último correo, de fecha de dieciocho y diecinueve de febrero, aseguran la entrada de no poca tropa francesa en Cataluña y en aquella misma capital. Toda aquella gente está muy consternada con la presencia de tantos franceses, y para calmar su inquietud se publica con avisos de la Corte que viene aquella tropa de tránsito, y no para detenerse en Cataluña. No lo creen del todo, pero tampoco muestran entender los malvados designios de tanta tropa francesa, introducida en España con inteligencia y acuerdo entre los

franceses y el infame y ambicioso Príncipe de la Paz, y así no pasan de confusiones, de aturdimientos y pasmos por lo que están viendo sin saber en qué vendrá todo a parar. Yo se lo diría bien claro si estuviera por allá, pues es evidentísimo que van a consumar el proyecto de los jansenistas, francmasones y filósofos de Madrid, y a trastornar el trono, valiéndose de tanta tropa francesa para que la Nación se abata y se pueda hacer la revolución proyectada antes del destierro de los jesuitas por los Rodas, Campomanes y otros sin derramar sangre de españoles. Triste e inútil consuelo, no pudiendo hacérselo comprender y creer a los que pudieran poner el remedio conveniente; y por esto tienen mucho cuidado los impíos filosofastros españoles que rodean el trono de aquellos incautos e infelices monarcas de apartar de él, de la Corte y aun de todo el Reino a todos los jesuitas españoles; y aun impedir que desde Italia, como lo han procurado, los iluminen y hagan conocer la oculta y maligna conjuración aun de muchos de los que andan más cerca de sus personas para perderlos, abatir su trono y oprimir la Religión. A largos pasos se acerca este gran trastorno y estallido, y de nuevo pronosticamos que se verá en este año de ocho.

Día 11 de marzo

En Nápoles se muda de pensamiento sobre los cinco cardenales y monseñores o prelados que debían de ir allá para hacer el juramento al rey José Napoleón; y a los primeros se les dio contraorden y están detenidos en Ferracina, Gaeta, y algún otro pueblo de la frontera. Por lo que toca a los monseñores, aunque han estado preparados para la marcha, y aguardando de momento en momento la fuerza militar para partir, al cabo no les ha llegado y se están quietos, y se cree ya abandonado este gran proyecto de echar de Roma, con escolta de soldados, quince o veinte prelados o monseñores, empleados en secretarías y otros oficios semejantes. Se dice que la causa de esta revocación haya sido el haber protestado el dicho rey José que no quería obsequios forzados. Pero si esta expresión no fuera una mentira, como generalmente todas las de estos hombres, debía retirarse de Nápoles; pues a excepción de algunos centenares de hombres corrompidos, impíos y sin religión, nadie en aquella Corte y en todo el Reino le obedece y obsequia libre y espontáneamente. Los dos cardenales Rufos, Fabricio por tener muchos enemigos en la nobleza y aun entre los del presente gobierno, y Luis por ser arzobispo de aquella ciudad, y según parece estimado del pueblo, son hombres algo peligrosos y pudieran ser ocasión de alguna fermentación popular. Por esta o por otra razón, que no sabemos, se ha tenido por conveniente que no llegasen a Nápoles los dichos cardenales y estos monseñores. Veremos qué hacen de los primeros y si los dejan volver a Roma, y estar quietos en esta ciudad.

En medio de esta tal cual benignidad con cardenales y monseñores, el general Miollis continua haciendo hostilidades e insultos a Pío VII. El día ocho, puntualmente hacia el mediodía, un batallón de soldados franceses, sin haber prevenido al Papa, se metió impetuosamente por la puerta del palacio pontificio, que llaman de la Streda o Calle Nueva, y, atravesando por el patio, o más bien corral, adonde salen las ventanas de la habitación del Santo Padre, y tocando, como se supone, sus tambores y pífanos[24], fue a salir por la puerta que está en la subida de la plaza principal del palacio. El Papa, entendiendo lo que era, se indignó e irritó no poco con esta osadía e insolencia de los franceses y parece que dio sus quejas al general Miollis, y que este, fingiendo que se había hecho sin su orden, hizo la ceremonia de arrestar al oficial Comandante de aquel batallón. En todo caso, el Papa ha mandado tener siempre cerrada aquella puerta, y así se está desde aquel día, y en las otras puertas del palacio se ven algunas novedades, como cerrarlas todas al anochecer, excepto la principal, en que se dobla, cuanto se puede, la guardia de los suizos, y todo esto indica, como es claro, temor de algún asalto nocturno para arrebatarle y llevarle adonde se les antoje.

Este ataque del palacio, como por sí mismo se entiende, ha sido una alarma falsa, una burla, una insolencia para aterrar al Pontífice. Pero otro que ha hecho esta noche el gran Miollis es cosa más seria, y como siempre ha conseguido una completa victoria. En estos años pasados, desde que el Papa se estableció en esta ciudad, no habiendo encontrado en ella ni un fusil, pues todo se había arruinado con la revolución republicana, se había aplicado alguna cosa el gobierno a fabricar algunas armas, y las que se habían fabricado, que no podían ser muchas, estaban depositadas en alguna pieza o arsenalillo del palacio Vaticano. Allá fue esta noche un cuerpo bastante numeroso de tropa francesa, y no habiendo allí, a lo que yo juzgo, ni un soldado del Papa, sino solamente algún custode, o algún otro oficial de los que trabajaban allí, con un arrojado ataque de la invencible tropa buonapartina consiguieron una completa victoria, se apoderaron de aquel arsenalillo y se llevaron todo lo que había en él, y lo principal sería algún otro millar de fusiles. Qué les importa a los franceses estos pocos fusiles de más, y, si los necesitaban y les querían, se les hubieran dado si les hubieran pedido, sin necesitar de hacer ataques con tropa, como les están dando de comer a todos, aunque esto les duele mas que la pérdida de pocos fusiles. Pero se les ha metido en la cabeza el abatir al Papa y hacer que se disguste y se canse de recibir tantas insolencias y ultrajes, y se rinda al cabo a la voluntad y gusto de su Emperador.

24 Especie de flautines.

Esta cesión y condescendencia de Pío VII, que, aunque sea forzada y arrancada a fuerza de opresiones, ellos con cien mentiras harán aparecer espontánea y libre, les parece necesaria ya para no comparecer a la faz de toda la Europa tan a las claras usurpadores injustos y violentos del Estado del pacífico y desarmado Pontífice y Soberano de Roma, y ya principalmente para no incitar contra sí los católicos de Francia, que todavía son en buen número, y los de España, que, a proporción, son muchos más y más fervorosos en venerar a los romanos pontífices. Es verdad que el modo indecentísimo con que están tratando al Papa, debía de infamarlos más en toda la Europa y alarmar más a los católicos contra ellos que la reposición de la Soberanía hecha pronta y militarmente, y como consecuencia de su declaración de guerra y de la conquista. Pero esta no se puede ocultar y desfigurar a los ojos de la Europa, y de los católicos, y esperan ocultar y desfigurar los insultos que les están haciendo todos los días, y para esto se apoderan de todos los correos y postas, abren y leen las cartas, y, para que todos teman escribir cosas que a ellos les disgusten, castigan sensiblemente a cualquiera que se descuide. Vaya un ejemplo solo de la tiranía de estos hombres en este punto. Un religioso conventual en este convento de los Doce Apóstoles, y parece que es el organista, escribió a Ancona alguna relación de lo sucedido en esta ciudad el día dos de febrero, y de este modo o del otro, interceptando la carta o publicándola el que la recibió, llegó a noticia de los franceses, y este día nueve de marzo fue arrestado en su misma celda y no necesitaron llevar de fuerza soldados para prenderle; pues en el mismo convento están alojados algunos centenares de franceses. Fue llevado al castillo y prontamente fue echado con ignominia de la ciudad, como el otro religioso agustino por alguna expresión en el púlpito que calificaron de injuriosa para ellos; del que oigo asegurar que ya ha muerto por la pesadumbre y trabajos en su viaje, y a este pobre conventual le sucederá verosímilmente otro tanto. Con estos ejemplares a la vista y con la seguridad de que no hay correo alguno privilegiado y que ellos respeten, nadie se atreve a hablar una palabra contra estos bárbaros, y pocos escribirán cómo es en la realidad lo que están viendo en Roma, y por consiguiente no se podrá saber en Francia y en España con aquella certeza y notoriedad pública que es necesaria para que pueda hacer en los pueblos alguna notable impresión.

En otras partes en que no temen estas resultas por respeto a los católicos, no se andan en estos escrupulillos y medios términos, rodeos y arbitrios, que van usando en Roma para conseguir sin tanta odiosidad despojar del todo al Papa. En Portugal se ve en el día un ejemplo de la ambición sin límites y sin respeto alguno a los derechos de otros de estos viles filosofastros. En un edicto o proclama, como estos dicen, en que el general Junot, conquistador de Portugal, arregla el gobierno de aquel país, se dice en términos formales esta

notable expresión: *El emperador Napoleón quiere todo el reino de Portugal para sí*. Escribiría un tomo si hubiera de servir de algo demostrando con muchas evidentísimas razones la injusticia e irracionalidad de esta determinación de Buonaparte. Vaya todo en un brevísimo resumen. En doce años de alianza del Rey Católico con los franceses, les ha ayudado, no poco, con escuadras, con ejércitos y con muchos millones, y todas las conquistas que se han hecho hacia el Norte y hacia Levante, todas han sido para la Francia. No es esto todo. Durante la alianza con artificiosos y malvados pretextos, le ha quitado la Francia a Su Majestad Católica la isla de Santo Domingo y la Luisiana, en la América; y el ducado de Parma y Reino de Etruria en la Italia. Alianza jamás vista en el mundo, en la que uno de los aliados adquiere mucho de nuevo y el otro no sólo no adquiere nada, sino que su mismo aliado le quita no poco de los suyo. Con esta conquista de Portugal se pudieran corregir, de algún modo, tantas injusticias e irracionalidades de los franceses contra España en los doce años que ha estado en alianza con ellos. En esta guerra contra Portugal mantuvo el Rey Católico la tropa francesa a lo menos hasta que empezó a entrar en el país enemigo y concurrió con un ejército tan numeroso o más que el francés; y ha hecho tanto o más que él. Portugal está distante de la Francia, y confina con el Estado del Rey Católico, y por cien títulos se le debía dar, ya que su aliado el Emperador de los franceses se ha llevado todas las conquistas en otros países y aun se ha llevado algunas de sus provincias. Y, no obstante, el Emperador de los franceses le quiere todo para sí. Conque ¿tampoco piensa dársele a la Reina de Etruria, aunque se le prometió en compensación de este Reino, de que arbitrariamente la despojó? Es claro, ni jamás pensó en dársele, aunque se le prometió con tanta solemnidad. Basta esto poco y sobra para demostrar hasta la evidencia que esta alianza de parte de los franceses es la más injusta y más irracional que se ha visto jamás en el mundo, y a todos los que la entiendan aun superficialmente causará maravilla y asombro; pero a mí no; porque sé y veo que la honradez, lealtad y generosidad del Emperador de los franceses para con el rey católico Carlos IV, su grande, antiguo y beneficentísimo aliado, ha subido ya a tanta altura que va tomando medidas eficacísimas y haciendo disposiciones muy próximas para destronizarle del todo y quitarle todos sus Estados a lo menos en la Europa. En esto vendrá a parar la grande alianza de aquellos soberanos con los franceses por las sugestiones y consejos de algunos infieles ministros, como ya ha tenido este paradero la íntima amistad y cordial armonía con los mismos del sencillo y cándido Pío VII, engañado y deslumbrado por unos pocos cardenales, por mitad ignorantes y por mitad malignos.

En el otro medio de que usa Miollis para llegar suavemente a la perfecta posesión de Roma, haciendo convites y otros semejantes obsequios a personas

de muchas clases, adelanta tan poco como con el otro de insultos y de ultrajes para abatir al Pontífice. El día seis, primer domingo de Cuaresma, a lo que tengo entendido, hubo convite de comida, y para ella fueron convidados diez señores cardenales, y aconsejados, a lo que se cree por el Papa, ninguno quiso asistir. Por la noche tuvo academia de música y convidó a la nobleza; y no dejaron de asistir en buen número de uno y otro sexo. Pero no les ganan en el día los franceses con estos convites, obsequios y diversiones porque generalmente todos están penetrados de una tierna compasión para con el amable Pío VII, viéndole tratado tan indecentemente por estos hombres viles, y a su ejemplo de indignación y desprecio de los mismos; y así tengo por cierto que los franceses tenían más amigos, aficionados y parciales en Roma antes de venir a conquistarla que después que la han conquistado, y están dominando en ella, rodeados de sus tropas.

Día 14 de marzo

El santo padre Pío VII, escondido siempre en su palacio del Quirinal, del que no ha salido ni una vez siquiera desde el día dos febrero en que entraron en Roma los franceses de mano armada, lleva adelante con tesón su empeño de que se hagan todas las cosas como si no hubieran venido tales hombres. En efecto, aunque al principio se veía poca concurrencia de gentes al Palacio, han ido después perdiendo el miedo a los franceses, y veo que acuden muchos, como antes, a visitar al Papa o a tratar de sus negocios, y que se tienen en el palacio algunas o todas las Juntas de Congregaciones que se tenían antes de estas novedades, y que, según parece, se habían suspendido en mucha parte o del todo. En las capillas papales o funciones eclesiásticas en el palacio, se ha continuado haciendo todo con regularidad, como el día de la Purificación, en el que conquistaron a Roma los franceses. El miércoles de ceniza se hizo la bendición al modo regular, y con la ausencia de cardenales, prelados y religiosos de varias órdenes; y se van continuando las capillas acostumbradas en algunos días de la Cuaresma con los sermones del predicador capuchino. Y esto no les desagrada a los franceses porque les sirve para que en los países apartados de Roma, impidiendo ellos que lleguen relaciones sinceras de lo que aquí pasa, se crea que el Papa está en toda su libertad y que no se le oprime ni se le hace mal alguno.

Este día catorce de marzo, en que vamos, es el aniversario de la elección del presente pontífice Chiaramonti[25], Pío VII, elegido en el último cónclave,

25 La primera vez que menciona el P. Luengo a Gregorio Chiaramonti en su *Diario* es en el año 1781, a raíz de una serie de rumores que le llegan sobre su intento de suicidio por envenenamiento; cinco años más tarde comenta su paso por Bolonia, y, en 1793, cuando

que se tuvo en la ciudad de Venecia, y cumple el año octavo y entra en el nono de su Pontificado, aunque no sin alguna gracia y oportunidad en una pasquinada se llama este el año primero de su Pontificado, y decía así: *Pius VII anno primo.* En efecto, a lo más se puede llamar este el año segundo de su Pontificado; pues hasta que Buonaparte mostró intención de quitarle el estado temporal, el año seis, y poco antes de la guerra con los prusianos y los rusos, no había tenido, por decirlo así, ni un solo pensamiento digno de un Romano Pontífice por respeto a la Francia y a las infames sectas que en ella están dominantes, desde la primera revolución republicana de la Corte de París y de todo el Reino. Al oír la extraña e injusta pretensión de este hombre, a quien había consagrado y coronado por Emperador de los franceses, empezó a abrir los ojos y a reconocer su engaño, y se explicó con algunas personas de confianza, como hombre que empezaba a conocer que Buonaparte era sólo aparentemente católico, y que había quitado la máscara con que había estado encubierto. Empezó pues, entonces, a pensar de algún modo como Papa sobre estos furiosos enemigos de la Religión, aunque no empezó a proceder como tal contra ellos, y, antes aterrado con su mucho poder y esperando salvar por este camino el estado temporal, continuó dándoles gusto y condescendiendo en todo, hasta que en la respuesta del veintiocho de enero, concediéndoles mucho, no pudo concederles todo, y se siguió al instante la invasión y ocupación de Roma por las armas francesas; y entonces, viéndolo ya todo perdido, empezó a pensar, hablar y obrar de un modo digno de un Romano Pontífice. Dice pues muy bien el autor de la pasquinada que este es el año primero del Pontificado de Pío VII.

El concurso de cardenales, prelados y otras personas distinguidas ha sido muy grande y no poco lucido, y acaso en nada inferior al del año pasado en este mismo día del aniversario de la elección. Pero las causas, motivos o razones han sido muy diferentes. El año pasado, como notamos aquí, todo era, aunque con muy poco fundamento, alegría, tranquilidad presente, y aun seguridad para en adelante, viendo a Napoleón tan ocupado y tan embarazado con la guerra contra la Rusia, que ni aun parece que se acordara de que hubiese Roma en este mundo. En éste todo es compasión para con el encarcelado Pontífice, aplauso de su animosidad, firmeza y constancia, y una loable emulación de su grandeza de ánimo, queriendo todos mostrar, obsequiando al oprimido Pío VII, que, como él, no temen a estos formidables conquistadores de Roma. Ellos también han celebrado el aniversario de la elección de Pío VII, haciendo alguna salva

regresa a Roma desde su obispado en Imola, asegura el P. Luengo que este obispo es simpatizante de la Compañía de Jesús. También puede encontrarse la opinión del jesuita sobre Chiaramonti cuando es hecho pontífice en junio de 1800: t. XXXI, pp. 83 y ss.

de artillería en el Castillo de San Ángel y presentando en él, a lo que oigo, las banderas pontificias. Esto último parece cosa de farsa, de burla, o de insulto. Pero a ellos les servirá para hacer creer lejos de Roma que no oprimen al Papa, y que está con todo el honor correspondiente a su sagrada dignidad.

En estos mismos días se habla con publicidad en Roma de una moderna, valiente y animosa resolución del Santo Padre contra el Gran Napoleón, Emperador de los franceses y Rey de Italia; y, aunque es moderna, se tiene por cierta generalmente, porque el Papa, teniendo evidentemente la razón y justicia de su parte, no disgusta que se publiquen sus pasos y negociaciones con la Francia, y antes conviene hacerlo así por lo mismo que los franceses, apoderándose de postas, correos e imprentas, quieren oscuridad y tinieblas en todos estos negocios. En los primeros días de este mes pidió el Papa al secretario Le Fevre o La Febure, encargado de negocios por la Francia, después de la partida de Alquier, los convenientes pasaportes para una posta que pensaba enviar a París, y, habiéndoselos concedido hacia el día seis, despachó a su confidente correo o postillón Bartolomé, poniéndole en su propia mano un pliego para el cardenal Caprara, legado especialísimo de Su Santidad en aquella Corte y para todo el Imperio francés. En este pliego, a lo que todos aseguran, y es casi de pública notoriedad, va revocación absoluta de todas las facultades acordadas por Su Santidad al dicho legado Caprara, cuando se hizo el inconsiderado concordato con la Francia el año dos del siglo, según por aquel tiempo se expuso en este nuestro *Diario*. Resolución verdaderamente grande, valiente y animosa, y, siendo obra de un Pontífice tímido y pusilánime, aunque la humana prudencia la mire como muy tardía y ya fuera de sazón, y cuando por la mucha corrupción de los pueblos católicos no puede tener efectos considerables, se debe tener, a lo que parece, como inspirada por el Cielo. Con ella queda todo el dilatado Imperio francés sin autoridad alguna eclesiástica legítima y dependiente del Romano Pontífice, y va por tierra en mucha parte o del todo el decantado concordato eclesiástico con la Francia, tan alabado aun por algunos buenos católicos como el jesuita Berruel, aunque por adulación a Buonaparte, y por una grosera alucinación, y creído por el Papa, engañado y deslumbrado por algunos malignos cardenales, muy útil para un sólido restablecimiento de la Religión en Francia ¿qué sucederá en este caso si Bartolomé llegara a París, o si está detenido o muerto en el camino? ¿si entregara el pliego al cardenal Caprara? ¿ Si este le publicara y notificara a la Corte de París, y qué efecto hará en los católicos de Francia?; todo es en el día incierto; sólo se puede decir con seguridad que los ateístas franceses muy con tiempo lo sabrán todo, y, no faltándoles talentos para estos negocios humanos, si el Cielo quiere permitirlo, de este o del otro modo, conseguirán que no tenga grandes efectos esta animosa resolución del Papa, y ellos quedarán con las

manos libres para llevar adelante, con prontitud y felicidad, su sistema de impiedad e irreligión y de usurpación de todos los dominios de la Europa.

DÍA 17 DE MARZO

Ayer tuvo el Papa Consistorio con los cardenales al modo regular para la publicación de algunos obispados, y uno de ellos ha sido el arzobispado de Strigonia en la Hungría para un hijo del archiduque Ferdinando, tío del presente emperador Francisco II y de María Beatriz de Est, Duquesa de Módena. Para España se ha publicado el obispado de Barcelona para el Ilustrísimo Pablo Sicher, Obispo auxiliar de aquella iglesia, desde que era su obispo el ilustrísimo Azara[26], hermano de nuestro famoso D. Nicolás, ministro muchos años en Roma y después en París; y el de Albarracín para el reverendísimo Joaquín Terán[27], religioso dominico y una de las dos cabezas de partidos o bandos que han tenido en agitación contiendas y pleitos a toda la orden de España, desde la muerte en Florencia el año de noventa y ocho del padre general Quiñones. Este reverendísimo Terán, como su contrario Poveda, pensaría en ser general de la orden en España, en la separación de esta de este P. General Gaddi, nombrado por Pío VI en la muerte del P. Quiñones y, no habiéndolo logrado, se habrá procurado este obispadillo, que, aunque pequeño, le pone fuera de la orden y basta para poderlo pasar bien.

En el mismo Consistorio se han publicado cuatro nuevos obispados para las colonias americanas inglesas, que habrá como veinticinco años, separándose de la Inglaterra, se hicieron repúblicas soberanas e independientes, los tres deben de estar en las mismas colonias o acaso en Irlanda, y aquí está uno de ellos y es un grave religioso dominicano llamado Concane, y debe de ser de alguna de las provincias de la Gran Bretaña. En estas colonias americanas inglesas, aunque hubiese algunos católicos con algún otro misionero, no había obispo alguno cuando hacia el año de ochenta y tres se hicieron potencia independiente. Algunos años después un jesuita fue hecho primer Obispo de aquellas colonias[28], a las que, después de haber estado en Roma, dio la vuelta, llevando consigo algunas religiosas carmelitas descalzas que habían sido echadas de

26 En 1788 es hecho obispo de Ibiza y el P. Luengo realiza algunos comentarios sobre este Azara en su *Diario*, t. XXI, pp. 11 y ss.

27 Leonardo Gómez de Terán (1765-1824). Encargado de Negocios de España en Génova desde agosto de 1798, y Ministro plenipotenciario antes la República de Liguria desde 1802. Juró a José I el 18 de octubre de 1808, en Didier OZANAM: *Les diplomates espagnols du XVIII Siècle,* Casa de Velázquez, Madrid-Bordeaux, 1998, pp. 281-282.

28 Se refiere a John Carroll primer Obispo jerárquico de los Estados Unidos de América, primer Obispo y Arzobispo de Baltimore, nacido en al Alto Marlboro, el 8 de enero de 1735, y fallecido en Baltimore, el 3 de diciembre de 1815.

sus conventos por el emperador José II en los países de Flandes. Todo esto es cierto, y en los tiempos correspondientes se hallará notado con distinción, en este nuestro *Diario*, en cuanto se pudiese saber con certeza pues todo se ejecutó con bastante secreto por el miedo de Roma en todo lo que fuese algo favorable a los jesuitas. Pero no tengo presentes ni el nombre del obispo jesuita ni el tiempo en que esto pasó.

Suceso verdaderamente prodigioso y rapidez maravillosa en la propagación de la Religión Católica en aquellas colonias, pues, a vuelta de poco más de veinte años, no habiendo en ellas más de un obispo, se tienen ya por necesarios otros cuatro y se supone que para conseguirlos del Papa se han presentado a Su Santidad relaciones auténticas de los progresos de la Religión y de las esperanzas de su mayor aumento, y, según ellas, ha tenido por conveniente el Santo Padre conceder los cuatro nuevos obispos que le piden. Serán sin duda varios los que han obrado esta prodigiosa extensión de la Religión Católica en aquellas colonias americanas. Pero se debe atribuir principalmente al dicho obispo jesuita, que aún vive, y verisímilmente los operarios o misioneros de quienes se ha servido y le han ayudado en esta grande obra serán todos, o los más, jesuitas ingleses o irlandeses. Se debe pues al celo y laboriosidad de los hijos de la Compañía de Jesús, extinguida por Roma como inútil y aun perjudicial, esta maravillosa propagación de la Religión Católica en aquellas colonias de la América. Y acaso otra poco menor o igual o mayor y de cierto alguna van obrando los hijos de la misma Compañía en el dilatadísimo Imperio ruso y, especialmente, en ciertas misiones muy apartadas de la Corte, a las que fueron los años pasados diez o doce jesuitas. ¿Y qué otros, y en qué países de alguna de las cuatro partes del mundo, hacen otro tanto y van rápidamente extendiendo la Religión Católica y multiplicando los fieles y súbditos por este título de los romanos pontífices? En cuanto puedo registrar con mi vista desde mi rincón, en todas partes, y especialmente en los reinos y provincias católicas de la Europa y aun en la Italia y en la misma Roma, va a menos y se va siempre deslustrando más la santísima Religión de Jesucristo, y sólo crece, se aumenta y se exalta en aquel rincón de la América y en este Imperio de la Europa, en donde pueden los hijos de la Compañía trabajar y emplear sus trabajos y sudores en su aumento y propagación. A la verdad, si se consideran al mismo tiempo el estado y circunstancias de humillación y abatimiento en Roma de la Compañía de Jesús, no hay palabras que puedan bastar para encarecer dignamente estos sus felices sucesos a beneficio de la Religión Católica, Apostólica, Romana en los dichos países de la Rusia y de la América. ¿Y quién piensa en ellos, quién les estima y quién les aplaude y celebra en Roma, como era muy justo y debido por muchos títulos? Antes parece que se ocultan a propósito para que no causen vergüenza y con-

fusión. No quisiera que el ilustrísimo Concane, para quien han formado aquel obispado los jesuitas, como han hecho otros hermanos suyos en otros países, por una emulación baja, por no llamarla envidia, vaya con antiprobabilismos y sanas doctrinas a turbar aquellos inocentes neófitos e impedir la obra del Señor, y tengo el consuelo de que algunos jesuitas que le conocen y tratan me aseguran que no hay motivo para temerlo.

Un paso justo e inocente del Santo Padre y una cavilación o más bien una malignidad de los franceses conquistadores de Roma nos han tenido estos días, y todavía nos tienen, en una mucha inquietud y agitación. Los franceses, como ya dijimos, con malas artes, hicieron suya la tropa del Papa, metieron en el castillo y después han desterrado de Roma al caballero Braci porque no quiso ser un traidor a su Soberano, y algún otro de los oficiales que se arrepintieron de haber entrado a servir a los franceses han sido llevados a una fortaleza en la Lombardía. Al principio mezclaron la tropa papalina con la francesa, y después de algunos días de mezcla volvieron a separarla y aun a colocar la papalina en los mismos cuarteles en que estaban antes, y se la veía hacer por sí sola las mismas guardias que hacían antes. Estas mudanzas en la tropa papalina y la cucarda o escarapela del Papa, que conservaban todavía en sus sombreros, hicieron creer, y aun decir a las gentes, y especialmente al vulgo, que los franceses habían restituido su tropa al Papa, y miraba esta restitución no sólo como una acción honesta y loable de los franceses, sino también como indicio de que desistieran los franceses de su empeño de abatir al Santo Padre.

Con derecho, con razón y aun con loable prudencia, para disipar esta ilusión y engaño del pueblo, hizo poner Su Santidad a la poquísima tropa que le ha quedado una nueva cucarda o escarapela, ya que los franceses, para engañar a los romanos, conservaban en la tropa, que fue del Papa y que ya es suya, la antigua cucarda o escarapela papalina. Qué hay en este paso del Papa que no sea justo y razonable. Si los franceses, como debían, hubieran puesto en la tropa papalina, ya que la hicieron suya, su propia cucarda o escarapela, el Papa dejaría la antigua en la suya. Pero no habiendo dado los franceses, y con malicia refinada, su escarapela a la tropa papalina, aunque es suya, ha hecho muy bien el Papa en quitársela y dar otra nueva a su poca tropa, que se reduce a una compañía y no muy numerosa de guardias nobles o guardias de corps, a pocos soldados de las aduanas en Ripa Grande y en Ripeta, y a otros pocos del Capitolio, pues los suizos que hacen la guardia en la puerta del palacio no tienen escarapela. Con la dicha nueva escarapela papalina, que es de color blanco y amarillo, aparecieron un día repentinamente las dichas tropas del Papa y aun un hijo de Luciano Buonaparte, a quien hizo por las Navidades Su Santidad oficial a su servicio, se puso la nueva escarapela papalina, y, se-

gún oí, como quien hacía gala y alarde de la cosa se había dejado ver, y había pasado por la gran calle del Corso. Es cierto que se aplaudió y celebró mucho, y con bullicio y algazara, esta resolución del Santo Padre, como muy oportuna y eficaz para hacer conocer aun al más bajo vulgo el espíritu de mentira y fingimiento de los franceses en este caso y para inferir el mismo en otros muchos.

El gran conquistador Miollis y los suyos se mostraron muy irritados con esta determinación del Papa, y yo creo que lo que más les ha quemado es verla tan generalmente aplaudida y que, con ella, aun el más tonto de Roma les mira como mentirosos y embrolladores. Para poder improbarla, hacen semblante con un nuevo fingimiento y mentira de aprender en ella una alarma de parte de Su Santidad para conmover a los romanos y aun a sus vasallos de las provincias contra la tropa francesa, y hablan como que la miran como un indicio o contraseña para una insurrección contra el ejército de Su Majestad Imperial. No sería pecado alguno y sería estar en su derecho, si el Papa quisiese valerse de los brazos de sus súbditos de Roma y de sus provincias contra unos injustísimos invasores y usurpadores de su Corte y de su Estado y contra unos insolentísimos ultrajadores de su Sagrada Persona. Pero el pacífico Pío VII está cien leguas distante de todo pensamiento de ataque y hostilidad contra los franceses, y ellos lo saben mejor que yo y mienten, como es su costumbre en todo, en mostrar temor de alguna insurrección de los romanos contra ellos, y mucho menos aconsejada e inspirada por el piadoso Pontífice en prueba de estos sus temores, habiendo observado que algún otro en Roma, que no es soldado, se había puesto la nueva escarapela papalina, lo han prohibido con mucho rigor y caso, que con pena de muerte; y en estas noches han multiplicado mucho las patrullas o piquetes, para dar fingidamente a entender que temen alguna sublevación o tumulto popular. Parece que un asunto tan ridículo y tan pueril, por más que los franceses con sus ficciones y charlatanerías le quieran dar cuerpo y hacer cosa seria, no tendrá consecuencia alguna, y todo vendrá a parar en que, dejando a los pocos soldados del Papa la nueva escarapela que se les ha dado, los franceses conserven la antigua en los que se han pasado a su servicio, o les den otra si quisieren.

Día 20 de marzo

Anteayer llegó nuestro correo de España, que salió de aquella Corte el día último del mes pasado de febrero y se apeó, según costumbre, sin haber tenido embarazo alguno ni en la puerta de la ciudad ni en alguna otra parte, en el palacio del Ministro de Madrid, y nuestro director en su casa nos dio las

cartas prontamente y se supone que se está en esto de acuerdo con los franceses. En ellas hablan del arribo de la destronizada Reina de Etruria, el día 10 de febrero a Valencia, en donde, como en otras partes dentro de España, han hecho mil obsequios a esta pobrecita Infanta, desposeída de su Reino tan brutalmente por Buonaparte y los suyos. Hacia el veinte del mismo mes llegó al Real Sitio de Aranjuez, adonde habían pasado los reyes y familia real y la Corte desde El Escorial. Sin entrar en Madrid, porque así lo había determinado el Príncipe de la Paz, que no debe de tener gusto en que el pueblo de Madrid vea al perseguido príncipe de Asturias D. Fernando. Sería muy digna de saberse la primera conversación en secreto y con libertad de la depuesta Reina de Etruria con su madre la reina María Luisa, que pensó por medio de Buonaparte ensalzar a su familia de Parma, y ahora la ve abatida del todo por él mismo. Por ciega que esté esta Soberana con sus pasiones con el Príncipe de la Paz y con otros, no puede menos de conocer que con sus paces, sus alianzas y amistades con los franceses ha perdido a sus tres hijas, y está muy cerca de perderse a sí misma y a toda su familia real de España.

Y cómo no se ha de pensar así, no siendo tontos ni mentecatos, viendo que, sin causa ni motivo alguno justo y razonable, va siempre entrando en el Reino por Guipúzcoa, Navarra y Cataluña más y más tropas francesas; y es ya tanta la que ha entrado, que el que menos de los muchos que escriben la hace llegar a ciento cincuenta mil hombres, que se van apostando en donde quieren y como quieren, y especialmente se amontonan en Castilla la Vieja, teniendo cuerpos considerables en Burgos, Valladolid, Palencia y otras ciudades y villas. Todas estas tropas deben ser miradas y tratadas como aliadas y amigas y ser mantenidas en los pueblos, porque así lo manda el Príncipe de la Paz en nombre del Rey o del suyo, que es lo mismo, y asegura a la Nación que no tienen intento alguno malo contra España. Por orden del mismo, y con las mismas seguridades, se ha entregado a la tropa francesa el castillo de Montjuitch y la ciudadela de Barcelona, el castillo de Pamplona, y supongo que se la habrá entregado también el de San Sebastián, saliendo de todos ellos la guarnición española.¡Qué maldad y qué deslealtad tan infame y tan descarada! En Barcelona se hizo esta abominable iniquidad el día 29 del mes pasado de febrero, en Pamplona algunos días antes, y al mismo tiempo se habrá hecho también en la importante plaza de Figueras y en otras partes del mismo modo.

En el castillo y ciudadela de Barcelona se presentaron a sus puertas los franceses repentinamente, como de sorpresa, con algún engaño y artificio, y los gobernadores, a lo más, hicieron alguna resistencia de palabra, protestando que no entregarían sus puestos sin orden del Rey, y, mostrándoseles al instante, lo entregaron todo a la tropa francesa. No es inverosímil que, habiendo

sido todos estos gobernadores puestos por el Príncipe de la Paz, sean tan viles y tan traidores como él. ¿Y cómo se puede menos de sospechar mala fe en el conde de Ezpeleta, capitán general del Principado de Cataluña, que ya tenía prevenido e impreso un edicto o alocución, que publicó en el mismo día, para sosegar a la gente de la ciudad y de sus alrededores y de todo el Principado, aturdida e indignada con esta entrega? A todos asegura el Capitán General que nada importa, y que no es hecho de alguna consecuencia el haber entregado a los franceses las dichas plazas, y les exhorta, les manda y les amenaza para que se estén quietos y sin temor alguno. Este es el modo con que los franceses han hecho grandes cosas en Berlín, Viena, Roma, Nápoles y otras partes, siendo amigos suyos los que están alrededor de los soberanos y tienen más poder en sus Cortes; y así les van haciendo también en España. Desgraciados e infelices reyes católicos Carlos III y Carlos IV, que, desde que oprimieron a seis mil jesuitas españoles tratándoles de traidores a sus personas, siendo vasallos fidelísimos, por un justo castigo del Cielo, no han tenido en su particular confianza Ministro alguno que no les haya sido traidor y desleal.

Este paso de entrarse los franceses en las plazas de la frontera pudiera dirigirse a unir a la Francia toda aquella parte de la Monarquía española hasta el río Ebro, según ellos lo han anunciado en sus planes filosóficos, y me inclinaría a creer que el Gran Napoleón por ahora se contentaba con robar a su grande y utilísimo aliado Carlos IV esta no pequeña parte de su Reino, si no viera inundada de tropa francesa Castilla la Vieja, que está de la otra parte del Ebro. Es pues indubitable que lo quieren todo y que van a destronizar absolutamente al pobre y sencillo Carlos IV y a hacer los jansenistas, francmasones y filósofos incrédulos de Madrid la revolución de España y mudanza de su gobierno por medio de la tropa francesa, para que no se derrame sangre de españoles, según lo determinaron mucho tiempo hace con sus coventículos o sinagogas. Ya en este correo escriben algunos, aunque los más no pasan de asombros y aturdimientos, en aire de desesperados, y como que todo está perdido y sin remedio; pues no le puede haber, teniendo en sus manos todo el poder y autoridad del incauto Monarca el infame Príncipe de la Paz, estrechamente unido con los franceses para abatir la familia real y trastornar la Monarquía. Por correos irán llegando necesariamente ruidosas novedades.

Día 22 de marzo

El día diecinueve, en que se celebró la fiesta del glorioso patriarca San José, hubo mucha salva de artillería en el castillo de San Ángel porque es el santo

del nombre de la mujer del Emperador de los franceses, la emperatriz Josefina, como comúnmente se la llama, y es una americana de una de las islas francesas, cuyo marido fue guillotinado o descabezado en París, y, habiéndose librado ella de la muerte por los buenos oficios de Buonaparte, haciéndole mucho favor se casó con él. La vi en Bolonia y parecía mujer de más de cuarenta años, cuando él no tenía más de veintiséis o veintisiete, y según se hablaba mostraba todavía que era católica y ahora se ponderan sus buenos oficios y súplicas, como también de la madre del Emperador, a favor del Papa, y todo será una mentira y una ficción de los franceses para atribuir a ellas, y no a otras causas vergonzosas, su detención en acabar de oprimir al Santo Padre. Por la noche del mismo día tuvo el general Miollis en su habitación academia de música, para la que convidó, según costumbre, a toda la nobleza de uno y otro sexo. Pero tuvo el disgusto y la humillación de que asistiesen poquísimas señoras o damas, y solamente aquellas que tienen particulares conexiones con los franceses, como la princesa Borghesi, y alguna otra señora boloñesa. Para esto basta, supuesto el ánimo de que todos generalmente se han revestido para no temer tanto a los franceses, el hallarnos en el santo tiempo de la Cuaresma, en el cual a los que tienen alguna religión, y no la han perdido del todo, como estos ateístas franceses, les parece cosa disonante y profana divertirse en músicas y en bailes.

Por el contrario, ayer fue numerosísimo el concurso a la capilla papal que se tuvo en el palacio en que habita el Santo Padre, y fue para celebrar el aniversario de su coronación el día de San Benito, su padre y patriarca, y congratularse con Su Santidad por estos dos justos motivos. Eran tantas las carrozas o coches que no cabían en el espaciosísimo patio de este palacio del Quirinal, y, para que se entienda la causa de este gran concurso de gentes a esta capilla por el aniversario de la coronación de Pío VII, téngase por repetida aquí la reflexión que hicimos el día del aniversario de su elección. El Papa, para no faltar en nada por su parte, no pudiendo juntarse los pobres en un sitio determinado, como en los años antecedentes, ha hecho la limosna acostumbrada, aunque se halla necesariamente en estrechez, por medio de los curas párrocos. Los cardenales, ministros, príncipes y otras personas distinguidas han hecho en sus palacios y casas las dos noches la iluminación, del mismo modo que si el Papa se hallara en toda libertad y sin opresión alguna por parte de los franceses. En el resto de los habitadores de Roma no hay obligación de hacer iluminación por estos motivos, y unos la hacen y otros dejan de hacerla, según su gusto y devoción. Pero es cierto, y lo he observado muy de propósito, y con toda advertencia, que en estas dos noches había más de doble iluminación en las casas de los particulares de Roma que en todos los años antecedentes. Tan cierto es que para con todos los romanos,

grandes y chicos, ha empezado Pío VII a ser Papa en este año octavo de su pontificado y desde que rodeado de cañones y soldados franceses empezó a mostrar ánimo y firmeza y a no temerles.

El general francés Miollis, valeroso conquistador de Roma, asistió también a esta capilla papal, aunque de incógnito, como se suele decir, de particular y sin uniforme de General Comandante, y le acompañaron otros varios oficiales que, como él, irían a divertirse, a burlarse interiormente de las cosas más sagradas de la Religión, y a hacer una ceremonia de que después se valen eficazmente y con buen suceso para sus malvados fines. Con la misma intención ha hecho Miollis las dos noches en su palacio una iluminación copiosa, y otra semejante ha hecho en el suyo Luciano Buonaparte, y la intención habrá sido poco menos torcida que la de los otros franceses; pues yo nunca acabo de creer sinceridad en el proceder de este hombre, por más que muchos la crean y que en el exterior se vean cien sucesos que la indiquen. Todas estas exterioridades les sirven a ellos maravillosamente para hacer creer en los países apartados, en España, Francia y otras partes, que entre ellos y el Papa hay una bella armonía y amistosa correspondencia, y que el Pontífice está en toda su libertad y sin alguna opresión. Con estas fabulosas o por lo menos exageradas y falaces relaciones, e impidiendo que se esparzan con publicidad en los dichos países noticias seguras individuales y circunstanciadas de los insultos y ultrajes gravísimos que hacen al Santo Padre todos los días, logran que no les tengan por injustos y bárbaros opresores del Romano Pontífice, y que Buonaparte y los suyos puedan conservar la máscara y apariencias de católicos, y que los pueblos no les miren como unos verdaderos y furiosos enemigos de la Santísima Religión Católica, aunque en la realidad lo son. En este mismo día del aniversario de la coronación de Pío VII, o a más tardar esta mañana, le ha hecho el General francés un nuevo agravio e injuria, y acaso mayor que todas las que le ha hecho después de la invasión de Roma, y lo explicaremos aquí con toda verdad y con la posible exactitud, después que se haya ejecutado.

Día 26 de marzo

Ayer veinticinco, en que se celebró el altísimo misterio de la Anunciación de Nuestra Señora, hubo, según costumbre, capilla pontificia o papel en la iglesia de la Minerva de los padres dominicos. Pero qué diferente de las que se usaban no sólo en los tiempos pasados, cuando los papas y cardenales, y por consiguiente todos los demás, iban a caballo, sino también de los que hemos visto en estos años antecedentes. El Papa iba en carroza, pero con mucha pompa y grandeza, y los cardenales y los demás con toda la posible gala y

lucimiento, y sin escrúpulo se puede decir que con mayor del que convenía, especialmente en tiempos tan calamitosos para la Religión, para la Santa Sede, y aun para Roma, que, más que al lujo, a la magnificencia y a la alegría, convidaban y aun forzaban a la modestia, moderación en todo, y a las lágrimas y penitencias. No es del todo cierto para mí que el Papa esté propiamente prisionero de los franceses en su palacio y que absolutamente no pueda salir de él, y que no pudiese asistir a esta capilla de la iglesia de la Minerva, y antes se esparció por Roma el rumor, aunque no se puede llegar a saber con certeza si fingidamente o con sinceridad, de que el General francés deseaba que Su Santidad asistiese, y había ofrecido hacerle con su tropa los convenientes honores. Aunque este rumor sea cierto, ha hecho muy bien el Papa en no asistir, ya porque sería una cosa indecente y aun contraria a todo su proceder el recibir obsequios de un General y de una tropa contra quienes está siempre protestando, mirándoles como injustos opresores de su persona, de su Corte y de su Estado; y ya también porque, aunque todos estos años pasados no se abría una boca cuando iba por las calles, como hemos visto y notado cien veces, ni para aclamarle ni aun para pedirle la bendición, ahora sucedería lo contrario y sería muy aclamado y aplaudido, y esta agitación del pueblo pudiera tener malas resultas en el presente estado y circunstancias.

Los cardenales eran muy pocos y no pasaban, en cuanto pude observar, de doce o catorce, y estos, que estaban ya en movimiento cuando yo llegué a la iglesia, mostraban en su semblante mucha tristeza y abatimiento, y no se debe extrañar, hallándose muchos de sus hermanos, que no han asistido a esta capilla, haciendo las últimas disposiciones para partir de Roma, rodeados de tropa francesa. La tarde de la fiesta de la coronación se vio mucho tropel de carrozas de cardenales al palacio del Papa, y sería para darle parte de un orden que ya se les había intimado o que ya sabían se les había de intimar la mañana siguiente y pedirle sus instrucciones en el caso. Manda pues el emperador Napoleón que todos los cardenales nacidos en los países del Imperio francés o de su Reino de Italia, en el término de tres días, desde la intimación de este orden, salgan de Roma y se restituyan a su patria. El insulto a los cardenales comprendidos en este orden, y por consiguiente al Santo Padre, en el modo, motivo y demás circunstancias, es muy parecido al que se dio contra los cardenales napolitanos, y así es inútil detenernos a demostrar su insolencia e injusticia, y a hacer algunas serias reflexiones sobre esta triste suerte de tantos señores cardenales, pero deseamos mucho que acierten ellos a hacerlas, apartando los ojos de los hombres que injustamente les oprimen y poniéndoles en el Cielo que justísimamente lo permite y aun lo quiere. Cuánto aprenderían si así lo hicieran en orden a deshacer injusticia, a corregir su conducta personal y a encenderse de un ardiente celo de la pureza de la

fe católica y de todo lo que puede contribuir al bien de nuestra Santísima Religión.

Los cardenales Leonardo Antonelli[29], Decano del Sagrado Colegio, y Felipe Carendini, aunque tuvieron el disgusto de que se les intimase el orden, se ha reconocido después que no les comprende, porque no son verdaderamente naturales del Reino de Italia. Al cardenal Luis Valenti Gonzaga[30], aunque es del Reino de Italia, habiendo nacido en Rovere, país del Mantuano, por sus ochenta y tres años, y los males que les acompañan, se le permite quedar en Roma y, por algún tiempo, mientras acaba de convalecer, se permite lo mismo al cardenal Felipe Cassoni[31], Secretario de Estado del Papa, que es natural de Sarrana, en el genovesado y se supone que se hará la misma gracia al cardenal Francisco María Locatelli[32], natural de la ciudad de Cesena y residente en la de Espoleto, de la que es Obispo, pues con sus ochenta y un años y sus graves indisposiciones está poco menos que postrado en una cama. Quedaron pues absolutamente comprendidos en el dicho orden de partir de Roma y de ir a vivir en sus patrias los diez siguientes cardenales: José Doria Pamphili[33], nacido en Génova, que es Secretario de Memoriales,

29 Leonardo Antonelli nació el 6 de noviembre de 1730 en Senigallia, era sobrino del cardenal Niccolò Maria Antonelli, cardenal desde el 24 de abril de 1775 y Decano del Sagrado Colegio Cardenalicio desde el 3 de agosto de 1807. El P. Luengo escribió algunos comentarios sobre Antonelli cuando en 1780 obtuvo la prefectura de la congregación de Propaganda Fide en el t. XIV de su *Diario*, pp. 309 y ss.; también en uno de sus retornos a Roma, en junio de 1805, t. XXXIX, p. 183. Murió el 23 de enero de 1811 en su ciudad natal, y era Decano del Sagrado Colegio Cardenalicio desde el 3 de agosto de 1807.

30 Luigo Valenti Gonzaga (1725-1808). Nacido el 15 de octubre de 1725 en Rovoredo, diócesis de Mantua, era sobrino del cardenal Silvio Valenti Gonzaga. Arzobispo de Cesarea desde 1764, fue Nuncio en Suiza desde 1764, y en España desde septiembre de 1773. Cardenal en el consistorio de 20 de mayo de 1776. Los primeros comentarios del P. Luengo en su *Diario* sobre Luis Gonzaga los efectúa a raíz del viaje que efectúa éste a España como Nuncio. Le sustituyó en la nunciatura española Coloma en 1777, y, a su paso por Bolonia, asegura el diarista que se muestra amigo de los jesuitas, t. XI, pp. 643 y ss. Un año después es nombrado legado de Rávena, y Luengo vuelve a insistir en la cercanía de Gonzaga a los exiliados y a la Compañía de Jesús, *Diario*, t. XII, pp. 246 y 496.

31 Filippo Casoni (1733-1811). Nacido en Sarzana, en la Liguria. Nuncio en España desde el 27 de mayo de 1794 hasta 1801. Cardenal en el consistorio de 23 de febrero de 1801. Murió en Roma el 9 de octubre de 1811. Cuando Gravina le sustituye como Nuncio de Roma en Madrid, en 1803, Luengo realiza una serie de comentarios sobre ambos en su *Diario*, t. XXXVII, pp. 190 y ss.

32 Francesco Maria Locatelli (1727-1811). Nacido en Cesena el 22 de febrero de 1727, fue nombrado Obispo de Espoleto el 1 de junio de 1772, y elevado a Cardenal en el consistorio de 23 de febrero de 1801.

33 En 1773 José Doria fue el encargado de llevar a Carlos III las fajas bendecidas por Clemente XIV, como regalo de bautizo del infante Carlos Clemente. Todo el viaje y las conjeturas que de las prisas con las que pretende llegar a Madrid este emisario las refleja el P. Luengo en su *Diario*, a lo largo del t. VII. En 1785 fue Nuncio en París y, también hace

pro-Camarlengo y Obispo de la vecina ciudad de Frascati; Antonio María Doria Pamphili, su hermano, nacido también en Génova y el más antiguo de los cardenales diáconos, y no les ha valido a estos dos cardenales Dorias el que apenas tienen de genoveses, a lo que oigo otra cosa que el haber nacido en aquella ciudad y el haber vivido casi siempre en Roma, y la particular circunstancia de tener hospedado regiamente en su palacio al general francés Miollis.

El tercero entre los comprendidos es el cardenal Antonio Dugnani, nacido en Milán y Obispo de la próxima ciudad de Albano. El cuarto es el cardenal Aurelio Roverella, natural de Ferrara y que ocupa el importante oficio de Datario, y es, como poco ha insinuamos, superior de la iglesia y casa del Jesús[34]. El quinto es el cardenal Julio María Della Somaglia, natural de Plasencia, y que es al presente Vicario de Roma. El sexto es el cardenal Carlos Crivelli, que es de Milán, que, por sus años y postrada salud, merecía indulgencia y compasión. El séptimo es el cardenal Juan Felipe Gallerati Escotti de la misma ciudad de Milán. El octavo, Lorenzo Litta[35], también milanés. El nono es el cardenal Romualdo Braschi Onesti, natural de la ciudad de Cesena y Secretario de Breves, y no sería gracia muy singular el que, por ser sobrino del difunto papa Pío VI, a quien, después de haberle oprimido y casi martirizado los franceses, mostraban algún deseo de honrar y desagraviarle de las grandes ofensas que le hicieron, y, por estar continuamente molestado de la gota, le hubiesen dejado en paz y quietud en esta ciudad. El décimo y último es el joven cardenal Pedro Francisco Galeffi, natural de la misma ciudad de Cesena y pariente de los Braschis. A estos diez cardenales, como a los cuatro de Nápoles, les mandó el papa que no obedeciesen a los órdenes del General francés y se estuviesen quietos hasta que con la fuerza militar se le hiciese violencia para partir, y tiene Su Santidad tanto empeño en que se vea en todo la violencia de parte de los franceses que, en una carta escrita a todos ellos, después de alabar su virtud y exhortarles a la paciencia y resignación, les ordena que se queden en aquel lugar en que les deje la fuerza o violencia de los franceses, y así no llegarán a sus destinos si no les acompaña hasta allá la tropa francesa.

---

algún comentario el diarista a este respecto en el t. XIX, p. 104, y cuando sucedió a monseñor Busca en la Secretaría de Estado romana, en 1797, t. XXXI, pp. 307 y 33; y, en 1797, también comenta su empleo como camarlengo en sustitución de monseñor Busca, t. XXXV, pp. 240 y ss.

34 Cargo que recibió en 1802.

35 En 1785 algunos jesuitas españoles expulsos realizaron diversos escritos contra este entonces canónigo de Milán por su apoyo a las disposiciones que, con respecto al matrimonio, defendía José II de Austria hay algunos comentarios sobre los autores de estas ediciones en el *Diario*, t. XIX, pp. 5 y ss.

El día veinticuatro se cumplió el término de los tres días puesto por el General francés a los dichos diez cardenales para salir de Roma e irse a sus patrias; y, no habiendo obedecido ninguno de ellos, esta noche pasada del veinticinco al veintiséis han sido forzados a partir con la fuerza militar, y al palacio de todos ellos fue un oficial con algunos soldados de a caballo para la dicha ejecución; y todos se debían de juntar, y efectivamente se juntaron, a la puerta del Popolo, en donde tuvieron un no pequeño disgusto y desazón. Al piadoso cardenal Lorenzo Litta le dio una congoja, desmayo o accidente, y fue preciso socorrerle y ayudarle, y, aunque parecía más conforme a la humanidad dejarle en el vecino convento de los agustinos y seguir los demás adelante, aguardaron todos a que volviese en sí y se reparase de algún modo, y, después de haber perdido algunas horas por este incidente, salieron todos juntos en recua, por decirlo así, o en caravana, por la dicha puerta del Popolo, y antes del día ya iban siguiendo su camino y hoy habrán comido juntos en una casa de los Doria hacia la Storta, y, desde allí, tomando el camino de Loreto, los dos cardenales de Cesena, Braschi y Galeffi; los demás van a sus destinos por la Toscana o Etruria.

Espectáculo y escándalo horribilísimo y sumamente abominable, que por muchos siglos no se había visto en Roma hasta el año de 1698 por el triunfo de las sectas anticristianas, y que se ha vuelto a repetir en este año octavo del nuevo siglo y a vuelta de sólo diez años; por continuar y haberse aumentado el mando y poder de las mismas, ¿cuántas reflexiones pudiéramos hacer aquí sobre la ingratitud, injusticia, tiranía y crueldad de los humanísimos franceses para con tantos respetables prelados de la Iglesia? ¿Cuántas sobre la ilusión y engaños de Roma no conociendo a estos hombres, aunque era muy fácil, favoreciéndoles y ayudándoles para que prevalezcan y ensalcen? Y ¿cuántas, finalmente, sobre la invisible y extinguida Compañía de Jesús, que entra en estos sucesos por muchos títulos? Pero las dejo todas porque no se puede escribir todo, y solamente protesto con la mayor sinceridad que, al ver tantos cardenales aterrados, desterrados y rodeados de tropa por estos públicos caminos de la Italia, se me han puesto delante de los ojos nuestros arrestos y destierros en Sicilia, en Nápoles, en Parma y, principalmente, en España. En Madrid, por ejemplo, la noche del día último del mes de marzo del año de mil setecientos sesenta y siete, fueron arrestados los jesuitas en sus colegios, y en la misma noche se les hizo entrar en coches y calesas, y rodeados de tropa fueron llevados al puerto de Cartagena para embarcarse y ser conducidos a la Italia. ¿Puede haber cosas más parecidas entre sí que aquel destierro de los jesuitas de la Corte de España y éste de tantos cardenales de la de Roma? Y no sería difícil demostrar que aquel improbado al principio por Roma, aunque no con la fuerza que debía serlo el sacrílego destierro de seis

mil sacerdotes inocentes y útiles, y después aprobado, confirmado y autenticado con los anatemas y abandono de tres seguidos pontificados por muchos títulos y respetos es la causa de éste. Esperamos que, finalmente, conozca Roma esta verdad cuya ignorancia la va costando tan caro.

El Santo Padre ha provisto prontamente todos los oficios de alguna importancia que han vacado de algún modo con el destierro de tantos cardenales, aunque sólo poniendo en ellos tenientes que interinamente les ocupen. En la Secretaría de Estado ha puesto al cardenal Julio Gabrielli, romano y obispo de Sinigaglia, y que estaba ya dispuesto para partir a su obispado. En el empleo de Vicario de Roma a nuestro cardenal Antonio Despuig y Dameto[36], mallorquín que verosímilmente estará bien arrepentido de haberse venido a esta Corte, viendo cómo está todo en ella y temiendo, como todos, grandes desconciertos en España. Mas al fin, mientras no le echen a él también de Roma y estén corrientes sus grandes rentas en España, podrá hacer muy bien y dando mucho el oficio de Vicario del Papa en Roma. Al cardenal Alejandro Mattei, romano, ha encargado Su Santidad la Dataría; al cardenal decano Leonardo Antonelli, de Sinigaglia, la Secretaría de Breves; y al cardenal José Albani[37], romano, la de Memoriales, y ha hecho Pro-Camarlengo al cardenal Hipólito Antonio Vincenti[38], natural de la ciudad de Rieti ¿Quién sabe cuán-

36 Antonio Despuig y Dameto, (1745-1813) nacido en Palma de Mallorca, fue creado Cardenal en el consistorio del 11 de julio de 1803. Pro-Vicario de Roma desde el 26 de marzo de 1808, Despuig había sido Obispo de Orihuela y Arzobispo de Valencia mientras desempeña ambos cargos, en 1794, escribe el P. Luengo comentarios en su *Diario* sobre él: t. XXVIII, vol. 1, p. 157, y vol. 2, pp.169 y ss. Es interesante el papel que desempeñó durante la embajada que envió Carlos IV para hablar con Pío VI en 1797, y sobre la que se puede consultar EGIDO, Teófanes: *Carlos IV,* Madrid, Arlanza Ediciones, 2001, pp. 181-183. El P. Luengo también refiere su elección como consejero de Estado de Roma en 1799 y como Ministro comisionado de la corte de Madrid en Venecia en 1799. Su actitud durante el cónclave de 1800 y su permanencia en Roma sin empleo, por no conseguir el ministerio de España en esta ciudad, se encuentra en el t. XXXIV, pp. 33 y 126. En 1803 fue elegido Cardenal presbítero de la basílica de Santa María la Mayor de Roma, y, al año siguiente, viaja a Madrid, donde el diarista asegura que fue mal recibido, en su t. XXXVIII, p. 236. Falleció en la ciudad de Luca en la primavera de 1813. Con este motivo Luengo realiza una breve biografía en su t. IL, pp. 435 y ss.

37 Joseppe Albani (1750-1834), cardenal desde el 23 de febrero de 1801. Fue nombrado Secretario de Memoriales el 26 de marzo de 1808.

38 Hipólito Antonio Vincenti (1738-1811). Natural de Rieti, fue auditor de la Nunciatura de España durante ocho años, y Nuncio desde el 24 de mayo de 1785. Cardenal en el consistorio de 21 de febrero de 1794, y nombrado Pro-Camarlengo en interinidad por la ausencia del cardenal Joseppe María Doria Pamphili el 26 de marzo de 1808. Murió en París el 21 de marzo de 1811. Sobre su gestión como Nuncio de España Luengo realiza una serie de comentarios en su *Diario*, t. XXVI, p. 180, así como sobre su llegada a Liorna en 1795, en el t. XXIX, p. 119. Consúltese también Rafael OLAECHEA: "El Cardenal Lorenzana y los ex-jesuitas (Arévalo, Masdeu, Luengo, Bolgeni)", *A.H.S.I.*, LI (1982), pp. 80-160.

to durarán estos nuevos oficios de estos cardenales y cuánto se tardará en trastornarlo y mudarlo todo?

En el día que quieran lo pueden hacer los franceses, pues nadie puede ni aun quiere resistirles sino el Papa, que no hace ni puede hacer otra cosa que negar verbalmente lo que le piden, protestar contra lo que hacen y animar a todos ya con su ejemplo y ya con sus advertencias y con sus órdenes para que en ninguna cosa sirvan a los franceses y se aficionen a ellos; y es tan bien recibida y tan alabada con generalidad esta animosidad y valentía del Santo Padre que aun los jacobinos y republicanos, de los que hay abundancia en Roma, están contenidos y enfrentados. Es público que los franceses inclinan a éste, a aquél y al otro, que ocupan algunos oficios públicos a que quieran continuar en ellos bajo de sus órdenes y sin dependencia del Papa, y generalmente todos se niegan y protestan que no quieren hacer aquellos oficios sino como súbditos del Santo Padre, de aquí se les sigue algún embarazo porque, aunque si declarasen al Papa decaído de la Soberanía no les faltarían malos o buenos para todos los oficios, siempre sería una gran confusión no tenerlos prevenidos de antemano y que entrasen en ellos hombres sin la instrucción conveniente para hacerlos con algún acierto y satisfacción. Mayor que el embarazo es el chasco que se han llevado en esto, porque ellos estaban persuadidos a que, hechos dueños de Roma, con las armas, todos generalmente de todas clases y condiciones se apresurarían a recibir favores y gracias de su mano, y a solicitar este y aquel empleo, y ni aun lo hacen sus amigos los jacobinos. Este milagro, no pequeño y antes extraordinario y singular, según el terror general de todos antes que llegasen los franceses, es todo obra de la animosa conducta del Santo Padre y de sus órdenes y consejos; y ahora oigo hablar de un aviso general a todos los que ocupan oficios principales, como los prelados de la Rota, los del Gobierno y otros para que se nieguen a continuar en ellos en el caso de apoderarse del gobierno los franceses. Veremos lo que al cabo sucede en este estado no sólo violento sino también extravagante y ridículo de Roma, pues viene a haber en ella dos soberanos.

Día 29 de marzo

En esta semana cuarta de Cuaresma en que nos hallamos, y que empezó el día veintisiete, se va haciendo como otros años en muchas iglesias al mismo tiempo un género de misión que aquí llaman el *Catecismo* y se dirige a disponer al pueblo para la confesión, en cumplimiento de las pascuas. Por lo que veo y oigo me inclino mucho a creer que son en mayor numero las iglesias en que se hace esta misión –este año– que los antecedentes, porque se ve mayor necesidad, por las presentes circunstancias, de santificar el pueblo, y que éste

concurre con mejor voluntad y mayor devoción que otros años, porque los trabajos presentes a todos turban y afligen. Por otro lado, se ha disminuido esta saludable misión, porque en los antecedentes se hacía también en una iglesia para la tropa del Papa, y, habiéndose hecho francesa, no se ve que se piense en juntarla para disponerla al cumplimiento del precepto de la Pascua. Y claro está que menos se pensará en esta disposición para la tropa francesa, en la que, aunque se dice católica y aunque suele llegar a seis u ocho mil hombres, no hay ni un solo capellán que les diga misa, ni, por otra parte, se ha tomado alguna providencia para que puedan oírla, y antes se ha notado por muchos, y yo lo he notado también, que los días de fiesta por la mañana ocupan mucho a la tropa en ejercicios y evoluciones militares, y de ese modo consiguen que algunos pobres soldados, que todavía no han perdido la fe, no puedan oír misa aunque quieran. Esta tropa ateística está dominando en Roma a los ojos del mismo Papa y eructando al mismo tiempo catolicismo y celo por la Religión Católica de su emperador Napoleón el Grande. Abortos y monstruosidades que acaso no se han visto otra vez en todas las edades pasadas.

La bella iglesia de la casa del Jesús es siempre una de las destinadas para hacer esta misión, y este año la está haciendo en ella, con mucho celo, maestría, dominio y fervor, y con un numerosísimo concurso, el ilustrísmo Avogadro, que fue jesuita en Nápoles, porque el eminentísimo Roverella, que descubrió gravísimos inconvenientes en que predicase allí la Cuaresma este señor obispo jesuita, no los debe de haber descubierto en que haga esta misión o catecismo, y quizás cuando se resolvió ya tenía sobre sí o tenía por lo menos la gran tribulación de ser echado de Roma y de perder los emolumentos, nunca despreciables, del empleo de Datario, y, una vez que él perdía de todos modos su ventajoso oficio, ya nada se le daría de que prediquen los jesuitas cuanto quieran. El primer día advirtió el ilustrísimo Avogadro a su auditorio, y lo mismo hicieron los demás misioneros a los suyos, que era fingido y no era del Santo Padre, ni de algún otro por su orden y con su noticia, un papelito encargando oraciones que se había esparcido por Roma. No le he visto y creo que ha corrido poco, y, según oigo, hay en él alguna otra necedad indigna de un Romano Pontífice y alguna malignidad para hacer odioso al Papa y para irritar contra él a los franceses.

Los jesuitas napolitanos escondidos en esta casita del Buon Conseglio no han hecho este año, por prudencia y por una razonable precaución, la función bellísima en todo que hicieron el año pasado según aquí se refirió[39] con los presidiarios de Roma, que tienen su cuartel o cárcel allí cerca, porque una acción tan ruidosa sería advertida por los franceses y sólo serviría para irritarles y

39 Véase *Diario,* t. XLI, pp. 121 y 563.

para que pensasen más presto en oprimirles. Pero no han estado ni están ociosos, pues, además de predicar mucho y de confesar en su iglesia, trabajan sin bulla con los mismos presidiarios en un hospicio de muchachos, en cárceles, hospitales y aun en las escuelas públicas de los ignorantillos, y se disponen para dar más adelante los ejercicios que vienen a ser una misión a varias clases de personas, y no son ellos solos sino que les acompañan e imitan, en varios de estos ministerios, muchos de los jesuitas italianos, españoles y aun portugueses que no fueron a Nápoles. Con toda verdad, y sin jactancia, podemos asegurar que si se pudiera presentar delante de los ojos lo que trabajaban al presente en Roma los jesuitas, sin contar el artículo de la enseñanza en el que privadamente hacen algo, se vería con toda claridad que ninguna de las religiones que existen, ni aun la más numerosa, trabaja en el ejercicio de los sagrados ministerios tanto como los pobres, miserables y viejas reliquias de la Compañía de Jesús, que treinta y cinco años ha fue extinguida y secularizada en Roma, y aun suspensa e inhabilitada para todo. Acaso su laboriosidad en escribir y en todo género de trabajos a beneficio de la Religión, en circunstancias tan lamentables, es cosa más gloriosa y más grande que todas cuantas hizo, aunque fueron muchas, en los dos siglos largos que existió.

Día 30 de marzo

Muchas veces se ha hablado del viaje de la mujer de José Napoleón o Buonaparte, Rey de Nápoles, para juntarse con su marido, y finalmente se verificó esta noche pasada, del veintinueve al treinta de marzo. Dos horas después de la media noche pasó por dentro de esta ciudad, sin detenerse o sólo un momento en el palacio de la familia Borghesi. Su marido, de vuelta del Congreso de Venecia, en el diciembre del año pasado, no se detuvo en Roma por no haber sido reconocido por el Papa como Rey de Nápoles, y, por la misma razón, no se habrá detenido su mujer. Creo que este es matrimonio algo antiguo y que se hizo antes que Buonaparte fuese Emperador y acaso antes que fuese Cónsul perpetuo, y así será ésta Reina de Nápoles, como oigo decir, hija de un rico mercader de Francia. Por muchas partes la oigo alabar como que es verdaderamente católica, buena cristiana y mujer virtuosa, pero no es fácil averiguar, con certeza, si esto es cierto como se dice o si hay en ello mucho o algo de ponderación. Lo cierto es que si ella oye misa todos los días de precepto y se confiesa una vez al año, para cumplir con la Iglesia, la basta para que entre todos los Buonaparte, entre todos los famosos generales de la Francia y entre todos los hombres ilustres de la gran Nación sea tenida por una mujer de catolicismo y cristiandad heroica con tanta o mayor propiedad que un tuerto, como se suele decir, puede ser rey entre los ciegos. Pero sea su catolicidad,

su cristiandad y aun su virtud, si se quiere, propiamente heroica, y sea ella en realidad una santa, no podrá con todo esto impedir que su marido José y su cuñado Napoleón, y todos los demás cuñados y cuñadas y todos los que tienen poder a sus lados, lleven adelante con empeño su sistema de impiedad y de irreligión hasta extinguir, del todo si pudieran, la Santísima Religión de Jesucristo. Nos alegramos mucho que su gran virtud la hiciese moverse a compasión del gremio ilustre de religiosas de tantos órdenes y consiguiese de su marido que las dejase en paz en sus casas y conventos. Para algunas ya creo que llega tarde y para las demás será verisímilmente inútil su presencia y vendrán a acabar generalmente con todas ellas, como con todos los religiosos si dura su gobierno algunos años.

Día 31 de marzo

En cosas de guerras no se han visto sucesos de importancia en este mes de marzo. Parece que ya se puede tener por cierto que los franceses han acabado de conquistar las Calabrias y que han entrado en Regio, Scilla y en toda aquella costa; ellos así lo publican ensalzando, como siempre, el valor de su tropa, aunque si tuvieran un poco de verdadero honor se habían de avergonzar de que se supiese en el mundo que han tardado más de dos años en conquistar cuatro palmos de tierra, que no se les entregó voluntariamente como todas las demás provincias, y, aun ahora, esta gran conquista de las Calabrias más ha sido obra de manejos, de promesas y de sobornos que del valor de los invencibles franceses. En el día hay una gran bulla en Roma sobre el arribo a estos mares de una escuadra francesa de diez u once navíos de línea, habiendo venido algunos del Océano y habiéndoseles unido algunos otros de Tolón, y aun sobre desembarco en la Sicilia de un cuerpo numeroso de tropa francesa que se embarcó en puerto Especie. Igual bulla meten muchos romanos sobre derrotas de estos franceses por mar y por tierra, como que su escuadra ha sido hecha pedazos por los ingleses y derrotado su ejército desembarcado en Sicilia. No sé si con el tiempo se llegará a entender la verdad de estos sucesos de mar y tierra o si quedarán siempre en tinieblas y oscuridad, como otros muchos igualmente ruidosos que no eran ventajosos a los franceses.

El furor de éstos o de su Buonaparte y el mucho ascendiente que ha adquirido en la Corte de Pietroburgo y a la oreja del emperador Alejandro, han convertido en enemigo del rey Fernando IV, retirado en Palermo, un grande amigo o protector suyo. El día seis de este mes de marzo llegó a esta ciudad, con gran tren y equipaje, un distinguido caballero ruso, y vino desde el puerto de Civitavecchia, al cual había venido, según la persuasión común, desde el de Palermo en la Sicilia, en donde era Ministro Plenipotenciario del Emperador

de la Rusia, y con la misma generalidad se supone que su partida de aquella ciudad ha sido declaración de guerra al rey Fernando. La causa de esta extrañísima resolución del Emperador de la Rusia está delante de los ojos y se toca con la mano. Su amistad con Buonaparte desde la Paz de Tilsit, en el junio del año pasado, le ha hecho entrar en todo el furor del Emperador francés contra los ingleses, y quiere, por tanto, que todo el mundo se vuelva contra ellos, y habrá pretendido que Fernando IV se aparte de la Inglaterra y cierre a los ingleses sus puertos de Sicilia y no habrá querido, y ha hecho muy bien y ha obrado con mucho juicio y con mucha prudencia, y es un indicio muy seguro de que en este caso no han prevalecido en su consejo, aunque prevalecían regularmente en Nápoles, los jacobinos francmasones amigos de los franceses que no faltarán en Palermo, aunque muchos se quedasen en Nápoles. Ésta será una guerra poco más que de palabras, pues los rusos nada emprenderán por sí mismos contra el rey Ferdinando, y a lo más podrá suceder que se unan algunos de sus navíos, que andan por estos mares con los franceses, para hacer algún desembarco en la Sicilia, y menos pensará el rey Ferdinando en alguna empresa contra la Rusia, y se contentará, por ahora, con defender su Sicilia ayudado de los ingleses por mar y tierra, y esperamos que lo consiga y en alguna buena coyuntura podrá pensar en hacer algún desembarco en el continente para recobrar su Reino de Nápoles.

En esta guerra del general francés Miollis contra el Papa, que se tuvo por concluida el día dos de febrero, siempre se van haciendo algunas interiores hostilidades para ir siempre disgustando y oprimiendo más al Pontífice y lograr, de este modo, que al cabo se rinda al gusto y voluntad del Emperador francés. Tal es un orden del Prelado Gobernador de Roma a insinuación de Miollis, que se publicó estos días pasados, y con él se manda que así los coches como la gente de a pie lleven luz desde las dos horas de la noche en adelante. Aparentan con esto los franceses, aunque no hay fundamento alguno, que temen alborotos y tumultos del pueblo, y se muestran solícitos y al mismo tiempo dan a los soldados arbitrios para que roben a la pobre gente que no tiene farol o linterna o que se olvidó de llevarla. Además de esta alarma se han ejecutado hoy mismo dos nuevas hostilidades. En el Capitolio han puesto un grueso piquete de tropa francesa y se ve un soldado a la puerta misma del palacio del medio, en el que vive el Senador de Roma, Abundio Rezzonico, y esto parece que significa posesión de aquel sitio tan principal en el antiguo gobierno de esta ciudad y en el que se conservan algunas muertas reliquias de la famosa República Romana. La otra hostilidad consiste en haber aparecido hoy soldados franceses en la gran guardia de la plaza vecina al palacio pontificio. En esta guardia se había conservado tropa papalina, aun después que ésta se pasó al servicio de los franceses, y sin duda que dis-

gustaría menos al Papa de verla, casi a las puertas de su palacio, que de ver esta otra francesa, y esto es lo que puntualmente pretenden los franceses, para ver si a fuerza de disgustos logran que se abata y se ponga en sus manos. Para esta determinación les habrá servido de pretexto el ir echando de Roma, como van haciendo efusivamente, la tropa papalina, ¿y quién sabe a dónde llevarán a estos pobres romanos que, inconsideradamente, se pasaron a su servicio?

La guerra de los franceses contra España es ventajosísima para ellos y es tan singular que jamás se ha visto otra semejante en el mundo. En calidad de aliados y amigos, con éste y aquel pretexto, entendiéndose con el infame Príncipe de la Paz, que viene a ser Rey de España por la incomprensible inconsideración y ceguedad de los reyes Carlos IV y María Luisa, se van apoderando de provincias y reinos, y se van metiendo en fortalezas y castillos y esparciendo a ejércitos y enjambres numerosísimos por toda la extensión de la Monarquía. Se hallan, pues, en estado y con fuerzas suficientes para dar el golpe decisivo de abatir el trono, mudar de gobierno de España, despojar de todo a los reyes y, en suma, hacer en España lo mismo que se hizo en Francia con la desgraciada y engañada familia de Borbón, y en esta empresa, según tienen concertado, les ayudarán a los franceses los jansenistas y filósofos españoles, que están unidos en cuerpo y reunidos, por la mayor parte, en la Corte y en alguna por las ciudades populosas de la Monarquía. Por momentos se puede temer y ver ejecutado este general trastorno del trono y Monarquía de España. Contra Portugal ya no hacen otra guerra que robar, según su costumbre, a todos. Con un edicto del virrey o comandante Junot se echa al reino de Portugal una contribución de cuarenta millones de cruzados, que serán veintidós millones de pesos duros. ¿Y cómo han de pagar los portugueses una contribución tan enorme, y más en el miserable estado que se haya necesariamente todo el Reino y aun la Corte, después de la partida de la familia real, que se llevó tan grandes tesoros? Ya se procura facilitar la cobranza advirtiendo que deben entrar en la contribución todas las alhajas de las iglesias no necesarias para el culto, y todas las haciendas de eclesiásticos seculares y regulares. Gran paso para abatir y deslustrar la Religión.

En la guerra del Norte, de todos contra el Rey de Suecia, que no quiere separarse de los ingleses, sólo muestra actividad el Emperador de la Rusia, cuyas tropas van haciendo sus movimientos en la Finlandia para penetrar en el país del dicho Monarca, y del ejército del general Bernardote o Príncipe de Ponte Corvo, en el que entra el numeroso cuerpo de españoles, mandado por el conde de la Romana, sólo se dice abiertamente que, sobre el mar helado, ha ido a tomar una isla del Rey de Suecia. La guerra del Emperador de Alemania contra los ingleses está ya, a lo que parece, declarada, y el embajador inglés

ha partido de Viena. Extraña esclavitud aun de los príncipes más poderosos a todos los antojos y caprichos del revoltoso y ambicioso Buonaparte. El dicho Emperador no puede hacer otro daño a los ingleses que cerrarles sus pocos puertos en el Adriático ¿y cuánto mayor será el daño que reciba, turbando los ingleses el comercio de los dichos puertos en todos estos mares? Por el contrario, no debe ser útil por ahora a Buonaparte que riñan entre sí los emperadores turco y ruso y les va deteniendo, aunque uno y otro están muy preparados para entrar en guerra. Aunque ésta no llegue a verificarse y aunque parece que, acabada la sangrienta guerra del año pasado, entre franceses y rusos, apenas hay guerra en el continente de la Europa, la verdad es que no hay en toda ella un sólo Príncipe que esté en paz con todos y que no tenga algún enemigo, y así sucederá, necesariamente en adelante, mientras tengan mucho poder en el mundo los ligeros y revoltosos franceses y no lleguen a ser dueños de todo. No hay en eso ponderación alguna, y es una proposición verdadera y exacta, y sólo podrán dudar de ella (y por desgracia son los más en todas las naciones) los que no llegan a penetrar del todo lo que es filosofía incrédula, francmasonismo, jansenismo o ateísmo, que todos son una misma cosa, injertos y bien arraigados en el carácter francés. Dios gobierna este mundo y puede más que todos, y esto es toda la esperanza de los buenos, de que al cabo serán abatidos.

ABRIL

Día 1 de abril

Anoche volvió nuestro ministro Vargas de la casa de la Viña de Marescoti a este palacio de España, y no se descubre otro motivo de esta su retirada y ausencia que su mal humor por la prepotencia de los franceses sobre los correos de España y sobre todo lo que quieren, y los disgustos y humillaciones que de aquí se le habrán seguido; y en la soledad habrá procurado digerir este mal humor y disponer el ánimo, rebajando mucho de su aire dominante e imperioso para otras iguales o mayores que le irán viniendo necesariamente, no necesitando ya los franceses de adular y de tener contentos a los españoles. A nosotros nos hubiera hecho mucho al caso que se hubiese detenido en la Viña dos o tres días más, pues estando él ausente no tendría nuestro pagador Jacinto[40] causa ni pretexto en el servicio del Sr. Vargas, como camarero suyo, para hacer la desatención y grosería de tener esperando a muchos hombres respetables por mucho títulos para recibir de su mano la miserable pensión. Es verdad que un lancerillo que ha pasado conmigo mismo es prueba suficiente de que sin este pretexto del servicio de su amo es muy capaz de hacer con nosotros estas y otras descortesías. Por el testamento de Ramón Rodríguez[41], jesuita español muerto en este Hospital de Santiago, fue hecho testamentario o albacea expresamente como persona autorizada con el título y empleo de agente y protector de la Nación. Mostrele con evidencia su obligación de hacer algunas diligencias y dar algunos pasos para la cobranza de una deuda de trescientos veinte pesos duros a favor del difunto Rodríguez y aun le hice ver que bastaba que él sacase la cara como agente de la Nación y se

40 Se trata de Jacinto Román, comisario real para los jesuitas destinados en Roma tras la muerte en 1806 de José Capelleti.

41 Aunque son varios los jesuitas expulsos que responden a ese nombre, creemos que debe referirse al coadjutor secularizado en Calvi, a su llegada en 1767, y que realizó el viaje de retorno a la España de Carlos IV con el P. Luengo; éste le dedica unas palabras en su *Diario* de 1807 comentando su fallecimiento, t. XLI, p. 405.

hiciese parte en este negocio para que se acobardasen y desistiesen los que sin derecho alguno se oponían a la dicha cobranza; no podía responder a mis razones y se desembarazó de todo con esta soez expresión: *Usted dirá que yo soy un puerco, pues diga usted lo que quisiere,* y volviéndome la espalda me dejó con la palabra en la boca. Tales agentes y protectores de la Nación, y de un modo particular nuestros, se usan en los tiempos presentes, y, en este caso, por dejar de decir una sola palabra dándose a conocer como ejecutor testamentario del difunto Rodríguez, se perderán éstos centenares de pesos duros que debían servir, según confidencialmente me había comunicado, para satisfacer algunas forzosas obligaciones que tenía sobre sí al tiempo de su muerte.

En este primer día de abril ha empezado nuestro pagador, D. Jacinto, a darnos la pensión para los tres meses siguientes, y en pocos días la recibiremos todos. En su paga todo se hace, según hemos explicado varias veces, y sólo es digno de notarse que la moneda, que solía ser de escudos romanos y pesos duros españoles, o generalmente menuda y con mezcla de monedillas de varios países, como que parece que es de los desperdicios y barreduras de algún Banco. Aun así la habrán recibido con gusto, porque, según el miserable estado a que se halla reducido el erario del Rey Católico, el más rico Monarca de todo el mundo, la tristísima situación de aquella Corte y Reino y los gravísimos temores de que todo se mude en España, aunque tiene el tesorero vales o libranzas de ella, están muy detenidos los banqueros aquí y en otras partes, y no quieren admitirlas y despacharlas, o sólo con un interés y ganancia exorbitantísima de treinta, cuarenta o cincuenta por ciento. Cuánto va de España en el reinado de Fernando el VI en este particular a sí misma en el reinado de Carlos IV. En aquel, el banco o tesorería que puso en Roma el inmortal marqués de la Ensenada satisfacía con pequeñísimo interés cuantos cambiales se le presentaban de toda la Europa por cuantiosas que fuesen, y en éste la Tesorería de España en Roma no tiene crédito bastante para encontrar en otros bancos unos pocos millares de pesos duros. Tan cierto es que desde el abatimiento de aquel gran Ministro, que fue obra de la envidia de las naciones extranjeras, y algo también de la filosofía incrédula del infame duque de Alba, ha ido siempre cayendo la Monarquía su crédito, su riqueza; y en medio siglo ha llegado a un sumo descrédito y a su total ruina. Por esta gran miseria no se ha encontrado dinero para darnos en esta paga de la pensión del mes de abril, según ya se había establecido en Roma, el socorro anual que es ya para todos de cincuenta ducados. Cuántos pobres lo estaban esperando con ansia para hacerse alguna cosilla de vestir, para pagar la casa, o alguna deudilla que han contraído, porque hay muchos, especialmente coadjutores y más si se han casado, que si van a la rastra con la pensión y con el día, por decirlo así, y con este socorro extraordinario de cincuenta ducados salían de sus aprietos y ahogos.

No perdemos la esperanza de que al cabo se encontrará dinero y se nos dará, y así nos lo asegura el joven tesorero Escandón, y su trato continuo, obsequioso y cordial con muchos jesuitas españoles, y la experiencia en otras cosas que han ocurrido, no nos dejan la menor duda de que de su parte hará cuanto pueda para que se nos dé nuestro socorro.

En las otras dos cajas en las que se pagaba pensión a los jesuitas españoles, que son Bolonia y Génova, sucede lo contrario que en esta de Roma. En las dos dichas ciudades se les ha pagado finalmente en este mes de marzo el socorro anual, que se solía pagar allí por el mes de enero. Pero escriben en el día bastante desconsolados y sin esperanza de que se les pague la pensión de este trimestre de abril con la acostumbrada puntualidad, pues los pagadores no tienen dinero a la mano ni seguridad de tenerlo presto. Muchas veces hemos protestado en este nuestro escrito nuestra gratitud al Cielo y a los hombres por la constancia y aun puntualidad en darnos, sin interrupción alguna, por la larga serie de cuarenta y un años, esta nuestra pensión de cuatro reales al día, que al fin basta para no morirse de hambre, y se hacía más estimable este beneficio viendo que todos los demás jesuitas portugueses, franceses y aun italianos de varias provincias han tenido sus faltas y suspensiones por más o menos tiempo de la pensión que debían recibir de sus respectivas Cortes. Ahora, finalmente, parece que quiere el Señor que experimentemos también los españoles esta miseria y trabajo, y será sin duda muy pesado y molesto para nosotros, pues nos hallamos en un país en el que generalmente no se nos mira a la cara, ni se hace caso de españoles, sino porque creen que tienen mucho dinero. Esperan no obstante todos y lo muestran en sus semblantes y expresiones que el Señor, que cuida de los pajaritos del aire, tendrá también providencia de nosotros, y nos proveerá por el camino que más le agrade de un pedazo de pan en el país de nuestro destierro, y nos dará mucha gracia y mucha paciencia para sufrir con resignación y con mérito los trabajos que de la falta de la pensión nos pueden resultar.

El jesuita paraguayo Iturri[42] cobrará ahora dos pensiones y casi tres, pues a la mitad del mes de febrero tuvo el aviso de habérsele hecho la gracia de pensión doble. Su mérito consiste en estar actualmente cuidando de un huerto

42 Se refiere a Francisco Javier Iturri, jesuita perteneciente a la provincia del Paraguay, que respondió a la orden de segundo destierro dictada por Carlos realizando el viaje desde Barcelona a Civitavecchia, en mayo de 1801, a bordo del *Minerva* junto al P. Luengo; véase: *Diario*, t. XXXV, pp. 91 y ss. Iturri publicó "Carta crítica sobre la Historia de América del señor Juan Bautista Muñoz", Madrid, 1798 [B.N. 2-49959], y "Bibliotheca Excelentissimi D. Nicolás Joseph de Azara", en Roma, 1806 [B.N. 2-63446]. Véase: FURLONG, G.: *Francisco Javier Iturri y su "Carta crítica" (1797)*, Buenos Aires, 1955. O'Neill y Domínguez: *Diccionario de la Compañía de Jesús*, p. 2115.

botánico, o por lo menos de plantas peregrinas y singulares, que es del cardenal Consalvi, que hasta poco tiempo hace fue Secretario de Estado del Papa[43]. ¿Y qué servicio es del Rey Católico, ni de qué utilidad para su Monarquía, el que este jesuita paraguayo cuide bien del huerto de este Señor Cardenal? Pues ¿por qué se lo ha de agradecer y darle una pensión de su pobre erario? Así son por la mayor parte y casi todas las pensiones dadas por la Corte de Madrid en estos dos últimos reinados a jesuitas y no jesuitas, sin servicio alguno de importancia al Rey o a la Nación y monarquía española, y es uno de los mayores y más perjudiciales desconciertos de aquel Gobierno y Corte en estos dos reinados de Carlos III y Carlos IV, y con él y con otros muchos va a ser abatida y trastornada aquella ilustre Monarquía. El mismo cardenal Consalvi escribió al Príncipe de la Paz, recomendando a su jardinero Iturri para esta gracia de la segunda pensión, y a vuelta de correo le fue prontamente concedida. Con esta ocasión oigo asegurar que hay amistad muy íntima entre este Cardenal y aquel Príncipe, y puede ser el fundamento de ella de parte de Consalvi el haberle enviado al Príncipe facultades amplísimas para que pueda robar muchos millones al clero secular y regular, y, de parte del Príncipe, el haberle dado al Cardenal una rica dignidad eclesiástica en España. Motivos poderosos de una recíproca beneficencia que puede haber causado esta íntima amistad entre los dos. Acaso tienen también el título de alguna hermandad, y efectivamente han tenido un proceder tan semejante como si verdaderamente fueran hermanos e hijos de la común madre, la triunfante filosofía. Consalvi en Roma, como Secretario de Estado del Papa, engañando a éste y a todos ha hecho cuanto ha podido, y, en la realidad, mucho, para que prevalezca la filosofía y llegue a triunfar aun en la misma cabeza de la Religión Católica; y el Príncipe de la Paz, como Ministro autorizado y absoluto al lado del rey católico Carlos IV, engañando a este pobre Monarca, a su mujer y a todos los buenos españoles, ha hecho otro tanto y aún más para el triunfo de la filosofía en todo el mundo, y aun en la catolicísima España, y pueden tener la impía e infame complacencia de que ya se han plantado en Roma las negras banderas de la anticristiana filosofía, y de que presto se plantarán en Madrid y en toda España.

Día 3 de abril

Aniversario del primer destierro de la Compañía de Jesús de los dominios de Su Majestad Católica, y se cumplen los cuarenta y un años desde el día 3 de

43 Consalvi fue elegido Secretario de Estado en 1806, pero las desavenencias que tuvo con los franceses le llevaron a renunciar a esta secretaría ese mismo año. Luengo comenta ambos hechos en su *Diario*, t. XL, pp. 188 y 235, respectivamente.

abril de mil setecientos sesenta y siete, en que fuimos arrestados en casi todos los colegios de Europa, y se cumplen siete desde el segundo destierro el año primero de este siglo. Por cuenta cabal, los que llegaban a los diecinueve años tienen ya sesenta, y, siendo muy pocos los que no llegaban, habiéndose quedado en España la mayor parte de los novicios de todas las provincias, hay ya muy pocos que no sean sexagenarios, y por consiguiente viejos. Y ¿qué será en delante de estos pocos viejos que han quedado, habiéndose reducido las once provincias como a una sexta parte de los que las formaban al tiempo de su primer destierro, el año de sesenta y siete del siglo pasado? ¿Quién podrá decírnoslo con seguridad, si no es algún iluminado profeta con luz del Cielo, ni con alguna verisimilitud y tino, aunque sea un hombre muy instruido del estado presente del mundo, muy sabio y muy prudente? Roma y todo el Estado del Papa está en manos de los franceses, y lo estará más profundamente en adelante cuando a ellos se les antoje apoderarse enteramente de todo. Y ¿qué harán entonces de los jesuitas de España? ¿Les dejarán vivir en alguna quietud en sus rincones, como han hecho en Bolonia, y en otras varias ciudades de su nuevo Reino de Italia, o les echarán con ímpetu y violencia de esta ciudad y Estado, como les echaron de Nápoles? Nadie sabe en el día, ni puede saber lo que querrán hacer con nosotros los franceses cuando acaben de apoderarse de este Gobierno. Yo me inclino a que nos arrojarán, con este o con otro pretexto, a lo menos de Roma, porque descubro designio en estos hombres de hacer a esta ciudad, cabeza y centro de la aborrecida Religión Católica, casi tan profana, tan pagana y tan gentílica como en tiempos de los antiguos Césares, los Nerones, Dioclecianos y otros; y para lograr esto importa mucho dejarla casi despoblada de sacerdotes, predicadores y confesores, y, especialmente, de los que con más empeño promueven la piedad y Religión.

Por parte de España se presentan sin libertad a los mismos ojos nuevas dudas y nuevas incertidumbres sobre nuestra suerte en el próximo e inevitable trastorno de aquella Corte y Monarquía. ¿Cómo quedará su Gobierno, y qué pensará éste sobre nosotros? ¿Nos llamará a la Patria, o nos dejará en el país de nuestro destierro, proveyéndonos de nuestra pobre pensión o despojándonos de ella? Todo es incierto, y no hay hombre alguno de tanta instrucción, sabiduría y previsión de lo venidero que, con alguna probabilidad, nos pueda decir nuestro paradero y destino. Situación la más infeliz y miserable en que puede verse un hombre, no sabiendo hoy qué será del mañana, y por consiguiente no pudiendo tomar providencia alguna en algún género o ramo de cosas pertenecientes a la vida humana con algún tino y acierto. Uno de estos días se rió mucho de mí un jesuita amigo viendo a la puerta de mi casa un carro de carbón que me costaba doce pesos duros, ¿pues qué?, me dijo, ¿piensa usted gastar este carbón en Roma? ¿Cómo nos han de dejar aquí los franceses?

¿Cómo hemos de subsistir en esta ciudad trastornándose España? Por este pequeño y aun ridículo negocillo de la provisión de carbón para mi casa, se puede entender lo que me sucede a mí y a todos en todos los demás asuntos, cosas y negocios, y algunos, y aun muchos de no pequeña y aun de grande importancia, como es necesario siendo aquí sólo más de doscientos hombres los que se hallan en este estado de dudas e incertidumbres sobre su suerte y paradero.

Lo peor es que sin dudas ni incertidumbres podemos asegurar que cada día está en peor estado la causa de la Compañía de Jesús, nuestra estimadísima madre, y todo lo que pertenece a sus desgraciados hijos. La razón es evidente y ya la hemos insinuado alguna otra vez en este nuestro *Diario*. Cada día están más dilatadas, con más autoridad y poder, las sectas anticristianas, reducidas ya todas ellas a la filosofía incrédula, a la Religión natural, al deísmo, y en cuanto pueden al ateismo. Señálese con verdad un rincón de la Europa Católica en que no dominen despóticamente. No le hay ni aun en España, ni en Italia, ni en la misma Roma. ¡Pobrecita Compañía de Jesús y pobrecitos hijos suyos! ¿Qué pueden esperar en este mundo, dominando en él con un absoluto despotismo estas infames sectas que son sus mayores y casi sus únicos enemigos? Porque ellas, metiéndose en los gabinetes de todas las Cortes, y no los engañados monarcas, les desterraron de muchos reinos, y ellas, prevaleciendo en Roma, y no los incautos, débiles y condescendientes pontífices Ganganelli, Braschi y Chiaramonti, la extinguieron en toda la Iglesia y conservan por la larga serie de treinta y cinco años este espantoso escándalo, y esta obra de injusticia y de impiedad. Si el Cielo se lo permite acabarán con todos nosotros y nos echarán a la América, como dijo un oficial francés, o nos meterán en alguna isla desierta y estéril, para que allí nos muramos de hambre.

Sin estas violencias nos acabaremos bien presto o quedaremos reducidos a un puñado de hombres para nada, en especial si vienen algunos años tan negros y de tanta mortandad, como este en los tres meses primeros del que llevamos. Otros dos españoles que vivían en la casa del Jesús han muerto en estos últimos días, y después que hablamos de los muchos muertos de aquella casa. De todos ellos oigo hablar con elogio a los que viven en la misma casa y les han conocido y tratado, y no extrañaré que entre ellos haya alguno que mereciese ser contado entre los varones ilustres en santidad de la Compañía de Jesús y que vivía en ella cuando fue extinguida por el papa Ganganelli, como indigna de existir. Con mayor probabilidad puedo asegurar esto de un venerable anciano llamado Ayllón[44], de la provincia de Quito en la América, y natural,

44 Se refiere a Joaquín Aillón, que era sacerdote en el Colegio Máximo de Quito en 1767. Natural de Ambato, nacido el 30 de junio de 1728, y que residía en Ravena en 1773.

a lo que creo, del principado de Cataluña. En el segundo destierro, hallándose algunas leguas de Barcelona y en país montañoso, fue traído como en brazos al puerto, no pudiendo por sus años y males, y por lo quebrado de la tierra, hacer aquel viaje de otro modo. ¡Qué fiereza y brutalidad! Pero forzosa según la resolución total del gran político diplomático don Nicolás de Azara, pues este viejo, escondido en los peñascos de Monserrate, sería capaz de abatir el trono de Carlos IV y María Luisa. Más verisímil es que los clamorosos gritos de su sangre inocente, pidiendo al Cielo venganza, aunque él por sí mismo no la pida, puedan contribuir al abatimiento del trono de los dichos engañados monarcas. Al venir a Roma, en este segundo destierro, en edad de poco menos de ochenta años, se le veía por las calles con tan poco vigor y fuerzas, que se veía forzado a sentarse en donde encontraba, para tomar algún aliento. Pero siempre alegre y cariñoso con todos los que le hablaban, y de este modo ha vivido algunos años en esta casa del Jesús, ya postrado en cama y ya arrastrando por aquellos tránsitos, hasta que finalmente falleció en este mes de febrero, con una muerte tranquila, santa y envidiable.

En la ciudad de Burgos murió en el mismo mes de febrero, según la fecha de una carta de Bilbao, el padre Valentín Palomares[45], de nuestra provincia de Castilla[46]. Al tiempo que salimos de España el año sesenta y siete, según su edad, estaría ya enseñando Teología en la dicha ciudad de Burgos, y en Bolonia, antes de la extinción de la Compañía, fue ya hecho rector o superior de una de nuestras casas, y en este oficio le cogió aquel general trastorno y desconcierto. Era un hombre de mucha realidad y muchas veras en todas sus cosas, y nada sabía hacer flojamente, a medias y con poca exactitud; muy atento y servicial para con todos, piadosísimo y gran religioso, y lo mismo después de la extinción de la Compañía que mientras ella existió, pues no hizo otra mudanza en su modo de vestir que la necesaria para no parecer jesuita, y absolutamente no entró en la menor cosa o diversión del mundo. Y por su buena conducta en todo, su afabilidad y agrado con todos, sin la menor excepción, era mimado y amado de todos los de la Provincia. El año de noventa y ocho se fue a España, como la mayor parte de los de la provincia de Castilla, y yo le encontré en el septiembre de aquel año en Valladolid, en compañía de un sobrino suyo que era confesor de las monjas recoletas. No sé si antes del segundo destierro o después de él, se pasó a vivir a Burgos en casa de algún amigo,

45 El P. Palomares fue rector de algunas de las casas que, cuando llegaron a la campiña boloñesa, alquilaron los expulsos españoles para poder seguir viviendo en comunidad. Las casas de las que fue superior, según fue registrando el P. Luengo en su *Diario*, fueron: Herculani hasta 1772, Lequio hasta la extinción de la Compañía, y, a partir de ese momento, una nueva que se alquiló ya en la misma ciudad de Bolonia.

46 Nota al margen del autor: *P. Valentín Palomares, difunto.*

y, no habiendo venido a Italia en este segundo destierro, verisímilmente, por su grande edad y algunos males, ha muerto en la dicha ciudad de Burgos. Era natural de la de Valladolid, en la que nació a catorce de febrero de mil setecientos veintisiete, y así murió al mismo cumplir los ochenta y un años de edad.

Aprisa, pues, si muere gente como en los primeros meses de este año, o algo más poco a poco, si no va adelante esta mortandad, aunque siempre en una corta serie de años, vendremos casi a desaparecer del todo, y podrá quedar para simiente algunas pocas docenas de los que vinieron muy jóvenes. Una sola cosa podemos hacer de nuestra parte, y se hace generalmente por todos para no acabarnos tan presto, y si no se hubiera practicado con no poca generalidad desde el principio, y en el largo curso de esta terribilísima persecución de la Compañía de Jesús, y de todos sus hijos, y con desastres, pesadumbres y atropellamientos grandísimos, ya hace mucho tiempo que nos hubiéramos muerto todos. Nuestra situación es tristísima y nuestros irreconciliables enemigos e insaciables de nuestra sangre están en la mayor altura y en el colmo de su grandeza, y lo pueden todo en todas partes; y ni sabemos en dónde nos dejarán pasar los últimos años de una lánguida vejez, ni si se continuará en adelante en darnos un pedazo de pan para no morirnos de hambre. Sí, todo es cierto, y sin un átomo de desesperación o de hipérbole. Pero también lo es con generalidad, en cuanto veo y oigo, que todos se ponen tranquilamente en las manos del Señor, y se conforman con todas sus disposiciones, sean las que fueren, y se muestran prontos y dispuestos a todo, a estarse quietos en un rincón de este país, aun desprovistos de una corta pensión para comer un pedazo de pan, y a marchar por mar o por tierra a donde les mandaren en cuanto lo permitan las fuerzas. Y esta bella disposición de ánimo, que es un singular beneficio del Señor, por el cual le damos humildes gracias, despunta y embota las agudas espadas de las pesadumbres, desgracias y miserias, y de los temores de una triste suerte en lo por venir, que hieren y matan a muchos. Con ella iremos viviendo tranquilamente, veremos y oiremos con paz lo que se determine sobre nosotros, y sea lo que fuere esperamos que lo recibiremos de tal modo que ni nos quite la vida, ni la salud, ni aun la alegría y buen humor.

Día 5 de abril

El desconcierto en nuestros correos de España, o, por mejor decir, las tiránicas disposiciones de los franceses sobre ellos, llegan ya a lo sumo, y no se pueden ver sin asombro y sin indignación. Llega ya a tanto la dependencia y esclavitud de este Ministro de España en Roma a estos franceses que se llaman conquistadores, que no puede enviar un correo o una posta a la Corte

de Madrid sin su permiso y pasaporte. Prepotencia y tiranía jamás usada en el mundo desde que hay en él civilidad y derecho de las gentes. En París puede un Ministro de España, de Austria, de Rusia, y de cualquier otra potencia, enviar libremente a sus respectivas Cortes cuantas postas quisieren. Pues, ¿qué son los franceses más señores de Roma que del mismo París? Pues, si en esta Corte no impiden, ni pueden impedir con derecho, que envíen los Ministros correos a sus Cortes, ¿con qué razón se lo pueden impedir estos franceses al Ministro de España en Roma? Con ninguna, y sólo por una brutal prepotencia, de que no hay ejemplar en muchos siglos, ni aun en el país más bárbaro de la Europa. En efecto, no ha podido el ministro Vargas despachar ni el correo, que debía haber partido el día quince de marzo, ni el que debía haber partido este día treinta del mismo mes, y aquí se están parados los dichos dos correos de gabinete de España. Las cartas de particulares, a lo que parece, van por los correos franceses, y ya procurarán leerlas todas y no llegará a su destino ninguna en que se diga algo que a ellos les disguste. Pero quedan aquí los grandes pliegos o paquetes de Bulas, dispensas y otras gracias semejantes, y sobre todo este Ministro de Madrid queda absolutamente sin comunicación alguna con aquella Corte y con su Gobierno.

En estas circunstancias se guardaría bien este Ministro español de escribir aun en sus cartas ministeriales, de oficio y aun con cifra, cosa alguna que pudiese disgustar a los franceses, y, aun cuando se animase a escribirla, ellos tienen modo de impedir toda mala resulta, como con otra igual prepotencia ejecutaron poco ha, y nosotros diremos al instante. Pues, ¿por qué no dejar partir estos dos correos españoles, estando bien asegurados con tantas prepotencias y violencias, que ni en las cartas de los particulares, ni en las del Ministro, se podrá introducir y esparcir en España cosa alguna que a ellos les pueda perjudicar? Yo lo diré con franqueza y con toda verdad. Estos correos de gabinete tienen ojos y tienen también oídos. Ven pues el estado de opresión, de ignominia y de violencia en que tienen al sumo pontífice Pío VII, y oyen los gravísimos insultos y los insolentísimos desacatos y ultrajes que le hacen todos los días en sus mismos palacios, en su misma persona, en la de los eminentísimos cardenales y de otros varios sujetos de su servicio. En suma, ven, oyen y entienden que en todo tratan al Vicario de Jesucristo como pudieran al hombre más vil del mundo y como a un esclavo. Tienen también lengua y pueden por tanto contar en la Corte de Madrid, no sólo a la oreja de algunos ministros, que por prudencia sabrán callar, sino también delante de muchas personas de todas clases y condiciones, lo que han visto y oído en Roma sobre su modo de tratar al santo padre Pío VII, y sobre el modo y estado de presión y esclavitud en que le tienen. Y siendo estos correos de gabinete personas de alguna autoridad en el público y de suficiente talento para

instruirse en este género de negocios, y para explicarlos de modo que se entiendan, se pudiera llegar a entender con bastante generalidad en la Corte, y desde ella en toda la Monarquía, la manera injustísima, indecentísima y desvergonzadísima con que están tratando al Romano Pontífice los generales franceses con noticia y de orden del emperador Buonaparte. Y si bien a ellos nada se les dé por honor y reputación, y menos por conciencia, que se publique y esparza todo en las cuatro partes del mundo, tienen un empeño grandísimo en que no se sepa en el día en España, porque temen que les perjudicaría en sus designios en aquel reino el que se supiese en la Corte de Madrid, católica todavía, y en la Nación con más generalidad católica, que son enemigos del Romano Pontífice, que le pisen y ultrajan, y por consiguiente que no son católicos.

Con el correo español, que finalmente partió de esta ciudad el ocho de marzo, usaron la otra indecentísima prepotencia que insinuamos antes para que no llegue a España noticia alguna de los sucesos de Roma. En Génova le tuvieron dos horas como preso y encerrado en una pieza separada, y se supone que allí le registraron hasta debajo de la camisa, y leyeron todas las cartas, aun las de oficio, de este Ministro de Roma, y le quitaron todas las que juzgaron contrarias a sus intentos de que no lleguen a España las cosas de esta ciudad. Este correo español, registrado por los franceses del modo dicho en Génova, dio noticia de todo al otro correo de España, que salió de Madrid la noche del quince de marzo, y hacia el veintiuno pudo encontrarse con él en Cataluña o en el Rosellón. Atemorizado éste con lo que le había sucedido al otro en Génova, echó en la mar todas las cartas que traía a la mano y fuera de la valija, de las que es de algún modo más responsable que de las que vienen en los pliegos o paquetes cerrados; pero fue vano y sin fundamento su temor por no entender bien la astucia y malignidad de los franceses, a los cuales nada les importa todavía que se sepan en Roma las cosas de España, aunque les importa mucho que no se sepan en aquel reino las de esta ciudad, y por eso cortan toda libre comunicación de Roma con España y no la de España con Roma. Nos ha privado pues este correo español por un terror pánico de las mejores cartas de España, y especialmente de Barcelona, en las que se suelen decir con mayor franqueza las cosas que allá suceden.

Llegó, pues, sin embarazo alguno este correo español, que salió de Madrid el quince de marzo, este día tres de abril, y prontamente nos dio el director privadamente nuestras cartas. En ellas, como en las de los correos antecedentes, nadie habla sino del inmenso torrente de tropa francesa que va entrando siempre por toda la frontera de España, y se confirma, de nuevo, que ha entrado por orden del Príncipe de la Paz en nombre del Rey en los castillos de Pamplona y Barcelona, y supongo que han entrado también en el de San Sebastián y en Figueras, aunque no he visto carta que expresamente lo diga, pues es la

misma la razón en todas partes. En alguna de estas cartas se dice, y ya se ha insinuado también en las gacetas, que en los últimos días del mes de febrero o primeros de marzo entró en España por la Guipúzcoa, y ha pasado hasta la ciudad de Burgos, el gran Murat y duque de Berg y cuñado del emperador Buonaparte. Grandes empresas tiene éste dentro de España, pues ha nombrado para comandante de los numerosos ejércitos, que las han de ejecutar, a este su brazo derecho y a un hombre tan allegado a su persona. Los más incautos y sencillos españoles, viendo estas cosas que pasan delante de sus ojos, lo dan ya todo por perdido, por trastornado el trono y por arruinada la Monarquía, aunque no saben en qué vendrán a parar y qué serán en adelante. Y ¿qué diremos nosotros, que, desde el momento mismo en que el maligno duque de Alcudia y la deslumbrada reina María Luisa hicieron paz y alianza con la impía república francesa, profetizamos como infalible la ruina del trono y monarquía española por mano de los mismos amigos y aliados franceses? Sólo decimos que es incomparablemente mayor nuestra aflicción y pena por los inmensos males que van a oprimir a nuestros reyes y a nuestra patria, que la tal cual complacencia de haberlos conocido y pronosticado tan presto.

El correo de gabinete que ha venido, y que salió de Madrid, como ya dijimos, la noche del quince al dieciséis de marzo, dice a boca algo más de lo que se puede decir en las cartas. Aquel mismo día quince de marzo, viendo que se enderezaba hacia Madrid mucha tropa francesa, estaba toda la Corte, y en ella toda la gente, en una suma inquietud y agitación, aunque sin llegar a tumulto, y públicamente se gritaba contra el Príncipe de la Paz, tratándole de traidor al Rey y a la patria, y le hubiera hecho pedazos el pueblo si dos días antes no se hubiera ido al Sitio de Aranjuez. Así dejó la Corte el día quince de marzo este correo de gabinete, y ya en los monitorios y gacetas de la Francia nos cuentan grandes y extraordinarios sucesos en los días inmediatos a la partida de este correo de la Corte de Madrid, y traen pruebas y documentos bastante seguros, y que merecen crédito. No se puede, pues, dejar de creer estas grandes novedades de España, a lo menos en los puntos principales de ellas, pero esperaremos a que venga otro correo español, si lo despachan en medio de tantas y tan embarazosas ocupaciones, y con nuestras cartas en la mano, por decirlo así, las presentaremos en este nuestro *Diario* del mejor modo que nos sea posible. Entre tanto, tristes y alegres, desconsolados y consolados, estaremos en una inquieta curiosidad del fin y remate que todo vendrá a tener, y sin cesar, y con el afecto más fervoroso, levantaremos todos las manos al Cielo, pidiéndole toda prosperidad para nuestros soberanos y para nuestra patria.

Desde luego, y anticipadamente, y siendo ya cierto que en estas grandes novedades de España se han mezclado inquietudes y tumultos populares,

haremos una observación muy propia de nuestro asunto, porque es de mucho honor para la Compañía de Jesús, a cuya justificación y defensa se endereza principalmente este nuestro escrito, y una nueva declaración de su inocencia, en aquel artículo o punto, en que hicieron más fuerza todos sus enemigos para infamarla delante de los reyes, de los papas y de todo el mundo. Todos sus enemigos en todas partes a fuerza de cuentecillos, historietas ridículas, manifiestas calumnias y otros muchos medios injustos y malignos procuraron representar a la Compañía de Jesús como un cuerpo de hombres inquietos, revoltosos y tumultuarios y guerreadores, con quien no se podía vivir en paz, ni la habría jamás en el mundo en ninguna clase de personas, mientras no fuesen enteramente abatidos; y en nuestra España, de la que ahora tratamos, para pegar a los jesuitas españoles este odioso carácter y renombre de revoltosos, se les atribuyó el alboroto de Madrid en estos mismos días del año de 1766, que fue levantado por sus mismos enemigos para perderlos, y con otras guerras igualmente fabulosas en la América; en todos los tribunales y con todas clases de personas se creyeron autorizados los autores del destierro de la Compañía de los dominios de Su Majestad Católica para pronunciar en la Pragmática Sanción, y en otros muchos papeles, que los jesuitas eran los únicos promotores de tumultos y alborotos populares, y por consiguiente que, arrojados ellos de España, se acabarían las inquietudes y motines y se gozaría de una paz segura e imperturbable. Basta leer la dicha pragmática para ver con los ojos lo que acabamos de decir.

Y, ¿ha sucedido así efectivamente? ¿Se han librado los Estados de Su Majestad Católica de todo género de tumultos y alborotos después que fueron arrojados a la Italia los únicos autores de todos ellos? Pueden decirlo todas o casi todas las provincias de la América, en las que ha habido más inquietudes y rebeliones, y especialmente en el dilatado imperio del Perú, en los pocos años que han faltado los jesuitas que en los dos siglos que vivieron en ellos, y lo mismo se puede asegurar de las de la Monarquía en Europa, no habiendo faltado sus tumultos en el reino de Galicia, en Vizcaya y en otras partes. Y por hablar sólo de la Corte de Madrid se puede demostrar hasta la evidencia que, por una larga serie de años, hasta el dicho de mil setecientos sesenta y seis, aunque no era plaza de armas, ni había en ella un soldado, sino los precisos para la guardia del palacio real, no hubo tumulto alguno considerable aunque vivía en ella algún otro centenar de los autores de todos los tumultos. A la época del dicho alboroto del año de sesenta y seis, formado muy estudiosamente por los Albas, Rodas, Campomanes y otros para atribuírsele a los jesuitas y perderles, se hizo Madrid plaza de armas con su Capitán General, y el primero fue el famoso Conde de Aranda, y con buen número de tropa a sus órdenes, y así se ha conservado hasta ahora, aunque, arrojados poco después

de ella todos los jesuitas, ya no había necesidad alguna de esta providencia, pues los dichos grandes hombres la habían librado tan felizmente de los únicos autores de todos los tumultos de la Corte y de todas las provincias de España y de la América. Pero lo harían así para contradecirse a sí mismos y para que resaltase la inocencia de los jesuitas españoles en un artículo tan importante de su proceso que es casi el único delito que se les echa en cara.

En Madrid, en el curso de cuarenta, cincuenta y más años antes de la expulsión de la Compañía de Jesús, hubo menos tumultos populares habiendo dentro de ella muchos jesuitas, que son los únicos autores de todos ellos, y no habiendo tropa que les impida que en los cuarenta años después de ella, no habiendo en la Corte una uña de dichos autores de todos los tumultos y habiendo por lo común casi un ejército de soldados para impedirlos. No se dirá con verdad un tumulto popular de Madrid en los veinte años últimos del reinado de Felipe V, en todo el reinado de Fernando VI y en los ocho primeros años del de Carlos III, y el que hubo el año de sesenta y seis fue todo obra de los enemigos de los jesuitas y no de ellos mismos. Ve ahí pues a Madrid con muchos jesuitas y sin tropa quieta, tranquila y sin tumulto alguno por el curso de más de cuarenta años. Al contrario ha sucedido en estos últimos cuarenta, en que no ha habido allí jesuitas y ha habido mucha tropa. Varias veces ha habido conmociones populares en Madrid en el reinado de Carlos III, y aun en éste de Carlos IV, y alguna otra vez se ha notado a su tiempo en este escrito. Pero sin contar ninguno de estos tumultos antiguos, los que ha habido en Madrid y en el real Sitio de Aranjuez desde el día dieciséis de este marzo hasta el diecinueve, de que hablaremos con alguna distinción más adelante, y que han sido muy furiosos y con no pequeños destrozos, aunque sin mucha sangre, según parece, son suficientísimos para que quede demostrado hasta la evidencia este nuestro presente asunto, ¿y qué diremos pudiendo añadir, con verdad, que aun ha habido tumulto en el mismo real palacio de Aranjuez, y ha habido casi una batalla entre los ministros y aun ha entrado en ella alguno de los infantes? Parece que así como en castigo de haber tratado de traidores a los jesuitas, siendo vasallos fidelísimos, apenas han tenido los reyes a su lado un hombre que no haya sido un traidor, así también por otro semejante y por haberles tratado de autores de tumultos, siendo no solamente pacíficos sino también pacificadores de todos, se ven molestados de tumultos en la Corte, en el Sitio y aun en el mismo palacio; y se puede temer que no sean estos los últimos, habiendo muchas causas que pueden agitar los pueblos. Esperamos, con increíble ansia, un nuevo correo de la Corte de Madrid, para entender con alguna mayor claridad estas grandes novedades que han sucedido en ella.

DÍA 7 DE ABRIL

Este día cuatro tuvo el general francés Miollis en su habitación academia de música, y parece que no habrá baile por ser no sólo tiempo de Cuaresma, sino también ya muy inmediato a la Semana Santa. Precedió, como se supone, su convite a toda la nobleza de uno y otro sexo, y oigo que asistieron caballeros y damas en mayor número que a la academia antecedente, aunque no fue grande absolutamente el concurso. Algunas personas de la nobleza no quieren asistir a estas fiestas profanas en este santo tiempo en que nos hallamos. Algunas otras no asisten por una justa indignación contra estos hombres por sus vilezas e insultos contra la sagrada persona del Papa, y habiendo aprendido de éste a no temerles y a despreciarles. Otras varias se retiran por no concurrir con personas ordinarias y viles, y aun con mujeres de mala fama que los franceses introducen en sus academias; y todas, generalmente las que asisten y las que no asisten, se muestran con razón indignadas con esta pueril y ridícula política de los franceses en estas sus academias, queriendo divertirles y alegrarles, al mismo tiempo que de muchos modos les insultan y les oprimen. Tienen también un justo motivo para asistir a estas academias más con temor y sobresalto que con gusto y alegría, en la experiencia de que estas fiestillas de Miollis son un prenuncio y casi intimación de un nuevo insulto al Santo Padre, y esta lo ha sido de dos a cual más insolente y más bárbara.

El Papa tiene a su servicio una compañía de guardias de corps o de guardias nobles, como aquí dicen, en la que entran personas de las familias de los príncipes romanos y de otras muchas de distinción de la misma Roma y de otras ciudades del Estado. No es increíble que los franceses hayan convidado a estas guardias a dejar el servicio de su Soberano y a entrar en el del grande Napoleón, como hicieron y lograron, por la mayor parte, con la tropa de infantería y caballería del Papa, dentro de Roma y en todo el Estado, y que los caballeros se hayan negado todos a hacer una acción tan vil y tan ignominiosa; y este puede ser todo su delito para la insolencia y barbarie que se ha ejecutado con ellos esta misma noche del seis al siete de este mes de abril. Todos ellos, generalmente, exceptuando solamente algún otro por razones o circunstancias particulares, han sido arrestados en sus palacios o casas y han sido encerrados en el castillo de San Ángel. Acción gloriosa y empresa digna de tales hombres y de ellos solos, pues no es posible que otros algunos que estos viles filósofos franceses tuviesen descaro y desvergüenza para un hecho injustísimo y torpísimo por todos los títulos y respetos imaginables. Todos o muchos de estos nobles, sus mujeres, madres o parientes asistieron a esta última academia de Miollis, y cuando ya había resuelto arrestarlos y encerrarlos en el castillo, y, después de estos convites y obsequios, sin que todos

en particular o en cuerpo hayan podido dar el más ligero motivo, fueron con ignominia arrestados y encerrados con crueldad en este castillo de San Ángel.

El otro insulto es, si cabe, más insolente, pues se ha hecho de algún modo contra la misma persona del Papa, pero es por otro lado más militar, pues es un ataque o un asalto, y ya se supone que atacando o asaltando estos invencibles soldados de Buonaparte siempre se sigue una completa victoria. Esta misma mañana, algo temprano, se presentó un oficial francés con un grueso piquete de sus invencibles a una puerta del palacio pontificio, en la que había, como siempre, un solo soldado suizo con su alabarda. Éste le dijo al oficial francés que tenía orden de no dejar entrar gente armada en el palacio y el oficial hizo que se retirase el piquete de su tropa, como quien desistía de aquel intento. Entró pues sólo el oficial, a lo que no hizo oposición el suizo, mirándole ya como un particular y no como comandante de aquella tropa que por su orden se había retirado. Pero fue una retirada no cobarde sino sabia y prudente, para hacer el ataque y asalto con más ventaja y con mayor seguridad de la victoria. El oficial, que estaba ya dentro, hizo señas a sus soldados, y estos vinieron con presteza y con ímpetu a atacar al suizo que guardaba la puerta, y éste, viéndose con las bayonetas de los soldados al pecho y con la espada del oficial a la espalda, se rindió, y entraron dentro del palacio los franceses. Victoria, victoria, como siempre, por la invencible tropa francesa, y no poco gloriosa, pues, aunque el enemigo era un hombre solo y sin arma de fuego, ellos no eran más que cincuenta o sesenta, y así echaron mano, como hacen por lo común, de su arma más poderosa que las bayonetas y sables, que es el artificio, la mentira y el engaño. Yo me río a mis solas en mi rincón al escribir estos ataques y estas victorias, y creo que se reirán también los que las lean en los tiempos adelante y no acertarán a tenerlas por ciertas, porque no sabrán entender que pueda haber habido una raza de hombres tan sin vergüenza y tan sin rastro alguno de equidad y de juicio, que junten en un mismo hecho tanta puerilidad y ridiculez con tan graves insultos e injurias.

Todo el asunto de esta grande empresa de los franceses se redujo a apoderarse de algunas pocas armas que había en algún almacenillo de este palacio del Quirinal o Monte Cavallo en que vive el Papa, y, llevándolas consigo, se retiraron. Si el general Miollis hallaba algún inconveniente en que hubiese estas pocas armas en el palacio pontificio y las hubiera pedido seriamente y con grandes amenazas, como podía hacerlas, se las hubieran entregado infaliblemente; y este era un modo digno de un general y de un hombre de honra y de juicio, una vez que hallaba inconvenientes en que estuviesen aquellas armas en aquel sitio, y no lo es el ataque pueril y ridículo que por su orden se ha hecho contra el suizo que guardaba la puerta del palacio. El Papa ha sentido mucho esta insolencia de los franceses, y para impedir, en cuanto pueda,

otras semejantes, ha dado orden de tener siempre cerradas las tres puertas que salen a la calle: alta, que va hacia la puerta Pía, y la que está en la bajada por la Dataría, y, estando ya cerrada la otra de la calle nueva por otro insulto de los franceses, están ya cerradas de día y de noche cinco puertas del palacio, y sólo queda abierta la principal de la plaza del palacio, y aun ésta se cierra al principio de la noche. En ésta se han reunido los pocos soldados suizos que viven dentro del palacio, y allí se ven diez o doce con sus alabardas. Con estas providencias sólo pretende el Papa que se hagan más visibles, más palpables y más de bulto los insultos y violencias de los franceses; pues, por lo demás, cuando ellos quieran entrar en el palacio, qué resistencia puede hacerles una docena de suizos sin armas de fuego, ni qué trabajo les costará abrirse todas las puertas con pocos golpes de hacha o de cañón.

El ridículo y extravagantísimo estado en que se halla Roma, con dos soberanos: el Papa, que conserva el nombre y nada puede, y los franceses, que, sin tomar el nombre, lo pueden todo, será necesariamente causa de que se vayan multiplicando estos disgustos y desazones. El empeño de los franceses es lograr a fuerza de insultos que el Papa se abata, se rinda, se ponga en sus manos, y consienta con los planes que se le proponen por parte del emperador Napoleón I, y el empeño del Papa es negarse a todo acomodamiento y composición si no entra en esta la retirada de los franceses de Roma y aun de todo su Estado, y hacer lo que pueda para que sea más pública y más notoria en toda la Europa la injusticia y violencia de estos hombres en despojarle sin motivo alguno de lo suyo. En este crítico estado de las cosas en esta ciudad han venido a ella dos hombres de importancia entre los franceses. Uno es el general Pino, milanés o lombardo, que desde el principio de la revolución de aquel país se distinguió en seguir el partido republicano o francés, y ha llegado a los primeros puestos en la carrera militar; y el otro es el francés Lemarrois, ayudante del Emperador, y que de algunos meses a esta parte está en Ancona, y manda casi despóticamente en aquellos países. Todos suponen, aunque nadie puede saberlo, procediendo con gran reserva en todas sus cosas, que estos dos grandes hombres han venido para tener su congreso o sus juntas con los oficiales comandantes en Roma, y deliberar con ellos sobre los medios de llevar al cabo esta empresa y apoderarse de todo el Estado del Papa. En ella sólo hay una dificultad y embarazo, y éste consiste en hallar modo de hacerlo sin que se crea en el mundo que hacen violencia y oprimen al Santo Padre, porque temen que, si se cree que oprimen y despojan violentamente al Papa, se les siga algún perjuicio entre los católicos franceses, y mucho mayor entre los católicos españoles ¿Quién podrá adivinar las máquinas que irán inventando cabezas tan recalentadas y que no se embarazan con la iniquidad y torpeza de los medios para llegar a despojar del todo al Papa, sin perder

del todo la opinión y apariencia de católicos para con la nación francesa y española? Por nuestra parte no podemos hacer otra cosa que estar con atención para observar lo que vaya saliendo hacia fuera, y notarlo con verdad y exactitud en este *Diario*.

DÍA 10 DE ABRIL

La suerte de los cinco cardenales napolitanos que con escolta fueron hacia Nápoles no ha sido la misma, y no es fácil saber en el día la causa de esta diversidad. El cardenal Fabricio Rufo, que por su ardor contra los republicanos después de la otra revolución podía temer mucho en Nápoles y no sería extraño que fuese ahorcado o arcabuceado en una plaza pública, ha salido mejor que todos, y ha pasado ya por esta ciudad a la de Amelia, en la que fue arrestado, en toda libertad, y sin que hubiese pasado de Terracina, ni hubiese entrado en el reino de Nápoles. La causa de esta benignidad del Gobierno francés de Nápoles para con este cardenal Rufo no ha sido su parcialidad en los últimos años por los franceses por deslumbramiento, o por haberse dejado corromper, aunque para mí es casi cierta, pues, según el carácter de los italianos, que pueden mucho en Nápoles, toda ella no hubiera bastado para que se olvidasen de los rigores de este Cardenal contra muchos jacobinos y republicanos, y aun de la más distinguida nobleza. Todo el motivo de tratarlo con tanta benignidad ha sido el haber presentado un título o diploma por el cual consta que está condecorado con un orden del Emperador de la Rusia. Al verlo, el oficial francés que le arrestó en Amelia ya mostró alguna turbación, y, habiéndole reconocido en la Corte de Nápoles, prontamente se le puso en toda libertad porque los franceses, aunque no respetan cosa alguna del Rey católico, ni de otros muchos soberanos, tienen un respeto muy grande con todo lo que, de algún modo, pertenece al Emperador de la Rusia; y toda la causa es el que a éste le temen, y no temen a los demás. No obstante, oigo decir, aunque no es fácil llegar a saber si es cierto, que el embajador o Ministro ruso que desde la ciudad de Palermo vino a esta de Roma, le ponen sus dificultades en cuanto al despacho de postas a su Corte de Pietroburgo, con el pretexto de que no hay caballos u otro semejante. Lo cierto es que los franceses tienen un grandísimo empeño en que no se sepan en parte alguna las cosas vergonzosísimas que van ejecutando en Roma y harán todo lo que pudieren, sin irritar del todo el Emperador de la Rusia, para que tampoco lleguen a su Corte, ni por medio de sus postas a las de otros soberanos.

La suerte de los otros cuatro cardenales que escoltados por húsares franceses salieron de Roma para Nápoles, es en el día la siguiente. Los cardenales Francisco María Pignatelli y Fernando María Saluzzo, escoltados siempre

por tropa francesa, volvieron a esta ciudad hacia el cuatro o cinco de este mes y reposaron aquí algunos días, aunque, según creo, sin salir de la habitación en que se hospedaron, pero tuvieron arbitrio para escribir al Santo Padre sus esquelas en que le darían cuenta de todo y le pidieron algún socorro en sus necesidades, y el Papa les respondió consolándoles en sus trabajos y tribulaciones, y ordenó que el Tesorero diese a cada uno de ellos mil escudos o pesos duros. Con este socorrito, que les servirá para mantener y dar sueldo a los que les llevaron arrestados, partieron uno de estos días de Roma por el camino opuesto al de Nápoles, y según parece son llevados a la Lombardía, y verisímilmente serán encerrados en alguna fortaleza. ¿Qué otra cosa podían esperar de las infames sectas de filósofos sin Religión a las que ha ayudado no poco Roma para que se multipliquen y lleguen a triunfar en la Europa Católica?

Los cardenales Diego Iñigo Caracciolo y Luis Rufo Scilla, que fueron a Nápoles con Pignatelli y Saluzzo, no les siguen en este viaje y destierro a la Lombardía, ni han vuelto a Roma; y del primero se dice que está con los suyos en la Corte y del segundo que está en Gaeta. La Corte, pues, de Nápoles trata de un modo muy diferente a los cardenales Pignatelli y Saluzzo, y a los cardenales Rufo y Caracciolo, y a aquellos ciertísimamente con un gran rigor y dureza, y a éstos, a lo que parece, con benignidad y blandura. Es por tanto forzoso que ellos se hayan portado de un modo muy diferente con la dicha Corte y Gobierno; y de los dos tan severamente castigados no se puede menos de creer y de asegurar que se han negado resueltamente a complacer a la Corte de Nápoles, aunque no se pueda todavía asegurar que los otros dos han flaqueado y la han complacido en hacer el juramento que se les pedía, porque puede ser que por indisposiciones o por otras razones y causas ocultas, sin haber llegado a prevaricar, se haya usado con ellos de alguna indulgencia y compasión. Los otros diez cardenales que fueron echados de Roma la noche del día veinticinco del mes antecedente han ido llegando a sus destinos sin desgracia alguna particular, a lo que por aquí se dice, y con estos dos, que van caminando hacia ella, serán doce los cardenales desterrados de Roma por los humanísimos y aun catolicísimos franceses y confinados en varias ciudades del que ahora se llama Reino de Italia o Imperio francés de este lado de los Alpes.

Día 11 de abril

El grande Napoleón I, Emperador de los franceses y Rey de Italia, no sólo atiende con todo empeño a la guerra ventajosísima contra el Rey Católico, su íntimo y benéfico aliado, y a ésta contra el Papa, que no le ha hecho mal alguno y no deja de serle de alguna ventaja, sino que se ocupa también seriamente

a ganarse el afecto de todas las clases de personas en que está al presente dividida la Francia, para impedir que algunos enemigos domésticos turben o retarden la rapidez de sus conquistas contra sus enemigos de fuera. Por más que el Gobierno francés alabe sus cosas y oculte sus miserias, y por más que se inflen los franceses con tantas victorias y conquistas en países extranjeros, se sabe cuanto basta para decidir resueltamente, y sin peligro de engaño, que la Francia, sin contar por nada las inmensas pérdidas en los dos importantes puntos de la Religión y de la piedad, es más infeliz al presente en los bienes temporales de este mundo que en el pasado Gobierno de los destronizados Reyes Borbones. En prueba de esto basta sólo decir que en el presente Gobierno de Napoleón y los suyos, la Francia queda sin juventud, pues toda absolutamente en edad de catorce o quince años es llevada, encadenada y con una argolla de hierro al cuello, a incorporarse a los regimientos a que se la destina; y se va con tanta anticipación en recoger y reunir los jóvenes o más bien niños de las conscripciones militares que, sin tener guerra alguna de consecuencia en el continente, sino los que quiere hacer contra sus amigos el Rey de España y el Romano Pontífice, se está al presente reuniendo el ejército de observación de la conscripción o alistamiento militar del año de nueve. ¿Cómo es pues posible que haya hombres, por más que ahorren casi todos los que habían de ser clérigos y religiosos, para las fábricas, para la agricultura y para que no decaiga la población?

Es pues forzoso que sea muy grande y muy general el disgusto de la Francia con el presente Gobierno de los Buonaparte y sus amigos, y se puede creer que para disminuirle se han publicado en pocos días tres providencias o determinaciones interiores o domésticas, y con tal orden que cada una de ellas es ventajosa a cada una de las tres clases de gente en que está dividida la Francia; y son judíos, jacobinos o republicanos y católicos. No es propio de nuestro asunto el dar exacta noticia y hacer crítica de estas tres piezas de legislación, y nos contentaremos con presentar los asuntos de ellas y con hacer alguna ligera observación. Cuánta bulla se ha metido con asambleas o sinagogas de rabinos en París; cuántos planes se les ha propuesto por parte del Gobierno y cuánto han disputado y discutido entre sí los judíos para dar razón de su ley, de su creencia y de sus ritos. La resulta de todo se viene a reducir a una providencia, decreto o resolución del gran Napoleón I con la cual se les permite toda la observancia de su ley, y se les hace iguales a los demás vasallos de Su Majestad, con una sola condición, de que renuncien a sus ritos y ceremonias en todo aquello que se oponga al ejercicio de buenos soldados. En suma, se quiere que contribuyan con mucho dinero, que tomen las armas y vayan a la guerra, y que sepan pelear los sábados como los demás días de la semana, y por lo demás que judaícen cuanto quieran.

La segunda providencia o determinación de estos días de Napoleón el Grande se endereza necesariamente a contentar y ganar a los jacobinos y republicanos que conservan todavía aquellas fanáticas ideas de igualdad de todos los hombres, con las cuales engañaron a las gentes y alarmaron y trastornaron los pueblos. Se ha publicado pues un decreto muy formal y muy largo con el cual se resucitan y restablecen todos los títulos honoríficos antiguos de duques, condes, marqueses y todos los demás, con expresión del honor y distinciones que se le deben a cada uno. Conque ya se acabó, en todo el dilatado Imperio francés, la grande, importantísima y ventajosísima invención y obra de muchos años y casi siglos, y de los hombres más sabios y más iluminados en la secta filosófica de restituir los hombres a la igualdad que por naturaleza tienen, y de que, extinguidos los odiosos títulos de distinción y superioridad, todos se llamasen hermanos y ciudadanos. ¿Y quiénes serán ahora los duques, condes y marqueses? Lo serán sin la menor duda los jacobinos y republicanos que han hecho alguna fortuna en las presentes revoluciones, y viéndose ricos y honrados con tan magníficos títulos se templará mucho su ardor y celo por la igualdad de los hombres y por el Gobierno republicano, y llevarán en paciencia que Buonaparte se pavonee con el nombre y título de Emperador, y sus hermanos con el de Rey. En la Toscana o Etruria se está ahora haciendo puntualmente lo contrario y se ha publicado un decreto de supresión de todos los títulos antiguos de duques, condes, y de los demás. Aquí se suprimen y en Francia se restablecen de nuevo. Pero se puede creer que se volverán a restablecer después de algunos años en la Toscana o Etruria para no ser en todo inconsecuentes y contradictorios a sí mismos estos grandes e iluminados filósofos; y, en tal caso, toda la reforma que habrán introducido en este importantísimo punto de la igualdad de todos los hombres no consistirá en que no haya duques, condes y marqueses, sino en que se quiten estos honores y títulos a los hombres de bien, de honra y de sangre ilustre, y se den a hombres viles y de la hez del pueblo.

El tercer decreto o providencia tiene por fin contentar o por lo menos engañar a los católicos para que no teman que se seguirá perjuicio a la Religión Católica por las contiendas con el Papa y por las determinaciones que éste pueda tomar teniendo un Emperador tan católico y tan solícito de sus ventajas. Se manda pues en este decreto que se restablezcan en la Universidad de París las ciencias sagradas y pertenecientes a la Religión, cuya enseñanza como cosa inútil se había abandonado enteramente en ella, como generalmente en todas las del Imperio francés. Ha de haber pues en ella en adelante maestros de Teología Moral, de la Dogmática y de Historia Eclesiástica, y se darán esperanzas de que, de mano en mano, también se irán restableciendo en las demás universidades; y con esto se les da a entender que todo lo perte-

neciente a la Religión va volviendo al estado antiguo y no faltarán hombres sencillos que lo crean. Yo por el contrario creo que los que mandan en París y son autores de este decreto, de algún modo favorable a la Religión, contentos con haberle publicado para engañar por algunos días a los católicos, no pensarán en ponerle en ejecución; y, si algo se hiciere, qué dificultad tendrán en hallar jansenistas que enseñen teologías morales y dogmáticas e historias eclesiásticas, y en tal caso quedará peor la Religión Católica que si nada se enseñara de tales ciencias.

La verdad es que los principios de corrupción de la Religión Católica en Francia son muchos y de mucho vigor y fuerza, y que necesariamente se va deslustrando y corrompiendo más cada día; y cuánto perderá de lo poco bueno que tiene si llega a ejecutarse, como parece necesario, la suspensión de todas las facultades concedidas por su Santidad al legado Caprara, pues en tal caso queda la Francia en un verdadero y declarado cisma y sin unión alguna con el Romano Pontífice. A los que mandan en aquella Corte y al gran Napoleón se les va muy poco de todo esto, y antes les agradará, porque sirve para ir arruinando más la Religión. A ellos les basta que los que son todavía católicos con decretos de teologías en las universidades, con las libertades del clero galicano y con las opiniones de los teólogos jansenistas, se estén quietos y tranquilos y dispuestos a cargar con el fusil al hombro, como harán los judíos y los republicanos viéndose tan honrados y favorecidos por el grande Napoleón, Emperador, Rey y todo. Y éste, logrando contentar o engañar a todos, se hallará más desembarazado y con mayores fuerzas para llevar adelante las dos grandes conquistas que tiene entre las manos, acabando de oprimir al Romano Pontífice para ser Rey de toda la Italia y oprimiendo a su grande aliado el Rey Católico, para unir a su Corona Imperial toda la Monarquía española en la Europa y si pudiere en las otras tres partes del mundo, y especialmente en la América.

Día 16 de abril

En las cosas, conducta y operaciones de los Buonaparte y de otros grandes hombres muy allegados a sus personas, todo es misterios, ligerezas, novedades y mudanzas, y nada se entiende bien en ellas aunque esté delante de los ojos, y nada tiene consistencia y duración, ni aun el destino a poseer un reino. Aquí hemos tenido en Roma por seis o siete años seguidamente a Luciano Buonaparte, hermano del gran Napoleón I, después de haber estado Ministro o embajador de París en España y de haber asistido a no se qué congreso de paz, y de él hemos hablado cien veces en este nuestro escrito. Aquí apareció con aire de hombre que había caído en la desgracia de su hermano, ya entonces

Cónsul perpetuo y acaso pretendiente del Imperio, y se daba por motivo de este disgusto de su hermano para con él, su casamiento con persona que ya no era correspondiente en sus circunstancias; y en el vulgo, y aun entre muchas personas de alguna suposición, se tuvo por cierto; y algunas veces ha tenido en el exterior un proceder tan extraño con los suyos y aun con todos los franceses, como si hubiera sido desnaturalizado de la Francia y borrado de la lista de los individuos de la gran Nación; y como hombre que nada esperaba de su hermano, ni nada apetecía en este mundo sino vivir con algún honor y comodidad en esta ciudad de Roma, ha comprado palacio dentro de ella y en las cercanías de Frascati y ha estado muy afanado en hacer con gastos muy grandes muchas fábricas en ellos, y derramando con esta ocasión y con otras mucho dinero y dando a la nobleza muchas fiestas de teatro, de músicas, de bailes y de convites se había hecho bastante lugar en Roma y estaba generalmente bien quieto y estimado.

En medio de su reserva y de sus apariencias y exterioridades, como hombre que estaba en desgracia de su hermano y de que le miraba como a su contrario y enemigo, se veía y se descubría lo suficiente a mi modo de pensar para tenerlo todo por una fábula y aun por una invención maligna para los fines que ellos sabrán. Y ¿cómo se puede menos de pensar así siendo cierto, mucho tiempo hace, que este Luciano estaba destinado por su hermano Napoleón para mandar en Roma con el título de Senador, de Patricio, de Cónsul o de Rey? No es fácil en el día presentar documento auténtico de este destino. Pero en cuanto yo puedo saber no hay hombre de alguna instrucción en Roma que no lo tenga por cierto, y con no poca generalidad se temió por el mes de diciembre del año pasado, cuando se le vio salir arrebatadamente de Roma, que volviese a ella revestido de autoridad y de poder para hacer de Soberano. Y ¿qué prueba más segura de que todo esto es cierto que la persuasión, común entre los soldados que conquistaron a Roma el día de la Purificación, de que habían venido a hacer rey a Luciano Buonaparte, hermano de su grande Emperador? Y yo creo que si el Papa se hubiera abatido y renunciado al Estado o dominio temporal, como los franceses desearon y tuvieron por seguro, o hubieran tenido orden de declararle en todo acontecimiento decaído de la Soberanía, Luciano hubiera sido hecho al instante, con algún magnífico diploma de su hermano Napoleón, soberano de Roma y del Estado Pontificio.

Ya se acabó al parecer todo esto, y todo se ha mudado repentinamente en este encantado hombre Luciano Buonaparte, que en estos seis o siete años ha hecho tantas figuras y tantos papeles en Roma. Ayer partió arrebatadamente de esta ciudad, y con tal aire y disposiciones como que no tiene ánimo de volver a ella, pues lleva consigo toda su familia y ha dejado orden de suspender un centenar de obras que tenía entre las manos y de encajonar y conducir, por

ahora a la Toscana, todos sus grandes museos o colecciones de estatuas, pinturas y demás cosas. Todos están aturdidos con la repentina e impensada partida de Luciano al modo dicho, y hablan y discurren del motivo que puede tener para dejar a Roma. La voz más común es que, disgustado el Emperador por la parcialidad que en las circunstancias presentes ha mostrado Luciano por el Papa, le ha mandado salir para siempre de esta ciudad, y aun algunas buenas gentes creen y dicen que irá más allá todavía la indignación de Napoleón contra este su hermano. Otros, por el contrario, creen que Luciano, llamado por el Emperador, va a Francia y lleva consigo una hija del primer matrimonio, y ya en edad suficiente para ser mujer del Príncipe de Asturias, y que pasará a España con ella. Por lo que hemos insinuado aquí varias veces y mucho más por lo que diremos al instante, consta con evidencia que el emperador Napoleón I tiene intención de apoderarse de la monarquía española destronizando a toda aquella familia real, y por consiguiente también al Príncipe de Asturias. Pero las novedades de la Corte de Madrid han trastornado este proyecto, y en el día no parece imposible, si mandase en ella un hombre leal, de pecho español y cristiano, que se hubiese trastornado del todo y para siempre. En el caso pues que Buonaparte perdiese la esperanza de apoderarse de la monarquía española, pensaría en dar por mujer al príncipe don Fernando una sobrina suya, y no creo que pueda tener otra que esta hija de Luciano; pues de este modo tendría mucha influencia en aquel Gobierno y muchas ventajas en muchos ramos de la Monarquía. Y no pudiendo menos de tener temores de que España se la ha escapado de las uñas cuando ya la tenía entre ellas, no es inverisímil que haya llamado a Luciano para ir disponiendo este matrimonio. Veremos a dónde va a parar este hombre con su familia y qué destino se le da finalmente, pues ya todos sus hermanos y aun cuñados son reyes o poco menos. Y no me causará maravilla alguna, después de esta arrebatada partida de Roma, y con tal aire y disposición, como que no piensa volver a ella jamás que, abatido y destronizado el Papa, como lo será infaliblemente, si Dios no lo impide con milagros, viniese a dominar en ella con alguno de los títulos insinuados.

Día 17 de abril[47]

Fiesta de la Resurrección del Señor. El miércoles de esta Semana Santa y trece del corriente abril, debía el Papa, como ha hecho todos los años antece-

47 La fecha aparece borrosa, pero el P. Luengo aclara, en el segundo párrafo relativo a este día, que está escribiendo el día siguiente al Sábado de Aleluya, que, en 1808, correspondió al día 16 de abril.

dentes, pasar del palacio del Quirinal al del Vaticano, en el que se detenía a lo menos hasta el primer día de Pascua y asistía con el Colegio de los Cardenales a todas las sagradas funciones de estos días, y aun hacía por sí mismo la del Jueves Santo. Oigo ahora, como también oí el día de la Anunciación de Nuestra Señora, que el general francés mostró deseo de que el Papa fuese para estas funciones al Vaticano, y aun de asistir él mismo a ellas devotamente, y si fuese cierto, aunque yo no puedo asegurarlo, será otra nueva prueba de que el Santo Padre no es propiamente prisionero de los franceses. Pero el Pontífice se ha estado quieto en el palacio del Quirinal y se habrá movido por las mismas razones que insinuamos el día de la Anunciación[48] y aun algunos añaden otra de nuevo; conviene a saber el temor de que estos hombres, que en ningún hecho o acción reconocen vicio, si les es útil, se metiesen en este palacio del Quirinal mientras el Papa estaba en el otro del Vaticano porque por su sitio, por su fábrica y por sus alrededores es más a propósito para habitación del que haya de dominar en Roma.

El Papa, pues, ha hecho estas sagradas funciones de la Semana Santa en la capilla o en el oratorio privado del palacio del Quirinal con algunos monseñores del servicio de su persona; y el pequeño Colegio de Cardenales los ha hecho, según costumbre, en la capilla paulina del Vaticano, y ha sido en ellas la primera persona el cardenal decano Leonardo Antonelli. ¡Qué poco temían, el año pasado cuando hicieron estas funciones, con una entera libertad y con la magnificencia acostumbrada, que se verían tan presto en tales estrecheces y apreturas y en una tan grande opresión y desconcierto que la mitad del Colegio de los Cardenales hubiese sido ignominiosamente echada de Roma y la otra mitad no pudiese juntarse en el Vaticano con el Santo Padre para hacer, al modo regular, las sagradas funciones de la Semana Santa, y aun noté la tarde del Viernes Santo, que estuve en la iglesia o basílica de San Pedro, que no se hacía este año la vistosa iluminación de una gran cruz que, al principio de la noche, se dejaba ver en el aire sobre la confesión de San Pedro. Muchas veces hemos demostrado que toda la seguridad del Papa, de los cardenales y de toda Roma nacía de un manifiesto engaño y error, pues el poder de las sectas anticristianas y que han jurado la extinción absoluta de la Religión del hombre Dios, Jesucristo, aunque estaba embarazado con la gran guerra, con el Emperador de la Rusia, no estaba abatido ni había seguridad de que lo fuese. Era, pues, una ilusión con alguna malignidad en algunos cardenales, medio filósofos y medio jansenistas, y con inocencia y poca reflexión en los demás, el tenerse por seguros de nuevas persecuciones por parte de las dichas sectas, especialmente no mereciendo por la ninguna enmienda de lo pasado con las antecedentes tribulaciones que el Señor haga milagros para su bien y defensa.

48 25 de marzo

Ayer, Sábado de la Aleluya, se tocaron, según costumbre y rito eclesiástico, todas las campanas de Roma luego que se tocaron las de la basílica vaticana, en donde se cantó también la misa de esta festividad a presencia del Colegio de los Cardenales. Pero hoy no ha podido haber la bendición papal que daba el Santo Padre desde un balcón de la dicha iglesia, pues no está allí Su Santidad y no se tendría por conveniente que la diese y se mostrase al pueblo en este otro palacio del Quirinal. Asímismo, ayer se omitieron algunas otras demostraciones de alegría que inocentemente solía hacer el pueblo, porque no son del gusto de los franceses. Antes de ayer vi en los postes públicos de la ciudad un proclama o edicto en italiano y en francés, como hacen siempre, aunque es una ridiculez y puerilidad y una necia jactancia, con el fin de introducir en todas partes su informe y menguada lengua, y lo firmaba Herbin Desscaux, que aparece como gobernador de esta plaza de Roma. Por él se prohíbe absolutamente, en esta festividad de la Resurrección, todo fuego artificial de morteretes, cohetes y otros semejantes, que se usaban en varias parroquias. ¿Y qué inconveniente había en esto? Ningún otro que el gasto, y ellos llamarán desperdicio de algunas libras de pólvora en una inocente alegría del pueblo cristiano con la memoria de la gloriosísima Resurrección de su Redentor y Salvador Jesucristo. Pero para estos grandes e iluminados filósofos, todo esto, como todos los demás misterios de nuestra santa Religión, no son más que invenciones de clérigos y frailes para embaucar al pueblo ignorante y comer santamente a costa de su inocente simplicidad; y ellos querrán emplear muy dignamente la pólvora, de cuyas fábricas se han apoderado, en nuevas batallas, victorias y conquista, aunque si son como esta de Roma y la otra de la Etruria y la nueva de España no necesitan de otra pólvora que la de los engaños y mentiras, de la osadía y descaro, para no respetar los derechos de ninguno que tenga menos poder que ellos.

A las dos primeras de las insinuadas conquistas se puede aludir en una carta del Emperador a este general o comandante Miollis que él ha hecho poner en la gacetilla del Cracas de Roma, y, aun convirtiéndola en proclama o edicto en las dos lenguas, la ha hecho fijar en los sitios públicos de Roma. Se entiende que es respuesta de Su Majestad Imperial a lo que este Miollis le escribió sobre la reunión a su ejército de la tropa papalina; y el gran Napoleón le dice que le diga a ésta que en adelante no será ya mandada ni por mujeres ni por clérigos, sino por comandantes dignos de su valor, y es tanto como decirle que ya él ha hecho las grandes hazañas de destronizar al Papa, que es un clérigo, y a la Reina de Etruria, que es una mujer, y así no hay ya peligro alguno de que sea mandada por tales personas. ¡En qué puerilidades y bajezas caen estos que se llaman grandes hombres y héroes de la filosofía! Gran gloria haber abatido a estos dos pacíficos soberanos que ni aun han tenido el menor pensamiento de emplear un hombre en su defensa.

Ahora podrá escribir Miollis a su grande Emperador que con sus sabias y vigorosas providencias se ha terminado felizmente este grande, a su modo, y es lo mismo que pueril y ridículo, negocio de las cucardas o escarapelas papalinas. Sin el menor fundamento, y a lo que yo juzgo con fingimiento y falsedad, como ellos acostumbran, han mostrado Miollis y los suyos temor y recelo de que la nueva cucarda o escarapela papalina era una señal, contraseña, y aun alarma para una insurrección contra la tropa francesa. De aquí ha nacido una mayor vigilancia en los cuarteles de la tropa, viéndose aun de día centinelas avanzadas en las calles inmediatas a ellos, y por las noches giraban patrullas más numerosas; y con un edicto público prohibió a todos traer consigo armas de fuego y blancas, y supongo que por la noche habrán registrado a muchas personas. Finalmente, para poner fin glorioso a este asunto ridiculísimo de las cucardas o escarapelas, haciendo poner la francesa a la tropa papalina que se pasó a su servicio, ha prohibido absolutamente la nueva que dio el Papa a la poca tropa que le ha quedado. La mayor parte de ésta era la Guardia de Nobles que continua en la prisión del Castillo, y con no poca incomodidad a lo que oigo; y a los pocos soldados de las Aduanas y del Capitolio, por amor de la paz, se les ha hecho dejar la nueva cucarda o escarapela. Conque no queda en Roma otra cucarda o escarapela que la francesa de tres colores. Se acabó, pues, a toda satisfacción de los franceses, este gran negocio de las cucardas, y por este lado nos vemos libres de tumultos e insurrecciones.

Día 19 de abril

El día 15 de este mes pidió nuestro Ministro, don Antonio Vargas, al comandante Miollis permiso, pasaporte, caballos de la posta o lo que se cree necesario en las presentes circunstancias para despachar, según la costumbre establecida, su correo español de gabinete a la Corte de Madrid; y se lo negó redondamente, y así no partió correo español este día quince de abril, como tampoco partieron los de quince y treinta de marzo, y así están aquí detenidos tres correos de gabinete de España, y, por consiguiente, en mes y medio no ha enviado este Ministro un correo a España, ni ha podido remitir una carta suya a la Corte, ni las bulas de obispos ni los grandes pliegos o paquetes de dispensas y de otras gracias. Jamás se ha visto en el mundo prepotencia y despotismo tan absoluto y tan bárbaro como el de estos iluminados y humanísimos franceses que se han entronizado en tantas partes para hacer feliz y libre el género humano. Las cartas de los particulares de este mes y medio estarán aquí tiradas a un rincón o detenidas en alguna ciudad de Francia, y ciertísimamente ninguna habrá llegado a su destino si hubiere en ella alguna cosa que les pueda perjudicar a ellos. Y de este modo consiguen perfectamente que no se

sepa en toda España cosa alguna de las que han pasado en Roma desde la mitad de febrero a esta parte. El último correo que despachó este Ministro, a ocho de marzo, fue registrado prolijamente en Génova y despojado de todo lo que les disgustase a ellos, y después no ha ido a España carta alguna desde Roma sino por su mano. Añádanse después, a esta falta general de nuestras cartas en España, cien fabulosas relaciones suyas sobre lo que pasa en Roma y se concluirá con toda evidencia que, aunque están tratando al Papa con una suma insolencia y villanía en todo, no aparecerán a los ojos de los católicos y piadosos españoles como enemigos del Romano Pontífice y como hombres que, de algún modo, le ultrajen y pisen, y que falten al debido respeto y veneración para con su sagrada persona. ¿Y cuánto les ayudará esto para no ser tan odiosos y tan mal recibidos por aquella piadosa y Católica Nación?

En los correos de España para Roma, por la vileza del Príncipe de la Paz que en todo ha hecho la Corte y monarquía española una esclava de la Francia, han logrado también un absoluto mando y dominio. Por un decreto del Rey, o más bien del dicho infame Príncipe, que puede ser de fecha hacia la mitad de marzo, se viene a extinguir el despacho y dirección de correos españoles a la Italia, y parece que el que salió de Madrid el treinta de marzo y llegó aquí antes de ayer, y que nosotros no esperábamos según las ruidosas novedades de aquella Corte, sólo ha venido para hacer saber esa determinación de aquel Gobierno, y, efectivamente a este director de la posta de España se le ha intimado la cesación de su oficio, dejándole el sueldo, y aun en la Corte se ha empezado a poner en práctica este decreto, pues me aseguran que no han venido por este correo los pliegos o paquetes de las cartas de particulares que venían desde Madrid y traían las cartas de la mayor parte de las provincias, y se supone por tanto que vendrán por el correo francés. Y ve aquí que ya tienen absolutamente en sus manos los correos de España, y por consiguiente, cuando les haga el caso, como ahora hacen que nada se sepa en España de lo que pasa en Roma, harán que nada se sepa aquí de lo que pasa en España.

No obstante, por las cartas que han venido en los pliegos que se hacen en Barcelona, y son las de todas las provincias de esta parte de Madrid, por algunas de otros países que han venido sueltas y por lo que cuenta el mismo correo de gabinete, que al modo regular por la última vez salió de Madrid la noche del treinta de marzo, se entiende con entera seguridad y con alguna distinción que son ciertas, a lo menos en la sustancia, las grandes, ruidosas y extraordinarias novedades de la Corte de Madrid que, desde los primeros días de este mes de abril, empezaron a publicarse en los monitorios y gacetas de Francia y de Italia, y se han ido continuando hasta el presente. A la verdad, son tantos y tales los sucesos que atropelladamente se han visto en Madrid y sus alrededores, en poco más de ocho días, que quien estuviese bien

informado de todo pudiera escribir sobre ellos gruesos volúmenes. Nosotros diremos aquí, y esperamos que con toda verdad, cuanto baste para que se puedan entender en los siglos venideros, y con mayor extensión y fuerza haremos resaltar y tocar con la mano algunos puntos muy notables de estos sucesos.

En el día cinco de este mes, según las noticias del correo antecedente, ya dejamos a Murat o duque de Berg, cuñado de Buonaparte, dentro de España, y aún en la ciudad de Burgos, y él fue a ser Comandante en jefe de dos ejércitos que llaman de observación, y de uno es inmediato comandante el general Moncey, y su cuartel general estaba en Burgos, y del otro lo es el general Dupont, y tenía su cuartel general en Valladolid. ¿Y quién sabe el número de tropas que contienen estos dos ejércitos de observación? En una carta de Palencia, que yo he visto, se asegura que los franceses llegan al número de ciento y cuarenta mil hombres, y, según el carácter y calidad del sujeto, habla solamente de los que tiene a la vista en aquella carrera desde San Sebastián hasta Zamora, y no comprende las que han entrado en Cataluña y en otras partes. Pobre y desgraciada Castilla la Vieja, nuestra patria estimadísima, tan pisada y hollada de impíos ateístas franceses y casi más poblada de ellos que de sus piadosos y católicos naturales. En carruajes para los ejércitos desde el mes de octubre del año pasado ha padecido muchísimo, como me dicen en carta reciente de Medina del Campo; pero poco en punto de víveres, especialmente del pan, pues en medio de haber mantenido tanta tropa, por cinco o seis meses, está el trigo al precio moderado de treinta reales la fanega.

Con fecha de trece de marzo escribió Murat desde Burgos a los corregidores e intendentes de aquellas provincias un billete, carta o decreto en los términos siguientes:

> *Burgos 13 de marzo de 1808. Señores Ministros de los estados de Castilla la Vieja.*
>
> *Habiendo salido de París, quince días hace, para venir a tomar el mando de las tropas de Su Majestad Imperial, no he tardado en saber a mi entrada en España que vuestra provincia ha hecho gastos considerables para las tropas francesas y que estos gastos los han suplido las mismas provincias. Su Majestad Imperial me encarga que os haga conocer que seréis reintegrados exactamente de los gastos que han hecho para sus tropas. Os convido para que enviéis sin dilación las cuentas al Intendente del Ejército. Yo he dado cuenta a Su Majestad quien profesa mucha estimación a los españoles y que tiene muy en su corazón el contribuir al bienestar de este país. Señores miembros de los estados ruego a Dios os mantenga en su santa gracia. El General Duque de Berg.*

Se entiende por los términos mismos de esta cartica que fue escrita por algún francés que sabía poco de la lengua castellana y que no tenía todavía a su lado Murat algún charlatán jacobino español, aunque los hay por allá en bastante

abundancia. Por lo demás, en su esguízaro castellano, contiene este papelito las mismas mentiras y las mismas promesas falsas y engañosas de que han llenado la Italia y toda la Europa. Ya se ve que él y el Emperador pensaban tanto en pagar a Castilla la Vieja los gastos que ha hecho con la tropa de Francia, que no serán pequeños, como ha pensado en pagar a Roma los que ha hecho con la misma en estos dos últimos años, que ya llegan a cinco millones de pesos duros; a lo que oigo y hasta ahora no han pagado un sólo maravedí. Pero los sencillos castellanos viejos, que no pueden conocer el carácter de estos charlatanes franceses, habrán concebido grandes esperanzas de que se les pague su trigo y de otras felicidades con la protección del grande Napoleón I.

El mismo día trece de marzo hizo Murat, en las cercanías de Burgos, y a vista de aquella ciudad y de otras muchas gentes, con la mayor pompa y aparato, revista o reseña de aquel ejército de Moncey, ejercitándole en varias evoluciones militares, y al instante le hizo marchar y le puso en movimiento, y, contemporáneamente por los avisos secretos que envió, marcharon otros cuerpos de tropas desde Palencia, desde Valladolid, desde Medina del Campo y acaso desde otras partes, y desde todas ellas sería la marcha de estas tropas, con la referencia de la mayor o menor distancia, del mismo modo que la de un cuerpo de siete mil hombres que la emprendió desde Medina del Campo. Éste, en fuerza de una posta del duque de Berg, partió muy de madrugada (y pudo ser el catorce o quince de marzo), y a las voladas, y parece que en un día fue a Villacastín, que dista de Medina del Campo doce o catorce leguas, y se nota con mucho juicio y reflexión la extrañísima circunstancia de que aquel cuerpo de tropas llevaba consigo trescientos carros de bizcocho o de galleta. Todo esto me dice en una carta suya el sabio y prudente don Julián de Ayllón, mi estimado condiscípulo y amigo, que es canónigo en aquella insigne colegiata de Medina del Campo, y sin ambigüedades me dice los malignos intentos que denotan estos movimientos misteriosos de la tropa francesa. Y yo les presentaré sin rodeos algunos cómo se ven con los ojos aun desde lejos y cómo deben conocer y confesar todos por más que sean ignorantes, tontos y mentecatos.

El día trece y catorce de marzo no había un soldado francés que no estuviese distante de la Corte de Madrid veinticinco y treinta leguas, y aún más. Y en estos mismos días se mueven numerosos cuerpos de tropa francesa desde varios puntos: Burgos, Palencia, Valladolid, Medina y acaso otros, y con marchas prontas, arregladas y equilibradas, con avisos secretos, se presenta hacia los diecisiete o dieciocho del mismo mes de marzo a las puertas de Madrid, y, en sus cercanías, un ejército de cincuenta o sesenta mil franceses, mandado en persona por el general Murat, cuñado de Buonaparte, provisto de mucha artillería y de abundantes municiones de guerra y aun de boca con millares de carros con galleta o bizcocho. ¿Puede haber uno ni allí, ni aquí, ni en ningún

rincón de la Europa, si tiene ojos en la cara, que no vea en esta marcha artificiosa y estudiada de tanta tropa francesa, con tanto aparato de artillería y con tales provisiones para una necesidad no prevista y sostenida, toda cerca de Madrid, expreso designio de ataque, de invasión y de conquista de esta Corte, por más que, al mismo tiempo, en sus charlatanescas proclamas o elocuciones se jactan de aliados y amigos del Rey católico y de benéficos para con la Nación española? No creo posible que haya alguno, en parte alguna, y mucho menos entre los españoles de aquellos países, y aun menos todavía entre los moradores de la misma Corte de Madrid, que tan repentinamente, después de cien protestas en contrario, vieran sobre sí un ejército francés tan numeroso.

Muy de acuerdo y con secreta inteligencia con estos franceses asaltadores de Madrid les facilitaba por su parte la conquista y posesión de la Corte y de toda la Monarquía el malvado Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy. Yo presentaré con perspicuidad y con lisura su proceder en estos últimos críticos días, desde el misterioso movimiento de tanta tropa francesa hacia Madrid, y se entenderá con evidencia, sin necesitar para esto cien pruebas demostrativas de lo mismo de los tiempos antecedentes, su acuerdo, inteligencia y conspiración con los franceses para abatir los reyes y su familia real, su trono y la Monarquía. Ya dijimos que el día trece de marzo había partido de Madrid para el Sitio de Aranjuez, en donde estaba la Corte y toda la familia real, y por los efectos se vio que no pensaba volver a aquella villa a lo menos por tiempo considerable, y es prueba suficiente de esto el haber hecho salir uno de aquellos días del palacio del Buen Retiro, y partido hacia la Andalucía, cargada de inmensos tesoros, a su mujer o concubina, Pepita Tudó, como se la llamaba comúnmente en Madrid; y lo es aún más clara de lo mismo su empeño en persuadir al rey Carlos IV que con toda su familia real a la que él como tan leal y tan amante acompañaría, se fuese a Sevilla, a Cádiz, y, aunque no parece, según algunos dicen, hasta la América, como ha hecho la real familia de Braganza. Aun desde cuatrocientas leguas de distancia de Madrid no puede un verdadero español oír sin una indignación, sobre todo encarecimiento, una pretensión tan inicua, tan injusta, tan extravagante y tan irracional. ¿A qué fin, por qué motivo o causa ha de abandonar Carlos IV, y con toda su familia real, su Corte de Madrid, sus Sitios reales y aun todo su Reino y Monarquía? ¿A quién teme, de quién huye, no teniendo enemigo alguno?, pues los franceses que han entrado en España, como ellos y el Príncipe de la Paz han asegurado cien veces, son aliados y amigos suyos, y no tienen designio alguno malo ni contra él, ni contra su reino.

El motivo o causa propuesta por el Príncipe de la Paz para la partida del Rey con su familia fue la agitación del pueblo de Madrid contra su persona y contra la reina, y que sus cabezas no estaban seguras. No llegó a verse hacia

fuera la irritación de la Corte contra los Reyes, porque, como se entenderá por lo que se dice después, hubo causa que la impidiese. Pero es, a mi juicio, decir en esto de algún modo verdad porque, como jefe principal de los francmasones de España, sabía muy bien que, al acercarse el ejército francés a Madrid, la conspiración francmasónica y jansenística de la Corte, que es muy numerosa, corrompiendo como ella sabe al pueblo menudo, se desencadenaría y prorrumpiría con furor, con los acostumbrados gritos y clamores contra los reyes, tratándolos de tiranos y pidiendo sus cabezas, libertad y mudanza de Gobierno. Así estaba evidentemente concertado entre los franceses y el Príncipe de la Paz y los demás francmasones de Madrid y aun de las principales ciudades del Reino. Añadiría, verisímilmente, este hombre fingido y malvado que, por más que los franceses procurasen amistad y alianza, no era prudencia fiarse enteramente de ellos, y, no teniendo tropa bastante para hacerles frente, lo más seguro y acertado era retirarse hacia la Andalucía, desde donde, si lo pedían las circunstancias y los sucesos de la Corte y del Reino, era más fácil retirarse a la América, como había hecho la familia real de Portugal. Con estas y otras razones que no sabemos llegó a persuadir al pobre, sencillo e inocente Carlos IV la retirada con toda su familia real por lo menos a la Andalucía, y en los días quince y dieciséis de marzo ya se vieron disposiciones de coches y carruajes y de otras cosas para el viaje de toda la familia real desde Aranjuez hacia Sevilla.

Antes de continuar la relación de otros sucesos de la Corte y de Aranjuez, fijemos por un momento la vista en este estado de las cosas que sinceramente hemos expuesto y se verá con los ojos y se palpará con las manos la perfecta ejecución del plan de revolución de España, que se adoptó muchos años ha por los francmasones de Madrid, y su principal artículo era el valerse de los franceses para ejecutarla. Carlos IV, con toda su familia, con algunos ministros y con la poca tropa que le rodea, siguiendo el parecer del autorizado Príncipe de la Paz, emprende el viaje para la Andalucía hacia los veinte del mes de marzo. Y de paso se note que corresponde muy bien la fecha de esta fuga vergonzosa del Rey y decisiva en cuanto al abatimiento de su trono, al tiempo del fingido tumulto de Madrid el año de sesenta y seis del siglo pasado, para engañar a Carlos III y perder a los jesuitas españoles, y el de sus dos destierros de España el año de sesenta y siete del dicho siglo y el primero de éste. Mientras el Rey con el dicho acompañamiento va huyendo hacia la Andalucía, entra Murat en Madrid con veinte o treinta mil hombres, dejando otros muchos acampados en sus cercanías. Se clama contra los reyes, se pide libertad y mudanza de Gobierno a instigación de los innumerables jansenistas, francmasones y filósofos de la Corte, se repiten estos clamores y gritos por los sectarios esparcidos por las principales ciudades de la monarquía;

condescienden los humanísimos y cortesísimos franceses, y todo está hecho. Abatido el trono de Carlos IV y de toda la familia Borbón, a la que no le queda otro arbitrio sino la fuga a la América mudado el Gobierno en republicano o en monárquico en otra familia; introducida la libertad de conciencia o en materia de Religión y triunfante la Filosofía incrédula.

La Nación, por la máxima parte católica y piadosa, quedaría absorta, confusa y atolondrada con estas impías novedades, y bramaría como un león irritado viéndose tan torpemente burlada. Pero qué ha de hacer sin Soberano que como cabeza la reúna, la anime y la dirija, y siendo todos los gobernadores de las provincias y ciudades hechuras del Príncipe de la Paz y muchos necesariamente tan traidores y tan impíos como él, sin tropa que la defienda o por lo menos ayude, habiendo puesto muy de propósito casi toda la tropa española en manos de los franceses, en el Norte y en Portugal, y viendo ya la Corte de Madrid llena de franceses y esparcidos por muchas provincias innumerables de los mismos, asomados otros muchos a los Pirineos para entrar en España si fuesen necesarios y en sus manos todas las plazas y castillos de la frontera. Es preciso confesar (y dando esta tal cual gloria a los francmasones, franceses y españoles) que han sabido disponer perfectamente las cosas para hacer sin derramamiento de sangre la revolución filosófica de España, aunque es también verdad que no son necesarios grandes talentos para haber perfeccionado esta empresa habiendo por Rey una estatua de hombre y por Reina una mujer por sus miserias ciega enteramente y entregada a ellos mismos. Es pues una verdad lisa y patente que pocos días después de la mitad de marzo de este presente año de mil ochocientos ocho estuvo abatido el trono de los reyes, trastornada la Monarquía, mudado el Gobierno y ejecutada la impía revolución filosófica.

A centenares, a vista de este grande y ciertísimo trastorno se levantan en la fantasía serias y poderosas reflexiones por muchos lados y sujetos. Qué vileza, qué ingratitud y perfidia del grande Napoleón y los suyos, abatiendo y destronizando a un bondadoso Monarca que en trece años de amistad y alianza con ellos les ha ayudado con escuadras, con ejércitos y con tesoreros a hacer grandes conquistas para sí, y al presente le está ayudando con un ejército de treinta mil hombres a conquistar para sí el reino de Suecia, y poco ha le ayudó con otro semejante en la conquista del Reino de Portugal. Y ¿ahora mismo abate y destroniza al pobre Carlos IV, que ha hecho y está haciendo a favor suyo todo lo dicho? Dudo mucho que se halle en todas las historias del orbe, aun cuando éste estaba poblado más de bestias que de hombres de razón y política, ejemplo alguno de una deslealtad e ingratitud tan fea, tan inicua y tan descarada. Pero también protesto que no me causa maravilla porque ha mucho tiempo que sé que la filosofía incrédula y sus aliados o injertos, francmasonis-

mo y jansenismo, no reconocen virtud alguna ni respetan derechos algunos, ni de los otros hombres ni de Dios, y que en ella están encerrados todos los vicios, la injusticia, ingratitud, iniquidad, deslealtad, impiedad, desvergüenza e hipocresía sin límites, ni restricción alguna, si son útiles todas estas maldades para sus intentos de oprimir a todos y abatir la Religión.

Sólo puede igualar y acaso exceder a Buonaparte en estos abominables vicios el famosísimo Príncipe de la Paz. ¿Qué hombre infame, qué monstruo, qué demonio ha criado en su seno la noble y leal provincia de Extremadura, fecunda de tantos gloriosos héroes? Don Manuel Godoy, pobre hidalgo extremeño, por los locos y escandalosos amores de la reina María Luisa en los siete años primeros de su reinado, llegó a tanta altura a la que jamás ha llegado privado alguno en ninguna Corte. Sus rentas anuales en solas haciendas, dadas por el Rey –y en sueldos– llegaban a millones, y no hay exageración en decir que los millones de pesos duros que tenía amontonados llegaban a cuarenta o cincuenta. Su poder y mando era el mismo que el del Rey, y absoluto por mar y tierra en todos los ramos de la Monarquía. Sus títulos, honores y grandezas llegaban hasta hacerle con alguna propiedad igual a los infantes, e hijos de los reyes, habiéndole dado por mujer a una sobrina suya e hija del infante Don Luis, hermano del difunto rey Carlos III. ¿Puede llegar a más la exaltación de un favorito o privado que a poderlo todo y a depender todo de su voluntad y arbitrio, a haber emparentado muy de cerca con los mismos soberanos y a tener más millones a su disposición y como suyos que jamás ha tenido en estos últimos sesenta años el erario del riquísimo Rey de España? A todo esto ha llegado este pobre hidalgo extremeño. Don Manuel Godoy, natural, a lo que oigo, de la ciudad de Badajoz, sin talentos, sin méritos y sin servicios algunos, y por estos dos solos motivos y medios: primero, la pasión amorosa de la Reina para con él, sabida y pública en todo el Reino; segundo, su estrecha unión francmasónica con los más autorizados franceses, por la cual mutuamente y poderosamente se han favorecido y ayudado.

Este hombre, tan ensalzado por los reyes, por muchos años les ha estado insultando gravísimamente, tratando con publicidad, como a mujer anterior al matrimonio con su prima, o como a una concubina después de éste, a una joven Tudó con la que ha tenido varios hijos. Esto solo, así como en los reyes prueba una insensibilidad y estupidez sin ejemplar, en él demuestra una vileza de alma, un descaro y desvergüenza tan desenfrenada que no es compatible con un vislumbre solo de un respeto honesto, divino o humano. Y ¿este monstruo y esta bestia ha aspirado al trono de la monarquía española? Segurísimamente. Con cierto misterioso libro de bastardía de Carlos III, y con cierta Ley Sálica de unas Cortes, pretendía que recayese en su mujer el derecho a la Corona; y con hacer odioso a la Nación el Príncipe de Asturias,

con ganar él la afición de ella poniendo en todos los cargos hombres de su bando y parcialidad, y con la ayuda de la tropa francesa, pensaba subir al trono a la muerte de Carlos IV. Pero, advirtiendo que después de todo el Príncipe de Asturias era amado de la Nación y él aborrecido, sin aguardar a la muerte de Carlos IV, entregando los castillos de la frontera a los franceses, metiéndolos a centenares de millares en el centro de la Monarquía y en la misma Corte, y llevando la familia real a Cádiz o a la América, abatió el trono, despojó de la Corona a los reyes, sus insignes bienhechores, y entregó toda España al impío Napoleón I. El pérfido Godoy abandonaría después a la familia real y se uniría con los franceses para recibir de ellos el premio de sus maldades en el reino de Portugal o en alguna provincia de España. Se puede tener por inocente al conde don Julián, que con algún pretexto entregó España a los moros, comparado con este vil e ingrato extremeño, que con mil obligaciones a sus reyes la entregó a los ateístas franceses.

Mucho más importantes reflexiones se pueden hacer sobre el hecho mismo del abatimiento del trono y sobre los destronizados monarcas. Era casi necesario en el orden de la Divina Providencia que fuese abatido el trono de los reyes católicos, habiendo sido abatido el de los reyes cristianísimos veinte años ha y habiendo los mismos motivos para un abatimiento que para otro. Cuatro fueron las causas, según el parecer de los hombres de juicio y discernimiento, del abatimiento del trono de los reyes cristianísimos, y nosotros los notamos en este escrito a su tiempo. La primera fue despotismo en el Gobierno sin atender a méritos, servicios y talentos en la distribución de los empleos y cargos. La segunda, lujo y prodigalidad, de donde necesariamente se sigue opresión de los pueblos con exorbitantes contribuciones. La tercera, abandono o notable descuido en las cosas pertenecientes a la piedad, a la Iglesia y a la Religión; y la cuarta, la causa de la inocente Compañía de Jesús, y por dos títulos o respetos; esto es, por haberse corrompido con su falta la educación de la juventud y por los clamores de su sangre inocente tan tiránicamente derramada que siempre, incesantemente y con gran fuerza pide venganza al Cielo. Si Carlos IV y María Luisa, viendo degollados en un cadalso público por sus mismos vasallos a Luis XVI y a la Reina su mujer, reyes tan poderosos como ellos, hubieran deseado con sinceridad y con empeño, como era muy justo, saber las causas de una desgracia tan lamentable, no hubiera faltado algún leal y cristiano español que se las hubiera hecho entender, según acabamos de insinuarlas.

En tal caso bastaba restablecer la justicia y equidad en la distribución de los premios y en el nombramiento a los empleos y cargos de la Monarquía, introducir alguna moderación en los gastos de sus palacios y de sus personas para poder aliviar a los pueblos o para no oprimirlos más, excitar el celo contra las

sectas que se iban introduciendo en España, y revocar todas las tiránicas disposiciones contra los inocentes jesuitas. Si así se hubiera hecho, como era justo y debido por cien títulos y razones, infaliblemente se hubiera salvado el trono, y todas las infames sectas dominantes en la Francia, y todo el infierno conjurado con ellas, no hubieran bastado para aterrar el ilustre, grande y católico trono de los monarcas españoles. Pero, por alguna culpa de estos y por una suma desgracia, después de ver degollados a los reyes cristianísimos por las causas dichas, todo se ha hecho puntualmente al revés en España. Un desenfrenado despotismo en todos los ramos del Gobierno, sin otros principios, motivos y causas en todo que el gusto de la Reina o el antojo de su Príncipe de la Paz. Un desbarato y desenfreno sin límites en gastar y en robar a todas las clases de vasallos, legos, eclesiásticos, seculares, regulares. Una osadía sin vergüenza resistiendo a bulas dogmáticas, y dando triunfos al error y a la herejía, y finalmente un furor mayor que nunca y hasta la bestialidad y carnificina contra los pobres jesuitas, arrastrando pocos años ha por mar y por tierra a seiscientos u ochocientos por la mayor parte ancianos y llenos de males. Era pues infalible en el orden de la Divina Providencia el abatimiento del trono de los reyes católicos Carlos IV y María Luisa, y ya lo vemos ejecutado con su resolución de abandonar la Corte y aun todo el Reino, y con la entrada de numerosos ejércitos franceses. Con toda verdad pues hacia los veinte de marzo podemos mirar como abatidos los seis tronos que inmediatamente entendieron en los destierros y opresión de la Compañía de Jesús, que fueron el de Portugal, el de España, el de Francia, el de Parma, el de Nápoles y el de Roma, y con la misma sinceridad que el año pasado con otra ocasión semejante protestamos aquí que no es posible dejar de sentir algún consuelo y satisfacción a vista de un espectáculo tan singular y de una catástrofe tan extraña como la actual y presente ruina y opresión de tantos y tales tronos; porque es una demostración a los ojos, de bulto, palpable, de que la mínima Compañía de Jesús, infamada, oprimida y aniquilada con los decretos y providencias de los dichos tronos, no está olvidada delante de aquel Señor que con mano tan fuerte castiga los notorios y gravísimos agravios que le han hecho, y de un modo tan terrible toma venganza de sus ofensas e injurias.

Pero estamos mil leguas distantes de complacernos de tantos y tan graves males y desgracias de tantos y tales soberanos, y ponemos francamente al Cielo por testigo de que no dice la pluma sino lo que hay en el corazón, y en cuanto podemos nosotros entender del mismo modo están animados generalmente los jesuitas españoles en este gran trastorno de tantos tronos soberanos que con tantos decretos les han infamado y oprimido. Por mi parte no tomaría otra venganza de los presentes infelices reyes católicos Carlos IV y María Luisa que hacerles respetuosamente una pregunta. ¿Quiénes son, Sacras Majestades,

los que en Madrid estaban prontos para pedir sus cabezas al acercarse el ejército francés, como les hizo creer y con buenos fundamentos el malvado Príncipe de la Paz? ¿Quiénes son los que estaban preparados y alarmados para pedir mudanza de su Gobierno y abatimiento de su trono ayudados por la tropa francesa? ¿A quiénes temen, de quiénes huyen en su ignominiosa retirada a la Andalucía y aun a la América? ¿Son los jesuitas españoles los que piden sus cabezas, los que abaten su trono y los que les obligan a una fuga vergonzosa?¿Cómo, con qué fuerzas, con qué poder y con qué medios? Y si no hay ni una uña de jesuita español en la Corte, pocos viejos están en los rincones de sus familias, y otros tantos y tales esparcidos en la Italia, ¿por qué arte o virtud hacen temer a monarcas tan poderosos, abaten sus tronos y su Gobierno, y les hacen huir de su Corte a remotos países? ¿Qué responderían los oprimidos monarcas a esta importantísima pregunta? No es posible que llegue su ilusión a tanto que teman a quien nada puede, ni que sea tan grande su deslumbramiento que ni aun con este golpe decisivo, después de otros muchos poco menores y con la ruina total de su trono a la vista, no abran los ojos y no caigan en cuenta de su engaño y error en tener por infieles a los que siempre han sido y son vasallos leales, y en tener por fieles a los que por más de cuarenta años les han sido generalmente traidores.

Punto importantísimo y singularísimo de historia al cual habrá pocos semejantes en las de todas las naciones, y digno de ser notado cien veces y siempre que venga al caso como ahora. Por más de cuarenta años generalmente todos los hombres que han estado en la privanza de los reyes católicos Carlos III y Carlos IV les han representado y les han hecho creer a los jesuitas españoles infieles y desleales a sus personas y enemigos de su trono. Esta gravísima y odiosísima imputación se fundó enteramente desde el principio por los Osmas, Rodas, Campomanes y otros varios en testimonios falsos de frailes sin vergüenza, en mentiras, calumnias y en fabulillas e historietas necias y tontas; y con los mismos medios se ha llevado adelante por el largo curso de más de cuarenta años, sin que haya penetrado un rayo de luz y de verdad al trono de los deslumbrados monarcas, y en tanta altura, firmeza y seguridad que pocos años ha tuvo osadía y descaro el furibundo Azara para decir en su propia cara a Carlos IV y María Luisa que no estaba seguro su trono mientras había un sólo jesuita en España; de donde se siguió el bárbaro destierro de los jesuitas españoles el año primero de este siglo. Esta duración y perseverancia de esta imputación odiosa, fundada en fábulas y en mentiras, es ya un hecho singular y raro en la historia, pero no es todo ni aun la mitad de este importantísimo punto de que ahora tratamos.

Lo más singular de él consiste en estas dos ciertísimas proposiciones añadidas a lo que se ha dicho. Primera, que los mismos que han hecho creer a

los reyes a fuerza de calumnias que los jesuitas eran desleales a sus personas y enemigos de su trono, lo han sido y lo son por sistema, por secta y por conspiración contra los legítimos soberanos y contra la Religión. La segunda, que estos hombres han tratado del modo dicho a los jesuitas porque temieron que con su inviolable y ardiente lealtad a su Soberano, y con sus talentos y trabajos, les serían un estorbo invencible para corromper la piedad y la Religión, y para abatir el Trono. Todo lo dicho es cierto y se puede demostrar con documentos segurísimos y con muchos testimonios de los mismos enemigos de los jesuitas de España, de Francia, de Italia y de otras partes, y lo hubieran demostrado a los ojos de los reyes católicos Carlos IV y María Luisa si se les hubiera oído y dado tiempo para defenderse. Ya los hechos mismos lo demuestran todo y deben de convencer a los reyes y hacerles creer firmemente que los enemigos de los jesuitas no sólo les han sido y les son traidores y desleales, sino que han llegado ya a abatir efectivamente su trono; y que los jesuitas no sólo les han sido siempre fidelísimos (y nunca se ha probado ni se probará lo contrario de uno solo), sino que hubieran salvado su trono, impidiendo a las infames sectas jansenística, filosófica y francmasónica que le abatiesen, como han llegado a ejecutar; aunque de un modo imprevisto, extraordinario y casi prodigioso, al mismo trastornarse y caer el trono, se ha vuelto a enderezar y poner en pie.

Y ve aquí cómo se ha hecho este extraño prodigio que ha desconcertado el proyecto de los franceses y del Príncipe de la Paz con los sectarios españoles, y se ha levantado de nuevo el trono ya verdaderamente abatido, y espero que con esta segunda parte de las grandes novedades de Madrid, sucedidas desde el trece al veinte de marzo, no diré cosa que no sea cierta, aunque muchas que lo serán también y muy dignas de ser notadas no pueden haber llegado a mi noticia hallándome tan distante de aquella Corte y habiendo faltado las cartas del mismo Madrid y de varias provincias del Reino. Ya insinuamos aquí que el correo de gabinete, que salió de la Corte la noche del quince de marzo, aseguraba que aquel día andaba ya agitado el pueblo de Madrid y que sin rebozo llamaba traidor al Príncipe de la Paz; y el día siguiente dieciséis, habiéndose esparcido la voz de que venía a la Corte el dicho Príncipe, prorrumpió el pueblo en un declarado tumulto, gritando por las calles *Viva el Rey y muera Godoy. Viva el Rey y muera el Choricero*, aludiendo a los famosos chorizos de Extremadura, y aun parece que el alborotado pueblo salió hacia el camino de Aranjuez a Madrid, y si él hubiera venido infaliblemente hubiera sido hecho pedazos, aunque hubiera traído una numerosa escolta de su guardias de corps o de sus húsares. El día siguiente diecisiete de marzo estuvo el pueblo en alguna manera quieto y tranquilo, aunque siempre alarmado y pronto para reunirse y envestir al aborrecido Príncipe si se le hubie-

ra puesto delante. Al ver al pueblo de Madrid tan fervoroso en aclamar al Rey y tan indignado contra el Príncipe de la Paz, todos los amigos de éste, que son todos los muchos revolucionarios de Madrid que pensaban pedir las cabezas de los reyes al acercarse la tropa francesa, se desanimaron y escondieron, y acaso algunos, según son todos ellos viles, fingidos e hipócritas, se pondrían de la parte del pueblo.

Este solo movimiento del leal pueblo de Madrid era bastante para desconcertar el proyecto de abatimiento del trono, concertado entre los franceses y españoles, y se consumó y perfeccionó el trastorno y desconcierto del dicho plan filosófico y francmasónico de hacer sin sangre la revolución de España con otros sucesos más ruidosos en el Real Sitio de Aranjuez. En él, como ya dijimos, persuadido el Rey por el infame Príncipe de la Paz a retirarse a la Andalucía, desde el quince de marzo se empezaron a hacer algunas disposiciones para el viaje de Su Majestad y de toda su numerosa familia, y el diecisiete ya se trató de extender el aviso formal de esta resolución del Rey al Consejo de Castilla para que lo comunicase a todas las provincias del Reino. Este debía ir por la mano de don José Antonio Caballero, Secretario de Estado del despacho de Gracia y Justicia, y cara a cara le protestó al omnipotente Príncipe de la Paz que jamás formaría semejante aviso, y habiendo concurrido los dos a la presencia del Rey para oír de su boca si era cierta esta su resolución de retirarse a la Andalucía, aunque Su Majestad la confesó, no se rindió Caballero a formar el aviso al Consejo de Castilla; y se siguieron entre los dos las fogosas contiendas y alteraciones que se dejan entender, tratándose de un asunto tan grande, intentado, proyectado y aun conseguido por el autorizadísimo Príncipe de la Paz, y se llega a insinuar que Caballero delante del mismo Rey trató al Príncipe de traidor. Lo cierto parece que Caballero, con esta oposición al Príncipe de la Paz, a quien nadie, ni el Príncipe de Asturias, se atrevía a resistir, levantó, por decirlo así, bandera contra él, y muchos le perdieron el miedo, y se acaloraron tanto contra el dicho Príncipe y contra su gran proyecto de llevar a los reyes a la Andalucía para dejar la Corte y todo el reino en manos de los franceses, que hubo un género de tumulto en el mismo palacio real; y del infante Don Carlos se asegura que hubiera pasado con su estoque al infame Príncipe de la Paz si no le hubiera detenido su tío el infante Don Antonio. La presencia del Rey, que al ruido salió de su habitación, puso en alguna calma el palacio, y mandó a todos que se retirasen, y al Príncipe de la Paz, con alguna muestra de indignación contra él, que se fuese a su palacio en el mismo sitio de Aranjuez, como lo hizo ya entrada la noche, en cuanto puedo entender, del dicho día diecisiete de marzo de este presente año de mil ochocientos ocho. Noche tristísima e infaustísima para él, en la cual se verificó en su persona como pocas veces

se puede haber verificado en el mundo aquel oráculo divino: *Vidi impium elevatum et exaltatum super cedros libani, et erit non erat*[49].

Desde el día dieciséis habían concurrido al sitio de Aranjuez algunos millares de manchegos de los pueblos vecinos, o atraídos por la gran novedad de la partida de los Reyes, o convocados por algún personaje que en traje de pastor se presentó delante de ellos, y como su capitán y director, y verisímilmente concurrirían los dos motivos. En el paisanaje de la Mancha no se descubría al principio otro afecto que de tierna y fina lealtad a los reyes, como que con estas demostraciones de amor y de obsequio querían detenerles para que no marchasen a la Andalucía, y parece que el Príncipe de la Paz entró en algún recelo por la concurrencia de tanta gente de la Mancha e hizo ir arrebatadamente desde la Corte todos las guardias de corps, valonas y españolas que habían quedado en ella. Pero le sirvieron poco y acaso le fueron de perjuicio en la dicha terrible noche. Los manchegos, sin temor de sus húsares, de sus guardias, y ni aun de la artillería, que bien cargada a metralla estaba en su palacio, se echaron sobre él con grande ímpetu, y, aunque se hizo contra ellos alguna descarga de fusilería, fueron pocos los tiros y no hicieron particular daño. Menos hicieron las guardias españolas, que, por más que las mandase hacer fuego su coronel don Diego Godoy, hermano del Príncipe, que estaba en el mismo palacio, no quisieron obedecerle, y, dándole uno de sus soldados un gran golpe con el fúsil, le derribó en tierra y sus mismas guardias españolas le llevaron preso. Acción digna de un leal español y bien merecida por un ingratísimo traidor a su Soberano. Quedó pues el palacio de los Godoyes en manos de los manchegos, que con el mayor miramiento y urbanidad hicieron que se vistiesen la Princesa, mujer desgraciada del Príncipe de la Paz, y una hija suya, y haciendo los mismos de caballos o de mulas las llevaron en un coche al palacio de los reyes. Al Príncipe le buscaron en su cama, y, no encontrándole en ella, recorrieron todos los rincones del palacio, y por alguna fortuna suya no pudieron encontrarle, pues, según el odio e indignación de que entonces y después se mostraron animados contra este hombre, le hubieran hecho pedazos. Se llegó por tanto a sospechar que se había huido, y por varios caminos fueron inútilmente en su seguimiento algunas patrullas de carabineros y de guardias de corps. Con no menor solicitud y con mejor suceso se dieron providencias para arrestar a su mujer la Pepita Tudó, que con grandes tesoros iba caminando hacia Sevilla; pues la alcanzaron y la despojarían de todo.

49 *Vi al impío elevado y exaltado sobre los cedros del Líbano y volví a pasar y ya no estaba.* Agradecemos la traducción al profesor Isidoro Pinedo, quien nos ilustró con el siguiente comentario: "se trata de una cita bíblica sacada del Salmo 37, versículo 35. La *Biblia* de Jerusalén da una traducción más expresiva: *He visto al impío muy arrogante empinarse como un cedro del Líbano. Pasé de nuevo y ya no estaba*".

Estos sucesos de Aranjuez contra el aborrecido Príncipe de la Paz, que prontamente fue despojado por el Rey de todo mando, autoridad y empleo, pusieron al día siguiente en mayor agitación que antes al irritado pueblo de Madrid. Se echa con furor sobre su palacio de la Corte, le despoja de todo, y todo generalmente lo quema, y hubiera quemado el palacio mismo para que no quedase memoria de tal hombre, si no hubiera sido avisado a tiempo que era del Rey, y del mismo modo hubiera tratado el palacio del inquisidor general Arce, gran confidente y amigo del Príncipe, si no se hubiera detenido con otro aviso semejante. Lo mismo que en el del Príncipe ejecutó el pueblo de Madrid en los palacios de su madre, de su hermano, de su cuñado Branciforte, de dos Morenos, uno que fue Gobernador del Consejo de Castilla el año de nuestro segundo destierro, y otro que lo era al presente del Consejo de Hacienda, del secretario de ésta don Miguel Cayetano Soler, de Espinosa, de un canónigo Duro, de quien se habla como de hombre de misterios, y podía ser algún íntimo secretario del Príncipe de la Paz para los secretos con la Francia, y de algunos otros. Todos fueron despojados y todos sus muebles, que serían bien preciosos, fueron quemados públicamente, y sólo se exceptúan en algunas cartas algunas pinturas sagradas, que fueron enviadas a los capuchinos, y alguna ropa de camas que enviaron al hospital. A ninguno de los dueños encontraron en sus casas, y así en estos asaltos no se derramó sangre como ni en alguna otra de la Corte, aunque no faltaron, como es inevitable, algunos saqueos, especialmente de tiendas de comestibles.

Mientras andaba el pueblo de Madrid afanado en saquear los palacios de los Godoyes, de sus amigos y parciales, apareció finalmente su jefe y cabeza el Príncipe de la Paz el día diecinueve y puntualmente a las nueve de la mañana, y después de haber estado escondido más de treinta horas en una buhardilla o desván de su palacio, y, anegado necesariamente en muy tristes y amargos pensamientos, obligado de la sed, se descubrió a un centinela, pidiéndole un poco de agua, y éste dio luego aviso a los manchegos que debían de rodear su palacio. Acuden estos prontamente y con ellos algunos soldados, y le arrestan, y por los cabezones, como se suele decir, y se suele hacer, le llevaron preso, y por algunos golpes de sable de la centinela, y por otros muchos de los manchegos, iba ya bien desfigurado y echando sangre, y si el Príncipe de Asturias, a quien había hecho todo el mal que había podido, desde un balcón del palacio, no hubiera mandado a los manchegos que no le matasen, infaliblemente hubiera quedado muerto en el camino desde su palacio a la cárcel, que fue en el cuartel de las guardias; y siempre el pueblo estuvo constante en pedir su cabeza, no contentándose con destierros, ni con castillos. Mas al fin, con el intento de hacerle formalmente causa y averiguar cosas de importancia para la Monarquía, fue llevado a un pequeño castillo en un lugar

cerca de Madrid llamado Pinto. ¡Qué mudanza se ha hecho en este hombre en dos días! ¡Qué espectáculo y qué ejemplo a todos los mortales de la inconstancia y volubilidad de la grandeza humana! El día diecisiete de marzo lo podía todo, y mandaba todo en toda España, y aun mandaba a los mismos reyes haciéndoles abandonar con toda su familia su Corte y aun todo su Reino para dárselo todo a sus amigos los franceses; y el día diecinueve ya no era sino don Manuel Godoy despojado de todo y un miserable preso, después de bien malherido en su persona. En esto ha parado este monstruo de obscenidad, de ingratitud, de infidelidad y de irreligión, y aun debe la vida, que por cien delitos enormes debía de haber perdido, a quien villanamente ha ofendido de muchos modos.

¿*Qué diría la Reina*, se reflexiona oportunamente en una carta de España que yo he visto, *al ver abatido, ensangrentado y encerrado en una cárcel a su Príncipe de la Paz*? Yo no lo sé, pero es muy creíble que no dijese lo que debía decir, reconociendo ya los inmensos males que ha hecho a ellos mismos, a toda su familia, y a toda la Monarquía española. Mucho más importante es lo que efectivamente ha dicho el pobre e inocente Carlos IV, y nosotros lo expondremos aquí, aunque sin estar confirmado con la seguridad conveniente de la causa, del modo y de otras circunstancias del caso. Se turbó sin duda mucho el incauto Monarca con el extraño abatimiento del Príncipe, a quien por las malignas y engañosas recomendaciones de los franceses y por las adulaciones de algunos españoles impíos y malvados estimaba extraordinariamente y le miraba como un hombre necesario para la conservación de su trono y de su Monarquía, por ser él sólo capaz de llevar adelante la alianza y amistad con la poderosa Francia. Y por sí mismo, como yo sospecho, o inclinado por otro, en una confusión y laberinto tan intrincado de todas las cosas, mostró deseo de renunciar la Corona en su hijo don Fernando, Príncipe de Asturias, ya jurado en Cortes del Reino. Y yo me figuro que, si no se halló presente la Reina, como se insinúa en alguna otra carta, todos aprobarían y alabarían el deseo y resolución de Su Majestad, y se ejecutó con tanta prestaza que el día siguiente veinte de marzo se publicó en Consejo pleno la renuncia de Carlos IV y el advenimiento al trono por ella de su hijo el Príncipe de Asturias, con el nombre de Fernando VII.

¿Qué sucesos que parecen soñados o forzados por la fantasía, qué mudanzas, qué ruina de todo y qué alzamiento de todos en seis o siete días? El diecisiete la Corona, el trono y la Monarquía toda estaban ya en manos de los impíos y usurpadores franceses, y el veinte estaba ya enteramente deshecho este proyecto inicuo, y todo de un modo segurísimo en manos del nuevo rey Fernando VII, aunque hay dentro de España doscientos mil hombres de tropa francesa. El júbilo, exaltación y entusiasmo de la Corte, de todas las provincias,

ciudades, villas y aldeas es superior a toda hipérbole, y ni hay palabras en la lengua, ni figuras en la retórica, para dar alguna idea algo ajustada de un gozo y alegría de toda la ilustre nación española, que sabrá muy bien conservar la Corona y el trono a su nuevo y amable rey don Fernando, aunque dentro de España y en el centro de la Monarquía ha dejado el pérfido Godoy numerosos ejércitos de franceses. En carta de veinticinco de marzo en la ciudad de Teruel, a la que había llegado el día antes la noticia de la renuncia del rey Carlos y del advenimiento al trono de su hijo Fernando, me pintan a todos sus moradores fuera de sí por el gozo y haciendo todo lo que pueden para festejar con las campanas, y de todos los modos posibles, un suceso tan grande. En las cartas de Barcelona, que son de tres y cuatro de este mes de abril, cuando ya podían tener nuevas de casi toda la Monarquía se dicen, hablando en general de toda España, las expresiones de mayor encarecimiento que les han venido a la pluma para hacernos entender de algún modo el júbilo y alegría de toda entera la Nación. Así yo pudiera presentar en este escrito los corazones y lenguas de todos, generalmente los jesuitas españoles, pues, aunque desterrados, expatriados y tratados con tanta dureza y rigor por el largo decurso de cuarenta y un años, se vería en ellas y en ellos tan grande contento y alegría por los presentes ventajosísimos sucesos como en los corazones y lenguas de los más leales y más castizos españoles, y en nosotros se añade otro nuevo gozo por ver a toda nuestra España, a nuestra estimadísima Patria, y a nuestra amada Nación engolfada, por decirlo así, en un mar de consolación y de delicias, viendo en seguridad, ensalzado y colocado en el trono al amable príncipe D. Fernando, tan aborrecido y tan perseguido de las personas más autorizadas de la Corte.

El pueblo fiel de Madrid y los leales moradores de los pueblos de la Mancha, inmediatos al sitio de Aranjuez, sobre la alegría y contentos comunes a todos los buenos españoles, pueden tener la gloria y satisfacción de que ellos han sido los principales o únicos autores de esta repentina, impensada, grande y aun total mudanza de la Monarquía española, y, ya que no se pueden explicar cómo han sido los vivas y aclamaciones de unos y otros al nuevo rey don Fernando, quiero trasladar aquí la exposición sucinta de una proclamación devota del nuevo Rey por el amotinado pueblo de Madrid, excusando en ella por la sencillez, piedad y ternura del pueblo algunas impropiedades o faltas de reverencia a las cosas sagradas. *El día veinte*, se dice en una carta de España digna de crédito, *seguía el inmenso pueblo atumultuado,no hacían daño alguno, ni forzaban a nadie. A la una se encaminaron a Atocha* (es iglesia de los padres dominicos), *sacaron las banderas, el estandarte de Nuestra Señora, el palio, y bajo de éste llevaron en procesión el cuadro del Rey con hachas y velas encendidas, hacían tocar las campanas por donde*

pasaban. Les acompañaban los alabarderos y otras tropas; pues el Gobierno les ha dado cuanto han pedido. Entraron en el hospital general y en el de San Juan de Dios y rompieron la estatua y cuadro de Godoy. En otra relación se dice que antes de la procesión habían hecho que los religiosos cantasen la letanía de la Virgen o el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por el feliz advenimiento al trono del rey don Fernando, y el día veintidós, habiéndose hecho saber en la Corte que el día veinticuatro vendría el nuevo Rey a Madrid y que deseaba ver a su leal pueblo quieto y tranquilo, se sosegó perfectamente y se acabó toda la conmoción popular.

En efecto, el día veinticuatro vino el rey don Fernando desde Aranjuez a Madrid, e hizo su entrada en la Corte a caballo, y le acompañaban su hermano el infante don Carlos y su tío el infante don Antonio; y se entiende, sin decirlo, que las aclamaciones y vivas del fidelísimo pueblo de Madrid a su nuevo rey don Fernando fueron muy superiores a toda hipérbole y ponderación, y, no satisfecho con estas demostraciones, se le hizo entender a Su Majestad que el pueblo de Madrid deseaba verle más despacio, y, condescendiendo el Monarca con sus cariñosos deseos, fue una tarde a caballo y se paseó pausadamente por el largo y bellísimo paseo del Prado, y se replicaron y subieron de punto, si era posible, los vivas al nuevo y joven rey don Fernando. Parece que la ex Reina de Etruria con sus dos niños y el infantico don Francisco de Paula, el mismo día o poco después, vinieron también a Madrid, quedando solos en Aranjuez los ex reyes Carlos IV y María Luisa, de cuyo destino para en adelante no se dice todavía cosa cierta. Antes de salir del sitio el nuevo Rey, estando ya reconocido y aclamado en Madrid, la Reina, su madre, como era justo, le besó la mano, viendo ya Rey de España a don Fernando, su hijo primogénito, a quien, juzgando por lo que ha salido hacia fuera, ha querido impedir que llegase al trono, aun después de la muerte de su padre; y de cierto no pudiera haber más, aunque lo hubiese querido con mucho empeño y ya lo había logrado si los pueblos de Madrid y de la Mancha no hubieran trastornado el proyecto del viaje a la Andalucía.

En los diez días del nuevo reinado hasta la partida del correo se habían hecho ya cien deposiciones y otras tantas promociones a varios cargos importantes; y tumultuariamente oigo hablar de varias de ellas, y se supone que el primer orden del nuevo Soberano fue llamar del destierro a los que estaban desterrados por su causa de El Escorial en el octubre del año pasado; y al duque del Infantado, que era uno de ellos, le ha hecho Coronel de guardias españolas, quitando esta coronelía a don Diego Godoy, hermano del Príncipe de la Paz, y juntamente le ha nombrado Presidente del Supremo Consejo de Castilla; y al canónigo Escoiquiz, que es de un modo particular de la confianza del nuevo Rey, se le da todo, por decirlo así, y por el contrario se quiere

quitar o hacer dejar todo o casi todo al ilustrísimo don Ramón José de Arce, Arzobispo de Zaragoza, Inquisidor General y Patriarca de las Indias, y, según su mucha intimidad con el preso don Manuel Godoy, que ha sido todo su mérito para tan ricas y tan distinguidas dignidades, y su abominable conducta, a lo que algunos escriben, merecía gravísimos castigos. A don José Antonio Caballero, que se opuso antes que todos al proyecto del viaje de los reyes, se le ha hecho Grande de España y Presidente del Consejo de Hacienda, en el cual cargo estaba uno de los hermanos Morenos, perseguidos por el pueblo de Madrid; y su Secretaría de Estado de Gracia y Justicia se ha dado a don Sebastián Piñuela, al presente Secretario de Cámara de Gracia y Justicia para Castilla, cuyo nombramiento nos ha causado maravilla y también consolación porque es uno de los pocos, por no decir el único de los que andan cerca de la persona del Rey, que conoció, estimó y amó a los jesuitas antes de su destierro, y que les estima y ama todavía; y así podemos esperar que en alguna ocasión oportuna dé alguna luz al joven Rey sobre la causa de la Compañía. Otro tumulto hay sobre providencias útiles del nuevo Rey, como de suspensión de las rentas de bienes de las obras pías, de satisfacción o paga de pensiones a viudas y a otras clases de personas y otras órdenes en otros asuntos; y todo hace esperar a las gentes un Gobierno contrario enteramente al de los dos Carlos III y IV, su abuelo y su padre, con el cual se había llegado efectivamente en estos últimos cuarenta años a arruinar la Monarquía, y que con él la ponga en seguridad, y la coloque en aquel grado de honor, de altura, grandeza y felicidad que, según la extensión de sus dominios, sus riquezas y otras buenas calidades, debe tener y ha tenido siempre que ha habido buen Gobierno.

El nuevo rey Fernando VII nació a catorce de octubre del año de mil setecientos ochenta y cuatro, y así se halla en la fresca edad de veintitrés años y medio, y la circunstancia de tener delante de sí, cuando nació, los dos robustos gemelos Carlos y Felipe, por la cual tuvo la dicha de que se le pusiese el nombre de Fernando, venerable y de feliz augurio entre los españoles; los prodigios o singulares favores del Cielo en los gravísimos males de su niñez y las persecuciones que ha padecido de sus mismos desaconsejados padres y de sus émulos, nos le hacen mirar como un Monarca dado con muy cariñosa providencia del Señor para el restablecimiento glorioso de la monarquía española, deslustrada y abatida en todos los ramos que hacen la prosperidad de un Reino y de una Nación, y especialmente en el de la Religión y piedad. La obra es más difícil y más ardua de lo que parece a la primera vista y de lo que se piensa generalmente en España. Pero no es imposible si el Rey tuviese a su lado algún otro español de fina lealtad, muy católico y muy cristiano, de talento e instrucción conveniente para hacerle comprender toda la arduidad

de la empresa por el miserabilísimo estado en que se halla la Monarquía al subir a su trono, y el único medio para salvarla a ella, y salvarse a sí mismo, y le inspirase una resolución vigorosa y constantísima para abrazarle y ponerla en ejecución con juicio y con eficacia.

No se puede mirar aun desde lejos, sin lágrimas en los ojos, el miserabilísimo estado en que el infame Príncipe de la Paz, abusando del favor de los incautos Carlos IV y María Luisa, ha dejado la monarquía española, y no hablo de la Marina arruinada, del erario vacío ni del descontento general de toda la Nación por su tiránico e impío Gobierno. Hablo sólo de otros principios y causas más próximas de su infelicísimo estado, y que hacen muy difícil su restablecimiento. El general Murat o duque de Berg, que se estuvo quieto a las puertas de Madrid mientras que se ejecutaron las referidas novedades con el tumulto de aquel pueblo y de otros de la Mancha, entró en la Corte con un ejército de quince o veinte mil franceses al mismo tiempo o muy poco antes, o muy poco después, que el nuevo rey Fernando con algunas personas de su familia, ¡qué extravagancia y qué prepotencia de hombre y qué vergonzosa e inevitable necesidad del nuevo Rey! Y este mismo General francés tiene debajo de su mando más de doscientos mil hombres desde Lisboa a la frontera de Francia, cubriendo con ellos toda Castilla la Vieja, Álava y Guipúzcoa; y el pobrecito rey don Fernando, por haber puesto aquel malvado Príncipe treinta mil españoles en manos de los franceses del Norte, y otros tantos en los de los mismos en Portugal, no puede reunir cerca de su persona en la Corte, ni en punto alguno del centro de la Monarquía, diez mil hombres de tropa española; y además de esto tiene la ventaja de tener en sus manos todas las fortalezas de los Pirineos españoles. ¿Qué haría, pues, el rey don Fernando si estos hombres malignos, a quienes nunca falta pretexto para declarar la guerra, cuando les es ventajosa, se la declarasen al instante? No le queda otro arbitrio, si no le sorprenden en su mismo palacio y se apoderan de su persona y le degüellan, como a los reyes de Francia, que huirse de la Corte y retirarse a algún rincón de la Monarquía, y en él armarse y fortificarse para no verse obligado a dejar enteramente la España.

Con este numerosísimo ejército de malignos franceses está estrechamente unido un ejército no poco numeroso de infieles y malignos españoles, por la mayor parte reunidos en la Corte misma y los demás esparcidos por las ciudades populosas del Reino. En este ejército entran todos los sectarios de las sectas dominantes: jansenismo, fracmasonismo y filosofía incrédula, y, unidos entre sí en cuerpo y en correspondencia con los sectarios de la Francia, y cuenta de seguro algún otro obispo, muchos del clero secular y en mayor número del regular, y a millares en muchas clases de personas y no de las últimas de la Monarquía, como por sí mismo se entiende y ha enseñado la expe-

riencia de la Francia, de la Italia y de la Alemania. Este gran cuerpo de sectarios de la Corte, ya pronto a pedir las cabezas de los reyes y la mudanza del Gobierno, ha estado enfrenado y encogido por el impetuoso fervor del pueblo de Madrid a favor de Carlos IV, y mucho más de Fernando VII, y por no haber entrado en la Corte el ejército francés. ¿Y qué seguridad puede haber de que lo esté en adelante, estando ya el pueblo quieto y Madrid lleno de franceses, y no pudiendo menos de conocer que tienen fuerzas bastantes para ejecutar la revolución de la Corte y de toda España? Ninguna absolutamente, y se debe temer que gente tan maligna, tan astuta y tan encaprichada en esta gran reforma del mundo no quiera perder una ocasión tan favorable.

Del despotismo del Príncipe de la Paz por muchos años se infiere legítimamente que casi todos los que ocupan los puestos importantes dentro y fuera de la Monarquía, de embajadores, ministros, virreyes y capitanes generales en Europa y en la América, y otros muchos en todos los ramos eclesiástico, militar y civil, son obra de sus manos, y a él le deben, y los más sin los convenientes méritos, los empleos que ocupan. Por este lado adquieren mucha fuerza los dos ejércitos de sectarios españoles y de soldados franceses para abatir el trono y trastornar la Monarquía y su Gobierno, y le nacen al rey Fernando embarazos muy grandes para hacerles resistencia y para conservarlo todo. Sin ejército propio, con un ejército numerosísimo de franceses en el corazón de la Monarquía, con un número no pequeño de súbditos revoltosos, y sin estar seguro de la fidelidad de los que ocupan los cargos principales de la Iglesia, de la toga, de la milicia y de los gobiernos de provincias y ciudades ¿cómo se ha de sostener el pobre rey don Fernando y cómo ha de impedir el abatimiento de su trono si lo desean, como lo desean ciertamente Buonaparte y los suyos y los sectarios españoles? ¿Y qué remedio puede haber suficiente y eficaz para conservar su trono en un estado tan miserable, y aunque lo intenten con resolución unidos entre sí los muchos infieles españoles y los numerosos ejércitos franceses?

La hay, aunque uno único absolutamente, y le presentaremos aquí con toda perspicuidad en pocas palabras. El nuevo rey D. Fernando debe estarse fijo e inmóvil en su Corte de Madrid y desde ella, con las más finas y más tiernas expresiones, y con las más agradables y ventajosas promesas, debe fomentar el afecto, amor, entusiasmo que el pueblo de Madrid y otros de la Mancha y toda la Nación han mostrado hacia su persona, y por medio de algunos hombres fieles, que girasen por las provincias, exhortarla y animarla a armarse del mejor modo que pueda, y lograría segurísimamente que en poco tiempo se presentasen a los ojos de la Francia, y de sus infieles vasallos, trescientos o cuatrocientos mil españoles armados de algún modo y determinadísimos a defender, a toda costa, a su amado rey D. Fernando, su trono y la

Monarquía. Todo esto es evidentísimo y no hay en todo ello exageración alguna, y lo demuestran las cartas de este correo de 30 de marzo en Madrid, según antes insinuamos, y a vista de este semblante guerrero de toda la nación española, y con tal entusiasmo por su rey D. Fernando, ¿se atrevería Buonaparte a intentar el abatimiento de su trono? Es imposible, por más que esté inflado y soberbio con sus victorias pasadas, pues vería con los ojos que no bastaban para esta empresa trescientos mil de los invencibles héroes de Marengo y Austerlitz. A esto se seguiría infaliblemente, pidiéndolo el Rey y la Nación, que toda la tropa francesa o la mayor parte saliese de España. Y de aquí salvado el trono y el rey Fernando en toda libertad para hacer lo que tuviese por conveniente en su Corte y en toda la Monarquía, y lo primero debía ser desunir y abatir prontamente el gran cuerpo de sectarios de España, y lo segundo deponer a todos los hombres infieles de sus empleos y cargos y poner en ellos españoles leales y católicos.

¿Qué hay en todo esto que no sea practicable y aun fácil de ponerse en ejecución, según el amor de toda la Nación a su amable rey D. Fernando? Nada absolutamente, si el joven monarca tuviera a su lado un hombre capaz de hacerle comprender su evidentísimo peligro de perderse y el único medio de salvarle, como haría el menor de los jesuitas españoles que, como desleales y enemigos del trono, están desterrados de España. Con suma desgracia del rey D. Fernando y con inexplicable desconsuelo nuestro, le vemos más afanado y más fervoroso en aquietar a los pueblos y a la Nación que en afervorizarlos a todos y en armarlos, porque le hacen contar mucho para la seguridad de su trono y de su persona con la amistad y alianza de Napoleón el Grande, y así hay un gran bullicio sobre viaje de los dos para verse y abrazarse en esta o en aquella ciudad; y, efectivamente, Napoleón salió de París hacia la frontera de España el día dos de abril, cuando ya sabía las novedades de Madrid del día diecinueve de marzo. Y ¿es posible que haya un español de medio adarme de entendimiento, si no es tan oculto traidor al nuevo Rey, que pueda inspirarle confianza en un hombre que acaba de introducir traidoramente en España doscientos mil franceses con el expreso designio de destronizar a sus padres, a él mismo y a toda su familia? Pues también le destronizara a él si, desconcertado el primer plan con los tumultos de los pueblos de Madrid y de la Mancha, encontrasen otro medio y arbitrio para ejecutarlo como será fácil, descuidando de armar la Nación y fiándose de sus fingidas palabras y promesas.

Y ya antes de acabarse el mes de abril tenemos en Roma indicios nada oscuros de que lo van logrando. Antes, en sus gacetas, el Príncipe de la Paz era un enemigo común a las dos naciones y traidor a todos por haber tenido tratos con los ingleses. Ahora ya empiezan a excusarle, a defenderle y aun alabarle.

Conque pueden hacerlo sin inconveniente y sin miedo de ofender al rey D. Fernando. Añaden después en las mismas gacetas dudas sobre la renuncia de Carlos IV, sobre si fue libre o forzada, y concluyen con gran satisfacción que debe juzgar este punto el gran Napoleón I, Emperador de los franceses. Ya se ve que ni hay una sombra de derecho en esta loca pretensión. Pero se le dará de algún modo la confianza en este hombre del rey Fernando y sobre todo las muchas fuerzas que tiene dentro de España, y las pocas, y casi ningunas que él tiene. Tales negocios en manos de los fingidos, falsos y embrolladores franceses les suministrarían cien medios y arbitrios para dividir la Nación, debilitar la Monarquía y abatir al cabo el trono, como desean y ya han pretendido. Gran desconsuelo nuestro y de todos los jesuitas españoles al ver que antes de acabar la relación de los grandes sucesos de Madrid y de Aranjuez, que, como a toda la Nación, nos llenaron de gozo y alegría, ya tenemos a los ojos principios demasiado seguros de que no se han acabado los males y miserias de nuestra estimadísima patria. Los veremos y notaremos con nuestra acostumbrada sinceridad.

Día 26 de abril

Después de una prisión, en este castillo de San Ángel, por diecinueve días, y no poco molesta, se ha dado hoy finalmente libertad a los guardias nobles, o guardias de corps, del Papa, y se supone que queda deshecho su cuerpo, y a ellos se les ha intimado no servir a nadie, y la ciudad por cárcel; y no pueden algunos, que no son de Roma, retirarse, como quisieran, a sus lugares y a sus casas. Y ¿qué delito han cometido estos caballeros para haber sido tratados y serlo todavía con tanta dureza y rigor? Todo él consiste, como ya insinuamos el día de su prisión, y ya se sabe con seguridad, en que, convidados y solicitados por los franceses (y se supone con amenazas y con promesas que después no cumplen) a dejar el servicio del Papa y entrar en el del grande e invencible Napoleón I, Emperador de los franceses y Rey de Italia, todos ellos se negaron constantemente. Y qué delito hay en este su proceder. Absolutamente ninguno, y antes ha sido siempre hasta ahora que domina en el mundo la sabia e iluminada filosofía, una acción de honradez y de virtud, y en las circunstancias presentes más loable por estar más expuestos a trabajos y persecuciones, si conservan la debida fidelidad a su Soberano. Otro delito en el tribunal de los franceses cometen muy a menudo muchos señores y señoras de Roma. El general francés Miollis continua dando a la nobleza romana sus academias o fiestas de música y de baile con algún agasajo de refrescos y de otras cosas, y el día primero de Pascua la tuvo al modo regular, y me aseguraron que habían asistido a ella en buen número de uno y otro sexo. Pero muchos no aciertan

a disimular la mala gana con que van a ellas, y aun la repugnancia y disgusto con que están con los franceses, y es muy natural viendo cómo están tratando al Santo Padre y otras violencias e injusticias contra otros. Pero para Miollis y los suyos, como es un delito el no ser infieles al Papa, es también otro no estar muy alegres y contentos en sus academias.

Otra injusticia y violencia que han ejecutado en estos mismos días debía bastar, y basta efectivamente, para que se entristeciese toda Roma y se vistiese de luto. A nuestro arribo a esta ciudad el año primero del siglo encontramos por Gobernador de ella a monseñor Francisco Guidolano Cavalchini, cuyo celo, actividad y justicia limpiaron presto a Roma de innumerables forajidos y ladrones, de que había quedado llena de resulta de la revolución de esta ciudad y del Gobierno republicano. Hasta hoy se ha conservado en el mismo empleo y siempre con general fama y crédito de celoso y diligente Gobernador. Importaba mucho a los franceses ganar a este acreditado prelado Cavalchini para que continuase en el oficio de Gobernador de Roma. Después que se apoderasen de su Gobierno en nombre de su Emperador, y para rendirle y atraerle a darles este gusto, le han hecho, como se sabe con certeza, promesas muy grandes de honores y de intereses, y, mezclados con éstas, amenazas terribles de ser encerrado en un castillo y de pasar en él toda su vida. Monseñor Cavalchini, ya por su mismo honor y virtud, y ya por los ejemplos que ha tenido a la vista de tantos señores cardenales y del Santo Padre, Pío VII, ha despreciado sus amenazas y promesas y no ha titubeado ni un punto en la fidelidad al Papa, protestando constantemente al General francés que no continuará ni un día en el empleo de Gobernador de Roma, acabada la Soberanía del Santo Padre.

Se ha llegado pues a la ejecución de las amenazas, y el día veinte de este mes ya era público en Roma que el Gobernador estaba en su palacio arrestado por los franceses y que se le habían dado tres días para disponerse a la marcha. En efecto, al principio de la noche de este día veintitrés salió de la ciudad, por la puerta del Popolo, escoltado de algunos soldados franceses y muy aclamado y muy llorado por muchos del pueblo, que, sin temor alguno a la tropa francesa, se habían reunido en la plaza vecina. Es llevado, según la persuasión común, a un castillo de Fenestrelle en el Piamonte, que debe de estar destinado por los franceses para cárcel y prisión de gente honrada. Con esta ocasión ha aparecido en los sitios públicos una pasquinada contra los franceses y se reduce a decirles, con mucha razón, que los héroes invencibles de Marengo, Austerlitz y Jena, como ellos se llaman a sí mismos, no han venido a Roma sino a hacer el vilísimo e ignominioso oficio de esbirros o alguaciles, y efectivamente sólo se ocupan en prender, encarcelar y desterrar a quien se les antoja. Y oigo que algún otro oficial francés, que no ha acertado todavía a sacar del

todo de su ánimo la idea y carácter del verdadero honor, de la equidad y justicia, se muestra avergonzado por este modo de proceder de sus jefes, verdaderamente nuevo, extravagante, injustísimo y bárbaro, prendiendo, encarcelando, desterrando y encerrando en fortalezas y castillos a tantas personas ilustres sin otra causa ni delito que el no querer ser desleales al Papa, que aún es su Soberano, y no querer servir a su Napoleón, que todavía no lo es de modo alguno, y nunca lo será legítimo y con derecho.

Antes de partir, el gobernador Cavalchini escribió al Santo Padre una carta de despedida muy tierna y muy afectuosa, y en ella, a lo que oigo, le refiere a Su Santidad los ardides y máquinas de los franceses para hacerle entrar en el servicio de su Emperador, y le protesta que su heroica magnanimidad y constancia le ha inspirado a él la firmeza con que ha despreciado sus promesas y amenazas. Le pide su apostólica bendición, y que tenga a bien el conservar en su persona el empleo de Gobernador. Pío VII le respondió prontamente concediéndole todo lo que pedía, alabando con mucho encarecimiento su constante fidelidad, consolándole en sus tribulaciones, y protestándole una grande aflicción por su desgracia y por su pérdida. Esto es lo que pretenden los franceses con estas tiránicas opresiones de tantas personas ilustres, del cariño y estimación del Santo Padre, y siempre esperan que disgustado éste y abatido con tantas insolencias y agravios se rinda finalmente a la voluntad de su Emperador. Pero se han engañado y alucinado vergonzosamente en este punto, estos sagaces e iluminados políticos y su Napoleón y su Senado; pues es evidente que se hubieran hecho menos odiosos en Roma y en todo el mundo si, luego que entraron en esta ciudad, hubieran declarado al Papa decaído de su Soberanía, que con esta pueril y ridícula conducta, llena de contradicciones, de violencias y barbaridades. En el primer caso, que todos aquí y en todas partes tenían por cierto, todos hubieran dicho esta es una nueva injustísima usurpación y latrocinio, como la del Reino de Etruria y otras varias que ha creído conveniente para sus fantásticos planes filosóficos, y no se pasaría de aquí; y en el caso presente amontonar insultos, ultrajes y todo género de injurias al Santo Padre para rendirle y obligarle a dar gusto a su Napoleón, aun para con los jacobinos o ateístas romanos (y es lo más que se puede decir), se hacen risibles y despreciables. Pío VII nombró al instante Pro-gobernador o Gobernador interino y provisional de Roma a monseñor Tomás Arezo, que estuvo Nuncio, con el título de Embajador en la Corte de Pietroburgo, según aquí se notó a su tiempo[50], como también su expulsión de la dicha Corte y su vuelta a Roma[51]. Es siciliano, y esto será motivo suficiente para que se le quiten al Papa cuando se les antoje.

50 *Diario*, t. XXXVII, pp. 21 y ss.
51 *Diario*, t. XXXVIII, pp. 18 y ss.

Una observación que hacen todos en Roma, grandes y chicos, les hace sumamente aborrecibles a todos los que no han perdido enteramente la fe y Religión. Ella es ciertísima, y puede servir para dar a conocer en lo venidero el verdadero carácter en materia de Religión de esta raza de hombres, que está dominando en la Europa, y yo la presentaré aquí compendiosamente con las mismas palabras con que a mi presencia la hizo uno de estos días un Monseñor o Prelado. Aquí tenemos a nuestra vista desde el día dos de febrero, dijo mi Monseñor, ya ocho y ya diez mil soldados franceses, con sus respectivos oficiales mayores y menores, y con su comandante en jefe el general Miollis. En suma, tenemos a los ojos por tiempo considerable varios millares de franceses, y no desunidos, y cada uno de por sí, sino estrechamente reunidos en un cuerpo de Nación. Y ¿de qué Religión es este numeroso cuerpo de la nación francesa? En cuerpo de Nación, ¿qué Dios tiene, a quién adora y en qué acciones de culto exterior se ocupa a lo menos algunos días más solemnes? No ha dado hasta ahora en tres meses el menor indicio o muestra de que tenga algún Dios a quien adore, ni Religión, ni culto alguno.

¡Santo Dios!, exclamaba mi buen Prelado, ¡qué abominaciones monstruosas e increíbles se están viendo en la misma ciudad santa de Roma! Si estuvieran aquí por tanto tiempo y en tan gran número turcos o musulmanes unidos en cuerpo de Nación, turca o musulmana, si persas o chinos, o los más groseros y bárbaros idólatras de la América, todos tendrían algún dios o ídolo, Mahoma, Júpiter, Confucio o Iripiliputi, y en cuerpo harían para con él algunas ceremonias religiosas y le darían alguna adoración y culto. Y este cuerpo de la nación francesa, ¿no tiene Dios alguno, ni bueno ni malo, ni falso ni verdadero, a nadie adora, a nadie da culto? Así es y así debe ser, Monseñor mío, le dije yo. Y no sé desde luego la ignorancia o malignidad, o por mitad una y por mitad la otra, de los señores cardenales que, engañando al sencillo pontífice Pío VII, le indujeron a honrar, coronar y consagrar al Jefe de esta raza de hombres sin Religión, y a hacer paces y concordatos eclesiásticos, y otras tales cosas con él. La raza de filósofos incrédulos y de francmasones esparcida por toda la Europa y entronizada en la Francia tiene por sistema religioso la insensibilidad e indiferencia en materia de Religión, y, por consiguiente, en cuerpo no tiene ninguna. No impide absolutamente que el judío haga de judío y el católico de católico, y efectivamente se ha visto que algún otro soldado se ha confesado en esta Semana Santa, y que alguna vez se ha visto alguno en la iglesia oyendo misa. Pero han sido poquísimos, y los comandantes y demás oficiales, entre los que no se ha visto ni uno siquiera que haya hecho el menor acto de Religión, con muchos medios y arbitrios, y ocupándoles de propósito en evoluciones militares las mañanas de los días festivos para que, aunque quieran, no puedan oír misa, les van prácticamente inspirando olvido

y desprecio de las cosas de la Religión, y llevando por consiguiente a su insensibilidad e indiferentisimo.

Por lo mismo que no tienen Religión alguna y que están propiamente en este punto *tam quam tabula rasa*, como se suele decir, hacen la ceremonia de adoptar y profesar externamente cualquiera, sea la que fuere, si, según las circunstancias del tiempo y del lugar o país, la tienen por necesaria o conveniente. Así, Buonaparte, prontamente y sin dificultad ni repugnancia, aceptó y profesó el Alcorán en Egipto, y se hizo turco o musulmán, y entre los turcos y musulmanes para aficionarles a su persona se jactó públicamente de haber abatido al Papa de los cristianos. Vuelto a Francia renegó del Alcorán y apareció un fervoroso católico, y un poco más adelante por las ilusiones, condescendencias indignas, bajezas y abatimiento de Roma, un restaurador y protector de la Religión Católica, y como tal coronado y consagrado por el Papa; y, después de todo este aparato de catolicismo, ha preferido en muchas ocasiones el luteranismo, calvinismo y judaísmo a la Religión Católica.

A imitación de su Emperador y Jefe en España hacen los franceses con bastante generalidad de católicos, según se puede entender por alguna otra cosa que de ella se escribe, porque fácilmente comprenderán que, si no son tenidos por católicos, serán muy mal recibidos por todos los españoles, exceptuando solamente aquellos algunos millares de filósofos, francmasones y jansenistas de la Corte y de algunas ciudades populosas. A la mitad de marzo llegó carta de un religioso trinitario calzado en Logroño a otro religioso de la misma orden que es aquí en Roma Ministro o Procurador General. En ella, como sé de la boca de este padre Ministro, le decía el de Logroño que el día de la Purificación de Nuestra Señora habían asistido con mucha devoción los oficiales y soldados franceses, que estaban alojados en su convento, a la función de la bendición de las candelas y todo lo demás de la procesión y misa cantada. Y si lo han hecho así aquellos franceses en Logroño, lo mismo harán ellos y otros en otras partes, porque tendrán su secreta instrucción sobre este punto. Más que su devoción, les hubiera gustado a aquellos religiosos que la tropa francesa hubiera tenido más juicio, mejor orden y disciplina en sus movimientos y marchas, pues a su partida dejaron los franceses fuego o luces encendidas, y de aquí se siguió un incendio tan grande que se quemó la mitad de aquel su hermoso convento.

Este catolicismo de los franceses en Logroño es alguna prueba, como ya insinuamos, de que generalmente a todos se les habrá encargado apretadamente que en España hagan de católicos para no escandalizar ni irritar a los españoles. Pero mucho más lo es una pomposa acción de catolicismo que hizo el gran Murat y su ejército el primer día de fiesta después de su entrada en la Corte de Madrid, según se refiere en estas gacetas del país. En ellas se nos

dice en sustancia, que el gran duque de Berg hizo celebrar en una iglesia de Madrid una misa solemne militar, a la que asistió Su Alteza, y en su compañía, como se supone, toda la oficialidad y de algún modo todo su ejército, y se añade que quedaron muy edificados los españoles. Yo me he reído a rienda suelta y a carcajadas, como se suele decir, y sin libertad, de esta gran misa de Murat y de sus oficiales en la Corte de España, y se han reído todos los que les conocen alguna cosa, viendo una hipocresía tan pueril, tan ridícula y tan descarada, y sobre ella sólo quiero insinuar la reflexión que salta luego a los ojos, como que los franceses dan a entender que les perjudicaría más en España el no aparecer católicos que en Italia y en la misma ciudad santa de Roma; y con esto ciertamente no se engañan. Con ocasión de esta misa de Murat en Madrid, oigo una furtiva expresión en punto de mira de este comandante Miollis, que, como ya dijimos, acudió a la capilla o función eclesiástica que se hizo en el palacio pontificio del Quirinal, celebrando, el veintiuno de marzo, el aniversario de la coronación de Pío VII, y se redujo a decir que él no oía misas sino de coronaciones, pues desde la misa de coronación de Buonaparte en París no había oído otra hasta ésta de la coronación del Papa. Y estos hombres, que no hablan de la Religión sino para burlarse de ella, han sido tenidos por católicos por muchos cardenales y por el Papa, engañado por ellos. Monstruosa ilusión de Roma que ahora está pagando teniendo sobre sí y oprimiéndola según se les antoja a estos infames, públicos y notorios apóstatas de la Religión.

Día 28 de abril

En las cartas de Bolonia han llegado en pocos días avisos de las muertes de dos sujetos de nuestra provincia de Castilla. El día once de este mes de abril murió en la misma ciudad don Juan o el padre Juan Aparicio[52], mi condiscípulo de Filosofía en Medina del Campo y de Teología en la ciudad de Salamanca. Fue siempre un hombre quieto, moderado y humilde, y de un proceder regular, así de escolar o estudiante como de religioso, sin que, en tantos años que vivimos juntos, ni una sola vez cayese por algún lado en algún exceso que mereciese corrección o penitencia alguna por parte de los superiores, y no es pequeño elogio de su persona, pues en la Compañía ni aun en los hombres más autorizados se disimulaban y dejaban sin reprensión, y aun sin castigo, faltas algo notables. Antes del año de tercera probación, y después de él, se

52 Se refiere a Juan Manuel Santos Aparicio, sacerdote que trabajaba en el Colegio de León, en el momento de la expulsión, y que había entrado en la Compañía en octubre de 1752. Embarcó hacia el destierro el 25 de mayo de 1767 desde el gallego puerto ferrolano y a bordo del navío "San Genaro".

empleó por tres o cuatro años con la misma pacífica y loable conducta en el penoso ministerio de enseñar a los niños los primeros rudimentos de la Gramática, y en este oficio estaba todavía el año de sesenta y siete, en el que se ejecutó el primer ruidoso destierro de la Compañía de Jesús de todos los dominios de Su Majestad Católica. En este terrible caso y en todos los atropellados viajes de mar y tierra, y en todo el tiempo que duró la Compañía en el Estado del Papa, fue siempre el mismo en su proceder pacífico y religioso. Después de la extinción de la Compañía, el año de setenta y tres, estuvo siempre a nuestra vista, y jamás se dijo de él cosa alguna reprensible. El año de noventa y ocho se fue a España, como hicieron por la mayor parte los de la nuestra provincia de Castilla, y fue a establecerse en la ciudad de Granada, en Andalucía, por estar de Oidor en la Chancillería de aquella ciudad su hermano don Carlos Santos Aparicio[53]. En su compañía estaba con mucho gusto y con toda comodidad y regalo, como él mismo me aseguró más de una vez en sus cartas. Obedeció, no obstante, prontamente, al decreto del Rey de segundo destierro a la Italia el año primero de este siglo, y se vino al puerto de Cartagena, en el cual por el buen corazón para los atribulados jesuitas de su dignísimo Gobernador, el difunto marqués de la Cañada Ibáñez[54], no se hizo embarco de ellos para Italia en los quince o dieciséis meses inmediatos al Decreto. Le hubiera sido pues fácil al P. Juan, con esta dilación del embarco, haber conseguido facultad para quedarse en la casa de su hermano. Pero vino a Génova en el agosto del año siguiente con los demás que vinieron de Cartagena, y desde allí se volvió a su antigua residencia de Bolonia, en la que había vivido treinta años antes de partir para España, y en ella ha muerto piadosamente el dicho día once, y habrá sido sepultado, como todos los demás, en el camposanto del monasterio de los cartujos. Era natural de la ciudad de Valladolid, en donde nació el día veintitrés de junio del año mil setecientos treinta y siete.

El día quince de este mismo mes murió en la pequeña ciudad de Cento, poco distante de Bolonia, el P. Eugenio Álvarez[55]. En el primer destierro de la Compañía, el año de sesenta y siete, le cogió estudiando Teología en Salamanca, y continuó sus estudios en Calvi de Córcega y en el Estado Pontificio,

53 Carlos Santos Aparicio y Mansilla, natural de Valladolid. Alcalde del Crimen e hijosdalgo de la Chancillería de Granda, en la vacante de Francisco Domenech, desde 1788, fue tras el fallecimiento de Manuel Nava Carmona ascendido a Oidor en 1791. AHN, *Consejos*, Libro 740: *Título de oidor de la Chancillería de Granada a Carlos Santos Aparicio*, Madrid, 3 de marzo de 1791, y en *Gaceta de Madrid*, 1 de marzo de 1791, p. 147.

54 Marqués de la Cañada Ibánez, Gobernador de Cartagena desde 1799, por promoción de Juan Miguel Vives a Capitán General de Mallorca, en *Gaceta de Madrid*, 25 de octubre de 1769, p. 928.

55 Eugenio Álvarez, gallego de nacimiento, embarcó hacia el destierro el 25 de mayo de 1767, desde El Ferrol y a bordo del navío "San Genaro".

y ya los había acabado algún otro año antes de la gran desgracia de la extinción. En aquel tristísimo año de setenta y tres vivía, ya sacerdote, en una de las casas de la provincia en la dicha ciudad de Cento, y allí ha vivido constantemente estos treinta y cinco años que han pasado desde la extinción de la Compañía. Yo apenas le conocía y nunca he tenido ocasión de tratarle. Pero sé con toda seguridad que era un hombre inocentísimo, muy pacífico, manso y humilde, y propiamente un ángel, y uno de aquellos pocos, como decían sus condiscípulos, de quienes se suele decir, para significar su candor e inocencia, que no pecaron en Adán. Era natural de San Finés, en el obispado de Orense, en el reino de Galicia, y nació a veintinueve de mayo del año de mil setecientos treinta y nueve. Bolonia y sus cercanías han sido puntualmente por cuarenta años seguidos la morada común de los jesuitas castellanos o de la provincia de Castilla, que por el otoño del año de sesenta y ocho del siglo pasado llegaron y se establecieron en ellas. Su temple, pues, y su clima les debía de ser tan connatural y tan favorable como el del país en que nacieron. No obstante, en estos últimos años han muerto muchos más, atendido el número de todos en la colonia boloñesa de la provincia de Castilla, que en la de España y en la de Roma, y en ésta en dos años se puede decir que no ha muerto ninguno, aunque se compone todavía de más de cuarenta.

Día 30 de abril

En este último día de abril diremos lo que se pueda con fundamento de todo género de guerras. En la del Norte de todos contra el Rey de Suecia se muestra muy fervoroso el Emperador de la Rusia, y sus tropas, aun en un tiempo tan rígido en países tan septentrionales, la van haciendo con ardor en la Finlandia, y van teniendo ventajas considerables contra los suecos, que, siendo en menor número, se van retirando. Tanto empeño tiene el Emperador Alejandro en servir a Buonaparte en su grande empresa de hacer a todos los príncipes del continente de la Europa enemigos de los ingleses. Pero hasta ahora no lo ha conseguido de aquel Soberano, ni se ven indicios de que lo consiga tan presto. Del ejército de Bernardotte, compuesto de españoles y franceses, sólo se dice, con bastante seguridad, que los primeros, o todos, o en número considerable sobre el hielo han pasado a una isla no lejos de Copenhague. En la Turquía, en cuanto aquí se puede saber, están las cosas en el mismo estado de indecisión. Una semana se cree guerra contra los turcos y rusos, y otra se ajustan sus diferencias con los manejos de la Francia. Buonaparte teme más al Emperador de la Rusia que al de los turcos, y, por consiguiente, si el primero tiene sus pretensiones contra el segundo, como ciertamente tendrá, o habrá al cabo guerra entre los dos, o el turco habrá de hacer sacrificios para impedirla.

La guerra de los franceses contra las Calabrias con verdad se tiene por concluida a vuelta de dos años, y su conquista más parece obra de sus acostumbrados artificios que de su jactado valor. Contra Sicilia no han hecho ni aun intentado cosa alguna, aunque aquí se creyó que ya habían hecho un desembarco de mucha tropa, y parece que el Rey de las Dos Sicilias, José, desde que puso el pie en Nápoles debía de hacer esfuerzos extraordinarios para conquistar y llegar a poseer la segunda. Los ingleses, si hubiéramos de creer a los romanos, se han apoderado en estos días de las islas Prosida e Ischia, más inmediatas a Nápoles que la de Capri, en la que entraron hace ya mucho tiempo. Mucho más cierto es que se han apoderado de una pequeña isla llamada Ponza, no lejos de tierra entre Gaeta y Terracina. Estas islitas les sirven mucho para hacer más fácilmente y con mejor suceso el corso sobre todas estas costas desde Civitavechia hasta Nápoles; y aun algunos dicen, y yo lo tengo por cierto, que esta última les sirve también para tener alguna comunicación con Roma, pues, por más que estén alerta los franceses, no es difícil que los ingleses se arrimen de noche sin ser vistos a la costa, y desde allí, con persona bien pagada del país, envíen cartas a Roma y las reciban. A la verdad es el único modo algo seguro para que los ingleses puedan tener alguna correspondencia con el Papa, como ciertamente desean, y no dejaron de mostrarle su contento y satisfacción por su constante firmeza en no ceder a los franceses su Estado y en no declararse contra ellos; y en esta noche oscura en que nos hallamos, de lo que sucede en otros países, por la absoluta tiranía de los franceses, no ha dejado de correr un rumor de que en Londres se ha aplaudido y celebrado mucho la vigorosa e impertérrita conducta de Pío VII, aunque oprimido por las armas francesas, y que se ha pensado allí o en Irlanda, o en ambas partes, en socorrerle en sus necesidades y angustias.

Y nuevamente tendrán que aplaudir los ingleses, como las aplaudimos todos en Roma, otras vigorosas resoluciones del Santo Padre. Ya dijimos el catorce de marzo cómo Su Santidad había enviado a París con su confidente correo Bartolomé un pliego para el cardenal legado Caprara, y que en él se le suspendían las facultades extraordinarias que le comunicó al partir de Roma. Bartolomé llegó sin embarazo al tiempo regular a París, y por los efectos se sabe ya con certeza que en su pliego se le comunicó a Caprara la dicha suspensión de sus facultades, y en él se contenía también amenaza nada oscura del Papa de hacer uso de su sagrada potestad de Cabeza de la Iglesia. Con esta expresión cierra Pío VII aquella su carta al dicho Cardenal Legado, o más bien la que en ella incluyó para el mismo Buonaparte. *Non ci costringerete, che ancor oggi nell'umiltá del nostro cuore facciamo uso di quella forza che l'onnipotente ha posto nelle nostre mani e non ci darete ulteriori motivi di far conoscere al mondo tutta la giustizia della nostra causa. Altrimenti i gravi danni che*

derivar potranno, andranno tutti sulla vostra responsabilità[56]; y quiere decir: vos no nos obligareis a que Nos, no obstante la humildad de nuestro corazón, hagamos uso de aquella fuerza que el Omnipotente ha puesto en nuestras manos, y no nos daréis nuevos motivos de hacer conocer a todo el mundo la Justicia de nuestra causa. De otro modo seréis responsable de los grandes daños que de aquí podrán resultar.

Todo se lo comunicó al Emperador el cardenal legado Caprara, y, siendo por consiguiente inútil su permanencia en París, pidió los acostumbrados pasaportes para restituirse a Roma o a su iglesia de Milán. ¿Cuál sería la cólera y furor de este hombre tan orgulloso y soberbio como el mismo Lucifer, al oír la vigorosa resolución y las terribles amenazas del humilde pontífice Pío VII, sin embargo de tenerles entre sus manos postrado y abatido en su misma casa con sus invencibles tropas? Si algún curioso que oyere esas luciferinas y furiosas expresiones las ha escrito y notado para que llegue su noticia a la posteridad, se entenderá con evidencia que son más soberbias y más furiosas que la que se puede entender de ellas por nuestras ponderaciones. Prontamente se dio respuesta por parte del Emperador a todo lo que se le comunicó por el Cardenal Legado en nombre de Su Santidad, y al mismo se le ofrecieron los pasaportes que pidió para retirarse de París y restituirse a la Italia. No obstante, aunque había tiempo suficiente desde que dio aquel paso y pidió sus pasaportes antes de acabarse el mes de marzo para que hubiese partido de aquella Corte y hubiese aparecido en la Italia, se tiene por cierto que, a la mitad de abril, aunque había bajado las armas pontificias de la fachada de su palacio, no se había movido de París, y se cree que puede haber sido la causa el que en aquella misma capital, aunque es la Corte y centro de la filosofía anticristiana, se había notado alguna conmoción del pueblo por la partida del Legado Pontificio, y sería muy fácil comprender que sería mucho mayor en las provincias, que no son tan filósofas como la ciudad de París.

Hacia la mitad de este mes de abril, aunque el correo del Papa, Bartolomé, no llegó hasta algunos días después, ya estaba en manos de Su Santidad la respuesta de Buonaparte, y se empezó a ver en movimiento y agitación al secretario Le Fevre, que quedó encargado de los negocios de París a la partida del mismísimo Alquier. Y en cuanto a la sustancia, o puntos principales de ella, no siéndonos posible tenerla a la mano y menos trasladarla, daremos con bastante seguridad y exactitud alguna razón y noticia de ellos. Y ante todas cosas es muy notable una expresión que jamás se habrá dicho en su misma casa por ningún católico, ni aun por ningún hereje, ni por algún turco de alguna honradez y crianza a un Romano Pontífice, y al mismo tiempo Príncipe Soberano.

56 Agradecemos la transcripción a Gaetano Cerchiello.

Esta es que el Emperador no permitirá que el Papa *por su ceguedad, obstinación e imprudencia impida la grande obra del genio de las luces y de la política*. Así le habla a Pío VII el gran católico y gran protector de la Religión Católica, el hijo primogénito de la Iglesia, a quien coronó y consagró por su mano por Emperador de los franceses. Pero ni aun extraña este insolentísimo ultraje de la sagrada persona del Vicario de Jesucristo quien conoce medianamente el carácter de estos filósofos incrédulos y de su filosofía, y la naturaleza y calidad de sus filosóficos planes y proyectos, con los que quieren usurpar todos los estados del mundo y borrar de la sobrefaz de la tierra la Religión revelada del Hombre-Dios, a quien en cien libros suyos tratan de impostor, de infame y de charlatán. ¿Qué extraño pues que a su Pontífice y Vicario le ultrajen e insulten, si pueden hacerlo impunemente? Lo más extraño es, como hemos notado cien veces, que hasta pocos meses ha no se les conociese en Roma, y mucho menos tratase como merecían, aunque ya ha casi medio siglo que empezaron a ejecutar, a cara descubierta, su plan de irreligión e incredulidad, y casi veinte que lo ejecutaron con sumo descaro y osadía en la revolución republicana de la Francia.

De las amenazas del Pontífice se ríe Buonaparte, como que tiene seguridad de que ya está el mundo tan iluminado con las luces de la filosofía que no hay que temer que estos espantajos de excomuniones de los Papas causen aquellas conmociones populares que en los tiempos pasados, en que dominaban entre los católicos la ignorancia y superstición. Es sin duda ciertísimo que los entredichos y excomuniones no harán ahora la mitad de impresión ni acaso la tercera parte de la que hubieran hecho cuarenta o cincuenta años ha, cuando la filosofia no tenía grande influencia en Francia y en España, y en otras partes ninguna. Sería fácil demostrarlo, pero lo entenderá fácilmente cualquiera por sí mismo si echa una ojeada con imparcialidad sobre los reinos católicos en las dos épocas dichas. Y no faltaron en Portugal, después en Francia y últimamente en España, atentados gravísimos contra la Iglesia y contra la Religión, que en otros tiempos de un celo más puro y más ardiente de Roma los hubiera mirado como dignísimos de todos los anatemas. Mas se creyó, o por lo menos se procedió como si se creyera, aunque con poquísimos fundamentos, que todos aquellos atentados de los dichos gobiernos nacían únicamente de aversión y odio contra la Compañía de Jesús y contra sus hijos, y no de proyecto o designio contra la Religión. No obstante la mucha satisfacción del Emperador francés en este punto, no es cierto que no harán impresión alguna las excomuniones del Papa en el ínfimo pueblo francés, especialmente de las poblaciones pequeñas y de la campiña; y se puede colegir de la piadosa conmoción que causó en esta parte más numerosa de la población en todos los países la presencia de Pío VII cuando fue a París para coronar y consagrar a este hombre.

La suspensión de las facultades del Cardenal Legado ha turbado tan poco al Emperador que antes da muestras de alegrarse de esta determinación del Papa, porque le parece una ocasión oportuna para que el clero galicano recobre sus antiguas facultades. Aquí entra segurísimamente el lenguaje y frasario del jansenismo, y quiere decir que es buena coyuntura y circunstancia muy favorable para que el dicho clero galicano ponga la Iglesia de Francia en aquel estado que tuvo, según los jansenistas, en los primeros siglos de la Religión cristiana, sin dependencia alguna del Romano Pontífice, o sólo en algún negocio de suma importancia y sin hacer recurso a él para cosa alguna, sino sólo para hacer la ceremonia de comunicarle, como a centro de la unidad, las nuevas elecciones de obispos. Veremos qué efectos tiene esta declaración de Buonaparte al clero de Francia, y no se puede menos de temer que los tenga malos, pues el dicho clero o cuerpo de obispos en fuerza del Concordato con Roma se compuso por mitad de obispos intrusos republicanos.

Causa risa una reflexión, que se hace en nombre del gran Napoleón I sobre esta determinación del Papa. Ella es, se dice en la respuesta imperial, una declaración de guerra de Pío VII al Emperador, y ¿por qué no ha de poder el Papa declararle a él una vez guerra espiritual, después que el Emperador se la ha declarado militarmente dos veces? Asentado este punto de declaración de guerra por el Papa, con un ingenio soberano se hace este profundo y sublime discurso o raciocinio. A la guerra le sigue la conquista, y a ésta la mudanza de Gobierno. Si quisiera reflexionar un poco sobre este raciocinio de estos sapientísimos filósofos, la demostraría fácilmente falso, inconsiguiente y ridículo. Basta decir que es inútil e impertinente. ¿A qué viene esta amenaza de conquista de Roma como resulta de la declaración de guerra del Papa, habiéndola hecho ya gloriosamente sus armas siempre victoriosas el día dos de febrero de este año, como se contó con suficiente claridad en este escrito? Aun se debe decir con toda verdad que ya le destronizó y quiso el Gobierno de Roma y de todo su Estado, pues, si no se hizo aquel mismo día todo, fue únicamente porque les desconcertó su designio y su plan la repentina y no esperada magnanimidad y fortaleza del tímido y pacífico Pío VII. Para hacerlo pues todo no necesita de nuevos ataques y conquistas de Roma, y sólo le falta acabar de perder algún respetillo por intereses que debe tener al género humano y mucho más al mundo católico; porque será una acción vilísima e indecentísima oprimir y destronizar sin una sombra de razón y de derecho a un piadoso y desarmado Pontífice que no le ha hecho la menor injuria, y antes, por el contrario, le ha hecho por muchos y muy estimables beneficios y honores.

Por este único respeto o temor, y de ningún modo por equidad y moderación, de que son incapaces los filósofos, lejos de quitarle el Gobierno y destronizarle, le propone una capitulación o proyecto de paz que él tiene por más

ventajoso al Papa que los antecedentes, y supone que será aceptado por Su Santidad. Ya no se trata de intimarle que ceda su Estado, ni tampoco que entre en la Confederación de Italia bajo la protección de Napoleón I, sólo se le pide que haga con Su Majestad Imperial un tratado de alianza general ofensiva y defensiva; y se supone que los franceses y sus aliados hacen grandes ponderaciones sobre la condescendencia y moderación del invencible Napoleón I, que, pudiendo siempre que quiera destronizar del todo al Papa, se contenta con tan poca cosa como una alianza, que es muy común y regular entre dos potencias amigas. También debe de haber merecido la aprobación de los cardenales Antonelli y de Pietro, que son dos de los pocos que siempre han inclinado al Pontífice a condescender en todo con los apóstatas franceses, pues, según oigo, hicieron sus diligencias para mover al Papa a la aceptación de este último plan de alianza con el Emperador, ponderándole mucho la necesidad de condescender en algo para no perderlo todo. No oigo lo mismo del cardenal Consalvi, aunque, si no se ha mudado enteramente, de lo que no hay indicio alguno, estaría prontísimo a hacerlo. A la verdad, este cardenal Consalvi, que vendió al Papa, a la Iglesia y a la Religión, viendo el miserabilísimo estado de las cosas que él no habría creído del todo, debía arrepentirse muy de corazón, o ahorcarse como otro Judas.

El magnánimo y constantísimo Pío VII ha respondido demostrativamente con sinceridad y con vigor a todos los puntos de la última respuesta del Emperador y se niega resueltísimamente a entrar en la alianza ofensiva y defensiva con el Gran Napoleón, y con muy buenas y muy sólidas razones demuestra la justicia de su resolución y hace ver con claridad que la alianza que le propone es tan mala o peor que la Confederación a que antes no quiso acceder. Es sin la menor duda heroica la firmeza y constancia del piadoso pontífice Chiaramonti, Pío VII, especialmente siendo poco conforme a su natural genio y carácter, pues, estando en manos de tales hombres, de quienes ya sabe muy bien que son tan capaces como los Nerones y Dioclecianos de todo género de crueldades y fierezas, no puede tenerla sin despreciar del todo su vida y sin estar preparado y pronto a sufrir cualquier género de muerte.

El secretario francés La Fevre, que hace de Ministro, se mostró muy disgustado y aun turbado con la dicha respuesta del Papa porque él supondría, y de cierto lo deseaba, que Su Santidad admitiera la propuesta alianza con el Emperador, y basta para creerlo el que no puede ser tan impío como el antecedente Alquier, habiéndose mostrado católico, recibiendo los sacramentos en una grave enfermedad que tuvo. Procuró pues con toda eficacia inducir al Santo Padre a la aceptación de la dicha alianza con Su Majestad Imperial, y al mismo tiempo le hizo saber que, si no la aceptaba, tenía orden de retirarse de Roma. Al Papa no le hizo fuerza alguna esta amenaza de salir de esta ciudad,

y no le debía hacer porque sé qué se le dará a Pío VII de que este La Fevre, ni el otro Alquier, ni otros ciento como ellos se vayan de Roma. Aquí se ve el orgullo y soberbia de estos hombres, porque Buonaparte y sus franceses creen, se alzan como si creyeran, que la partida de la ciudad de un Ministro suyo en aire de enojado y de enemigo es un rayo de su soberana indignación tan espantoso y tan formidable que el Papa, los cardenales y todos los romanos, y las piedras mismas de las calles debían de temblar y de estremecerse; y sucede tan al contrario que todos se ríen de estas pueriles, absurdas y contradictorias políticas, de estos grandes e iluminados filósofos, ya teniendo Ministro, aunque el día dos de febrero declararon e hicieron la guerra, y ya retirándose un Ministro en aire de amenaza y de rotura, y quedándose las cosas en el mismo estado que antes, como sucedió en la partida de Alquier y va también sucediendo en la del secretario Le Febvre.

En efecto, hacia el veintitrés o veinticuatro de este mes de abril, cumpliendo su terrible amenaza y el orden de su Emperador, descargó sobre el Papa y sobre Roma el formidable rayo de privarles de su presencia, si no tuviera la resulta, como se teme, de apoderarse del Gobierno y de consumar el destronizamiento del Papa y de llevarle a otro país, todo el fuego de tal rayo será de una alegre iluminación. Quedan pues todas las cosas hasta este día en el mismo estado que antes, y acaso se conserva alguna comunicación ministerial, por medio de algún segundo o tercero secretario, o de un cierto Alberti, que hace de Ministro del Reino de Italia, o de la Corte de Milán, y continúa pues el Papa sin novedad alguna, escondido en su palacio del Quirinal, sin haber salido de él ni una vez sola en estos tres meses, y continúa el general Miollis, rodeado de algunos pocos millares de soldados franceses, en hacer todo lo que se le antoja en todos los ramos del Gobierno. Un estado tan violento y tan ridículo, llamando al Papa Soberano y tratándole al mismo tiempo de súbdito, de prisionero, y aun de esclavo, no puede durar largamente.

MAYO

Día 2 de mayo

El joven Escandón, Tesorero de España, ha hecho particulares esfuerzos y diligencias para que se nos diese nuestro socorro extraordinario, y después de haber solicitado alguna otra vez insistentemente el permiso u orden necesario del señor ministro Vargas, asegurándole que tenía dinero suficiente para que se nos diese. Finalmente, el día veintisiete de abril estuvo ya acomodado el negocio, y don Jacinto, el Pagador, fue a la Tesorería para traer el dinero al palacio, y se nos dio aviso formal de acudir a cobrarle, y efectivamente acudieron algunos al palacio la tarde del dicho día veintisiete. Pero se le debió atravesar algún escrúpulo a Su Excelencia y revocó el orden o permiso dado al tesorero de entregar la cantidad conveniente al pagador don Jacinto, a quien encontré cuando volvía de la tesorería y me contó con sinceridad el chasco que se había llevado no habiéndole entregado el dinero. No es fácil que nosotros sepamos en particular el escrúpulo que se le atravesó al señor Vargas y le movió a revocar el dicho orden. Pero en general, sin hacerle agravio, se puede creer que fácilmente le persuadirían que primero se debía pensar en su persona, y en los que la rodean, y en otros muchos pensionados de España, que en los jesuitas, y por consiguiente que era necesario informarse bien del dinero que había en la Tesorería, teniendo presentes las críticas circunstancias de la Corte de Madrid, según se entienden por las cosas que se escriben de Francia, antes de dar este paso y de gastar tres o cuatro mil pesos duros en dar el socorro a estos hombres. El carácter de este Ministro, mostrado en varias ocasiones en materia de intereses, y generalmente el de los que le rodean, como secretario, asociados, y con otros nombres, no nos dan motivo suficiente para hablar de esta manera, sin hacerles la menor injuria.

Y si nos fuera permitido representar sobre este asunto, con no despreciables razones, le probaríamos al Ministro que debemos ser preferidos en la paga de nuestro socorro y pensión a los más que tienen sueldos y pensiones de España. ¿Qué clase hay de hombres, ni qué hombre particular entre todos

los que tienen sueldos y pensiones de España que se halle en un estado tan miserable como los jesuitas españoles, ancianos por la mayor parte, desterrados de España y confinados y clavados por fuerza en un país extraño? ¿Y por qué no se ha de socorrer antes a estos pobres y verdaderamente necesitados e incapaces de buscar un pedazo de pan para no morirse hambre, que a tantos jóvenes, bien provistos de todo, no forzados a vivir en estos países y que pueden irse libremente a buscar que comer en su patria o en otras partes? Fuera de que la calidad de nuestras pensiones y la de los sueldos y pensiones de los demás nos dan un derecho no muy oscuro de ser preferidos a todos. Los sueldos y pensiones generalmente de todos los demás se fundan en favores o elecciones gratuitas del Rey para algún oficio, y se pagan propia y directamente por el erario de Su Majestad. ¿Por qué tiene este señor don Antonio Vargas doce mil pesos duros por un lado, y otros doce mil por otro, y por un tercero título otros seis mil? Porque el rey Carlos IV, libre y graciosamente, le nombró su Ministro en Roma y Agente de la Nación en esta Corte, y después le ha hecho del Consejo de Estado, y claro está que dos de los dichos sueldos salen directamente del erario de Su Majestad. Por el contrario, nuestra pensión es de rigurosa justicia y no se funda en gracia alguna del Rey, ni en elección para algún empleo, ni sale propiamente del erario de Su Majestad, sino de los bienes y rentas de los colegios de la Compañía en España y en la América. Por tanto, si alguna parte de este dinero que últimamente ha venido, como es muy creíble, ha salido mediata o inmediatamente de nuestras temporalidades, no tiene verdaderamente poder y autoridad este señor Vargas para convertirle en pagar sueldos y pensiones a otros, ni aun a sí mismo.

Mas al fin debe de haber dinero para todos, y efectivamente uno de los pensionados de las bellas artes me ha dicho que él y los demás han cobrado sus pensiones, al modo regular, del antecedente mes de abril. Ha habido pues también dinero para nosotros, y ayer, primero del corriente mayo, se dio principio a la paga de nuestro extraordinario socorro, que es, como hemos dicho algunas veces, de cincuenta ducados para todos, y según la presteza con que acudía la gente no será extraño que ya le hayan recibido todos. La necesidad verdadera de no pocos y el peligro en que todos hemos estado de perderle, han sido causa de que se acuda con mayor prontitud que en otras ocasiones para cobrarle y sacarle efectivamente con la mano. Qué sé yo, decía también graciosamente algún otro, si llegará alguna mala noticia o le dará algún nuevo consejo alguno de los interesados en este negocio a este señor ministro Vargas, y, por otro escrúpulo que se le venga a la fantasía, mandará que se suspenda la paga y me quedaré yo sin el socorro, aunque otros lo hayan cobrado. En todo acontecimiento lo más seguro es cogerlo cuanto antes y al fin hay para ir comiendo algún otro mes.

A los jesuitas españoles que cobran su pensión en Génova y en Bolonia hasta ahora no se les ha pagado el trimestre que debían haber recibido en los primeros días del mes pasado de abril. Por lo regular, a lo que entiendo, no les va el dinero para sus pensiones de esta tesorería de Roma, sino que lo reciben de mano de un banquero genovés llamado Gnecco que tiene inmediatamente correspondencia con Madrid, y, aunque se supone que le han venido letras o cambiales de la Corte, como a este Tesorero, por el estado de las cosas en España, no las tiene por buenas y seguras y no quiere dar dinero; y según las últimas y modernas cartas de Bolonia no se ve indicio de que con las novedades de Madrid y con la aclamación del rey don Fernando quiera darlo. Quedan pues en peor estado que nosotros todos los jesuitas españoles que cobran su pensión en las dichas ciudades de Bolonia y Génova, que serán como unos cuatrocientos, y no pocos, especialmente de los coadjutores o legos, que se han casado, desde el primer día que les falta la pensión padecen hambre y necesidad. Lo peor es que los rumores que llegan de la Francia nos hacen temer con fundamento que su trabajo irá adelante, y que los de Roma les acompañaremos en él desde el mes de julio.

Día 7 de mayo

Está ya consumada a toda satisfacción de los franceses la supresión de los correos españoles desde Italia a España, y desde aquella Corte y Reino a Roma y a todo el resto de la Italia. El ministro español don Antonio Vargas pidió al general francés Miollis lo necesario de su parte en las circunstancias presentes para despachar según costumbre un correo a España el día treinta de abril, y absolutamente se lo negó. Están pues parados en Roma cuatro correos de gabinete de España, y son los que debían haber partido, según la costumbre establecida, el quince y treinta de marzo, y el quince y treinta de abril. ¡Qué brutal despotismo, desconocido en el mundo hasta que han llegado a dominar en él los humanísimos y dulcísimos filosofastros franceses, que aún en el día están ofreciendo al género humano sacarle de la tiranía de los antiguos monarcas y hacerle feliz y libre! Conque el Ministro plenipotenciario del Rey Católico en Roma no ha podido escribir un renglón al Rey y Ministerio de España sino por medio de los correos franceses en los dos meses pasados de marzo y abril, es evidentísimo, no pudiendo tener otro correo o camino por donde remitir sus cartas con alguna seguridad. Y si se ha abatido, aunque lo dudo mucho, a escribir por su medio se guardará muy bien de decir en sus cartas, aunque fuesen dirigidas al Primer Secretario de Estado o al mismo Rey, una sola palabra que pudiera disgustar a los franceses, sea sobre el presente estado de Roma o sea sobre el negocio más delicado y más importante

del gabinete, pues lo menos que debía temer era que segurísimamente no llegarían sus cartas a Madrid. Y si por medio del Ministro no ha ido a España en estos dos últimos meses ni una sola palabra sobre el verdadero estado de Roma, claro está que no habrá llegado en las cartas de los particulares, aunque algunos lo hayan dicho, pues habrán sido evidentemente interceptadas y echadas al fuego; y para hacer esta importante diligencia de leer todas nuestras cartas desde Roma, como sabemos con toda certeza, van en derechura a París, y, hecha la grande operación, dejan seguir a su destino aquellas solas que nada contienen que les disguste.

Consiguen pues una cosa, al parecer imposible, conviene a saber que en España no se sepa con alguna certeza y publicidad lo que están haciendo en Roma a vista del sol y de ciento cincuenta mil moradores de esta ciudad, y no es esto todo, y, añadiendo sus charlatanerías y palmarias mentiras, logran que casi se crea lo contrario. Yo he visto con mis propios ojos varias cartas que han llegado de España estos mismos días, en las que expresamente y apretadamente nos piden que les digamos el verdadero estado de las cosas en esta Corte; pues allá les dicen muchas cosas para persuadirles que los franceses no han venido a Roma para hacer mal alguno al Papa, antes por el contrario para obsequiarle y defenderle. ¿Puede llegar a más la infamia, hipocresía, fingimiento y espíritu de mentira de estos filósofos franceses y de algunos españoles, con quienes, aunque con algún mayor trabajo, la impía filosofía ha borrado también el carácter de candor, de realidad y verdad tan propio de la nación española? De esta en general es algún honor el que los ateístas franceses temen más que se sepa en España que oprimen al Santo Padre, que el que en Italia y en Roma le vean oprimido. Y ¿qué mal y daño no hacen a estos inocentes correos españoles detenidos por fuerza en Roma, teniendo en España sus familias, y algunos o todos, mujer e hijos, y no pudiendo ganar para ella y para sí un pedazo de pan en el ejercicio de su empleo? ¿Qué se les da a estos bárbaros de que todos se mueran de hambre si ellos consiguen que no sepan los catolicísimos españoles la insolencia y villanía con que tratan en todo a la sacratísima persona del Vicario de Jesucristo? Su fortuna es que este señor Ministro de Madrid, D. Antonio Vargas, sin tener obligación alguna, y por sola honradez, generosidad y caridad cristiana, no sólo les da hospedaje en el palacio, sino que les mantiene con toda decencia. De otro modo se verían estos pobres necesariamente en una extrema miseria y necesidad.

La mudanza de todo en Madrid, el día veinte del mes de marzo, debía de haber tenido también la resulta de que se revocase el vergonzoso y perjudicialísimo decreto del abatido Príncipe de la Paz, suprimiendo los correos españoles a Roma y poniendo toda la correspondencia, no sólo de todos los particulares sino también la de los ministros y del mismo Rey, en manos de

los astutos y malignos franceses. Pero no lo habrá tenido por conveniente el Sr. D. Pedro Cevallos, que, aunque lo deba todo al depuesto y aborrecido Godoy, y tiene con él relaciones muy inmediatas, ha sido confirmado en el empleo de Primer Secretario de Estado o de negocios extranjeros por el nuevo rey D. Fernando, y no se puede alabar esta confirmación, pues es imposible que un hombre que por siete años seguidos en tal empleo y en tales circunstancias ha sido un perfecto esclavo de aquel hombre infame, sea del todo inocente, y mucho menos que tenga el celo ardiente y las demás prendas singulares absolutamente necesarias para salvar al Monarca y a la Monarquía, hallándose todo en una situación tan crítica y tan delicada, y tan llena de escollos, de peligros y precipicios. Señal evidente de que el joven D. Fernando no conoce por sí mismo las miserabilísimas circunstancias de la Monarquía al poner el pie en el trono y de que no tiene a su lado un castizo, leal e instruido español que se las haga comprender aunque no quiera.

En efecto, ya se sabe con toda seguridad que no fue despachado en nuestra Corte el día quince del mes pasado de abril el correo de gabinete, que debía de haber llegado a esta ciudad de Roma en los primeros días de este mes de mayo. Conque ya está todo en manos y al arbitrio de los despóticos franceses, y como ahora hacen que nada se sepa en España de lo que pasa en Roma, así harán cuando les haga al caso o se les antoje que nada se sepa en esta ciudad de lo que suceda en España. Miseria y esclavitud sumamente ignominiosa y no menos perjudicial, y con ella vamos iguales los particulares españoles y el Ministro Plenipotenciario de Su Majestad, y así este señor don Antonio Vargas o no habrá recibido carta alguna de fecha posterior al treinta de marzo, o la habrá tenido por los correos franceses. Por lo que toca a su destino de confirmación en el empleo, o de privación de él, como muchos creían y él ha temido, por ser no sólo hechura sino también hombre muy favorecido del infame Príncipe de la Paz, nada se descubre de cierto ni por su conducta ni por otros lados. No obstante, si es verdad, como oigo asegurar a muchos, que en virtud de los pliegos de la Corte del correo pasado de abril había comunicado al Papa ministerialmente, aunque sin aparato y de oculto, el advenimiento al trono de Fernando VII, esta comisión o encargo es alguna confirmación, a lo menos provisional, en su empleo de Ministro plenipotenciario de Su Majestad Católica. A la verdad, es un paso o diligencia absolutamente necesaria, y no sabiéndose que la Corte se hubiese valido para ella de alguno de los auditores de la Rota, Gardoqui o Bardají, del cardenal Despuig, o de algún otro español de alguna representación en Roma, se debe creer que la ha ejecutado sin ruido por miedo a los dominantes franceses el dicho don Antonio Vargas. Y oigo, con singular gusto y complacencia, que en una carta de Barcelona de estos mismos días no sólo se asegura que el rey don Fernando había

escrito de propio puño, como es regular, sino también de rodillas, la carta al Santo Padre en que le comunicó su advenimiento al trono por la renuncia de su padre Carlos IV. No puede ser, como por sí mismo se ve, el proceder del nuevo Rey de España más opuesto, más contradictorio y más antípoda, por decirlo así, al del grande Napoleón I, consagrado Emperador de los franceses por este mismo Sumo Pontífice; pues en el del primero se ven no sólo las demostraciones de atención y de obsequio para con el Papa ordinarias y regulares en todos los príncipes católicos, sino también otras de una singularísima reverencia para con su sagrada persona; y en el segundo, sin hacer las comunes a todos, se ven todos los días insultos, villanías, insolencias y ultrajes, increíbles si no se vieran con los ojos y que no acertarán a creer los que las lean en las historias.

En esto sigue, sin duda, el piadoso y católico D. Fernando el impulso solo de su corazón, y no creo que alguno de los que le rodean, para su desgracia y para su daño, le haya movido a hacer una demostración tan singular de respeto y veneración para con el Vicario de Jesucristo, pues vemos con suma pena y dolor que los que andan cerca de su persona están muy lejos de inspirarle, con toda fuerza, y de hacerle abrazar el único medio que le resta, según antes dijimos y aun demostramos, para salvarse a sí mismo y salvar su Monarquía en el estado miserabilísimo y peligrosísimo en que sus padres y Godoy se la han dejado. Las muchas cartas que, en dos correos franceses de los pocos días de este mes, han llegado de todas las provincias de España con las fechas de diez de abril hasta el quince en la Corte, y hasta el dieciocho y diecinueve en Barcelona, son una demostración palmaria y a los ojos de que, lejos de inspirarle el dicho único medio para salvar la monarquía, le sugieren los contrarios, con los que infaliblemente se acabará de arruinar todo.

En ellas se ve un empeño muy grande de la Corte y Gobierno y del mismo Rey en inclinar al pueblo de Madrid y a toda la Nación al sosiego y quietud, asegurándoles a todos que nada hay que temer de la tropa francesa que está dentro de España, ni del grande Emperador de los franceses. Es necesario que no tengan ojos en la cara o que sean unos viles y traidores, y esto segundo es más verosímil, los que hablan de esta manera al pueblo de Madrid y a la Nación. A la mitad de marzo, sin que le embarazasen cien expresiones de amistad y de alianza con el pobre rey Carlos IV, intentó Buonaparte descaradamente apoderarse de toda la Monarquía española. Con que si puede, sin embargo de ser millones de semejantes expresiones al nuevo rey Fernando VII, volverá a intentarlo, y sólo pudiera aterrarle y hacerle desistir de este inicuo y bárbaro proyecto el ardor del numeroso y leal pueblo de Madrid y de sus vecindades y de toda entera la Nación en prepararse del mejor modo que pudiese para defender a su amable Monarca. ¿Y de qué servirá que yo piense y

hable de este modo en mi rincón de Roma, y que piensen y hablen de la misma manera todos los jesuitas españoles que están en esta ciudad? Sirve de aumentar nuestra congoja, revolviendo más, dentro de nosotros mismos, especies tan lúgubres y funestas. Nos sirve no obstante de algún consuelo la esperanza de que, en los tiempos adelante, para gloria de nuestra madre, la Compañía de Jesús, se entienda, por estos nuestros borrones, la heroica lealtad y sin ejemplar en todas las historias de los jesuitas españoles a sus soberanos y monarcas, que, por el largo curso de más de cuarenta años, han estado y están oprimiéndoles de muchos modos.

El proceder del pobrecito rey D. Fernando para con el fingido y maligno Buonaparte es muy conforme al que se le han inspirado para con el pueblo de Madrid y la Nación. Desde el primer día de su advenimiento al trono en nada se ha ocupado tanto como en todo género de expresiones de afecto, de estimación y de obsequio al grande Eemperador de los franceses. Al instante, le envió una nobilísima Diputación de los más ilustres grandes de España, como el duque de Medinaceli, Fernando Núñez y otros, para darle parte, como se supone, de su advenimiento al trono de España por la renuncia, en su persona, de su padre Carlos IV, y para renovar la amistad y alianza con Su Majestad. No debió de quedar contento el vil corso, Buonaparte, con una Diputación tan esclarecida y tan noble, compuesta de tres o cuatro de los más distinguidos grandes y cual, por ventura, jamás la ha hecho ningún Monarca Católico a ningún Emperador de todos los siglos pasados. De este insufrible orgullo de este hombre es prueba bastante segura el haber partido de la Corte poco después el joven infante D. Carlos María, hermano del rey D. Fernando que se halla en los veinte años de su edad. En los primeros días del mes de abril, llegó a la ciudad de Valladolid de paso hacia Francia, y se dice en una carta de allí cerca, que yo he visto, que el pueblo vallisoletano hizo tales demostraciones de afecto, de estimación y de aplauso a este joven Infante que no las podía hacer mayores al Rey, su hermano, aunque es tan grande el entusiasmo de toda la Nación por su rey D. Fernando.

Todas estas singularísimas atenciones del nuevo Rey de España para con Buonaparte no han bastado para que quede contento, y se ha empeñado fuertísimamente en que vaya él mismo en persona hacia aquellos países, y lo ha solicitado con tal empeño y eficacia, escribiéndole para este asunto una carta de su propia mano tan llena de expresiones de cariño, de estimación, de elogios y de ansias de verle, de abrazarle, de darle mil parabienes por su exaltación y de estrechar la amistad y alianza que tenía con su padre, que resolvió complacerle e ir prontamente hacia aquella frontera de la Francia. Luego no tiene a su lado este amable Rey joven un hombre leal y bien instruido, del carácter de Buonaparte y de los suyos, y del miserabilísimo y peligrosísimo estado

en que está su Corte y la Monarquía con tantos millares de hombres de tropa francesa y con tan pocos de tropa española, y aun estos de poca satisfacción, antes de ser purgados de muchos viles oficiales, pues es imposible que, informado sinceramente y a fondo de todo esto, se resolviese a sacar un pie de Madrid, aunque el gran Napoleón le escribiese doscientas cartas de propio puño. El Supremo Consejo de Castilla, a lo que oigo, dos veces consultó o representó a Su Majestad contra este su viaje hacia la Francia, e hizo muy bien y mostró en esto su celo, lealtad e instrucción, y ojalá que si tenía modo y arbitrio lo hubiese hecho con tanta fuerza que le hubiese aterrado y hecho desistir de este proyecto. ¿Y por qué no ha habido en Madrid un generoso español que conmoviese aquel fidelísimo pueblo y, sin permitirle exceso alguno, le hiciese dar tiernos y cariñosos gritos y clamores pidiendo a su amado rey D. Fernando, a quien propiamente había colocado en el trono, que no lo dejase tan presto y en tan malas circunstancias? Jamás ha habido ocasión o coyuntura en la cual, previniendo con eficacia los inconvenientes, una gran conmoción del pueblo fuese tan útil y tan ventajosa al Soberano, a su Corte y a toda su Monarquía.

Mas, al fin, nadie ha hecho desistir de este su peligrosísimo viaje al rey D. Fernando, que comunicó formalmente esta su determinación al Consejo de Castilla, en despacho firmado por D. Sebastián Piñuela, como Secretario de Estado de Gracia y Justicia, y en él dice el Rey que será por pocos días su ausencia de la Corte y que deja por Regente a su tío el infante D. Antonio; y hechas estas disposiciones salió de la Corte el día diez del mes pasado de abril, al cumplir solos veinte o veintiún días de Rey, habiendo sido aclamado en Madrid el día veinte del antecedente marzo. Lleva en su compañía al duque del Infantado y al canónigo Escoiquiz, que fueron los más entremetidos en la causa del príncipe en El Escorial, y por este su delito desterrados a mucha distancia de la Corte, y ya habían vuelto a ella. Lleva también al Primer Secretario de Estado, D. Pedro Cevallos, y, por lo menos, al nuevo Secretario de Hacienda, Azanza, y, se supone que siguen a Su Majestad varios otros grandes y caballeros. El Rey, para ganar tiempo, tomó el camino más corto de Buitrago y Aranda y así las cartas de todas partes a sus fechas de quince y dieciocho de abril le dejan ya en Burgos, y todos muestran grandes esperanzas de que volverá presto a Madrid. Pero en el día en que vamos ya pensarán de un modo muy diferente en España.

El Emperador de los franceses, Napoleón I, que, como ya dijimos, salió de su Corte el día dos de abril, y ya noticioso de lo que en Madrid había sucedido, no se acercó a la frontera de España hasta que ya estuvo seguro de que el rey D. Fernando vendría a encontrarse con él. Hasta el día trece del dicho mes estuvo detenido en Burdeos, a donde en tres días le llegaría aviso de la

partida de dicho Soberano, y él se puso en viaje para Bayona, a donde llegó el quince del mismo mes ¡Y cuántas y cuán ilustres personas encontró allí este miserable corso y venidas expresamente para hacerle todo género de obsequios! Allí encontró una ilustrísima Diputación venida desde Lisboa y compuesta de catorce o dieciséis distinguidos personajes, y entre ellos se cuenta al Inquisidor General o presidente de la Inquisición de la Corte, y, el día siguiente, la recibió, y se supone que le hicieron grandes arengas sobre su fortuna y felicidad de tenerle por Soberano, aunque es creíble que alguno de los diputados, si bien otros corrompidos con la filosofía dominante hablasen de veras, hablasen así obligados del terror y de la necesidad, y allí estaría ya o llegaría muy presto la tropa portuguesa, que a su entrada en Lisboa encontraron en aquella ciudad y en otras partes, y parece que serán como unos doce mil hombres y ahora la harán marchar al Norte y a la Italia.

Allí encontraría también la Diputación de tres o cuatro grandes de España que le envió prontamente el rey don Fernando para darle parte de su advenimiento al trono, y a su hermano don Carlos con algunos señores de su acompañamiento, y estaría esperando con mucha ansia al rey don Fernando, que a su llegada a Bayona el dieciséis de abril podría estar ya en la Rioja o en la provincia de Álava. Es suma la curiosidad e impaciencia de saber todas las circunstancias y suceso de este abocamiento del rey don Fernando con el Emperador de los franceses, ¿en dónde se juntan, si dentro de la Francia o de la España, o sobre la frontera, como se ha hecho en otras ocasiones y se debía hacer ahora? La manera de hablar los franceses en estas gacetas de Italia, excusando y aun alabando al infame Príncipe de la Paz, dando por dudosa, por falta de libertad, la renuncia de Carlos IV, y suponiendo que el emperador Napoleón hace de juez en este asunto, y no llamando a don Fernando rey, sino solamente Príncipe de Asturias, es una demostración para todos los que conocen la astucia y malignidad de los franceses de que ya han discurrido y hallado medio y arbitrio para oprimir la familia real de España y trastornar la Monarquía. Con los tumultos no previstos de Madrid y de Aranjuez se les desconcertó el plan bellamente acordado con el ingrato Príncipe de la Paz, llevando los reyes y su familia a Sevilla, Cádiz o la América, y entrando un ejército francés en Madrid, y ya han forjado otro plan para salir con su intento, abatir la familia real y trastornar la Monarquía. Veremos este otro monstruoso parto de la loca fantasía, de la hipocresía y malignidad sin límites de los filósofos franceses.

En las dichas cartas de mediados de abril de varias partes de la Monarquía, vemos con gusto, generalmente y sustancialmente confirmada la relación que aquí formamos de los sucesos de Madrid y de Aranjuez desde el trece al treinta de marzo. En ella se escriben algunas nuevas circunstancias de unos

y de otros, y de la alegría y entusiasmo de toda la Nación por la mudanza de Soberano, y del odio y furor contra el vil, ingrato y desleal Godoy. Pero no se puede escribir todo, y sólo añado sobre este último punto que me dicen que hay carta de España en la que se asegura que, en la ciudad de Badajoz, en la que debió de nacer el Príncipe de la Paz, le han quemado el palacio que había fabricado en ella y han arrancado su nombre del libro de los Bautizados, avergonzándose aquel pueblo de que este monstruo de todos los más abominables vicios haya nacido y se haya bautizado allí, y haciendo lo que puede para que no llegue esta noticia a los siglos venideros. Sobre el entusiasmo y fidelidad del pueblo de Madrid y sus cercanías por su rey don Fernando no puedo menos de insinuar una tiernísima e importantísima demostración que yo mismo he leído en una carta de España de trece del mes de abril. Todos los días, se dice en la dicha carta, después de la entrada de los franceses en Madrid, se presentaban en la Secretaría de Estado cuatro personas de buena traza y de alguna distinción, y protestaban que cada uno de ellos tenía a su disposición diez mil hombres y sólo esperaban una instrucción del Rey para ponerlos en movimiento y ejecutar lo que conviniese. Una sola palabra del Secretario de Estado sobre lo sumo que importaba impedir la partida del Rey y asegurándoles que, si la impedían, sin excesos ni desórdenes, harían una cosa tan grande como la de diecisiete de marzo, impidiendo el viaje de la familia real a la Andalucía, hubiera sido bastante para que aquellos cuatro jefes de cuerpos tan numerosos hubieran hecho tales súplicas, tales representaciones y tales conmociones populares, que hubiesen obligado a Su Majestad a no pensar por ahora en dejar a su Corte y en abocarse con el Emperador de los franceses; y se quitaría a éste la gana y la facultad de meterse a juez sobre la renuncia de Carlos IV y el arbitrio de entrometerse en otros asuntos de la Monarquía.

En confuso, se habla también en estas cartas de varios empleos y cargos que se han quitado a estos y se han dado a los otros, y de nuevas y útiles providencias revocando otras del gobierno pasado. No sé si estaba vacante el distinguido cargo de Presidente del Consejo de Órdenes, si ha sido depuesto el que le ocupaba por notoria parcialidad con el abatido Godoy. De todos modos es algo notable, y a nosotros nos ha agradado mucho, por varios títulos, la pronta elección para él del nuevo rey Don Fernando en la persona del piadoso duque de Granada de Ega. Sobrino inmediato de nuestro venerado P. Francisco Javier de Idiáquez, jesuita por muchos respetos recomendable de nuestra Provincia de Castilla. En cuanto a determinaciones antiguas del gobierno antecedente revocadas por el nuevo Rey sólo notamos, en general, que al siempre respetable Consejo Supremo de toda la Monarquía, con el nombre de Castilla, se le han restituido las facultades que le había quitado, recortado o encadenado el despótico Príncipe de la Paz, y una de ellas es la de la revisión y licencia

para la impresión de libros nuevos, y la había arbitrariamente reconcentrado y colocado enteramente en las manos y arbitrio de un particular llamado Melón, que haría, en un asunto tan importante para todo, lo que fuese del gusto del dicho impío déspota. Es, sin duda, un suceso de gloria inmortal e imponderable de este ilustre Consejo de España que, en todas las Naciones de Europa, ha tenido siempre de un modo particular crédito y estimación de sabio, de íntegro y de justo, que por más que le ha formado y reformado a su antojo, suprimiendo consejeros que le eran contrarios e introduciendo otros a su arbitrio, jamás haya logrado, este autorizado Príncipe, tenerle de su parte en sus ambiciosos proyectos contra el heredero de la Corona y en otros asuntos importantes. Y hubiera adquirido, en mi concepto, un nuevo ilustrísimo timbre de gloria si, con una irresistible fuerza de respeto, de amor, de lealtad y de sabiduría, hubiera apartado efectivamente al joven amable rey don Fernando del importantísimo y peligrosísimo viaje para verse con el Emperador de los franceses.

Día 10 de mayo

En la Toscana o Etruria, de la que se apoderaron los franceses, sin derecho alguno, al fin del año pasado, y con las protestas y promesas acostumbradas de no hacer mal a ninguno y de felicidades para todos, muy presto empezaron a practicar las previas disposiciones de alistamientos y de informes de muchas cosas para oprimir a los religiosos. A estas se siguió al instante, en el mes de febrero, el orden de partir del Estado a todos los religiosos de todos los órdenes que no sean naturales del país, y este orden causó no poca turbación a muchos religiosos toscanos que están en Roma, temiendo que sucederá lo mismo en esta ciudad, en la que no se les dará pensión por forasteros, y no se les dará en la Toscana por estar ausentes; y oigo que algunos se han ido a su patria y que otros, como a la aventura, se están quietos en estas sus casas. La suerte del padre Silvestre Denirca, trinitario descalzo y Provincial de su pequeña Provincia de Italia, es muy triste y muy lamentable, y prueba segura de que absolutamente ninguno podrá eximirse de la ejecución de dicho orden. A la intimación de éste se hallaba en su convento de Liorna, y, no pudiendo volverse a Roma, ya porque los franceses no le darían pasaporte para esta ciudad y ya por el temor fundado de que en ésta le sucedería lo mismo, despojándose de los hábitos se ha retirado a su casa en el Piamonte. Cuántas y cuán grandes agitaciones y trabajos padecen generalmente todos los religiosos que estaban a una mano, muy lejos de temer, porque con poca advertencia y sin sólidas razones se dejaron persuadir y creyeron que toda la tempestad de odio y de furor de las cortes, de los ministros y de las sectas no tenía otro objeto que la opresión de la Compañía de Jesús y de sus hijos.

Evacuadas las convenientes disposiciones, se ha dado ya, en los primeros días de este mes de mayo, el golpe decisivo sobre todos los órdenes de religiosos de la Toscana, y se exceptuaron solamente los órdenes franciscanos, que no tienen hacienda, y acaso los de los esculapios y barnabitas para la educación, como en el Reino de Italia. Esta supresión general de tantos órdenes de religiosos en la Toscana es algo diferente de lo que han ejecutado en los reinos de Italia y de Nápoles, y en la Francia. Se prohíbe para siempre, como se supone, la profesión religiosa, y los que no la han hecho deben restituirse a sus casas, y entre estos están comprendidos todos los que no han estado en la religión más de diez años, creyéndose autorizados, a lo que se puede entender, a declarar por nula su profesión en fuerza de una Ley del gran duque Leopoldo, por la cual prohibió en la Toscana la profesión religiosa hasta la edad de veinticinco años. No hay astucia de que no se valgan estos malignos filósofos para llegar presto a la extinción general de todos los órdenes religiosos. A los demás no se les obliga a dejar sus hábitos ni absolutamente sus conventos y restituirse a sus casas; se les permite, pues, la continuación en sus monasterios, y si supuesta la gran disminución de todos los órdenes se les reuniera a los que quedaban en uno, dos o tres de los suyos propios, sería una determinación razonable. Pero es una cosa muy molesta y de sumo disgusto, y sólo buena para aburrirlos y para facilitar su secularización, la mezcla que han determinado y están haciendo de religiosos de diversos órdenes; por ejemplo de cartujos con los camaldulenses[57] o vallombrosianos[58], de dominicos y agustinos o carmelitas, y así de los demás.

Las haciendas de todos los conventos y casas de los dichos órdenes, ya queden deshabitados como quedará la mayor parte o ya continúen a estar habitados de religiosos, con la dicha mezcla o unión, declaradas bienes nacionales, según las decisiones filosóficas, ya están en manos del Gobierno, y ya sabrá hallar algún medio y arbitrio para venderlas; y viendo que otras semejantes ventas, en la Francia y en mucha parte de la Italia, han sido reconocidas por buenas y válidas o legitimadas o revalidadas para en adelante en los concordatos eclesiásticos de los dichos países con Roma, es fácil que los toscanos se animen a comprarlas. A los religiosos que quedan en los conventos se les ofrece la pensión regular de cuatro o cinco reales para mantenerse, y con su paga habrá las faltas y atrasos que en otras partes, y en todas vendrá a suceder, como en Francia, en donde, a lo que yo creo, a ningún religioso ni religiosa se le da pensión desde que se esparcieron por la Europa después de la revolución

57 Orden contemplativa fundada por San Romualdo en 1027 en Camaldoli (Italia)

58 La congregación religiosa de los vallombrosianos u Orden de Vallombrosa fue fundada en Italia en Vallombrosa en 1039 por el santo Juan Gualberto (v. 995-1073), prior italiano.

republicana. Parece que a los que se obliga a retirarse a sus casas por no tener diez años de religiosos no se les dará pensión alguna, pues se les viene a tratar como si fueran novicios. Pero no se dice con claridad en lo poco que he podido ver sobre este asunto.

Sospecho que se han tomado también informes sobre haciendas de conventos de religiosas, pero hasta ahora no se ha visto determinación alguna contra ellas. Con el tiempo, y de mano en mano, irán también saliendo supresiones de sus conventos, como se ha hecho en otras partes y últimamente en Nápoles, en donde, por ventura, habrán ya acabado con todas y las habrán reunido, amontonado y mezclado en pocas casas. Su sistema y plan civil y religioso no reconoce votos ni de religiosos ni de religiosas, y si dominan estos monstruos algunos años vendrán a extinguir el estado regular en la mayor parte de la Europa.

Con su Código Napoleón hacen por otro lado no pequeño mal a la Religión Católica y la deslustran y corrompen. En poniendo el pie en algún país que de nuevo han robado o que se les ha unido por su famosa Confederación, al instante introducen en él su impío y decantado Código legislativo. En la Toscana o Etruria, en donde se había publicado anticipadamente, ha empezado a obligar y tener fuerza de Ley desde el primer día de este mes de mayo. De este famoso Código sólo puedo decir que, habiéndose examinado ocultamente en Roma por orden del Papa, se decía públicamente que contenía varios errores, especialmente sobre el matrimonio y sobre el divorcio. Después se creyó que se había comunicado de resulta de este examen alguna censura del Código al gobierno francés, y se esparció por medio de las gacetas que había sido corregido perfectamente, y de cierto se escribió y comunicó a toda la nación francesa un nuevo Catecismo en el cual se presentaba católicamente el artículo del matrimonio, y para disculpar de algún modo los errores del Código se valieron del pretexto ridículo de ser un cuerpo de Legislación común a católicos y no católicos. En qué estado está al presente el Código que se ha intimado como cuerpo de Legislación en la Toscana no lo podemos decir con fundamento, no habiéndole visto ni aun oído hablar de él a persona que le haya leído y tenga la instrucción y talento conveniente para formar un juicio acertado. Algunos obispos de la Toscana se han resentido y lamentado por la publicación de este Código, pero el gobierno de Florencia ha despreciado sus lamentos y los tiene por insusistentes y pueriles, y nosotros no podemos formar juicio a arreglado sobre ninguna de estas cosas porque en las gacetas de toda Italia no se dice sino lo que quieren los franceses, y en los correos públicos de aquel país a Roma no hay seguridad alguna y nadie se atreve a escribir cosa que pueda desagradar a estos bárbaros, opresores de todo el género humano, que se han entronizado en la Europa para librarla de las tiranías y opresiones

antiguas. Según el carácter y espíritu de mentira, de hipocresía, de fingimiento, de impiedad e irreligión que son toda el alma de los dominantes filósofos franceses, yo no puedo persuadirme a que el dicho Código Napoleón, escrito y esparcido por todas partes para deslustrar y corromper la Religión Católica, haya sido corregido del todo y deje de contener algunos errores, o manifiestos y claros, o por lo menos solapados y algo oscuros o escondidos.

Día 15 de mayo

El comandante francés Miollis ha ido continuando con sus convites y academias a la nobleza para ir atrayendo y ganando a los señores romanos. Pero en la ejecución de este medio para llegar al fin que pretenden de apoderarse más suavemente de todo, unido al otro de insultos y agravios al Santo Padre, se han alucinado miserablemente estos grandes políticos e iluminados filósofos, pues todos los que estamos en Roma vemos con los ojos y tocamos con las manos que son al presente menos estimados y menos temidos que antes que entrasen con la espada desenvainada en esta ciudad y valerosamente la conquistasen; y así se ve que los dos medios de halagos y de terrores producen el efecto contrario del que ellos pretenden. No obstante, su orgullo y soberbia les ciega tanto que tienen satisfacción de que aciertan en todo, aunque yerren en muchas cosas, y así va adelante Miollis con fiestas inútiles, pueriles y despreciadas de todos. El día primero de este mes tuvo el dicho General la academia acostumbrada de música, y supongo que también sería de baile, y, como se habían hecho públicas en Roma las amenazas de Buonaparte de apoderarse enteramente de este gobierno, se temió mucho y casi se creyó que se ejecutasen inmediatamente después de la dicha academia del día primero. Pero llegamos sin novedad a otra fiesta dada por Miollis este día ocho que fue un numeroso convite, y a él solo se siguió el día siguiente un nuevo orden sobre las luces de noche, así de los coches o carrozas, como de los particulares, y es más razonable y más moderado que los que se habían dado antes sobre este asunto.

Dos días después del convite y diez del corriente mayo tuvo el comandante francés academia de música más grande en todo, más general y más lucida que todas las antecedentes, según hablan los que pueden estar informados de estas cosas, y, lejos de ser estéril e infecunda, como las dos fiestas antecedentes, ha parido dos abominables monstruos; uno, que, abortado en otra parte, se hizo aquí público el día siguiente a la academia, y otro, que, de resulta de aquel, en alguna parte abortó en esta misma ciudad este día trece. Los dos han provenido de dos breves y decisivos decretos del grande emperador Napoleón I, y firmados en su Corte el dos del mes pasado de abril, que fue puntualmente el día en que salió de ella para irse acercando a la frontera de España.

Cuando el mundo lea estos decretos o leyes tan injustas y tan despóticas de este hombre, si la impiedad pierde el poder que ahora tiene, como esperamos, y se sale del presente general alucinamiento y terror, se pasmará de que haya habido paciencia e insensibilidad para sufrir por tanto tiempo a este monstruo.

Con el primero de estos dos decretos manda Su Majestad que a su nombre se tome absolutamente posesión de las dos provincias del Estado Pontificio, la Marca o Marcas de Ancona y el Ducado de Urbino, y así se ha ejecutado prontamente, y ya han ido llegando a Roma algunos de los monseñores o prelados que eran gobernadores en las ciudades principales de ellas y otros se habrán ido a sus casas en aquellos mismos países, o en otros; pues a una mano ninguno de ellos, sabiendo el modo de pensar del Santo Padre, quiere continuar en su empleo en el Gobierno de los franceses. Pero no les habrán faltado gobernadores para todas las ciudades; pues, además de que no dejarán de encontrar algunos en el país, habiendo en todas partes filósofos y francmasones, habían venido desde Milán a Ancona cuarenta o sesenta sujetos a propósito para el caso, y aquí se temió que venían a Roma para la mudanza del Gobierno de esta ciudad. Quedan pues del todo cortadas del Estado Pontificio y separadas de la obediencia y sujeción al Santo Padre las dos mencionadas provincias de la Marca de Ancona y del Ducado de Urbino, que pueden ser una tercera parte de lo que al presente poseía, y no menos apreciable en todos los ramos de la felicidad de un país que las otras dos partes que le quedan en las cercanías y alrededores de Roma. En todas estas pérdidas de bienes temporales y de provincias del Estado Eclesiástico debía Roma y todos los que en ella tienen poder y autoridad no evaporarse enteramente en quejas y lamentos contra los injustos usurpadores y reservar algo de alma, de entendimiento y de reflexión para acordarse útilmente y con provechoso desengaño, para en adelante, de la sacrílega e iniquísima venta de la sangre inocente de la Compañía de Jesús y de veinte mil hijos suyos, dándole por precio los Estados de Benevento y Aviñón que los reyes borbones, o más bien sus malvados y astutos ministros, la habían quitado, y con expreso designio de valerse de la restitución de ellos para moverla e inclinarla a hacer la deseada degollación y carnificina de los jesuitas de todo el mundo. No sé si después de tantas pérdidas y recortes del Estado Eclesiástico, primero de Aviñón y de todo lo demás dentro de la Francia, en segundo lugar de las tres bellas legacías de la Romaña, Ferrara y Bolonia, en tercer lugar de Benevento y Pontecorbo, y en cuarto del Ducado de Urbino y de la Marca de Ancona, y casi se puede añadir en quinto de Roma y del resto del Estado, acabarán los romanos de desengañarse en este punto y de persuadirse prácticamente que irán mejor sus intereses temporales teniendo celo y libertad apostólica a beneficio de la Religión, integridad, rectitud y justicia en todo, que, si por conservarles se descuida de la pureza

de la fe, se tienen reprensibles condescendencias, y mucho más si se hacen notorias y graves injusticias.

Las dichas provincias se han unido inmediatamente al fronterizo Reino de Italia y quedan dependientes de la Corte de Milán, y sea que efectivamente la Marca de Ancona toque en el confín del Reino de Nápoles o sea que así lo entienden los franceses, lo cierto es que el Reino de Italia, con estas nuevas provincias que se le han agregado, está ya unido con el Reino de Nápoles y pueden pasar de uno a otro sin poner un pie en lo que todavía tiene el nombre, y poco más, de Estado Eclesiástico o Pontificio, y aun ellos alegan esta resulta como si fuera una razón muy poderosa para robar a otros lo suyo. Al fin sería algún consuelo y alguna ventaja si por esta unión de los dos reinos dejasen de pasar por Roma tropas francesas hacia una parte y hacia otra. Pero no se logrará este punto y utilidad, porque, pasando las tropas de un Reino a otro comían de lo que es enteramente suyo, y pasando por Roma comen de lo que todavía no es suyo del todo. La Inquisición ha sido suprimida el primer día del gobierno francés porque es un tribunal, como ellos tienen ya decidido, contra la razón y la naturaleza, como si fuera muy conforme a todo castigar a hierro y fuego una media palabra contra la falsa Divinidad de Napoleón y fuera un absurdo y una violación de los derechos del hombre el darle algún castigo por sus blasfemias contra el único y verdadero Dios. Los religiosos forasteros en las dichas provincias, o naturales de ellas que viven aquí en Roma y en otras partes, ya están agitados en tribulación y en angustias, pues allí obrarán tan despóticamente en este punto como en la Toscana, en Nápoles y en todos los demás países en que han entrado.

Esta usurpación de la Marca y Urbino puede ser efecto de la gran cólera del orgulloso Napoleón por la animosa resolución de Pío VII de quitar las facultades al legado Caprara, y aun se temió con fundamento que se extendiese al total abatimiento de la Soberanía del Papa; y yo casi me maravillo de que con este pretexto no lo haya ejecutado, llegando de este modo a ser Rey de toda la Italia, como lo desea y lo decidió hace ya mucho tiempo, y adelantando de esta manera no poco el gran plan del *Genio de la Política y de las Luces*. Yo no veo otro motivo de esta que casi se puede llamar moderación, y de la detención en París del legado Caprara, aunque pidió y se le dieron los pasaportes para venirse a Roma o a Italia, que algún miedo de que aún el pueblo menudo e ignorante le tenga por enemigo del Papa y de la Religión, y de aquí se le siga algún perjuicio en Francia, y mayor en España, en donde ya tiene grandes proyectos y les va ejecutando. Para los que no son vulgo tiene este su decretillo una expresión por la cual no sólo debe de ser tenido por no católico, sino también por el más osado insultador de la Religión misma y de las cosas más sagradas de ella que se ha visto en todos los siglos pasados.

En él aparece el ateísta Buonaparte más católico que el papa Pío VII. Aún esto es poco. En él se presenta a sí mismo como Protector de la Religión, y al Papa como enemigo de ella, y no es una expresión especulativa y al aire, sino una persuasión tan práctica y tan vigorosa que como Protector de la Religión quita las dichas provincias al Papa en castigo de su tibieza o frialdad para con ella. Los que vengan en los tiempos adelante no acertarán a creer cosas y sucesos tan ridículos y tan necios, y al mismo tiempo tan inicuos y tan monstruosos, y nosotros, que los oímos, los vemos y los tocamos con las manos, no sabemos si reírnos de la desconcertada fantasía, delirios y locuras de este hombre o indignarnos por su osadía, desvergüenza y descaro, de que no es posible hallar ejemplares en todos los anales del mundo. Carlomagno dejó estas provincias a los papas para que se opusiesen a los enemigos de nuestra Santa Religión, y pues el papa Pío VII no quiere emplearlas en hacer guerra a los ingleses, que son enemigos de nuestra Santa Religión, yo como sucesor de Carlomagno le privo de ellas. Este es el gran raciocinio demostrativo y convincente de este gran don Quijote y de los suyos, y nosotros volvemos a decir que no sabemos si debemos reírnos o indignarnos a vista de este ridículo jergo histórico-político-religioso; pero, por lo que toca a ellos mismos, decidimos francamente, con verdad y con derecho, que es una de dos, o son unos hombres por su orgullo y soberbia tan ciegos y tan deslumbrados que no conocen que todos, los que tienen no más que sentido común, necesariamente se ríen y burlan de ellos y les tienen por mentirosos y por hipócritas sin pudor alguno, o son unos hombres perfectamente insensibles a todo lo que es honra, reputación, fama, y crédito, y nada se les da, aunque lo conocen de que todos les tengan por impíos, por insolentes y por desvergonzados sin límites algunos.

El segundo decreto, firmado en París por Napoleón el día dos del mes de abril, habla con muchas personas respetables que están en esta ciudad de Roma. En él manda Su Majestad que los cardenales, monseñores, y aun algunos seculares, que ocupan empleos públicos y son naturales de las dichas provincias de Urbino y Ancona, salgan de Roma y se restituyan a sus patrias; y en él son también comprendidos algunos sujetos que son naturales de otras provincias del Reino de Italia; y uno de ellos es el excmo. Señor don Abundio Rezonico, veneciano que desde el pontificado de su tío Clemente XIII ocupa el distinguido empleo de Senador de Roma. Ya estaba bien insultado de los franceses habiendo puesto un piquete de guardia no sólo en el Capitolio, sino también a la misma puerta del palacio de su habitación. Se supone que tuvo noticia anticipada de este decreto y se cree que se la dio el mismo general Miollis por alguna amistad entre los dos desde que se conocieron y trataron en Venecia, y así previno la ignominia de la intimación partiendo de Roma para

Venecia, con noticia y beneplácito de Su Santidad, dos o tres días antes que se intimase a todos los comprendidos en él.

Estos son los cuatro cardenales siguientes: Leonardo Antonelli, Decano, natural de Senigallia, Felipe Carendini, natural de Pesaro, Gerónimo de la Porta[59], natural de Gubbio, y José Albani, aunque nació en Roma, pero se le mira como natural de Urbino. Los monseñores o prelados, y, de estos, cinco de los que están en el servicio más inmediato de la persona del Santo Padre y en su más íntima confianza, son en tan gran número que, con algún otro secular, llegan a sesenta. El modo de echarlos de Roma no es el que han usado hasta aquí de intimarles el destierro o partida de la ciudad dentro de uno o dos días, y no obedeciendo por las órdenes del Papa sacarles de ella con alguna escolta. Ahora quieren evitar todo este bullicio de soldados y hacerles salir de Roma con la pena de embargarles y quitarles todo lo que tienen en su patria. El día pues veinticinco de este mes deben estar todos en el lugar de su nacimiento so pena de perder todo lo que tengan allí, y aunque sea, según parece, alguna renta eclesiástica, fácil es de entender que, ya por la multitud de los sujetos que deben de ausentarse de Roma, ya por la dificultad en buscar otros que entren en sus empleos, y ya finalmente por los muchos que dependen de los que parten y pierden su acomodo y su pan, es mucha la turbación e inquietud, se derraman muchas lágrimas y se echan muchas maldiciones sobre estos bárbaros que, prometiendo felicidades y prosperidades a todos, a nadie dejan vivir quietamente en sus ocupaciones y en los rincones de sus casas. Veremos los que efectivamente parten, pues de varios se dice que más quieren perder lo poco o mucho que tienen en sus lugares que salir de Roma y perder sus empleos, y más en particular se habla así de algunos de muy íntima confianza del Santo Padre, y que eran ya de su familia y le merecían estimación desde que era Obispo de la ciudad de Imola. Pero no dejarán los que andan en estas dudas y deliberaciones de tener presente el carácter de estos hombres tan viles como crueles, que les tienen entre sus manos, y que por tanto se exponen a perderlo todo lo que tienen en su casas si no están en ellas para el citado día veinticinco, y lo que tienen en Roma, echándoles después de esta ciudad por cualquier pretexto o por sólo su antojo o capricho, y les bastará para ello el observar que ellos sienten mucho dejar al Santo Padre o que éste siente que le dejen.

Día 19 de mayo

A los dos medios o arbitrios de fiestas y de terrores para salir con su intento de apoderarse de Roma y de todo el Estado Pontificio, sin decir expresamen-

59 Girolamo della Porta, nacido en Gubbio el 14 de noviembre de 1746, fue creado Cardenal en el consistorio de 23 de febrero de 1801. Murió el 5 de septiembre de 1812.

te que destronizan por sí mismos al Papa, añaden ahora sin rebozo otro tercero que les ha sido de grande utilidad en todas partes, y se puede asegurar con mucho fundamento y aun con toda verdad que a él principalmente deben su exaltación y su gran poder, y generalmente todas sus victorias y todas sus conquistas. A cara descubierta y sin rodeos van reclutando jóvenes para su orden francmasónico, les ofrecen algunos pesos duros de enganche, y, para lo venidero, como se supone que nada les faltará en sus necesidades, pues la orden les socorrerá en ellas, como hacen con todos los demás en todas las cuatro partes del mundo. Yo sé con toda certeza esta solicitación, hecha ya por dos veces a dos jóvenes que hasta ahora han resistido, porque no les ha faltado un buen consejero, y lo es un amigo mío que les ha iluminado y abierto los ojos para que no se dejen engañar de las apariencias exteriores de inocencia en las cosas de dicho orden y de las engañosas promesas de socorros y felicidades. Y si yo, que casi no trato con persona alguna del país, sé con toda seguridad la solicitación hecha a estos dos jóvenes, y que por su conducta no son de los más expuestos a caer en el lazo, con toda razón debo suponer que se hace la misma diligencia con otros muchos, y que con descaro y desvergüenza en la capital misma del mundo cristiano, y a los ojos mismos del Papa y de los reverendos inquisidores dominicanos, se está reclutando gente para hacerla entrar en una orden o secta en la cual se han reunido todas las sectas anticristianas y que está al presente haciendo una guerra terribilísima a la Religión en toda la Europa Católica.

Para el buen éxito en esta importante operación de reclutar para la orden francmasónica podrá servir la venida en estos mismos días a Roma de algunos famosos republicanos que hasta ahora no se habían dejado ver en esta ciudad. Oigo nombrar entre estos a un Piranesi, que fue en la revolución republicana de Roma uno de los impíos más insolentes y más osados. Aquí está ya también de vuelta de Nápoles el famoso anticristiano poeta Monti, que será también un buen reclutador, y cuántos habrá entre los romanos venidos de fresco o antiguos en esta ciudad que hagan el mismo oficio y de quienes no tengo yo noticia alguna. Anda también francamente por Roma aquel estrafalario francés a quien pintamos en otro lugar, pues, aunque se ocultó cuando se hicieron prisiones en Roma por haberse descubierto una conjuración, después volvió a aparecer y sigue constantemente en su traje y conducta estrafalaria en una casa del Campo Vaccino. Y si bien algunos le tienen por un fatuo y por un mentecato, yo siempre estoy persuadido a que es un encaprichado y electrizado francmasón que, según las circunstancias, promueve con mayor o menor empeño los intereses y adelantamientos de la orden.

A estos les ha perjudicado mucho, a mi parecer, la conducta mezclada de ridículas fiestas y de insolentes barbaridades que han tenido los franceses en

estos tres o cuatro meses que han estado en Roma, pues aun disgusta a los más fanáticos jacobinos o francmasones, y aun ellos mismos como que están poco fervorosos y desazonados, y por consiguiente no se pueden calentar y electrizar como en otras ocasiones, ni para obrar por sí mismos, ni para atraer gente a la orden y hacerla entrar en celo por su propagación y ventajas. De otro modo hubiera corrido mucho la orden en estos meses que han dominado los franceses en Roma, y si algunos años ha, según la declaración de uno de ellos a la hora de la muerte, llegaban ya a dos mil los francmasones dentro de la ciudad, ¿a cuántos millares llegarían en el día? No obstante, como que se quiere reparar estos yerros y menguas, y se intenta seriamente hacer florecer el orden, pues, además de la oportuna operación de reclutar gente, se ha dado principio a la apertura de lonjas o salas para tener sus juntas francmasónicas. Con publicidad se habla de tres: una se celebra en el castillo de San Ángel, otra en el palacio de la Villa Médicis, que quitaron los franceses a la Reina de Etruria, para poner allí, como han hecho, su Academia de las Bellas Artes, y la tercera en un salón del palacio del Príncipe Poli; y, no pudiendo negarlo un Monseñor con quien hablé sobre el asunto, para que no me escandalizase demasiado me añadió que se tenían los ojos muy abiertos sobre las dichas lonjas y que eran muy pocos los romanos que asistían a ellas. Y yo lo creo todo, pero también es cierto que, si no se hace más que tener los ojos abiertos sobre estas lonjas, irán perdiendo el miedo los romanos y las irán poblando a maravilla.

Y, ¿qué ha de hacerse, me replicó el Prelado, estando dentro de Roma con fuerzas superiores los franceses que gustan de estas lonjas de francmasones, y las protegen y promueven? Entiendo muy bien, le respondí, la gran fuerza que tiene la superioridad en las armas para hacer a los hombres detenidos, tímidos y cobardes aun en el cumplimiento de importantes obligaciones. Pero toda la superioridad y terror de las armas francesas no le aterran al Papa ni le quitan la libertad para oponerse a los franceses a cara descubierta, para resistir y protestar con la mayor valentía sobre cualquier artículo, potestad o ramo perteneciente a la Soberanía temporal; y todos justamente le alaban por este su valor y magnanimidad, y yo creo que le alabarían igualmente y aún más todos los buenos si mostrase igual coraje y animosidad sobre las cosas pertenecientes a su sagrada autoridad de Vicario de Jesucristo. Ya se anda, según se dice, añadió el Prelado, en preparativos y amenazas. Pero, ¿qué daño haría desde luego, le respondí, el procurar que cuanto se acaba de hacer contra los órdenes regulares en la Etruria y cuanto se empieza a hacer contra los mismos y contra la Inquisición en el Ducado de Urbino y en la Marca de Ancona es nulo y atentatorio contra la Potestad del Romano Pontífice? Ni, ¿qué mal sería, a vista de esta desvergüenza de los ateístas franceses, levantando sacrílegas

sinagogas de francmasones a los ojos mismos del Papa, renovar, aunque fuese en un papelito manuscrito, las prohibiciones y censuras fulminadas contra ellos?

En estas resoluciones en defensa de la potestad espiritual y eclesiástica de la Silla Apostólica había una ventaja muy grande para el mismo Pontífice, y yo creo que le haría fuerza al piadoso Pío VII si alguno se la propusiera con la conveniente claridad. Yo, en suma, en pocas palabras, le diría: Santo Padre, si muere con los malos tratamientos que le están haciendo los franceses, porque defiende con tanto valor los derechos de su Soberanía temporal, no será mártir de la Iglesia, como no lo es ninguno que sea muerto por defender su hacienda u otros bienes temporales. Por el contrario, si en el motivo y causa de maltratarle y de causarle la muerte entra su ánimo y su resolución en defender y vindicar su sagrada Potestad de Vicario de Jesucristo, es evidentemente mártir y le pueden poner al día siguiente en los altares. Quedó algo sorprendido mi Monseñor con este discursillo, y, no ofreciéndosele cosa que oponer, cerré la conversación diciéndole que siempre es mal parecido que se haga santo, y aun todo, por la conservación de la Soberanía temporal y sus derechos, y tan poco, y aun nada, por la de la Soberanía espiritual y de los suyos, y que sirve esta conducta para corroborar la persuasión poco honorífica para Roma de que en ella se estiman en más los intereses temporales que los espirituales y eclesiásticos, y que por lo mismo se deslustra no poco, a los ojos de los que saben pensar, la constancia verdaderamente heroica de Pío VII en la defensa de su Soberanía.

En otro medio de conservar y aumentar su poder muestran siempre los dominantes filósofos más empeño y actividad que en agasajos y en terrores y en todos los embelesos francmasónicos. Este es el hacer siempre soldados en todas partes y de cien modos. Ya está a su servicio, y acaso en España, la tropa que había en la Etruria cuando se apoderaron de este Reino, y ya se han hecho allí las conscripciones o alistamientos militares a la francesa de toda la juventud, y ya creo que han recogido algunos millares de jóvenes. En las provincias de Urbino y Ancona que acaban de quitar al Papa ya se trata de levantar quince mil hombres. Yo no creo que puedan ser tantos, pero serán en el mayor número que sea posible, y será tan grande que, si Pío VI o VII hubiera querido levantar una tercera parte para defender la Religión y su Soberanía, se hubieran tenido por agraviados, y ahora irán rodando por toda la Europa para sostener las inicuas usurpaciones de los ateístas franceses. Aun aquí en Roma, sin ser soberanos, han hecho suya toda la tropa del Papa, como ya dijimos, y la llevarán por este mundo adelante con engaño y con la fuerza adonde se les antoje. Oigo que de otros varios modos recogen jóvenes en Roma, y lo creo, pues uno de estos días repentinamente desaparecieron todos los presidiarios

que con su grillete al pie se ocupaban en barrer todas las calles de la ciudad, y me aseguran que los franceses les han hecho soldados. Así logran tener siempre numerosísimos ejércitos para avasallar a todo el mundo.

DÍA 23 DE MAYO

Ya se va acercando el día veinticinco de este mes, que es el término fijado por los franceses para apoderarse de los bienes de los naturales de la Marca de Ancona, del Ducado de Urbino y aun del Reino de Italia si no se han presentado en el lugar de su nacimiento, y así se supone, aunque no es fácil saberlo con certeza, que han marchado casi todos y sólo ha suspendido la partida algún otro por alguna razón particular. De los cuatro cardenales a quien se intimó el decreto han partido los tres siguientes: Carandini, de la Porta y Albani, y ha suspendido la marcha el decano Antonelli, ya porque se resuelve a perder algunos bienes que tiene en Sinegallia, por no dejar a Roma y el Santo Padre en tales angustias, y ya porque tiene algunas esperanzas de que sus años, que no son menos de setenta y ocho, y algunas otras razones y motivos, puedan ser suficientes para que el Virrey de Italia, con quien tiene alguna amistad, le permita quedarse en Roma. Con muy gran pena y sentimiento ha partido también para su patria, que es un pequeño lugar en el Ducado de Urbino, monseñor Marín, que es Archivero de la Biblioteca Vaticana, y se puede decir casi Bibliotecario y toda el alma de aquella gran Librería, y metido y engolfado en varias obras útiles. Él nada posee en su lugar, o tan poco que nada se le da perderlo, y con esta razón en la mano se presentó al general francés Miollis preguntándole si en esta suposición podía quedarse sin peligro alguno en Roma, y le dio respuestas tan ambiguas y tan absurdas que los amigos le persuadieron a que partiese, por más que le disgustase y resultasen algunos inconvenientes en la Biblioteca por su falta, pues quedaba expuesto a algún sonrojo y violencia.

De los del inmediato servicio del Papa y de su mayor intimidad han partido efectivamente cinco. Tres son de los camareros, que son temporalmente y mientras dura el Pontificado, monseñores, que llaman de Marvellón. Los otros dos son propiamente prelados o monseñores de Manteleta, y uno llamado Francisco Bertazzoli es limosnero de Su Santidad, y el otro llamado Santiago Braga es su principal capellán secreto. Todos estos siguieron al Papa desde Imola, en donde eran canónigos, y por lo menos eclesiásticos que estaban a su servicio y son por tanto de particular estimación y confianza del Santo Padre, y con gusto se han ofrecido a perder todo lo que tengan en su patria por acompañar y servir a Su Santidad en tan tristes circunstancias. Pero el Papa no les ha permitido seguir esta resolución, diciéndoles expresamente que, si ahora

pierden lo que tienen en Imola, mañana perderán lo que tienen en Roma y se quedarán en la calle. Han partido pues con el dolor que por sí mismo se entiende y con no menor del Santo Padre de perder personas de su mayor confianza. Pero ha tenido Su Santidad el consuelo y satisfacción de que un hijo del condestable Colona, y algún otro joven de familia principesca, se le han ofrecido para hacer de camareros aun en los oficios más humildes del servicio de Su Sagrada Persona.

Sería cosa larga, y de ninguna utilidad, el poner aquí los nombres y oficios de todos los demás que han sido comprendidos en este decreto y que efectivamente han partido de Roma y se han dirigido a sus patrias en las dichas provincias y Reino; y basta decir que entre todos pasan de setenta, y que sus oficios provisional e interinamente se han provisto en otros que estaban en el mismo punto o carrera. Parece que por la calidad de religiosos no han sido comprendidos en este decreto los reverendísimos Panni y Merenda Dominicanos, aunque los dos son forasteros, y el primero es Maestro del Sacro Palacio, y el segundo Comisario del Santo Oficio, y por la misma razón se está quieto el ilustrísimo José Bartolomé Menochio, Agustiniano Sacristán y Confesor del Santo Padre, y en tal empleo, siendo como es verdaderamente hombre de singular virtud, podrá ser de mucho consuelo a Su Santidad en su marcha y grandes tribulaciones. Con esta última, aunque tan pesada y dolorosa, no han conseguido los franceses su intento de que se abata el Santo Padre y quiera consentir en los planes de su grande Emperador, antes por el contrario empieza ya a correr una vigorosa protesta suya contra la última usurpación de Ancona y Urbino, y una Instrucción a los obispos de aquellas provincias que disgustará mucho a los franceses, según oigo hablar de su tenor y contenido, del que diremos alguna palabra si logramos verla.

Día 26 de mayo

Antes de ayer veinticuatro del corriente, entre cinco y seis de la tarde, llegó a esta ciudad de Roma, viniendo desde Nápoles, José Napoleón o Buonaparte, intitulado Rey de las Dos Sicilias. Sin salir de la carroza o coche se mudaron los caballos en la plazuela del Seminario Clementino, y aunque se arremolinó allí prontamente un gran pueblo, y fue conocido, no hubo uno que ni por adulación le dijese un viva el Rey. Siguió adelante su camino por la puerta del Popolo hacia el interior de la Italia, y ya iba en su seguimiento algún equipaje, y en estos dos días ha pasado mucho más, y van siguiendo el mismo camino que el Rey muchos señores franceses, y quizás más italianos, y entre ellos, a lo que me aseguran, el famoso marqués del Gallo, traidor de primera clase al rey Fernando, y se supone que son personas de su servicio o que

lo serán en otra parte. Todo este tumulto y aparato de esta marcha del rey José y el séquito de tantos señores demuestran que sale de vez de Nápoles y que no volverá a esta Corte, y por consiguiente que renunciará este Reino. Todo es ligereza, inconstancia y volubilidad en las cosas de estos hombres y aun en las de mayor importancia en este mundo, cuales son la fundación de reinos y la elección y coronación de reyes. ¿Qué bulla y algaraza hubo dos años ha cuando por un soberano diploma del emperador Napoleón I fue nombrado, y después proclamado Rey de las dos Sicilias este su hermano con el nombre de José Napoleón I? Qué arengas o alocuciones, o qué proclamas, como ellos dicen, y qué verdaderas charlatanerías, como se debe decir, anunciando a toda la nación napolitana que la exaltación de la nueva dinastía en la persona de José Buonaparte, a pesar de todo el mundo, sería firme, inmoble y eterna, y se la inclinaba por tanto a estarse quieta y tranquila y a no hacer inútilmente esfuerzos en contrario que le serían muy costosos.

Y no obstante, a vuelta de solos dos años, sin haber puesto un pie en Sicilia, ni él ni alguno de los suyos, y a pocos días después que ha acabado de conquistar las provincias del continente, deja a Nápoles para no volver más a esta Corte, y dejará el título de Rey de las Dos Sicilias. En Roma, con no poca generalidad, siguiendo sus antiguas y cien veces repetidas nuevas sobre desembarco de sicilianos e ingleses sobre esta y aquella costa del Reino de Nápoles, se cree y se dice que el rey José viene y huye de Nápoles porque no se puede mantener en aquella Corte y Reino. Pero todo esto es, como otras muchas veces, error, engaño o ficción de los romanos, que, como hemos insinuado más de una vez, fingen, mienten e inventan tanto como los franceses. Sin rebozo se escribe en buenas cartas de Nápoles que el rey José va a ser coronado Rey de España, y los sucesos últimos de aquella Monarquía, de que hablaremos al instante, lo hacen muy creíble y aun cierto; y no se opone este destino de José al que atribuimos a Luciano en el mes antecedente, pues, reflexionando sobre las fechas de los dos, se acuerdan muy bien entre sí. En los últimos días de marzo, en virtud de la gran mudanza en Madrid el veinte del mismo mes, no pudo menos de conocer Napoleón que ya no podía disponer a su arbitrio de la monarquía española y echó mano del proyectado matrimonio para tener mayor influencia en aquella Corte, e hizo que Luciano se pusiese en movimiento para la ejecución de estas bodas. Hacia veinte o veinticuatro de abril volvió a tener seguridad de que podía disponer a su gusto del Reino de España, y dejando a Luciano y a su matrimonio, por una posta que pudo partir de Bayona despachada por Napoleón en los últimos días del dicho mes, o en los primeros de mayo, llama a su hermano José para hacerle Rey de España. Lo primero consta por lo que dijimos el diecinueve de abril y lo segundo constará por lo que diremos al instante. ¿Con qué ojos habremos mirado los jesuitas españoles

a este José Buonaparte al pasar por Roma para ir a ser Rey de España? Los reyes borbones Carlos III y Carlos IV, engañados, deslumbrados e instigados por las impías sectas francmasónica y jansenística, nos han tratado con sumo rigor y dureza por el largo curso de cuarenta y un años. ¡Infelices de nosotros que siempre vamos de mal en peor!, porque, ¿qué podemos esperar sino mayores rigores y durezas, aunque por ventura para engañar a la Nación nos prometen alguna bonanza, viendo asentadas las mismas infames sectas en el catolicisimo trono de la Monarquía española en la persona de este filósofo francmasón José Buonaparte?

Ayer vi fijado en los sitios públicos un proclama o edicto de este José Napoleón I, Rey de las Dos Sicilias, y, aunque el asunto pertenece a su Reino de Nápoles, arreglándose en él la dirección de las postas y correos desde su Corte a ésta, es un verdadero atentado, o por lo menos una ridiculísima impertinencia, hablando en Roma como si fuera su Soberano. Pero ellos hacen lo que quieren y a nadie respetan sino a quien tenga tantas fuerzas que pueda hacerles frente y hacerse respetar a pesar suyo. Jamás se ha visto tan en boga y seguido tan generalmente el sistema de los Brutos, que no reconocen más ley, más derecho y más razón que la fuerza, y en él ha venido a parar, y era preciso, la humanísima, dulcísima y cultísima filosofía que con sus decantadas luces y con su afectada humanidad y beneficencia ha deslumbrado, ha oprimido y embrutecido a casi todo el género humano.

Hoy están muy ocupados los franceses de Roma en festejos y regocijos. En el castillo de San Ángel se han hecho grandes salvas de artillería, y esta noche hay copiosa iluminación en el palacio ministerial de Venecia, en el que vive el Ministro o encargado de negocios de la Corte de Milán, o del Reino de Italia, y acaso algún oculto encargado de negocios de la Corte de París, y en el palacio de habitación del general Miollis hay gran fiesta de música y de baile para la nobleza romana. El motivo de todos estos regocijos públicos es, a lo que entiendo, el ser hoy día aniversario de la Coronación de Buonaparte con la corona de hierro de los lombardos, como Rey de toda la Italia, y se cumplen los tres años; pues hizo esta grande hazaña de abatir la República Cisalpina que él mismo había fundado pocos meses después de haber sido coronado Emperador en la Corte de París.

Día 28 de mayo

Ya empiezan los franceses a tener interés en que no se sepan en Roma las cosas de España, como se han tenido desde el mes de febrero en que no se sepan en España las de Roma. Esto segundo lo consiguen perfectamente, como ya dije con arreglo a las cartas que de allá venían, y vuelvo a decir y asegurar por

otras que han ido viniendo, y se muestran los que escriben deseosos de saber el verdadero estado de Roma, pues allí les quieren hacer creer que los franceses no hacen mal alguno al Papa. Y cómo se lo hemos de decir no habiendo ya correos de España y debiendo ir todas nuestras cartas por los correos franceses, y teniendo éstos toda libertad para hacer de ellas lo que quieren; y se sabe con toda certeza que las leen todas y que no dejan pasar e ir a su destino ni una sola en que se diga algo que a ellos les disguste sobre el modo con que están tratando al Papa. Por la misma razón están todavía detenidos aquí los cuatro correos de gabinete de España que debían haber partido en los meses de marzo y abril, y, por más que el Ministro español y ellos piden sus pasaportes para restituirse a su patria, está inflexible el general Miollis y no quiere concedérselos; y no hay ni puede haber otra razón de un proceder tan violento y tan bárbaro que el que pueden decir en España lo que ven y oyen en Roma; y cada día les interesa más a los franceses, según las grandes novedades de la Monarquía española, el que los españoles les tengan por católicos, y sería mucho más difícil que lo lograsen, aunque oigan misa y hagan alguna otra ceremonia eclesiástica, si se supiera con publicidad en la nación española la manera insolentísima e indecentísima con que están tratando al santo padre Pío VII de cuatro meses a esta parte, y todo indica que irán continuando las insolencias y ultrajes contra su sagrada persona.

Hacia acá tampoco viene correo español ni aun con las cartas del Gobierno para este Ministro, y así se estará sin recibir carta alguna de la Corte de Madrid o le vendrán, como las de los particulares, por los correos franceses, y por consiguiente sujetas a ser registradas. Todos los lunes y viernes de todas las semanas llega correo de Francia a Roma, y en todos ellos suelen venir algunas cartas para nosotros, según han ido llegando de España a Francia, y hasta ahora y algún otro correo en adelante, por la extravagancia de esta providencia y por la precipitación y mal método con que se ha tomado, a nosotros se nos sigue el perjuicio de que paguemos dos veces nuestras cartas. En España no se sabe con publicidad esta mudanza de los correos, y, aunque la sepan de algún modo, no entienden que con ella se hace inútil que nos franqueen las cartas. En efecto, yo he tenido en pocos días tres cartas por las que han pagado en España treinta reales y aquí he tenido que pagar cuarenta en el correo francés, y lo mismo sucede a otros muchos jesuitas españoles con quienes usaban la caridad de enviarles francas las cartas; porque, aunque sería justo, ya que los franceses son autores de todas estas mudanzas, ventajosas para ellos, que por un par de meses, mientras se asienta el nuevo método, y en España entienden que es inútil que nos franqueen las cartas, tuviesen por buena el franqueo de nuestras cartas, para ellos no hay razón que valga, y despótica e injustamente nos hacen pagar aquí lo que quieren por las cartas que ya se han pagado en España.

Y si ya que usan de este despotismo no usaran de otro y no nos interceptaran las cartas más estimables, se pudiera llevar en paciencia. Pero hacernos pagar dos veces las cartas inútiles y que nada dicen y arrebatarnos las que dicen algo de España, aunque ya han sido pagadas allá una vez, es una cosa verdaderamente insufrible. Ya estamos en el caso de que absolutamente nada sabremos por nuestras cartas de lo que suceda en España de poco gusto para los franceses, porque ya es cierto que leen todas las cartas que vienen de España para nosotros como leen las nuestras hacia España; y por consiguiente que solo nos entregarán las que no digan cosa alguna que ellos no quieran que se sepa en Roma. Yo tengo a la mano dos pruebas evidentes de esto, y entre todos los españoles tendrán acaso un centenar. Un amigo mío recibe todos los correos una carta de Asturias que viene a Barcelona, y aquí le escribe otra la persona que la recibe, y en ella le incluye la de Asturias. En esta que viene de un rincón tan apartado de la Monarquía nada se le dice de novedades y se deja este cuidado al que escribe desde Barcelona, y lo suele hacer copiosamente y con franqueza. En este último correo ha recibido la carta interior de Asturias y se han quedado los franceses con la carta exterior de Barcelona que la cubría, y se ve en la que ha recibido señales evidentes de que ha venido dentro de otra. No menos evidente es la segunda prueba de este su absoluto despotismo. Otro amigo mío ha recibido carta de Barcelona, y en ella se le dice que las novedades del día se escriben a otro sujeto. Vamos a buscarle con ansia y nos dice que a él le ha faltado la carta de Barcelona que solía recibir todos los correos. Conque esta que decía algo de las novedades de España, como la otra, se ha quedado entre las uñas de los franceses. Nada pues podremos saber de nuestra patria que no sea del gusto de estos hombres, aunque ya hay necesariamente muchas cosas muy dignas de saberse, y, según los extraordinarísimos sucesos de Bayona de Francia, habrá otras muchas en adelante. Acaso (y es lo más que se puede encarecer), nuestra aflicción y desconsuelo por esta falta es tan grande como la prepotencia y despotismo de estos monstruos filosóficos.

Sin las luces que podíamos sacar de nuestras cartas y casi sin otros documentos que los que nos suministran los franceses en sus gacetas, haremos aquí alguna relación, según nos sea posible, de los insinuados extraordinarísimos sucesos de Bayona y reparamos que será conforme a la verdad, especialmente en cuanto a los tres puntos principales, que son una perfidia sin ejemplar del grande Napoleón, una suma desdicha de la familia real de España y una inmensa serie de males para la nación española. Tiembla la mano (protesto sin exageración y sin hipérboles), hierve la sangre en las venas, se horroriza el ánimo y se desconcierta la fantasía al querer escribir tales abominaciones y monstruosidades, cuales no se han sido visto jamás en todos los siglos pasados.

Apenas se hallará un tan fanático adulador de este grande Napoleón, y por más que se haya caído del ánimo toda idea de pudor y de honradez, que no se haya cubierto la cara de vergüenza al oír una perfidia tan detestable y descarada y un despotismo tan bárbaro y tan osado de este monstruo. Y no hablo al aire, y pudiera notar expresiones de varios franceses que en esta infamia e ignominia indeleble en todos los tiempos venideros se consolaban con que Buonaparte es corso y no francés. Cómo pues puede dejar de ser suma e inexplicable nuestra indignación y nuestro desconsuelo tocándonos tan de cerca todas las tristísimas resultas de esta tragedia luctuosísima; porque, como hemos protestado cien veces y conviene protestarlo mil, y siempre con verdad y con el corazón en la mano, aunque nuestros soberanos y señores, engañados por hombres malignos que ahora les pierden, nos han tratado con sumo rigor por casi medio siglo y España nos ha echado de su seno, siempre hemos sido fidelísimos vasallos de nuestros reyes y españoles castizos y amantísimos de la patria. Y no se impide ni aun se disminuye nuestra pena por la honorífica reflexión de que evidentemente todos estos inmensos males de la familia real y de la nación española son castigo y venganza del Cielo a honor y verosímilmente también a beneficio de la inocente Compañía de Jesús y de sus hijos los jesuitas españoles, despóticamente oprimidos por aquel trono en todos sus vastos dominios y aun en todo el mundo. Calmando pues del mejor modo que podemos nuestra turbación y congoja a los sucesos de Madrid del mes de marzo, que pareciendo sueños tuvieron grandes y felicísimas resultas, añadiremos los nuevos delirios de Bayona, que han tenido ya efectos tristísimos y tendrán todavía funestísimas consecuencias.

El día siete de este mes de mayo, según las cartas de España de la mitad de abril, dejamos al rey don Fernando, que había salido de Madrid el diez del dicho mes de abril, en la ciudad de Burgos o allí cerca; y, en efecto, por cartas posteriores de Vizcaya se sabe que el día trece estaba en la dicha ciudad, y aquí ya se le debió de proponer el deseo de Buonaparte de que llegase a Bayona, y se le darían dos mil seguridades de que nada tenía que temer de la lealtad del grande Napoleón y se levantarían cien montes de dificultades sobre la entrada de Su Majestad Imperial en España, y acaso se le aseguró que los males que le habían asaltado repentinamente no le permitían ponerse en viaje, y, efectivamente, hacia este lado de la Italia se esparció en aquellos días que el Emperador había tenido copiosos vómitos de sangre y que había sido llamado con toda diligencia un famoso médico de Milán, y los romanos ya le tuvieron por muerto. Qué escrúpulo, ni qué dificultad tendría Buonaparte y los suyos en fingir una enfermedad para engañar al pobre rey don Fernando y para hacerle creer que, si no iba presto a Bayona, no encontraría ya vivo al grande Napoleón. También sospecho que han fingido y esparcido en las gacetas que el infante de

España don Carlos María, que había venido a Bayona delante del Rey, estaba enfermo de cuidado, y toda su enfermedad sería tenerle encerrado como a todos los de su acompañamiento para que no se volviesen a España, e, informando a Su Majestad de lo que habían podido observar y entender en Bayona, le hicieron desistir de su viaje. Una Diputación de la ciudad de Burgos, y sería su Ayuntamiento, hizo sus representaciones y súplicas al Rey para que no entrase en la Francia. Pero no fueron bastante para detenerle y siguió adelante su camino.

El día quince de abril, que fue Jueves Santo, se detuvo el Rey en la ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Álava, y asistió en público en la Colegiata a los oficios de aquel día y comulgó a la misa con mucha edificación de todo aquel pueblo. ¡Cuánto va de esta fe y piedad del rey católico don Fernando a la misa militar del gran Murat en Madrid! Aquí también en Vitoria una Diputación de la Provincia o de la ciudad le pidió al Rey, con las mayores veras y encarecimiento que pudo, que no entrase en Francia porque exponía su persona y se perdía sin remedio; y con toda aseveración y con algunas particularidades se dice que Su Majestad puso este negocio en su Consejo, que por lo menos se compondría de sus favoritos el duque del Infantado y el canónigo Escoiquiz y de los dos secretarios de Estado Cevallos y Azanza, y en él prevaleció el parecer de que no había peligro alguno para Su Majestad por su entrada en Bayona para verse con el emperador Napoleón, y todos, o algunos, ponían sus cabezas apoyando su resolución. Acaso si el Rey, como debía, si entendiese bien la malignidad de los presentes políticos, hubiese puesto en la cárcel de Vitoria a todos los que le aconsejaban el viaje a Francia, afianzando su consejo con sus cabezas, y dejase orden de que se las cortasen irremisiblemente luego que llegase noticia de alguna desgracia en su persona, se hubiera templado mucho la valentía de su dictamen sobre que nada tenía Su Majestad que temer por entrar en Francia, y verisímilmente se hubieran puesto todos ellos pálidos y hubieran empezado a temer.

Lo cierto y evidente es que todos los que han dado este consejo al rey don Fernando son unos infames traidores o unos ignorantones, atolondrados y ciegos que no ven lo que tienen delante de los ojos. Cómo puede ser que quien los tiene en la cara no haya visto en el proyecto acordado con el Príncipe de la Paz de llevar la familia real a la Andalucía y de entrar al mismo tiempo en Madrid un ejército de franceses, designio expreso de Buonaparte de apoderarse del Reino de España y destronizar a su grande amigo y aliado Carlos IV, y aunque le ha dado un millón de palabras y le ha hecho otro de promesas de interesarse mucho en la conservación y prosperidad de su trono y de su Monarquía. Pues, si no obstante todo lo dicho para con Carlos IV quiso verdaderamente y resolvió destronizarle porque podía ejecutarlo con el proyec-

to acordado con el Príncipe de la Paz, también querrá y resolverá destronizar a Fernando VII, aunque le haya hecho otro millón de promesas en contrario, si tiene oportunidad para ello, y la tendrá si el Rey se mete en sus manos entrando en Francia. Y, ¿no han visto estos iluminados consejeros en la misma Corte de Madrid a la ex-reina de Etruria, a quien hizo Reina el mismo Buonaparte y millones de veces le ha asegurado de su afecto y protección, y, no obstante, pocos meses ha, de un modo villano, insolente y violentísimo la destronizó en un día y se la envió a España para que la mantuviesen? Pues, por qué no se ha de temer que hará lo mismo con el rey don Fernando, si entra en Francia y se le mete entre las manos a Buonaparte. Este hombre ha mentido a todos, a papas, emperadores y reyes, y a todos los ha engañado con falsas palabras y promesas. ¿Ignoran esto los sapientísimos consejeros del rey don Fernando? Pues, ¿en qué mundo han vivido en estos últimos diez años? Y si lo saben, como es forzoso que lo sepan, ¿en qué razón o motivo justo y razonable pueden fundar su parecer de que sea fiel y leal con el rey don Fernando, habiendo sido infiel y desleal con todos?

Mas al fin el sencillo e inexperto Monarca, según el dictamen de sus infieles o ignorantes consejeros, siguió su camino adelante, y en carta de Guipúzcoa se asegura que fue muy aclamado en aquella provincia, y que muchos guipuzcoanos echaban por tierra sus capas y ropas para que pasase sobre ellas la carroza o coche del amable rey don Fernando, y aun en sus alegres vivas y aclamaciones le hacía temer el pueblo desgracias y desdichas si se fiaba de los franceses. Llegó finalmente el 20 de abril el pobrecito rey don Fernando a la ciudad de Bayona en Francia y a los brazos de Napoleón, el Grande Emperador de los franceses, esto es, una avecita simplecita e inocente a las uñas de un fiero gavilán u otra ave más furiosa de rapiña, y un corderito sin malicia y sin hiel a los dientes de un rabioso, voraz y carnicero lobo. Por algunas horas, y acaso por algún día, todo fue ternuras, cariños y todo género de expresiones y de afectos. Con qué alma, con qué corazón, con qué fingimiento de semblante y de palabras se entiende por lo que sucedió al instante. Se corre la cortina de los ocultos misterios, se muda la escena de furtiva en mágica, y el joven Fernando VII, Rey Católico de España, aclamado de un modo extraodinarisimo por toda la nación española, en un momento por sólo un quiero y determino de este loco aventurero y fantástico don Quijote Napoleón Buonaparte, queda absolutamente destronizado, y por consiguiente arrestado o preso para que no se huya y se meta en España, y por último por la misma razón encerrado de por vida en un castillo de la Francia. Esta es en suma la suerte y paradero del amabilísimo don Fernando VII, Rey de España, por pocos días; y creo que sin nuevas reflexiones sobre este hecho y sus circunstancias todos entenderán que fueron justas nuestras ponderaciones sobre su

extravagancia e irregularidad, y nuestras expresiones de horror, de pena y de congoja por una desgracia tan lamentable.

Las máquinas, armatostes, diabluras, artificios y embustes con que han llegado los franceses a consumar en pocos días esta gran maldad y otras muchas casi tan grandes que se han seguido a ella, y de que sólo puede ser capaz la nación francesa, de mayor talento y habilidad, sin duda y sin controversia, que todas las del mundo para embrollar y para engañar a todos se entiende de alguna manera por lo que nos dicen las gacetas italianas, que trasladan los monitorios franceses, y espero errar poco en la exposición de este maligno y diabólico plan para apoderarse Buonaparte de la monarquía española, concebido, digerido y ejecutado en pocos días, después que se hizo impracticable el que se había concertado con el infame Príncipe de la Paz, llevando los reyes con toda su familia a la Andalucía o a la América.

Ya consta, por lo que aquí se ha dicho, que los franceses, en los furores del Pueblo de Madrid, tuvieron mucho cuidado en no interesarse de modo alguno a favor del aborrecido Príncipe de la Paz, y antes le trataron de enemigo suyo y de traidor a la Francia por haber tenido sus tratos con los ingleses; y no menos consta de la efusión de todo género de expresiones de Buonaparte y de los suyos para con el nuevo rey don Fernando, y con estos dos fingimientos, engaños y mentiras, por el bueno y recto corazón del joven Monarca y por la malignidad o ignorancia de los que le rodean, y ocultando entre tanto todos los demás designios y ardides, lograron que el Rey fuese a verse con Buonaparte, aunque sin pretender al principio que entrase en Francia y al fin que fuese a Bayona, no pudiendo el Emperador ir a encontrarle, y con esto se dio ya el paso decisivo para la ejecución del nuevo plan para apoderarse de España. Conseguido ya el tener en sus manos al rey don Fernando, y pudo ser a los quince o dieciséis de abril, excitaron en sus padres Carlos IV y María Luisa el deseo de volver a ser reyes con la protección y brazo del omnipotente Buonaparte y empezaron a favorecer abiertamente al Príncipe de la Paz, que el veinticuatro de abril, y cuatro días solos después que el rey Fernando estaba en Bayona, salió del castillo de Pinto y volando se fue a Bayona, en donde en conversaciones secretas le habrá dado muchas luces a Buonaparte y le habrá dado a conocer los españoles de quienes se pueda fiar, ayudando este hombre del modo que puede a la ejecución de este segundo plan de opresión de la real familia, de su trono y de la Monarquía española, ya que no tuvo efecto el que él había arreglado con más perfidia que talento.

Los reyes debieron de entrar en el pensamiento de volver a ocupar el trono, y Carlos IV lo haría por falta de capacidad para hacer una reflexión sobre el peligro e inutilidad de este paso dado a instigación de los malignos franceses, y la reina María Luisa lo haría verisímilmente deslumbrada y ciega por

justo castigo del Cielo sobre su parcialidad por la impía Francia y sobre su confianza de salvarse y aun engrandecerse unida con ella, para que por la misma fuese abatida enteramente y reducida a un estado miserabilísimo. Lo cierto es que, sin que el rey don Fernando pudiese saber nada de los manejos que se hacían con sus padres, ni de la resolución de estos, poco después que él, y pudo ser a los veinticuatro de abril, llegaron a Bayona como que venían a pedir justicia al grande Napoleón contra su hijo y a recobrar el trono con su protección y con sus armas. En las gacetas francesas se nos representa a Carlos IV lleno de cólera y de indignación contra el rey don Fernando, y se nos dice que le trató de mal hijo, de traidor, que le había querido quitar el trono y qué sé yo qué más. Si le pusieron en la boca alguna arenguilla a este aire, por creerla los franceses útil para sus intentos, la diría el pobre Rey poco más que como un loro o papagayo. Más creíble es que los reyes ni aun viesen a su hijo don Fernando, que estaba ya bien guardado y rodeado de sólo franceses, porque el punto principal de este segundo proyecto contra la familia real y contra la monarquía española consistía en que no se les escapase de las uñas el rey don Fernando, porque, si él llegaba a verse entre sus españoles, cien napoleones con todas sus mentiras y artificios y con todos sus héroes invencibles de Marengo y Austerlitz no bastaban para destronizarle.

Antes de llegar los reyes a Bayona ya estaba preso el rey don Fernando y estaba dada la sentencia a favor de su padre, dando por nula y forzada su renuncia de la Corona hecha en Aranjuez el día diecinueve del mes de marzo, y por consiguiente volvió a ser Rey de España el mismo día que puso el pie en Bayona. Y, ¿qué hemos de decir de estos juicios y de estas sentencias sobre un negocio tan grande, como la posesión de una inmensa Monarquía, dadas y ejecutadas en un momento y sin formalidad alguna? Qué hemos de decir sino que por un lado son un atentado sin ejemplar, una tiranía y barbarie que no se ha visto otra vez en el mundo. En agradecimiento a su bienhechor Buonaparte, que le había vuelto a hacer Rey, envió prontamente Carlos IV a Madrid un orden el más irregular, por no decir otra cosa mayor, de todo su largo reinado, aunque apenas ha habido uno que no lo haya sido. Por él quitó a su hermano don Antonio el empleo de Regente y de la cabeza de la Junta de Gobierno, que le había dado para el tiempo de su ausencia el rey don Fernando, su sobrino, y nombró para el dicho empleo al príncipe duque de Berg, Joaquín Murat, cuñado del emperador Napoleón, que con un ejercito de cincuenta o sesenta mil franceses está en Madrid y en sus cercanías. Sin más que esto, aunque se ha ido mucho más adelante, ya estaba toda España en manos de Buonaparte y de los suyos.

Esta grande y esencialísima mudanza se ejecutó antes de acabarse el mes de abril, para que se vea la prontitud, celeridad y precipitación de los france-

ses en poner las cosas a su modo antes que los españoles puedan advertir su bárbaro proyecto de apoderarse de toda la Monarquía. Al infante don Antonio, despojado del oficio de Regente, se le dio orden, según parece, de ir también a Bayona, y pudo llegar a esta ciudad en los primeros días de mayo, y para ejecutar en este punto el plan antiguo, desconcertado en Aranjuez, se ha dado también orden de que vayan a Bayona todas las demás personas de la familia real, que eran otras cuatro; esto es, la Reina de Etruria con sus dos niños y el infantico don Francisco Paula, hijo de los Reyes, en edad de doce o catorce años. De suerte que, en el primer plan que se pensó ejecutar en marzo, el malvado Príncipe de la Paz debía conducir toda la familia real hacia el mediodía a Sevilla, a Cádiz o a la América, y en este segundo, valiéndose, según parece, de órdenes del miserable Carlos IV, la lleva Buonaparte toda hacia el Norte y la mete dentro de la Francia, que es un destino para ella mucho peor que haber ido a parar a México o alguna otra provincia de la América. Da compasión, sin pasar más adelante, el ver tratada de un modo tan insolente la augusta familia de nuestros reyes.

El leal pueblo de Madrid, que con algunos de la Mancha impidió que la llevasen a la Andalucía, no ha podido sufrir en paz que la lleven a la Francia, y por su generosa fidelidad se ha precipitado en un abismo de males. El día dos de este mes de mayo, barruntando por lo menos, y acaso sabiendo con seguridad que ya no volvía su adorado rey D. Fernando, y disgustadísimo por verse sujeto al francés Murat, viendo que llevaban también a Francia a los niños, hijos y nietos de los reyes, se enfureció y se echó sobre la tropa francesa que les debía escoltar. Con este arrojo del pueblo se puso en movimiento todo el ejército francés que estaba dentro de Madrid y aun los que estaban en sus cercanías, y hubo una gran batalla dentro de la misma Corte entre su pueblo, mal armado y verisímilmente sin cabeza que le dirigiese, y los muchos millares de franceses, bien armados, mandados por sus oficiales y bien provistos de artillería. Las personas autorizadas de Madrid se afanaban en aquietar y enfriar al pueblo, y la tropa española se estuvo quieta sin ayudarle contra la tropa francesa, y aun sin hacer algún movimiento para que esta se moderase. Venció, pues, el gran Murat con un numeroso ejército de franceses al pueblo de Madrid, armado solamente de indignación y de furor por su generosa fidelidad y amor a sus reyes y a su familia, y por su justísimo odio y aversión contra los que tan inicuamente les oprimen. En las relaciones fantásticas de los franceses de esta su victoria en Madrid, que son las únicas que tenemos, se hacen llegar a muchos millares los muertos y heridos del pueblo de Madrid, y los suyos no pasan de quince o veinte. En uno y otro habrá mucha ponderación, como la hay siempre en todas las relaciones francesas de tales asuntos. Pero no se puede menos de creer, según la naturaleza del comba-

te, el número y disposición de los combatientes, que habrán sido en gran número los muertos y heridos del pueblo de Madrid y de algunos otros de las cercanías; y cierto que su amor y lealtad a sus reyes merecía una suerte más feliz y no una tan desapiadada carnificina, y quedar esclavo de los viles franceses que para tenerle más sujeto prontamente le han desarmado.

A vista de este sangriento tumulto de Madrid, y de otro contemporáneo de Toledo, aunque según parece sin sangre, refrésquese la memoria de una reflexión que hicimos con ocasión de los tumultos del mes de marzo, porque es muy importante para nuestro asunto, que no es otro, como hemos dicho cien veces, que la defensa y justificación de nuestra Madre la Compañía de Jesús. Sus poderosos enemigos al lado del incauto Carlos III, con una insolente y manifiesta calumnia, la atribuyeron el fingido tumulto de Madrid del año de sesenta y seis, y con igual y aun mayor insolencia, aseguraron al Rey y a la Nación que, arrojados los jesuitas de todos los dominios de España, se acabaron para siempre en todos ellos todos los motines y alborotos populares.

Y ve aquí uno en este mes de mayo costosísimo para la Corte de Madrid que justamente se puede mirar como castigo del Cielo por aquel fingido y malicioso tumulto del año de sesenta y seis, y por la calumnia de atribuírsele a los inocentes y pacíficos jesuitas, y con más seguridad se puede decir que es efecto de aquellas calumnias y de la resolución de arrojarlos de España que se tomó por ellas. Toda esta miserabilísima situación de la monarquía española y de su Corte proviene evidentísimamente del triunfo en Francia de las sectas jansenística, francmasónica y filosófica, y de su mucha influencia, propagación y extensión en España, y especialmente en Madrid. Y, ¿hubieran llegado a tanta altura si los jesuitas se hubieran conservado en los dominios del Rey Católico, con alguna protección suya y de los obispos? Sus mismos enemigos conocían y han confesado que era imposible, y por eso se apresuraron a echarlos de España, y procuraron, con un furor de que no hay ejemplar en todas las historias, cerrarles las bocas con cien candados, atarles los brazos y las plumas con cadenas invencibles y quitarles toda comunicación con todos los españoles.

El funesto tumulto del pueblo de Madrid pudo retardar algún otro día la partida de la Reina de Etruria y de los niños, pero no impedirla, habiendo quedado triunfantes los franceses y mandando en la Corte casi como si fuera Rey el francés Murat, que, según se dice, pocos días después se pasó a vivir al palacio real en aquella Corte y miraría como suyos el palacio del Buen Retiro dentro de ella y todos los sitios reales, pues la razón y el derecho es el mismo en todos ellos. Se cree por tanto que la dicha Reina de Etruria, sus dos hijos y el infantico don Francisco de Paula, llegarían a Bayona a más tardar al siete u ocho de mayo, y con su llegada tuvo la satisfacción de tener entre sus uñas

este monstruo de Buonaparte toda la familia real de Borbón que estaba en la Corte de Madrid, y se compone de nueve personas, y son el rey Carlos IV y su mujer María Luisa, su hijo primogénito don Fernando, Príncipe de Asturias y Rey por algunos días, el infante don Carlos María, su segundo hijo, el infante Francisco de Paula, su tercer hijo, la infanta María Luisa, que fue Reina de Etruria, el infante Carlos Luis y Luisa Carlota, hijos de la dicha Reina de Etruria, y finalmente el infante don Antonio, hermano de Carlos IV.

Y, ¿qué piensa hacer este bárbaro de toda esta numerosa familia real de España que con engaños y mentiras ha ido a la ciudad de Bayona dentro de la Francia y se ha puesto en sus manos? Sólo pueden dudar de su intento los que por malignidad o ignorancia den a entender que no conocieron en la introducción de tanta tropa francesa en Madrid, en la retirada de la familia real a la Andalucía, designio expreso de Buonaparte de despojarla del Reino y de apoderarse de toda la monarquía española. Los que vieron y debieron verlo, todos los que no estaban ciegos por malignidad o por ignorancia, que en aquella hipótesis la hubiera destronizado a toda ella porque podía suponer que la ha destronizado ahora porque puede teniéndola entre sus manos; y, en efecto, la ha destronizado ya y aun la destronizó desde el momento en que estuvo seguro de apoderarse de la persona del rey don Fernando, nombrando al instante y antes de acabarse el mes de abril por Rey de España a su hermano José, Rey de Nápoles, que el veinticuatro de este mes de mayo pasó por Roma y va con toda diligencia a tomar posesión de aquella vasta Monarquía. En el primer caso le hubieran servido de pretexto algunos gritos que los sectarios españoles hubieran dado en Madrid detestando el gobierno de Carlos IV y María Luisa y pidiendo otro nuevo; y ahora no se puede usar de este arbitrio después de haber subido al trono Fernando VII, y haber sido tan aclamado por la Corte y por toda la Nación.

Nada más fácil a la fantasía francesa, fecundísima de quimeras y de monstruos, que inventan causas, razones y motivos para cohonestar con alguna apariencia la más horrenda bestialidad si tiene fuerzas para ejecutarla. Y ve aquí en el caso presente la ingeniosa intención de estos grandes hombres. Carlos IV restituido en el trono, habiendo sido despojado su hijo Fernando por sus atentados contra su padre, la renuncia en manos y al arbitrio de su grande amigo y aliado Napoleón I, Emperador de los Franceses y Rey de Italia. Esta renuncia de Carlos IV, hecha en dos palabras o en un renglón, si fuese cierto que aquel pobre, abatido y casi infatuado Monarca ha llegado a hacerla, es tan activa, tan poderosa y tan eficaz que con ella no sólo se despoja asimismo de una Monarquía, que acaso es la mayor de Europa, sino que despoja igualmente a seis hijos suyos, a diez o doce nietos, a dos hermanos y algunos hijos de uno de estos, y entre todos serán como unos veinte, y hablamos

sólo de los descendientes de Carlos III. Y ya se ve que esta renuncia hecha por Carlos IV a favor de un extranjero, teniéndole éste casi como un esclavo entre sus uñas, es perfectamente libre y espontánea, y sin una sombra de engaño o de violencia, y por el contrario aquella otra de Aranjuez hecha por el mismo Monarca en la persona de su hijo primogénito don Fernando, heredero de la Corona, y como tal jurado en Cortes del Reino, y sin que nadie tuviese poder para violentarla, es inválida, nula, violenta y forzada. Uno y otro lo ha determinado solemnemente el grande, justísimo y sapientísimo Napoleón, y ¿quién se atreverá a dudar de ello? No obstante, yo desafío al hombre más instruido en la historia a que no halle en toda ella un suceso semejante en el que en tan pocos días se hayan cometido, amontonado y hacinado unas sobre otras tantas maldades y abominaciones de todas las especies imaginables, fraudes, engaños, perfidias, injusticias, latrocinios, usurpaciones, violencias, tiranías y todas las demás como en este total despojo de toda la familia de Borbón, de España y de fuera, del ilustre trono y monarquía española.

Yo la compadezco tiernísimamente y no puedo ver, sin lágrimas, su abatimiento y su ruina, y el estado miserabilísimo en que se halla. Pero es necesario reconocer y confesar la Justicia del Cielo en permitirlo todo y aun en hacerlo de alguna manera, cegando a los infelices monarcas para que no vean su peligro, aunque estaba delante de los ojos, y no dándoles un fiel consejero que se lo abriese y rodeándoles siempre de ministros infieles y traidores. Los pecados de los reinados de los dos Carlos III y IV, que han irritado al Cielo contra sus personas y su familias, y justifican de su parte el formidable castigo que ha descargado sobre ella, son cuatro, como hemos dicho muchas veces, por respecto a la Francia, a Nápoles, a Roma, a Portugal y a la misma España. Y presentados aquí en compendio se vienen a reducir a injusticias frecuentes, graves y notorias, por un despotismo y arbitrariedad absoluta en todos los ramos del Gobierno; otras no menores en las opresiones de todos los vasallos, con insoportables contribuciones por el lujo, gastos y prodigalidad sin límites, y otras terceras no inferiores a las otras dos, por el odio y aversión injustísima contra la inocente Compañía de Jesús y contra sus hijos. Estas son tres causas proporcionadísimas y de mucha eficacia para irritar al Cielo contra los reyes católicos, y no lo es menos la cuarta, que consiste en un descuido, frialdad e indiferencia tan grande en las cosas de la Religión que todas las clases algo distinguidas en el Estado de nobles, de togados, de soldados, de eclesiásticos y, sobre todo, de diplomáticos o ministeriales, están llenas de hombres sin fe o con una fe viciada con alguna de las sectas dominantes. Todo, en suma, se ha corrompido en los dos reinados de los dos Carlos, llamados felices por los impíos, y, sin un trastorno general de todo, era imposible que en España se restableciesen la Justicia, la moderación y la pureza

en la fe, y todo se hace posible y aun forzoso y necesario si, conforme a nuestros deseos y esperanzas, vuelve a sentarse en el trono de la Monarquía española el amable rey don Fernando.

El grande Napoleón, dueño de toda la monarquía española, que le ha regalado libremente con su renuncia, su aliado y amigo Carlos IV, y habiendo nombrado verisímilmente antes de ella a su hermano José para Rey de España, se ocupa todo al presente en dos importantes operaciones para llevar a cabo felizmente esta empresa. Con un decreto suyo autoritativo, y como quien tiene derecho a mandar, llama a Bayona algunos obispos, algunos canónigos, generales de religiones, grandes de España, consejeros y diputados de los reinos y provincias, y entre todos son ciento y cincuenta y deben hallarse en la dicha ciudad el día quince de junio, en el que se dará principio a las Juntas o Cortes, compuestas de los dichos sujetos. Estas Juntas o Cortes representarán, según se pretende, toda la Nación, y en ellas se reconocerá y se proclamará a José Napoleón por Rey de España, y con este reconocimiento y aclamación de toda la nación española, por medio de sus diputados o representantes, se fortificará mucho el derecho a la Corona, adquirido con la renuncia de Carlos IV, y se facilitará la posesión pacífica del trono por el nuevo Rey. Se presentará en las dichas Cortes y se aprovechará la nueva forma de gobierno que quiera dar a la España el emperador Napoleón, y se supone que será vigorosa, activa y enérgica, en lugar de la débil, lánguida y agonizante que había en el gobierno pasado.

La segunda es un diluvio e inundación de arengas y exhortaciones cariñosas, expresivas y fervorosas a toda la Nación, a todos los reinos y provincias del grande Napoleón, del mismo rey Carlos IV y de muchos autorizados españoles que están en Bayona, y de todos los que en Madrid tienen alguna autoridad, y aun se cuentan entre los arengantes al Arzobispo de Toledo don Luis Borbón, primo de los reyes destronizados y al Inquisidor General de la Suprema. El contenido de todas estas exhortaciones a la Nación se reduce a promesas segurísimas de pureza de la Religión Católica, de indivisibilidad e independencia de la Monarquía y de prosperidades en todo en común y en particular, y a demostrarlas la inutilidad de su resistencia y de sus esfuerzos, según el estado de las cosas, para recobrar al rey don Fernando y para impedir la exaltación al trono del rey José, y para acabar de atraer y ganar a la Nación añade el invencible, el conquistador y el terror de toda la Europa, Napoleón Buonaparte, Emperador de los franceses y Rey de Italia, amenazas terribilísimas de que asolará a España si se tuviere el arrojo de oponerse con la fuerza a la ejecución de esta su resuelta y soberana voluntad. Qué diligencias haya practicado antecedentemente y practique ahora para que la América se conserve unida al trono de España, poseído por su hermano José, no lo podemos saber

ni aun conjeturar con algún fundamento. Lo cierto es que, siendo este un asunto importantísimo, como todo el mundo conoce, no ha podido menos de pensar y de proyectar mucho sobre él. Pero teniendo poca franqueza en la mar, se puede temer que, por mucha que haya sido su previsión, su actividad y su energía, no logre engañar ni aterrar a los americanos, y que quieran reconocer a su hermano por Rey, y a los dos se les escapen los tesoros de la América.

Desgraciadísima nación española, en sí misma con mucha generalidad buena, católica y piadosa y dignísima de mejor suerte, a qué abismo de males, de miserias y de horrores la exponen segunda vez los pecados y abusos del Gobierno, y más propiamente la impiedad y filosofía que por más de cuarenta años han prevalecido en el gabinete y en la confianza de los incautísimos reyes Carlos III y Carlos IV. A la mitad del mes de marzo, por la fidelidad del pueblo salió felizmente del aprieto terribilísimo en que se vio de perder toda la familia real y de quedar dominada de los ateístas franceses; y a la mitad de mayo se halla otra vez no sólo en peligro de las mismas desdichas, sino también sumergida en ellas. Honrada, sincera, generosa y catolicísima nación española, no tengo palabras con que explicar la gran compasión que te tengo, y la pena de mi corazón al verte entrar en un piélago de amarguras y de todo género de miserias. En el primer caso del destronizamiento de Carlos IV y exaltación de los franceses hubiera sido sin duda grande su pena, su pasmo y atolondramiento, viéndose en un punto privada de toda la familia real y en manos de aborrecidos extranjeros. Pero, desenamorada de aquellos monarcas Carlos IV y María Luisa, que con alguna culpa suya, aunque mayor de sus ministros y privados, la habían oprimido despóticamente y de muchos modos, y, según las miserables circunstancias de la Monarquía, no hubieran pasado de asombros y aturdimientos, y de amargas expresiones de pena y de indignación, y aunque de malísima gana se hubiera sujetado quietamente al Imperio francés.

Ahora sucede todo al contrario. Enamorada la Nación toda del nuevo Rey, el amable, joven don Fernando VII, y olvidada por su respeto de todas las opresiones de los reinados de su abuelo y de su padre, rebosaba de alegría y de gozo, esperando ser feliz con su piadoso, justo y moderado Gobierno; y repentina e impensadamente le pierde, y con él a toda la familia real, y con una traición y una perfidia de los franceses, la más vil, más infame, más alevosa y más descarada que ha visto jamás el mundo. ¿Quién podrá decirnos cómo ha sido en la realidad la conmoción de toda la nación española, al publicarse en ella de un modo auténtico que su amado rey don Fernando, llamado por el Emperador de los franceses con mil promesas de su seguridad y otras tantas expresiones de afecto, de amistad y de estimación, había sido por este vil corso, injerto en francés, destronizado, arrestado y encerrado en un castillo? Algo nos dirían las cartas de Cataluña, que nos han interceptado, y

yo sin ellas, y sin que nadie me lo sugiera, digo y aseguro franquísimamente que toda la nación española, y aun el menor de los españoles, exceptuando los corrompidos con las sectas y errores franceses, darían un espantoso bramido como un león con sus mayores furias y correrían todos ciegamente a las armas para vengar un agravio e injuria tan insolente, y recobrar a costa de su sangre a su amado rey don Fernando.

Todo esto es historia ciertísima, aunque nadie pueda todavía contarla, y basta para creerlo conocer de alguna manera el carácter de la nación española. Pero qué podrá hacer por más que su ira llegue a furor en circunstancias tan difíciles y miserables. La Nación queda sin Rey y sin persona alguna con algún otro título a la cual se pueda unir y de la cual pueda recibir movimiento alguno, y cada uno de los reinos y provincias ha de pensar a sí misma y a sus cosas, y en todas partes ocupan los principales puestos hombres de quienes por lo común se pueden fiar poco, por haber sido colocados en ellos por el architraidor Príncipe de la Paz. La tropa está por la mayor parte en manos de los franceses y la poca que no lo está pasará ahora a ellas o se disipará. En casi todas las provincias hay falta de armas, de municiones, y de todo, y en ninguna deja de haber hombres corrompidos con la filosofía francesa que procurarán sosegar la cólera de los verdaderos españoles e inclinarlos a ceder a la necesidad. ¿Qué puede hacer la Nación, por más que se acalore y enfurezca, en un estado tan miserable y teniendo tantas ventajas los franceses con quienes ha de pelear? Ellos tienen todas las plazas fuertes de la frontera, y con doscientos mil hombres de buena tropa ocupan la Corte, y, además de Navarra y Cantabria, las dos Castillas casi enteras, que son el centro de la Monarquía; y desde él podrán ir prontamente cuerpos de tropas que sean bastantes para sujetar las provincias marítimas, generalmente desprovistas de tropa, de armas, de municiones y de todo.

Y no es circunstancia despreciable en este caso el que este segundo abatimiento del Rey y de su familia es todo obra de solo el Emperador de los franceses, aunque en el primero del mes de marzo tenían mucha parte el Príncipe de la Paz y otros viles españoles. Es forzoso pues que el orgulloso y soberbio Napoleón tenga un empeño particularísimo en llevarla al cabo y perfeccionarla, y estando casi enteramente desocupado y teniendo a sus órdenes quinientos o seiscientos mil hombres de tropa bien disciplinada y aguerrida, cómo le ha de resistir España no pudiendo hacerle frente sino con paisanos con pocas armas y sin disciplina alguna. Por necesidad vendrán sobre la pobre España inmensos males si se arroja a tomar las armas del modo que pueda contra este monstruo de Buonaparte que tan vil y pérfidamente le ha herido de muerte en las niñas de sus ojos, y que con una feísima deslealtad y traición ha oprimido a su inocente y amable rey don Fernando; y aún vendrán sobre ella mayores si se

sujeta a los viles, interesados e impíos franceses, por más que hagan doscientas mil promesas con solemnísimos juramentos de no hacer cosa alguna contra la Religión y de no robar a nadie. Alternativa funestísima y espantosa en que se hallan necesariamente en el día los españoles, o de entrar en una sangrienta guerra sin fuerzas algunas contra quien las tiene inmensas, o de sujetarse y obedecer a los ateístas franceses.

El destino de la burlada y oprimida familia real de España es ya sabido en Roma, anunciándole uniformemente todas las gacetas italianas y francesas; y se supone que todas ellas, y especialmente los jóvenes que pudieran atraer la nación española si se metieran en el Reino, van a parar muy dentro de la Francia. El joven rey don Fernando, su hermano Carlos María Isidro, y también su tío don Antonio, a lo que parece, van a Valencey, que, según dicen, es un feudo del obispo casado Talleyrand, y debe de estar de este lado de París hacia Flandes o la Alsacia. Todos los que les rodeen, acompañen o sirvan serán franceses, sin dejarles verisímilmente ni sus confesores, y sin reparar nada en desatenciones ni aun rigores ni crueldades harán con ellos todo lo que les parezca conveniente para tenerles seguros. Los reyes Carlos IV y María Luisa, la ex Reina de Etruria con sus dos niños, y el infantico don Francisco Paula, van por ahora al palacio imperial de Fontainebleau, mientras se prepara el de Compiegne para el cual están destinados, y con pocos días de diferencia todos partieron de Bayona hacia la mitad de este mes de mayo. Suerte y destino más infeliz por estar en manos de hombres tan viles y sus enemigos que el de todas las otras familias reales que han sido destronizadas, pues al fin los que viven de la familia de Francia están, si bien olvidados y escondidos, en los Estados del Emperador de la Rusia y del Rey de Inglaterra, los de Nápoles se conservan en su Sicilia, los del Piamonte y Saboya en su Cerdeña, y los de Portugal en su Brasil. Se han retardado las desgracias y miserias de la familia real de España, pero en un momento y de un golpe han llegado a una grande altura, perdiendo absolutamente todos sus Estados y aún la libertad, y quedando en todo al arbitrio de hombres viles y por interés propio enemigos de la familia de Borbón.

¿Cómo se hallará en poder y a discreción de los interesados franceses la reina María Luisa, para quien era poco toda la monarquía española y todas sus riquezas y tesoros? La caída es espantosa y la mudanza total, pues de una Reina absoluta y despótica de la gran Monarquía española se ha convertido instantáneamente en una prisionera y casi una esclava de Buonaparte. Qué reflexiones tan amargas y tan desabridas hará a sus solas y en el fondo de su corazón la desaconsejada María Luisa, aunque ya muy tarde y cuando todo está perdido. Ni es creíble que le sirva de mucho consuelo en su gran desventura la presencia de su Príncipe de la Paz, que, por voluntad de Buonaparte, la

ha acompañado a Fontainebleau, porque, por poco entendimiento que la haya dado la inmensa y descomunal tribulación que tiene sobre sí, conocerá con evidencia que, por haber creído a este hombre malvado y desleal y por haberse fiado de los franceses siguiendo su consejo e instigación, se ha perdido a sí misma, a toda su familia de España, de Parma, y aun de Nápoles y de Portugal, y reconocerá por más acertada, aunque ya inútilmente, la conducta y modo de pensar de la reina Carolina de Nápoles, que siempre ha sido contraria y ha hecho el mal que ha podido a los revoltosos y ambiciosos franceses. Quiera el Cielo (y se lo pedimos muy de veras) que nuestra inconsiderada reina María Luisa sepa hacer estas y otras muchas sabias reflexiones de un modo conveniente para la tranquilidad de su conciencia y para su eterna salvación, que es lo que a ella y a todos nos importa, pues en su comparación los tronos y reinos de este mundo son con poco de oropel, enredos y juegos de niños.

A nosotros también nos alcanzan por fuerza estas grandes novedades de la España, pues, dejando de ser vasallos de los reyes borbones, empezamos a serlo, aunque no queramos, de los reyes napoleones o buonapartes. Aquellos por cuarenta y un años seguidos, sin que hasta ahora se nos haya dicho un delito nuestro, nos han estado oprimiendo con un rigor que ha llegado a fiereza, y con todo eso les amábamos de corazón y sentimos su abatimiento como los más sinceros y castizos españoles. Con estos puede haber en los principios alguna apariencia de bonanza para nosotros, y, en efecto, me consta por carta de una dama italiana Strozzi, que estaba al lado de la Reina de Etruria, que Murat, ya entronizado en Madrid, habló con mucha compasión de los jesuitas españoles desterrados en la Italia, y mostró intención de que se les aumentase la pensión que se les daba. El rey José verisímilmente mostrará estimación de los jesuitas españoles, ya para hacer más odiosos a los reyes borbones, que han tratado con tanta crueldad a unos hombres inocentes y que en nada les han ofendido, y ya para ganar el afecto de la Nación, pues no faltará quien le diga que generalmente son en ella estimados y que apenas hay en España, como es así verdad, familia alguna honrada, ni noble, ni nobilísima que no tuviese prenda entre ellos. Y todo esto, ¿de qué servirá? Todo parará en apariencias y en palabras al aire y aun esto durará poco, como sucedió en la Asamblea de París al principio de la revolución de Francia, y dos años ha en Nápoles y en el Parmesano; porque absolutamente es tan imposible una verdadera y constante concordia entre los hijos de la Compañía de Jesús y los dominantes ateístas franceses, como entre Cristo y Belial, la Luz y las tinieblas. Se pone pues nuestra causa en peor estado que antes con la mudanza de soberanos en la monarquía española; y yo nunca tendré por sólido el restablecimiento de la Compañía en parte alguna mientras no pierdan del todo o en mucha parte el poder y mando que ahora tienen las sectas anticristianas.

Pero espero ahora más que nunca que su abatimiento no está muy apartado, porque veo que ya han servido de instrumento de la ira del Señor para castigar a todos los soberanos y gobiernos que por muchos títulos le tenían muy enojado. Por días y por momentos irán sucediendo en España grandes cosas. Pero, ¿qué desconsuelo para nosotros el vernos condenados por el despotismo y tiranía sin límites y sin ejemplar de los cultísimos, humanísimos y dulcísimos filósofos franceses a no recibir una carta de nuestros hermanos, parientes y amigos, y a ignorar por consiguiente todos los sucesos buenos y malos de nuestra estimadísima patria?

Día 31 de mayo

En este último día de mayo, dejadas aparte las hostilidades de los franceses contra España y contra Roma, hay poco que decir de cosas de guerras. Los romanos, siempre inventores de fábulas sobre Nápoles, viendo pasar tanto carruaje y tanta gente en seguimiento del nuevo Rey de España y asegurando que despojan el palacio real de aquella Corte, hablan como si creyeran que los franceses abandonan del todo este Reino. Pero es increíble mientras no se vean en muchos mayores aprietos y necesidades. Con mayor franqueza han asegurado cien veces que los ingleses han tomado las islas de Ischia y Procida, inmediatas a Nápoles, y yo no acabo de ver esta conquista, aunque es verdad que, por la prepotencia de los franceses sobre todos los correos y sobre todos los papeles públicos, no se puede llegar a saber con certeza aun lo que está casi delante de los ojos. Más cierto es que los ingleses andan sobre estas costas del Estado Pontificio y del Reino de Nápoles y hacen siempre algunas presas, y esta desgracia han tenido las cuatro barcas catalanas que poco ha salieron de este puerto de Ripa Grande, o, por lo menos, alguna de ellas, y habrán ido a parar al puerto de Malta.

En la guerra del Norte de muchos contra el Rey de Suecia, según nos dicen las gacetas de los franceses, siempre hacen algo los rusos contra los suecos en la Finlandia. Pero nada hacen todavía los ejércitos francés y español mandados por el general Bernardote, llamado Príncipe de Ponte Corvo. A la verdad, es bien extraña la situación de aquel ejército español del Norte mandado por el conde de la Romaña. ¿Qué hará este Comandante y su ejército al oír la opresión de un modo tan vil y tan inicuo del nuevo rey don Fernando y de toda la familia real por el Emperador de los franceses, a quien sirven como aliado del Rey Católico en aquella guerra del Norte? Deben, si tienen juicio y fidelidad, ponerse en tal estado y situación, y reuniéndose todos en cuanto les sea posible, que no puedan los franceses oprimirles y forzarles a hacer lo que no sea justo, y esperar hasta que se pueda saber con certeza la resolución de

la mayor parte de la nación española. Si esta reconoce al nuevo rey José Buonaparte no será reprensible el Comandante y el ejército en continuar la guerra en unión con los franceses. Pero, si la Nación toma las armas contra el nuevo Rey y no quiere reconocerle, deben hacer todos los esfuerzos posibles para venirse a España en navíos ingleses o en los que puedan para ayudar a la Nación en su guerra justísima contra el bárbaro opresor de su Rey, e injusto usurpador de la Corona. En qué estado y circunstancias ha dejado el infame Príncipe de la Paz la tropa de España, pues, aunque quiera ser fiel a su Soberano y defenderle de sus enemigos, no puede hacerlo hallándose cuatrocientas leguas de España y mezclada con los mismos franceses; y no se trata de algunas docenas de voluntarios, sino de un ejército de veinticinco o treinta mil hombres de la mejor tropa de España, que en cualquier punto de la Monarquía podía bastar para detener a un ejército de cien mil franceses. ¿Cuánto han ejecutado, por instigación de éstos, algunos viles españoles para debilitar y perder a España?

En otros países hay siempre rumores de alarmas y de guerras, y especialmente en la Turquía y en la Austria. Por lo que toca a la primera, siempre se habla de pretensiones de los rusos contra la Porta Otomana, y la Francia trabaja con actividad en impedir esta guerra que a ella la incomodaría en las circunstancias presentes, y los ingleses, que siempre hacen en la mar algún daño a los turcos, trabajan con empeño en apartarlos de la amistad con los franceses, y el haber salido de Constantinopla el ministro francés Sebastiani puede ser algún indicio de que van adelantando en su proyecto. Contra la casa de Austria, según se habla con publicidad en Roma, tiene al presente Buonaparte grandes pretensiones, y no es la mayor de todas, aunque no es pequeña, la cesión de Trieste y de todo lo que posee en la costa del Adriático, pues con ella quedaría el Emperador de Alemania sin tocar el mar por parte alguna. Para no tener por un temerario a Buonaparte en esta su provocación al Emperador de Alemania, es necesario creer que no sólo está seguro de la paz con el Emperador de la Rusia, sino también de que le ayudará contra la Austria si hubiere guerra entre los dos, pues de otro modo, necesitando de doscientos mil hombres para llevar al cabo la empresa de España, no es fácil, por más que despueble el mundo, que pudiese reunir fuerzas superiores a las que pueda presentar la Austria. Cada día está el mundo más preñado de novedades y nunca dejará de estarlo mientras tengan mucho poder los ligeros y noveleros franceses.

JUNIO

Día 1 de junio

El medio o arbitrio del general Miollis para ganar gentes con el agasajo de academias y convites ha sido tan extendido y tan general que, hacia el once del mes de marzo, convidó a comer a muchos superiores religiosos de Roma, y creo que se extendió a todos los generales y aun a algunos otros abades o priores autorizados. Es cosa de risa esta bondad y dignación (y más propiamente bajeza e hipocresía) de convidar el gran general francés Miollis a comer a su mesa a tan gran número de religiosos a quienes desprecia altísimamente, y no mira, como hacen los filósofos, sino como a otros tantos hombres ridículamente vestidos y como enmascarados y de mojiganga por el tiempo de Carnestolendas. Ya era entonces público y notorio por muchos casos semejantes el modo de pensar, la intención y voluntad del santo padre Pío VII sobre el trato y familiaridad con los franceses, y así unos, preguntando al Papa sobre el caso, y otros, teniéndolo por inútil a excepción del superior de los esculapios y algún otro, que no he oído nombrar, se excusaron generalmente todos de asistir al convite de comida del general Miollis, y no tienen que temer que se les siga algún perjuicio por haberle hecho este desaire, pues siempre, y por más que le adulasen y complaciesen, su abatimiento y su ruina sería cierta e inevitable, más o menos presto, según las circunstancias de los países en que manden lo permitan. Y puntualmente en el día andan aquí en pasos y diligencias que suelen ser anuncios de alguna determinación contra ellos. A todos los superiores religiosos de Roma se pide lista de todos sus súbditos, y con la circunstancia del lugar de su nacimiento, y se muestran muy disgustados porque temen, a vista de lo que ejecutan con cardenales, prelados y aun seculares, que quieran echar de Roma a todos los religiosos de fuera del presente Estado del Papa, y sería casi dejar vacíos todos los conventos. Más en particular se muestran conturbados con estas listas, como me consta por seguro canal, los padres dominicanos Panni y Merenda, porque temen por este medio perder los distinguidos empleos de Maestro del Sacro Palacio y Comisario del Santo Oficio que hasta ahora, aunque extranjeros, han podido conservar.

Un solo ex jesuita romano llamado Brena, que vive con otros muchos en esta Casa del Jesús, ha sido una vez convidado por Miollis, y no a comer, sino a la grande academia de música que tuvo el veintiséis del mes pasado. Parece que el mérito de este jesuita Brena para este singular honor de ser convidado por el General francés puede haber sido el haber compuesto y publicado algunos buenos sonetos en elogio a Buonaparte cuando éste era elogiado de todos en este país y aun del Papa, con magníficas arengas en sus consistorios. Pero no asistió y dio después su disculpa con sus años y sus males. De otros religiosos, después del despreciado convite del mes de marzo, apenas se ha dicho ni que hayan sido convidados, ni que hayan asistido. Los padres esculapios solos son los que con alguna frecuencia han continuado en asistir a la mesa y acaso también a las academias del General francés, y este les corresponde no sólo mostrándoles afecto y estimación, sino también procurándoles mayor crédito y fama. No hace mucho que se restableció en esta ciudad la *Gaceta Romana* que, por algunos años, se había suspendido, y su restablecimiento se debe a los dominantes franceses, que se servirán de ella para todo lo que se les antoje, y se supone que no se pondrá en ella ni una línea que les pueda desagradar a ellos. Servirá, pues, esta *Gaceta Romana*, como las otras muchas italianas y francesas, para deslumbrar las gentes y engañar a todos, refiriendo siempre todas las cosas como quieran los mentirosos y engañadores franceses, que siempre se van aficionando más a este gran medio de las mentiras y engaños porque la experiencia les muestra que con él adelantan mucho sus cosas. La compone o extiende el jacobino Piranesi, de quien ya dijimos antes una palabra, y se imprime en la imprenta de Luis P. Salvioni, que fue novicio coadjutor en la Compañía y, según oigo, se ha olvidado de lo que aprendió en su noviciado.

Por este mismo se sabe, con toda certeza, que el general Miollis ha encargado expresamente que no se pierda ocasión de alabar en dicha *Gaceta* a los padres esculapios. ¿No es este un medio muy oportuno y eficaz para conciliarles crédito y fama en el público? Y no han tardado los gaceteros en tener una buena ocasión para complacer cumplidamente al General francés. Los esculapios han tenido su capítulo y nombraron por General de la Orden al P. Arcángel Isaías, autor de no se qué obrilla de erudición. El general Miollis le convidó a comer, y juntamente al General reelegido de la Orden de San Juan de Dios. Todo esto se nos dice en la gaceta en los últimos días de mayo, y, de camino, se hace un grande elogio de la religión de los esculapios y del talento y celo de estos religiosos para el ministerio de la educación de la juventud, y, suponiendo que los gaceteros romanos serán muy activos y muy fieles en cumplir el encargo del señor general Miollis, repetirán muchas veces en sus gacetas estos y otros semejantes elogios de los padres esculapios, que, a nosotros, nada nos importan, pues nos bastan estos para insinuar aquí una observación que no nos parece despreciable.

La suerte de estos religiosos esculapios y la de los jesuitas han sido enteramente contrarias en este último medio siglo. Aquellos, en todo él, siempre, constantemente y en todos los diferentes gobiernos, han sido estimados, aplaudidos, y han gozado de buen crédito, de fama y prosperidad. Éstos, por el contrario, en todo el dicho tiempo y en toda la variedad de circunstancias, han sido despreciados, infamados y perseguidos. Presentemos con perspicuidad esta contrariedad de suerte de unos y de otros en esta Corte de Roma. En los pontificados de Clemente XIV y de Pío VI se exaltaron mucho y se pusieron en grande auge los padres esculapios, y, en el primero de los dos pontificados, fueron los jesuitas extinguidos, arrancados de la Iglesia e infamados gravísimamente en todas partes, y, en el segundo, continuó su abatimiento y su ignominia. Múdase Roma enteramente el año de noventa y ocho, y, echado por tierra el trono pontificio, desterrado el papa Pío VI y desconcertado todo lo antiguo, se levanta en esta ciudad el Gobierno democrático republicano y en él aparecen los padres esculapios con nuevo lustre y gloria y son grandemente aplaudidos, y los jesuitas, oprimidos o abandonados por los papas, son más fieramente perseguidos, desterrados y arrojados a la calle por los del Gobierno republicano. Vuelve a mudarse todo en Roma el año de ochocientos, extinguiéndose el gobierno republicano y restableciéndose el trono pontificio que vino a ocupar desde Venecia el presente pontífice Pío VII, elegido en aquella ciudad, y los padres esculapios luego merecieron su gracia y estimación, y tuvo la dignación y bondad de venir con muy ligero motivo a honrar su seminario o colegio nazareno y los jesuitas quedaron en su antiguo abandono, desdeñándose el Pontífice aun de poner un pie en alguna de sus iglesias, de visitar alguno de sus santos y de hacer la menor cosa de algún honor para ellos, y aun haciendo algunas de no poco deshonor e ignominia suya; finalmente el día dos de febrero de este año se volvió a mudar Roma, empezando los franceses a mandar en ella como si fueran sus soberanos, y los padres esculapios les merecen un afecto y estimación muy particular, como se entiende por lo que contamos antes de este general Miollis, y, para con los jesuitas, aunque no han llegado todavía circunstancias favorables para oprimirles en Roma, como lo harán seguramente si llegasen, no tienen generalmente para con todos sino un aire de desprecio, de amenaza y de terror, y trabajan con el gran medio del espionaje para buscar alguna ocasión o pretexto para hacerles mal.

En todo lo dicho no hay una sílaba, ni una tilde que no sea cierta, pública y notoria, y sabida de todos los que han vivido en esta ciudad. Los tres nombrados pontífices han mostrado estimación particular de los padres esculapios y los mismos han oprimido y abandonado a los jesuitas. Los dos gobiernos, republicano y francés, han aplaudido grandemente a los padres esculapios y los mismos han deprimido a los jesuitas cuanto les ha sido posible. ¿En qué

puede consistir que gobiernos entre sí tan contrarios hayan tenido una conducta de constante estimación y beneficencia para con los padres esculapios y puntualmente la contraria para con los jesuitas? No es un profundo misterio, ni algún recóndito arcano para los que tengan no más que una superficial noticia de las cosas de cortes y ministerios, y yo lo diré sincera y francamente por amor a la verdad y sin jactancia, por el honor que puede resultar a la Compañía y sin complacencia por la infamia que se les puede seguir a los padres esculapios.

Todo este gran misterio consiste en que en Roma (y entiéndase lo mismo de Lisboa, de Madrid, de París, de Viena y de Nápoles), en todo el tiempo dicho de casi medio siglo, han tenido mucha influencia y han dominado en el gabinete y en el consejo íntimo de los papas más o menos abiertamente las sectas anticristianas: jansenismo, fracmasonismo y filosofía incrédula, y para que nadie se escandalice de esta expresión, al parecer arrojada, la demostraré brevemente en el gobierno del presente pontífice Pío VII, que es, sin duda, el más piadoso de todos tres. Los cardenales Antonelli, aficionado al jansenismo; Borgia y Consalvi, a la filosofía, con algunos pocos de su partido, dominaron a Pío VII desde el primer día de su pontificado, y le sirvieron bien y clavaron bien en la cabeza la máxima fundamental de todo su Gobierno espiritual y temporal, y esta fue condescender con la Francia en todo en cuanto fuese posible, y para quitarle todo escrúpulo, por malignidad o por ignorancia, le desfiguraron las intenciones religiosas del gobierno francés. Ve aquí, pues, delante de los ojos, una grande influencia en el gabinete y en el ánimo de Pío VII de las sectas anticristianas, entronizadas y dominantes en la Corte de París, y ha sido tan grande hasta este día dos de febrero de este año que nada se le ha negado de cuanto ha pedido, y es constante y público que, si en algún negocio se hallasen encontradas por un lado la Corte de París y por otro todas las de Europa, se prefería dar gusto a la primera y no hacer caso de las demás. Esto supuesto sólo hace falta para acabar de exponer todo este misterio y arcano el asegurar lo que todos saben, esto es, que la Compañía de Jesús ha tenido la fortuna de ser tomada de mira, aborrecida de muerte y perseguida hasta el furor por todas las dichas sectas anticristianas, y ellas saben por qué lo hacen, y, por el contrario, los padres esculapios han tenido la desgracia de ser mirados con buenos ojos por las mismas, sostenidos y alabados por ellas, y ya se ve que sabrán el motivo por qué lo hacen. Será una confirmación nada oscura de esta nuestra aserción, al ver que sucede lo contrario, como pronosticamos sin ser profeta, qué sucederá infaliblemente cuando dejen de tener influencia en el gabinete del Papa y de los príncipes las dichas sectas anticristianas, pues entonces segurísimamente serán los jesuitas buscados, consolados en sus desgracias, restablecidos con honor en la Iglesia, estimados y ensalzados, y, por el contrario, los padres esculapios caerán de la presente altura y elevación, y acaso lle-

garán a un estado de menor crédito y lustre que el que tenían antes que con la opresión de la Compañía de Jesús se levantasen sobre su ruina. Esperamos que, con el tiempo, se vea verificado este nuestro pronóstico.

DÍA 5 DE JUNIO

El enojo del emperador Napoleón con su hermano Luciano Buonaparte llegó a tanta altura, según la fama pública en Roma, que por su parcialidad para con el Papa ha sido condenado a muerte en el Senado de París como traidor al Imperio, aunque después se conmutó la sentencia por el dicho Emperador en destierro perpetuo a la isla de Córcega, y ya casi le veían muchos romanos embarcarse en el puerto de Liorna. Un paso que ha dado en estos mismos días el dicho Luciano es prueba suficiente de que es falso todo lo dicho y no se opone al destino que antes le dimos nosotros por respeto a la España, y que se debió de abandonar luego que se pudo destronizar al rey don Fernando. El nuevo Rey de España, José Napoleón, que pasó por esta ciudad el veinticuatro del mes antecedente de mayo, pasando por la Marca de Ancona y la provincia de la Romaña, llegó a Bolonia el veintisiete o veintiocho del mismo mes. Luciano estaba en Florencia, y, avisado por una posta particular del arribo de su hermano a Bolonia, muy a tiempo para verse con él, apareció en esta ciudad con un lucido tren y con mucha grandeza, y, por consiguiente, con toda publicidad, y no lo harían así si fuera tan grande la cólera y enojo del emperador Napoleón contra Luciano como se ha creído en Roma. El Rey se hospedó en el palacio del caballero Marccaletti, que fue uno de los senadores más revolucionarios de Bolonia, y en él tuvieron los dos hermanos una larguísima y secretísima conferencia, y José siguió, con toda diligencia, su viaje hacia Bayona, y Luciano se restituyó a Florencia.

Parece que el no acompañar Luciano al Rey en este viaje tan glorioso es algún indicio de no estar en mucha gracia del Emperador, si no proviene de tener un buen destino en la Italia. A la verdad, tiene tanto de que disponer el Emperador de los franceses con este gran regalo de toda la monarquía española que le ha hecho el abatido Carlos IV con su renuncia, o que, sin ella, él ha robado inicuamente a toda la familia real de España, que pudiera haber alguna cosa para este pobre Luciano, pues hay para otros que no son tan allegados a su persona. Allá van galopando, llamados por el emperador Napoleón I, los dos hermanos Borghesis, naturales de esta ciudad de Roma. El mayor de los dos, que es Príncipe romano y tiene por mujer a Paulina Buonaparte, hermana del dicho Emperador, estaba señalado para el grande empleo con este o con el otro título de Gobernador de las provincias o departamentos del imperio francés de este lado de los Alpes, y debía residir en la ciudad de Génova,

y ya venía de viaje para entrar en posesión de su conspicuo empleo y volando se ha ido a Bayona; y pensará Napoleón darle más que lo que tenía en Italia, y así le hará Rey de Portugal o de alguna parte de la Monarquía española en la Europa o en la América, por más que prometa solemnemente su integridad e individualidad, porque qué le costará a Buonaparte faltar a esta promesa como ha faltado a todas las que ha hecho hasta ahora. El otro Borghesi, Aldrovandini, llamado comúnmente Gneco, irá destinado a un gran Gobierno o Virreinato de España o en la América. Entre tanto que se les ofrecen tantas grandezas a estos dos jóvenes Borquesis, ellos van arruinando a toda prisa su rica casa que debió su ensalzamiento al pontífice Paulo V, pues aún se va ejecutando el despojo de su villa o granja de tantas cosas preciosas, de las bellas artes que en Roma se estiman con exceso, con transporte y con entusiasmo, y, por eso, no me maravilla que el Papa, entre sus angustias y afanes, no se haya olvidado de protestar contra este despojo de la dicha villa para llevar sus preciosidades a Francia, como que no se puede hacer sin su licencia y él no quiere darla.

Mientras que tantos Buonapartes, amigos y súbditos franceses e italianos que, desde Nápoles, pasan todos los días por Roma, van volando a Bayona para entrar en España con algún título o empleo para robar y enriquecerse, la despojada, oprimida y tristísima familia real de Carlos IV ha ido llegando a sus destinos dentro de la Francia. Hacia el dieciocho o diecinueve de mayo llegaron al lugar de Monceley[60] el rey don Fernando, su tío don Antonio, según parece, y su hermano Carlos María, y, al mismo tiempo, pudo llegar el resto de la real familia, que se compone de seis personas, al palacio de Fontaineblau; y se asegura siempre que acompaña a la Reina su Príncipe de la Paz. A todas ellas, según aseguran en sus gacetas los franceses, se les trata con el mayor regalo y obsequio, y con todas las atenciones correspondientes a su calidad. No obstante, yo quisiere saber las astutas y malignas precauciones que han tomado para la seguridad de la persona del rey don Fernando y para impedirle toda comunicación con sus españoles. Y ¿cómo he de creer yo que tratan con respeto a sus personas cuando veo en sus gacetas que, lejos de mostrarles alguna comprensión por sus infortunios y desgracias, como hacen todos los hombres y aun algunos brutos, aun los miserables les insultan e infaman villana y gravísimamente?

Al pobre Carlos IV le tratan de simple, imbécil, incapaz para el Gobierno, y pudieran estos hombres infames e ingratos disimular la cortedad de sus talentos que a ellos les ha sido tan ventajosa; pues, a no ser en la realidad muy grande, era imposible que, valiéndose de su amistad y alianza, hubiesen podido llevar las cosas de una monarquía tan grande a tal estado y circunstancias que, en un día, sin dificultad ni oposición alguna, pudiesen destronizarle. A su mujer, la reina

60 Valençay.

María Luisa, sin rodeos ni ambigüedades, la presentan como una adúltera y aun como una meretriz, y pudieran igualmente disimular y ocultar sus flaquezas, sean las que fueren, porque a ningunos les han sido tan útiles como a los franceses y a los españoles sus amigos, pues, siendo mujer de talento, como todos dicen, si no la hubieran cegado y deslumbrado las dichas miserias, hubiera sabido inspirar al Rey pensamientos y medios oportunos para no dejarse quitar, tan fácilmente, la Corona y la Monarquía. Aun no perdonan al piadoso joven don Fernando y, además de encarecer calumniosamente su falta de respeto al Rey, su padre, por su recurso al Emperador de los franceses, le hacen bastardo, como que su madre lo concibió en un adulterio. La desvergüenza y bribonería de estos filosofastros, acompañada de otros cien vicios, no puede ser mayor; pero a mí no me maravilla porque hace mucho tiempo que sé que no hay maldad, ni abominación, de que no sean capaces, si es útil para sus malvados fines. Pero me maravilla cada vez más que no haya habido un cristiano y leal español que haya dicho a los reyes lo bastante para que no se metiesen en paces, amistades y alianzas con esta raza de hombres, propiamente facinerosos y viles, sin un adarme de religión, de equidad y de honradez, y casi esencialmente dominados de todos los vicios. Un consuelo solo nos queda, si bien sólido, seguro e indefectible, y consiste en que no puede tardar mucho en cansarse el Cielo de dar poder y mundo sobre la tierra a unos monstruos infernales, aunque con caras y acciones de hombres, a los que no se hallan otros parecidos en todas las historias del mundo.

Día 7 de junio

El día 31 del mes antecedente de mayo, murió en la ciudad de Bolonia el hermano Manuel Rodríguez, coadjutor de la Provincia de Castilla. Al tiempo de nuestro primer destierro de España, el año sesenta y siete del siglo pasado, estaba en el Colegio de La Coruña, en el Reino de Galicia, y hacía el oficio de boticario; y, por ser todavía novicio, luego que se intimó el decreto real a la comunidad de dicho Colegio, fue llevado a una casa de la ciudad para ser examinado, dejado a sí mismo y sin que los otros jesuitas le pudiesen inspirar cosa alguna sobre su animo y resolución de seguir a los padres al destierro, según el Rey se lo permitía, o de quedarse en España. Como los jesuitas de aquel Colegio, por ser La Coruña puerto de mar, no le dejaban a las veinticuatro horas, como los de tierra adentro, estuvo el hermano Rodríguez fuera tiempo considerable, y no menos que quince días, en los cuales llegamos a La Coruña todos o los más de los que vivíamos en los colegios de Galicia. A vuelta de ellos, habiendo estado inmoble y constantísimo en su resolución de seguir a los padres en su destierro a la Italia, fue restituido al Colegio, y no sabré decir si fue mayor el gozo de todos los padres, recibiéndole con gran consola-

ción entre sus brazos, o el suyo por verse entre ellos y en su compañía. El examen fue una continua batalla, con todo género de ataques y asaltos, y de personas muy autorizadas de todas clases y condiciones, representándole los peligros, males y daños en seguir a los padres al destierro, seguridades, honores y ventajas en quedarse en la patria, y una de ellas era una muy lucrosa administración de la misma botica del Colegio. Yo, nos decía el mismo hermano, les dejaba decir, predicar y argüir hasta que se cansaban, y, aunque me confundían y trastornaban la cabeza con tantas razones y argumentos, sin responder a ninguno, sólo decía: ¿pero el Rey no me permite seguir a los padres?, pues yo quiero seguirles. Tanto repitió esta su breve respuesta, y siempre con paz, mansedumbre y aun frialdad que cansó y aburrió a todos sus examinadores o más bien tentadores y asaltadores de su constancia, y, a los quince días, como dijimos, por medio de una gloriosísima victoria, logró volver al Colegio y a la compañía de los padres.

Su vida en la Compañía de Jesús, hasta la extinción y después de ésta, ha sido correspondiente a la heroicidad de su vocación y de su amor a la misma. Dos palabras que la calidad de nuestro escrito nos permite sólo decir bastan para que aparezca no indigno de ser contado entre los varones ilustres en santidad de la Compañía. Una es la serie de su vida, siempre inocente, piadosa, devotísima, sin haberse distraído ni un momento a cosas o diversiones del mundo y siempre vestido casi de jesuita, por haber permitido a los coadjutores el hábito clerical. La otra es su carácter, que, sobre una constantísima piedad, se componía principalmente de una mansedumbre singularísima, y no habrá ciertamente alguno que con verdad pueda decir que le vio una vez alterado; una humildad profunda y sólida, acompañada de una particular reverencia a los sacerdotes y de una caridad sin límites y a toda prueba. Todo lo ha empleado y se ha hecho observar en la constante, cariñosa y servicial asistencia a muchos respetables ancianos, enfermos, achacosos y llenos de males. Esta ha sido toda su ocupación en los treinta y cinco años que han pasado desde la extinción de la Compañía, y han muerto entre sus brazos, por decirlo así, ocho o diez padres de los más autorizados de nuestra Provincia de Castilla, y dos de ellos han llegado a los noventa años o muy cerca. El último que murió, pocos meses ha, estuvo ciego muchos años, y el hermano Manuel no sólo le servía en casa de todo, sino también de lazarillo en la calle; y, muerto éste, no habiendo en aquella ciudad jesuita alguno de la Provincia notablemente viejo y necesitado de asistencia, se le acabó al hermano Manuel su oficio y ocupación y sólo pensó en morirse él mismo para irles a buscar y acompañar en donde no hay enfermos ni enfermeros. Era hombre muy delicado y de pocas fuerzas, y causaba alguna maravilla que tuviese una salud tan constante y de suficiente vigor para una continuada asistencia a tantos enfermos y

ancianos, y, cuando parece que se había de fortalecer por hallarse desocupado, en pocos días fue declarado tísico, y poco a poco, con mucha paz y con el fervoroso y continuo ejercicio de muchas virtudes, se fue acercando a la muerte y expiró con mucha tranquilidad el día 31 de mayo. Todas las gentes de aquellas vecindades de la casa en que ha vivido casi cuarenta años le miraban con mucho respeto, y en su muerte le han aclamado como santo y han pedido algunas de sus cosillas como reliquias. Después de hacerle, con licencia, el oficio en la parroquia se le ha dado sepultura, como a todos los demás, aunque acaso con alguna distinción, en el camposanto que se colocó en el monasterio de los cartujos. Era natural de Monforte, en el obispado de Lugo, en donde nació a 30 de diciembre del año de 1742.

Seis o siete días antes había muerto, en la misma ciudad de Bolonia, Domingo Larragorri, que fue coadjutor en la misma Provincia de Castilla y salió de la Compañía antes de la extinción. Era un hermano de entendimiento, de buen juicio y de regular conducta, y se extrañó mucho que se hubiera secularizado. Bien presto se arrepintió él mismo de su inconsiderada resolución, y, después de la extinción de la Compañía, logró volver a ella de algún modo, entrando a vivir en una casa con cuatro o cinco de los que habían perseverado, y en ella se ha conservado hasta su muerte, y le habrá sido más fácil lograrla buena, habiéndose arrepentido bien de su inconstancia en la vocación.

En esta ciudad de Roma ha tenido un trabajillo algo ignominioso, aunque se ha acabado presto, otro jesuita castellano que fue discípulo mío en Filosofía. El año de ochenta y tres u ochenta y cuatro, como se puede entender por mi *Diario* de aquel tiempo, se hizo bastante famoso en esta ciudad D. Joaquín Palomo[61], de la Provincia de Castilla, que estuvo preso por algunos meses en este castillo de San Ángel por algunas locurillas inocentes, propias de su genio y fantasía ligera y alborotada. A mi arribo a Roma de vuelta de España, el año primero del siglo, le encontré en esta ciudad el mismo que siempre, bullicioso y entremetido, y con la novedad de que había prevalecido en su persona el apellido Pinto al de Palomo, porque debe de haberse asegurado que es hijo bastardo del gran maestre de Malta portugués Pinto, y él se gloría de serlo. Él ha logrado introducirse con el Papa, como en Bolonia con el cardenal Gioannetti[62], y oigo que Pío VII, como también aquel Arzobispo, tiene

61 Joaquín Palomo era un escolar filósofo cuando llegaron a Bolonia, allí fue trasladado de la casa de Bianchini a la de Panzano por motivos de salud, en junio de 1769. En 1785 fue encerrado en el castillo de San Ángel por confidente de Nicolás Pignatelli. Luengo dedica algunas líneas al "extravagante carácter de ese Palomo y de sus casi locuras" en el t. XIX, p. 321. Salió de San Ángel en 1786, después de 11 meses de prisión.

62 Andrea Gioannetti, OBS. Nacido en Bolonia el 6 de enero de 1722. Fue administrador del obispado de Bolonia desde el 29 de enero de 1776, y creado Cardenal el 23 de junio de 1777. Falleció en Bolonia el 8 de abril de 1800.

alguna estimación de él, y los dos descubren en esto un talento muy limitado para conocer el mérito de los sujetos que se les acercan. Su fantasía, habitualmente recalentada, en el siglo la engolfó en jácaras y guitarrillas, en la religión en visiones y profecías, y segunda vez en el siglo, después de la extinción de la Compañía, en músicas y otras cien locurillas. Al fin, ya algo maduro en la edad, le ha conducido a cosas piadosas, devociones, al ejercicio de los ministerios y, especialmente, del de la confesión, y a otro más ruidoso de exorcista público de energúmenos. No sé cómo se ha entremetido en este oficio, para el que hay señalado en Roma uno o dos eclesiásticos. Pero no se puede dudar de que tiene expresa delegación del Papa para ejercitarle, pues él lo dice en público en las mismas funciones de este oficio y no tendría valor para decirlo con tanta publicidad si fuese falso.

Por dos veces he oído hablar con alguna distinción de sus conjuros y exorcismos, y más en particular y menudamente de uno que hizo pocos meses ha en la iglesia de San Carlino de los padres trinitarios descalzos españoles, y fue el solemne y último destinado para completar la obra y librar del todo a la energúmena. El P. Antonio del Beato Rojas, Ministro o Superior en este convento, que se halló presente a la función, no sólo me la contó largamente, sino que me leyó un circunstanciado informe de ella que había extendido para comunicársele a Su Santidad. Parece pues que no se puede poner en duda, prudentemente, que la mujer fuese verdaderamente energúmena y poseída de muchos demonios, y que la libró de todos con los oportunísimos exorcismos de la Iglesia. A la verdad es un hombre en su fondo inocente, cándido, piadoso y fervorosísimo, cuando sopla un viento favorable en sus devociones y no deja de ser substancialmente humilde y desconfiado de sí mismo, y todas son buenas disposiciones para que, metido en el lance y en el ejercicio de este ministerio, pueda armarse de aquella fe y confianza que, según las promesas infalibles de Jesucristo, sujetan al demonio, le vencen y le obligan a salir del cuerpo del energúmeno, si le conviniere para su salvación. Pero también es cierto, y oigo lo bastante para afirmarlo, que, mezclándose el fuego y bullicio de su fantasía en esta sagrada función, en el modo y ademanes en sus exorcismos, hay desconciertos, demasías, locurillas y furores.

En estos mismos días tenía entre las manos otra energúmena bastante famosa y la iba haciendo los exorcismos de preparación para llegar al último y decisivo de hacer salir al demonio. Por curiosidad o por comisión de su jefe Miollis, han asistido algunos oficiales franceses a estos exorcismos privados, aunque se hacían en una iglesia apartada de Transtiberín o de la otra parte del Tíber, y mucho más a uno que por una casualidad o equivocación se hizo con alguna publicidad, uno de estos días pasados, en la iglesia de los luqueses. En los antecedentes exorcismos, ya los oficiales franceses habían oído que

aquella mujer les había dicho cosas ocultas o de tal naturaleza que ella no las podía saber, y que hablaba lenguas que no podía haber aprendido, y quedaban asombrados porque, como iluminados filósofos, miran absolutamente este punto de los energúmenos como un delirio de la débil fantasía de las mujeres y como una invención de los clérigos para fomentar la superstición y para ganar algunos dinerillos. Pero en el de la iglesia de los luqueses les hizo el diablo, a los dichos oficiales y a algunos romanos parecidos a ellos, un sermoncito muy oportuno. Acaso con no mucha prudencia, según la calidad de los concurrentes, le preguntó el exorcista al Demonio que en dónde estaba y respondió prontamente: en el infierno. Conque hay infierno, infirió el exorcista ¿y quiénes van allá? Replicó el mismo, y aquí el Diablo hizo un catálogo o lista de muchos de los vicios que llevan al infierno, y aunque espíritus fuertes, que nada temen y todo lo desprecian, no dejó de notarse alguna turbación y palidez en los dichos franceses y romanos.

Sea por este dialoguito, sea por las otras expresiones de los exorcismos antecedentes o sea, finalmente como yo juzgo, porque por todo lo dicho temieron ver un espectáculo de algún honor y confirmación de la Religión revelada y que ellos aborrecen, determinaron cortar e impedir esta operación de los exorcismos de esta energúmena, y a este fin el francés comandante de la plaza de Roma envió a llamar al exorcista Pinto o Palomo, que prontamente se presentó en su casa, y, no habiéndole hallado en ella o no habiendo querido recibirle, se restituyó a la suya para esperar sus órdenes. En efecto, al principio de la noche del día tres, se le metió en casa un oficial francés que le intimó el arresto y prisión en el castillo de San Ángel. El arrestado le pidió al oficial su permiso para tomar un bocado de cena antes de ir al castillo y estuvo tan condescendiente y tan humano que se dignó de cenar en su compañía. Después de haber tomado los dos amigablemente su par de huevos se fueron juntos y sin más escolta al castillo de San Ángel, en el que no sólo no encontró cena preparada, pero ni aun miserable jergón en que descansar, y tuvo que dormir vestido, tirado en el suelo. Tres noches y dos días estuvo en el castillo, del cual salió ayer por la mañana, pagando excesivamente el poco gasto que han hecho con él. Y no le han hecho proceso alguno, ni le han preguntado cosa alguna, ni se la han intimado al salir del castillo. Pero sin nada de esto, y con el hecho mismo, y más habiendo llevado la energúmena a no sé qué cárcel o retiro de mujeres, logran su intento de que no vayan adelante los exorcismos, y parece que este es negocio acabado y que no tendrá alguna otra consecuencia. El exorcista Pinto, además de la consolación de ser compadecido de todos, italianos y españoles, ha tenido el consuelo y aun honor de que el Santo Padre haya mostrado, con publicidad, mucha compasión de él, y le haya alabado y aun defendido. Esta facilidad de estos hombres en arrestar aun a eclesiásticos y meterlos

en el castillo, y aun arcabucearlos si se les antoja, nos causa necesariamente temor y espanto si llegan los españoles a enfurecerse y a entrar en guerra contra los franceses, y no habrá precaución que baste para no estar expuestos a una desgracia.

DÍA 12 DE JUNIO

Ya explicamos antes el estado o plan de nuestros correos de España y consta por lo dicho que, extinguidos los correos españoles que de quince en quince días salían de Madrid para Roma, todas nuestras cartas y aun las del Ministro español han de venir por los correos franceses que, dos veces a la semana, vienen a esta ciudad. En efecto, por el correo de Francia que llegó antes de ayer llegaron a este Ministro, con algunas cartas como se supone, dos grandes pliegos o paquetes de dispensas y de otras gracias que se piden a Roma, y son los que debían haber venido en los dos correos del mes de abril, que fueron los primeros que faltaron, y el correo francés ha cargado por su porte noventa y tres pesos duros, que ha pagado el ministro Vargas, a quien venían dirigidos. Pero se consolará con la reflexión de que la dirección de estos pliegos es alguna confirmación en su oficio por el nuevo gobierno de España, pues no solamente salieron de Madrid después que Murat comenzó a mandar en aquella Corte, lo que sucedió antes de acabarse el mes de abril, sino también según parece después que se había publicado solemnemente en ella la renuncia de Carlos IV, lo que pudo suceder de quince a veinte de mayo, y, por consiguiente, cuando ya mandaba como Soberano en ella el Emperador de los franceses. Y no será extraño que este ministro Vargas no sea desatendido en el reinado del nuevo rey José Napoleón y que, si no le dejan en este empleo de Ministro Plenipotenciario en Roma, como es más regular, porque no se crea necesario o se quiera dar a otro, le den en la Corte otro cargo honorífico y de buena renta. Por genio y carácter no es aficionado a los franceses, pero por espíritu de secta, o por lo menos de conspiración y de partido, que prevalece sobre todos los respetos y obligaciones, estando tan íntimamente unido con el Príncipe de la Paz y siendo tan favorecido de él que en pocos años desde la nada ha llegado a Ministro Plenipotenciario en Roma y a Consejero de Estado, no puede ser contrario a los franceses ni ser mirado por estos como indigno de sus favores. Parece que él también se ha ayudado para no quedar tirado a un rincón en el reinado de los franceses, pues no se ignora que, sabiendo que estaba libre y en Francia su gran favorecedor, el Príncipe de la Paz, prontamente le ha escrito, y claro está que su carta será en tales términos que no desmerezca sus buenos oficios para con el emperador Napoleón y para con el nuevo Rey de España.

Es regular que, viniendo ya estos paquetes de dispensas por los correos franceses, envíen por los mismos los que tienen detenidos aquí desde la mitad

del mes de marzo, y lo mismo harán con estos que han llegado ahora, después que se hayan logrado sus despachos por la Dataría que se ha abierto con este motivo, pues no teniendo cosa alguna en que entender estaba efectivamente cerrada. ¡Qué tiempos tan miserables para Roma! Y cuánto pierde de intereses temporales por este sólo ramo, especialmente si se hace el cotejo con las ganancias que tenía treinta o cuarenta años ha. Por cuántos lados va restituyendo los muchos millones que recibió de España y de Portugal para que hiciere, como hizo, la horrenda injusticia de arrancar de la Iglesia la inocente Compañía de Jesús. La ninguna esperanza que tiene este Ministro de poder despachar los cuatro correos de gabinete españoles que debían haber partido desde la mitad de marzo hasta la mitad de mayo le obliga, en alguna manera, a remitir por los correos franceses los paquetes detenidos y los que se formasen en adelante con nuevos despachos de la Dataría. Miollis no dará pasaporte a los dichos correos hasta que las cosas no estén en España en tal estado que ellos no puedan tener libertad y ánimo para decir en España lo que ven en Roma o que todas sus relaciones no puedan causar efecto alguno de perjuicio para ellos. La fortuna de estos pobres es que el Ministro continúa haciéndoles la caridad de mantenerlos, pues sin este socorro se verían en una grande necesidad por la violencia tiránica de los franceses de no permitirles volver a España. No obstante el oportuno socorro del Ministro, dos o tres de ellos se han visto necesitados de vender sus calesas a un precio bajísimo. ¡Cuántos miserables hacen estos libertadores del género humano!

¿Y qué mayor miseria, opresión y congoja que la que nos hace padecer a todos los españoles que estamos en esta ciudad la bárbara e inaudita tiranía de estos impíos filosofrastros franceses? Por lo que ellos nos dicen en sus gacetas, aunque con mezcla de cien mentiras, entendemos con bastante seguridad que en Bayona toda la familia real de España ha sido desposeída de todo y que, por voluntad del Emperador de los franceses, empieza a ser Rey de España su hermano José. Esta grande y aun total mudanza en la Monarquía española se consumaría en la dicha ciudad de Bayona de Francia hacia los ocho, diez o doce de mayo, y, de mano en mano, se habrá ido extendiendo por España aun antes que se haga la solemne y auténtica publicación de todas estas novedades. ¿Cuál, pues, será nuestra curiosidad, nuestro deseo y nuestra ansia de saber qué impresión ha hecho con generalidad en la noble nación española este insolentísimo y bárbaro atentado de este loco aventurero corso Napoleón Buonaparte? y me atrevo a decir que no será menor la presteza y solicitud de muchísimos españoles en comunicárnoslo todo con sinceridad y candor que en nosotros la gana de saberlo, y así es segurísimo que desde el diez o doce de mayo hasta los últimos días del dicho mes nos habrán escrito cartas a centenares a los españoles de varias clases que estamos en Roma, y a mí sólo me

habrán escrito más de cuatro, y son muy pocas y muy contadas las que han llegado.

Yo sólo sé de dos de Barcelona, y cada una por su término es muy significativa, aunque nada dicen que pueda distinguir mucho a los franceses, y por esto las habrán dejado pasar. En la primera se dice formalmente esta expresión: *No escribo novedades porque no pasará la carta*. Conque entienden suficientemente por allá la tiranía de estos hombres que nosotros aquí vemos con los ojos y tocamos con las manos. En la segunda, en fecha de veinticinco de mayo, se dicen estas formales palabras: *ayer se supo aquí auténticamente lo de Bayona y hemos quedado como unos hombres de estuco*. Y así se entiende que, el veinticuatro de mayo, se publicó en Barcelona con la conveniente solemnidad la renuncia de la Monarquía, hecha por Carlos IV en Bayona en el Emperador de los franceses, y acaso también la nómina de éste de su hermano José para Rey de España, y que quedaron atónitos, confusos, silenciosos y con la sangre helada, y era forzoso, estando persuadidos y debiendo de estarlo, a que presto, renovada la alianza con el dicho Emperador, volvería a su Corte su amado rey don Fernando. Este gran pasmo y como letargo y embargamiento del alma de los españoles parará necesariamente o en un abatimiento confuso, melancólico y violento, viendo el infelicísimo estado de todo en la Monarquía y la forzosa necesidad de sujetarse al imperio de los interesados, viles e impíos franceses, o en un furor impetuoso y precipitado y en una animosísima resolución de hacerles frente a toda costa y del modo que se pueda, y aunque sea necesario convertir los arados en espadas. Ya nos darían nuestras cartas algunas luces para barruntar cuál de los efectos tendrá el aturdimiento y pasmo de la Nación. Y sin ellas, nada podemos decir hasta ahora con algún tino y fundamento. Mas al fin una cosa tan grande que por un extremo y por otro tendrá necesariamente muy visibles consecuencias no se puede ocultar del todo, y aquí diremos lo que se llegue a saber con alguna seguridad.

Día 16 de junio

Fiesta del Corpus. En la fiesta de este año, en la basílica de San Pedro, ha habido una cosa nueva que ha agradado mucho a los romanos y ha sido causa de que esta tarde haya ido allá un pueblo numerosísimo, como por mí mismo he podido observar. En el tiempo del gobierno republicano en Roma fueron robados a esta iglesia vaticana unos azazos o tapices que se estimaban mucho, y, según entiendo, no llegaron a salir de Italia y se han podido recobrar por algunos millares de pesos duros, y yo supongo que todo este ajuste estaría ya hecho antes que volviesen a Roma los franceses, pues sería una locura gastar

dinero para recobrarlos teniendo a los ojos un evidente peligro de perderlos otra vez si llegan a apoderarse del todo del Gobierno, como se teme y casi es un prodigio que no lo hayan hecho ya. En efecto, estaban colocados en el gran pórtico, a la entrada de la dicha basílica, estos recobrados azazos o tapices, que son bastantes en número y sin duda muy apreciables, y generalmente todos más o menos inmediatamente pertenecen al augustísimo Sacramento del altar, instituido por nuestro Salvador en la última cena con sus Apóstoles.

Por lo demás, ha caído mucho la fiesta del Corpus Domini de la grandeza y solemnidad con que se ha celebrado en los años antecedentes, y en alguno de ellos se expuso en este nuestro *Diario*. El Papa se está en su reclusión de El Quirinal, y así, lejos de llevar al Santísimo de aquel modo particular que en otro lugar dijimos, ni ha asistido a la procesión, ni asistirá tampoco, como solía, a la que se hacía en la misma basílica el día de la Octava. Los cardenales que asistieron a la procesión fueron solamente diez, y el decano Antonelli, que de nuevo está intimado para salir de Roma, llevó el Venerable. Las demás clases de personas que suelen asistir a la procesión fueron las mismas, aunque en menor número porque la carrera que debía hacer era muy corta. Esta pues solemnísima procesión del Hábeas de la basílica de San Pedro, sin salir a los magníficos pórticos de las columnas, ni rodear aquella gran plaza, quedó escondida en el palacio y en la iglesia. Se formó en la capilla del palacio que llaman Paolina, y, bajando al pórtico de la fachada de la basílica, se metió inmediatamente en ésta y allí se terminó al modo regular, dando la bendición con el Santísimo.

La presencia de los ateístas franceses en Roma y las opresiones que de ella se han seguido son toda la causa, como es fácil de entender, de la poca solemnidad y grandeza y casi invisibilidad con que se ha hecho esta gran procesión de la basílica vaticana, y lo son igualmente de que otras cien procesiones muy lucidas y solemnes en la misma, en San Juan de Letrán, en Santa María Mayor, en muchas parroquias y en no pocas iglesias de regulares se hagan de un modo casi invisible y sin andar por las calles. La cosa en sí misma es muy indecente y muy injuriosa a la religión y al Sumo Pontífice y Vicario de Jesucristo, pues en suma es quitar a los ojos del mismo Papa, y en la misma Ciudad Santa de Roma, la libertad en las funciones más solemnes del culto, y no es de pequeño perjuicio aunque sea una cosa exterior, y al parecer de poca importancia, porque al pueblo ignorante y grosero principalmente le entra la fe por los ojos y con los ojos la conserva. Lo entienden muy bien los filósofos incrédulos y los demás sectarios, y por esto, sin declararse contrarios a la Religión, suprimiendo cofradías y congregaciones y prohibiendo procesiones y otras muchas prácticas devotas del culto, van corrompiendo la fe de las pobres gentes, que dejan presto de creer los misterios que no les entran por los ojos.

No obstante el modo exterior de proceder de los franceses, en esta ocasión de la procesión del Corpus, ha sido en alguna manera devoto, y como que pretenden que no crea el pueblo que ellos tienen la culpa de que no se haga la dicha procesión con la acostumbrada solemnidad. Era absolutamente necesaria alguna tropa para que la procesión pudiese hacer la vuelta y carrera que otros años, y, no teniéndola el Papa, determinó que se hiciese solamente desde el palacio a la iglesia. Acudió en esta necesidad el general Miollis, a lo que oigo asegurar, a ofrecer su tropa para la procesión, y, no queriendo ni debiendo aceptarla Su Santidad, insistió en que se hiciese al modo dicho. Pero los franceses han querido por fuerza aparecer católicos y aun devotos. En la gran plaza de San Pedro se anunció un cuerpo de algunos millares de hombres y supongo que haría alguna salva de fusilería, como de artillería, en el castillo, aunque yo no puedo asegurarlo, no habiéndome hallado allí al tiempo de la procesión, pues hizo otra acción más devota sino fue ya por tema y por salir el General con la suya y alabarse después de católicos en donde convenga. Por su voluntad y por fuerza absolutamente formó la tropa francesa las filas e hizo *la espaliera*, como dicen aquí para la procesión de San Pedro, según la carrera que debía llevar por orden del Papa. Parece que se dudó sobre lo que se debía hacer en este caso y que hubo tiempo para consultar al Santo Padre, y, no habiendo medio entre dejar del todo la procesión o hacerla entre las filas de los soldados franceses, se resolvió, aunque de mala gana, esto segundo, y oigo asegurar que hicieron todas las cosas del mismo modo y con las mismas demostraciones de obsequio y de reverencia que los soldados papalinos, y ya lo pintarán ellos muy bien en sus gacetas para que puedan ver, aun los españoles, que los franceses son católicos y devotos.

La devoción de los franceses por la mañana con Jesucristo se convirtió, por la tarde, en un gravísimo y desvergonzadísimo insulto de su Vicario. A las seis de la tarde de este mismo día, se presentó a la única puerta del palacio del Papa, que está abierta y guardada de seis u ocho suizos con su alabarda, un grueso piquete de tropa francesa en aire de querer entrar dentro. Los suizos hicieron su protesta sobre que no podían dejar entrar en el palacio gente armada y los franceses hicieron no sé qué juego de manos o movimiento falso o artificioso y se metieron en el palacio, consiguiendo una gran victoria de los seis u ocho mal armados suizos, y, en derechura, fueron a la oficina o piezas de la Secretaría de Estado, y en ella se apoderaron de lo que quisieron, pusieron su sello a todo lo demás y, llenos de gloria de haber concluido felizmente una empresa tan grande, se retiraron; y el cardenal Gabrielli, Secretario de Estado, por no exponerse a un grave insulto en su persona, por alguna comunicación secreta, se retiró a la habitación del Papa. Es difícil imaginar una acción más bárbara y más insolente, y basta, para que todos lo entiendan y lo

confiesen, el suponer que los franceses, por una parte, dicen y protestan que el Papa es Soberano en Roma, y en otros países dirán que le obsequian y reverencian como a tal y como a Sumo Pontífice, y, por otra, le tratan como a un hombre de nada, como a un esclavo y dependiente de ellos en todo; pues ni tiene derecho, con sus dos soberanías, a tener en su Secretaría de Estado un escrito, un papel, ni una carta que no esté sujeta al registro de ellos.

Corren cien rumores, como es natural, sobre los papeles que en este asalto a la Secretaría iban a buscar los franceses, y se supone que iban a golpe seguro porque, entre los pocos que entran en la Secretaría, ya tendrán corrompido y comprado alguno que les avise de todo, y se hace más creíble porque, en el principio de este Pontificado, el cardenal Consalvi, que, como Secretario de Estado, y en mucha gracia de Pío VII, lo mandaba todo, a recomendación de los franceses colocó en muchos empleos de las secretarías a no pocos que, por su conducta contra la Religión y contra la Soberanía de los papas en el gobierno republicano de este país, eran muy dignos de haber sido colgados de una horca. Uno de los rumores es que fueron a buscar los originales de las protestas y otros papelitos que, en nombre del Papa, se van esparciendo para averiguar quiénes son los autores de ellos. Yo no sé si es fundado este rumor, como ni tampoco cuál de los otros que corren sea el verdadero. Lo cierto es que estos papelitos del Santo Padre sobre las cosas que han ido ocurriendo, por lo mismo que generalmente agradan a todos y son muy aplaudidos y alabados, a ellos les queman y abrasan, y ya se ha hecho casi un delito de Lesa Majestad de Napoleón el Grande, el conservar y aun leer cualquiera de estos papeles que salen en nombre del Papa.

De un modo particular les escuecen dos que han salido sobre el negocio del Ducado de Orbino y de La Marca de Ancona, y oigo asegurar que el Santo Padre, no teniendo correo alguno de alguna seguridad, por una persona de confianza, les ha hecho llevar a las manos de los obispos de aquellas provincias. Yo les he oído leer, de vuelo y pasajeramente, pero basta para darles a conocer en términos generales. Uno es una vigorosa protesta contra la injustísima ocupación de aquellas provincias por el Emperador de los franceses y una victoriosa refutación de los ridículos motivos que le han movido para hacerla. El otro es una práctica y menuda instrucción a los obispos sobre varios puntos, y cuatro son los principales. El primero es que no se presten a cantar el *Te Deum* por la mudanza del Gobierno, aunque lo quieran y lo manden los franceses y, en la realidad, semejantes acciones de gracias al Señor por tales sucesos son verdaderas blasfemias. El segundo, que nadie reciba empleo alguno de mano de los franceses sino obligado de la fuerza. El tercero es una instrucción particular sobre lo que deben hacer los regulares si fuesen echados de sus casas. El cuarto, finalmente, es una fórmula de Juramento que podrán hacer con buena conciencia al nuevo Soberano.

Si tuviera a la mano la fórmula del Juramento que se insertó en el famoso concordato eclesiástico con la Francia, cotejándola con ésta, haría tocar con la mano que así como en la presente nada hay que no sea permitido en tales circunstancias, así también en la otra, como a su tiempo insinué, se extiende el juramento de cosas que no parecen lícitas. En esta fórmula se permite jurar obediencia en lo que no sea contra la ley de Dios y fidelidad en cuanto a no hacer cosa alguna contra el nuevo Soberano o Gobierno. Y esto se puede jurar por un eclesiástico, aunque el que manda sea un usurpador y un tirano. Pero en el otro del concordato con la Francia se añadía cooperación, celo y solicitud por la conservación y defensa del nuevo e ilegítimo Soberano, y esto no se puede excusar tan fácilmente. Esta diferencia en los dos juramentos ha nacido, evidentemente, de que en este segundo han entrado personas sabias y de conciencia, y el Papa, por sí mismo, lo ha pensado delante del Señor, quieta y sosegadamente, y en el primero se lo dieron todo pensado los cardenales Consalvi, Antonelli, Borgia y algunos otros, entregados enteramente a la Francia y que hasta la entrada de los franceses en Roma han dominado al pobre Pío VII y le han deslumbrado y engañado. La Instrucción del Papa, especialmente en los artículos del *Te Deum*, y de la fórmula del Juramento, disgustará mucho a los franceses, y si los obispos la observan, como se puede esperar, se verán destierros y otras opresiones que notaremos a su tiempo, según lleguen a nuestra noticia.

Día 20 de junio

Las impertinentes academias de música del general Miollis, y mucho más las prisiones y destierros de personas distinguidas, van siempre adelante. El día ocho de este mes, tuvo el General su academia corriente y me aseguraron que fue muy poco asistida de la nobleza, y no es extraño, porque cada día se miran con más seguridad como anuncio de algún arresto o de otro atentado semejante. En efecto, el día siguiente fue desterrado, con término de pocas horas, monseñor Genga, que anduvo estos años pasados por Alemania como Diputado por Su Santidad para los concordatos eclesiásticos en aquellos países y, por las nuevas guerras y revoluciones, se volvió a Roma sin haber concluido nada. Le hacen hombre docto y se cree que entendía en la formación de los bellos papeles que han salido en nombre del Papa desde la entrada de los franceses en Roma, y éste debe de ser todo su delito para un destierro tan precipitado y tan ignominioso, y no será extraño que haya ido a parar a la famosa prisión de Fenestrelle, en el Piamonte, o a alguna otra ciudadela del Reino de Italia.

La noche misma del ataque de la Secretaría de Estado, el cardenal secretario Gabrielli fue preso en su mismo palacio, y al otro día, diecisiete, fue

arrestado en el palacio de la Consulta monseñor Riganti, que dirigía, a lo que entiendo, la Secretaría de Breves, y acaso entraba en otros negocios, y no es inverisímil que le atribuyan el mismo gran delito de servir a su Soberano el Papa que a monseñor Genga, y se tardó poco en sacarle con escolta de la ciudad, pues se ejecutó el día siguiente dieciocho, y verisímilmente parará en algún castillo. No se dilató tampoco mucho la partida con la fuerza del Cardenal Secretario de Estado, pues partió al principio de la noche del dieciocho al diecinueve, pero se le da destino más honrado y más eclesiástico, porque se le lleva a residir en su iglesia de Senigallia. Antes de salir de Roma, o muy poco después, escribió el Papa al general Miollis una carta o billete de sentidísimas quejas por el gravísimo insulto de haber sorprendido la Secretaría de Estado y haberse apoderado de los papeles que quisieron. Está vivísimo y demostrativo hasta la evidencia de la barbarie de la acción contraria a todos los derechos. Por más que hayan borrado en su alma hasta el lumbre natural de la razón y arrancado de ella, de raíz, la idea del pudor y de la equidad, estos papelitos del Papa, que en los tiempos adelante les demostrarán absolutamente bárbaros, les abrasan y les queman. Pero, al mismo tiempo, se consuelan, se ríen y se burlan de estos esfuerzos del Pontífice porque, teniendo en su mano todos los correos y todas las imprentas, no pueden hacer contra ellos grande impresión ni en Italia, ni en otras partes.

El cardenal decano Antonelli, a quien se intimó días hace la partida de Roma, como que no bastaba para quedarse en ella que se resolviese a perder sus bienes en la patria, se está quieto aguardando que le fuercen a salir con alguna escolta de soldados, y ya se cree que le dejaron en paz. Sus amigos y devotos, como me consta por el dicho de uno de los más íntimos del Cardenal, lo atribuyen todo a su virtud, intrepidez y celo, como que lo quiere perder todo antes que abandonar al Santo Padre en tales aprietos y angustias. Pero otros muchos sospechan que pueda haber en este negocio alguna inteligencia y colisión con los franceses, porque este cardenal Antonelli está bien visto en Roma y ha podido siempre mucho a la oreja del Papa, y no hay seguridad de que, ni aun en las circunstancias presentes, haya perdido toda su afición y parcialidad por la Francia. No es, pues, juicio temerario que los franceses no disgusten de que Antonelli se quede en Roma, esperando que, en alguna buena ocasión, les haga algún servicio importante.

Al famoso cardenal Fabricio Rufo, que parecía estar a cubierto del furor de los franceses con la protección de la Corte de Pietroburgo, le ha alcanzado también, y segunda vez ha sido arrestado en la ciudad de Amelia, conducido a Milán y hasta París. La sustancia del hecho es cierta, y él está ya en la Corte de Francia, aunque se ignora cómo ha dejado de valerle el amparo y sombra del Emperador de la Rusia, de qué modo ha sido llevado a París y

cómo está, y cómo es tratado en aquella Corte. Ayer mismo, diecinueve, fue arrestado un sujeto muy estimado en Roma, aunque no es Cardenal ni Monseñor, y tendrá verisímilmente el mismo destino que estos. De noche, con bastante estrépito y rigor, fue arrestado en su casa, y llevado al castillo de San Ángel, el conde abogado Bacili, que ayudaba en sus estudios a nuestro Auditor en Rota, monseñor Gardoquí. Oigo que este ha sentido mucho la prisión del Conde Abogado, porque le estimaba de un modo particular y con mucha razón, pues es un sujeto de talentos, de doctrina y de muy loable conducta. Esta pesadumbre y el disgusto que le causa el tener alojados, casi siempre, en su misma habitación uno y aun dos oficiales de la tropa francesa, tendrán acaso el efecto saludable de que vaya recortando el gran concepto que ha tenido de estos héroes filósofos y conquistadores de todo el mundo, y de que se vaya resfriando el afecto y parcialidad para con ellos, viéndose obligado a reconocer y confesar que verdaderamente son unos impíos sin Religión, unos bárbaros sin humanidad y unos opresores de todos sin rastro alguno de equidad y de justicia.

La misma noche fue arrestado el religioso servita, sacristán de la iglesia de su casa de San Marcelo, que está casi enfrente del Palacio en que vive el general Miollis, y por esta vecindad hay siempre en aquel convento un buen batallón de tropa francesa, y ésta misma haría la prisión del dicho religioso. La persuasión común es que todo su delito consiste en haber leído los papeles del Papa sobre el Ducado de Urbino y la Marca de Ancona, porque quisieran que nadie les leyese y que quedasen enteramente sepultados. A vista del furor de estos hombres, cómo es posible que dejemos de temer alguna desgracia, siendo solos los jesuitas españoles doscientos y cincuenta y no pocos los de otras naciones, y sabiendo que nos aborrecen y tienen de mira más que a otras clases de personas. Por nuestra parte, se usan todas las precauciones que se pueden y, no ignorando que nos rodean espías por todas partes, se han retirado de tener conversación en un cuarto a la portería de la Casa del Jesús, y aun en los tránsitos bajos, y se van a parlar a algún rincón de los tránsitos altos, y, aun allí, con cien ojos abiertos para que ninguno de fuera pueda oír una palabra; pues media contra los franceses que fuese oída, con ocasión de las cosas de España o de Roma, sería bastante para que los arrojasen de aquella casa. Hasta ahora, gracias al Señor que nos protege de modo particular, siendo tantos unidos en dos casas y aun muchos más esparcidos por Roma y entre seculares, no ha habido otra desgracia que la del exorcista Pinto o Palomo, según antes se contó, y después no ha tenido otra consecuencia que la suspensión de los exorcismos.

En esta ceremonia, que no deja de ser de alguna opresión, inventada por estos libertadores del género humano, entramos todos los españoles de todas

clases con todos los demás extranjeros. El día veintiocho del mes pasado, se fijó en los sitios públicos de la ciudad un proclama o edicto del Gobernador francés de Roma, ordenando que los franceses existentes aquí se presenten al dicho Gobernador francés, y los forasteros de otras naciones a sus respectivos ministros, y se provean de atestados o certificaciones de ellos para la seguridad de sus personas, y, por consiguiente, las deben traer consigo para mostrarlas cuando convenga. Acudimos pues al instante a nuestro ministro Vargas, que continúa con representación de Ministro de España, no obstante las dos grandes mudanzas que en poco tiempo ha habido en aquella Corte y Monarquía, por no haberle dicho nada en contrario. No tuvo dificultad en darla a los pensionados de las artes y a los jesuitas y algunos otros españoles empleados en algún oficio nacional, y va aquí los términos en que me la ha dado a mí, para que quede memoria de esta grande e ingeniosa invención de los filósofos. *Certifico, yo Antonio Vargas Laguna, Ministro di Spagna, presso la Santa Sede, che il Sacerdote Don Emanuelle Luengo, suddito di S. M. Catolica, risiede a Roma com exgesuita pensionato della prelodata Maestá Sua. Doi fede di che soscrivo il presente Attestato. Roma, 30 di Maggio 1808. Antonio Vargas Laguna*. Y viene el sello de España en lacre. Pero se ha negado, resueltamente, a darle a todos o casi todos los religiosos españoles que hay en Roma, y son dos trinitarios calzados, cinco descalzos, dos mercenarios calzados, dos o tres franciscos observantes y seis u ocho alcantaristas, porque han venido sin licencia o no se han ido a España habiendo sido llamados. Estos pobres, como también varios ex frailes y otros tunantes españoles a quienes tampoco ha querido dar el atestado, quedan expuestos a un mal lance si va con rigor este negocio.

El día tres de este mes de junio debía de haber empezado la obligación de estar provistos de este papel. Pero son tantos los nacionales del Reino de Italia que recurrían al señor Alberti, Ministro de la Corte de Milán, que no era posible proveerlos a todos del atestado en tan poco tiempo, y seguramente no se le han presentado muchos jóvenes que se han escapado del dicho Reino por no ser soldados y se ingenian a vivir en Roma como pueden. Se dilató, pues, con otro edicto, la dicha obligación hasta este día veinte, y así, de hoy en adelante, debemos andar siempre con nuestra certificación o atestado en la faltriquera, bien guardadito en una cartera o de otro modo para que no se rompa y se haga inútil, y tengamos que recurrir por otro al Ministro. ¿Y no es esta ceremonia una verdadera cadena y restricción de la libertad propia del hombre, inventada por estos filosofastros ridículos y sofísticos que se han entronizado en la Europa para hacer entrar el genero humano en sus primitivos derechos y hacerle libre y feliz? Y qué cosa más fácil que olvidarse uno del papelillo, por haberse mudado aquella pieza de vestido en que le llevaba, y

si a algún soldado o alguacil se le antoja preguntar por él, ¿vendrá el infeliz a parar en una cárcel o habrá de redimir la vejación con algunas pesetas? Vergüenza es, y un verdadero oprobio, que el mundo, aun el más elevado, más ilustre y más instruido con no pequeña generalidad en todas clases de personas, se haya dejado deslumbrar y engañar por estos fantásticos, locos y bestiales filósofos de moderados talentos y de una sola sombra de virtud, y será una singularísima gloria de la Compañía de Jesús y de sus hijos que ellos solos les conocieron y detestaron siempre, y no se disminuirá esta su gloria, antes subirá de punto, porque este su odio y oposición a estos hombres les ha costado bien caro, y no menos que el ser perseguidos y oprimidos por muchos reyes y ministerios, y por toda la gente de Corte y aun por papas, cardenales y casi todos los órdenes religiosos.

En tantas prisiones y destierros de tantas personas colocadas en oficios públicos, no es fácil saber, ni tampoco importa mucho, quiénes son los que les han sucedido, y no será extraño que muchos empleos queden vacantes o confiados a algún subalterno del principal empleado. Se debe exceptuar de esta regla la Secretaría de Estado, que ahora es la única que está en ejercicio y actividad. Pensó el Papa en hacer sucesor del cardenal Gabrielli al cardenal Carlos Erskine, nacido en Roma pero de origen escocés. Hablamos más de una vez de este Cardenal hacia el año de noventa[63], cuando era Promotor de la Fe y escribió las vigorosas Animadversiones en la causa de Palafox, y admitió e hizo suyo el gran proceso objecinal de muchos tomos, y con este paso puso en tal estado la dicha causa que es ya imposible que con todo el furor de los carmelitas descalzos, y en tiempos tan favorables como han logrado por medio siglo, pueda tener un éxito feliz. En esta ocasión y en otras ha mostrado este Cardenal talento y erudición y fuerza de raciocinio, y por esta parte era muy a propósito para el empleo de Secretario. Pero, siendo hombre muy vivo, y casi vasallo del Rey de la Gran Bretaña, él mismo se ha excusado de recibir el dicho empleo, y Su Santidad ha tenido por razonable su excusa. Ha nombrado pues el Papa, por Secretario de Estado, al cardenal Bartolomé Pacca[64], que estuvo Nuncio en Lisboa hasta el año primero de este siglo, que fue comprendido en una promoción general que se hizo el día veintitrés de

63 El P. Luengo menciona a Erskine varias veces en su *Diario*. La primera se refiere a su labor como promotor de la fe en el sumario de la causa de Palafox, al que los jesuitas presentaron varios memoriales en contra de la beatificación, en el t. XXII, pp. 142 y 265. También lo menciona cuando llegó a Roma, en 1802, en el t. XXXVI, p. 227.

64 Cuando fue Nuncio en Colonia, hacia 1786, Luengo resaltaba que iba siempre acompañado de un jesuita colaborador suyo, y cuando fue destinado con el mismo cargo a Lisboa, en 1795, pretendió también llevarlo consigo, pero el cardenal Zelada se lo impidió. En el volumen 16 de la Colección de Papeles Curiosos y Varios que conservaba el P. Luengo puede consultarse una serie de comentarios que realizó José II sobre una circular de Pacca.

febrero. Se habla generalmente bien de su talento, de su instrucción y de su conducta, y se espera que desempeñará bien el importante empleo de Secretario de Estado. Pero, si disgusta a los franceses, les será muy fácil echarle de Roma y arrancarle del lado del Papa, porque, siendo natural de la ciudad de Benevento, es vasallo del famoso Obispo casado Talleyrand, y, cuando se le antoje a Buonaparte, le llamará a la patria y con tales terrores que le sea forzoso obedecer y dejar a Roma.

Día 23 de junio

El día veintiuno tuvo el general Miollis, al modo regular, academia de música en su palacio, y, después de ella, inmediatamente entró en carroza o coche y se fue fuera de Roma. Los romanos han hecho mil conjeturas y han esparcido otros tantos rumores sobre este viaje del General francés. Él ha vuelto ya a Roma y creo que no ha pasado de la ciudad de Albano, y no se ve con alguna probabilidad efecto alguno de consecuencia de este su viaje. Aquí hubo, al día siguiente a la academia, el común y regular efecto de algunas prisiones. Ayer fue arrestado monseñor Juan Barberi, Procurador General del Fisco y de la Reverenda Cámara, y por este, su empleo, hace las protestas contra los duques de Parma y reyes de Nápoles por sus faltas en presentar a la Santa Sede el debido reconocimiento de feudatarios, y la ha hecho efectivamente muchos años contra los duques de Parma y reyes de Nápoles en el Pontificado de Pío VI, y, en éste y contra los Buonapartes, estos dos últimos años. Acaso será este todo su delito para ser arrestado y para todo lo demás que se hiciese con él; pues no se sabe otro, y oigo hablar con elogio de este Monseñor en lo perteneciente a su conducta y a todo lo demás, y no ha sido solo, pues a lo menos le ha acompañado otro, sino han sido otros dos en la misma suerte de ser arrestados. Pero no deben ser personas tan distinguidas por sus empleos, ni por otros títulos, y así no he oído, con seguridad, sus nombres ni otras circunstancias.

A esta academia se ha seguido también ataque o batalla, y, por consiguiente, victoria. Con dos valientes y vigorosos asaltos, como aquí se notó a su tiempo, se apoderaron de algunas pocas armas que había en los palacios apostólicos del Vaticano y del Quirinal, y ahora con otro tercero semejante han recogido algunas pocas escopetas que había en uno o dos cuerpos de guardia de esbirros o alguaciles, de las que usaban en algunos lances críticos o peligrosos y, principalmente, en algunas prisiones fuera de la ciudad. Todos estos ridículos embargos de armas indican miedo de parte de los franceses, y yo creo que le tienen, pues, por más que les ciegue su orgullo y soberbia, no pueden menos de conocer que, con el medio de los agasajos de academias, comidas,

refrescos y cenas, poderoso en otras circunstancias, en las del día no ganan gentes, y que la nobleza romana les desprecia y aun se ríe del fanático empeño de estos hombres de ganarla y hacerla suya con tal arbitrio. Con el otro medio del terror, oprimiendo insolentísimamente al Papa todos los días, y más a menudo a muchas personas por muchos títulos respetables, logran que los romanos estén algo encogidos y temerosos, pero aun llegan a hacerse aborrecibles a sus partidarios y a los jacobinos más furiosos. Ellos son pocos en número, conque no pueden menos de conocer que si los romanos se cansan de ver tan villanamente insultados al Sumo Pontífice y a otros sujetos distinguidos y salen un poco de su abatimiento, tendrán mucho que hacer para sujetarles, y así procuran, con estos embargos de armas, quitarles los medios de hacerles resistencia. Para aterrarles más a ellos y a todos, publican con grande aparato en sus gacetas los castigos que se han dado en Nápoles a los que tuvieron parte en la mina en el palacio de Saliceti. Estará todo muy bien probado y será todo justo. Pero es sin duda osadía y una insolencia de que sólo pueden ser capaces hombres tan malvados como ellos, el echar la culpa de todo a la reina Carolina de Nápoles, que ni habrá soñado con semejante mina.

Día 26 de junio

En pocos días ha habido tres fiestas que por algún respeto pertenecen a este nuestro *Diario*, y diremos de todas una palabra. El día veintiuno se celebró la fiesta de San Luis Gonzaga, en la magnífica iglesia de San Ignacio, en la que está su cuerpo en una preciosa urna, bajo de la mesa de su bellísimo altar. La precedió una devota novena con buen concurso de pueblo, y ni esto ni el tropel de gente a la fiesta, aunque era día de trabajo, se debe extrañar, porque, como hemos dicho muchas veces, aun en los tiempos de los mayores furores contra los jesuitas, contra la Compañía y aun contra sus santos, siempre se ha conservado en Italia, y mucho más en Roma, en mucha altura y fervor, la devoción al angélico, prodigioso y verdadero taumaturgo San Luis Gonzaga, joven escolar en la Compañía de Jesús. El altar del Santo estaba bellísimo, y con una iluminación tan copiosa y repartida con tan gracioso método que era un golpe de vista maravilloso. A gozar de él acudieron en gran número franceses, así oficiales como soldados, y yo les tuve los ojos encima con bastante atención y observé que todos tenían la cabeza descubierta, y se conoce que se les ha dado esta instrucción u orden. Pero no vi ni uno siquiera que hiciese una genuflexión al Santísimo Sacramento, una reverencia al Santo, ni algún otro acto de Religión.

Ayer veinticuatro fue día del glorioso precursor San Juan Baptista, que es el titular o advocación de la Basílica Lateranense, que es la matriz de todas las

iglesias católicas del mundo, y propiamente la catedral del Obispo de Roma, que es el Romano Pontífice. En los años primeros que estuve en Roma, hubo capilla pontificia y acaso celebró pontificalmente el Papa, como en la Basílica Vaticana, en la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Pero en los dos años antecedentes, como aquí se ha notado, ya se turbó bastante esta fiesta por algún temor de alborotos o tumultos, y, en este año, estando el Papa como prisionero en su palacio del Quirinal y reducido a poca cosa el Colegio de los cardenales, se ha abandonado enteramente esta gran fiesta del Precursor en su gran Basílica de Letrán, y por sí solo la habrá hecho como haya podido el cabildo de la misma iglesia. En el palacio en que está escondido el Papa, se ha suplido la fiesta de algún modo, y ha habido hoy capilla pontificia, como la suelen hacer en varias fiestas. A tanta miseria, inquietud y turbación se ha llegado en Roma que ni se pueden celebrar, con la regularidad acostumbrada y con algún sosiego, fiestas tan grandes y tan solemnes. ¡Gran paz y eterna, que la dio el papa Ganganelli, abatiendo los revoltosos y guerreadores jesuitas! Y no podía ser otra, pues con su Breve pacificador de la Iglesia oprimió a los que vigorosamente la defendían y dio campo y facilidad a sus enemigos para turbarla y oprimirla.

La fiesta de San Juan Baptista impidió que se celebrase ayer, viernes inmediato a la octava del Corpus, la del Sagrado Corazón de Jesús, y se celebra hoy en muchas iglesias con la acostumbrada solemnidad y devoción. En la de la ilustre Congregación, llamada de los sacones, en la que se conservó sin la menor mudanza este culto, aun en los grandes furores contra el del Pontificado del papa Ganganelli, ha predicado un bellísimo sermón del Corazón de Jesús el jesuita en Nápoles Biagini, que es, entre ellos, como hemos dicho muchas veces, el más famoso predicador. El auditorio fue bastante numeroso, y por la mayor parte de personas ilustres, y todo lo demás se hizo con piedad y con esplendor. Con todo eso la falta mucho todavía a esta tiernísima devoción del amabilísimo Corazón de Jesús para llegar a aquel lastre, generalidad y grandeza que, según esperamos, tendrá algún día en todo el mundo católico. Hasta ahora está en estado de persecución y sin la libertad correspondiente para poderse extender por todas partes, como se puede entender por lo que dijimos el año pasado el mismo día de la fiesta, y, si bien se suavizó después aquel rigor, otra vez se ha vuelto a embravecer. El jesuita Felice, el año pasado, llegando por decirlo así a la fuente y oráculo, entendió que podía dar asociaciones a la Congregación del Corazón de Jesús para todas partes, exceptuando solamente el Reino de Italia, y así me concedió a mí las que antes me había negado para España, y con esta franqueza ha continuado hasta la venida de los franceses a Roma, y, después de este trágico suceso, por prudencia ha cerrado, según oigo, el despacho de los papelitos de Asociación, y no quiere concederlos ni aun para esta ciudad, y hace bien.

Un principio de bonanza, de exaltación y de triunfo de esta santísima devoción, de que últimamente hablamos a la página 404 del tomo antecedente, se está inmoble en el mismo estado. No se ha visto hasta ahora aprobación alguna del Papa de la nueva orden de religiosas de la Perpetua Adoración, dedicada de un modo particular al culto del Sagrado Corazón de Jesús. La joven fundadora, María Magdalena de la Encarnación, religiosa capuchina o clarisa, y otras dos del mismo orden, vestidas de su hábito propio, y varias jóvenes pretendientas, vestidas modestamente de seculares, se mantienen en su casa de Santa Ana que compraron a los carmelitas descalzos españoles y continúan haciendo con mucha decencia y devoción la exposición del Santísimo, todos los días de fiesta, y su reservación, según se explicó el año pasado, y no podía menos de agradar a la gente devota una fiestica ejecutada con tanta ternura y piedad, y así va creciendo todos los días el concurso del pueblo a la dicha iglesia, y, por esto poco que se ve, se entiende claramente que, si aprobado su instituto, llegan a ser cuarenta religiosas y logran una buena iglesia en sitio bien poblado de la ciudad, con la exposición diaria del Santísimo Sacramento al modo dicho, harán mucho bien en el pueblo cristiano. En las presentes circunstancias de Roma, desde el mes de febrero a esta parte, han hecho muchas novenas y otras devociones con exposición del Santísimo por algún tiempo, aun en días no festivos, y se cree que han tenido encargo particular del Santo Padre, que confía mucho en sus oraciones, y aun es fama bastante común que Su Santidad recibe algunas luces del Cielo por medio de esta Santa Fundadora, y que no dejan de servirle de algún consuelo en su tristísima y peligrosísima situación.

Día 28 de junio

En el día nos hallamos ya con otra fiesta de que es preciso decir también una palabra, pues es la gran fiesta de Roma y la que se celebra con más grandeza y aparato en la iglesia y fuera, con funciones eclesiásticas y con regocijos profanos. Hoy veintinueve se celebra en la gran Basílica Vaticana la fiesta de los príncipes de los apóstoles San Pedro y San Pablo, martirizados en un mismo día en esta misma ciudad de Roma. El año pasado, como notamos aquí[65], se regocijó mucho el Santo Padre por verse, después de tantos temores y sustos, en su palacio vaticano sin embarazo alguno para celebrar con la solemnidad acostumbrada la gran fiesta de los Príncipes de los Apóstoles. Este año no puede decir lo mismo, ni tener este consuelo, pues se está encerrado en el palacio del Quirinal y no ha asistido a la fiesta en la Basílica del Vaticano. Por ventura en esta circunstancia, y en otras muchas menguas de lucimiento y esplendor en esta festividad, se ha verificado una predicción de la despreciada profetisa de

65 Manuel LUENGO: *Diario*, t. XLI, pp. 260 y ss.

Minervio que por aquel tiempo oí en términos generales, como que pronosticaba cosas tristes y lúgubres sobre esta fiesta de la Basílica de San Pedro. Se ha hecho en ella todo lo acostumbrado dentro de la Basílica, esto es, primeras y segundas vísperas y misa solemne. Pero todo, por decirlo así, de un modo frío, lánguido, sin festividad, sin alegría y sin grandeza, y basta para tenerlo por cierto la ausencia de la autorizadísima persona del Papa, y casi del respetabilísimo Colegio de los señores cardenales. Esta tarde estuve en la dicha Basílica, aunque más a encomendarme a los Santos Apóstoles que a divertirme con la fiesta, que ya suponía de poco lucimiento, y tuve verdaderamente disgusto y pesar de ver ocho solos cardenales harto tristes y melancólicos, y uno de ellos era el decano Antonelli, que por poco no ha partido también de Roma, y no creo que hayan dejado de asistir por enfermedad y ocupaciones sino otros dos o tres, y así efectivamente no hay en Roma sino diez u once cardenales.

En los palacios de ellos, en el palacio del Ministro francés o de Milán, y en los de los pocos ministros de cortes que han quedado, y en los de los príncipes romanos, se hizo la iluminación acostumbrada, y en las casas de particulares, que no tienen obligación de iluminarlas, se veía iluminación en las ventanas acaso mayor que los años antecedentes, como que en las gentes se ha excitado mayor devoción para con el apóstol San Pedro por lo mismo que ven a su sucesor, Pío VII, en persecución y en angustias. El señor don Antonio Vargas y Laguna podía haber dejado de hacer la iluminación en el palacio de España, pues, habiendo sido destronizados Carlos IV y Fernando VII, cuyo Ministro era, y no habiendo tenido credenciales del Gobierno provisional de Madrid, ni del nuevo rey José, como parece cierto, no es propiamente Ministro de España, ni de ninguna otra parte. Pero él ha querido hacerle del mismo modo que antes, y los franceses no se lo han impedido. Por el contrario, al señor Pinto, Embajador de Portugal, le han hecho el insulto de impedirle hacer la iluminación después que todo estaba dispuesto para ella en la fachada de su palacio. Y ¿con qué derecho y por qué razón, habiéndole antes reconocido, y debiéndole reconocerle como Ministro o Embajador del Rey del Brasil a la Santa Sede? Casi me avergüenzo de haber hecho esta pregunta, como debería de avergonzarme si tuviera la insensatez de preguntar a los toros, a los osos y a los leones con qué derecho y razón hieren, matan y despedazan a los que pueden menos que ellos. Y, en efecto, es ya una verdadera simplicidad y una ignorancia grosera e imperdonable, después de cien mil pruebas demostrativas de este solo año, la sola duda de que estos grandes, cultos e iluminados filósofos, que, con un saber superficial y profano, y con una apariencia de humanidad, de dulzura y de virtud, han engañado casi a todo el mundo, reconozcan otro derecho, razón, ni respeto para con los otros hombres que la fuerza sola, como las fieras de que antes hablamos y como todas las demás.

En la fachada y plaza de la Basílica de San Pedro no se han hecho, este año, las magníficas iluminaciones de los años antecedentes en la vigilia y día de los Santos Apóstoles, ni en el castillo de San Ángel las girándolas o fuegos artificiales, pues claro está que, en el estado presente de abatimiento y persecución, el Papa y Roma no están para hacer gastos ni para tener gusto en estas diversiones y regocijos profanos; y yo añado, y acaso lo he insinuado alguna otra vez, que ni se debían haber hecho en los años antecedentes, como ni otras varias obras de lujo y ostentación, y que se podían haber empleado con más utilidad y más religiosamente en cien cosas los muchos millares, y acaso centenares de millares de pesos duros, que se han gastado en regocijos y profanidades. Además de este mejor empleo de los caudales dichos, hay otra razón más eficaz y más instructiva para en adelante, para improbar tantos gastos en diversiones y cosas profanas. Esta consiste en que todos los años antecedentes ha habido la misma causa que ahora para no gustar de diversiones y profanidades. ¿Por qué no gustan éstas al presente? Porque la Religión, la Iglesia y la Soberanía del Papa, y su misma persona, están en estado de persecución. ¿Y no lo estaban en todos los años antecedentes del Pontificado de Pío VII? No Señor, resolvieron decretoriamente los cardenales Antonelli, Borgia, Consalvi y algún otro que dominaron al Papa desde el primer día, y, por su desgracia, de la Iglesia y de todos, se lo hicieron creer, y, por consiguiente, le persuadieron que, sin inconveniente alguno, estando en paz, en bonanza y seguridad, podía engolfarse en las bellas artes, en obras profanas, en excavaciones y en regocijos públicos, como antes de las revoluciones de la Francia. Demasiado hemos dicho, en muchas ocasiones, en prueba de que los dichos cardenales pensaron así sin justo motivo, algo por ignorancia, y, la mayor parte, por malicia y espíritu de partido jansenistico y filosófico, y no es necesario añadir nuevas razones, pues ya los sucesos lo ponen delante de los ojos y ya Pío VII, y todos los que no están ciegos, ven y confiesan que tan impíos y tan enemigos de la Religión eran Buonaparte y los suyos, cuando el Papa les tuvo por muy católicos y les trató y honró como a tales, como ahora que le insultan de cien maneras y le pisan insolentísimamente, y quieren despojarle de la Soberanía para deprimir y aun abatir del todo, si pueden, su Sagrada Dignidad, la Iglesia y la Religión.

Los cardenales que están en Roma, y rodean al Santo Padre, no pasan –como ya dijimos– de diez u once, y los que tiene el Emperador francés en sus Estados serán veinticinco o veintiséis, y acaso más. Tres, por lo menos, hay en el Reino de Nápoles, dieciséis o diecisiete en el Reino de Italia y en el Imperio francés de esta parte de los Alpes, y seis o siete dentro de la misma Francia. ¡Qué monstruosidad! ¡Qué abatimiento de Roma! ¡Y qué impiedad y tiranía de este aborto de Buonaparte! El mal suceso que ha tenido en París

el malvado proyecto de este impío contra la Religión, nos hace esperar que no sacará tantas ventajas como creía de esta miserable situación del Colegio de los cardenales, teniendo entre sus uñas la mayor parte de ellos. Por falta de una gaceta o papel patriótico digno de algún crédito, y en el que se refieren con alguna sinceridad y exactitud las cosas de poco honor y gusto de los franceses, y por otra igual de cartas de particulares, no podemos presentarle aquí, aunque es muy propio de este nuestro escrito, sino en confusos, y en general, y según es la voz más válida y más pública en Roma.

En fuerza del orden del Papa, recibida en París por el mes de marzo, revocando las facultades del cardenal Caprara su legado a Latere, pidió este sus pasaportes para retirarse de París y venirse a Roma o a su iglesia de Milán, y, aunque se le ofrecieron y acaso se le dieron también, él no ha aparecido ni en Milán ni en Roma, y se supone que va continuando en aquella Corte de Francia. Parece que se debe atribuir la suspensión de su partida a alguna conmoción que se notó en el pueblo de la capital, y a otra mayor que se debió de temer en las provincias, y en estas circunstancias es muy creíble que el Papa haya convenido en que continúe en el ejercicio de las facultades de Legado. Para acallar y quitar toda sospecha a los católicos y para llevar al cabo la separación del Papa, que Buonaparte ya insinuó en su respuesta, ha habido en París por su orden una asamblea, concilio, o junta de obispos, que se hacen llegar a cincuenta. Aquí se debía tratar, a lo que parece, y según la intención que había mostrado Napoleón I, de poner a la Iglesia de Francia, según el sistema jansenístico, en tal aspecto y situación para con el Romano Pontífice que no mirase en él sino un Patriarca de la Italia con alguna primacía de honor en el resto de la Iglesia, y a quien por este título se diese parte de sus elecciones de obispos y de algunos otros negocios, y conservar de este modo la unión con él.

Según la formación del clero de Francia con el famoso Concordato, debiendo ser la mitad de los obispos de los intrusos y la otra mitad de los antiguos más condescendientes con los que mandaban, y según las promociones que después se habrán hecho, y siendo tan grande la autoridad y veneración en que está Buonaparte, se temía mucho que la dicha Junta o Asamblea del Clero aprobase el dicho proyecto de separación del Romano Pontífice, y que con su resolución se consumase el cisma. Pero, con alguna sorpresa, y con un inexplicable gozo y consuelo, oímos asegurar que, exceptuando solamente cinco obispos, todos los demás se han opuesto resueltamente al dicho proyecto de independencia y separación de Roma. Y, si es así, como se cuenta, no se puede menos de decir que es un hecho de singularísimo honor y gloria del clero francés, reunido en la dicha Asamblea o Junta; pues sería muy fácil demostrar, exponiendo sencillamente las circunstancias en que él se ha visto, que no eran tan terribles y tan capaces de consternar y abatir a un pecho

sacerdotal aquellas en que se vio el clero de Francia cuando, por respeto y temor a Luis XIV, decretó las cuatro famosas proposiciones en las que se contiene un verdadero cisma.

La voz común en Roma atribuye de un modo particular este glorioso triunfo de la Religión al cardenal Joseph de Fesch, tío del Emperador; y se asegura que habló con mucha fuerza contra el dicho proyecto de separación de Roma, y, claro está, que esta su circunstancia de tan inmediato parentesco con Napoleón, y el deberle todo lo que tiene, hacen más difícil y, por lo mismo, más estimable y más ilustre su vigorosa oposición al gusto y voluntad de su autorizado sobrino. A este le ha disgustado tanto la resistencia de su tío Fesch que se cree que le ha desterrado de París; y efectivamente se le ha visto salir de aquella Corte en compañía de la madre del Emperador, su hermana, y venir hacia su Iglesia de Lión, aunque algunos piensan que habrá de salir, si no se mitiga el ánimo del sobrino, de todo el Imperio francés.

El Cardenal Arzobispo de París, Juan Baptista de Belloy, según la fama pública, se ha opuesto también vigorosamente al proyecto de separación del Papa y ha tenido igualmente el honor de merecer por una causa tan ilustre la indignación del emperador Buonaparte, que, en atención a su mucha edad, se contentó con ponerle preso en su mismo palacio, y en este estado de prisionero por defender la Religión ha muerto en la dicha Corte hacia la mitad de este mes de junio. En las gacetas de los franceses se pinta como cosa muy extraordinaria la pompa de su entierro y funeral, y a él asistió, con otros cardenales, el cardenal Fabricio Rufo, y así no se puede dudar de que efectivamente ha sido llevado a París, aunque está, a lo que parece, en libertad y sin particular opresión. Es muy regular que en la dicha pintura haya mucho de encarecimiento, y más cierto es que en presentarla con tanta menudencia en las gacetas públicas, como en otra relación semejante de la procesión del Corpus en Florencia, y acaso en gacetas para otros países de la de Roma, tienen la torcida intención de aparecer católicos y de engañar a los fieles, haciéndoles creer que respetan la Religión y que no tienen intento alguno malo contra ella. Este eminentísimo Belloy fue por muchos años Obispo de Marsella, antes de la Revolución de la Francia, y en los furores de esta, según tengo entendido, se retiró a países extranjeros, como otros muchos obispos franceses. El año dos de este siglo, habiéndose restablecido de algún modo la Religión en Francia con la paz y concordato con Roma, fue hecho Arzobispo de París, y el año siguiente de tres, en el Consistorio de 17 de enero, fue creado Cardenal Presbítero por Pío VII. Nació en Morangles a 8 de octubre de 1702, y así le faltaban dieciséis meses para llegar a cien años. Ahora se pensará en poner en París otro Arzobispo más condescendiente y que no se oponga al proyecto de separación, y todo se puede temer en tales circunstancias de aquel Legado y otros peores de Roma.

DÍA 30 DE JUNIO

En este día último de junio, pudiendo tener noticias de la Suecia, según la diligencia de las postas francesas, casi hasta la mitad del mes debíamos saber ya el destronizamiento de aquel Monarca, teniendo contra sí tantos enemigos, Rusia, Dinamarca, y acaso también Prusia, Francia, España y cien príncipes alemanes. Y con todo esto está en pie, y no recibe otros daños particulares que algunos que le hacen los rusos en la Finlandia. El general Bernardotte y Príncipe de Ponte Corvo no acierta a entrar con vigor en campaña, ni a hacer cosa alguna de importancia contra la Suecia; y es muy creíble que nazca esta debilidad e inacción de que ni con sobornos, ni por conspiración de secta, tiene amigos entre los generales suecos, y, faltándoles a los franceses partidarios entre los enemigos, aunque se alaban de muy valientes y aun de invencibles, pueden en la realidad poco, y sólo a fuerza de tiempo y de gente hacen algo. Cualquiera que haya leído con alguna crítica y reflexión las relaciones de sus grandes hazañas y conquistas, aun en sus mismas fabulosas gacetas, convendrá conmigo en lo que acabo de decir, y bastan Gaeta y la Calabria, que están a nuestra vista, para tenerlo por cierto. Aquella plaza, que no cogieron por traiciones, les costó siete meses de sitio y muchos millares de hombres, y cuatro palmos de tierra de aquella provincia, aunque su conquista era muy importante, les ha ocupado más de dos años, y con la notabilísima circunstancia de haber sido el comandante contra Gaeta y contra la Calabria el famosísimo general Masena, a quien llaman los franceses el hijo de la Victoria. Así que si el Rey de Suecia tiene la fortuna de no tener traidores entre sus súbditos podrá resistir mucho tiempo en aquellas provincias en que sea atacado por el francés Bernardotte. Por ventura se le atrasan sus ataques y conquistas contra el Rey de Suecia por el embarazo y perplejidades en que se hallará verisímilmente el ejército español mandado por el conde de la Romana, que está debajo del mando del dicho General francés. Nada se sabe con fundamento del dicho ejército español, cuyo comandante, si quiere proceder bien y con fidelidad, debe ponerse en tal estado que los franceses no puedan impedirle el seguir, en la presente miserabilísima y peligrosísima situación de la Monarquía española a la mayor parte de la Nación, y teniendo la mitad de su ejército en una isla, en cuanto a este por lo menos le será fácil llevarlo a España en navíos ingleses o en otros, luego que llegue a entender que la nación española en la mayor parte ha resuelto no sujetarse a los franceses y con las armas defender la Religión, su Rey, su Monarquía y su libertad.

La tiranía de estos bárbaros, interceptando las cartas que a centenares nos escriben, necesariamente nos impide el saber con seguridad y con distinción el verdadero estado de España a la mitad de este mes de junio, hasta donde

llegarían las cartas de Barcelona. Por rumores que confusamente llegan de varias partes y por una sola carta que milagrosamente se ha escapado de las uñas de estos gavilanes, y mucho más por la precipitación de los mismos franceses, y por otros medios y arbitrios para consumar la grande obra de la posesión de aquella ilustre Monarquía, se entiende con alguna certeza el estado de España a la mitad de este mes de junio, y nosotros le presentaremos aquí en este último día del mes, exponiendo fielmente los dichos tres artículos de rumores, de una carta particular y del proceder de los franceses.

Por las gacetas de España y de este país, y por la fama pública, se entiende que en la llanura de Cabezón, cerca de Valladolid, se llegó a juntar un cuerpo bastante numeroso de castellanos que fue batido y disperso por los franceses, y que los obispos de la misma ciudad de Valladolid y de la de Palencia, los ilustrísimos Soto y Almonacid[66], estaban muy afanados en sosegar a sus súbditos, poniéndose, por decirlo así, entre ellos y los franceses para que hubiese paz y no se derramase sangre. Sea pues lo que se fuere de la dicha batalla de Cabezón, que nunca puede ser gloriosa para los franceses, peleando bien armados y bien provistos de artillería, contra unos paisanos sin armas, sin instrucción alguna militar, y verisímilmente sin un oficial que les gobernase, y sea lo que fuere del celo de los ilustrísimos, que en las circunstancias del país parece prudente, estos hechos demuestran que Castilla la Vieja, mi patria, aunque pisada e inundada de tropa francesa por muchos meses, y desde el Ebro hasta la frontera de Portugal, y aunque es la provincia más desprovista de armas de artillería, de municiones, y de todo, de toda la Monarquía española, no ha podido sufrir en paciencia la infame perfidia de Buonaparte y de sus franceses, y que, teniéndolas sobre sí en casi todas las ciudades, se vuelve y revuelve contra ellos del modo que puede. Sin que nos ciegue el amor a la patria, aseguramos con franqueza, y sin temor de que nadie nos impugne en buenas razones, que, atendidas las circunstancias de Castilla la Vieja, la falta de armas de toda especie, la calidad de su terreno por la mayor parte llano y la abundancia de franceses que ha habido y hay en ella, ninguna provincia de España tiene menos proporción para oponerse y resistir a la tropa francesa; y, no obstante, la hace frente y acaso ha sido la primera de todas en combatir con ella.

Lo poco que llega del Reino de Aragón es prueba segura de que prontamente ha tomado la resolución de oponerse a la mudanza de Soberano y de Gobierno. Por cartas de Madrid se sabe con seguridad que está cortada la comunicación de aquella Corte con Zaragoza, de donde claramente se infiere que

66 Francisco Javier Almonacid (1747-1821). Nacido el Talayuelas, Cuenca, el 11 de marzo de 1747, fue consagrado obispo de Palencia el 24 de julio de 1803.

Aragón desprecia los órdenes del presente Gobierno de España, y aun se nota en la gaceta de Madrid particular indignación contra los aragoneses, de donde con razón se colige no sólo que hacen frente a la tropa francesa, sino también que le han hecho algún daño considerable. Otros dos rumores corren sobre Zaragoza, y uno de ellos prueba una soberana y altísima indignación contra los franceses, y el otro, a lo que piadosamente se puede creer, les dará mucho ánimo para llevarla adelante. Se dice que el conde de Fuentes, que es de una de las más ilustres Casas de Aragón, se presentó en Zaragoza acompañado de algunos franceses y de algunos españoles afrancesados, y venía desde Bayona, y de allí traía nombramiento o patente de Virrey del Reino de Aragón, despachada por el emperador Napoleón o por su hermano José, nombrado Rey de España. Se alborotó al instante el pueblo contra su conde de Fuentes y contra sus compañeros, e hirió a unos y mató a otros, y al Conde le arrestaron, perdonándole la vida. Este conde de Fuentes, Pignatelli de apellido, y sobrino de este Padre Provincial de Nápoles, nació y se crió en París, y no se debe extrañar tanto que esté aficionado a las máximas francesas, como otros Pignatellis del Reino de Nápoles. Se dice igualmente un prodigio de Nuestra Señora del Pilar, y por él parece que la piadosísima Virgen se quiere mostrar agradecida al afecto y devoción de los aragoneses, que en este mismo año han hecho solemnísimo su culto para todo el Reino, como verisímilmente se insinuaría aquí el año pasado. El prodigio se cuenta en estos términos. Un sacerdote que celebraba en la Santa Capilla del Pilar, y todo el pueblo que oía la misa, se hallaron repentinamente poseídos e inundados de una gran ternura y devoción, acompañada de alegría y de gozo, y el buen sacerdote no dudó de asegurarle con la mayor firmeza que la Señora les favorecería y protegería en los presentes peligros; y parece que la Virgen ha querido asegurarlo también con el siguiente prodigio. Apareció en el alto una nubecita bella y graciosa, y fue a colocarse sobre la columna o sobre la imagen de Nuestra Señora, y rasgándose por sí misma aparecieron dentro de ella tres palmas y una corona, y parece que puede significar que después de tres victorias, indicadas por las tres palmas, vendrá su amado rey Fernando VII, significado por la corona. Esta interpretación es mía, y otros hacen otras muy diferentes, y no podemos saber hasta ver el suceso quién es el que acierta. Pero nos es de gran consuelo el que la dicha visión no puede significar cosa mala.

Este Reino de Aragón es casi la única provincia de España que puede ser atacada de los franceses por dos partes, por el norte y por el mediodía. Por los Pirineos confina con la Francia, y hacia el interior de España tiene una frontera muy grande con Castilla la Nueva. A todo han acudido los animosos aragoneses, pues por una parte han quitado a los franceses a viva fuerza el

castillo de Benasque[67], y con esta conquista, si fuese cierta, tienen ya poco que temer por sus asperísimos Pirineos y, por otra hacen frente, según indica la indignación de los de Madrid contra ellos, a los franceses que han ido hacia Zaragoza desde el interior del Reino.

Por esta parte, Cataluña no tiene que temer por ahora, pues, para llegar a ella, han de penetrar por el Reino de Valencia o por el de Aragón. Pero tiene mucho que hacer dentro de sí misma por estar en manos de los franceses las principales fortalezas, y por la frontera con la Francia, que está enteramente abierta a los franceses por ser dueños de Figueras. Según los rumores que corren, y que se confirman en general en la carta, de que hablaré después, los catalanes andan a los puños con los franceses, que están fuera de los castillos casi desde el primer día que llegaron allí las tristes nuevas de Bayona, y se disponen a sacar aquellos de sus manos.

En el Reino de Valencia, en el que se tenía alguna mayor frialdad por haber muchos franceses y estar algo más propagada la filosofía, ha sido puntualmente, según la fama pública, mayor, más general, más pronto y más ejecutivo el ardor en armarse para hacer resistencia a los franceses y para aterrar a los de la misma nación y a sus partidarios que pudieran favorecerlos. Puede haber contribuido a este fervor de los valencianos el hallarse entre ellos, y en su ciudad de Valencia, el conde de Cervellón, de quien se dice que en nombre de Fernando VII es Virrey de toda España, y algunos creen que le comunicó estas facultades antes de ir a Bayona, temiendo ya su abatimiento por la perfidia de los franceses y otros; y yo me inclino a esto, después de que en aquella ciudad entendió su inevitable ruina. Si es cierto este nombramiento de Virrey por el rey don Fernando, y más en un caballero tan ilustre, y muy católico y muy cristiano, como la elección misma la supone, y nos lo hace creer la mucha cristiandad de sus padres, don Antonio Osorio, hermano de nuestro padre Ignacio Osorio, y la condesa de Cervellón, servirá mucho para la reunión de todas las provincias y para poderse ayudar en sus aprietos. Desde luego, habrá servido haber hecho pasar al instante al continente, y según parece en navíos ingleses, la tropa que había en las tres Islas Baleares, que, en sí mismas, habiendo mar de por medio, nada tienen que temer de los franceses. Con esta tropa de las Islas, con alguna que había en el Reino, y con el gran pueblo que ha tomado las armas, se ha hecho resistencia vigorosa a los franceses, según se dice, y a los españoles afrancesados, de los cuales ha sido oprimido algún otro que con ardor peroraba por la paz y por la obediencia al nuevo Rey.

Se cree también que el Reino de Murcia y algunos otros países de Castilla la Nueva, que no están tan debajo de los pies de los franceses, se arman y se

67 Nota al margen del autor: *No es cierto que hubieren entrado en él los franceses.*

disponen para hacerles resistencia, y corre mucho un rumor que prueba mucho ardor e ímpetu en el pueblo de la ciudad de Cartagena. Se ha dicho que aquel pueblo ha hecho pedazos al excelentísimo don Francisco de Borja, Teniente General de Marina y Capitán General de aquel Departamento, y algunos otros oficiales de Marina que se mostraban fervorosos en persuadirle que se sujetase a los franceses y dejase la resolución de tomar las armas contra ellos.

En las Andalucías hay mucha más proporción para hacer resistencia a los franceses que en ningún otro reino o provincia de España. El general Solana o marqués de la Solana, Comandante del ejército español en Portugal, no haciendo caso de los órdenes del regente Murat, que le mandó irse hacia Valladolid, y desde allí le hubiera mandado entrar en Francia, se fue hacia la Andalucía con veinte mil hombres, dejando algunos millares, como se cree, en guarniciones de plazas de Portugal. A estos se puede juntar la tropa del Campo de San Roque, cesando la guerra con los ingleses, la de las guarniciones de varias plazas y las milicias del país que no estén empleadas, y llegar a componer un ejército de cuarenta mil hombres; y ha sido muy necesario y ha servido bien, pues corre la voz de que, queriendo el general francés Dupont penetrar con un ejército de treinta mil hombres hasta Cádiz, plaza muy importante por sí misma y por su situación, por la Marina que hay en aquel puerto y por sus relaciones con la América, no lo ha podido lograr y ha sido detenido a viva fuerza. Añadiéndose después en Andalucía, como se supone, ardor y prontitud en los pueblos para tomar las armas, se ve que por aquel lado habrá fuerzas muy respetables y que ni cincuenta mil franceses bastarán para llegar a Cádiz.

Del Reino de Galicia llega también algún rumor, aunque más confuso, de que la poca tropa de las guarniciones, las milicias y los pueblos toman las armas para hacer resistencia a los franceses, y con más distinción se dice esto mismo en la carta, de que vamos a hablar al instante, del Reino de León y de la parte septentrional de Castilla la Vieja, que son las montañas de Santander, en donde el ilustrísimo don Rafael Menéndez de Luarca, Obispo de la dicha ciudad, con el crucifijo en la mano se ha puesto a la frente de sus súbditos. Grande y utilísimo ejemplo, y, si fuese seguido de los obispos Españoles, como se puede creer de los más, estando sana la Nación en la Fe, se puede esperar que será tan grande el ímpetu y ardor de los católicos españoles contra los apóstatas franceses, que merecerá la protección del Cielo, y con ella triunfará y salvará la Monarquía y la Nación.

En el Principado de Asturias, que fue antiguamente cuna de la Religión y de la Monarquía, se ha hecho pronta y perfectamente lo que debía hacerse en circunstancias tan peligrosas para poder serlo otra vez si España fuese subyugada por los ateístas franceses. Por un descuido de estos o por un milagro de la providencia del Señor, para que a pesar de la tiranía de estos bárbaros

filósofos podamos saber algo con fundamento, ha llegado en este mismo correo a don Manuel Colón[68], jesuita mexicano, mi amigo, una carta de la señora marquesa de Santa Cruz, escrita en Oviedo el primero de este mes de junio, en la que perspicuamente se dice todo lo que se ha ejecutado en aquella capital del Principado de Asturias. Colón, con mil protestas de secreto, me la ha leído a mí y a algún otro, y la ha quemado al instante, porque en realidad, si se esparciese aun entre los españoles que él había tenido esta carta y llegase a noticia de los franceses, se ponía a peligro de ser arcabuceado. No hay en esto ponderación alguna, porque se sabe muy bien que el francés Miollis muestra deseos de que caigan en sus manos algunos españoles, y lo procura multiplicando sobre nosotros las espías, y tendría una gran complacencia en arcabucearnos para aterrarnos a todos y para que no hablásemos de la perfidia abominable de su Emperador, y aún menos de posibilidad de resistencia de la nación española a la tropa francesa; porque les hace mucho al caso para estar aquí más dominantes que todos crean que ya España es suya, y que su José Buonaparte es y será Rey y Soberano de la monarquía española.

Como a seis u ocho de mayo, según se entiende por la carta de la señora Marquesa, llegaron a Oviedo los primeros órdenes de Madrid a nombre del regente Murat, y por ellos se entendió que ya no era rey Fernando VII. Al instante, el pueblo tomó las armas, queriendo vengar del modo que podía este agravio. *Los capataces,* se añade en la carta, y por esta expresión entiende la Audiencia, Corregidor e Intendente, y los demás que tuviesen alguna autoridad por la Corte, *los capataces* se afanaron mucho en aquietar al pueblo y hacerle dejar las armas, valiéndose de las razones de todos, esto es, inutilidad de sus esfuerzos, necesidad de sujetarse a estos hombres que han sujetado a toda la Europa, y muchas seguridades por la conservación de la Religión Católica, y de todo lo demás; y en parte lo consiguieron, pues, habiendo habido en Madrid algún proyecto de enviar gente contra los asturianos, se suspendió, creyendo que sin sangre se rendiría el Principado de Asturias. Pero se engañó el señor regente Murat y todos los franceses y españoles que con él forman el Consejo supremo en el presente Gobierno provisional.

Poco después de los primeros, llegaron otros órdenes de Madrid a nombre de Murat, y se llegó a saber auténticamente que el rey don Fernando había sido depuesto por el Emperador francés, y la renuncia de su padre Carlos IV. En este estado de las cosas en España se reunió en la ciudad de Oviedo la Junta o Congreso de los Diputados del Principado de Asturias, y declaró que en él había recaído la Soberanía del dicho Principado. Paso justísimo, pues ni

68 Manuel Colón de Larreategui hizo el viaje hacia la España de Carlos IV en 1798 junto al P. Luengo. En 1815, realizó la profesión de cuarto voto, cuando había cumplido los 70 años.

Napoleón, ni su hermano, ni Murat, ni nadie en España, ni fuera de ella, tiene derecho de Soberanía sobre el dicho Principado, y sólo le tiene la familia real que, pérfida e injustísimamente, ha sido destronizada. Paso importantísimo, pues con él se ha quitado o deprimido el mando y autoridad de los togados de Madrid y del Principado, y de todos los demás que tuviesen alguna por el Príncipe de la Paz, entre los que por este título y por los errores del día hay no pocos aficionados a las presentes mudanzas y novedades. Paso finalmente eficacísimo para el fin que se pretende de hacer resistencia a los usurpadores franceses y a los españoles, sus partidarios; ya porque se presenta un bellísimo ejemplo que imitar a todos los reinos y provincias, y si todos y todas las que se hallen en estado las siguen prontamente se puede esperar que podrán resistir a todo el poder de la Francia, y ya también porque, puesta la Soberanía y toda la fuerza del Gobierno en hombres de sana fe y de cristiandad, cuales son generalmente los que viven fuera de la Corte, habrá mayor energía y ardor en todos los medios conducentes para su defensa.

En cuatro órdenes o decretos que prontísimamente ha expedido la Junta Soberana del Principado de Asturias, presenta a la nación española todos los medios en el día más prontos y más eficaces para resistir a los franceses. *El primero* ha sido una nueva y más solemne proclamación de Fernando VII como Rey de España, la cual ha servido maravillosamente para encender más los ánimos de todos, viendo tan infamemente tratado por los viles y pérfidos franceses un joven Soberano tan amable. *El segundo* es un orden riguroso y absoluto de tomar las armas todos lo que sean capaces de su manejo, y se asegura en la carta de primeros de junio que ya estaban armados veinte mil hombres, y que se llegaría a armar cincuenta mil en el Principado. Tengo ya, pues, el consuelo con esta noticia segurísima de que jamás llegarán los usurpadores Buonapartes a ser dueños de toda España, porque no bastan todas sus fuerzas para conquistar el Principado de Asturias, defendido por cincuenta mil leales españoles con proporción de recibir algunos socorros por mar de la Inglaterra y aun de la América.

El *tercero* es de nombramiento de Capitán General del Principado en la persona de don Joaquín de Navia y Marqués de Santa Cruz, y es puntualmente el marido de la señora doña María Guadalupe, que ha escrito esta apreciabilísima carta a mi amigo Colón. Sirvió en las guardias españolas hasta el año de noventa y cinco o noventa y seis, en el que dejó el servicio y se retiró a su casa en Barcelona, por no poder ver sin indignación las vilezas de su distinguido Cuerpo en la guerra de aquellos años con la República francesa. Se puede, por tanto, esperar que, no pudiéndole faltar talentos militares, siendo Navia de Asturias y siendo hombre de mucha honradez y cristiandad, activo y fogoso, cumplirá bien con su importantísimo empleo de Capitán General del

Principado. El *cuarto* es una Diputación despachada prontísimamente a Londres solicitando la protección de Su Majestad Británica, y, en particular, alguna provisión de armas y municiones. Con la mayor exactitud y escrupulosidad hemos expuesto aquí el contenido de esta apreciabilísima carta de la dicha marquesa de Santa Cruz y no exageramos en decir que, con ella, sabemos algo con fundamento del estado de España hacia la mitad de junio.

Por ella nos consta, con toda seguridad, que a la mitad del dicho mes ya no podía penetrar en el Principado de Asturias un ejército de veinte o treinta mil franceses, aunque a marchas forzadas y dobles, como ellos hacen algunas veces, hubiera ido por allá, y que en Valencia, Cataluña, León y montañas de Santander hay grandes armamentos y está en movimiento toda la gente, y lo mismo se dice, con bastante seguridad, de Aragón, Andalucía y algunos otros países. Esta conmoción general de tantos reinos y provincias tiene detenidos y embarazados a los franceses, que, con muchos ejércitos, y no serán menos de cinco o seis, de quince o veinte mil hombres, iban prontísimamente a apoderarse de toda la Monarquía, penetrando hasta los puertos sin dar lugar a los españoles para armarse ni aun tiempo para pensar en ello. Pero, viéndose algo burlados por la extraordinarísima prontitud de los españoles de tantas provincias en armarse y alarmarse, y conociendo muy bien que cada día se armarán más poderosamente, van haciendo de tropel en Bayona todas las ceremonias necesarias para que pueda ir presto a tomar posesión del Reino y coronarse el nuevo Rey, José Napoleón, esperando que, con este paso decisivo y con los demás medios que se van tomando, se aterrarán todos los reinos y provincias y se sujetarán quietamente al nuevo Soberano.

El nuevo Rey Católico, José Napoleón, caminó hacia Bayona con no poca diligencia; pues, habiendo pasado por esta ciudad de Roma el veinticuatro de mayo, llegó a aquella el siete de junio. Acudieron al instante, como se supone, todos los distinguidos españoles que estén en Bayona a besar la mano a Su Majestad y a hacerle otras muchas demostraciones de obsequio y veneración, y creeré que los más las hayan hecho de corazón y de veras, y algunos de mala gana, por fuerza y de ceremonia. La grande extensión de la Monarquía y la dificultad que de aquí resultaba de que los ciento y cincuenta diputados, llamados por el Emperador, pudiesen llegar tan presto a Bayona hizo entrar en el pensamiento de dilatar algunos días las juntas de los españoles en aquella ciudad. Pero, viendo la gran fermentación de muchas provincias, se atropelló por todo, y, cerrando los ojos a todos los inconvenientes, esperando siempre el buen suceso de la fuerza y de los ejércitos que están dentro de España, se dio principio a las Juntas o Cortes, como ellos dicen, el día quince de este mes de junio. En ellas entran todos los españoles de alguna representación que están en Bayona, y estos, según desde lejos se puede entender, son de tres clases o espe-

cies. Algunos son de aquellas personas que acompañaron a la familia real, y, oprimida ésta, por fuerza o voluntariamente, se quedaron en Bayona, otros segundos son algunos de los diputados llamados por Buonaparte, y pueden ser en corto número tres o cuatro grandes de España, otros tantos de los consejos, dos o tres agentes o apoderados de la América, el Arzobispo de Burgos y tres o cuatro generales de órdenes religiosas. Otros terceros son aventureros voluntarios, hombres de partido que, sin título alguno, van a ayudar del modo que puedan a la consumación del triunfo de la impiedad en España, como son dos hermanos Lardizabales y un Colón, consejeros de Castilla arrinconados, los vizcaínos Mazarredo y Urquijo, el poeta filósofo Meléndez y otros semejantes.

Esta reunión de españoles, sin más derecho, título ni autoridad que la que da Buonaparte, que no tiene ninguna legítima sobre la nación y monarquía española, presume equivaler a las Cortes del Reino y poder disponer a su arbitrio de la Corona y arreglar una nueva Constitución o forma de Gobierno para España. Es verdad que en todo este negocio no hará otra gestión ni operación que recibir, loar, alabar y aceptar lo que vaya diciendo Buonaparte con su iluminado consejo; y sin perder tiempo en ceremonias inútiles se van presentando en la Junta o Cortes diariamente algunos artículos de la Constitución o forma de Gobierno para la monarquía española. A la frente de esta Junta o Cortes, como Presidente de ellas, ha aparecido el navarro don Miguel José de Azanza, a quien Fernando VII hizo Secretario de Estado de Hacienda, luego que subió al trono, y, ocupando ya la dicha Secretaría, acompañó a Bayona al pobre Monarca. Este navarro Azanza no puede haber tenido otro mérito para ser preferido por los franceses a tantos hombres que son más que él y para ser hecho Presidente de aquella gran Junta, que el ser ya de antemano conocido por suyo, esto es, por impío filósofo francmasón, ya veterano y muy adelantado en las miserias e impiedades de la secta; y, en efecto, repentinamente ha aparecido un charlatancillo y arenguista tan filosófico y tan fanático que pudiera presentarse con algún honor entre los archicharlatanes de París en las asambleas revolucionarias. Claro está que a este grado tan sublime de la filosofía dominante no se llega ni en un día, ni en un mes, ni en un año, y así, por sólo este hecho de su Presidencia de aquella Junta y por su charlatanería filosófica, sin hacerle agravio alguno y sin peligro de engaño, le tenemos y declaramos a la faz de toda España por un impío filósofo sin Religión, y por un traidor infame a su Rey y a su Patria. ¿Y a este hombre malvado y a este monstruo de impiedad, de infidelidad, y de ingratitud, hizo Fernando VII su Secretario de Estado y llevó consigo a Bayona? ¿Y cuánto ayudaría este vil y despreciable navarro, deudor de todo lo que era y de todo lo que tenía a los reyes Carlos III y Carlos IV, para meter a su inocente nieto e hijo, el amable Fernando VII, en las garras del impío y bárbaro Buonaparte? Desgraciados

monarcas españoles, tan rodeados de impíos filósofos francmasones o demonios, que vienen a ser lo mismo, que apenas podrían elegir un Secretario, ni un Ministro o Embajador entre los que tenían alguna proporción para estos empleos, sin encontrarse con un impío filósofo, francmasón tan malo o peor que el antecedente, de lo que pudiéramos hacer una demostración palpable, haciendo una inducción de los que han ocupado los principales cargos de la Corte en estos últimos cuarenta años.

Mientras que, a galope, se fabrica en Bayona la nueva forma de Gobierno para España, y mientras que muchos ejércitos de franceses atacan por todas partes las provincias que se preparan para hacer resistencia, se ha doblado y redoblado la actividad en esparcir papelillos, arengas y exhortaciones a la paz por todo el reino. Allá va girando uno de Napoleón el Grande, no poco maligno y artificioso, aceptando la renuncia de Carlos IV, nombrando Rey de España a su hermano José e inclinando a la Nación, con cien razones, a acomodarse a este nuevo orden de cosas, con el cual será feliz y saldrá del abatimiento en que había caído por la flojedad del gobierno pasado. Otro del nuevo rey José a sus nuevos y amados súbditos ofreciéndolos todo, y, generalmente todos, los de la Junta de Bayona y todos los del Gobierno provisional de Madrid, y otros muchos afrancesados o forzados por la necesidad, escriben a donde pueden hacer alguna impresión las cantinelas antiguas de inutilidad de sus esfuerzos contra las aguerridas tropas del Invencible Napoleón, de seguridad de la Religión y de integridad de la Monarquía y de las muchas utilidades del nuevo Gobierno. ¿Y de cuántos otros manejos, astucias, promesas y sobornos se valdrán secretamente, en especial para con aquellas personas que más se han acalorado en alarmar la Nación? Este es el principal talento de los franceses, especialmente ahora que para ellos, sin limitación alguna, lo mismo es la mentira que la verdad, la fábula que la historia, lo blanco que lo negro, si conduce para lograr su fin.

Tenemos entre las manos una prueba demostrativa de esta ilimitada disposición de ánimo de los franceses para mentir francamente y para fingir todas las fábulas que se les representen oportunas para sus intentos. Todas las provincias de España, que hacen resistencia a los franceses, exceptuando solamente el Reino de Aragón, tienen puertos de mar, y en todas ellas, como dijimos del Principado de Asturias, se ha pensado al instante en recurrir a los ingleses, ofreciéndoles la paz y pidiéndoles armas y municiones para hacer guerra a la Francia. Con una mentira solemne, fabricada de planta por el mismo Gabinete de Napoleón el Grande o por su misma persona, se ha pretendido expresamente quitar a los españoles esta esperanza de recibir socorros de los ingleses, y si la hubieran creído por ocho o quince días y se hubieran enfriado y desanimado un poco con una nueva tan triste, pudiera haber sido bastante para ser

atropellados por los numerosos ejércitos franceses. Me figuro que no sería pequeña la consternación de los pobres españoles, necesitados y deseosos de los socorros de los ingleses, al oír que ya nada pueden esperar de la Inglaterra, pues oficial y ministerialmente se asegura por el Secretario principal del Emperador francés que ha muerto Jorge III, Rey de Inglaterra, y se supone que el Príncipe de Gales, que le sucede, no es enemigo de la Francia y no lo será su Ministerio.

Hacia Italia se despachó esta mentira oficial o ministerial desde Bayona el diez de junio, y en los mismos días se despacharía hacia España, y no podía ser en tiempo más oportuno para hacer caer de ánimo a los españoles y para que los franceses sacasen mayores ventajas de su turbación y abatimiento. Para eterna memoria de la desvergüenza y descaro en mentir de los filósofos franceses, entrando entre estos emperadores, reyes y secretarios de Estado, trasladaremos aquí fielmente, y traduciremos a la letra el papelito de apéndiz a la *Gaceta de Florencia*, que llegó aquí el dieciocho de este mes de junio. Es pues, como sigue: *Notizia oficiale = Livorno, 16 Giugno 1808. Il Sig. Console Commissario Generale, Matteo Lesseps, qui residente per L'Impero francese, ha participato alla Camera del Comercio L'estratto di un dispaccio ricevuto de S.E. il Ministro delle Relazioni estere da Baionna in data de 10 Giugno, chi e stato qui publicato ad é il sigente. S.M. L'Emperatore e Re ha ricevuto dal suo Augusto fratello il Re d'Olanda una lettera, che porta questo articolo: Dalle notizie di Londre noi sappiamo la morte del Re d'Inglaterra. Il nuovo Re, ascendendo al trono ha rinnuovato tulto il Ministerio. Signato. Champagni*. Y quiere decir, en castellano: *Noticia de Oficio. Liorna, 16 de junio de 1808. El Señor Cónsul Comisario general, Mateo Lesseps, residente aquí por el Imperio frances, ha participado a la Junta de Comercio el extracto de un despacho recibido de Su excelencia el Ministro de los negocios extranjeros, desde Bayona, en data de 10 de junio; que ha sido aquí publicado y es el siguiente: Su Majestad el Emperador y Rey ha recibido de su augusto Hermano, el Rey de Holanda, una carta que contiene este artículo. Por las noticias de Londres sabemos la muerte del Rey de Inglaterra. El nuevo Rey, subiendo al trono, ha renovado todo el Ministerio. Firmado: Champagni.* Hasta aquí el dicho papelito o apéndiz da la gaceta de Florencia.

¿Y no obstante, una aseveración tan franca y tan absoluta de un Rey, de un Emperador y Rey, y de su principal Ministro, de la muerte de Jorge III, Rey de Inglaterra, Su Majestad británica vive y está sana y buena? Así es, y ni ha habido, ni hay por otra parte, aunque no podía menos de haberle por muchos caminos, un solo rumor de que haya estado o esté enfermo. ¿Puede llegar a más la osadía y desvergüenza de estos hombres, mintiendo con tanto descaro a la

faz de toda la Europa, aunque no pueden menos de conocer que se ha de entender su mentira y ser tenidos, por consiguiente, por embusteros y mentirosos? Nada se les da de todo esto, si logran alguna ventaja con sus mentiras, y, en efecto, más han conseguido estos abominables filosofastros con esta arma vil y otras semejantes que con las usadas por el verdadero valor. Por este último artículo de papelitos, cartas y mentiras, por las operaciones de la Junta de Bayona, y por los sucesos dentro de España entre los ejércitos franceses y los españoles alarmados, se ve la Monarquía en la situación más crítica y más peligrosa de lo que se puede imaginar con la fantasía y menos explicar con palabras. Pues de la mitad de junio hasta donde llega nuestro *Diario*, por días y por momentos, sucederán necesariamente cosas grandes, buenas y malas, que nosotros notaríamos aquí con exactitud, con pena, o con alegría, según su calidad, si llegaran con alguna seguridad a nuestra noticia. Pero cómo nos han de llegar teniéndonos cerrados estos tiranos filósofos todos los caminos de mar y tierra, y no teniendo otro canal para saber algo que sus mentirosas gacetas y monitorios. A lo menos quisiera yo que llegara ahora a España, y en estos mis borrones, a la más remota posteridad, nuestra inquietud y congoja (y hablo de todos los jesuitas españoles) por el peligrosísimo estado en que está evidentemente nuestra estimadísima y amadísima patria, y nuestra solicitud y aun fervor en pedir en nuestras oriaciones al Cielo que, si bien la castigue por sus muchos pecados de otros modos dolorosos y sensibles, no permita que sea subyugada y dominada por los impíos ateístas franceses, y que se oscurezca, se deforme, se disminuya y, al cabo, venga a extinguirse la Santísima Religión Católica, Apostólica, Romana, que con tanta pureza se ha conservado en ella, por catorce siglos, sin que hayan llegado a inficionarla los muchos errores y herejías de otros países.

JULIO

Día 2 de julio

A los pensionados por la Corte de España para el estudio de la Bellas Artes en Roma, que serán diez o doce, no se les ha pagado su pensión de veinticinco pesos duros al mes en los dos meses antecedentes de mayo y junio, y lo mismo se ha hecho con otros muchos pensionados por otros títulos en esta misma ciudad, en Nápoles y en otras partes; y si estas pensiones se supieran con seguridad, aunque han muerto ya muchos de los pensionados en el tiempo de los furores contra los jesuitas, se vería, no obstante, una gran prodigalidad y desconcierto en este importantísimo punto en los dos reinados de Carlos III y Carlos IV, en los que han estado con mucho poder cerca de estos engañados y desgraciados monarcas viles abogaduchos y otros hombres de la misma estofa y de las mismas sectas, y todos con el expreso designio de la filosofía de empobrecer el erario para que de su pobreza se siguiese la opresión de los pueblos con pesadísimas contribuciones, y de ésta el desamor general para con los soberanos y el disgusto y cansancio de su gobierno. Este tesorero Escandón tiene en su mano letras o cambiales de Madrid que pudieran bastar para ir pagando las pensiones y sueldos a todos. Pero en el estado de convulsión e incertidumbre en que se halla aquella Corte y Monarquía, sin saberse en qué vendrán a parar, no se halla quien las tenga por buenas y quiera adquirirlas y despacharlas; y en la realidad obran prudentemente, pues hay peligro de perderlo todo.

Era claro que a nosotros nos tratarían de la misma manera que a los demás pensionados y era por tanto inútil acudir al palacio del Ministro para cobrar la pensión. No obstante, no habiéndonos dicho nada en contrario ayer, que según la costumbre establecida era día de cobranza de pensión para los tres meses siguientes, se presentó algún otro a nuestro pagador don Jacinto, que, con muestras de compasión, les dijo que por ahora no había dinero. Quedamos pues sin pensión todos, y lo peor es que la misma revolución de España, que es la causa de que la perdamos, lo es también de que se haga muy difícil y casi absolutamente impracticable el recibo de algunos socorros de nuestras familias

y de algunas cantidades que solían venir de varias provincias del Reino para limosnas o estipendios de misas, de suerte que en un día se nos han secado los tres canales o conductos para nuestra subsistencia en Italia, en donde son muy pocos los que encontrarán un pedazo de pan sujetándose a hacer algún oficio de confesor de monjas, de maestro de algún niño, u otro semejante. Con todo esto, en cuanto puedo observar, no se muestra la gente por lo común abatida y consternada, ya porque generalmente por mitad, y aun por la mayor parte, habiendo vivido con alguna economía, tienen sus repuestillos o sus ahorros para poder mantenerse algún tiempo; ya también porque todos se hacen cargo de la tristísima situación en que se halla la Monarquía, y que este nuestro trabajo es un efecto necesario de ella; y ya finalmente porque, acostumbrados a experimentar admirables rasgos de la amorosa Providencia del Señor, en lances muy apretados, todos confían que no nos faltará en éste. No obstante, alguna otra docena de sujetos, y casi todos son de los que salieron al siglo voluntariamente antes de la extinción de la Compañía, se halla desde el primer día en miseria, o porque no tienen gobierno o porque habiéndose casado se ven en precisión de hacer gastos mayores. Nosotros les tenemos una sincera compasión y no seremos los últimos en darles una limosna en cuanto nos fuere posible.

A los que pertenecen al departamento o caja de Génova, por ser muy pocos, se les dio al cabo la pensión del mes de abril para los tres meses siguientes, y así están iguales con los del departamento de Roma y creeré que lo estén en adelante; pues no es creíble que aunque sean pocos les den esta pensión del mes de julio. Los muchos del departamento o caja de Bolonia están peor que todos los demás, pues les falta la pensión desde el mes de abril, y allí sucede lo mismo que aquí en cuanto a miserias y necesidades, y por la mayor parte los que perseveraron en la Compañía y han tenido juicio y buen gobierno se van manteniendo con sus repuestillos y ahorros, como ellos mismos escriben. Pero no faltan tampoco miserables y necesitados por los mismos motivos que los hay aquí, que les causan mucha compasión, y los que puedan no dejarán de socorrerles. Ha venido, pues, sobre los jesuitas españoles, a vuelta de cuarenta y un años de destierro, en los que constantemente han cobrado su pensión, este no pequeño trabajo de perderla, como les ha sucedido por más o menos tiempo a la mayor parte de los jesuitas de otras naciones, exceptuando acaso solamente los alemanes. Al presente están sin ella, y ya hace muchos años, los pocos franceses que vivan y casi todos los italianos; y los portugueses se habrán de contentar verisímilmente con un socorro que les dio no hace mucho el señor Pinto, Ministro o Embajador de Portugal. Lo peor sería si en este estado de cosas, sin pensión y sin socorros, se nos obligase a hacer algún viaje porque nos echasen de Roma, o con otras vejaciones a meternos en

algunos gastos extraordinarios. Pero el Señor nos da ánimo para todo y bajo de su amorosa providencia nada tememos y viviremos tranquilos.

DÍA 5 DE JULIO

Pocos días ha fueron arrestados por orden del general Miollis los párrocos de la Colegiata de San Eustaquio y de la Parroquia de la Paz, y también lo ha sido un religioso dominico de su Convento de la Minerva, en el que muy desde los principios de la entrada de los franceses en Roma ha habido siempre, en buen número, tropa francesa, y sus mismos huéspedes le habrán arrestado. Su delito no puede ser otro que haber dicho, haber leído o, a lo más, haber escrito en alguna carta alguna cosa que disguste a los franceses, por más que su disgusto sea sin justo motivo e irracional, como lo es generalmente en todo, y mucho más de que se lean por sus súbditos los papeles, protestas o respuestas del Papa, su Soberano, que de mano en mano corren manuscritas, porque tiránicamente, y sin una sombra de derecho, se han apoderado de todas las imprentas. Ni por este lado, ni por el otro del papelillo de seguridad, sobre el que hasta ahora no se oye que molesten a las gentes, ha caído ningún español de ninguna clase en las manos del general Miollis, que, según se muestra irritado por las cosas de España, que sabrá él y nosotros ignoramos, tendría una gran complacencia en tomar esta vil venganza y arcabucear algunos españoles. Por su parte, a lo que nos aseguran, se multiplican siempre y se ponen en movimiento las espías y, por la nuestra, se esmeran todos en andar con todo recato y precaución, y, con nuestra buena conducta y con la protección del Cielo, esperamos salvarnos sin grandes inconvenientes, en medio de tantas espías, acechanzas y peligros.

Ayer tuvo el general Miollis la acostumbrada academia de música con los convenientes obsequios a los que asistieron a ella, y oigo que fue muy asistida y muy lucida en todo. Más gustaría la nobleza, el Papa, el pueblo y todos que fuese seria y como debía ser una providencia de los franceses en orden a la provisión de su tropa. Hasta aquí, aunque ellos dicen que el Papa es Soberano, se ha mantenido toda su tropa, así la permanente en esta ciudad como la que continuamente pasa desde Nápoles y hacia Nápoles, de las rentas de la Cámara o Erario pontificio, como si fueran suyas, y no sé que hagan al presente, como antes, la ceremonia de pedirlo prestado. En estos días he visto por dos veces edictos del Gobernador francés en los sitios públicos, y los dos se enderezan a buscar algunos romanos que quieran entrar en algún arriendo de los géneros necesarios para el mantenimiento de la tropa francesa, como que éstos se han de entender solamente con el Intendente o Comisario francés, sin entrar para nada el tesorero de Su Santidad. Todo este aparato de edictos y de

arriendos indicaba que los franceses querían traer dinero de fuera del pequeño Estado Pontificio para mantener su tropa, y no sería una generosidad muy grande que lo trajesen de las provincias de la Marca y de Urbino, que acaban de robar al Papa, y le dejasen las rentas de su presente Estado para sus necesidades y para las muchas y grandísimas de innumerables súbditos suyos de todas clases y condiciones que ellos han causado con su venida a Roma. Pero, ya en el día, ninguno cree que ellos piensen en traer dinero de fuera, y se supone que todo ello se reduce a alguna mudanza de método en la provisión de la tropa, que será más ventajoso para los comisarios franceses, tomando siempre el dinero de la Cámara o Erario pontificio. Así lo hacen y así roban en todas partes, y lo han estado haciendo en España por muchos meses y para muchos millares de hombres antes que fuese suya y estando los reyes en su Corte de Madrid. Pero ya Murat ofreció, en nombre del Emperador, pagar todo en Castilla la Vieja, y habrá cumplido su palabra y la imperial, como otras semejantes dadas a Pío VII en estos tres últimos años, en los que les ha dado millones de pesos duros y no le han pagado un maravedí. En esta ilimitada franqueza en robar, como en otras muchas cosas, estos bárbaros franceses que llaman iluminados y cultos filósofos son muy parecidas y acaso superiores a los bárbaros septentrionales que antiguamente inundaron las provincias meridionales de la Europa. Verisímilmente a esta lucida y obsequiosa academia se seguirá la barbarie de oprimir algunos hombres de bien; porque no parece que caen en cuenta estos hombres, aunque habilísimos y sagacísimos y de una finísima política, que con sus agasajos no ganen a nadie y con sus opresiones no aterren a la gente; antes, por el contrario, siendo aquellos tan ridículos e importunos y estas tan injustas, tan impías y tan brutales, con la mezcla de las dos sólo logran hacerse cada día más despreciables y más risibles, como me consta con toda evidencia, aunque trato poco con los romanos.

Día 9 de julio

La noche del siete al ocho murió, en esta ciudad, el P. José Elizaicin de nuestra Provincia de Castilla. El año de sesenta y siete, en que fuimos desterrados la primera vez de España, estaba en el Colegio de Palencia y estudiaba el segundo año de Filosofía, y estudió el tercero en la ciudad de Calvi y toda la Teología en Bolonia, y en una casa de campo en la que estuvo un año toda la juventud que estudiaba la Teología. Fue aplicado al estudio y un joven humilde, apacible y exacto en los ejercicios de la vida religiosa mientras duró la Compañía, y, después de la extinción, algún otro año en Bolonia y muchos en Roma, tuvo siempre una conducta juiciosa y arreglada, y en todas partes fue siempre, por decirlo así, un criado de todos, prontísimo para servir en lo que él

pudiese a todos los que le buscaban para alguna cosa, y no eran pocos los que se valían de él, especialmente desde Bolonia, viendo su prontitud y buena voluntad para servirles. El año de noventa y ocho, cuando Roma se hizo república, fue echado de esta ciudad como generalmente todos los españoles, y se fue a España, y vivía contento y con conveniente comodidad en su casa y con su familia, en uno de los valles de Navarra. Sintió mucho el segundo destierro el año primero de este siglo. Pero obedeció puntualmente, y, haciendo un viaje de más de ochenta leguas, volvió a Barcelona, en donde le encontré a mi arribo a aquella ciudad, y después hicimos juntos la navegación hasta Civitavechia. En medio de ser un hombre muy sano y muy robusto, la pesadumbre del destierro y las incomodidades de los viajes de mar y tierra, y otras resultas necesarias, le causaron un violentísimo accidente de perlesía, y, aunque salió de él, estos cuatro o cinco años ha vivido tan a la rastra y tan oprimido de males que sólo vivía para padecer mucho y amontonar muchos méritos para la otra vida; especialmente llevando sus muchos males con mucha paciencia, resignación y alegría. En la repetición del accidente que le ha arrebatado, tuvo tiempo para recibir con todo conocimiento y con mucha piedad todos los sacramentos propios de aquella hora, y aunque no vivía en el Jesús se le ha hecho el oficio y se le ha dado sepultura en la iglesia de aquella casa, por ser esta su expresa voluntad. Era natural de Arizcain[69], en el Obispado de Pamplona y en el Reino de Navarra, en donde nació a 14 de enero de 1745.

Día 10 de julio

Al principio de la noche del día ocho al nueve llegó a esta ciudad, viniendo desde la Corte de Nápoles, la mujer de José Buonaparte, Reina hasta ahora, y sólo por poco más de dos años, de las dos Sicilias, y ya Reina Católica de las Españas. En uno de sus reinos, que es la Isla de Sicilia, no ha puesto un pie ni ha podido ponerle, como ni tampoco le puso el Rey su marido, y en el otro ha estado tres meses, pues pasó por aquí hacia Nápoles en el mes de marzo, como entonces se notó. Parece que a esta buena mujer la podían haber ahorrado la incomodidad de hacer tan largos viajes, como desde París a Nápoles, y ahora desde esta Corte a la de Madrid, y se pudiera inferir de ellos, si de las operaciones de los locos se pudieran sacar con verisimilitud consecuencias, que por el mes de febrero, cuando saldría esta Reina de París, aunque ya estaba España llena de tropa francesa, y ya estaba todo concertado con el Príncipe de la Paz, no estaba seguro Buonaparte de que se apoderaría de la monarquía española, o no le había venido a la cabeza el disparate de hacer Rey de España a su hermano José.

69 Se refiere a Arizcun

Mas al fin la Reina no ha perdido el viaje, pues ya llevará consigo algún otro millón de pesos duros. Ya dijimos que muchos hablan de ella como que es una santa, y por lo menos su conducta, a mi parecer, prueba que es una mujer de juicio, de reflexión y de prudencia, y que, no pudiendo dejar de temer que todos estos reinos de los Buonapartes y los suyos paren en una fábula, en humo y en nada, se vaya proveyendo y redondeando para que en todo caso no la falte un pedazo de pan. De aquí o de virtud habrá nacido que en Nápoles, a lo que oigo asegurar, se pusiese en un tren muy moderado, modesto y casi pobre, y no se habrá descuidado en sacar de esto algunas ventajas, como las sacó también, no pequeñas por otro lado, sin que aquí entrase para nada la virtud, y todo fue bajeza, y cuando más astucia y sagacidad, y una economía y prudencia interesada. Por una parte se insinuó a la Corte que era razón celebrar con algunas fiestas y regocijos públicos la venida de la Soberana, o sin insinuación alguna los aduladores de los Buonapartes inspiraron este proyecto. Pero por otra se les hizo entender que sería mas del agrado de Su Majestad un conveniente regalo que todos los grandes gastos que pensaban hacer en las dichas fiestas o regocijos; y efectivamente la regalaron doscientos mil ducados o pesos duros.

Supongo que pasó la noche en esta ciudad, y por lo menos se detuvo tiempo bastante para que hubiese, como se asegura, sus recados obsequiosos de su parte al Papa y las convenientes respuestas de Su Santidad a la Reina, y todo sería muy conforme al carácter de virtud, o por lo menos de cristiandad, que todos suponen en esta Soberana. Y ¿se la ha presentado y recomendado a esta nueva Reina Católica alguno de estos cinco del Cuerpo diplomático de España que están en esta ciudad? Si lo ha hecho alguno de los cinco, lo ha hecho con disimulo y secreto, y en público no se sabe. Lo cierto es que desde la primera revolución de Madrid por el mes de marzo, o poco después, están sin correspondencia alguna ministerial, y como en olvido y abandono. Ven por otro lado que prevalecen en España los Buonapartes, y que esta mujer de uno de ellos es tratada públicamente como Reina Católica, y que va con solicitud a coronarse y reinar en la Corte de Madrid. No sería pues maravilla que alguno o algunos de ellos, según el carácter, modo de pensar y corazón, que por de fuera se pueda descubrir, prefiriendo a todo sus intereses y su acomodo, para en adelante, hubiesen hecho sus obsequios a la nueva Reina.

A nosotros nos causan risa por una parte estos nuevos reyes y reinas, que se van levantando de la nada, y no podemos menos de mirarles como soberanos de farsa, de comedia, o de entremés; pues, fundándose todas sus monarquías y reinos en mentiras y engaños y en injustísimas usurpaciones, y dirigiéndose todo a la opresión de la Santísima Religión revelada por Jesucristo, no pueden tener consistencia si el Señor por sus imperturbales juicios

no abandona todos los reinos hasta ahora católicos y aun a la misma Roma. Pero, por otra, nos desagrada y nos asusta esta apresuración de esta mujer en emprender este gran viaje desde Nápoles a Madrid, pues es algún indicio de que su cuñado el Gran Napoleón está muy seguro de que su hermano José entrará pacíficamente y sin alguna oposición considerable en posesión de la monarquía española y reinará sin contradicción en la Corte de Madrid. Vaya pues en hora buena su Majestad Católica y sucesora de la famosísima reina de España María Luisa, Reina que está escondida en ignominia y abatimiento en Fontainebleau o Compiegne. ¿Quién la diría a esta Soberana pocos meses ha que ocuparía su trono, aun viviendo ella, una mujer de tal carácter y calidad? No era fácil que la viniese a la fantasía, ni aun soñando, una locura semejante. Pero no era tan difícil si en algún momento de quietud haría alguna reflexión sobre el estado de la Monarquía, que temiese que se trastornase toda ella, y fuese abatida su familia por su inconsiderada afición al infame Príncipe de la Paz y a los impíos franceses. El rey José, como ya insinuamos, fue precedido, acompañado y seguido de muchos señores napolitanos y franceses, y llevó consigo un grande equipaje, y no se ha cortado el paso de este desde que él se dirigió hacia España. Su mujer lleva también grande acompañamiento, y tan grande equipaje o recámara que parece que han saqueado y despojado los palacios reales de Nápoles. Y, en efecto, oigo decir que se llevan tantas cosas de ellos como si absolutamente les abandonaran y no hubiera de venir a habitarlos otra persona de su familia, cuando ya es público y ya se cree que Napoleón el Grande tiene ya destinado a otro de los suyos para Rey de las dos Sicilias, y sucesor del rey José Napoleón I, ensalzado al trono de España.

Día 13 de julio

Insinuamos ya, y se confirma siempre, que el Emperador de Francia, así como ha destinado a su hermano José para Soberano de la monarquía española, así también ha nombrado para Monarca de Portugal a su cuñado el príncipe romano Borghesi. Tampoco habría soñado un año ha la numerosa familia de Braganza tener un sucesor tan extraño en el trono, y hará sus pasmos y admiraciones allá en su nueva Corte del Brasil, la Bahía de los Santos, a donde llegó con una navegación no muy larga el diecinueve de enero, según se ha dicho en las gacetas públicas, pues salió del Tajo y se hizo a la vela el veintinueve o treinta de noviembre del año pasado. Quiera el Cielo que no se ocupe toda en maravillas y asombros, en indignación y cólera contra los que injustamente la han despojado de su reino, y sepa hacer algunas serias y cristianas reflexiones sobre las causas y motivos para que haya permitido el Cielo su abatimiento y su ruina por medio de unos hombres tan malvados y tan impíos,

y fácilmente entenderá que toda la causa ha sido el triunfo de la impiedad e irreligión en el reinado de su abuelo José, de su madre María, y aun en el suyo, y la opresión, injusticia, crueldad y barbarie contra inocentes y celosos religiosos que promovían la piedad, defendían y propagaban la Religión con buen suceso en todas sus provincias de la Europa, de la Asia y de la América; y una justicia que se ha hecho en la dicha Corte de Brasil, según se ha asegurado en varias gacetas públicas, nos hace mirar como más fácil este importante desengaño y que el nuevo rey don Juan VI llegue a entender las verdaderas causas delante de Dios de su abatimiento y de su ruina.

Ya insinuamos aquí que, según la astucia y malignidad de los filósofos francmasones, no sería extraño que, aunque los más se quedasen en Lisboa para gozar de su triunfo en compañía de los franceses, algunos siguiesen a los reyes en su navegación a la América para continuar en tenerlos engañados y deslumbrados, sin que jamás llegasen a entender las verdaderas causas de su opresión y destronizamiento. En efecto, a diligencias de los ingleses, que habrán sabido presentar pruebas auténticas, han sido reconocidos por traidores, y como tales condenados a muerte, cuatro de los principales ministros o personas autorizadas al lado de los reyes, y son los siguientes, según los nombran las gacetas: don Rodrigo Pinto, don José Igilio, un señor Araujo que como San Gallo por el Rey de Nápoles ha andado mucho en congresos y embajadas por la Corte de Lisboa; y el marqués de Pombal, hijo del famosísimo marqués de Pombal, y conde de Oeiras don Sebastián Carvallo, en cuyo largo, despótico y cruelísimo ministerio en el reinado de José I, se hicieron todas las injusticias, impiedades y horrores que, no habiendo sido revocados y reparados, como era justo, ni en el reinado de doña María, ni en la Regencia de su hijo, han causado el triunfo de la impiedad e irreligión, y el abatimiento del trono y de la familia real.

Cuando ésta partió de Europa en el noviembre del año pasado, España la hacía la guerra en alianza con los franceses y les ayudaba a estos con un ejército numeroso a quitarles su Reino y a obligarla a partirse para la América. No hay pues la menor duda en que los reyes de Portugal pueden con toda razón y justicia hacer la guerra a la España en sus muchas provincias en aquel mundo; y así efectivamente se ha asegurado en algunas gacetas italianas. Nuevo motivo para tener por una locura y por una verdadera traición del Príncipe de la Paz la declaración de guerra del rey católico Carlos IV a la Corte de Lisboa sin más causa ni motivo que querer los franceses conquistar para sí el Reino de Portugal; porque, creciendo mucho necesariamente la actividad y fuerzas de los portugueses en el Brasil con la presencia del Soberano que ha llevado allá toda su marina y mucha gente, y ayudados de la Marina inglesa, que impediría a España llevar allá algunos socorros, pudiera ésta tener pérdidas conside-

rables, especialmente en la América meridional, y perder al cabo el Paraguay, el Potosí, y acaso todo el Perú. Por ventura, las repentinas y tumultuarias mudanzas y revoluciones de la Corte de Madrid y de toda la monarquía española en estos últimos cuatro meses habrán sorprendido a la Corte del Brasil y la habrán hecho suspender las hostilidades hasta ver en qué venía a parar la España, y viéndola con la última del mes de junio, en cuanto no está oprimida por los franceses, unida a la Inglaterra, se hará también amiga suya y dejará verisímilmente, si no prevalecer la Francia, todo pensamiento de conquista en la América española.

Del reino de Portugal, destinado por Buonaparte, como ya dijimos, para el príncipe romano Borghesi, apenas llega por acá cosa alguna, y sólo conjeturando se puede decir algo de Lisboa. En esta Corte necesariamente se ha padecido y padece mucho de falta de víveres, y especialmente de pan, y algunos rumores confusos han llegado de este trabajo y miserias, y los prácticos de aquella populosa ciudad, que para la mayor parte del año necesita traer trigo de fuera y regularmente lo traía del África, suponían que aquel numeroso pueblo por sólo este título se alzase contra los franceses y acabase con todos ellos, pues son la causa de que los ingleses no dejen venir al puerto embarcaciones con trigo. No sabemos tampoco qué movimientos hace aquel ejército francés mandado por el general Junot en las inquietudes y revoluciones de España. Parece que se le habrán enviado los socorros suficientes para que dejando bien asegurada a Lisboa pueda entrar con un conveniente ejército en el reino de Galicia para penetrar hasta La Coruña y el Ferrol, pues es mucho más fácil la entrada en el dicho Reino por aquella parte que desde Castilla y atravesando el Reino de León, en el cual hay montes no pequeños que vencer, y otros mayores hay a la entrada de Galicia por aquel lado.

Aquí en Roma, por decirlo así, se ha acabado el Reino y Corte de la familia de Braganza en Europa y en la América. Al excelentísimo Pinto, su Embajador algunos años, a quien se hizo el insulto de impedir la iluminación el día de San Pedro, se le debió de intimar juntamente la partida de esta ciudad, pues pocos días después partió efectivamente con el pretexto de ir a tomar unos baños, y ya se han bajado lar armas de la fachada del palacio de su habitación. Aunque el Papa no fuera soberano en Roma se debía permitir a los príncipes católicos que tuvieran en esta ciudad y cerca del Romano Pontífice una persona pública con el título de Ministro, Agente u otro para el despacho de los negocios eclesiásticos. Y ¿por qué no? Y estos bárbaros franceses echan de Roma a este embajador de los reyes por lo menos del Brasil, sin dejar el Papa de ser Soberano, y sin serlo ellos todavía, y sin otro motivo que estar en guerra con ellos. Con esta partida del Embajador portugués se hace más difícil la paga de la pensión a los jesuitas portugueses, aunque son ya tan pocos, a vuelta

de casi cincuenta años que vinieron a la Italia, que si tuviesen mucha voluntad de pagársela no les faltaría modo para ejecutarlo; y este señor conde de Souza y Pinto, Ministro Plenipotenciario de la Corte de Lisboa, les ha mostrado tanta compasión y afecto que no es increíble, aunque no se sepa, que haya tomado algún arbitrio para que para que se continúe la paga de su pensión, y lo notaré, si pudiere averiguarlo.

DÍA 17 DE JULIO

El señor don Pío Gómez[70], que en Nápoles venía a ser como Ministro de la Corte de Madrid, con el título de Encargado de negocios, Agente o Cónsul, pasó por aquí el día once, como en seguimiento de la Reina de Nápoles y ya Reina Católica de España, y comió con éste nuestro ministro don Antonio Vargas, de quien, a lo que oigo, es muy amigo. No es fácil saber el asunto de su viaje, ni si va para volver a Nápoles o si seguirá a la nueva Reina hasta Madrid. Sólo se puede decir, sin peligro de faltar a la verdad, que este casi Ministro en Nápoles, estos nuestros cinco diplomáticos de Roma, el ex ministro Grua[71] que aún está aquí, el ex ministro Labrador, que desde Bayona se ha venido a Florencia, y algunos otros diplomáticos españoles en Italia, ocupados o sin empleo, y con buenos sueldos hasta aquí, están muy conturbados con tantas y tan grandes novedades de la Corte de España; pues desde luego se les ha interrumpido la paga de sus grandes sueldos y temerán mucho, bien vuelva el rey don Fernando, bien se entronice el rey José, o prevalezca contra este la nación Española, que ellos generalmente, por más que se acomoden a todo, no harán la fortuna que se habían figurado en el reinado del Príncipe de la Paz, y para esto bastará el que en cualquiera hipótesis no pueda ir en adelante el desconcierto de multiplicar hasta el infinito estos hombres diplomáticos y de llenarles de sueldos y rentas, que empezó con el reinado de Carlos III y ha continuado casi con desenfreno todo el reinado de Carlos IV. Al mismo tiempo que Gómez, y antes y después, ha pasado por aquí otra mucha gente del séquito de la Reina de España, y habrá otra de Francia y de Nápoles, y todos y todas irán muy alegres porque presumirán ser algo y enriquecerse entre los

70 Pío Gómez de Ayala y Castro (1769-1848). Era Secretario de Embajada en Nápoles desde mayo de 1802. Tras prestar juramento a José I el 27 de julio de 1808, continuó prestando sus servicios en la Corte napolitana, en Didier OZANAM: *Op. cit.* pp. 277-278.

71 Jerónimo de la Grua y Talamanca. Nacido en Palermo, fue Ministro Plenipotenciario de España ante la República de Génova entre 1795 y 1796, en que pasó a la embajada de Suecia. Desde 1801 era Ministro en Parma, de donde se retiró a Roma en el otoño de 1802, cuando el ducado pasó a manos francesas. En julio de 1808 había abandonado la Ciudad Eterna con la intención de pasar a Sicilia, pero fue detenido en Bolonia, en Didier OZANAM: *Les diplomates...*, pp. 288-289.

españoles, y no ha sido menor el pasaje de carros con el equipaje de la dicha soberana.

La tropa que va viniendo de Nápoles y pasando por esta ciudad es tanta como que parece que el rey José se quiere llevar a su nuevo Reino toda la que tenía en este otro Reino que deja, y se supone, y lo tengo por cierto, que por el otro camino del Trento, y acaso por el de Tívoli y Monte Rotondo, pasa también mucha tropa viniendo desde Nápoles hacia el centro de la Italia. Ayer llegó en número tan grande que, no cabiendo en los muchos cuarteles que tienen, repentinamente y sin haber precedido aviso alguno, se metieron doscientos hombres en la casa o convento de San Adrián, que es de los religiosos mercenarios calzados de España, en la que han vivido todos estos años muchos jesuitas españoles, y viven todavía cinco; y unos y otros han tenido y tienen no pequeña incomodidad con tales no esperados huéspedes. Entre esta tropa va un numeroso cuerpo o regimiento de Infantería muy galanamente vestido y de juventud muy escogida, que debía de ser de la guardia de Su Majestad, y es sin duda comparable con el Regimiento de guardias españoles de nuestros reyes; y se puede comparar con los carabineros reales de España, un gran cuerpo de caballería que pertenece también a la Guardia Real, y vendría a ser como los guardias de corps. Con esta bella tropa, con otra que estaba en esta ciudad, y aun con alguna otra de la que viene de paso, ha hecho esta misma tarde el general Miollis en la villa o granja Borghesi grandes evoluciones militares a la presencia de muchos romanos, y todo sirve para hacerles entender el gran poder de la Francia y para inspirar en ellos miedo y terror.

Todos estos soldados, y especialmente los guardias de a pie y de a caballo, dicen francamente que van a España, y en verdad que para llegar a Madrid no necesitarán menos de tres meses. Pero nada le detiene a Buonaparte, y por el invierno vimos pasar por aquí muchas tropas que desde Nápoles fueron a la Polonia. Las nuevas que llegan de España, en cartas de franceses e italianos, suponen la mayor parte de la Nación alarmada contra los franceses, y aun en alguna otra carta de la Vizcaya y Guipúzcoa que ha llegado a los jesuitas españoles se viene a decir lo mismo; pues, asegurando especialmente de la Vizcaya que allí están tranquilos, se dice en términos generales que no están del mismo modo en otras provincias. Y ya en el día se habla de combates dentro de España, hacia Valladolid, hacia Valencia, hacia Zaragoza, hacia Sevilla y en otras partes; y el modo de hablar de los franceses, que son los únicos que hablan en público en manuscrito y en impreso, no nos desconsuela mucho, porque, aunque siempre vencen, siempre atropellan a los enemigos y les hacen huir, y ahora no sería gran valor, combatiendo tropas aguerridas y disciplinadas y provistas de todo, con paisanos reunidos tumultuariamente y con pocas armas, no se glorían de que se les rindan provincias y grandes ciudades como Zaragoza,

Valencia, Sevilla, Cádiz y otras como estas; y esto no puede suceder sino porque los españoles, armados como han podido, resisten vigorosamente a los franceses y defienden bien las dichas ciudades con los pechos, pues por lo común no tienen murallas que las defiendan. El mal humor del general Miollis para con los españoles, amenazando siempre con fusilamientos, multiplicando espías y persiguiendo a no sé qué clérigo español que esparce por Roma nuevas sobre España contrarias a los franceses es prueba segura de que no les va bien por allá. Todo se compondrá, según su modo de pensar, con la entrada pronta del rey José en España, y con su proclamación y coronación en la Corte de Madrid, y para que todo se pueda ejecutar presto van en furia y precipitación las sesiones de la Junta de Españoles en Bayona, y todas las gacetas de estos países desde los últimos días de junio están llenas de noticias sobre este asunto, y aun de artículos o trozos de la nueva constitución o forma de Gobierno para la monarquía española. Después que se acabe y perficione del todo esta grande obra de Legislación, se termine la Junta y se puedan observar las resultas de ella, diremos aquí una palabra de todo con nuestra acostumbrada franqueza, según que lleguemos a entenderlo.

Día 20 de julio

Dos o tres veces hemos hablado aquí del jesuita toledano Antonio Cobos, que en Florencia fue buscado para maestro del Rey niño de Etruria, y la última vez, si la memoria no nos engaña, le dejamos por el mes de febrero de este año detenido en Barcelona, trabajado de tercianas, y acaso esperando que la Reina de Etruria llegase a Madrid, y que ésta, allanadas las dificultades que se aprenderían necesariamente en la presencia en aquella Corte, y al lado de una hija de los Reyes, de un jesuita español dos veces desterrado, le llamase cerca de sí. La dicha Reina llegó al sitio de Aranjuez hacia los veinte de febrero y parece que hubo tiempo bastante para que Cobos, llamado por Su Majestad, llegase a aquella Corte antes de su primera revolución hacia los veinte de marzo; y la reina María Luisa vería al lado de su hija la Reina de Etruria, como maestro de su nietecico el niño rey Luis, uno de aquellos hombres tan revoltosos y tan enemigos suyos y de toda su familia por decisión diplomática del gran político don Nicolás Azara, que uno solo que quedase en algún rincón de la Monarquía bastaba para trastornar su trono, y Su Majestad lo debió de creer, o por lo menos obró contra ellos, como si lo creyera. Pues ¿por qué ahora con una media palabra no impedía que su hija le llevase uno a la Corte, al mismo palacio real y al trato íntimo con personas de su misma familia?

Por lo menos es cierto que el jesuita Antonio Cobos llegó a Madrid, y al lado de la Reina de Etruria, antes que esta con sus niños partiese desde aquella

Corte a la ciudad de Bayona en Francia; pues, desde esta, impedida por Buonaparte toda la familia real de volver a España, la ha seguido hasta Fontainebleau, en donde está con su madre y con sus niños. El dicho Antonio Cobos, que, en cuanto yo sé, no había escrito a ninguno de sus amigos y hermanos desde que por el mes de diciembre del año pasado salió de la Corte de Florencia, ha escrito ahora desde el dicho palacio de Fontainebleau al jesuita aragonés Conca[72], que está en Génova, y éste lo ha escrito aquí, y asegura que en su carta le dice Cobos expresamente que está allí con el mismo empleo que en Florencia, de maestro del niño rey Luis. Esta pues es una cosa ciertísima y de que no se puede dudar, y ve aquí en ella un suceso que, aunque pequeñísimo según el miserable estado de aquella pobre y desgraciada familia real de España, es un extraño fenómeno y casi una monstruosidad o un milagro o providencia singularísima del Cielo. Basta una noticia confusa del concepto infame y monstruoso que hicieron formar a Carlos III de los jesuitas de España, que se ha difundido en todos sus descendientes, y del modo desapiadado y cruel con que en su nombre y con su autoridad han sido oprimidos por más de cuarenta años, para maravillarse y asombrarse de que uno de ellos esté en una ocupación tan íntima como de maestro de un niño de la misma familia real, y, según las circunstancias en que esta se halla, vivirá en el mismo palacio y verá y hablará no sólo a su madre la Reina de Etruria, sino también a sus abuelos, los desgraciados reyes Carlos IV y su mujer María Luisa.

En el presente estado, en que estos nada pueden, no se puede esperar ventaja alguna importante para la Compañía de este extraño suceso de hallarse un jesuita cerca de los dichos soberanos. No obstante, si la reina María Luisa en su tristísima soledad y en las inmensas aflicciones y amarguras de su corazón quisiere desahogarse con el jesuita Cobos, con suma facilidad y hasta la evidencia la demostrará estos dos importantísimos puntos: primero, que todo lo que han dicho contra los jesuitas españoles a su suegro Carlos III, a su marido Carlos IV y a ella misma los Rodas, los Osmas, los Campomanes, los Moñinos, los Azaras, los Godoyes, los Urquijos, los Cavalleros y otros ciento y aun mil, todo absolutamente es una manifiesta falsedad, una solemnísima mentira y una infame y descarada calumnia, y de aquí deberá inferir la Reina que estos hombres mentirosos y calumniadores les han hecho perseguir cruelmente y bárbaramente y con una horrenda injusticia a muchos millares de súbditos fieles y de religiosos inocentes que en nada les han ofendido. Grande y utilísimo desengaño para una Reina advertida y de entendimiento, pues desde

72 De Antonio Conca resaltaba Luengo en 1777 que *tradujo al italiano una obra sobre industria popular, escrita por Campomanes*; sobre esto puede consultarse el t. XXI, p. 634; también anotó que se le había concedido pensión doble en 1788.

luego reconocerá la obligación de pedir perdón al Cielo de la parte e influencia que haya tenido en la opresión de tantos religiosos sin culpa alguna.

El segundo será hacerla comprender y creer que los dichos autorizados personajes inventaron tantas falsedades e imposturas contra los inocentes jesuitas con el expreso fin de corromper en España la Religión y abatir su trono; y esto segundo lo han conseguido perfectamente, y en lo primero no han adelantado poco, especialmente en las clases más ilustres y más instruidas de la Nación, y ninguna de las dos cosas hubieran conseguido si no hubieran logrado engañar a Carlos III y aun a Carlos IV, y abusando de su nombre y de su poder hubieran oprimido en España la Compañía de Jesús y a todos sus hijos. No hay, señora (la puede añadir con toda verdad), un sólo español en todo el reino, exceptuando solamente los autores de las dichas maldades y sus allegados, que no crea y que no diga que ni la Religión ni el Trono se verían en tales peligros si los jesuitas no hubieran sido arrojados de España por el rey Carlos III o si hubieran sido restablecidos con honor al subir al trono los reyes Carlos IV y María Luisa. Yo me alegraré mucho que haya sucedido este coloquio y conversación del jesuita Cobos con la Reina, como yo me imagino y acabo de pintar, porque, aunque hasta ahora no se ve camino, no es imposible que llegasen circunstancias en las que sea útil para Su Majestad, y aun para nosotros, el que esté bien instruida en puntos tan importantes en la causa de la Compañía de Jesús en España.

Mucho más importaría que lo estuviese su hijo el rey don Fernando, pues siempre espero, aunque está en manos de los impíos y sanguinarios franceses, que ha de reinar en España y restablecer aquella ilustre Monarquía, completamente arruinada por su abuelo Carlos III y por su padre Carlos IV. Esta condescendencia de Buonaparte con la Reina de Etruria en permitirla que lleve consigo al jesuita Cobos, me inclina a creer que habrá tenido otra semejante con el sacrificado rey don Fernando, y le habrá permitido que lleve en su compañía a su estimado maestro el canónigo Escoiquiz[73]. El no aparecer en parte alguna, en cuanto yo puedo observar desde mi rincón en Roma, ni ha vuelto a Madrid, ni asiste tampoco a las Juntas de Españoles en Bayona, como lo hacen los otros tres principales compañeros del Rey, esto es, su favorito el duque del Infantado, Cevallos, su primer Secretario de Estado o de negocios extranjeros, y Azanza, su Secretario de Hacienda. Por las dos insinuadas conjeturas casi tengo por cierto que el dicho Canónigo acompaña en su triste suceso, y acaso prisión, al rey don Fernando, y tendré gusto en que así sea, pues en tal caso su mal consejo, inclinando al Rey a entrar en Francia, como el otro anti-

73 Nota al margen del autor: *Me aseguran que este canónigo apareció en París y como amigo de los franceses*

guo de recurrir a Buonaparte contra el Príncipe de la Paz, es sólo falta de entendimiento y no de fidelidad al Soberano, como lo fue en los otros tres nombrados antes, y uno y otro provino de ignorancia, aunque no del todo excusable en un hombre instruido del verdadero carácter de los impíos, apóstatas y ateístas filosofastros y francmasones dominantes en la Francia y en mucha parte de la Europa. Acaso con esta bestialidad que han ejecutado a sus mismos ojos con el rey don Fernando y con toda la familia real de España, en la que se encierran todos los vicios más feos y más abominables en un grado muy subido, habrá acabado de conocerles, y en aquel retiro o prisión de Monceley le dará el joven Monarca lecciones y consejos más saludables y más sabios, y fácilmente serán tales que, sin pensar en jesuitas, a los que verisímilmente ni conoce, ni estima, nos sean de alguna utilidad y ventaja.

Día 23 de julio

En los dos asuntos casi diarios en Roma desde el mes de febrero, esto es, papelitos vigorosos de parte del Papa e insolencias y villanías de parte de los franceses, siempre se hace alguna cosa. Estos días pasados oí hablar de dos protestas del Santo Padre, y una era contra la gaceta romana que han introducido los franceses, y la extiende, como ya dijimos, un impío jacobino romano llamado Tiranesi, y la otra es contra una sentencia de muerte, dada y ejecutada por los franceses en uno o más vasallos del Papa sin que haya entrado de modo alguno su autoridad de Soberano. Yo no he visto ninguna de las dos porque siempre es difícil encontrarlas andando entre las manos de pocos y teniendo pocos amigos en el país, y siendo muy dificultoso encontrar uno de quien poderse fiar. Pero ahora nos conviene andar con mayor recato y miramiento por el avinagrado humor de Miollis contra los españoles por las cosas de España que él sabrá y nosotros ignoramos, y sólo confusamente oímos algunos rumores. Oigo que los dos están buenos, y no pueden menos de estarlo, una vez que haya ánimo y espíritu para decir la verdad con franqueza y sin temores ni respetos humanos, porque no es menester más que sentido común para entender y demostrar en dos palabras que, si el Papa es Soberano en Roma, ellos no tienen derecho, ni legítimo poder, para condenar a muerte sin su consentimiento al último de sus vasallos, ni para poner en un escrito público la menor cosa que sea contra su gusto y voluntad.

Pero estos iluminados franceses se ríen de todas estas demostraciones, y dejándole la apariencia y nombre de Soberano para no aparecer tan impíos y tan enemigos de la Religión en Francia y España, hacen después en todo lo que se les antoja sin respeto ni atención alguna a la Soberanía del Papa. Hacia la mitad de este mes se habló de arresto de alguna otra persona, y no del vulgo,

como ya se entiende, aunque no sean de las clases superiores. Uno de ellos fue el abate Monti, que es, según aquí dicen, el Secreto de monseñor Gardoqui, Auditor de Rota español, y yo entiendo que es un literato o secretario que entra y le ayuda en las cosas mas reservadas de su oficio, y con este son ya dos los arrestados entre los sujetos que andan al lado del dicho Prelado español, y creo que va adelante la facilidad en señalar alojamiento en su habitación para algún oficial francés. Uno y otro es de mucha molestia, y le disgusta mucho, y le podrá servir, como ya insinuamos antes, de penitencia por su exceso y casi transporte en estimar a estos grandes hombres de la Francia, y de remedio para mirarles en adelante como conviene a un español, a un católico y a un Prelado de la Iglesia.

En una cosa civil de poca mole han hecho en estos días de soberanos los franceses, y es la única que yo apruebo, porque, aunque no tienen autoridad para hacerla, al fin es corrección de un abuso, que debe de haber aquí, como en Bolonia. En esta ciudad, en la que moramos treinta años seguidos, había la costumbre de que los esbirros o alguaciles, así rclesiásticos, que eran muchos, como civiles, que eran sin número, dos o tres veces al año pedían, exigían y sacaban casi de mano armada maulas o agasajos en todas las tiendas, en las casas de los contadinos, o trabajadores del campo, y generalmente de todas clases de personas, aun de monjas y frailes; y así la principal renta de todos estos ministros de Justicia era lo que sacaban con estas estafas y violencias. Con toda la lumbre de la razón se entiende luego que no puede haber cosa más contraria a la igualdad y rectitud de la Justicia que esta forzada contribución en ventaja y utilidad de tales hombres, pues de ella se sigue al instante que quien les da mucho tiene licencia para pecar y quien les da poco, aun siendo inocente, es oprimido, y pudiera contar a centenares y aun a millares casos sucedidos en Bolonia por uno y otro extremo. Aquí debe de haber el mismo perjudicialísimo abuso, y el general francés ha prohibido, so pena de una multa, a todos los tenderos el dar la maula o agasajo del mes de agosto a los alguaciles o esbirros, y a estos les ha quitado todo derecho de pedirla. Al entrar en Italia los franceses, el año de noventa y seis, empezaron a declamar contra el execrable abuso de los italianos de castrar los hombres para la música, y creo que le han desterrado del todo, o en mucha parte; pues oigo que se siente falta de tiples para las iglesias y para los teatros. Al fin han hecho los franceses en Italia estas dos reformas y, en cuanto yo veo, oigo y observo, son las dos únicas cosas buenas que han introducido con su presencia y dominio en tantas provincias.

En las dos nuevas que han adquirido, quitando al Papa el Ducado de Urbino y la Marca de Ancona se miran como soberanos absolutos y obran, por consiguiente, con más franqueza y resolución que en esta ciudad. Los obispos de

ellas se hallan, como se suele decir, entre la espada y la pared, por estar sujetos a dos potestades muy encontradas entre sí, esto es, a la eclesiástica del Papa y a la civil de los franceses. En dos puntos no poco sustanciales se hallan en el día aquellos obispos con ordenes encontrados de Su Santidad y del Gobierno francés. Este les ha mandado o instruido que canten el *Te Deum Laudamus* en sus iglesias por la mudanza del Gobierno en aquellas provincias, y el Papa se lo ha prohibido con tanto rigor que al cardenal Juan Castiglioni, Obispo de la ciudad de Osimo, al ilustrísimo Octavio Angelelli, boloñés, Obispo de la ciudad de Gubbio, y al ilustrísimo Fray Angélico Benincasa, religioso capuchino y Obispo de la ciudad de Camerino, les han reprendido agriamente porque le han cantado, y aun a los dos últimos, según se dice, les ha suspendido de las funciones episcopales. A vista de esta severidad del Papa con los transgresores de su mandato, en orden al *Te Deum*, aunque uno de ellos es Cardenal, se debe suponer que ninguno de los otros tendrá ánimo para cantarle y que los franceses se verán obligados a desistir en este punto, aunque no dejarán de vengarse, si pudieren, del Pontífice y de los obispos por su oposición y resistencia a esta función eclesiástica; pues, aunque parece una pura ceremonia, no influye poco en los pueblos, porque estos se inclinan fácilmente a no tener por malo un gobierno que ven aplaudido y celebrado por sus obispos, y, por el contrario, no pueden mirarle con buenos ojos al ver que el Papa y los obispos le imprueban del modo que pueden.

El otro punto en que se hallan aquellos obispos con órdenes encontrados de las dos potestades es la fórmula del juramento al nuevo Soberano. El Papa, como ya dijimos, les ha enviado una fórmula de juramento en los términos formales en que pueden hacerle. Pero los franceses no se acomodan a ella y quieren que le hagan con la fórmula en que le han hecho otros obispos, y creo que se contentarán con la fórmula de los concordatos de Roma con la Francia y con el Reino de Italia. Este artículo del juramento está, al presente, en actividad y en no pequeña agitación. El general francés Lemarrois, Gobernador de aquellas provincias, ha desterrado de Sinigaglia al cardenal Julio Gabrielli, Obispo de aquella ciudad y que poco ha lo fue de ésta, siendo Secretario de Estado del Papa, y de Ascoli al ilustrísimo Juan Francisco Capelletti, Obispo de esta ciudad. Los dos van caminando hacia Milán y se teme que vayan a parar a Fenestrelle o a otra fortaleza. Parece que el motivo puede ser el hablar, con más valentía que otros, contra el juramento pedido por los franceses y contra otros proyectos suyos, en perjuicio de la Religión, y aterrar a todos los otros obispos con este ejemplo de rigor, con un Cardenal, y de familia de príncipes romanos. Los obispos, por su parte y del modo que pueden, recurren al Papa sobre este asunto del juramento y sobre otros de su instrucción pertenecientes a otras clases de personas, y aun oigo que han venido dos de ellos a Roma para

tratar, personalmente, de estos asuntos con Su Santidad. Por ahora se les ha dado por los franceses algún tiempo para que puedan pensar y resolver maduramente sobre este punto, y en este estado queda al presente este negocio, y, cuando se llegue al término, condescendiendo los obispos con los franceses, aun contra la expresa prohibición del Papa, lo que de los más no se puede prudentemente temer, o negándose a hacer el juramento que ellos piden, lo notaremos aquí según lo lleguemos a entender.

Día 26 de julio

Ayer veinticinco fue el día y fiesta del glorioso Apóstol Santiago, patrón especialísimo de la monarquía y nación española; y cuán de veras y cuán de corazón le hemos pedido al Santo Apóstol que, como en otro tiempo libró a España del yugo y esclavitud de los brutales moros o mahometanos, la libre ahora de caer en las manos de los impíos ateístas franceses; y ha sido tanto mayor nuestra solicitud y efectos en esta petición importantísima, cuanto mayor es el peligro de nuestra estimadísima patria en estos días pasados y en los presentes, a lo que podemos comprender con bastante seguridad, aunque sólo en confuso y en términos generales, por las postas francesas y por algunos rumores que corren por Roma, según insinuaremos al instante; el Santo Apóstol es Patrón de la iglesia y hospital para españoles de la Corona de Castilla, y ya también para los de la Corona de Aragón, habiéndose reunido a este el de Nuestra Señora de Monserrate que era para ellos. En la dicha iglesia, adornada suficientemente, se le ha hecho la fiesta de vísperas y misa cantada con bastante decencia, aunque no con tanta solemnidad como estos últimos dos o tres años. Antes de la revolución republicana era esta fiesta del Apóstol Santiago una de las más solemnes y magníficas en todo que se hacían en Roma, como he oído a los que la vieron muchos años y acaso noté ya en otra parte. A mi llegada a esta ciudad, el año primero del siglo, se hacía esta fiesta del Santo Apóstol con piedad y devoción por los capellanes solos de la iglesia y con moderación de gastos en todo lo demás. Pero en estos dos o tres años últimos ya se hacía, si no con tanto esplendor como antes de aquel trastorno, verdaderamente con solemnidad y magnificencia, y con no pequeños gastos en una numerosa y escogida música y en todo lo demás, con el lucimiento correspondiente, y de todo se ha recortado mucho en este año por las circunstancias de Roma y de España.

La magnificencia costosa de esta fiesta, en estos últimos años, ha provenido de que monseñor Gardoqui, Auditor de la Rota por la Corona de Castilla y por este título Administrador de este hospital de Santiago, siguiendo el error común aun a los cardenales y al Papa, se persuadió a que ya Roma estaba segura con las paces y concordatos, y a que ya nada tenía que temer de parte

de los franceses; y, si bien habiendo tenido íntima amistad con el ministro Azara y con otros filósofos revolucionarios, no podía menos de temer una gran revolución en España, no la creería tan grande como se ha hecho y se la figuraría de otro modo muy diferente. Por las mismas erróneas persuasiones se ha engolfado mucho en gastos de todas especies, y a su proporción han hecho lo mismo los otros monseñores españoles, Bardagí, Azara, Auditor por la Corona de Aragón, Malo Negrete, y aun el cardenal Despuig. En suma, todos estos y especialmente los cuatro monseñores se han metido en gastos como hombres que tenían por seguras alguna renta, que tienen en Roma, y las muchas que tienen en España, y habiéndose encallado todas, o las más, desde el primer día de las novedades de España, se hallan abatidos y consternados, y piensan en ahorros y economías. Yo les compadezco mucho, aunque no dejo de conocer que los más merecen padecer algo en pena de su afición a las mudanzas del tiempo y de su complacencia, por lo menos en los trabajos, ignominias y opresiones de los pobres jesuitas.

El auditor castellano Gardoquí, natural de la villa de Bilbao, del señorío de Vizcaya, y muy rico por su familia, podrá todavía continuar en traer dinero de su casa para su manutención, pues la dicha provincia o señorío nada padece con la presente revolución de España, y antes ha ganado algo, y veo que estos vizcaínos de Roma se saborean y glorían del presente estado de su patria y país, y desde luego tienen la ventaja de que reciben algunas cartas de sus gentes, cuando los de las demás provincias y Reino no recibimos ninguna. Por ellas se sabe que el famoso oficial de Marina don José Mazarredo, habiendo acudido a Bayona por su propio gusto, a lo que se puede entender, dio la vuelta a Bilbao y de aquí se siguió que el señorío, aunque no está en tan mala situación para el caso como Guipúzcoa y Álava, reconociese por Rey de España a José Buonaparte o Napoleón y recibiese en premio la restitución de algún otro de sus fueros que se le había quitado. En este punto se engañan mucho los vizcaínos, pues, si prevalecen los franceses en España y llegan a reinar pacíficamente, aunque ahora para atraerlos les concedan los fueros antiguos y otros muchos más, bien presto se los quitarán todos y perderán otras muchas utilidades que tenían en el Gobierno español en Europa y en la América. Por el contrario, si prevalecen los españoles les puede ser de mucho perjuicio su reconocimiento voluntario del rey José y el no haber hecho causa común con la Nación, pudiendo unirse fácilmente con los pueblos de las montañas de Santander.

En estas cartas de Bilbao, así como se asegura, y no sin satisfacción de obrar prudentemente, que allí están tranquilos, así también se dice, y con alguna nota de su temeridad, que no sucede lo mismo en muchas otras provincias, y por ellas se entiende confusamente, y en general, que hay combates y batallas entre franceses y españoles. Lo mismo se descubre en las gacetas francesas

e italianas, y, aunque en ellas siempre vencen los franceses y siempre arrollan a sus enemigos, no se ve efecto alguno considerable de sus victorias, como sería, y no dejarían de decirlo, la conquista de algunas capitales de provincias, como Zaragoza, Valencia, Sevilla, y otras semejantes; y antes, por el contrario, se infiere muy bien que, combatiéndose mucho desde la mitad de junio hasta la mitad de julio, de que podemos hablar, y no rindiéndose a los franceses las capitales de las provincias, son generalmente vencidos en todas partes, y esto se ve con bastante claridad en una o dos victorias que aseguran los franceses haber ganado en las cercanías de Figueras, yendo un buen cuerpo de franceses a socorrer y proveer esta plaza, pues este ejército victorioso se retiró, como dicen las mismas gacetas, bastante dentro del Rosellón para recibir algunos socorros que, para que le llegasen más presto, se le enviaban en carros. Sólo los franceses ganan victorias huyendo de sus enemigos y buscando refuerzos para poder hacerles frente. De la Cataluña misma se cuentan otras muchas acciones, y los pobres y valerosos catalanes, sobre la ocupación común a todas las provincias de resistir a los franceses que anden por ellas, tienen otra más difícil, tratando de echar a los franceses de las fortalezas de Barcelona y de la dicha de Figueras, que traidoramente puso en sus manos el malvado Príncipe de la Paz.

Del mismo modo se combate entre españoles y franceses en Aragón, en Valencia, en Castilla la Nueva y acaso más en Andalucía, y se habla de batallas en Jaén, en Córdoba y en otras partes, y es muy creíble, por el grande empeño de los franceses de apoderarse de Sevilla y de Cádiz, por ser estas ciudades de mucha importancia en sí mismas y por otros varios títulos. No menos se combate en Castilla la Vieja, mi patria; y en ella han tenido los franceses ventajas muy grandes, si se les cree a ellos, y una de ellas es el haber entrado en el puerto de Santander; y yo no lo creo, ya porque no dejaría de insinuarse esto en las cartas de Bilbao para alguna prueba de la temeridad de los españoles en querer resistir al invencible Napoleón, y ya porque, siendo consiguiente a su entrada en esta ciudad el apoderarse del arsenal de Guarnizo y de la fábrica de cañones y municiones de La Cavada, cacarearían mucho más esta conquista. Ni faltan tampoco combates, en cuanto se puede conjeturar, en los Reinos de León y de Galicia, pero no nos dicen los franceses que hayan llegado a entrar en la Coruña y en el Ferrol, y por consiguiente en sólo el Principado de Asturias no han puesto los franceses un pie, y no faltan algunos indicios de que los generosos asturianos, con su general Navia a la frente, han bajado a buscarles en las llanuras de León y de Castilla. ¡Pobre España con tantos ejércitos de extranjeros enemigos y de nacionales que combaten fieramente en casi todos sus reinos y provincias! ¿Cuánta sangre española se ha derramado y todavía se derramará aunque resistan bien y aunque venzan a

los franceses? Necesariamente es mucha, y nos causa horror y nos saca las lágrimas de los ojos el sólo ponerlos aun desde tanta distancia en aquellos campos y países que pisamos poco ha, y verles bañados de sangre de católicos y leales españoles, y entre estos de parientes, amigos y conocidos. Y cuántos buenos españoles conocerán y dirán (y yo se que no serán pocos) que todo es efecto del triunfo de la irreligión en Francia y de su no pequeña propagación en España, y por consiguiente del destierro y ruina de la sabia y celosa Compañía de Jesús y de sus intrépidos y animosos hijos.

Esta corrupción de la fe en España es un embarazo muy grande para la Nación sana, fiel al Soberano, y católica, pues, además de combatir con tantos ejércitos de soldados franceses, tiene que hacer frente y aterrar a otro ejército de corrompidos españoles y de las clases más distinguidas, y muchos de ellos colocados en puestos de mando y autoridad en muchas ciudades del reino. No la basta a la piadosa Nación, para salvarse, su pronta y vigorosa resistencia, aun sin armas, a tantos numerosos ejércitos franceses, y necesita oprimir o por lo menos aterrar a innumerables autorizados españoles, y lo va haciendo, en cuanto desde aquí se puede entender confusamente, con igual ardor y entusiasmo que el que se ve en sus combates contra la tropa francesa. Ya insinuamos que en Cartagena habían sido despedazados por el pueblo algunos oficiales de Marina, y que en Valencia lo había sido una persona autorizada, y esta ha sido don Francisco de Saavedra, que fue primer Secretario de Estado hasta el año de noventa y ocho, como también otros varios, en Zaragoza. En confuso se dice ahora lo mismo de otros varios y dos de ellos se nombran en las gacetas francesas. El primero es el teniente general Solano, o marqués de la Solana, Comandante del ejército de Andalucía, y parece que había resistido bien al general francés Dufont o Dupont en la ciudad de Cádiz, de la que era Gobernador; aprendió el pueblo en algunos órdenes suyos que era partidario de los franceses, y prorrumpiendo en un furioso tumulto le hizo pedazos, y en su lugar ha entrado a mandar aquel ejército el teniente general don Francisco Javier Castaños, que era Comandante en el Campo de San Roque. Lo mismo descubrió el pueblo de Valladolid en don Miguel de Cevallos, que era director de la artillería, y en el Campo Grande le despedazó, y poniendo su cabeza en una pica la llevó como en triunfo por las calles de la ciudad. Cuánto servirán estos furores del pueblo que en el día son absolutamente necesarios, y ellos merecen muy bien por ser infieles a la Religión, al Rey, y a la Patria, para aterrar a tantos diplomáticos, togados, abogados, oficiales de mar y de tierra, eclesiásticos regulares y seculares, y todo género de literatillos modernos corrompidos con las máximas y filosofías francesas. Pero se consolarán y levantarán cabeza de nuevo con la presencia en la Corte de Madrid del Rey filósofo francés, que en estos días ya estará proclamado y reinando en ella, como al instante diremos.

Parece que puede ser efecto del viaje del rey José a Madrid el que finalmente el general francés Miollis ha dado pasaporte para partir de Roma a los cuatro correos de Gabinete de España, que han estado aquí detenidos varios meses, porque comprenderá la iluminada mente de este grande hombre que, reinando ya en Madrid su Buonaparte, no tendrán estos correos españoles ánimo ni libertad para decir en aquella corte sus violencias y villanías contra el Romano Pontífice, y que no hará ya en España impresión alguna notable todo lo que ellos digan de lo que han visto y oído en esta ciudad. En todo caso, para no errar el golpe, solo les ha dado pasaporte para la Corte de Milán, en la que sabrán mejor el estado de las cosas de España, y verán si hay inconveniente en dejarlos pasar adelante; y sería un gran chasco para estos pobres si les detuviesen en aquella ciudad, en la que verisímilmente no encontrarán quien les mantenga como aquí les ha mantenido con mucha caridad este señor ministro Vargas, y aun a su partida les ha regalado una calesa, y con otra, que no habían vendido de las cuatro en que vinieron, partieron esta misma tarde de este día veintiséis. Qué diferente encontrarán la Corte de España de lo que la dejaron, habiendo salido de ella los tres reinando Carlos IV con su Príncipe de la Paz, y, el cuarto, reinando ya Fernando VII, y ahora, desaparecidos todos estos monarcas y toda su familia, encontrarán sentado en aquel trono a José Buonaparte o Napoleón, y rodeado de franceses, de napolitanos y de algunos infames españoles.

Día 29 de julio

En efecto, todo se ha concluido con tanta prontitud en Bayona que ya hay aquí noticia segura de la partida del nuevo Rey para la Corte de Madrid. Las Juntas o Cortes, compuestas de españoles sin autoridad ni comisión alguna, que se abrieron con grandes arengas del presidente Azanza el día quince del mes pasado de junio, han continuado sin interrupción alguna, leyéndose todos los días y aprobándose a carga cerrada alguno o algunos artículos de la nueva Constitución o forma de Gobierno para la monarquía Española, compuestos por Buonaparte con sus consejeros franceses y acaso con algún filosofillo español. El día seis de julio ya se tuvo por concluida y en estado de comunicarse a la nación Española la nueva Constitución o forma de Gobierno para la Monarquía, reinando en ella la dinastía o familia Buonaparte, en lugar de la familia de Borbón, excluida para siempre de aquel trono, y siendo su primer rey José Buonaparte o Napoleón; y así se ha tardado sólo veintiún días en una obra que no será de pequeño volumen, y por su asunto de una incomparable grandeza; pues no se trata menos que de arreglar la forma de Gobierno en una dilatada Monarquía de la Europa, y de un mundo entero fuera de ella. Los filosofastros

legisladores, en un cuarto de hora, y con una superficial reflexión, que tiene toda su fuerza de las circunstancias del día, que se mudan mañana, deciden de todo, y dan leyes a medio mundo; de aquí se sigue necesariamente que se hacen cien mudanzas aun en las cosas más fundamentales del Gobierno de los Estados, y así se hará en esta precipitada y mal digerida Constitución o forma de Gobierno para España.

En estas gacetas italianas se han ido presentado al público muchos trozos de ella y acaso toda. Pudiéramos, por tanto, hacer desde luego, si tuviéramos gana y hubieran de servir de algo, algunas curiosas observaciones. Se ve en ellas, como por sí mismo se supone, algún empeño en hacer observar y reprobar algunas faltas del Gobierno pasado. Y quién tiene la culpa de ellas sino estos mismos bribones que ahora se las echan en cara a los reyes y quieren corregirlas. La Hacienda real, o pública, se dice con mucha razón, está en un sumo desconcierto. Y quién la ha desconcertado sino los impíos ministros filósofos, y más que todos el infame Príncipe de la Paz, y el atolondrado ministro de Hacienda Soler, engañando todos los días por cuarenta años seguidos a los inocentes y piadosos monarcas Carlos III y Carlos IV. Se habla con fuerza sobre la integridad e independencia de la Monarquía, y desde el primer día se guardará tan mal este articulo que, con grandísimo perjuicio suyo, será una perfecta esclava del Emperador francés. Con más energía tratan de quitar a los españoles todo temor y recelo en materia de Religión, porque los ateístas franceses y los españoles que principalmente han sudado en esta grande obra conocen muy bien que en este punto es necesario contentar perfectamente a la nación española, pues sin este cuidado no se llegará jamás a dominarla. Pero, como entienden tan poco de Religión, no han sabido poner al Rey en la boca expresiones exactas sobre este punto, y las que le han puesto son en la realidad escasas y diminutas; pues sólo le hacen decir que *respetará y hará respetar* la Religión, y esto lo puede hacer muy bien un turco y un ateísta por el interés de dominar. Podrá, por tanto, sin faltar a lo que promete, continuar siendo un ateísta, y lo mismo podrán hacer varios de los españoles que están más cerca de su persona y otros podrán imitarlos. ¡Florecerá a maravilla la Religión Católica con un Rey y un Ministerio ateísta! Y todo esto puede suceder y sucederá seguramente, aunque España sea un país privilegiado y guarde en él sus palabras y sus promesas, aunque ni él, ni su hermano, ni ningún otro de los franceses las han guardado en algún otro país, y sé que no faltaron en las provincias del Reino personas instruidas y sanas en la fe, que han frecuentado poco la Corte, que entenderán muy bien este falso lenguaje y falsario de los franceses y de los corrompidos Españoles sus amigos, y que no se dejarán engañar y que impedirán que engañen a la nación Española en este importantísimo punto de la Religión.

Gran día en la ciudad de Bayona de Francia, el siete de este mes de julio, en que se celebra en España la fiesta del glorioso San Fermín, Obispo de Pamplona y memorable en los siglos venideros, si se logra el fin que se desea y se pretende, y la familia Buonaparte queda sólidamente colocada en el ilustre trono de la monarquía española. En él se hicieron en la Sala de Juntas o Cortes todas las ceremonias y actos convenientes para consumar la grande obra del reconocimiento del nuevo Rey y de la aceptación de la nueva Constitución o forma de Gobierno para España. Estando, pues, ya reunidos los diputados, se presentó en la Sala, en su trono, el rey José Napoleón e hizo una breve arenguita de promesas y de esperanzas para en adelante, y puso en manos de la Junta o Cortes la nueva Constitución de Gobierno para España y se leyó en ella, en alta voz, y todos, como se supone, la alabaron y elogiaron mucho, y la firmaron. Se siguió inmediatamente la ceremonia y formalidad de los juramentos, y para que esta se hiciese más religiosamente y con mayor solemnidad eclesiástica se halló en la Junta el ilustrísimo señor don Manuel Cid y Monroy, Arzobispo de Burgos.

Este ilustrísimo, vestido pontificalmente, recibió, en primer lugar, el juramento del rey José Napoleón, que juró sobre los Santos Evangelios respetar y hacer respetar nuestra Santa Religión, la guarda de la Constitución o forma de Gobierno, la integridad e independencia de la Monarquía de España. Recibió, en segundo lugar, el juramento de todos los diputados o miembros de las Cortes, que juraron obediencia y fidelidad al Rey, a la Constitución y a las leyes; y estos pueden ser hacia noventa de las tres clases y condiciones que antes dijimos, y pudiéramos añadir los nombres de algunos a los que ya nombramos antes, pues se nombran en estas gacetas italianas, y hacer sobre ellos alguna otra observación. Pero lo dejamos todo y solamente queremos insinuar nuestra maravilla y nuestro pasmo por la conducta del arzobispo de Burgos Cid Monroy. Lo poco que oímos hablar de él en nuestro viaje por Castilla el año de noventa y nueve, y siendo entonces el señor Cid Monroy Canónigo de la Catedral de Zamora nos hizo mirarle como un hombre no sólo muy católico, sino también de mucha piedad y de particular afecto a los jesuitas, que lleva consigo necesariamente un irreconciliable odio contra todas estas razas de impíos filosofastros. ¿Cómo se ha mudado enteramente tan presto y ha prevaricado tan impíamente, que sin autoridad ni comisión alguna legítima, ha querido justificar y realzar por su misma persona, y con toda su sagrada dignidad de Arzobispo, este latrocinio infame, esta usurpación patentísima, y esta abominación por cien títulos horrible, determinada y ejecutada en Bayona? Él se ha hecho infame a los ojos de toda la sana nación española y ha hecho su nombre y su persona aborrecible y detestable para todos los siglos venideros.

Acabada la grande y sagrada función (y mejor se puede decir impía, ridícula y teatral) de la publicación de la Constitución y forma de Gobierno de la Monarquía, y de la ceremonia de tantos juramentos sobre ella, se alzó en cuerpo toda la Junta de los diputados, y con toda esta formalidad, y como si fueran las Cortes de España, se presentó al Emperador de los franceses, Napoleón I, que como se debe suponer en su palacio estaba sentado en un magnífico trono, y no dejaría de engreírse este corso Buonaparte al ver postrados a sus pies tantos ilustres Grandes de España, y a su parecer toda la generosa nación española y toda aquella vasta y respetable Monarquía. El navarrillo charlatán Azanza, Presidente de la Junta desde el primer día, hizo en esta ocasión y circunstancias tan notables, y a presencia de un tan numeroso y brillante concurso, una magnifica alocución o arenga dirigida al mismo Emperador de los franceses, Napoleón el Grande. En ella le ensalza por sus hazañas y victorias más allá de las estrellas, le da gracias muy expresivas por haber vuelto los ojos hacia la pobre y miserable España, y hace cien alegres pronósticos de felicidades para ésta bajo de su augusto nombre y soberana protección. Brevemente, señor navarro Azanza, pero yo no puedo menos de decirle, para que algún día lo lean los españoles, que usted ni es cristiano, ni español ni aun racional. ¿Puede ser cristiano quien da tales elogios al mayor enemigo y perseguidor de la Religión Cristiana, que ha habido en el mundo desde que el Hombre-Dios Jesucristo la enseñó y la fundó? ¿Puede ser español quien da tales alabanzas a un tirano, que ha hecho con los reyes de España y con toda su real familia una traición tan infame y tan villana que los mismos pérfidos franceses se avergüenzan de ella, y tienen algún consuelo en que el que la ha hecho no es francés sino corso? Y, ¿puede ser racional y hombre del algún juicio quien alaba a un bárbaro, a una bestia feroz, que no respeta los derechos más legítimos y más sagrados de los demás hombres? A tanta corrupción de fe, de naturaleza y de razón ha llegado este navarro Azanza y los demás españoles que aprobaron de corazón estas sus locas y fanáticas arengas, y creo que serían más de cuatro.

Al instante se despacharían cien postas para llevar a la Corte de Madrid el precioso volumen de la nueva Constitución, o forma de Gobierno, para que la Junta de Regencia la hiciese publicar en ella solemnemente y para que la extendiese y esparciese por todos los reinos y provincias, esperando sin duda, y así lo ha asegurado en la Junta con publicidad el navarrillo Azanza, que, viendo los españoles en seguro la Religión, la integridad e independencia de la Monarquía, dejaran todos las armas y se sujetaran al nuevo orden de cosas y a los nuevos soberanos. Es verdad que pueden haber ahorrado el gasto de postas, pues el Rey y los diputados han partido con tanta prontitud y diligencia a la vuelta de Madrid, que ellos pueden haber llevado su grande obra

de la Constitución o forma de Gobierno; y, para que desde el primer día de su llegada a la Corte haya orden y actividad en todos los ramos de la Monarquía, desde Bayona lleva ya nombrados todos los ministros o secretarios de todas las Secretarías, y según estas gacetas italianas son los siguientes.

El señor don Mariano Luis Urquijo ha sido nombrado por el rey José primer Secretario de Estado, y en su método equivale casi a un primer Ministro, que al lado del Rey entra en todos los ramos del Gobierno. Este Urquijo, vizcaíno, natural de la villa de Bilbao, fue algún otro año, y hasta el diciembre del año de ochocientos, primer Secretario de Estado o de negocios extranjeros del rey Carlos IV, y fue echado del Ministerio y de la Corte con indignación y con ignominia, como enemigo de la Religión. Y ¿a este hombre tenido en España, y con mucha razón, por un filósofo incrédulo, o por lo menos por hereje, el catolicísimo rey José, que jura respetar y hacer respetar la Religión, le pone a la frente del Ministerio y le hace poco menos que árbitro absoluto en todos los negocios de la Monarquía? Como todo lo que dicen estos ateístas a favor de la Religión es fingido y violento, no aciertan a guardar consecuencia ni por un día. El señor don Pedro Cevallos ha sido nombrado Secretario de Estado de relaciones o negocios extranjeros, que es el empleo que le dio Carlos IV cuando fue depuesto y desterrado Urquijo. En su Ministerio, mirándole todos como una estatua sin movimiento propio y como un esclavo del Príncipe de la Paz, que sin mérito alguno le había colocado en él, tuvo generalmente no mala opinión, y el rey don Fernando, sin embargo de su íntimas relaciones con el Príncipe de la Paz, le confirmó en su empleo de primer Secretario de Estado y le llevó consigo a Bayona. Su conducta, después del abatimiento del rey don Fernando VII, entrando con gusto en la ilegítima Junta de aquella ciudad, siendo buscado para Secretario de negocios extranjeros y aceptando este cargo, es una prueba segurísima de que es de la secta filosófica, francmasónica y, por consiguiente, enemigo de la Religión y traidor al Rey.

El grande arenguista en la Junta o Cortes de Bayona, don Miguel José de Azanza, no podía dejar de ser empleado en una de las principales secretarías de Estado, y parece que le correspondía la de Hacienda, para la que le señaló el rey don Fernando y para la que tiene algún talento e instrucción. Pero este bocado no le dan los interesados franceses a español alguno, y ha sido nombrado para Secretario de Estado de Hacienda el francés conde de Cabarrús, que ya robó muchos millones en España, engañando al iluminado conde de Floridablanca o Don José Moñino en la fundación del famoso, perjudicial y desgraciado Banco de San Carlos. De este modo, estando todas las rentas de la Monarquía y todo el erario real en manos de un francés, se puede llevar solapadamente y con frívolos pretextos más dinero a Francia. Se le ha

dado pues al señor Presidente de la Junta la Secretaría de Estado de las Indias, y se creerá proporcionado para este empleo por haber estado, con un nombramiento o elección extravagante y fuera de toda regla, Virrey de Méjico algún otro año. Pero es muy creíble que tenga muy poco que hacer en su Secretaría, porque es muy inverosímil, por no decir imposible, que la América española se quiera sujetar a los franceses, aunque los vea reinar en España. Acaso Azanza cuenta mucho con amigos y hermanos de secta que tenga por allá. Pero se engañará en esto como se ve que se han engañado en España.

Para la Secretaría de Estado de la Marina ha sido nombrado don José de Mazarredo, bilbaino, Teniente General de Marina al servicio de los reyes depuestos por Buonaparte. Sus talentos para la Marina son conocidos y celebrados en toda la Europa, aunque España, por las pasiones de los hombres, se ha aprovechado poco de ellos. Él ha mostrado en esta ocasión mucha parcialidad por los franceses, como ya insinuamos antes, y se muestra agradecido el nuevo Rey haciéndole Secretario de Estado de la Marina, y ya pueden aquel rinconcito de Vizcaya y su villa de Bilbao quedar contentas y ufanas con su adhesión al nuevo rey José Napoleón, pues ésta les ha valido que sean colocados en dos secretarías de Estado tan principales dos vizcainos naturales de Bilbao. La Secretaría de Estado de Guerra ha sido dada por el Rey al Teniente General de ejército, al servicio de los Reyes, don Gonzalo O´Farril, irlandés, injerto en español, a quien la fama pública, y creo que con justos motivos, le hace filósofo sin religión. Estuvo en Florencia hasta que fue a España la Reina de Etruria depuesta por Buonaparte, y fue hecho Gobernador de las armas en Madrid, y en este empleo sirvió bien a los franceses en la batalla de estos contra el pueblo de Madrid el día dos de mayo, y por su carácter y por este su servicio ha sido premiado con la Secretaría de Estado de Guerra.

Al uso francés se introduce ahora en España una nueva Secretaría de Estado, con el título del *Interno*, y parece que podrá comprender aquellos negocios domésticos que solían venir a parar al Presidente o Gobernador del Consejo de Castilla. Esta nueva Secretaría del Interno ha sido conferida por Su Majestad al famoso don Gaspar Melchor de Jovellanos, Secretario de Estado de Gracia y Justicia del rey Carlos IV hasta el agosto o septiembre del año de noventa y ocho, en que fue depuesto y se retiró a su patria en el Principado de Asturias. El año primero de este siglo fue conducido a un monasterio de cartujos en la isla de Mallorca, al mismo tiempo que nosotros veníamos a nuestro destierro en Italia. Alguna otra vez he oído que en estos años de retiro en aquella isla había reconocido y retratado sus errores religiosos y políticos, y me alegraré mucho que sea cierto, pues por lo demás es español bien nacido, de talento e instrucción. Es creíble, y efectivamente se dijo, que se le había levantado el destierro por el rey don Fernando y se iría naturalmente

a la Corte. Pero no se le ha visto aparecer en las Juntas de Bayona, y le habrá procurado este honor su íntimo amigo y hermano de secta, el poeta Menéndez Valdés, que se ha hallado en ellas. Este nombramiento es algún indicio de que Jovellanos es tan filósofo como antes, y pasará a ser demostración si admite el empleo y le ejercita.

A don Sebastián Piñuela, Secretario de Estado de Gracia y Justicia por Fernando VII, aunque no ha ido a Bayona, se le conserva su Secretaría, si bien muy recortada, pues se le quita el ramo de *Gracia*, que es sin duda el principal, y éste verisímilmente se dará a algún francés o italiano, para que llene de hombres de las dos naciones la Iglesia y Magistratura de España, y acaso se le dará el Ministerio del Culto, que hasta ahora no se ha nombrado, pero se nombrará seguramente en Madrid, como se ha hecho en las otras tres Cortes de París, Milán y Nápoles, en que mandan los franceses. Ocho pues son los ministros o secretarios de Estado del nuevo Rey de España, José Napoleón, y uno de ellos, que puede poco o nada, es a saber don Sebastián Piñuela, es verdaderamente católico. Cuatro de ellos, esto es, Urquijo, Azanza, O´Farril y Cabarrús, evidentemente no son católicos, y está muy en opiniones el catolicismo de los otros tres, Jovellanos, Cevallos y Mazarredo. ¿Quién sino un loco puede creer que no se obscurezca la pureza de la fe y Religión católica en España no siendo su Rey católico, y no siéndolo sus ministros o secretarios? Así lo entenderán muchos españoles, eclesiásticos y seculares, y harán comprender a la católica y piadosa Nación que con el nuevo Rey y nuevo Ministerio infaliblemente se corromperá la santísima fe de Jesucristo profesada por sus mayores.

El día ocho de este mes de julio, inmediato al de las ceremonias sobre la Constitución, partió de Bayona la vanguardia de la gran caravana o convoy, o lo que fuere, y se compondría de veinticinco o treinta coches, pues toda la comitiva llega a ciento, según nos dicen las gacetas italianas. El día nueve partió su centro, y en él va, como se supone, la sagrada persona del rey José Napoleón, y el primer día a lo menos, según nos dicen las mismas, hizo el honor de llevar en su mismo coche al gran Presidente de la Junta, Azanza, y ya Ministro de Indias, y al duque del Parque, Grande de España que debe tener en palacio y cerca de su persona uno de los más distinguidos empleos de Mayordomo o Caballerizo. No se alegrará mucho el Principado de Asturias de ver tan favorecido del usurpador Buonaparte a este ilustre asturiano, ni se alegraría el padre Francisco Cañas, jesuita respetable de la Provincia de Castilla, muerto pocos años ha en Roma, de ver a su sobrino tan honrado de este hombre; pues en la realidad tanto honor y distinciones del nuevo Rey de España para con él demuestran en el Duque algo más que una casual asistencia a las Juntas de Bayona, y que efectivamente está tocado más o menos del

fanatismo irreligioso dominante. La retaguardia o tercera división partió de Bayona el día diez, y sucediéndose unas a otras en las jornadas y alojamientos van siguiendo su camino hacia Madrid con una moderada diligencia, y, según el itinerario que se ha publicado por aquí, pasando por Burgos, Palencia, Valladolid, Olmedo y Segovia debe de llegar el Rey a la Corte el veintisiete de este mismo mes. Estas gacetas de Italia ya le ponen el día 14 del mes en que vamos, en Burgos o allí cerca, y nos refieren, aunque necesariamente con muchas exageraciones, y aun mentiras, los grandes aplausos, vivas y aclamaciones que han hecho al nuevo Rey en San Sebastián, en Vitoria y en todas partes.

Y, ¿qué podemos nosotros decir a vista de esta gran novedad y mudanza, y de este extravagantísimo espectáculo? Toda la familia real de Borbón de España y descendiente de Carlos III, a quien los malvados ministros que le rodeaban, para engañarle mejor, dieron el título de *Sabio,* está abatida y escondida en un rincón de la Francia, y un miserable corso, José Buonaparte, va francamente caminando a Madrid para sentarse en su trono como Rey de España. Un tomo de reflexiones pudiéramos escribir sobre este extrañísimo e inimaginable suceso, que serían de mucho honor y gloria de la despreciada y escondida Compañía de Jesús de España. Pero no se puede escribir todo, y bastará decir en este lugar que los abogados filósofos Campomanes, Roda y otros semejantes han logrado ya dos cosas que intentaban con la opresión de los jesuitas españoles. La primera es el abatimiento del trono y de la familia real, de cuyo brazo y poder se valían para oprimirles a ellos. La segunda es una libertad práctica de conciencia que con el tiempo, y no se tardará mucho, se hará constitucional y se establecerá con alguna ley; porque claro está que con tal Rey y con tal Ministerio, ni la Inquisición, aunque se conserve, ni los obispos se atreverán, ni podrán reprender, y mucho menos castigar a ninguno, crea lo que quisiere, y sea, si se le antoja, hereje, filósofo incrédulo, deísta o ateísta. No quisieran Rey, como ni en Francia Emperador, pero se lisonjearán de que en alguna buena coyuntura podrán abatirlos y llegar al cabo a establecer perfectamente su sistema filosófico republicano.

La mujer de José Buonaparte, que pasó por aquí el ocho de este mes, va también caminando hacia España con bastante diligencia, como que tiene mucha gana de llegar presto a la Corte de Madrid. Ya se sabe, por cartas de Bolonia y por las gacetas públicas, que han venido a encontrarla en Turín el cardenal de Fesch y su hermana, madre de Napoleón, y que allá ha ido también Luciano desde Florencia. Este se supone que volverá a la Toscana, como también que el dicho Cardenal y su hermana siguen a la nueva Reina de España hasta París, y así parece que o fue falsa la indignación de Napoleón con su tío por el celo de éste en defensa de la Religión, o que ya se han reconciliado y hecho las amistades. Al ver la prisa de esta mujer para llegar presto a Madrid

para ser Reina de España, y mucho más la franqueza de su marido en meterse por las provincias más interiores de la Monarquía para ir a parar a la Corte, y establecerse en ella en calidad de Soberano, y no pudiéndoseles negar sagacidad y advertencia para conocer el estado de las cosas, todos generalmente romanos y españoles infieren, y con prudencia y con juicio, que la cosa no tiene remedio, y que España quedará dominada por los franceses. Por lo que a mí toca, en cuanto al total de la Monarquía, no lo creo, pues por lo menos, como en la irrupción de los moros, se defenderán contra todo el poder de la Francia el Principado de Asturias y algunos países montuosos de los vecinos reinos de León y de Galicia. Y, en cuanto a lo demás, me sirven de algún consuelo y me dan alguna esperanza estas breves reflexiones que hago para conmigo. Acaso a estos hombres les ciega su soberbia y orgullo, y creen que está la cosa en sazón cuando está muy lejos de estarlo, y es más fácil que se alucinen los franceses en cosas de España que en las de otros países porque en su proceder se observa que conocen poco el carácter de la nación española, que es mucho más intolerante que otras en materia de Religión, y que no se estremece con sonoras amenazas, ni se abate, ni aterra con terrores, con crueldades y fierezas filosóficas. Parece que el Cielo da indicios de querer favorecerla para que se libre del yugo de estos impíos ateístas, pues, además del prodigio de Zaragoza, de que hablé ya, se cuenta algún otro semejante. Y de todo concluyo no dar la cosa por tan desahuciada como hacen otros. Veremos lo que sucede, aunque con el disgusto de estar impedida toda correspondencia.

Día 31 de julio

Día de Nuestro Santo Padre y Patriarca San Ignacio de Loyola. Es cosa parecida a prodigio, aunque, por repetirse muchas veces, deja de causar admiración que, después de treinta y cinco años que fue extinguida en Roma con suma ignominia, en cuanto dependía de los hombres, la Religión de la Compañía de Jesús, se celebre en esta ciudad la fiesta de su fundador San Ignacio, casi con tanto aparato, grandeza y concurso de gentes de todas clases, como si se conservara, y con mucho mayor en todo que las de todos los demás fundadores de las religiones que existen. Y este año, que se halla Roma en tantas angustias y tribulaciones, ha sido mayor, a lo que parece, el concurso de la gente distinguida y que tiene algo que perder, porque en tales aprietos todos generalmente, exceptuando sólo algunos fanáticos regulares, con sus palabras o por lo menos con sus obras, reconocen y confiesan que todos estos males la vienen a Roma en castigo de sus notorias injusticias y crueldades contra la Compañía de Jesús y contra sus hijos, y como consecuencia de su falta para defender la Religión y promover la piedad, y concluyen que no habrá paz en la Iglesia,

ni reflorecerá la Religión, sumamente deslustrada, mientras no sea restablecida en la Iglesia con todo honor la extinguida Compañía de Jesús, fundada por el incomparable español San Ignacio de Loyola.

Por fortuna, este año todo ha sido bueno y aun escogido en esta gran fiesta de nuestro Santo Padre. La novena, que la precede, ha sido predicada, muy bien en todo y con esperanza de hacer mucho fruto en los oyentes, por el jesuita italiano Biagini, que es el más famoso predicador entre los jesuitas de Nápoles; y el sermón panegírico en la fiesta ha sido predicado con grandeza en la sustancia y con ternura de hijo por el ilustrísimo Juan Andrés Avogadro, que por muchos años fue Obispo de Verona, y después, renunciándolo todo, se hizo jesuita en Nápoles, y al presente vive con otros muchos en esta casa del Jesús. La iglesia para las primeras y segundas vísperas y para la solemnidad de la mañana estaba bellísima y propiamente hecha un cielo, y el altar del Santo Patriarca, que por sí mismo es de suma magnificencia, con una copiosísima y bien distribuida iluminación, formaba un golpe de vista que propiamente encantaba. Se veían en la Iglesia pelotones de oficiales y soldados franceses con su acostumbrada insensibilidad en todo lo que pertenece a la Religión, y no dejarán de ser muy curiosas las reflexiones que ellos harán a vista de este esplendor y grandeza en las cosas de estos hombres, aborrecidos de muerte por todas sus sectas dominantes, filosofismo, francmasonismo y jansenismo, perseguidos en todas partes y extinguidos muchos años ha, y acaso les hará temer, y nosotros lo esperamos con toda seguridad, que les tendrán otra vez sobre sí para su confusión, ruina y exterminio. Hágalo prontamente el cielo y verán con rabia y despecho suyo que en esto no se engañan.

En la iglesia de San Silvestre, que es de los pacanaristas o nuevos jesuitas, según ellos presumen, han hecho también a San Ignacio, a quien llaman su Patriarca y su Padre, alguna fiesta en este mismo día, pero muy inferior, no sólo a las magníficas que hizo algunos años el fundador Paccanari, sino también a la decente y bastante buena que hicieron el año pasado, aunque el dicho Paccanari estaba ya en un estado miserabilísimo. Yo estuve allá esta tarde, y el adorno o colgadura de la iglesia no salía del presbiterio, y supongo que por la mañana cantarían su misa con alguna solemnidad, y con bien pequeño auditorio predicaba, con bastante fervor, su sermoncito al Santo, un jovencito de ellos que apenas podía ser sacerdote. Claro está que no pueden ya en el día conservar aquellos humos de presunción y de jactancia como que ellos son los verdaderos jesuitas, sucesores de los antiguos, justamente extinguidos, y aun herederos suyos y de todas sus cosas y aun de sus santos. En la triste suerte de su fundador tenían ya el año pasado motivos suficientes para perder todo este orgullo y satisfacción, y aun para retirarse cada uno a su casa, separarse y esparcirse, deshaciendo su reunión, congregación o lo que fuere; especialmente

no teniendo aprobación alguna de la Santa Sede, ni aun para formar congregación de clérigos seculares sin particulares votos, como hay alguna otra en Roma; y parece que lo deberán hacer presto, pues la ignominia y oprobio de su Padre General y fundador Nicolás Paccanari es ya público, perpetuo e indeleble.

El año pasado en este mismo día presentamos aquí, según se creía comúnmente, la terrible sentencia dada por el tribunal del Santo Oficio contra el padre fundador Paccanari, y añadimos que, aunque era cosa poco regular, a fuerza de empeños y recomendaciones se le concedió la revisión de su causa en el mismo tribunal aumentado con algunos nuevos jueces. Todo el año ha habido un gran silencio sobre este negocio, y habiendo llegado los franceses por el mes de febrero, y habiéndose turbado con su venida todos los tribunales y habiendo sido echados de Roma muchos cardenales y monseñores, yo creí que se había levantado la mano de esta causa. Acaso el Padre paccanari ha hecho alguna cosa con la cual ha perdido la gracia y protección de los franceses, pues persona digna de todo crédito, y que tiene proporción para saberlo, me aseguró que este general Miollis había dicho al padre Merenda, Comisario del Santo Oficio, que si daba libertad a Paccanari él le metería en una fortaleza porque es un bribón que lo merece. Esta disposición de ánimo de los franceses para con Paccanari, contraria enteramente a la que antes habían mostrado para con él, y por la cual nosotros suponíamos que a su llegada a Roma se ensalzaría y triunfaría, ha animado mucho al tribunal para llevar la causa adelante y dar sentencia final y definitiva.

El día once de este mes de julio oí la primera vez que se había dado sentencia en la causa de Paccanari, y me causó maravilla por la razón insinuada. Pero la cosa es cierta, indubitable y pública, y pudo darse la dicha sentencia hacia el ocho o nueve de este mes. La sentencia es la misma que el año pasado, y ha sido condenado de por vida al *ergástulo*, que, como ya dijimos el año antecedente, en un eclesiástico viene a equivaler a pena de muerte; y se añade también ahora que Su Santidad benignamente la ha conmutado en reclusión más o menos estrecha en las cárceles de la misma Inquisición, y debiendo hacer en ciertos tiempos la profesión de la fe, que seguramente habrá hecho al informarle la sentencia, y todo esto supone que estará arrepentido de todo lo que ha sido la sustancia de su proceso. Yo creo que en otros tiempos y circunstancias, como se hacía en España en los autillos de fe, se hubiera dado esta sentencia con mayor publicidad y se publicarían también sus delitos, a lo menos en términos generales. Pero ahora todo se oculta, y así, aunque he procurado averiguar algo más este negocio de la sentencia y de los delitos, nada he adelantado y sólo puedo asegurar que es cierta la sentencia en los términos dichos. El año pasado se hablaba de títulos falsos y este año se habla poco de este punto, y más se inclina la gente a creer que, cuidando Paccanari, como superior y con-

fesor de un convictorio de doncellas, mantenido por la archiduquesa Mariana, haya no sólo pecados de carne, sino también errores sobre esta materia, haciéndolas creer a algunas de aquellas jóvenes que no era pecado lo que en la realidad lo es.

Se acabó, pues, para la archiduquesa Mariana este su padre Paccanari, con el que ha estado propiamente uniontada, aunque de su parte con inocencia, teniéndole por otro San Ignacio, y la ayudaría a formar este juicio el haber leído seguramente un librito que este hombre maligno había hecho escribir, con disimulo e hipocresía, el cual tiene este título: *Parangón o cotejo de Nicolás Paccanari con San Ignacio de Loyola, etc.*, yo no le he visto; pero oigo asegurar que le hay, aunque se daba a leer a pocos. Tampoco le puede ya tener por un San José de Calasanz, pues para esto no basta estar en la Inquisición, como este santo, y necesitaba haber salido de ella con tanto honor como él. Parece que, por sólo su honor y avergonzada con un caso tan feo de su estimado Paccanari, desprendiéndose de estos hombres, debía dejar a Roma y restituirse a la Corte de Viena, de donde siempre la están solicitando a partir, y volver al seno de la familia. La presencia y mando de los franceses en Roma, en donde verisímilmente llegarán a apoderarse del todo del Gobierno, y el peligro que siempre hay de que vuelva a encenderse la guerra entre el Emperador francés y su hermano, y de ser tratada sin el conveniente respeto, la debían de mover a retirarse de esta ciudad; y no se ven disposiciones de viaje y continúa en el trato con los paccanaristas y con aquellas jóvenes dirigidas por el fundador Paccanari, del mismo modo que antes.

Y ¿qué dirán los autorizados cardenales Somaglia, Antonelli y algunos otros que han protegido con muy particular empeño a este hombre, y que han solicitado varias veces la aprobación del Papa para su reunión, o como Religión o como congregación, con algunos votos, aunque nunca la han conseguido? No sé lo que dirán, y por lo menos deberán avergonzarse de haberse alucinado tan miserablemente y tan espontáneamente en el concepto e idea que se habían formado de este Paccanari que no tenía cosa alguna, ni aun un mediano talento de hipocresía, para conciliarse un particular aprecio y estimación. Aprendieron los dichos eminentísimos y otros que con los suyos era hombre algo útil para que no se echase tanto de menos a los jesuitas antiguos y para que no se pensase más en ellos, y este ha sido todo el mérito de Paccanari, aunque sin virtud alguna, sin ciencia y sin otro talento que alguno para embrollos y manejos de sus negocios, para haber logrado la protección de tantos autorizados cardenales.

A sus pobres súbditos, que por la mayor parte y acaso generalmente no serán cómplices en los delitos de su fundador, les tengo una tierna y sincera compasión, y especialmente a los jóvenes que, pensando hallar a su lado y bajo

de su obediencia un estado permanente de vida cristiana y casi religiosa, se ven burlados y en la calle; porque, a lo que parece, resfriándose la devoción de la archiduquesa Mariana para con ellos y la protección de los cardenales a vista del ignominioso paradero del fundador, teniendo contra sí muchas deudas y no pudiendo ser las rentas muy grandes, por sí misma se vendrá a deshacer esta reunión o congregación que ya en el día, a lo que juzgo, no tiene más de tres casas, y son las de San Silvestre y el Colegio Mariano en esta ciudad, y la de los jesuitas en la de Espoleto, y en ellas no creo que pasen de cuarenta o cincuenta sujetos. El padre Vedova, paccanarista antes, después jesuita en Nápoles, y ahora paccanarista otra vez, y superior mayor o principal de esta reunión, se desanimará verisímilmente, y no pensará ni podrá llevar adelante esta mal fundada obra del infeliz Paccanari. Si hubiese en su suerte en adelante algún suceso digno de ser notado, no dejaremos de exponerle en este escrito, según llegue a nuestra noticia.

Al acabar este mes de julio vemos que ha crecido tanto el *Diario* de este año de 1808 que nos es forzoso cerrar aquí este volumen, haciendo la primera parte del tomo cuarenta y dos de esta nuestra obra, y no se debe extrañar habiendo sido en estos siete meses primeros del año tantos y tan grandes los sucesos, especialmente en Roma y en España, y siendo todos ellos muy propios de este nuestro *Diario*, pues todos son evidentemente efectos y resultas de la opresión de la Compañía de Jesús, y castigos por las injusticias que en una y otra parte se han hecho contra ella. Y cuánto más hubiéramos escrito si en estos últimos tres meses de mayo, junio y julio no nos hubiera faltado casi del todo la comunicación con España, en donde han sucedido cosas extraordinarísimas de resulta de la bárbara opresión del rey don Fernando por el tirano Buonaparte, y de la suma y general indignación de la generosa y leal nación española por esta tiránica villanía de este hombre. Pero no pensamos poner al fin de esta primera parte el estado de todas o de las principales Cortes, como solemos hacer en el fin de los tomos todos los años, y nos contentaremos con presentar el presente estado de la Compañía, de Roma y de España.

Estado de la Compañía

La comunicación en los siete meses de este año de los jesuitas de Roma con los de Rusia y Sicilia ha sido muy poca, y casi ninguna, y esta oculta y muy reservada. Con todo esto podemos asegurar que en la Rusia, sin embargo de la íntima amistad de aquel Emperador con el de los franceses, no se ha hecho novedad alguna en aquellos jesuitas, y se conservan sin alteración alguna en su estado, y se irán siempre aumentando alguna cosa. Ni tememos mucho, por las razones que ya hemos insinuado varias veces, que sea suprimida la Compa-

ñía de Jesús en aquel Imperio, por más que se estreche más cada día la amistad entre los dos emperadores, como creen muchos; aunque el Emperador de la Rusia en el proceder de Buonaparte contra Ragusa, contra Prusia, contra la Etruria, contra el Papa y últimamente contra el Rey de España y toda su familia real, tenía muchos y muy eficaces motivos para indignarse contra este hombre falso y osado que no cumple palabra alguna y no respeta los derechos de nadie. En la Sicilia tampoco ha habido en estos últimos meses mudanza alguna en el estado de aquellos jesuitas, y antes se hallan mejor que hasta aquí, según se puede entender por alguna otra carta que casi milagrosamente ha llegado, y por los últimos sucesos de la Europa. Ya no temen tanto que sus enemigos en aquella Corte lleguen a prevalecer en el ánimo de los reyes y a lograr su opresión y ruina, y con la paz de España con la Inglaterra se hace más difícil el desembarco de franceses en aquella isla, y los españoles que están en ella tendrán el gusto y consuelo, que no tenemos nosotros, de saber cómo van en la realidad las cosas en España. En general, se sabe que se van multiplicando y extendiendo; y todo bien considerado, lo de fuera y lo de dentro, parece que vemos cumplido nuestro deseo y aun esperanza, y nuestra predicción al tiempo de la supresión de la Compañía en Nápoles, de que no la permitiría el Señor en Sicilia en premio de la sincerísima y fervorosísima voluntad de la Reina y de la buena conducta de los jesuitas en todas partes, que eran las dos únicas cosas buenas en este negocio del restablecimiento de la Compañía de Jesús en los Estados de Su Majestad siciliana.

En el día diecisiete de marzo de este mismo año, con ocasión de un consistorio del Papa, en el que se publicaron cuatro nuevos obispos para las nuevas colonias de la América, inferimos de este suceso alguna particular laboriosidad de los jesuitas en aquellos países a beneficio de la Religión, y ahora se ha confirmado y aclarado esta cosa en un *Diario* o historia de aquellas misiones de la América, escrita por un francés llamado Bullón, que debe de ser de la famosa Congregación de San Sulpicio, y ha estado algún tiempo en aquellos países. En una gaceta romana, intitulada *El Cracas*, se ha puesto en varias semanas un compendito de esta obra. Y por él se entiende que, aunque en estos últimos años, después de la revolución de Francia, han trabajado allí muy bien algunos fervorosos sacerdotes franceses de la dicha congregación, principalmente se debe el aumento de la Religión Católica en aquellas colonias al celo y trabajos del obispo jesuita Carleu[74], y a otros varios que han ido por allá, y uno de estos, sin que se haya oído el menor rumor sobre esta cosa, ha sido hecho Obispo auxiliar o *in partibus* y coadjutor del Obispo del país, y este será verisimilmente uno de los cuatro obispos publicados en el consistorio del mes

74 John Carroll.

de marzo. Por la dicha obra se entiende que ni el Obispo principal tiene renta alguna, y de tales obispados suele haber pocos pretendientes, y llevan fácilmente en paciencia que les gocen los jesuitas. Por la misma obrita consta que los jesuitas gobiernan y dirigen un Seminario de jóvenes, en el que irán criando buenos párrocos y misioneros, y que otros varios jesuitas esparcidos por aquellos varios países trabajan en la conversión de aquellas gentes. Estos jesuitas de las colonias americanas dependerán inmediatamente de los jesuitas de la Gran Bretaña, y como éstos estarán unidos al Padre General de la Rusia.

De los jesuitas de otros países fuera de la Italia nada se ha dicho después de la supresión de los de Augusta, ni en bien ni en mal, y en las tres clases de italianos, españoles y portugueses que estamos en muchas provincias de la Italia, aunque no faltan miserias y trabajos, no se han visto algunos males muy sensibles que con fundamento se temían. El numeroso convictorio de la casa del Jesús, compuesto principalmente de españoles e italianos, se va salvando entre mil temores y peligros de ser hecho cuartel de la tropa francesa, como lo han sido y lo son casi todos los conventos grandes de Roma, y si hubiera llegado este caso la hubieran abandonado por necesidad casi todos ellos. Del otro peligro de supresión se va librando también, porque a los franceses, aunque hacen de soberanos en todo, no se les ha antojado todavía poner las manos en este punto de supresión de casas de religiosos. Por lo demás va adelante su modo de Gobierno, a manera de República, y este año han hecho ecónomo al padre Tronco[75], de la provincia de Filipinas, y por aquí se entiende, y por todo lo demás, que se ve que hay paz y concordia entre ellos, y que se miran como iguales en todo italianos, españoles, portugueses e indianos. Por el invierno murieron arrebatadamente muchos, y algunos oprimidos del miedo de ser echados de aquella casa; pero en estos últimos meses no ha muerto ninguno y generalmente gozan salud. Por los sucesos del día tienen un trabajo no pequeño, pues ni pueden juntarse a tener un poco de conversación en una pieza común ni aun en los tránsitos de la casa, porque si algún espía de los muchos que entran por allí les acusa al general Miollis de que hablan mal de los franceses por respeto a las cosas de España, bastará para que les eche a todos a la calle y aun para alcabucear a algunos.

75 Se refiere a Juan Manuel Tronco, nacido en Salamanca el 1 de enero de 1741. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1759 y, un año más tarde, fue enviado a Filipinas. Allí era sacerdote en la residencia de Dagami y en Burabuen en el momento de la expulsión. El viaje de destierro lo realizó a bordo de la fragata *Santa Rosa de Lima*, partiendo el 23 de enero de 1770 con rumbo a El Puerto de Santa María. En 1783 solicita aumento de la pensión desde Bolonia, ciudad en la que residía después de haber vivido en Bagnacavallo (Ferrara). Falleció en Manresa el 19 de abril de 1818.

Los jesuitas que vinieron de Nápoles, a excepción de dos o tres que estaban en Sezze y se han venido por no poderse mantener en aquel Seminario, se conservan del mismo modo que antes. Esto es cuatro en el Seminario de Amelia, tres en el de Anagni, ocho o nueve en el Colegio de la Compañía en la ciudad de Tívoli, dieciocho, uno más o menos, en la ciudad de Orbieto, y como unos veinte en esta casita del Buon Consiglio o Buen Consejo de Roma, en la que, por su grandísima estrechez en aposentos, en tránsitos y en todo, padecen mucho en este tiempo de tan intensos calores. El padre José Pignateli de la provincia de Aragón, con el título de Provincial, es superior de todos, y casi no se puede imaginar hombre más a propósito para este empleo en las presentes circunstancias, pues, además de ser amado de todos por sus prendas y por su piedad, tiene facultad, medios y corazón para mantenerlos generalmente a todos con mucha decencia, como lo está haciendo desde que vinieron de Nápoles dos años ha. La observancia regular es muy exacta en dicha casita del Buon Consiglio y trabajan no poco en los ministerios de la Compañía, así en la iglesia de su misma casa como en hospitales, cárceles y otras partes, pero sin estrépito ni bulla por no dar en el ojo a los franceses. Pero no bastará todo este su miramiento y reserva para que no sean echados a la calle si los dichos llegan a apoderarse del todo del Gobierno de esta ciudad.

Los jesuitas esparcidos por toda la Italia desde Nápoles hasta Venecia y Génova, y aún más allá, somos en mucho mayor número que los reunidos en convictorios. A mi juicio, entre todos, españoles, italianos y algunos portugueses, pasamos todavía de mil, y los de los convictorios del Jesús y de los napolitanos no pasan de ciento cincuenta, conque los dispersos somos más de ochocientos. Tenemos en el día los más sobre nosotros dos trabajos no pequeños, y los dos son comunes a los reunidos en convictorios. El primero es la falta de la pensión para mantenernos, y en los españoles y portugueses, por estar en país ajeno y por estar cerrada la comunicación con la patria y no poder recibir socorros de nuestras familias, nos es mucho más pesado. A excepción de un centenar, poco más o menos, de jesuitas romanos y de alguna otra provincia, todos los demás estamos en el día sin pensión, y los jesuitas en Nápoles desde que fueron allá; los españoles de la caja o departamento de Bolonia, desde el mes de abril, y los de las cajas de Génova y Roma desde este mes de julio. Esperamos que no durará este trabajo largo tiempo, y mientras dure la economía en todo, la paciencia y la caridad de unos con otros le harán más llevadero. El segundo trabajo, que carga también más sobre los españoles, consiste en un estado de violencia y de peligro al mismo tiempo. No puede ser más inicuo y más vil el proceder de los Buonapartes y de los franceses contra la familia real de España y contra toda la nación española, ni puede ser mayor el diluvio de males en que aquella y ésta están sumergidas. Y con todo

esto no nos es permitido un desahogo, un lamento o una queja, y cualquiera expresión a este aire que se nos escapase de los labios, oída por uno de tantos romanos que con gusto, con talento y con desvergüenza hacen el vil oficio de espías, y llevada al tribunal de los franceses, no nos costaría menos que una prisión y reclusión en el castillo, y acaso ser arcabuceado en una plaza pública. En esto no hay ponderación alguna, y es una verdad lisa, según el significado de las palabras. Nuestra moderación y cautela, y yo la necesito mayor que todos por esto mismo que voy escribiendo y, sobre todo, la amorosísima providencia del Señor, que en tantos trabajos y peligros nunca nos ha fallado, nos irán salvando en éste que es en realidad muy grande y muy terrible.

ESTADO DE ROMA

El presente estado de Roma no puede ser más infeliz y más miserable, y no le comprenderán y mucho menos creerán los venideros, por más que muchos en nuestros diarios o anotaciones lo aseguremos y lo notemos, y aun lo juremos; porque nunca entenderán bien el carácter de falsedad, de hipocresía, de osadía, de crueldad y fiereza de las sectas filosóficas dominantes en toda la Francia, en toda la Italia y en otras partes. En Francia, en España y en otros muchos países el Papa es con toda propiedad Soberano, y los franceses que han venido a Roma no le causan molestia alguna. A fuerza de mentiras y de prepotencias, impidiendo la comunicación de Roma con otros reinos y provincias, consiguen que a lo menos el grueso de las naciones así lo crea. Y el Papa en Roma es verdaderamente un prisionero y un esclavo de los franceses, encerrado siempre en su palacio del Quirinal y cerradas casi todas las puertas de él para que no se le metan allá solapadamente, y lo hagan si quieren con violencia y rompiendo las puertas con hachas o con la artillería. El Papa es Soberano y con todo esto no puede imprimir ni en su misma Corte un renglón sin consentimiento de los franceses que se han apoderado de todas las imprentas, y no puede escribir una carta ni a sus súbditos, sin que pase por sus manos, y la lean y hagan de ella lo que se les antoje, porque se han apoderado igualmente de todas las postas y correos. No puede impedir que arresten, que destierren y encierren en fortalezas a cardenales, monseñores o prelados, aunque ocupasen oficios de importancia cerca de su persona; y, en efecto, está ya casi deshecho del todo y reducido a muy poca cosa el numeroso y respetable Colegio de los eminentísimos cardenales y no poco despedazado el Cuerpo de monseñores. Ni ha podido impedir tampoco que le quiten inicuamente este mismo año las provincias de la Marca de Ancona y de Urbino, y ya muestran intención de apoderarse de la Umbría, y acabarán de apoderarse de todo cuando crean que pueden hacerlo sin inconveniente alguno.

En suma, los franceses hacen lo que quieren en todos los ramos del Gobierno militar, civil, criminal y aun eclesiástico. Y el Papa no hace ni puede hacer otra cosa que protestar, quejarse e impugnar las determinaciones y hechos de los franceses en papeles manuscritos, que privadamente y tímidamente andan de oculto en las manos de algunos. Así está sin exageración alguna el Santo Padre y Vicario de Jesucristo el papa Chiaramonti Pío VII, en esclavitud desde el día dos de febrero, despreciado, pisado e insultado villanamente todos los días por los ateístas franceses que se han metido en Roma, e incierto de su suerte y destino para en adelante. Teme no sólo que acaben de quitarle el nombre de Soberano, sino también que le arranquen de Roma y le lleven a donde se les antoje o que le maten de veneno si pudieren, pues para estos impíos esto no es más difícil que beberse un vaso de agua. Tiene, no obstante, el piadoso Pontífice el consuelo de que, con su paciencia y con su constancia en resistir del modo que puede a estos bárbaros, se ha ganado el afecto de todos sus súbditos buenos, y aun los malos están menos insolentes. Y aunque antes hubieran sentido poco la mudanza del Gobierno y que hubiesen quitado la soberanía al Papa, ahora lo sentirían mucho, y si hubiera una buena cabeza en Roma o en otra ciudad del Estado no le sería muy difícil acalorarlos y hacerles tomar las armas contra los franceses, y al cabo vendrá a parar en esto, y Roma será un teatro de sangrienta guerra, en la que se derrame mucha sangre, según se asegura en las predicciones acreditadas, y en parte cumplidas, del padre Saluzzo, religioso francisco reformado.

Estado de España

El estado de España a la mitad de este mes de julio, hasta donde llegan las noticias de aquella Monarquía en Roma, no puede ser más miserable y aún lo es más, a lo que parece, que el del Estado del Papa, y se entiende por lo que acabamos de decir este día pasado veintinueve del corriente. El rey don Fernando y los infantes don Carlos, su hermano, y don Antonio, su tío, desde la mitad de mayo están en un pueblo de la Francia llamado Monceley, y verisímilmente encerrados en un castillo. Los reyes Carlos IV y María Luisa su mujer, la infanta, que fue Reina de Etruria, sus dos hijos, y el infantico don Francisco Paula, hermano del rey don Fernando, están en Fontainebleau o en Compiegne; y qué sé yo cómo serán tratados, no permitiendo verisímilmente el Estado de España que se envíe dinero a Francia para su manutención. El nuevo rey intruso José Buonaparte o Napoleón, acompañado y rodeado de los intrusos y desautorizados miembros de la ilegal Junta de la ciudad de Bayona, estaba de seguro el día dieciséis de este mes en la ciudad de Burgos, desde donde habrá continuado su viaje hacia la Corte de Madrid, a la que habrá llegado antes de

acabarse este mes, y allí se habrán hecho arrebatadamente, como se hizo todo en Bayona, su proclamación y todas las demás ceremonias que se crean oportunas para autorizarle y ensalzarle, y para que caiga de ánimo la Nación, le reconozca y se le sujete. Aunque esto no suceda, es cierto, y está delante de los ojos, que, en los últimos días del mes de julio de este año de 1808, toda la familia real de España, descendiente de Carlos III, y no poco numerosa, está abatida y absolutamente destronizada y despojada de todo el dominio de la Monarquía española; y si aquel incauto y engañado Monarca hubiera oído a sanos consejeros, que no dejaba de tener a su lado, le hubieran hecho entender que los que le habían inducido a tomar la injusta y tiránica resolución de abatir la Compañía de Jesús en España y en todo el mundo, le llevaban a él y a toda su familia real al precipicio, a su abatimiento y a su ruina, pues no todos ignoraban que este era su designio.

No menos cierto es que a la misma época está sentado en el trono de la Monarquía española José Buonaparte o Napoleón, hermano del grande Emperador de los franceses y rey de Italia Napoleón Buonaparte, y que este mismo ha establecido ya en su familia el orden de sucesión en la Corona de España. Y hablando como hombres, de orejas abajo, como se suele decir, es inevitable el ensalzamiento del nuevo Rey y su dominio en casi toda la Monarquía, y por consiguiente el abatimiento de la familia real de España, descendiente de Carlos III. Todos aquí a una mano romanos y españoles lo entienden, lo ven y lo dicen francamente, y tienen mucha razón en decirlo. El nuevo Rey tiene para sostenerse en el trono y perfeccionar la posesión de la Monarquía un buen ejército esparcido en los países desde San Sebastián en la Guipúzcoa hasta la Corte; otro más numeroso en ésta y en sus cercanías, y otros cinco o seis, no pequeños, en Cataluña, Aragón, Valencia, Castilla la Nueva, Andalucía, Castilla la Vieja, León y aun Galicia. Tiene todos los castillos de la frontera en Guipúzcoa, Navarra y Cataluña, y abiertos todos los Pirineos para introducir en España cuanta tropa quiera, y ésta no le puede faltar, pudiendo llevar allá su hermano toda la Italia, toda la Francia, y casi toda la Alemania, y pudiendo sacar de estos países soldados a centenares de millares. Y cuánto ayudarán al nuevo Rey para establecerse sólidamente los muchos millares de españoles corrompidos y afrancesados que con su presencia, y con la de los diputados en Bayona, colocados en los puestos más importantes de la Monarquía, levantarán cabeza y tomarán nuevo ánimo para inclinar y mover a la Nación a sujetarse al nuevo Rey. Dos cosas solamente, como se entiende por lo que acabamos de decir, pueden estorbar y trastornar el ensalzamiento de los Buonapartes en España, [...] milagros del Cielo que no quiera permitir que la Catolicísima Nación española quede sujeta a los ateístas franceses, y una resolución, un ánimo y coraje de la misma que llegue casi hasta el furor y despecho, y con-

cebida por un celo ardiente de la pureza de la Religión, por una generosa lealtad a su legítimo Soberano, y por una suma indignación contra los impíos, viles y pérfidos Buonapartes y sus franceses. Con estos dos poderosos medios, la protección del Cielo y su propio furor, no desconfío de que aun sin armas prevalezca la católica, leal y valiente nación española. El tiempo nos lo irá diciendo a lo menos entre tinieblas y oscuridad.

Conclusión

En estos siete primeros meses de este año de 1808 las sectas anticristianas se han ensalzado no poco y han extendido mucho su dominio, apoderándose casi enteramente del Estado del Papa, y de algún modo, y en cuanto pueden, de toda la Monarquía española en la Europa y en las otras tres partes del mundo; y mientras ellas más se exaltan y más extienden su dominio, como hemos dicho, y aun demostrado cien veces, es forzoso que esté más abatida la Compañía de Jesús, a la que siempre han honrado con un odio y aversión particular, y que esté más lejos de ser restablecida con el conveniente honor en la Iglesia. No obstante, dos cosas nos sirven de algún consuelo en esta nuestra tristísima situación. Una es el que por ventura, con la opresión del trono de España y de toda aquella familia real, y con la segunda opresión de Roma, del Papa y de los cardenales, se ha completado ya la justísima venganza del Cielo por las injusticias y crueldades contra la inocente Compañía de Jesús y por otros muchos gravísimos desórdenes y pecados públicos; y, en tal caso, estos impíos Buonapartes y los suyos dejarán de ser un látigo y azote en la mano omnipotente del Señor para castigar al mundo, y especialmente a los reinos y provincias católicas, y por consiguiente perderán aquel vigor y fuerza que hasta ahora han tenido, y vendrán a tener aquel paradero que tiene un látigo o un sarmiento después que ha servido a un padre para castigar a su hijo. La magnimidad no esperada y verdaderamente prodigiosa del pontífice Pío VII, que infunde en todos los católicos que la saben desprecio e indignación para con estos impíos e insolentes filosofastros, y el ardor en defender la Religión que se ha excitado en toda la nación española, corroborado, al parecer, con milagros del Cielo, hacen nacer en nuestro corazón alguna esperanza de que no está muy distante el abatimiento y opresión de estas infames sectas, que al presente dominan en casi toda la Europa.

La segunda cosa que nos sirve de algún consuelo es una persuasión, a nuestro parecer fundada, de que si Roma, España y aun Portugal salen de las manos de los impíos franceses y se restablecen en sus Cortes sus Gobiernos legítimos, no tendrán en ellos la influencia que han tenido en estos últimos cincuenta años las astutas, malignas y anticatólicas sectas filosófica, franc-

masónica y jansenística, y si los Gobiernos, sus consejos y gabinetes son justos, católicos y cristianos, por sí mismos, naturalmente y casi necesariamente, como hizo la Reina de Nápoles, pensarán luego en restablecer la Compañía de Jesús para que sus hijos, como hacían antes, críen una juventud católica y de cristianas costumbres, y promuevan la Religión y piedad en todas clases de personas. Así vendrá al cabo a suceder. Pero deseamos mucho, se lo pedimos al Señor en nuestras frías oraciones y esperamos que Su Majestad se aplaque y se compadezca de tantos príncipes católicos destronizados y oprimidos, esto es, del Papa, de los reyes cristianísimos, de los católicos, de los fidelísimos, de los de Nápoles y Cerdeña, sin contar otros menores; y que acorte los plazos de este su terribilísimo castigo y venganza, pues, si no son insensatos, ya han padecido bastante para que aprendan que las bases y cimientos más firmes de sus tronos son la Justicia y la Religión, y que sin éstas presto o tarde serán abatidos. Por días irán sucediendo necesariamente en España cosas grandes o a beneficio de los franceses o contra ellos, y nosotros tendremos el disgusto de no poderlas notar con alguna distinción y exactitud por estar estrechísimamente cerrada por estos bárbaros la correspondencia por cartas con todos aquellos países, y aun con toda la Europa. Mas al fin en la segunda parte de este tomo cuarenta y dos, a la que daremos principio al instante, comenzando con el presente mes de agosto, notaremos con el mismo método lo que se llegue a saber con certeza o a lo menos con una fundada probabilidad.

DIARIO DEL AÑO 1808

(2.ª parte)

AGOSTO

Día 3 de agosto

Los hechos y cosas de Joaquín Murat, cuñado del emperador Napoleón, y Comandante en Jefe de la mucha tropa francesa introducida traidoramente en España para apoderarse de la Monarquía, están aquí, aun después de tanto tiempo, en una grande oscuridad e incertidumbre. Si estos hombres tuvieran un proceder regular en sus proyectos, debía este Murat, nombrado Regente del Reino por el abatido Carlos IV, y después confirmado en este empleo por su cuñado Napoleón, Emperador de los franceses, y por José, Rey de España, conservarse inmoble en la Corte de Madrid, y desde ella dirigir las operaciones de los muchos ejércitos ocupados en las provincias, y esperar allí al nuevo Monarca hasta entregarle las riendas del Gobierno. Pero Murat no se conservó mucho tiempo en Madrid después de su grande hazaña de oprimir al leal y desarmado pueblo de aquella Corte y de algunos pueblos vecinos, y según se puede entender antes de acabarse el mes de mayo o en los primeros días de junio se fue a alguno de los muchos teatros de guerra que empezaron con el dicho mes de junio. He oído, y lo creo, por ser muy conforme al carácter y proceder de estos conquistadores franceses, que no ha perdido el viaje; pues, además de todo su gasto desde que entró en España, como el de toda la tropa francesa, se ha apoderado de preciosas alhajas de los palacios reales que han estado en sus manos y a su disposición. Es tanta la oscuridad en que vivimos, y tanta la falta de comunicación con España, que ni sabemos quién ha sido presidente del Consejo de Regencia de Madrid en los dos meses que han pasado desde la partida de aquella Corte de Murat hasta la llegada a ella del nuevo rey José Napoleón.

Las gacetas francesas e italianas dos veces por lo menos nos han dicho que Murat había llegado a Bayona, y después nos lo pusieron en Burgos en estado de convaleciente y confesando que ha estado enfermo. La persuasión común es que su enfermedad ha sido una herida que recibió en un ataque de un puesto de importancia, y creen algunos que fuese en las montañas de Aragón hacia

Cataluña. Mas al fin él ha sanado de la enfermedad o de la herida, y el gran día en Bayona, como ya ponderamos, esto es, el siete de julio, llegó a aquella ciudad, y daría a boca cuenta al Emperador, su cuñado, de su conducta y del estado de las cosas en España, y después se vino a París, y ya no tendrá que pensar en asegurar el Reino de España para su cuñado José, sino en gobernar, defender y extender el suyo. Para Napoleón Buonaparte el hacer y deshacer reyes es un juguete y diversión, y al instante, y en el momento mismo en que destinó para Rey de España a su hermano José, Rey de las Dos Sicilias, nombró por sucesor suyo en ese reino a su cuñado Joaquín Murat, porque Napoleón, como si se creyera un Dios Omnipotente, da por hecho y por ejecutado todo lo que él quiere y determina, aunque, si no estuviera tan ciego por su soberbia, fácilmente conocería que ha querido y determinado muchas que no ha podido ejecutar.

En efecto, al pasar el rey de Nápoles José Napoleón hacia España, ya se hablaba de la elección de Murat para sucederle, y cada día se ha tenido por más cierta, y ya en el día está ejecutada esta determinación del Emperador de los franceses, y Joaquín Murat o Napoleón ha sido aclamado en Nápoles como Rey de las Dos Sicilias, y celebrando este suceso se ha hecho hoy iluminación en este palacio Farnesio que pertenece, aunque sin derecho alguno, a la Corte de Nápoles, y acaso se habrá hecho también iluminación en otras casas de franceses. Ya tenemos nuevo Rey de las Dos Sicilias nombrado por Napoleón, Emperador de los franceses, y se llama Joaquín Napoleón I, pues todos los reyes que pone de su familia y por su mano Buonaparte, han de tener este nombre o apellido. Oigo, y lo tengo por cierto, que este Murat es de más baja extracción que los Buonapartes, y que, después de otros oficios más viles, era peluquero al tiempo de la revolución en Francia, y no sé cómo vino a tomar por mujer una hermana de los Buonapartes, que entonces eran algo más que él, aunque no mucho, y por esta circunstancia de cuñado y por algún talento militar que debe de tener, según la fama pública, ha llegado a ser como el brazo derecho de Napoleón el Grande, Generalísimo de sus Ejércitos, Príncipe imperial, Duque de Berg, y ahora Rey de las Dos Sicilias. Se cree comúnmente que tiene más talento y menos vicios que su antecesor José, y, añadiéndose la presunción de gran soldado, será mejor recibido y más estimado en Nápoles, y quién sabe si se le meterá en la cabeza el emprender la conquista de la Sicilia. Le dejaremos venir y veremos lo que hace, y por ahora continuará Salicetti mandando en aquella Corte con el nombre de Virrey o de Regente.

El Virrey de Italia, Eugenio, ha venido a dar ahora una visita por las nuevas provincias de la Marca y Urbino que poco ha quitaron al Papa y se han agregado a su Reino. Se supone que, según las gacetas del país, todo lo ve, todo lo observa, y todo lo entiende, y sobre todo da admirables providencias, y no

menos que en todas partes es muy aplaudido y aclamado. En lo primero habrá muy poco de verdad, pues según tengo entendido no es hombre de grandes talentos este americano, hijo adoptivo de Napoleón el Grande, y lo segundo es absolutamente falso, y una solemne mentira, pues con una casi entera generalidad, y exceptuando solamente no muchos impíos jacobinos, todos han sentido salir de la obediencia del Papa y verse sujetos al Gobierno de los franceses, y todos los días tienen nuevos motivos para disgustarse de esta mudanza, ya por algunas nuevas determinaciones sobre cosas que, de algún modo, pertenecen a la Religión, aunque se van con algún mayor tiento que en otros países, y en otras circunstancias; ya por el ramo de las contribuciones, que deben de ser mayores que las del Gobierno antecedente, aunque eran en la realidad bien grandes; ya también por las conscripciones o alistamientos militares que les disgustan mucho, no estando acostumbrados a ellas en el Gobierno pacífico de los Papa; y ya finalmente porque la oposición que hay entre el gobierno y los obispos por el *Te Deum*, que los más de ellos no han querido cantar ni permitirle que se cante en ninguna iglesia, y por el juramento que no quieren hacer en los términos en que le piden los franceses, hace mucha impresión en los pueblos porque no se aficionen al gobierno de estos hombres, por más que todos los días les asesten las cabezas con jácaras o proclamas llenos de promesas de felicidades y de prosperidad en todo. Se ha paseado, pues, el Virrey por estas nuevas provincias de su Reino, y no creo que haya adelantado nada, ni en cuanto a ganarse la afición de los pueblos, ni en cuanto a vencer a los obipos, ni para la demostración del *Te Deum*, ni para hacer el juramento en los términos que ellos le piden; y así este negocio está en el mismo estado de suspensión que antes.

Por él fueron ya desterrados antes el Emmo. Gabrielli, Obispo de Sinigaglia, y el Ilmo. Cappelletti, Obispo de Áscoli, y lo fue también al mismo tiempo, o poco después, el Ilmo. Francisco Javier Castiglioni, Obispo de Montalto, de quien, si no me engaño, se notó aquí hace tres o cuatro años que había escrito con mucha vehemencia al Papa sobre restablecimiento de la Compañía; sería una cosa gloriosísima para esta si se hiciera con alguna exactitud una observación, a lo menos, sobre el carácter de los más fanáticos revolucionarios contra la Religión y contra los tronos, y de los más fervorosos y resueltos en oponérseles, y en sostenerlo todo, pues de ella resultaría infaliblemente que en Francia, en España, en Alemania y en Italia, los primeros son enemigos declarados y furiosos de la Compañía de Jesús, y los segundos son sus amigos, o por lo menos la estiman y tienen buen concepto de ella. No se sabe adónde han ido a parar los tres mencionados obispos, y lo más verosímil es que estén encerrados en algunas fortalezas. Y yo extraño mucho que no les haya precedido a todos, o a lo menos acompañado a estos tres, el Ilmo. Vicente María

Stambi[1], Obispo de la ciudad de Macerata, Misionero Apostólico muy fervoroso en esta ciudad de Roma, siendo individuo de la congregación de clérigos descalzos de la Santísima Cruz y Pasión de Jesucristo, que como Religión fundada por el venerable P. Pablo fue aprobada por el papa Ganganelli poco antes que extinguiese la Compañía de Jesús; y siendo clérigos descalzos, con un vestido o hábito ordinario, y siendo su Instituto algo parecido al de San Ignacio, algunos les llaman jesuitas reformados. Acaso este P. Misionero o pasionista, escarmentado con algunos disgustos que le causó al principio el ardor de su celo, se ha hecho más moderado y más prudente. No se ha acabado, pues, todavía este negocio del juramento de los obispos de las provincias de Ancona y Urbino.

Día 7 de agosto

En las presentes miserabilísimas circunstancias de esta ciudad de Roma, es tan benigna y tan amorosa la providencia del Señor que a ella sola se debe que no hayan llegado sus males y su infelicidad a un grado muy alto y muy subido. Los franceses, que con sus papeluchos, arenguillas y proclamas filosóficas prometen y eructan a boca llena prosperidad y felicidades a los pueblos en que ellos entran, no pueden hacer más de lo que están haciendo para hacer miserabilísima e infelicísima a Roma; y no hablo aquí de los males contra la Religión y contra la piedad y buenas costumbres, ni contra la quietud, seguridad y honra de sus ciudadanos, no habiendo en ella hombre alguno, aun de las clases más elevadas, que no tema ser oprimido por una palabra al aire y de ninguna consecuencia, por una calumnia, o por un capricho de estos bárbaros despóticos. Ni hablo tampoco de la grande y acaso absoluta falta de las cosas que vienen por mar, como azúcares, cafés, cacaos y otros varios géneros, aunque causa grandes molestias e incomodidades a muchas gentes, como es fácil de entender, costando una libra de azúcar, que se compraba por dos o tres reales, seis, ocho y diez, y habiendo subido a este modo el precio de las otras cosas, y de otras varias, que nos vienen por el mar.

Sólo hablo de la multitud de hombres que han quedado en la calle con la venida y morada de los franceses, y no tienen la manera de ganar un pedazo de pan para mantenerse a sí mismo y a sus familias. Y aun aquí no cuento a los muchos oficiales y otras gentes por otros respetos que han perdido grandes intereses por haberse cerrado, o poco menos, muchas secretarías y despacho de negocio y varias congregaciones. Por otros dos lados han hecho millares

1 Vicenzo Maria Stambi (1745-1824). Nacido en Civitavecchia fue nombrado Obispo de Macerata y Tolentino el 5 de julio de 1801. Fue beatificado el 26 de abril de 1925 y canonizado el 11 de junio de 1950.

de mendigos estos bárbaros restauradores del género humano. Con el destierro de Roma de tantos cardenales, prelados y otras personas distinguidas y acomodadas han quedado sin sueldo muchas gentes de su servicio; y es preciso que así suceda, y me consta de varios lacayos, cocineros y otros semejantes, aunque también es cierto que muchos de los desterrados con una muy loable caridad ayudan y socorren a sus criados del modo que pueden. En mayor número son los miserables por la otra resulta de la venida de los franceses y de su morada en Roma. Todas las artes, y no sólo las de lujo, que en una ciudad dan de comer a muchas gentes, sino también las útiles, no necesarias en el día, y aun las que son de forzosa necesidad, van cayendo mucho, y a largos pasos caminan a casi una total decadencia e inacción.

Todos están inciertos y dudosos del paradero que vendrá a tener el presente violentísimo estado de Roma, y todos temen apuros y necesidades, y todos se estrechan y gastan lo menos que pueden. Quien puede pasar, por ejemplo, con los zapatos remendados, no los hace nuevos, y lo mismo se entiende del vestido y de otras muchas cosas. En efecto, yo sé de un maestro zapatero de obra prima que a la venida de los franceses tenía veinte oficiales, y desde entonces por semana ha ido despachando dos o tres, y ya se ha reducido a tres o cuatro, porque estos le bastan para lo que ya tiene que trabajar. Con este solo ejemplito de los zapateros es fácil de entender, echando la vista por las muchas artes de lujo, de utilidad y de necesidad que llegan a millares los oficiales de todas ellas que no tienen qué trabajar, ni manera de ganar un pedazo de pan para sí y para sus familias, y en efecto me asegura un joven escultor, que está bien informado en este punto, que son más de tres mil los oficiales en Roma que no tienen qué trabajar, y se hallan propiamente en la calle. Estas son las verdaderas felicidades del género humano que causa necesariamente este espíritu conquistador y trastornador de todo el mundo de estos fanáticos filosofastros franceses. ¿Y cuántas otras miserias resultan por otros lados? Yo solo insinuaré una, que toca más de cerca de los eclesiásticos. Y esta es falta o escasez de estipendios de misas en las iglesias, ya porque faltan los réditos, frutos y lugares de montes que se empleaban en esto, y ya porque por espíritu de economía se enfría la devoción de los fieles en mandar decir misas por sí y por sus difuntos. Todos estos son inconvenientes pequeños para estos hombres, y su respuesta común es que todos, frailes, clérigos, oficiales se hagan soldados para tener qué comer, y ellos les llevarán por este mundo adelante a hacer nuevas conquistas, y queda todo grandemente, y hecho feliz el género humano.

Pero la verdad, y lo que se ve, es que generalmente todos estos miserables y forzados mendigos antes se meten a ladrones que a soldado, y en efecto ya se habla en el día mucho más de robos de casas, de iglesias y de personas en las calles que en los meses pasados; ¿y que será en el invierno, en el que es más

difícil la subsistencia, y más fácil asaltar casas, iglesias y personas? Ya hubiera necesariamente un grandísimo desconcierto y desorden en este ramo, y se debía temer mucho mayor en adelante, si el Señor con una beneficientísima providencia no suministrara un gran reparo a estas miserabilísimas resultas de la venida de los franceses a Roma y de su detención en esta ciudad. Los nacidos no han visto en toda su vida, como yo he oído a algunos hombres ancianos, tanta abundancia de todo, y una cosecha general de todos los frutos tan llena y tan copiosa. Las cosas de huerta han sido toda la primavera en tanta abundancia que, aun de las hortalizas delicadas, como los exquisitos brócules romanos, de las alcachofas y otras semejantes, por un cuarto, por decirlo así, podría una persona comer a toda satisfacción.

Continuando la abundancia de hortalizas del tiempo, se ha seguido una extraordinaria abundancia de todo género de frutas. Las tempranas, las tardías, las delicadas, y las de mayor resistencia, todas, por la misericordiosa bendición del cielo, se han logrado completamente en este año de tantos desastres y desgracias para Roma, y así el pobre tiene en las frutas la misma ventaja que en la hortaliza, pudiendo satisfacer su necesidad con muy poco dinero. De la cosecha de trigo están asombrados todos los hombres prácticos en este género, pues parece que las espigas se han hecho una tercera parte más largas que en otros años abundantes; y entre las muchas legumbres que sirven de potajes o menestras no ha faltado una, y se espera igual abundancia de los frutos que aún no se han cogido, como del maíz en Castilla, panizo en Aragón, formentone en Bolonia y granturco en Roma, del vino, del aceite, de la bellota y de la castaña. ¡Oh, sea mil veces bendita y ensalzada la amorosísima y benignisísima providencia del Señor, pues sin ella nos comerían a bocados por las calles los pordioseros y mendigos, y aun a vista del sol nos asaltarían en las mismas ladrones osados y atrevidos; y con ella quedan todas estas miserias y males en una medianía, y aun menos, y serían mucho menores si por una absoluta falta de gobierno en este ramo, y por los monopolios y otros muchos fraudes de los romanos, no se vendieran los géneros de primera necesidad, pan, carnes, vino y aceite a un precio más subido de lo que se debía en una tan extraordinaria abundancia de todo! Pero absolutamente no son altos los precios de las dichas cosas, y aun se nota que el pan moreno de los pobres, aun atendida su inferior calidad, se vende más barato que el pan blanco de los demás.

De nuevo bendigo la amorosísima providencia del Señor en este particular, pues estoy viendo que nos veríamos en un abismo de miserias y de males si las cosechas fueran cortas y hubiera escasez de comestibles. Quiera el Señor (y lo espero) haber tenido la misma benignísima providencia en la pobrecita, afligida y oprimida España. Ni aun esto podemos saber de provincia alguna de la Monarquía, porque de ninguna de ellas llegan cartas. En las últimas cartas

que yo tuve de Castilla la Vieja y de Aragón, con fecha de últimos del mes de abril, me aseguraban que estaba el trigo a un precio bajo, en medio de estar llena España de tropa francesa; y esto es prueba segura así de que había mucho trigo, como de que no era mala la muestra de la cosecha del año. Pero habiendo empezado en los primeros días de junio, cuando estaban todos los frutos sobre la tierra, los movimientos y marchas de muchos ejércitos franceses y españoles, ataques y batallas en casi todas las provincias del Reino, es forzoso que hayan padecido mucho los sembrados, y se haya arruinado en alguna parte la cosecha, y aun no será extraño que en algunas partes hayan faltado brazos para cogerlas, y después qué consumo y destrozo no harán tantos ejércitos franceses que comen en España, y tantos españoles que es preciso mantener. Una providencia amorosísima del Señor, semejante a la que ha usado este año con Roma, pudiera bastar para todo; y si por sus altos y adorables juicios no se ha dignado de tenerla, se padecerá mucho en España en este año por la escasez de trigo. Es verdad que, teniendo abiertos los mares por la paz con los ingleses, y no faltando dinero, como parece que no faltará según las generosas ofertas de obispos y cabildos de catedrales, de que aquí han llegado algunos rumores, podrán traer de la África cuanto trigo necesiten. Cuánto siento no poder hablar de las cosas de España sino a tientas, y conjeturando, y así nos sucederá en adelante, y cada vez con mayor disgusto nuestro; pero, según está alterada la Nación en casi todos los reinos y provincias, todos los días sucederán grandes cosas si no se abaten los españoles, como yo lo espero, con el fantasma del nuevo rey José Napoleón.

Día 11 de agosto

El nuevo Rey de las Dos Sicilias, Joaquín Murat o Napoleón, mete tanto ruido en este país como le meterá en España el nuevo rey católico José Bonaparte o Napoleón. Ayer pasó por esta ciudad hacia Nápoles con bastante diligencia y con un tren ostentoso un principal oficial francés llamado Perignon, y será Mariscal, o por lo menos Teniente General al servicio del Emperador Buonaparte, y va a la dicha Corte de Nápoles con el distinguido empleo de Virrey en la ausencia de Su Majestad siciliana, y es creíble que guste poco de esta providencia el famoso corso Salicetti, que desde la partida del rey José por el mes de mayo manda despóticamente en la Corte y Reino de Nápoles; y en este su Virreinato de dos o tres meses no se han visto grandes novedades; y creerá que haya nacido de que, habiendo sacado tantas tropas de la Corte y Reino de Nápoles desde la partida del rey José, se hallará con pocas fuerzas, y temerá irritar las gentes con órdenes disgustosas sobre religiosos y religiosas, y sobre otros asuntos semejantes. Para llenar el hueco de tanta tropa veterana que se

ha sacado de Nápoles ha ido pasando en estos días, así por el camino de Trento, como de este de Roma, buen número de nuevos conscriptos o reclutas, por lo mayor italianos, que van generalmente de malísima gana. El día cinco de este mes llegó aquí un batallón ya formado de italianos de nueva leva, y venido escoltado de buen número de caballos franceses, y habiéndose alojado en el convento de Araceli de franciscos observantes, y allí estuvo encerrado sin salir un hombre por la ciudad, hasta que el modo dicho continuó su marcha hacia Nápoles. ¡Qué tropa ésta tan leal y tan fervorosa para perder su vida en defensa de su Soberano! Y después nos están todos los días aturdiendo las orejas con parloterías, como que a todos hacen felices, en todas partes les quieren mucho y están muy contentos con su Gobierno, y no es extraño que hagan esto con los conscriptos o reclutas de Italia, pues se sabe que allá dentro del Imperio francés a los jóvenes de nueva leva, aunque individuos privilegiadísimos de la Gran Nación, les llevan de ciudad en ciudad atados con cadenas, y con una argolla de hierro al cuello. Mucha paciencia o mucho desaliento tiene el pueblo francés, y otros muchos pueblos de otras provincias, pues sufren sobre la faz de la tierra tales monstruos, y se dejan oprimir de ellos.

En algunas partes, como que quieren hacer algunos esfuerzos para librarse de la tiranía bestial de estos hombres por este motivo de conscripciones o de levas, prevén sin duda los del Gobierno francés que la guerra de España, hasta llegar a abatir aquella resuelta Nación, les ha de costar mucha gente, y les da algún cuidado el observar que se arma poderosísimamente el Emperador de Alemania, y hace muy bien, pues no ignora las intenciones ambiciosísimas e injustísimas de la Francia contra su Imperio, y que sólo desistirá de ellas por falta de poder para ejecutarlas. Por estos motivos, a lo que se puede entender, quieren sacar gente en abundancia de todas partes, y están poniendo en ejecución sus conscripciones o alistamientos en todas las provincias del Imperio francés de este lado de los Alpes, y en todas las del Reino de Italia, y aun en las nuevas de la Marca de Ancona y Ducado de Urbino; y por otro título de confederación o alianza, u otro ideal y fantástico, también intentan sacar gente en los cantones suizos. Pero en estos desistirán de esta pretensión porque se resisten con seriedad los pueblos, y no tienen manera de forzarlos. En el Ginovesado, en el Piamonte, y mucho más en la Marca de Ancona y Ducado de Urbino, hay sus inquietudes y amotinamientos de gente por causa de las conscripciones o levas. Veremos si son de alguna consecuencia, y que les den algo con qué entender a los franceses, y sería no muy difícil aterrarlos y hacerlos volver atrás, porque en parte ninguna tienen mucha tropa fiel, y más hacen con los engaños y astucias, y con el favor de los amigos del país, que con la fuerza militar.

Al rumbo contrario de Perignon pasaron antes de ayer por esta ciudad, viniendo desde Nápoles, varios distinguidos sujetos de aquella Corte. Estos componen una numerosa y honorífica diputación que va a congratularse y cumplimentar en nombre de la dicha Corte y reinos al nuevo Rey de las Dos Sicilias, Joaquín Murat, o Napoleón, en donde quiera que le hallaren, y tendrán que ir por lo menos hasta Milán, y acaso hasta Turín, o dentro de la Francia. Esas diputaciones honrosas son inspiradas por ellos mismos, o por sus ministros o parciales, porque estos hombres, que de peluqueros y de otros oficios semejantes han subido al trono, se deleitan y pavonean grandemente con este género de honores. Entre los diputados va uno de la familia Pignatelli, que es tan numerosa y dividida en tantos ramos en Nápoles que hay Pignatellis buenos y malos, realistas y jacobinos, y éste de esta comisión es sin duda de estos últimos. Otro de los diputados es el ex cardenal Carrafa Belvedere, que habiendo renunciado la Púrpura se ha casado para conservar su familia. Con el rey José estaba en bastante gracia, y ahora procurará ganar la del rey Joaquín. Entre ellos va también el intruso Gobernador del Arzobispado de Nápoles, que ha de ser D. Bernardo de la Torre, Obispo de Lettere, que fue jacobino republicano en la revolución de aquel Reino, y después se estuvo casi escondido aquí en Roma hasta la segunda entrada de los franceses en Nápoles, y entonces se fue allá volando, y bien presto fue nombrado Gobernador del Arzobispado de Nápoles. Entre tanto el cardenal Luis Rufo Scilla, Arzobispo de la dicha ciudad, está escondido o arrestado en Gaeta o en otra parte. Pero no se le debe hacer fuerza para que renuncie al Arzobispado, o él está firme en no renunciarle.

Mucho más que sobre el Rey de las Dos Sicilias tendríamos que hablar sobre el Rey de España y su viaje desde Bayona a Madrid si nos llegaran cartas de España. Por las gacetas de los franceses se tiene en el día por cierto que el diecisiete del mes pasado de julio estaba en la ciudad de Burgos. Desde Bayona a la dicha ciudad de Burgos no se guardó con nueva exactitud el itinerario que se publicó en las gacetas. Pero esto importa poco, y al fin, como en ocho días, y recibiendo en todas partes, según las dichas gacetas, mil demostraciones de obsequio, llegó a la dicha ciudad, y en ella no es imposible que haya sido recibido con bastantes vivas y aclamaciones, y de ciertos se las habrá procurado el iluso y fanático arzobispo Cid Monroy. Por la idea confusa que aquí podemos formar del estado de las cosas en España, no hallábamos dificultad alguna en que el rey José llegase a Burgos, porque la Guipúzcoa, Álava y Rioja están enteramente quietas, y solamente al principio de las presentes novedades hubo alguna agitación hacia Logroño. Por el contrario ha estado muy conmovido todo aquel país de Palencia, Valladolid y sus cercanías, y no sabemos cómo estaba a la mitad del mes de julio. Estamos pues con mucha curiosidad

sobre la continuación del viaje del Rey con todo el numeroso acompañamiento de los diputados de la Junta de Bayona, y sobre su entrada en Madrid.

En una carta de esa Corte con fecha de diecisiete de julio a un amigo mío, que me la ha mostrado, se dice alguna otra cosa que no es gusto de los franceses, y la dejaron pasar sin leerla, lo que sucede con pocas. En ella se dice que el día en que, según los avisos ministeriales, debía el nuevo rey José Napoleón poner sus píes en el territorio de la monarquía española, se hicieron allí regocijos públicos de repiques de las campanas, y otros; pero, añade, de malísima gana y forzados. Sin restricción alguna, y en plural, asegura el que escribe que han saqueado los palacios reales, y algunos de Grandes de España que se deben de haber retirado de la Corte. Habrán hecho buen botín y pillaje estos generosos conquistadores del mundo, y ya insinuamos alguna cosa en confuso del gran Murat, que ahora viene a ser Rey de Nápoles, y al presente oímos asegurar que con solas las joyas de la reina María Luisa ha robado dos millones de pesos duros. Y ya se ve que no hay ni una sombra de derecho en los franceses para apoderarse de las cosas y alhajas que dejó la familia real en sus palacios, no pudiendo presumir que hubiese un hombre tan malvado y tan pérfido que les llamase a Bayona para destronarla, oprimirla, arrestarla y encerrarla en una prisión; y de todo rigor de Justicia la debían de enviar sus alhajas para socorrer en sus necesidades, que no serán pocas, estando en manos de viles e interesados franceses, y no yendo dinero de España para su manutención.

Da también en su carta el madrileño la curiosa noticia de que se está fortificando un montecito no lejos del palacio del Buen Retiro, con lo que aprendemos dos cosas. La primera, que el rey José no va a vivir al nuevo palacio real en que vivían los reyes desde el principio del reinado de Carlos III, sino al antiguo del Buen Retiro, en que vivieron por muchos años; y, la segunda, que, para hacer más segura la habitación de Su Majestad en el dicho palacio, se levanta alguna batería o fuertecillo en algún sitio oportuno para protegerle contra los asaltos del pueblo de Madrid, y supone en este odio y aversión contra ellos; finalmente se dice en esta carta que los portugueses se han unido con nosotros, y ya se había dicho por aquí que alguna parte de la tropa portuguesa, que según las órdenes de Buonaparte, atravesando la España, iba caminando a Bayona, viendo a los españoles alarmados contra los franceses, se había unido con aquellos, y creo que la mayor parte de ella se retiró hacia Zaragoza. Juzgo, no obstante, que el que escribe nos quiere decir que la nación portuguesa, imitando a la española, se ha levantado contra los franceses que están dentro de su Reino, y son dueños, y que las dos naciones van de inteligencia entre sí para resistir a unos inicuos, impíos y bárbaros usurpadores, y será muy útil por muchos títulos esta reunión de las dos naciones; aunque nosotros no lo lleguemos

a entender con alguna claridad, como ni otros importantísimos sucesos, por lo increíble y menos explicable esclavitud en este punto en que nos tienen estos tiranos filósofos.

DÍA 14 DE AGOSTO

En estos días pasados oí hablar de algún otro papelito del cardenal Pacca, nuevo Secretario de Estado, y me aseguraron que estaban muy bien escritos; y lo tengo por cierto sin haberlos visto, porque con la razón y Justicia en la mano, no teniendo miedo en decirlo, es fácil escribir bien. Irritados los franceses con estos escritos, o, lo que es más cierto, sin motivo alguno dado por el dicho Cardenal ni por el Papa, dieron ayer algunos asaltos, y por consiguiente consiguieron otras tantas victorias, porque ya es cosa asentada, por las relaciones que ellos ponen en las gacetas, que en todas partes, en todos los asaltos y batallas, los franceses de estos tiempos siempre vencen, y mucho más será cierto en Roma, en donde no necesitan para vencer de cañones, ni de valor ni pericia militar, y les basta la osadía y descaro, de que están abundantemente provistos. El primer asalto valeroso fue en el palacio de Monte Citorio, en donde buscaban papeles de algunas causas o pleitos pertenecientes a las provincias de la Marca de Ancona o del Ducado de Urbino, reunidas poco ha al Reino de Italia, y supongo que los cogieron, y todos los demás que quisiesen.

El segundo asalto fue contra un castillo más fuerte, aunque ya conquistado varias veces por ellos mismos, o más bien sacrílegamente violado y profanado; esto es, el palacio pontificio del Quirinal, en donde está escondido el piadoso y heroico pontífice Chiaramonti. A la puerta principal de él, que es la única que está abierta, y en la que hace la guardia un piquete de seis u ocho suizos con sus albardas, se presentó un buen piquete de tropa francesa con uno o dos oficiales a la frente. Los suizos protestaron como otras veces que tenían orden de no dejar entrar gente armada en el palacio. Pero, no haciendo otra diligencia que protestar el orden que tenían, los franceses, sorprendidos los suizos con algún engaño, como otras veces, y aterrados con la superioridad del enemigo, entraron francamente en palacio, e hicieron en él todo lo que intentaban. En la Secretaría de Estado hicieron lo mismo que en el mes de junio, estando en el empleo del cardenal Gabrielli, y pusieron su sello, como entonces, en los papeles y despacho de dicha Secretaría. En esta ocasión, como en la otra, quitará el Papa los dichos sellos por su legítima autoridad de Soberano, aun por confesión de los mismos franceses, y hará escribir al cardenal Pacca una fogosa protesta contra este gravísimo insulto, y ella no tendrá el efecto, aunque se demuestre, como es fácil, que son unos bárbaros y unas bestias que obran sin razón, sin Justicia y sin derecho, de que se corran y avergüencen, y mucho

menos de que se enmienden y corrijan; pero le tendrán de que los romanos cada día se exacerben más contra estos hombres insolentísimos, y de que crezca en ellos el amor, el aprecio y reverencia para con el santo pontífice Pío VII, su Soberano. Otros dos asaltillos dieron con suceso igualmente feliz, y sellaron también los despachos, archivos y papeles del Camarlengato y de la Consulta; y gloriosos con tantas victorias se retiraron a descansar en sus cuarteles o alojamientos.

No obstante, una gestión que hicieron ayer por la tarde, habiendo ejecutado todo lo dicho por la mañana, es prueba segurísima de que se les escapó algún reducto o mina oculta, o de que entraron presto en el pensamiento de hacer nuevas conquistas. A los suizos, que, más por falta de entendimiento que de voluntad, no han procedido con acierto en estos lances, se les puso al instante por superior un caporal o sargento de los mismos que debe estar siempre a la puerta, y bien presto ejecutó con exactitud las órdenes que ya se habían dado a los soldados, y no supieron ejecutar. Vio el caporal, o sargento, que se enderezaba a la puerta del palacio un buen piquete de tropa francesa con su oficial a la frente, y mandó cerrar las puertas, y les dio con ellas en los *occhios*, o en los ojos, como se suele decir. Los franceses no llevaban artillería, ni hachas, ni verosímilmente órdenes tan osados que intentaron romper las puertas violentamente, y haciendo su evolución militar con media vuelta a la derecha, o a la izquierda, se volvieron a su cuartel, y después con una docena de mentiras, que a ellos no les cuestan nada, han querido persuadir a las gentes que no tuvieron intención de entrar en el palacio. Si estas soeces, viles e insolentísimas violencias contra el Papa se llega por estos que se llaman grandes hombres de la Francia, y de tales medios, en sí mismos indecentes, se ve obligado a cesar el Romano Pontífice para no ser oprimido en un rinconcito de su palacio. Y al mismo tiempo estos bribones están haciendo creer, a fuerza de mentiras, a toda la Europa que el Papa conserva verdaderamente su Soberanía, y que no le hacen violencia alguna, y ya pudiéramos contentarnos con que le tuvieran solamente impedida y atada la potestad temporal de Soberano, y le dejasen libre la eclesiástica y espiritual propia de su sagrada dignidad de Vicario de Jesucristo. En el día tenemos delante de los ojos una prueba segura de su mucha opresión aun en esta. Se quería publicar un edicto de prohibición de algunos libros malos, y como en ninguna imprenta, ni aun en la cameral, que es propiamente del Papa, se puede imprimir un renglón sin licencia de los franceses, se les presentó el edicto para que le diesen, y ellos no han querido darla, y no se ha impreso ni publicado. Qué es esto, sino hacer ellos no sólo de soberanos sino también de papas, o por lo menos atar insolentemente las manos al legítimo Pontífice en un ramo, el más propio y más característico de su sagrada potestad de pastor de la Iglesia universal. Parece que en el

edicto, que no se ha impreso, se prohibían algunos libros de la filosofía o francmasonismo, y no se puede menos que decir que en las circunstancias presentes no tendría efecto alguno considerable, y acaso sería perjudicial, pues con él pudieran irritarse más los filósofos y francmasones, y, teniendo poder para todo lo que quieren, pudieran hacer nuevas vejaciones e insultos al Papa, y a otros eclesiásticos de autoridad. Este celo, que ahora se quiere mostrar, faltó a Roma, y a todos sus tribunales, y especialmente el de la Inquisición de los PP. Dominicos, en tiempo y sazón, y por muchos años seguidos, cuando hubiera sido eficaz y poderoso para impedir la propagación del filosofismo, francmasonismo y jansenismo, que todos vienen a ser una misma cosa. Punto de historia importantísimo y vergonzosísimo para la ilustre religión dominicana, sobre el cual van esparcidos por este nuestro diario muchos casos particulares que, por sí solos, son pruebas evidentes y demostrativas de esta gran proposición que francamente presento en este lugar. Esta es, que si los padres inquisidores dominicos, en los treinta años que corrieron desde el sesenta al noventa del siglo pasado, hubieran tenido tanto celo, y qué digo tanto, la mitad solamente, ya de persecución de los libros favorables a las dichas sectas anticristianas, y ya de protección de los contrarios a ellas, como tuvieron uno y otro en los de honor y deshonor de la Compañía de Jesús, no se hubieran propagado tanto, ni hubieran llegado a prevalecer y triunfar en todos los Estados Católicos y en la misma Roma la incrédula filosofía y sus asociados francmasonismo y jansenismo. Verdad innegable, palpable y de bulto, por decirlo así, aunque no sabré decidir si es mayor la ignominia que de ella se sigue a la religión dominicana que el desacierto de Roma en conservar en sus manos tales empleos de maestros del Sacro Palacio, y de Inquisidores, después de haber abusado de ellos tan torpemente, y con un daño inmenso de la Santísima Religión Católica, Apostólica Romana, y de la sagrada potestad de los pontífices, violada impunemente en muchos ramos, y aun de su Soberanía temporal.

Día 17 de agosto

En estos tres días antecedentes, catorce, quince y dieciséis, hemos tenido en Roma tres fiestas muy diferentes entre sí y de algún modo contrarias, y una se puede llamar papal, o pontificia, la otra francesa, y la tercera jesuítica, y las presentaremos aquí, resumiéndolas de algún modo. La pontificia ha sido semejante a las que se han hecho en los principales misterios de la Santísima Virgen, siempre que se ha estado en tribulación, o con temores muy fundados de ella. A su tiempo se ordenó que se hiciese la novena de Nuestra Señora de la Asunción con algún sermoncito moral para la corrección de las costumbres en muchas iglesias de Roma dedicadas a la misma Señora, o con algún altar de

alguna imagen suya, y después se añadió otro orden de hacer un triduo los tres últimos días trece, catorce y quince en otras muchas iglesias, y en uno y otro caso, para atraer más al pueblo, se conceden a manos llenas indulgencias, ya parciales y ya plenarias. Y en el tiempo de triduo se prohíben con mucha fuerza y resolución los teatros y todo género de diversión pública profana. Parece que la devoción misma que muestra Su Santidad con este riguroso edicto para con este gloriosísimo misterio de la Santísima Virgen, se la ha pegado al pueblo, y he oído notar a muchos que concurría mucha gente, y con mucha piedad, a estas devotas novenas y triduos de la Santísima Virgen, y como quieren inferir de esta tan general devoción del pueblo que se acabará pronto la presente opresión del Santo Padre y de todos los buenos de Roma, retirándose de esta ciudad los franceses. Lo cierto es que siempre tienen muy estimables efectos estas públicas y generales oraciones o rogativas, especialmente ejecutadas con piedad y devoción, como ahora ha sucedido, y tendrían también el que se desea y se solicita, y saldríamos todos de la gravísima tribulación con que nos hallamos, si lo que ya se ha padecido de insultos, de injurias y agravios insolentísimos al sumo pontífice Pío VII, a todo el Colegio de los cardenales, y a otras muchas dignísimas personas, y cien generales vejaciones y miserias que se han padecido desde el día dos de febrero, fueran en la realidad bastantes para que se entrase seriamente en el pensamiento y resolución de revocar, reformar y corregir. Sin esta disposición de ánimo para esta enmienda y reforma que el Señor quiere y es absolutamente necesaria, o no se acabarán los trabajos presentes, que ya son los segundos, o volverán otros terceros, y aun cuartos.

La fiesta pontificia ha desconcertado y aguado alguna cosa la fiesta de los franceses. Esta es la gran fiesta en el día de toda la Francia y de todos los franceses esparcidos por todo el mundo, que se empezó a celebrar después de la coronación y consagración de Napoleón Buonaparte como Emperador de los franceses, y al principio parecía fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora con alguna conmemoración de San Napoleón que no se ha podido hallar en los menologios de la Iglesia. Al presente esta fiesta del día quince de agosto, en el que por ventura nació Buonaparte, aunque yo no lo puedo asegurar[2], ya se mira por las gentes de reflexión y discernimiento como una fiesta que se hace a él mismo, tratándole como a una divinidad, y haciendo con ella prácticamente su apoteosis o canonización al aire de las de los antiguos emperadores romanos.

Aquí se dio principio a la fiesta del día catorce al anochecer con una numerosa salva de artillería en el castillo de San Ángel, y la mañana siguiente del día quince, y fiesta de la gloriosísima Asunción de la Santísima Virgen, casi

2 Napoleón nació el 15 de agosto de 1769 en Ajaccio.

toda se empleó en pomposas y aun misteriosas evoluciones militares, y con ellas lograron los oficiales ateístas que aun unos pocos soldados que hubieran tenido devoción de oír misa en un día tan grande, no tuviesen tiempo para oírla. Salió, pues, toda la tropa francesa que no estaba de servicio bastante vistosa y galana por la puerta del Popolo, y fue a parar a una llanura y descampado que está una o dos millas fuera de la ciudad. Yo no fui allá, y aun creo que fueron muy pocos romanos, y estos serían de los que hay en Roma (y llegan a algunos millares) a quienes les importa tan poco la misa como a los franceses. Pero hubo bastantes testigos para que se pueda saber con seguridad que allí se hicieron varias evoluciones militares y algunas extrañas y significativas, a lo que parece, de algún misterio francmasónico, y con ellas, y con alegrísimos vivas y entusiásticas aclamaciones a Napoleón el Grande, se pretende engendrar en todos los soldados un concepto e idea tan sublime y elevada de este hombre, como si fuera en la realidad un héroe extraordinarísimo, triunfador de todo el mundo, y siempre invencible, y una divinidad, o poco menos.

A las once de la mañana volvió a la ciudad la tropa, y podía ser de cuatro o cinco mil hombres de infantería y caballería, y volvió también el general Miollis, Comandante de ella, con toda la oficialidad primaria, o Plana Mayor, y pensaron al instante en disponerse para asistir a la fiesta sagrada o de Iglesia. La de San Luis Rey de Francia, que era, y es de la nación francesa, estaba suficientemente adornada con iluminación bastante copiosa, y con un gran palco para la música.

Hacia el mediodía acudieron a ella el general Miollis y los demás oficiales generales en cuerpo, y algunos ministros de Cortes, y otros muchos franceses y romanos de otras clases y condiciones. Se cantó con bastante solemnidad el *Te Deum Laudamus*, y se acabó toda la fiesta eclesiástica; porque, aunque en otras partes, y mucho más en París, se suele cantar una misa solemne, Miollis ya nos ha hecho saber que él no oye misas sino de coronaciones de emperadores y de papas.

Aquí se seguía naturalmente un suntuoso banquete en casa del general Miollis, y por la noche academia, música, baile y otras diversiones profanas; pero por el edicto de Su Santidad, prohibiendo en el día toda diversión profana, se suspendió todo, y se pasó la tarde y la noche de un día tan festivo, y de tanto lucimiento para los franceses, con quietud y reposo, y, por decirlo así, en oscuridad y tinieblas, porque, aunque a ellos no les hace fuerza alguna el orden del Santo Padre, sería respetado y observado generalmente por la nobleza romana de uno y otro sexo, y se hubieran visto solos los franceses si hubieran resuelto tener en tal día la fiesta profana en la casa del General. Esto es una verdad lisa, llana y pública, y reconocida por todos, y aun por los mismos franceses, y es una prueba evidente y segurísima de que el pontífice Pío VII, encerra-

do y encarcelado en su rincón del palacio del Quirinal por su heroica paciencia y magnanimidad, es más estimado, más obedecido y más venerado de la nobleza romana, y generalmente de todos sus súbditos, que cuando libremente hacía de Papa y de Soberano.

Al fin ayer se hizo todo, y se suplió lo que faltó a la fiesta el día propio del quince, y en la habitación de Miollis en el palacio del príncipe Doria hubo banquete numeroso y espléndido de franceses y romanos, y por la noche grande academia de música y de baile, y fue muy asistida especialmente de damas y señoras romanas. Todo a la dentro, que nosotros no podemos ver ni observar haber sido perfecto y acabado por todos lados y títulos, pero lo que ha salido a la calle no puede haber sido más ridículo, más pueril, y más indecente. Pensó el general Miollis en adornar la gran fachada del palacio hacia la calle del Corso con alguna hermosura y magnificencia, y le hubieran servido a su gusto los romanos, pues saben hacerlo. Pero llegando a las inmediatas, y al precio de algún otro centenar de pesos duros que le pidieron los que habían de ejecutar la cosa, se aterró Miollis, y se acogió, como suelen hacer por economía y por miseria, a la bella simplicidad y rusticidad filosófica. En efecto, todo el adorno de la magnífica fachada del palacio más era propio de un festejo pastoril en sus majadas, o de unos pobres *contadinos* o labradores en sus chozas del campo, que de una solemnísima fiesta de los más grandes hombres del mundo en obsequio de un héroe superior a todos los de los siglos pasados ejecutada en la bella, culta y magnífica Corte de Roma. Todo él se ha reducido a tres arcos algo grandes a las esquinas, y en el centro de la fachada, y a otros varios mucho menores en los huecos de los otros, y como para formar de todos una continuada cadena; y todos ellos grandes y chicos no eran más que cuatro tablas y palitroques cubiertos de ramaje. Los romanos se han reído y burlado muy bien, y han echado, por decirlo así, cien gargajos sobre este fino y delicado gusto francés en adornar para una lucida fiesta la magnífica fachada de un palacio. Pero lo hacen con algún encogimiento, ya por miedo a sus sables, y ya por su antigua costumbre, y aun esclavitud, en alabar e imitar las cosas más ridículas y más pueriles de la Francia. Pobres españoles, si tuviéramos la osadía de emporcar la hermosa calle del Corso y la bella fachada del palacio Doria con semejante horror y asquerosidad, pues no merece otro nombre aquel grosero adorno, que no viene mal, y le usan algunos días solemnes en las puertas de sus casas las fruteras y revendedoras. Por lo menos, después de silbos y otros cien escarnios, y acaso pedradas, no hubiera merecido una nueva patente o diploma de bárbaro sin un vislumbre de cultura y de buen gusto. La iluminación de los arcos picaba en escasa, y sin orden ni simetría particular, y toda la fuerza se debió de poner en una N mayúscula que en perspectiva, y con luces por la espalda, se puso en el remate de los tres arcos

mayores, y parece que las tres N serán tres *Napoleones* o tres veces *Napoleón*, si ya no significan con alguna cosilla que se veía por allí algún necio y ridículo misterio francmasónico, especialmente que estaba muy instruido en ellos este general Miollis, pues oigo asegurar que es hombre muy adelantado en la Orden, y que será Recibidor y acaso Venerable.

La fiesta jesuítica toda ha sido doméstica y más propiamente privada e interior, sin que haya salido hacia fuera demostración alguna, y toda ella ha consistido en dos afectos muy diferentes, y aun encontrados, comunes necesariamente a todos los hijos de la Compañía que aún viven, y son de pena y de llanto por una parte, de esperanza y de consuelo por otra. Ayer, dieciséis de agosto, y puntualmente a la hora de la fiesta, de la música y de los bailes de Miollis, de sus franceses y de la nobleza romana, se cumplieron los treinta y cinco años de aquella negra y funesta noche del año de 1773 en que, con la intimación del Breve de Clemente XIV, fue absolutamente arrancada de la Iglesia la ilustre Compañía de Jesús fundada por el gran San Ignacio de Loyola. ¿Y qué jesuita, qué hijo de la Compañía de Jesús, si no ha degenerado, puede revolver por un momento en su memoria la muerte de su Madre sin entristecerse, sin afligirse, y sin lágrimas en sus ojos? Ella murió, y quedamos huérfanos desvalidos y sin Madre, y esto bastaba para llorar amargamente toda la vida, aunque su muerte hubiera sido dulce, suave y aun gloriosa. ¿Y qué será, habiendo sido bárbara y cruel en todo, como por aquel tiempo se dijo, e ignominiosísima, aplaudiéndola generalmente todos en Roma, y en otras partes, y sin merecer un poco de compasión sino a personas muy contadas, como le sucedió puntualmente a Jesucristo en su ignominiosa muerte en el Calvario?

Algo más que no compadecerse hicieron aquella noche los religiosos carmelitas descalzos españoles en este su hospicio de Santa Ana; y, habiendo llegado ahora auténticamente a mi noticia, quiero notarlo en este lugar para que se entienda que con toda razón se dijo aquí no hace mucho que esta casa de los dichos religiosos en Roma era uno de los rinconcitos del mundo más lleno de odio y de furor contra la Compañía de Jesús y contra sus hijos. Los padres Antonio del Beato Rojas y Fernando de San Luis Gonzaga, religiosos trinitarios descalzos españoles, vinieron de España a Roma pocos años después de la extinción de la Compañía, y desde entonces han vivido, y todavía viven, en este su convento de San Carlino a las cuatro fuentes, inmediato y pared en medio de la casa y hospicio de Santa Ana de los carmelitas descalzos españoles, con los cuales, por paisanos y por vecinos, tenían mucho trato. Hablando, pues, un día con los dichos religiosos trinitarios sobre la mala conducta de casi todos los regulares en los trabajos y persecuciones de la Compañía, por la cual padecen ahora no poco en muchas partes, convinieron con-

migo en todo, exceptuándose con razón a sí mismos, y en confirmación del asunto añadieron la siguiente historieta casi con estas mismas palabras.

A nuestro arribo a Roma nos contaron los padres de este convento que los carmelitas descalzos de esta casa de Santa Ana, con grandísimo escándalo y horror suyo, la noche de la extinción de la Compañía, y mientras estaban intimando a los afligidos jesuitas el fatal Breve de Clemente XIV, andaban corriendo por ella con gritos y tamboriles, brincando y bailando, y con gran bulla y algazara, celebrando y aplaudiendo la dicha extinción de la Compañía. Así me lo cuentan estos PP. Antonio y Fernando, dignísimos de todo crédito, como lo eran también los graves religiosos de su Orden que a ellos se lo contaron. ¿Y en qué rincón del mundo hay hombres tan inhumanos que celebren con danzas y bailes la triste suerte de un infeliz colgado de una horca, aunque fuese un facineroso y reo de muchos delitos? Estas atrocidades inauditas y casi imposibles al corazón humano estaban reservadas para estos arteros y místicos religiosos carmelitas descalzos en el espantoso abatimiento, lamentable ruina, e ignominiosísima muerte de la Compañía de Jesús, aunque nadie le ha echado en cara, y mucho menos ha probado, delitos algunos por los cuales la mereciese. Para un hecho tan escandaloso y tan inhumano nunca puede haber justo motivo y razón, y ahora pueden ya conocer estos padres descalzos que la causa que tuvieron sobre la común a casi todos los regulares de alegrarse de que desaparecieran del mundo los temidos, los envidiados y los aborrecidos jesuitas, era un delirio y un encaprichamiento suyo, pues no debían creer que, aunque faltase la Compañía, permitiría el Cielo que fuese colocado en los altares de la Iglesia un hombre notoriamente revoltoso e hipócrita.

Esta causa de beatificación del señor D. Juan está tan olvidada en todas partes, y tan abandonada aún de los PP. Carmelitas que, como hombres que ya no piensan continuarla, han enajenado esta casa u hospicio de Santa Ana, que fue el arsenal de todas las máquinas y el erario de los inmensos tesoros que se emplearon con todo ardor para llevarla a cabo, y en la que celebraron con gritos y tamboriles la extinción de la Compañía, como que con ella, y con los otros dos medios, ya estaba concluido el negocio. La fundadora de una nueva Religión de la perpetua adoración de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, que la compró y vive en ella hace ya más de un año, aunque todavía no ha logrado la confirmación del Santo Padre, ni se ha vestido del nuevo hábito, va adelantando el objeto principal de su Instituto, y a la exposición del Santísimo los días de fiesta desde la mañana hasta la noche, ha añadido ya exposición todos los días feriados o de trabajo en la forma siguiente. Por la mañana, por espacio como de hora y media, y otro tanto a lo último de la tarde, se hace exposición del Santísimo, y en aquel tiempo, además de otras varias preces y oraciones, cantan siempre muy bien y con mucha devo-

ción aquellas jóvenes medio religiosas, como yo las he oído muchas veces, coplitas muy tiernas al amabilísimo y sacratísimo Corazón de Jesús. ¿Y se puede menos que reconocer una especialísima providencia del Cielo al ver que en aquella misma casa en que se han dicho tantos horrores contra la devoción al Corazón de Jesús, contra la Compañía de su nombre, y contra sus hijos que la promovían con todo empeño, todos los días y a todas horas se ensalza y glorifica con piedad, con devoción y aun con gracia por aquellas inocentísimas jóvenes, que verdaderamente parecen ángeles, el ultrajado Santísimo y amabilísimo Corazón del buen Jesús?

La segunda parte de la fiesta jesuítica, que es el afecto de esperanza y consolación, no es menos común a todos los jesuitas, y aunque nunca ha faltado del todo, ni en la catástrofe misma de la general extinción, y ahora ha crecido mucho entre los que, según yo creo, piensan bien, la filosofía incrédula y práctico ateísmo, en el cual entran todas las sectas dominantes, es tan esencialmente opuesto a la Compañía de Jesús, y tan incompatible con ella, que mientras él triunfe, domine y tenga un gran poder en la Europa Católica, es forzoso que la Compañía esté sepultada y abandonada, y por el contrario es consiguiente que se levante y salga de su abatimiento cuando la filosofía vaya perdiendo su presente mando y dominio, y camine hacia su ruina y opresión en los principales Estados de la Europa. Siendo pues preciso que esto suceda, no debiendo temer que el Señor abandone la España, la Francia, la Alemania y aun la Italia, ve aquí desde luego un solidísimo apoyo de la esperanza del restablecimiento y resurrección de la Compañía de Jesús. O la filosofía incrédula domina de asiento y establemente en los tiempos adelante en los dichos Estados y países, o vuelve a ellos la sepultada Compañía de Jesús. No podemos creer lo primero; esperamos, pues, lo segundo.

El estado presente de las cosas, aunque muy glorioso para la filosofía, nos hace entrever no muy apartado el principio de su decadencia. Ha subido ya, a lo que parece, a lo sumo y al cenit de su gloria y exaltación. Ya ha extendido su poder aun a la Catolicísima España, y aun a la Apostólica Roma, y manda y domina desde Finisterre, en la Galicia, hasta Reggio, en la Calabria, y desde las columnas de Hércules hasta las costas del Báltico. Todos los reyes y príncipes católicos, casi con una entera generalidad, o son sus esclavos o están destronados y abatidos, y, según la naturaleza y condición de las cosas humanas, la suma altura y elevación de éstas, confina con el principio de su abatimiento y de su ruina, y con mucha probabilidad se descubre este feliz principio en el animoso celo contra esta infame filosofía, que con su abatimiento y opresión, impensadamente, y contra la expectación de todos, se ha cruzado con el humilde, manso y casi pusilánime corazón del presente Romano Pontífice, Chiariamonti, o Pío VII, y en el impetuoso ardor contra ella de la sana

y catolicísima nación española, que, con increíble vigor y con señales no oscuras de la protección del Cielo, le hace una viva guerra en los extranjeros y en sus corrompidos paisanos. Estos dos resueltos y casi milagrosos contrastes del pusilánime Pontífice y de la sacrificada e inerme nación española contra el ateísmo francés desconciertan ya algún tanto a los dominantes filósofos, son elogiados con trasporte en todas partes, y hacen abrir los ojos y cobrar ánimo a muchos, o deslumbrados o aterrados con las charlatanerías, victorias y conquistas de estos hombres. Se puede por tanto esperar que se le vayan multiplicando los enemigos, y que se les levanten muchos debajo de los pies en los mismos países en que están dominando, y que al cabo vaya por tierra esta impía, cruel y bárbara filosofía.

Esta esperanza excita ya en el corazón alegría y consuelo, no pudiendo poner los ojos en aquel venturoso día en el que, desmayadísima y debilitada la filosofía incrédula, aparezca con honor en la Iglesia la abatida Compañía de Jesús, nuestra preciosísima Madre, sin que de ellos se desprendan algunas lágrimas de gozo y de consuelo. Su opresión, su ignominia y su infamia con estos cincuenta años de persecución, y en especial en estos últimos treinta y cinco desde su extinción y muerte, no puede haber sido mayor ni más general en el mundo católico, y sus hijos generalmente tienen el suma satisfacción de que no la han olvidado ni deshonrado con su conducta en su tristísima situación. Igual a su abatimiento, y aún mayor, será su exaltación, su honor y su gloria en aquel tiempo de su nueva aparición en la Iglesia, que por las cosas que hemos insinuado creemos que se va llegando. Y ve aquí nuestra fiesta escondida e interior en este día dieciséis de agosto, y confesaremos que como nosotros le celebramos ahora con esperanza y consuelos, en los tiempos adelante le celebrarán de otro modo más solemne los que vengan después de nosotros.

Es una gran lástima, hablando como hombres, y venerando profundamente las disposiciones del Señor, que se nos mueran en estas circunstancias sujetos que pudieran ser muy útiles en el caso de restablecimiento general de la Compañía, que se nos representa no muy apartado; y tal es puntualmente el P. Felipe Asensio de nuestra provincia, que con sentimiento de toda ella y mayor mío ha muerto este día catorce de agosto en la ciudad de Bolonia. Seis meses antes de nuestro primer destierro de España empezó a estudiar la Filosofía en el Colegio de Santiago, siendo yo su maestro, y merece ser insinuada de paso una acción de este joven al embarcarnos en el puerto de La Coruña. Él, como todos los demás condiscípulos, no llevaba más que una mochilita con algunos libros, y una o dos camisas, y se había enamorado tanto de una bellísima estatua de madera de N^a^ S^a^ de la Concepción que estaba en la habitación del hermano boticario de aquel Colegio que, aunque era como de tres cuartas de alta, y todos le representábamos la imposibilidad de llevarla, él la metió

en su mochila, y la llevó desde La Coruña al Ferrol, desde este puerto al de Calvi en la isla de Córcega, y desde aquí hasta la ciudad de Bolonia, en la que nos asentamos establemente; y, habiendo tenido gusto en quedarse con ella el P. Lorenzo Uriarte, penúltimo Provincial de nuestra provincia, y habiéndola hecho pintar y darle encarnación, pues estaba en la pura madera, a su muerte, si no me engaño, la regaló a la parroquia de San Nicolás en la calle de San Felice, y allí estaba colocada con alguna decencia, y ¿quién sabe si la Santísima Virgen, que está en el Cielo, querrá honrar con algunos prodigios, y hacer célebre en la ciudad de nuestro destierro ésta su bella imagen en su gloriosísimo misterio de la Concepción en gracia, que se podrá llamar Nuestra Señora de los Españoles Desterrados? Con no mayores motivos o títulos se han visto milagros de la benignísima Señora en otras imágenes suyas.

En la ciudad de Calvi, en la isla de Córcega, estudió el segundo año de Filosofía, y el tercero en un palacio o casa de campo a pocas leguas de Bolonia, como por aquel tiempo se dijo en este nuestro *Diario*, y alguna cosa también de las miserias, estrecheces y tumultuarios viajes que acompasaron el estudio de la filosofía de estos jóvenes. Con más sosiego estudió los cuatro años de Teología en la ciudad de Bolonia, reunidos todos los jóvenes de la provincia, que la estudiaban en la casa o palacio llamado Fontanelli, que está enfrente de la dicha parroquia de San Nicolás, en la calle de San Felice o San Félix, y puntualísimamente al mismo acabar su estudio de Teología en el verano de 1773 sucedió la dolorosa extinción de la Compañía de Jesús. Su aprovechamiento en las dichas ciencias fue cual correspondía a un buen talento y a una seria y constante aplicación al estudio, y apenas enjugadas las lágrimas por la muerte de la estimadísima Madre se aplicó con empeño a otros estudios de cosas modernas, de Matemáticas y de Historia; y con ellos, y con los otros antecedentes, y con suficiente instrucción en las bellas letras, se halló en estado de entrar en la academia de algunos sujetos escogidos de la provincia de Castilla que, con el intento de escribir una imparcial Historia Eclesiástica, se formó en Bolonia hacia el año de ochenta y cinco, como se notó también en este *Diario*. Como miembro de esta academia escribió varias disertaciones sobre puntos históricos, y yo leí en Bolonia alguna otra de ellas, pero ninguna se ha impreso, como tampoco otras muchas de los otros académicos, y con todas ellas, según me escribió este P. Asensio cuando ya estaba deshecha la academia, se ha puesto en claro, en cuanto es posible, la Historia Eclesiástica de los seis primeros siglo de la Iglesia. La muerte del P. Francisco Javier Calvo, de nuestra provincia, maestro de Teología en el convictorio de la ciudad de Plasencia, fue causa de que no viniese a hacerse jesuita en Nápoles, aunque estaba ya recibido; por el mismo P. Provincial Pignatelli le destinó para sucesor del difunto Calvo en la cátedra de Teología de Plasencia, y enseñó la Teología

con toda suficiencia en el dicho convictorio por año y medio hasta que con suma ignominia fue echado de él con todos los demás jesuitas italianos y españoles por el nuevo Gobierno francés, y volvió a Bolonia, y puntualmente se puso a vivir con otros jesuitas españoles en la misma casa o palacio de Fontanelli, en el que estudió los cuatro años de Teología. Muy cerca de dicho palacio estaba el convento de religiosas franciscanas llamado de la Abadía, del cual, para otros asuntos diferentes, hicimos alguna otra vez mención en nuestro *Diario* en los primeros años de nuestra morada en Bolonia, y al presente está convertido en un hospital general para la tropa francesa. La cercanía de su casa al dicho hospital, el hablar bien la lengua francesa, y una insinuación, y casi súplica, del cardenal Opizzoni[3], Arzobispo de Bolonia, a su vuelta a aquella ciudad, hará como dos años, le hicieron entrar con aplicación en la asistencia a los enfermos de aquel numerosísimo hospital de la Abadía, y muchas veces me ha escrito que tenía tanta consolación en ver morir en sus manos, con muy fundadas esperanzas de salvarse, no sólo a hombres de vida estragada, sino también a herejes calvinistas y de otras sectas que, aunque el trabajo era grande, y no pequeño el peligro de perder la vida, no sabía apartarse del hospital, y en él se pasaba las mañanas y las tardes, y algunas veces las noches.

Siempre fue un hombre inocente, religioso muy ajustado, y después de la extinción de la Compañía, sin entrar para nada en cosas o distracciones del mundo, modestamente vestido, unido con otros españoles en una casa, aplicado a su estudio, pronto siempre a todas las cosas de piedad y devoción, ha tenido una conducta y vida arreglada, piadosa e irreprensible. Y al fin de esta se han añadido dos años de ejercicio de excelentísima caridad empleado enteramente en la conversión de miserables enfermos, y aún más enfermos en las almas que en los mismos cuerpos mismos con una grandísima fortificación, andando siempre entre tanta podredumbre de tantos apestados y hediondos soldados, y con un continuo y grave peligro de perder la salud y la vida, como ha sucedido efectivamente a juicio de quienes lo han visto y observado todo en Bolonia, y especialmente del P. Juan José Carrillo[4], mi antiguo conmaestro y amigo, que vive en la misma casa de Fontanelli, y ha asistido al difunto en toda

3 Carlo Oppizzoni (1769-1855), milanés, había estudiado Teología y Derecho Canónico en la Universidad de Pavía. Arcipreste de Milán, intervino en las negociaciones celebradas en Lyon para dilucidar la situación de la Iglesia en la República Cisalpina. El 20 de septiembre de 1802 fue nombrado Arzobispo de Bolonia, y Cardenal en el consistorio de 26 de marzo de 1804. Napoleón lo designó Senador del Reino de Italia. Su oposición al matrimonio del Emperador con María Luisa de Austria en 1810 le valió cárcel y la privación del arzobispado, al que regresó en julio de 1815.

4 Inmaculada FERNÁNDEZ ARRILLAGA: "La persecución de los jesuitas que no juraron la Constitución de Bayona en la correspondencia entre los PP. Juan José Carrillo y Manuel Luengo (1808-1813)", *Revista de Historia Moderna*, nº 18, 2000, pp. 223-244.

su larga y penosa enfermedad. Esta ha consistido, me viene a decir, en una general corrupción de los humores y de la sangre, que se le ha pegado del todo, o ha crecido y se ha aumentado mucho con el aire corrompido del hospital, y con los alientos apestados de tantos moribundos. En su enfermedad ha padecido mucho con gran paciencia y resignación, y ha muerto piadosísimamente casi en el mismo día que su particularísimo abogado y protector San Estanislao de Kostka, y prudentemente podemos esperar que le ha llevado a celebrar en el Cielo la solemnísima fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora. Como era jesuita en la provincia de Nápoles no hizo disposición alguna de sus cosas, y todo, ropa, libros y algún dinero, y no era éste en una cantidad despreciable, habiendo vivido siempre con juicio, quedó en manos de este Padre Provincial, el cual no sólo me dijo, como era regular, que la ropa se diese a pobres jesuitas, y que se conserve la librería para en adelante, sino que dejó también todo el dinero para socorrer a los jesuitas necesitados de Bolonia, que hace ya muchos meses que no reciben pensión. Yo no sólo me edifiqué, sino que casi me admiré que el P. Provincial, en las presentes circunstancias de España, por las cuales se hace casi imposible el hacer venir dinero de allá, y aumentándosele todos los días los gastos, ya por crecer siempre los precios de todas las cosas, y ya por habérsele venido a casa los dos o tres que estaban en Serce (sic) y temerse los mismo de los de Anagni, y aun los de Amelia, dejase libremente algunos centenares de pesos duros que eran suyos absolutamente y estaban enteramente a su disposición. Grande y singularísima providencia del Cielo el haber puesto como Superior de los jesuitas napolitanos a este ilustre y generoso español que halla medios para mantener con toda decencia en el presente abandono a tantos súbditos suyos, aunque no necesitará menos de cinco o seis mil pesos duros al año. Pero, así como alabo esta benignísima providencia del Señor, casi me quejo con humildad y confianza de que nos arrebate sujetos como un P. Felipe, que, por su edad no muy avanzada, por su salud robustísima, por su mucha piedad, buenos talentos e instrucción en muchas cosas, pudiera servir grandemente en el glorioso restablecimiento de la Compañía, dejando entre tanto acá tantos viejos inútiles como yo, que en aquel gran día no haremos más que comer el pan sin ganarle. Era el P. Felipe Asensio natural de un pequeño pueblo llamado Tapioles en el Reino de León, y no lejos de nuestro noviciado de Villagarcía de Campos, y nació a 26 de septiembre de 1745.

Día 23 de agosto

La presteza, y aun exactitud, cuando se hace al caso, en darnos los franceses a conocer sus cosas que le son de algún honor o ventaja, no pueden ser mayo-

res, y casi llegan a insulto y escrupulosidad, como es por el contrario más de lo que se puede entender su diligencia, actividad y tiranía en impedir que se llegue a saber cosa alguna que sea de algún modo contra ellos. La prontitud y precipitación en comunicar a Roma y a toda la Italia la nueva Constitución o forma de Gobierno para la monarquía española es una prueba demostrativa de lo primero. En poco más de un mes se ha traído de Bayona a esta ciudad una copia de la dicha Constitución, se ha traducido en lengua italiana, y se ha impreso, pues hace ya varios días que corre por Roma, y el diecisiete de este mes, sin haber usado de grande solicitud, ya había yo pasado los ojos por ella. Empieza así: *In nome de Dio omnipotente. Don Giuseppe per la gracia de Dio Re delle Spagne e delle Indies,* y acaba *Dato a Bayone 6 di Giulio di 1808 = Giuseppe = Per il Re il Ministro Secretario di Stato Maria Luigi di Urquijo*, y está impresa en la imprenta de Luis Perego. Es un tomito en octavo no muy pequeño. Sobre este título, si tuviéramos gana de hacer observaciones, pudiéramos escribir algunas hojas. ¿En dónde está, pérfidos e inicuos usurpadores franceses y españoles, viles y traidores a vuestra religión, a vuestra patria, en dónde está esta gracia de Dios que ha hecho a este pobre hombre, José Buonaparte, Rey de las Españas, y aun de las Indias? ¡Qué será blasfemar con una suma osadía, si esto no lo es! ¡y qué será delirar con un desconcertado frenesí si no lo es el titularse también Rey de las Indias, no teniendo medio alguno para entrar en posesión de aquellos vastísimos reinos! No quiero decir mas sobre esta infame y ridícula Constitución o forma de Gobierno de España, y puede bajar lo que dije sobre ella en el mes de julio, especialmente que no teniendo a la mano por la incuria con que es necesario vivir lo que escribía entonces sobre este asunto, pudiera fácilmente repetir lo que está ya dicho.

La posesión de los reinos de las Indias se dejará para cuando Buonaparte tenga escuadras superiores a las de los ingleses. Pero, teniendo ejércitos poderosísimos, y que llegan, a lo que dicen en sus gacetas francesas e italianas, a ochocientos mil hombres, y estos vencedores de todos y absolutamente invencibles, ha sido prontamente su hermano José a tomar posesión de su Reino de las Españas. Hacia el diecisiete de julio, habiendo salido de Bayona el ocho del dicho mes, le dejamos descansando en la ciudad de Burgos, y aquí se desconcertó el itinerario y el orden, y el método del viaje de Su Majestad Católica, y de toda la numerosa comitiva de los diputados o miembros de la Junta o Cortes de Bayona. A vuelta de más de un mes no hay una carta entre nosotros, ni aun de aquellos países de la Cantabria, Navarra o Rioja, en que se nos hable con alguna distinción de este viaje del Rey y de su numerosa comitiva, pues, aunque recientemente nos habían escrito varias, todas las que dijeron algo que disgustase a los franceses han quedado entre sus manos. En sus gacetas solamente se nos dice que salió de Burgos el dieciocho de julio, y

que llegó a Madrid el día veinte por la tarde, o a principios de la noche, y esto se tiene por cierto, y de aquí se infiere turbación y atropellamiento en la marcha; y parece que, dejando el camino cómodo de Palencia, Valladolid, Olmedo y Segovia, por cierto incómodo atajo, con poco acompañamiento se metió arrebatadamente en Madrid, en donde tendrá un buen ejército que le guarde y le defienda.

Ya está pues en Madrid desde el día veinte de julio de este año de 1808 un joven corso José Buonaparte, que, elegido Rey de España por su hermano Napoleón, y reconocido y jurado por los españoles de la Junta de Bayona, ha sido ya proclamado, levantando por el estandarte el conde de Campo Alange, porque el conde de Altamira, a quien toca hacer esta ceremonia, se debe de haber retirado de Madrid. Este día y los antecedentes hubo toros y teatros de balde, iluminaciones generales y otros regocijos, y no han dejado de insinuar los franceses en sus gacetas, aunque con alguna moderación, que los españoles de la Corte o madrileños se muestran muy contentos con el nuevo Rey, y que todos lo aclaman mucho. Su misma timidez y encogimiento en asegurar estos vivas y aclamaciones del pueblo de Madrid es prueba segurísima de que todo es falso, y por el contrario aseguran muchos italianos y españoles, y presumen que lo saben, que toda esta aclamación, fiestas, iluminaciones y regocijos han sido cosa friísima, continuando en general el generoso pueblo de Madrid a mirar con desprecio e indignación al Rey y a todos sus franceses; y añaden (y yo creo esto primero, como lo segundo) que más hubiera estimado el pueblo de Madrid, y es medio más oportuno para ganarle que los toros y los teatros, que le hubiera llevado abundancia de pan y de otros víveres, pues es suma la escasez de todo en la Corte, ya por los varios tumultos que ha habido desde el mes de marzo, y ya porque desde las provincias va poco de todo desde que por el mes de mayo empezaron a mandar allí los franceses.

Está pues ya consumado no sólo el destronamiento de toda la familia real de Borbón de España, sino también el ensalzamiento en aquel ilustre y autorizado trono de una familia extranjera y de una familia humilde y aun baja de la isla de Córcega; Carlos IV, hijo de Carlos III, y Fernando VII, su hijo, con toda su familia, están tirados a un rincón en la Francia, desposeídos de todo, y aun de su libertad, y verisímilmente en no poca miseria, y un oscuro y vil corso, José Buonaparte, está sentado en su real trono en la Corte de Madrid. No es posible dejar de asombrarse, y aun mucho más todavía, si hubiera palabras en la lengua, para explicar todo lo que de algún modo interiormente se concibe. Pero no quiero detenerme a hacer nuevas observaciones como pudiera, ni aun a repetir las antiguas y presentadas en otros lugares sobre esta tristísima catástrofe, sobre la ruina lamentable de toda aquella pobre y engañada familia real, y sobre las consecuencias dolorosísimas para la ilustre nación española,

cualquiera que sea el paradero de los presentes trastornos y turbulencias. Sólo lo quiero inculcar tres verdaderísimas proposiciones, en las que se encierra compendiosamente toda la historia de este ignominiosísimo abatimiento de toda la familia real de España, y ojalá pudiera yo clavárselas bien en el entendimiento y en el corazón a los desgraciados monarcas Carlos IV y Fernando VII.

Primera proposición. Los enemigos de la Compañía de Jesús en España, el duque de Alba, los abogados, Roda, Campomanes, Moñino, los frailes franciscos confesores y otros le hicieron creer a Carlos III, y los mismos, Azara y otros le hicieron creer a Carlos IV y María Luisa que los jesuitas abatirían su trono, si, con su brazo y poder, no les abatían a ellos. ¡Qué brutalidad, qué monstruo, y qué quimera no se puede hacer creer a los incautos e incapaces monarcas, conspirando a ello cuatro hombres malvados que les rodean! Segunda proposición. Así como es evidentísimo que los jesuitas, por falta de voluntad y de poder, eran incapacísimos de trastornar el trono de los reyes de España, y aun de causarle el más ligero peligro o vaivén, así lo es igualmente que, por castigo del Cielo, vengando su inocente sangre, y por la facilidad, faltando ellos, en propagarse las sectas anticristianas y republicanas, se ha llegado a trastornar y abatir enteramente el solidísimo trono de los reyes borbones en España.

Tercera proposición. Los dichos enemigos de los jesuitas en España irritaron a los reyes Carlos III y Carlos IV contra ellos con el expreso designio de destronizarlos, y hacer a España republicana, y con esta mudanza de Gobierno introducir en España la libertad de conciencia y de religión. ¡Qué descrédito e infamia para sus autorizados enemigos y sus allegados cuando se crean, como esperamos que llegará a suceder, estas tres importantísimas y verdaderísimas proposiciones, y qué honor y gloria para los jesuitas que viven en aquel tiempo, después de haber sido por cincuenta años el objeto del odio, del desprecio y del furor de todos los hombres de mando y autoridad en todas las Cortes de los Estados católicos, e incluyendo entre ellas a Roma!

José Buonaparte, aclamado ya en Madrid por Rey de España, tiene para defensa de su usurpado trono algunos millares de españoles corrompidos, y de las más distinguidas y autorizadas clases o condiciones, y tiene esparcidos por toda la Monarquía, en seis u ocho campos, doscientos mil franceses de la tropa más aguerrida que traidoramente entraron de antemano en España, y tiene otros tantos, y aún muchos más que le enviará, si fuesen necesarios, su hermano Napoleón, que forzosamente tiene un empeño grandísimo en conservarle en aquel trono en que él mismo le ha colocado; y se lo demostró a la despedida, pues, insinuándole el nuevo Rey algún temor en meterse en el centro de España, habiendo inquietud y revoluciones en varias provincias, *ve*, le dijo, con un aire soberano y casi de un Dios que tiene en su mano hacer todo lo que

quiere, *ve, y cuando mal te suceda, y los españoles te rodeen y te hagan prisionero, yo iré en persona a sacarte de sus manos.* Contra sí solamente puede tener, y efectivamente tiene, el cuerpo o grueso de la Nación esparcida por todas las provincias; pero una nación no muy numerosa, habiendo padecido mucho en pestes y guerras, sin tropa nacional, desarmada, debilitada y lánguida, empobrecida y abatida en cuanto ha podido causar estos efectos en ella tan maligno Gobierno por medio siglo, que expresamente lo ha procurado.

Quien no cuente por tanto con milagros patentes del Cielo y con prodigios extraordinarísimos de valor de los españoles, es forzoso que tenga por firme y por duradero el trono de los Buonapartes en España y el abatimiento de la real familia de Borbón. Nosotros empezamos a esperar uno y otro por el mes de junio, y siempre va creciendo esta nuestra esperanza, y me acompañan en esto generalmente todos los jesuitas españoles, que en amor a su patria, y en lealtad a sus reyes, no la ceden a nadie. Dos breves expresiones de dos cartas que se han escapado de las manos de los franceses sirven a maravilla para confirmar y avivar nuestra esperanza de que ha de prevalecer, contra tantos corrompidos españoles, la Religión, la lealtad, la generosidad, el esfuerzo y grandeza de ánimo de la ilustre nación española. En una de veintiuno de julio de Aldea Nueva en La Rioja, que yo he visto en manos de un amigo, después de insinuar que todo está lleno de franceses, y que un cordón de ellos le impide el ir a Tudela de Navarra, dice en términos formales que en Zaragoza los aragoneses han resistido valerosamente a los asaltos de la tropa francesa, y si han sido tres pueden haber sido significados en las tres palmas que se descubrieron en una nubecita que apareció en la capilla de Nª Sª del Pilar. ¡Y qué consuelo para quien tiene fe el observar que el Cielo hace milagros a beneficio de la católica nación española!, pues si el Señor y la Santísima Virgen la favorecen poco podrán contra él los numerosos ejércitos de Napoleón, la Europa toda, y todo el infierno confederados con él. ¿Y cómo se puede menos de mirar no sólo como un extraordinarísimo esfuerzo de los valerosos aragoneses, sino también como un maravilloso efecto de la gran protección de la Santísima Virgen que Zaragoza, sin artillería, sin tropa reglada, sin más murallas que unas débiles tapias, haya podido resistir a los asaltos de la tropa de Napoleón, a la que se han abierto las puertas de las más fuertes plazas de la Europa?

La otra carta es de Bilbao, y ya de data de este mes de agosto según entiendo, aunque no la he visto, y por lo mismo que aquella Villa, y aun el Señorío, a influjo del ministro Urquijo, del gran marino Mazarredo, y de otros varios del país afrancesados y corrompidos, han reconocido por Rey de España a José Buonaparte, son más dignas de crédito las expresiones que dice de alabanza y de elogio a la nación española. Por su modo de hablar se entiende

que le faltan palabras para explicar dignamente la generosidad, esfuerzos y singulares proezas de la nación española, en lo que viene a decir mucho, y, si bien muestra complacerse con estos felices sucesos de los españoles, teme no obstante que todos sean inútiles porque vienen, dice el bilbaíno, caminando hacia España tres nuevos ejércitos franceses de sesenta mil hombres cada uno; y no hay duda en que Buonaparte ha hecho entrar ya en España no poca tropa nueva, como después insinuaremos, y de que hará entrar toda la que tenga a la mano en Francia, aun dejando las plazas sin guarniciones. Pero no es creíble que tan pronto como nos quiere hacer creer el de Bilbao, acaso con algo de espíritu francés, puede llevar allá doscientos mil hombres sobre los otros que estaban ya dentro de España por el mes de marzo.

Crecen mucho nuestro consuelo y nuestra esperanza de ver triunfar a la nación española, con los rumores de señaladísimas victorias de los españoles contra los franceses dentro de España, de que de seis u ocho días a esta parte toda Roma está llena. Grandes y chicos de todas clases y condiciones, y todos generalmente con alegría por su aversión a los franceses que les están oprimiendo, y porque esperan resultas favorables a sí mismos, y los más con grande asombro y una especie de atolondramiento por sus necias e injustas preocupaciones por respeto a la nación española, de la que a todas horas se les oye decir, aun a hombres que debían saber algo, *que no es buena para nada*, todos ellos en sus casas, en plazas, en las calles, y en los públicos cafés, y muy de estudio a nuestras propias orejas, refieren con mil circunstanciadas particularidades victorias grandes, completas y casi decisivas de los españoles contra los franceses en esta y en aquella provincia de España. En el último día de este mes dispuso que calme algún tanto este alborotado tumulto de rumores y de relaciones atropelladas de batallas y victorias. Las expondremos aquí del mejor modo que podamos, aunque tenemos muy poca esperanza de que en estos días, si no hubiere algún milagro, llegaremos a ver carta alguna nuestra o de alguno del país que nos pueda dar alguna luz para hacer alguna relación de ellos algo más exacta, y mucho menos podemos esperarla de alguna de tantas gacetas francesas e italianas que corren en este país.

En este gran bullicio de toda Roma con las victorias de los españoles contra los franceses, que no ignoran Miollis y los suyos, y antes lo saben todo muy bien por medio de los jacobinos romanos que les son fieles espías, nada dicen en contrario sus muchas gacetas, ni aun la romana, que suele desfigurar muy bien las cosas contrarias a los franceses y ponderar las favorables, y en todas ellas, aunque pudieran llegar en sus datas hasta los cuatro, seis y aun ocho de este mes en Madrid, hay un profundo silencio sobre lo sucedido en aquella Corte después del veintiséis o veintisiete del mes pasado de julio. Con esta obvia reflexión, que salta por sí misma a los ojos, y observando al mismo tiem-

po, como hacen muchos romanos que tienen alguna proporción, que no hay un oficial francés que tenga ánimo y osadía para desmentir las dichas relaciones o rumores, todos lo tienen por cierto. Miollis y sus compañeros confirman la verdad de todo con su malísimo humor y con sus furores. Muy con tiempo, hacia los catorce o quince de este mes, cuando ellos solos por sus diligentísimas penas podían saber los sucesos de Madrid de los últimos días de julio, se intimó en todos los cafés públicos de Roma un orden general, absoluto y rigurosísimo del general francés Miollis, que dice que nadie hable de las cosas de España. Aun cuando fuera Soberano de Roma sería una brutalidad este orden en términos tan generales de este humanísimo y dulcísimo filósofo y libertador del género humano de sus antiguas prisiones y cadenas, pues ¿qué será, siendo todavía Soberano de de Roma, y confesando él mismo, cuando se ofrece, que lo es?

Un poco más adelante del día quince, y hacía el veinte, amaneció en las puertas del palacio de Monte Citorio un papelito en que muy compendiosamente se decían los sucesos de Madrid de los últimos días de julio. Acudió prontamente, luego que se advirtió la guardia francesa que está en la inmediata plaza Colonna, y le arrancó, y se le llevaría al general Miollis. Pobre del que le puso si cayera en sus manos, y, no pudiendo desfogar su cólera contra éste porque estará bien oculto, fue a desahogarle contra los oficiales de la posta o correo francés, como que este papelito era prueba de que han dejado pasar alguna carta que debía, según sus órdenes, haber sido quemada o suprimida. En persona les dio una severísima represión por su supuesto descuido, y amenazó con la muerte si volvían a tener otro semejante. Parecerán estos furores de bestias o de demonio, fábulas o exageraciones por lo menos a los que no conozcan a estos hombres sino por sus libros llenos de dulzura y humanidad, pero son verdades lisas y llanas, y públicas, ni son ajenas del verdadero espíritu filosófico, que en ningún vicio, y por consiguiente ni en la crueldad y tiranía, reconoce límites algunos, si le es útil. Infelices los españoles, y aún más nosotros los jesuitas, si de algún modo caemos en sus manos, pues ya ha protestado varias veces Miollis, aun cuando no estaba tan avinagrado y de tan mal humor como ahora, que tendría complacencia en arcabucear algunos.

Día 27 de agosto

Las cosas de Roma hacen poca impresión en el día por estar todos como encantados y suspensos con los ruidosos sucesos de España, y, aunque yo trato poco con romanos, ya me ha insinuado alguno de ellos la gran fortuna que sería de Roma si solos diez mil valerosos españoles viniesen por acá, pues serían bastante para librarlos de la opresión de estos bárbaros franceses. Tan alto es el

concepto que han formado de su valor, y tanto puede el amor de sí mismo, que empiezan a tener por capaces de echar de la Italia a los franceses a algunos pocos españoles, cuando hasta aquí en su modo de pensar y en sus públicas conversaciones de todos los días aquellos eran invencibles, y estos *no eran buenos para nada,* que es la expresión ordinaria y común de toda clase de italianos cuando hablan de españoles. Yo creo que, sin venir acá, hacen algún bien a Roma, ya porque las cosas de España ocupan tanto a Buonaparte y a los suyos que no les queda tiempo, gusto ni alma para pensar en otras partes, y ya también porque allá llevará mucha y la mejor tropa que tenga, y en efecto toda la que por aquí pasa hacia Nápoles es de muchachos de primera leva, y por la mayor parte de jovencitos franceses.

No obstante, el Papa por su lado, y Miollis por el suyo, van continuando en sus recíprocas hostilidades, oprimiendo el General francés a quien se le antoja, y protestando el Santo Padre del modo que puede contra sus violencias. El abate Monti, que era persona allegada a monseñor Gardoqui, Auditor de Rota de la Corona de Castilla, fue puesto en libertad, porque no debieron encontrar entre sus papeles cosa alguna que les disgustase, y por la razón contraria a lo que se cree fue llevado antes de ayer a la famosa prisión de Fonestralle en el Piamonte el conde Basili, que era más intimo y más estimado que Monti por dicho auditor Gardoqui. Otros dos sujetos, que no son de la plebe, han sido llevados al mismo tiempo a la dicha ciudadela o castillo de Fonestralle. ¿Y cuántos otros sujetos dignísimos están ya encerrados en él y otras prisiones semejantes por estos viles y crueles filosofatros que asaltaron como locos el castillo de la Bastilla de París como que era un sepulcro bárbaro de ciudadanos libres, y un apoyo injusto y cruel de la tiranía? ¿Y cuántos Fonestralles y Bastillas tienen ahora estos reformadores del mundo y benignos favorecedores del género humano? En este artículo, como en todos, los que respondieron a los soberanos y gobiernos antiguos son mucho peores los reprensores y reformadores que los reprendidos y reformados, y será fácil que lo demuestre cualquiera hombre medianamente instruido a los ojos de toda la Europa para confusión eterna de la infame e incrédula filosofía, y todavía para mayor de innumerables gentes de todas las clases mas distinguidas del mundo que ingenuamente se ha dejado deslumbrar de sus falsas y aparentes luces.

A un Obispo fuera de Roma han hecho los franceses alguna violencia, prohibiéndole e impidiéndole el ejercicio de su autoridad y jurisdicción en alguna cosa, y oigo que es el de Viterbo, el que, como era justo, dio parte a Su Santidad de lo sucedido. El Papa, así como tiene una inflexible entereza, y sin respetos algunos humanos en reprender, y aun castigar, a cualquier Prelado Obispo, y aun Cardenal, que falta a su deber y a las órdenes que se le han comunicado, y se dicen sobre este particular algunos rasgos de mucha resolución

que dejó de notar por no saberlo con toda certeza; así también prontamente acude a defender del modo que puede a los que los franceses oprimen injustamente en cualquiera cosa, y así prontísimamente escribió sus sentidas quejas al general Miollis por el agravio que se había hecho al dicho Obispo. Yo no he visto este papel, pero oigo asegurar que se ha escrito, y que está muy bueno, y en esto segundo no puede haber la menor duda, pues siendo siempre la causa buena, y escribiendo con franqueza, y sin temor, no se puede menos de escribir bien, y de un modo convincente y demostrativo. Todo esto y mucho más tiene otro papel escrito poco ha por orden del Papa al general Miollis sobre el último asalto del palacio pontificio, y sobre las violencias usadas en la Secretaría de Estado, y en otros despachos de negocios. Me asegura, quien al parecer le ha visto, que sin rebozo ni rodeos y en términos formales les trata de bárbaros, y aún es poco, pues sobre barbarie en estos asaltos hay la ridícula y villana insolencia de llamarle al mismo tiempo Soberano. Otros bárbaros destronizan a quien pueden, y después le oprimen y pisan según se les antoja. Pero estos sofísticos y ridículos bárbaros filósofos le dejan al Papa la Soberanía, y al mismo tiempo le pisan y ultrajan más villamente que si le hubieren destronizado. En los tiempos adelante, si llega a ser destronizada esta inconsiguiente y monstruosa filosofía, se leerá con asombro la colección de estos papeles escritos por el pontífice Pío VII a este general francés Miollis con grandísimo honor del Santo Padre, y con un sumo descrédito e ignominia de ella, y de todos sus distinguidos veneradores y secuaces.

Día 31 de agosto

En este día último del mes estamos, por respeto a las cosas de España, en el mismo estado que en el día veinte, sin que por lado alguno, ni en gacetas públicas ni en cartas de España, les haya llegado noticias o relación alguna mas circunstanciada de los grandes sucesos de España en el mes pasado de julio, y especialmente en los tres o cuatro días últimos. La constancia de los romanos, entre los que no faltan algunas cartas de Francia, y aun del mismo París y de Italia, y de la misma Corte de Milán, en referirlos siempre del mismo modo, y en tenerles por ciertos e indubitables, y el largo y vergonzoso silencio de los franceses, no diciendo en más de quince días ni una palabra de la Corte de Madrid, en la que se supone Rey aclamado, y coronado un hermano de su grande Napoleón, son pruebas segurísimas de que en la sustancia son ciertos y dignísimos por consiguiente, y por muchos títulos, de ser referidos de cualquier modo que se pueda en este nuestro *Diario*, especialmente que esta relación general, confusa, y por mayor, y por particulares circunstancias, puede ser bastante para fundar en ella una clara y segura defensa y justificación de la

Compañía de Jesús, cuya sangre inocente venga con mano tan pesada el Cielo, y cuya falta es causa verdaderamente de tantos inmensos males como padece, aun en medio de sus triunfos, la pobre nación española, e igualmente podemos nosotros fundar en ella nuestra esperanza de abatimiento de la infame filosofía en todo el Reino y de la gloriosa resurrección en él de la extinguida Compañía de Jesús. Vamos pues a formar, como podamos, esta oscura, incompleta y defectuosa relación de los muchos sucesos de España.

Es ya cierto absolutamente que todas las provincias de España, exceptuando solamente alguna otra, como la Cantabria, Rioja y parte de Navarra, que están oprimidas por los franceses, han tomado resueltamente las armas contra estos inicuos usurpadores de la Monarquía en defensa de la Santísima Religión Católica, en venganza de su amado rey D. Fernando, pérfidamente oprimido por el impío y osado Buonaparte, y para librar su patria y su nación del vergonzoso yugo que quieren poner sobre su cuello la apóstata nación francesa, envidiosa y rival siempre de la española, pero nunca superior en las armas, y sólo algo dominante en ella en estos últimos años por la astucia, malignidad y engaños de los franceses, por la corrupción de buen número de españoles, y por la honradez, paciencia y sufrimiento de todos los demás. La nación en cuerpo, y todos los reinos y provincias, uniformemente han jurado guerra a todos los españoles adictos a la Francia, y basta una leve insinuación, aunque sea de un Obispo o de un Grande, inclinando a los pueblos a sujetarse a los franceses y al nuevo rey Buonaparte, para tenerle, con mucha razón, por enemigo de la Religión, y por traidor al Rey y a la Patria, para arrestarle o hacerle pedazos. Resolución utilísima, y aun necesaria, para impedir victorias y conquistas de los franceses, pues en todas partes más han vencido con las traiciones a favor suyo de los generales de los ejércitos enemigos, que con el valor y con las armas. Igualmente han jurado guerra implacable, y armándose todos, como puedan, a todos los ejércitos franceses que traidoramente, por la villanía del infame Príncipe de la Paz, entraron en España, y a cuantos quiera enviar allá el gran Emperador de los franceses Napoleón Buonaparte, y dos generales providencias de que se habla con bastante, y una es necesariamente consecuencia de la otra, darán una gran fuerza a la Nación para resistir a las descomunales fuerzas del dicho Emperador.

La primera es, y acaso ya lo insinuamos, aunque no con tanta probabilidad como ahora, que se ha formado efectivamente un Consejo Soberano compuesto de dos diputados de todos los reinos y provincias, y por ventura será su Presidente el conde de Cervellón por la razón que antes insinuamos, y parece que este Supremo y Soberano Consejo se ha pasado desde Valencia, en donde debió de empezar a formarse, a la ciudad de Sevilla, y lo habrá hecho ya por estar más seguro de ser oprimido de los ejércitos franceses, y ya por

tener más a la mano la importantísima comunicación con todos los dominios españoles fuera de Europa. La segunda es que ya obran de inteligencia y de acuerdo entre sí los comandantes de los ejércitos en cuanto les permiten la comunicación de unos con otros, y de todos con el Consejo Soberano, los ejércitos franceses, que estaban extendidos por muchas provincias del Reino. Las bellas disposiciones de la Nación, con el favor del Cielo, han tenido ya efectos muy grandes, maravillosos y verdaderamente increíbles y superiores a toda esperanza hasta ahora, como se entenderá por esta nuestra relación informe, aunque en el fondo y sustancia verdadera, de batallas y victorias de los españoles contra los franceses casi en todas las provincias de España.

En la Cataluña obra la tropa francesa sin comunicación con los ejércitos franceses del interior de la Monarquía, porque está de por medio cortar unos y otros el Reino de Aragón, que les ha hecho vigorosa resistencia. Son muchos los combates catalanes con franceses de que se ha hablado en Tarragona, en Vich o sus cercanías entre Barcelona y Palamós, y mucho más en los alrededores de Figueras, pues así se infería de una relación que hicieron ellos mismos de esta su grande empresa, y una conjetura, y algo más que hacemos al instante, es prueba de que en Cataluña ha perdido la Francia mucha gente. Se cree, por tanto, que a la mitad de agosto los franceses, que conservan los castillos de Barcelona y de Figueras, en que se metieron como amigos y aliados, generalmente están abatidos en todo el Principado, y sólo dominan a donde alcanza el cañón de las dichas fortalezas; y en adelante dominarán menos porque se asegura que va a juntarse con los catalanes un buen cuerpo de valencianos, y acaso algún cuerpo de caballería de Andalucía, y se formará hacia aquella francesa del Rosellón un poderoso ejército, y que será su Comandante el anciano general D. Ventura Caro.

Queda, pues, en buen estado de defensa el Principado de Cataluña, y aún están en mejor los reinos de Valencia y de Aragón. Del primero sólo se sabe en confuso que, aunque entró en él un buen ejército de franceses, no pudieron meterse en la capital de Valencia, aunque es ciudad que no tiene murallas que puedan resistir a la artillería, y después de haber perdido en varios encuentros no poca gente por otras mayores necesidades se volvió al interior y centro de la Monarquía. De Aragón, además de las vigorosas resistencias de Zaragoza a los asaltos de los franceses, se ha contado muy confusamente un combate en campo abierto de aragoneses con un cuerpo de tropa francesa, y que aquellos habían conseguido una gran victoria, y con ella se habían librado del todo de franceses, y por lo que toca a sus asperísimos Pirineos están muy atentos para guardarlos bien.

La presteza del grande Napoleón en visitar aquellos Pirineos de la frontera de Francia con Aragón y Cataluña, y sus órdenes en aquellos países, según

se habla por aquí, son indicio de que han muerto muchos franceses en aquellas dos provincias de España, y en Bolonia, como se asegura en las cartas recientes de aquella ciudad, están llorando la muerte de varios naturales de ella que, sirviendo a los franceses, habían entrado en Cataluña. Napoleón, pocos días después de la partida de su hermano desde Bayona para Madrid, apareció en Pau hacia la frontera de Aragón, y allí formó ya un gran proyecto que se nos ha comunicado en las gacetas italianas, y no es menor que hacer un camino real que desde Pau, pasando por Zaragoza, fuese hasta Madrid. Estas son palabras al viento e ideas quijotescas muy ordinarias y de todos los días de estos reformadores del mundo. No creo que por aquella frontera de Aragón estuviesen las cosas en tal estado que juzgase conveniente meter por ella nueva gente en España, y se contentaría con tomar buenas providencias para defender su casa. Al contrario, por el Rosellón, donde pasó prontamente, según la persuasión común, fundada aun en sus mismas gacetas, ha hecho entrar mucha nueva gente en Cataluña, y en general tengo por cierto que, desde la mitad de julio hasta la mitad de agosto, por las bocas de Guipúzcoa, Navarra y Cataluña ha metido dentro de España cuanta gente ha podido recoger en veinte leguas alrededor, sacándola de las plazas y de otras partes, y no dudo que llegarán a muchos millares de hombres los que, añadidos a los numerosos ejércitos que antes habían entrado, quién sabe a qué número llegarán.

Satisfecho verisímilmente con estas providencias oportunas para asegurarse la posesión de España, se dirigió hacia París a recibir plácemes y enhorabuenas por sus grandes hazañas, y muy dignas de un héroe, de haber engañado con mentiras y oprimido con violencia a toda la familia real de España, y de haber colocado en aquel ilustre trono a su hermano José. Pero, antes de llegar a París, y hacia el seis u ocho de agosto, le llegaron necesariamente tales nuevas de España que, si no es un insensato, se debió de convertir su gozo y alegría en un llanto amarguísimo, y, siendo orgulloso y soberbio cuanto lo puede haber sido hombre alguno en todos los siglos pasados, se vio por necesidad cubierto y sofocado de una confusión y sonrojo tan grande que necesariamente parará en un vergonzoso abatimiento, o más verisímilmente en nuevos furores y locuras, queriendo llevar adelante su empeño a toda costa. Y en estas circunstancias y en esta disposición de ánimo por su parte llegó a París hacia el quince de este mes de agosto, que es el día de la gran fiesta que se le hace en todas las ciudades de su dilatadísimo Imperio francés y de su Reino de Italia, y aun en países no suyos si hay algún francés de alguna representación.

En París, si hubiera salido bien su villana perfidia contra la familia real de España, se le aplaudiría mucho, excusando y perdonándole la maldad por el fruto y ventajas de ella. Pero habiendo sido al contrario, y previendo males

inmensos para la Francia por este su insolente atentado, ha sido recibido en aquella Corte, a lo que de ella se escribe, con mucha frialdad, y en los teatros públicos en que se ha dejado ver, lejos de ser aplaudido como antes, ha sido poco menos que insultado. A él nos le pintan aquí casi loco, lleno de rabia y de furor, y acaso se enfurece, más que contra otros, contra los autorizados españoles, sus amigos, que están en París, y especialmente contra el malvado Príncipe de la Paz, como que todos ellos le han engañado, representándole como muy fácil la empresa de apoderarse de la monarquía española. Todo esto, y mucho más, es verosímil en un hombre de tal carácter, habiéndole llegado en cortísimo tiempo noticias seguras de que con quince días ha perdido más de cien mil hombres, y por la mayor parte de su tropa aguerrida y veterana, y en su boca invencible, y con ella casi toda la monarquía española que ya creía tener en sus manos y verisímilmente para siempre, y siendo por consiguiente triste y miserable la suerte y paradero de su hermano José, a quien en el mes de julio le envió a Madrid para coronarse en aquella Corte y tomar posesión del Reino.

En diferentes teatros de guerra, además de los de Valencia, Cataluña y Aragón, se han dado las grandes batallas, y han conseguido los españoles en pocos días las ilustres y completas victorias con que han derrotado del todo los numerosos ejércitos franceses que estaban dentro de España. El primero ha sido en los reinos de Castilla la Vieja y de León, a los que seguramente han concurrido muchos asturianos y gallegos, y unidos a los castellanos y leoneses han compuesto un ejército numeroso en el que apenas puede haber un soldado, y casi todos son paisanos y armados malamente, y su artillería sería muy poca. De este ejército es Comandante en jefe el exmo. Sr. D. Gregorio Cuesta, Teniente General al servicio de los reyes, que es natural, a lo que oigo, de las montañas de Santander, y con algún empleo, o de particular, se debió hallar en Valladolid al tiempo de las grandes novedades por el mes de mayo; y parece que se habrá hallado en este ejército, a la frente de sus asturianos, el Sr. Marqués de Santa Cruz D. Joaquín Navia, Capitán General del Principado de Asturias.

Dos sangrientas batallas, y dos señaladas y aun completas victorias, se cuentan de este ejército mandado por el dicho comandante Cuesta contra dos numerosos cuerpos de franceses mandados por el general Bessieres. La primera fue en las llanuras de León, y parece que puede haber sido no lejos de la ciudad de Rioseco, y por consiguiente muy cerca, y acaso a la vista de nuestro noviciado de Villagarcía de Campos. Se dice que murieron en ella muchos millares de españoles, y acaso no menos que de los franceses, porque la artillería numerosa de estos, y bien surtida, causaría gran mortandad en aquellos antes que pudiesen llegar a las manos y a los puños. Mas el fin que, aunque

con mucha sangre de españoles, acabaron con aquel ejército francés, y no se salvaron sino muy pocos, que a uña de caballo pudieron retirarse del campo de batalla. Esta grande acción pudo suceder, aunque en esto y en todo lo demás se debe tener presente que escribo por solos rumores y asientos, y hacia la mitad del mes de julio, y que, llegando nuevas de ella, y algunos efectos y resultas a la ciudad de Burgos hacia el diecisiete del dicho mes, cuando estaba en ella el Rey con su gran comitiva de los diputados de la Junta de Bayona, fue causa de que se mudase el itinerario, y que, dejando el camino real de Palencia, Valladolid y Olmedo por un atajo, arrebatadamente se metiese en Madrid, y se supone que el grande equipaje que iba delante del Rey por el camino de Palencia cayó en manos de los victoriosos españoles, que fácilmente vendrían desde Rioseco a Palencia, y a todo aquel país entre esta ciudad y la de Burgos.

A la segunda batalla y victoria de este ejército de Cuesta, en algún monitor o gaceta francesa, se la da el título de *Salamanca*, y se insinúa que tuvieron parte en ella los estudiantes de aquella célebre Universidad, y parece que fue resulta de ella el entrar los españoles en Zamora, que estaría en manos de los franceses. Se piensa también muy sangrienta de una y otra parte, y habiendo vencido los españoles es forzoso que los franceses que no quedasen muertos o heridos se entregasen prisioneros, pues desde aquel país de Salamanca y Zamora es muy difícil que los vencidos pudiesen retirarse y pasar el puerto de Guadarrama para ir a juntar con otros franceses. Con estas dos batallas y victorias, en las que por lo menos habrán perecido treinta mil franceses, ha quedado purgada y limpia de ellos una no pequeña parte de la Monarquía, esto es, el Reino de Galicia, el Principado de Asturias, el Reino de León, y el de Castilla la Vieja, exceptuando solamente La Rioja, y queda enteramente cortada por aquella parte la comunicación de la Francia con Portugal, y servirá sin duda mucho para que los portugueses que hacen causa común con los españoles, y que recibirán grandes socorros de todo, y aun de tropa de la Inglaterra, pueden acabar con los franceses que están en Lisboa y en las demás plazas del Reino.

El segundo teatro de guerra ha sido en las Andalucías, en donde estaba casi toda la tropa del Rey por haberse retirado allí la que estaba en Portugal ayudando a los franceses en su conquista, y porque había un mediano cuerpo de ella en las líneas del Campo de San Roque, por estar en guerra con los ingleses. Por esta razón, y por el grande empeño de los franceses en meterse en Cádiz para apoderarse de la Marina y para los intereses con la América, fue allá un ejército más numeroso que a otras provincias, y no habrá bajado de cuarenta mil hombres, y era su Comandante el general Dupont o Dufont, que fue uno de los primeros que entraron en España, y al principio del año tuvo su cuartel general en Valladolid. Ya dijimos antes que después de la desgra-

ciada muerte del marqués de la Solana había entrado a mandar el ejército español el teniente general D. Francisco Javier de Castaños, que era el Comandante de las líneas del Campo de San Roque; y en general se ha hablado mucho, como acaso insinuamos antes, de batallas y victorias de los españoles contra los franceses después de que Castaños tomó el mando de aquel ejército, pero con mayor confusión e incertidumbre que en otras partes, aunque en todas es casi suma por la inaudita tiranía de estos hombres, que ni dejan venir cartas de España, ni correr por Roma otras gacetas que las suyas, en las que nada dicen que les pueda perjudicar.

A pesar de toda su prepotencia se sabe con seguridad, se cree, y lo demuestran los efectos, que, con pocas o muchas batallas y victorias de los españoles, hacia la mitad de julio no había ya un francés en Andalucía con las armas en la mano. Se cree que su última derrota fue en Andújar o allí cerca, y que el general francés Dupont o Dufont, con la tropa que le había quedado, bajó las armas y quedó con toda ella prisionero de guerra. Los franceses aquí, en algunas conversaciones, en algunas cartas de París, y acaso en alguna gaceta, ya confiesan de algún modo esta gran pérdida de su ejército de Andalucía, y, para quitar la gloria a los españoles de haberlo vencido, se desencadenan furiosamente contra aquel Comandante y contra su tropa, como que no han tenido valentía, han sido unos viles, y no han hecho su deber, y a ellos echan toda la culpa de los grandes efectos que se han seguido de la ruina total de aquel ejército, y aunque es verdad que a ello han contribuido la vigorosa resistencia, las batallas y victorias de los valencianos, aragoneses y castellanos, no hay la menor duda en que la ruina total del ejército francés en Andalucía ha sido la causa principal de ellos.

Con ella, desde Cádiz a Madrid no había un soldado francés que pudiese impedir la marcha de todas las fuerzas de Andalucía, que eran las mayores que tenía España en alguna de sus provincias, y en este estado de las cosas los franceses reunieron todas las reliquias de sus ejércitos de Valencia, de Aragón, y aun de Castilla, si pudieron, hacia la Corte para defender al Rey y la cabeza del Reino, y según mis cuentas serían sesenta o setenta mil hombres los que se juntaron en Madrid y en sus cercanías, y de este modo se hizo aquella Corte el tercer teatro de la guerra, en el que se ha peleado con mucho ardor, y han conseguido los españoles una gran victoria que se puede mirar como decisiva, y que lo sería infaliblemente si la Francia, por dominar la mayor parte de la Europa, no se hallara en proporción de recoger infinita gente en sus provincias, aunque ya bastante despobladas, en toda la Italia, en casi toda la Alemania, en la Holanda, y en otros países del Norte, y con ella formar nuevos ejércitos tan numerosos como los que ha perdido en España en los dos meses de junio y julio.

En Andalucía, consumada la ruina del ejército francés, se pensó al instante en reunir un numeroso ejército compuesto de la tropa reglada que había quedado, después de tantos combates, de las milicias y de gran número de paisanos, y ya podían ir todos bien armados con los muchos millares de fusiles que habían quitado a los franceses, y la artillería de éstos les pudiera ser suficiente, aunque en aquel país no les falta a los españoles. Con la mayor presteza y a buenas marchas se dirigió aquel ejército hacia Madrid, y se cree que, habiendo facilidad de entenderse entre sí los comandantes, con marchas uniformes se movieron hacia el mismo sitio buenos cuerpos de gente desde Valencia, con más seguridad desde Aragón, y acaso también desde Castilla la Vieja, y entre todos los dichos cuerpos, o los que efectivamente concurrieron a la Corte, a lo que se dice, llegarían a doscientos mil hombres.

El día veintisiete de julio ya se tenía noticia en Madrid, por las muchas postas que a todas horas llegaban, de que se acercaba por varios lados mucha gente, y en especial por la parte de Andalucía, y algunos dicen que el ejército andaluz recibió un refuerzo considerable de alguna tropa y de paisanos que el teniente general Morla había reunido en la Extremadura. El día veintiocho ya empezaron las escaramuzas entre los cuerpos de guardia y los puestos avanzados, y todo en Madrid se puso en grande inquietud y agitación, viéndose el nuevo rey José Napoleón atacado con fuerzas tan grandes casi al día siguiente de su solemne aclamación. El semblante del pueblo de Madrid, tan frío en recibirlo, y en aclamarle, y necesariamente con motivo, y regocijado con la cercanía del ejército español, aumentaría no poco las angustias y congojas del Rey y de sus franceses, que parece hubieran obrado con mayor prudencia y humanidad si hubieran pensado en una retirada ejecutada con destreza y con talento que en defenderse con obstinación, siendo enemigos suyos los de fuera y los de dentro de la Corte.

El día veintinueve empezó ya la batalla en las cercanías de Madrid, y acaso dentro del mismo; y ¡qué batalla, qué combates en muchos sitios, qué encarnizamiento de unos con otros, y qué derramamiento de sangre española y francesa! Los que se han hallado presentes nos presentarán con el tiempo una relación verdadera, exacta, circunstanciada, y con menudas particularidades, y nosotros haríamos con gusto alguna si nos fuera posible en esta suma escasez, o más bien falta y privación absoluta de cartas y aun de gacetas dignas de algún crédito por la insufrible tiranía y prepotencia de estos hombres. Solamente podemos decir en general que se peleó rabiosa y obstinadamente los tres días veintinueve, treinta y treinta y uno de julio, en el que acabaron los españoles de conseguir una completa y decisiva victoria, najando las armas y entregándose prisioneros todos los franceses que no habían muerto en los combates. Los muertos de los españoles, a lo que se dice, no habrán sido menos de

veinte mil, y acaso otros tantos más, o doble, de los franceses, y el resto hasta sesenta o setenta mil queda desarmado en España, y casi se acabaron todos los ejércitos franceses que, entrando de amigos, inundaban la Monarquía e intentaban abatirla y oprimir la Nación, y hacerla admitir por Rey al francés o corso José Buonaparte.

Todo elogio y todo encarecimiento es muy corto para igualar y ensalzar como merece la generosidad, grandeza de ánimo y esfuerzo de la ilustre nación española, que, en tan miserables circunstancias, con tantos enemigos entre sus nacionales, y con tantos ejércitos extranjeros y de tropa muy aguerrida dentro de su casa, ha sabido vencer a todos, enfrenar y atacar a los suyos, y vencer y abatir a los extraños. Roma está asombrada, y propiamente atónita, con tan no esperados y casi increíbles sucesos, y llena de gozo, esperando para sí favorables resultas de la opresión de los franceses en España, y en el pueblo bien intencionado como que si descubre algún espíritu y aliento, y que dicen, sin hablar, que es una verdadera infamia dejarse mandar y pisar tan despóticamente de pocos soldados franceses, habiendo sabido los españoles, y más los paisanos que la tropa, y mal armados, abatir tan numerosos ejércitos de los mismos. Europa toda, que ha visto a numerosos ejércitos de Austria y de Prusia vencidos y derrotados por los franceses, no podrá menos de llenarse de estupor viendo vencidos por los paisanos españoles a los vencedores de todo el mundo.

Al Cielo se deben gracias por todo, y muy tiernas y muy fervorosas por estos felicísimos sucesos que se ha dignado conceder a la piadosa y católica nación española. Antes insinuamos, poco más que en términos generales, que se habían observado algunos indicios de que la gloriosísima Virgen María, que es el canal de todas las gracias del Cielo, quería proteger a sus devotísimos españoles en esta importantísima y peligrosísima guerra, y ahora confusamente oímos hablar de favores y prodigios en esta gran batalla de Madrid de Nuestra Señora de Copacabana, que se venera en la iglesia de los agustinos recoletos de aquella Corte, y está aquel convento en tal sitio que se pelearía verisímilmente con mucho ardor en aquellos alrededores de la puerta y calle de Alcalá y del famoso Paseo del Prado, y no es increíble que los franceses hubiesen formado un castillo de aquel convento que está a una punta de la villa, y sobre su misma cerca. Pero no explican la manera y suceso particular, ni alguna circunstancia de este favor y prodigio de la piadosísima Señora, y no podemos decir más sobre este asunto.

Tampoco podemos presentar aquí con alguna probabilidad algún indicio de protección particular en este terribilísimo aprieto de nuestro Santo Padre y Patriarca el glorioso San Ignacio de Loyola. En la primera entrada de los republicanos franceses en la Guipúzcoa mostró el Santo, como por aquel

tiempo se notó, ira e indignación contra ellos, y mató su prodigioso dedo todos cuantos entraron en su santa casa de Loyola; y al presente la singular circunstancia de haberse concluido la batalla y perficionado la victoria puntualmente el día treinta y uno de julio, en que se celebra su fiesta, no deja de ser algún fundamento para conjeturar que el gran San Ignacio de Loyola ha ayudado y favorecido a sus españoles contra los ateístas franceses, y, hablando como hombres, y al modo humano, esta es una venganza muy conforme de su magnánimo y generosísimo corazón, haciendo mucho bien a los que han hecho mucho mal a la obra muy estimada de sus manos, cual fue la Compañía de Jesús, y de algún modo a él mismo, y sus hijos, en cuanto yo puedo entender, todos generalmente imitan a su generoso Padre en este género de venganza, ayudando cuanto pueden con sus ardientes deseos, y con todo género de oraciones, a su patria y a sus nacionales para que venzan y arrojen de toda España a los impíos franceses; y, ahora que lo ven ejecutado casi del todo, rebosan todos de contento y alegría, y no hay con la lengua palabras con que explicar, como en la realidad, el gozo y júbilo de todos los jesuitas españoles por esta gran victoria de Madrid de los españoles contra los franceses, con la cual les han arrojado completamente de casi toda la Monarquía.

En Madrid, y aun en toda España, la circunstancia particular del día de esta importantísima victoria, dedicado a la memoria y festividad del Patriarca San Ignacio de Loyola, habrá dado motivo a muchas observaciones, y muy piadosas, en la mayor parte de la Nación, y desde luego parece que se reconoce y confiesa el patrocinio y favor del Santo en este felicísimo suceso, pues oigo asegurar que la villa de Madrid, o su Ayuntamiento, prontísimamente ha votado su día, o le ha hecho día del todo festivo, siendo ya de antemano fiesta de consejos. ¿Y cuántos dirán que todo este grandísimo peligro en que han estado de quedar del todo sujetos a los ateístas franceses, y de ser oprimidos y avasallados de ellos, y de ver en España deslustrada y abatida la Santísima Religión Católica, ha provenido evidentemente de los injustos y bárbaros destierros y otras cien despóticas y crueles opresiones de los inocentes hijos de este su gran protector San Ignacio de Loyola? Yo sé (pues ha poco que estuve en España) que serán a millares de millares los españoles que, no temiendo ya a los autorizados perseguidores de los jesuitas, que eran generalmente todos los ministros de la Corte, hablen de esta manera en la ocasión presente, porque todos los que no están corrompidos conocen muy bien que no se hubiera introducido en España tanto jansenismo, tanto francmasonismo, y tanto filosofismo, si no hubieran sido arrojados de ella los jesuitas españoles, y con la protección del Soberano y de los obispos hubieran continuado en educar la juventud, y en promover la piedad con sus acostumbrados ministerios; y nadie hay de alguna instrucción en España que no sepa que todos sus males, y los

de todo el mundo, nacen de la propagación y triunfo de las dichas infames sectas.

Con esta completa victoria de los españoles en Madrid se acabó el reinado en aquella Corte de José Napoleón I, Rey de España y de las Indias, y él ha durado diez días, esto es, desde el veinte del mes de julio hasta el treinta del dicho mes. Puntualmente ha durado la mitad que el reinado de Fernando VII en aquella Corte, que duró desde el veinte del mes de marzo hasta el día diez del mes de abril. Parece cosa de farsa y de comedia, y de cierto es cosa que jamás se ha visto poner y quitar tantos reyes en una misma Monarquía en tanto tiempo. En poco más de cuatro meses ha habido tres reyes en España, y aun cuatro, y aun cinco, pues uno lo ha sido dos veces. A la mitad de marzo era rey de España Carlos IV, y antes de acabarse el mes empezó a serlo por renuncia suya su hijo Fernando VII. Antes de acabarse el mes de abril volvió a ser rey de España Carlos IV por renuncia de su hijo hecha en Bayona. Al momento renunció Carlos IV la Corona en su nombre, y de toda su familia en el Emperador de los franceses, Napoleón I, que hizo de Rey de España como dos meses; y por el junio renunció aquél la Corona en su hermano José Napoleón, que fue efectivamente a Madrid, y tomó del modo que pudo posesión de aquel trono y de aquel Reino, y ahora ha sido destronizado y arrojado de la Corte, y al presente está España sin Rey, aunque están vivos los cuatro que han sido reyes en ella en estos últimos cuatro meses. El amable rey D. Fernando está encerrado en un castillo de la Francia, y su padre Carlos IV está en San Cloud o en Compiegne, no lejos de París. Napoleón está en esta Corte necesariamente lleno de confusión por las pérdidas de España, y de furor, discurriendo mucho sobre la manera de vengarse y de oprimir la nación española, y José Napoleón I, Rey de las Españas y de las Indias, hecho prisionero de guerra en Madrid, como parece forzoso, aunque algunos sospechan que con tiempo se escapó ocultamente y se vino hacia Francia, estará en la isla de León, en el puerto de Cádiz, como comúnmente se dice, o en algún otro castillo de la Andalucía, o de otra provincia del Reino.

Esto importa poco, pues lo mismo es para el caso que esté prisionero y encerrado en un castillo, que el que se haya retirado hacia la Francia. Lo que importa muchísimo, y nos llena de un inexplicable consuelo, es echar los ojos sobre la Monarquía española y reconocer que no ha quedado ya, sino en cadenas, en sus principales reinos y provincias un solo ateísta francés. Los pocos que no han sido muertos, o se han entregado prisioneros, y pueden ser unos quince o veinte mil que estaban esparcidos desde Bayona a la Corte de España para asegurar la comunicación de ella con París, se han rendido luego que supieron la derrota de los franceses en Madrid, y parece que quieren fortificarse en el Ebro para conservar una puerta por donde puedan entrar nuevos ejércitos en

el corazón y centro de España. Qué bella ocasión para que los valientes cántabros vizcaínos, imitando a los generosos españoles de todas las provincias y reinos de la Monarquía, tomasen animosamente las armas, y ayudados de los guipúzcoanos que pudieran unirse a ellos, y de los montañeses de Santander, que prontamente acudirían a juntarse con unos y otros, pudieran aparecer con sus fuerzas a las espaldas de los pocos y aterrados franceses que se pueden reunir hacia el Ebro, que se viesen obligados a meterse dentro de su casa, y de este modo pudiera el Señorío corregir su error de haber reconocido tan presto y con muestras de satisfacción, y sin verse obligado de la fuerza, a José Napoleón o Buonaparte por Rey de España. Pero no veo indicios de que con la conveniente generalidad y en cuerpo de Nación quieran armarse y unirse a los españoles, y declararse contra los franceses, revocando su mal considerado reconocimiento del nuevo Rey, y todas las señas son no sólo de que los dos grandes vizcaínos Urquijo y Mazarredo tienen mucha influencia en Bilbao y en el Señorío, sino también de que entre sus paisanos tienen varios compañeros en la parcialidad por la Francia y en la afición a las novedades y mudanzas del tiempo.

El día dos de agosto, a lo que parece, tomaron los españoles formal y efectivamente posesión de la Corte de Madrid, y no solo han pensado prontamente en dar gracias al Cielo por tan señaladas, tan útiles, y tan gloriosas victorias, sino que por tres días han hecho exequias fúnebres y muchos sufragios por tantos valerosos soldados que han muerto en tantas batallas en defensa de su Religión, de su Rey y de su Patria, y es muy creíble que se haya mandado hacer lo mismo en todo el Reino, y aun sin mandarlo en muchas partes seguirían el ejemplo de la Corte.

No está todo hecho, aunque en dos meses de irritación de la generosa nación española contra los viles, pérfidos e impíos franceses se ha ejecutado más de lo que parecía posible, pues es preciso acabar de echarlos de la Cataluña, de la Navarra y de la Cantabria, y prepararse para resistir a las inmensas fuerzas que puede Buonaparte llevar contra España, porque puede sacar gente y efectivamente saca de la mayor parte de la Europa. Yo me figuro, y es forzoso que así haya sucedido, que en tantas sangrientas batallas habrá muerto la mayor parte de la poca tropa española que había en España, pues siempre entraría la primera en los combates, y ahora estará muy ocupado el gobierno y los jefes militares en formar regimientos de Infantería y Caballería, y en ejercitarlos cuanto sea conveniente para que pueda España llegar a tener un numeroso ejército bien disciplinado que pueda hacer frente a los numerosos ejércitos franceses, italianos, alemanes, y de otras naciones, que verisímilmente reunirá Buonaparte y conducirá en persona contra los insolentes y osados españoles que han tenido la arrogancia, sin ejemplar hasta ahora en la Europa, de vencer

y hacer pedazos a su siempre invencible tropa, y de abatir a un hermano suyo que él mismo había exaltado. Desde luego tienen la ventaja los españoles de que no les faltarán fusiles, habiendo quitado por lo menos ciento y cincuenta mil a los franceses, ni tampoco artillería, especialmente de campaña, pues se cree que llegan a mil los que han perdido los ejércitos franceses dentro de España.

Otra ventaja muy grande han logrado ya los españoles para ponerse en estado de poder resistir a los franceses. Ya la Gran Bretaña ha hecho no solamente paz, sino también amistad y alianza muy íntima con la nación española en cuerpo, y por aquí se entiende que otras provincias del Reino siguieron prontamente el ejemplo del Principado de Asturias, y acaso ha habido ya tiempo para que la Nación, representada por el Consejo Soberano, haya hecho recurso a Su Majestad Británica. Ello es cierto, y aun lo publican las gacetas de los franceses, que la Gran Bretaña y la nación española en cuerpo se han unido en estrecha amistad y alianza, y no sabré yo decir cuál es mayor por ella, si la rabia e indignación, y aun pérdidas de los franceses, o el gusto y alegría, ventajas y utilidades de los españoles. Basta para prueba de lo primero la reflexión de que aquí en adelante la Marina inglesa, que en buena parte se ocupaba sobre los puertos y costas de España, puede ocuparse toda ella, y, juntándosela la española, que todavía es alguna, contra los franceses en los dos mares, y en Europa y fuera de ella, y en prueba de lo segundo basta echar los ojos y ver los mares abiertos para España, facilísima la comunicación con Inglaterra, de donde podrá proveerse de todo lo que necesite, como también podrá traer de la África con suma facilidad todos los víveres que quiera. ¿Y cuántas y grandes ventajas se le siguen a la nación española de esta alianza con la Gran Bretaña por respeto a sus inmensos dominios en la América? Por sí mismas se entienden, pues podrá tener con ellos franca y pronta comunicación, no habiendo quien se la impide.

Sólo quiero añadir en este particular una circunstancia que nos toca muy de cerca, y es muy propia de nuestro *Diario*. En Cádiz estaban detenidos algunos jesuitas americanos que fueron allá desde Italia el año de noventa y ocho, y ni habían pasado a la América por las guerras con los ingleses, ni se les obligó a venir al segundo destierro. Entre estos están D. José María Castañiza, de familia distinguida y muy rica de México, y D. Pedro Cantón, su perpetuo compañero. En la última carta que escribieron a otros jesuitas mexicanos, D. Juan Arrieta y D. Manuel Colón, amigos míos que están en Roma, les decían, y ya dentro del mes de junio, que partirían para México en la primera buena ocasión[5], y decían lo bastante para que se entendiese que iban con gusto, y

5 Nota al margen del autor: *No tuvo efecto; porque la Junta, inducida verisímilmente por Moñino, no se lo permitió.*

que le tenían en aquella ciudad de que partiesen, y esto quiere decir un buen deseo de su parte, y aun algún encargo de los de Cádiz para que en México informasen bien a todos de las cosas de Francia y España, y les inclinen a no hacer caso de las fabulosas relaciones de las cosas de los franceses, y a conservar la unión y correspondencia conveniente en las presentes circunstancias con la nación española, y estamos muy seguros por el bello carácter de los dos de que sin acordarse para nada de sus personales agravios, servirán con el mayor celo y ardor a la nación española en la que ahora está la Soberanía; y esperamos que algún día se llegarán a saber los buenos oficios en México a favor de España de estos dos jesuitas mexicanos Castañiza y Cantón.

Alguna ventaja tendrán también los españoles con el arribo de una parte del ejército español que estaba en el Norte, mandado por el conde de la Romana. En la conducta de este ilustre Comandante español y en la de los suyos nada se ha descubierto que no sea loable, aunque el general francés Bernardotte, y titulado Príncipe de Ponte Corvo, y las gacetas sobre su palabra, hayan tratado al dicho Conde de malvado, de vil y de traidor. ¿Y en dónde están estas maldades y vicios? Aquel ejército español estaba a las órdenes del dicho General francés cuando España y Francia estaban unidas en alianza para hacer guerra a los suecos y a otros enemigos de Buonaparte. Pero desde el mes de mayo, rota la alianza por la violencia contra el rey D. Fernando, está España en guerra abierta con la Francia. En este caso debía el General francés, si fuera hombre de alguna equidad, honradez y pudor, viendo que ya no puede aquel ejército de españoles, con honor, y sin ser traidor a su patria, obedecerle y acompañarle en la guerra contra los suecos, dejarle en libertad para que del modo que pudiese se volviese a España. ¿En qué puede fundar este inicuo y verdaderamente malvado General francés su derecho para obligarle a servirle en la guerra contra los suecos, estando España en guerra con la Francia, ni para desarmarle y hacerle prisionero? En nada que no sea un delirio, una mentira o una usurpación injusta, como son generalmente todos los que llaman derechos estos quijotescos franceses. Bernardotte, no obstante, ha hecho la vileza de desarmar a todos los españoles que ha podido, y se cree que serán unos diez mil, que formarían en el día la mitad de aquel ejército. Triunfo y victoria digna de hombres tan viles. La otra mitad, parte[6] ganando el puerto de Copenhague, según se cuenta con la espada en la mano, y parte por hallarse en una isla, se embarcó en naves inglesas con su Comandante, el conde de la Romana, hacia los diez de este mes de agosto, y si ha tenido buena navegación, y no se ha detenido en la Inglaterra, ya puede estar sobre las costas de España, y verisímilmente irá a desembarcar en el puerto de Santander, que es el más inmedia-

6 Nota al margen del autor: *Así se ha asegurado, aunque parece muy dificil.*

to al presente teatro de la guerra en el Álava si los franceses se fortifican en el Ebro.

Con este socorrito de buena tropa, que por muchos títulos estaba muy irritada con los franceses, con los grandes socorros de la Inglaterra en todo lo que España necesite, con la facilidad de traer víveres de la África, con la abundancia de dinero que seguramente le vendrá de la América, con el ánimo y coraje, y cierto aire de superioridad sobre los franceses que habrán adquirido los españoles habiéndoles vencido tantas veces, y sobre todo con la protección del Cielo, que, a lo que parece, se ha declarado a su favor, y con la ayuda y socorro especialmente de la Santísima Virgen, del gran Apóstol Santiago, y del glorioso San Ignacio de Loyola, esperamos que se llevará a perfección esta difícil empresa de limpiar el país católico de España de esta canalla francesa impía, ateística y sin religión alguna, y de obligarla a restituir al rey D. Fernando y a toda la familia real, que tan villanamente oprimió el insolente y osado Buonaparte. Este hombre, por desgracia de la Europa, tiene en su mano más de la mitad de sus provincias y reinos, y, siendo orgulloso y soberbio como Lucifer, los despuebla todos, como efectivamente está haciendo, antes de desistir de su empeño loco e injustísimo de hacer Rey de España a su hermano José.

Es verdad que desde que los españoles han empezado a mostrar tesón contra los franceses, y a batirles bien y vencerles, empiezan otros, y aun los abatidos romanos, a no temerles como hasta aquí, y aun parece que esta vigorosa y feliz resistencia de los españoles a los ejércitos hasta ahora invencibles de Buonaparte quiere ser época y principio del abatimiento y ruina de este quijotesco conquistador de la Europa, pues aun en otras partes no van sus cosas con grande prosperidad. Los rusos adelantan algo la conquista de la Finlandia, y tienen algunas ventajas contra los suecos. Pero el gran Bernardotte con sus franceses, y con toda la tropa de Dinamarca, hace tan poco contra los suecos que apenas dicen cosa alguna las gacetas del país, aunque están siempre prontas para ensalzar las cosas de los franceses y para hacer elefantes de los mosquitos. Entre tanto los suecos, ayudados de los ingleses, están dominantes en la mar, y hacen no poco daño a los dinamarqueses y a los rusos. Se va, pues, salvando el Rey de Suecia, aunque, según los enemigos que tenía sobre sí, parecía que en pocos meses de campaña sería enteramente abatido y destronizado, y es muy creíble que se vayan disminuyendo las fuerzas de los franceses contra él, porque a Buonaparte le importa mucho la guerra de España, y para ella traerá las mejores tropas que tiene en el Norte, en el Levante, y en todo el mundo.

Una nueva revolución de Constantinopla, de que acaba de llegar noticia segura, le desagrada mucho a Napoleón, y le puede ser perjudicial y desconcertar alguno de sus grandes proyectos contra los ingleses por medio de los

persianos. Algunos poderosos partidarios del depuesto emperador Selim le pidieron de mano armada para colocarle otra vez en el trono. La respuesta fue entregarle muerto, e, irritados con la vista de su cadáver, los que le querían Emperador asaltaron con ímpetu el serrallo, y, habiendo prevalecido, no sin resistencia y sin sangre de los de uno y otro partido, fue depuesto y acaso muerto el presente emperador Mustafat, que había sido ensalzado, o por lo menos ganado por los franceses, y ha entrado en su lugar un joven primo suyo llamado Mahmoud. Todo indica que los que han ensalzado a este nuevo Emperador son del partido de los ingleses, y a su lado mandarán los amigos de éstos, y quedarán sin poder los amigos de la Francia. Puede pues Napoleón temer que tendrá un enemigo en el Emperador turco, y acaso teme otro en el austriaco, que se arma poderosamente, y se han esparcido por todas las provincias órdenes suyos muy eficaces para promover la Religión Católica y la piedad cristiana, como se advierte que por la falta de éstas hay tantos traidores en el gabinete y en el ejército. Pero una verdadera reforma en la Religión y en las costumbres no se puede hacer con tanta facilidad, en tan corto tiempo, y con tales órdenes, aunque siempre son buenos y aprovecharán alguna cosa. Y cuánto serviría a la España, que tiene sobre sí todas las inmensas fuerzas de Buonaparte, si estos dos imperios turco y alemán, a lo menos este segundo, se declarasen contra él, y parece que pueden hacerlo con mucha utilidad propia, pues Napoleón no volverá atrás tan fácilmente de sus pretensiones al trono de España, y no puede llevarlas adelante con honor, y con esperanza de prevalecer, sin mucha y muy escogida tropa. Esperamos que lo hará el Cielo, y que se le levantarán a Buonaparte muchos enemigos si fuese necesario para salvarse España.

SEPTIEMBRE

Día 2 de septiembre

Los franceses, aunque se jactan mucho de valerosos, y aún ahora de invencibles, más talento tienen para adelantar sus negocios y sus intereses con maña y con arte, sin detenerse en mentiras y engaños, que con la fuerza de las armas. Aquí en Roma pudieron al principio, cuando entraron, apoderarse de todo sin inconveniente alguno con la tropa que tenían, aunque no era mucha. Pero por su empeño ridículo de lograr alguna cesión del Papa, para no aparecer tan claramente a los ojos de la Europa ladrones, usurpadores y opresiones del Romano Pontífice, tomaron los dos arbitrios de aterrar a éste con insultos en su persona, en las de los cardenales, y otros sujetos de distinción, y de ganar la nobleza romana y otras gentes con fiestas de música, de bailes, comidas y refrescos, y les han salido tan mal los dos que han tenido el efecto contrario, y el Papa cada día está más animoso y más constante en no ceder nada, y en no hacer alianza alguna con Buonaparte, y la nobleza, pueblo, y todos, menos los jacobinos francmasones, por días se han ido aficionando más y uniendo más estrechamente al piadoso y animoso Pío VII, su Soberano, y así, aunque no me atrevo a asegurar que los franceses hallarían resistencia en los romanos, si quisiesen acabar de destronizar al Papa y apoderarse del gobierno enteramente, es ciertísimo que lo servirían mucho más que antes, y los franceses lo conocen muy bien.

Sería pues necesaria más tropa que antes para dar con seguridad el paso de apoderarse del Gobierno, y aun solo para estar seguros en el presente estado; y la gran guerra de España, y acaso temor de que se extienda a otras partes, no les permiten aumentar la tropa en el Estado del Papa, y así se les obligará a disminuirla. Han pensado, pues, en aumentar sus fuerzas con la gente misma del país. Con esta intención, pretextando el peligro de alguna inquietud o insurrección en Roma, propusieron al Papa el proyecto de levantar una guardia nacional o cívica, y, disponiéndola ellos a su modo, con pocos franceses y otros tantos jacobinos o francmasones romanos, la tendrían a sus órdenes, y le servi-

ría contra los romanos mismos, y contra el mismo Papa. Su Santidad se opuso resueltamente a la ejecución de este plan, y respondió en sustancia el general francés Miollis que, retirándose él y los suyos de Roma, él tomaría sus providencias para conservar en ella la quietud y buen orden. Pero esto es cantar a sordos, y jamás dejarán a Roma si no se ven absolutamente obligados a ello. Se han contentado, pues, aquí con hacer más suyos los esbirros o alguaciles, que son en buen número, y ellos les aumentarán cuanto quieran y harán soldados con el nombre y uniforme de esbirros o alguaciles.

Para fuera de Roma formaron el mismo proyecto de levantar guardias cívicas, y para reclutarle esparcieron por todo el Estado pequeños cuerpos o piquetes de su tropa. Es cierto que en estos meses de aire corrompido o *aria cattiva*, como se dice en Roma, no usando los franceses con sus soldados preservativo alguno, han enfermado millares de ellos, y han muerto no pocos centenares, y pretextando este motivo sacaron tanta tropa de la ciudad en los últimos diez o doce días del mes pasado de agosto que hacia la puerta del Popolo se han cerrado tres cuarteles, en los que había algunos centenares de soldados de a caballo. Pero el motivo verdadero era la formación de las dichas guardias nacionales o cívicas en las ciudades y pueblos del Estado. El Santo Padre previó o fue a tiempo informado de este designio de los franceses, y ha tomado una resolución oportuna y eficaz para trastornarle. Se extendió una encíclica o circular suya, de la que fue necesario hacer tantas copias manuscritas cuantas son las ciudades y poblaciones de alguna consideración en el Estado, y con el mismo secreto con que se hicieron las dichas copias se entregaron a todos los gobernadores con orden de publicarla, si llegaba el caso de la formación de las dichas guardias, y ya se sabe que algunos gobernadores la han publicado, con la formalidad conveniente, y los franceses han quedado sorprendidos, y se han resentido e irritado no poco, y aun se habla que se arrestó a algún otro de los dichos gobernadores por los mismos franceses. Y en Roma se cree, y se asegura, que el domingo pasado veintiocho de agosto se publicaría en todas las ciudades y demás poblaciones del Estado.

En este orden del Santo Padre son declarados reos de lesa majestad, y se les amenaza con el castigo correspondiente a su tiempo y juntamente excomulgados a todos sus súbditos que tomasen las armas con escarapela y con dependencia de los franceses. Esta es la sustancia de este orden de Su Santidad, a lo que oigo decir de muchos, pues por mí mismo no puedo ver ni éste ni ningún otro de los papeles del Papa, y mucho menos ahora que por los sucesos de España nos es preciso a todos los españoles andar con grandísima reserva y con el mayor recato. Oigo también que generalmente, en cuanto se puede saber, ha sido recibido con todo respeto y sumisión este decreto del Santo Padre, y que no sólo ha tenido el efecto de que se enfríe la gente en orden a

entrar en la proyectada guardia cívica de los franceses, sino también de que algunos que ya habían entrado en ella, o por lo menos habían dado palabra de entrar, se hayan arrepentido, protestando que después de tal orden del Papa, su Soberano, no pueden servir a los franceses.

En este proyecto de los franceses de levantar estas guardias cívicas dispuestas y guisadas a su modo, se ve claramente su intención de ponerse en tal estado, y con tales fuerzas, que con un corto número de los suyos pudiesen acabar de hacer la revolución de este país y apoderarse del Gobierno; y con este orden de Su Santidad se les ha desconcertado este designio, y necesitando por consiguiente de un no pequeño número de tropa para ejecutarle con seguridad, y no pudiendo tenerle en el presente estado de las cosas, parece que irá algo a la larga este presente informe y monstruoso estado de Roma y todo el dominio del Papa, teniendo al mismo tiempo dos soberanos, esto es, a Pío VII, que conserva el nombre de Soberano, y de algún modo la raíz y cimientos de la Soberanía, y los franceses, que en la práctica hacen de soberanos en todo. No desistirán con todo esto estos hombres astutos y malignos de su empeño de hacer gente entre los súbditos del Papa, y lo intentarán con muchos arbitrios e invenciones, y a lo menos alistarán para su servicio los jacobinos y francmasones que encuentren en todas partes, pues estos temen poco los órdenes del Papa como Soberano, y menos los rayos de su sagrada potestad, y como aquí en Roma hacen suyos los esbirros y alguaciles, y les aumentarán cuanto quieran, y engañados con este disfraz encontrarán gente miserable que les sirva.

Estos contrastes entre los gobernadores del Papa y los franceses han causado alguna agitación en el pueblo romano, que, con las acciones valerosas de los pueblos de España contra los mismos franceses, han levantado algo la cabeza, y como que se corre de estar avasallado de estos hombres, y los franceses han entrado en alguno temor de revolución dentro de Roma. De aquí ha provenido que la tarde del día último de agosto se metieron de mano armada en el palacio del Vaticano, y arrebataron algunas armas que había en él, o porque no las llevaron todas la otra vez que le asaltaron, o porque en algún momento de beneficencia habían restituido algunas, y podían temer que, si el pueblo se alborotaba, se apoderase de ellas. Y este otro palacio del Quirinal, en el que está escondido el pacífico Pío VII, parecía ayer tarde un castillo apurado con un sitio más formal y más estrecho de los enemigos que le rodean. Se había aumentado mucho la guardia francesa que está siempre en la plaza delante de su puerta principal, y se veían centinelas a algunas de las puertas que están cerradas, y por la noche han tenido muchas patrullas, especialmente en los alrededores del palacio, como que temían que viniese alguna multitud del pueblo a sacar al Papa, o que él quisiese escaparse. Así estamos en el día,

y quién sabe en qué vendrá a parar todo este bullicio y agitación. Ello es una gran miseria para todos este estado de agitación y de convulsiones en que vivimos, y una infelicidad y opresión que temía poco Roma cuatro años ha, cuando hacía alegres paces y concordatos con la Francia. Pero la temían todos los que creen que nunca será buena para Roma ni duradera la paz con los impíos, y mucho menos con esta raza de demonios que ha jurado la aniquilación de la Santísima Religión de Jesucristo.

DÍA 4 DE SEPTIEMBRE

Ayer, al mismo hacerse día, llegó a esta ciudad con un magnífico tren el nuevo Rey de las Dos Sicilias, Joaquín Napoleón, o Murat, cuñado del emperador rey Napoleón Buonaparte, y fue a aperase al gran palacio Farnesio, que era ya del rey José, su antecesor, y ahora mirará como suyo, y se supone que allí encontró una numerosa guardia de la mejor tropa francesa que hay aquí, y que ha sido obsequiado del general comandante Miollis, y de toda la oficialidad mayor, y por lo que toca al Papa no se sabe que haya habido relación alguna con el Rey, ni puede haberla, sino como entre particulares, según el estado de las cosas entre Roma y Nápoles, pues el Papa no quiere reconocerle por Rey mientras no le pida la investidura, y él no quiere pedírsela. Al entrar por la puerta de Roma se le saludó con una numerosa salva de artillería del castillo de San Ángel, y no se hizo esta demostración de obsequio con el rey José al pasar por aquí en el mes de mayo, aunque era Rey de las Dos Sicilias y ya estaba nombrado Rey de España, ni se hizo tampoco con su mujer, que pasó por el mes de junio. ¿Cómo, pues, se hace con este Murat, que aún no ha entrado personalmente en posesión del Reino de Nápoles? Yo sospecho (y tengo alguna satisfacción de entender a los franceses) que esto es ya tratar a este Rey de Nápoles como señor de Roma, porque su cuñado Napoleón le haya destinado a dominar en esta ciudad y en todo el Estado Pontificio con el título de Prefecto, de Patricio, Senador o Vicario, o con otro que se le antoje; y en tal caso se debe suponer que Luciano Buonaparte, destinado ciertamente por su hermano Napoleón para mandar aquí, haya sido abandonado de éste, y acaso él, viendo el semblante de Roma y de todo el Estado para con el Papa, tan diferente de lo que era antes que viniesen los franceses a esta ciudad, no tiene gusto ni ánimo para despojar al Santo Padre y sucederle en el Estado. A las tres de la tarde del mismo día siguió su camino para Nápoles Su Majestad Siciliana, y haría noche en la ciudad de Albano, y según la prisa que lleva podrá llegar a su Corte el día seis o siete de este mismo mes.

Hacia la misma Corte pasó por aquí el 22 del mes pasado de agosto el Sr. D. Pío Gómez, que antes había pasado hacia el contrario rumbo, como

que iba siguiendo a la mujer de José Napoleón, y por este título Reina de España. En el estado presente de las cosas en la misma España, no parece que puede haber credenciales de ministro del rey José Napoleón, y mucho menos del Consejo Supremo, en el que reside ahora la Soberanía. Estará, pues, allí como un español particular, sin carácter alguno de persona pública, como están aquí aunque vivan en el palacio, y se les den los títulos antiguos, el ministro D. Antonio Vargas Llaguno, y el secretario D. Francisco de Eliaga, y los tres asociados al Ministro o aprendices de la diplomacia, Beramendi, Pando y D. Justo. A este modo está también en Florencia o Liorna el Sr. D. Pedro Labrador, que fue Ministro plenipotenciario en Roma y después en la misma Florencia, y al tiempo de las novedades en Bayona se vino a este país; y está también allí su secretario D. Remigio Argumosa. En Génova se conservan también sin carácter alguno el Sr. D. Lorenzo Gómez de Terán, que fue Ministro de España en aquella República, y verisímilmente su secretario D. José de Serra. Más antiguo es en el estado de ociosidad el Sr. D. Jerónimo de la Gasca, que fue Ministro de Madrid en Verona, y le acompaña aquí en Roma el que fue su Secretario. Aun el Sr. D. Nicolás Blasco de Orozco[7] y su secretario D. Luis Martínez de Viergol, que estaba en la Corte de Milán sin credenciales competentes porque las antiguas de los reyes expiraron con su ruina, y no les pueden tener nuevas ni del nuevo Rey ni del Consejo de la Nación. Antes de la revolución de España estaban ya sin empleo alguno todos estos diplomáticos, a excepción de los de Roma y Milán. Pero en parte estaban mejor, pues sin ocupación alguna cobraban sus sueldos antiguos y podían con ellos divertirse y triunfar. Esto se acabó con el trastorno de España, y se acabó aun para aquellos que hasta ahora ejercían sus empleos de secretarios, ministros, pues de España para nadie viene dinero, ni podrá venir mientras no se asienten algo las cosas.

Día 6 de septiembre

Esta ciudad de Roma, lejos de aquietarse y calmarse, se va poniendo por días en mayor agitación e inquietud, y así sucederá necesariamente mientras no se apoderen de todo el mundo las sectas filosóficas, o ellas sean del todo abatidas. Verdad palpable que conocieron algunos con tiempo, e inútilmente quisieron éstos que más les importaba que eran las potestades eclesiástica y temporal. Pero ahora ya la conocen generalmente todos los que estiman la Religión. Antes de ayer, continuando los franceses en tener una numerosa guardia en la plaza del palacio, un piquete de soldados detuvo y registró un

7 Nicolás Blasco de Orozco (1764-1840). Ministro plenipotenciario ante la República Cisalpina desde enero de 1798. Juró a José I en 1808, en Didier OZANAM: *Op. cit.*, pp. 191-192.

coche que salió del patio del dicho palacio e iba a buscar algunos papeles o alguna otra cosa que podía el Papa enviar fuera. Por esta insolencia, que hasta ahora no habían usado, dio orden Su Santidad de que se cerrasen las puertas, no dejando abierto sino un pequeño postigo de ellas por el que pueden entrar las personas, y así aun los Cardenales se han de apear en la plaza delante de la puerta del palacio, aunque esté lloviendo. Aún han registrado después algunas personas que salían del palacio, presumiendo que podían sacar alguna cosa perteneciente al Papa. ¡Qué insolencia y villanía de estos hombres, que al mismo tiempo confiesan que es no solamente Pontífice Romano, sino también Soberano en Roma; y en Francia, y mucho más en España, esparcen y quieren creer a las gentes que en cosa alguna molestan al Papa, y que antes le reverencian y obsequian en todo. Ayer observé que se habían cerrado con tablones algunas claraboyas de la escalera hacia la Dataría que no tenían ventanas, y esto indica que se tiene miedo de que entren por ellas los franceses para arrebatar al Papa alguna noche, o para alguna otra maldad, y así nadie puede entrar en el palacio, ni aun un pájaro, por decirlo así, sino por el pequeño postigo de la puerta principal en el que está de guardia, con un caporal o sargento, un buen piquete de suizos con sus alabardas.

Todo esto, que es un nuevo insulto, una grandísima opresión, y aun indica algún peligro de la sagrada persona del Papa, irrita cada vez más al pueblo, y efectivamente se nota fermentación e inquietud, y se aseguran algunos romanos que están muy conmovidos los de los montes y los transtiverinos, y que unidos entre sí tienen por la noche sus espías y centinelas para ser avisados prontamente si se intenta algo contra el Santo Padre. Los franceses han traído bastante tropa de la que andaba fuera de la ciudad, y con este nuevo refuerzo, como en prueba de que no tienen miedo alguno, y para aterrar al mismo tiempo a los romanos, han hecho hoy mismo nuevos y grandísimos insultos al Papa.

Se presentaron al postigo de la puerta del palacio un oficial mayor francés y dos subalternos, y, no llevando armas que pudiesen asustar y pretextando que iban a tratar algún negocio con el Secretario de Estado, los dejaron entrar. Fueron efectivamente en derechura a la habitación del cardenal Pacca, Secretario de Estado, y verosímilmente pondrían el sello en todas las cosas de la Secretaría, como han hecho ya otras dos veces, aunque ahora el principal asunto fue arrestar en su misma habitación al mismo Cardenal Secretario de Estado, e intimarle la partida a las veinticuatro horas, y para este tiempo le puso como centinelas de vista los dos bajos oficiales o subalternos que llevó consigo el oficial mayor, y éste, concluida esta grande hazaña de intimar arresto y destierro de Roma a dicho cardenal Pacca, Secretario de Estado de Su San-

tidad, se retiró del palacio, e iría a informar al comandante Miollis del suceso de su comisión y encargo.

El Cardenal Secretario de Estado pidió su permiso a los oficiales, sus guardias, para ir a informar del caso al Santo Padre, y se le negaron. Pero le permitieron que lo hiciese por un billete o esquela, y así lo hizo. Pío VII, leída la esquela del Cardenal Secretario, y terminado un negocio en que entendía, aunque verdaderamente manso y humilde, y por carácter pusilánime, se reviste prontamente de una justa y sagrada indignación, parte con desembarazo y diligencia de la pieza en que estaba, baja por la escalera pública y exterior del palacio, y, atónita y confusa la gente de las guardias de las antesalas de su habitación, le sigue con las lágrimas en los ojos, temiendo, sin saber nada, que le sucedía alguna gran desgracia al Santo Padre; entrase en el cuarto o sala en que estaba el arrestado Cardenal y los oficiales franceses sus guardias y centinelas de vista, y se encara con éstos, arrodillándose al mismo tiempo todos los suyos, y con aire y majestad de Soberano y de Vicario de Jesucristo, con graves y poderosas palabras, que trasladaría aquí con gusto si hubiera sido posible recogerlas, les afea su acción gravísima, su atrevimiento y osadía, y acabada su majestuosa alocución, con la que no dejaron de turbarse los oficiales franceses, y uno de ellos, que al fin estará bautizado, se puso de rodillas, y el otro, aunque judío, hizo alguna obsequiosa inclinación, vuelto al Secretario de Estado, "Señor prisionero, le dijo, véngase conmigo, y si quieren desterrarle los franceses le habrán de sacar de entre mis brazos", y, cogiéndole por uno de los suyos, se le llevó a su habitación. Los oficiales franceses, atónitos y avergonzados, se fueron a contar a su Miollis lo que les había sucedido con el Papa, y se ha dicho que el Comandante les arrestó porque no habían cumplido sus órdenes de guardar a vista al Cardenal Secretario de Estado. Pero será una pieza ceremonia, pues el mismo General conocerá que no podían oponerse al Papa, e impedirle que le llevase consigo.

Todos alaban mucho la sustancia de la acción del Santo Padre, y se maravillan cada vez más de la grandeza de ánimo, heroico esfuerzo y valentía que ha conservado constantemente desde que apareció este nuevo hombre el primer día que entraron en Roma los franceses. Yo más me ocupo de contemplar en sí mismo este pasaje, que parecerá increíble a los que lean estos borrones, y le creerán inventado para asunto o argumento de una tragicomedia, pues tiene mucho de serio y grave, y no le falta de risible o de ridículo. Pero pueden creerle sin escrúpulo, porque estos bizarros y atrevidos filósofos franceses que nos dominan son capaces de todo. No ha podido el Papa hacer lo mismo que con el Secretario de Estado con otros dos sujetos muy estimados por Su Santidad, que en este mismo día han sido desterrados por los franceses.

Al cabo ha tenido sobre sí el arresto que con ceder sus bienes y con otros arbitrios había evitado hasta ahora el anciano cardenal Leonardo Antonelli, Decano del Colegio de los cardenales, y dándole muy poco tiempo para disponerse a la marcha con escolta de soldados pasó al principio de esta noche, y al fin por sus años, y por otros títulos, se le ha hecho la gracia de que no vaya a país muy apartado, y pueda quedarse en la ciudad de Espoleto, que está dentro del presente pequeño Estado Pontificio. Ha sido también arrestado en este mismo día monseñor Arezzo, actual Gobernador de Roma, y, con solas tres o cuatro horas de término para disponer su viaje, ha partido, como Antonelli, al principio de esta noche, y por ahora es llevado a Florencia, aunque no será extraño que al cabo vaya a parar a Fonestrelle, en donde está todavía su antecesor Cavalchini, aunque un sobrino suyo ha estado en París, en Bayona, y ha hablado el Emperador, y ha estado aquí en Roma con el general Miollis, y ha hecho todos estos viajes, gastos y aun regalos con el fin de que a su tío se le de una prisión menos incómoda y menos perjudicial a su salud, y no lo ha logrado.

A Roma ha sido traído preso, con escolta de soldados, y encerrado en este castillo de San Ángel, el ilmo. Sr. D. Joaquín Tosi, Obispo de Anagni, de quien para otros ascensos hemos hablado alguna otra vez en este escrito. A pocas horas de reclusión le dieron libertad, y él fue a dar gracias al general Miollis, que le convidó a comer a su mesa, y él se excusó, e hizo muy bien, y no hubiera hecho mal en dejar también las gracias por haberle sacado del castillo. No es imposible que al Obispo le acusasen de alguna cosa que se crea delito delante de los franceses porque tiene muchos enemigos en su ciudad de Anagni. Pero no podía ser inocente cuando le dieron libertad si no lo era cuando le prendieron, pues en tan pocas horas no podía haberse justificado. La verdad es que su arresto es obra únicamente de la astuta y maligna política de los franceses. Saben que este Ilmo. es hombre ardiente y celoso, y muy capaz de conmover el pueblo para que se guarde con toda exactitud el orden de Su Santidad de no tomar las armas en servicio y con dependencia de los franceses, y para otras cosas del servicio de su Soberano. Pretenden, pues, los franceses, arrestándole con insolencia en su palacio, y trayéndole con pública ignominia a Roma y a este castillo de San Ángel, aterrarle a él mismo para que modere su celo y ardor, y se guarde de conmover a sus gentes contra ellos, y a aterrar en su cabeza a los otros obispos del Estado del Papa. Así tratan estos viles filósofos franceses a cardenales, obispos y prelados, y no haciendo distinción alguna de ellos a los de la ínfima plebe. No hubieran llegado a tanto poder si los que ahora son oprimidos por ellos les hubieran tratado, cuando podían menos, según en la realidad merecían por sus obras y por sus escritos.

DÍA 8 DE SEPTIEMBRE

Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen. Al fin hemos llegado a la luz de este día sin tumultos, sin batallas, y sin sangre, como con mucho fundamento se temía. De ocho o diez días a esta parte, como ya insinuamos, siempre ha ido creciendo el acaloramiento y fermentación entre los romanos, y el temor y recelo entre los franceses de algún tumulto popular, y últimamente tomaron éstos tales medidas casi como si estuvieran seguros de que esta noche del siete al ocho se habían de alborotar los romanos contra ellos para sacar al Papa de su prisión y de sus manos. La noche del seis al siete sacaron de las cárceles públicas y encerraron en el castillo de San Ángel a todos los presos que eran capaces de tomar las armas, porque supondrían que, con un tumulto popular, abrirían las cárceles y darían armas a todos los encarcelados; y tengo por cierto que en estos últimos días han metido muchas cosas, y especialmente víveres, en el dicho castillo de San Ángel, para poderse mantener en él algún tiempo si no podían resistir en la ciudad al pueblo romano, y también creo que ya ha varias noches que el valeroso e impertérrito general Miollis se va a dormir al castillo, no dándose por seguro en el palacio Doria, aunque tiene a la puerta un gran cuerpo de guardia, y en el inmediato convento de San Marcelo de los religiosos servitas un batallón o regimiento de buena tropa.

Ayer, repentinamente, estando bien informados de todos, se echaron sobre viarias tiendas en que se vendía pólvora por menor, y arrebataron toda la que encontraron, y sin pagarla, como se quejaba con razón una pobre mujer que en su tienda, no lejos de esta mi casa, tenía de venta algunas libras. Más ruidosa es otra demostración que hizo también ayer el general Miollis. Llamó arrebatadamente a su casa para tal hora a todos los curas párrocos de la ciudad, y efectivamente acudieron muchos, y a estos les encargó y ordenó apretadamente que con celo y eficacia inclinasen a sus feligreses a la quietud y tranquilidad, y sobre todo con un aire de severidad, y con un tono de amenaza, les previno que se guarden bien de permitir que tocasen a rebato las campanas de sus iglesias, y ellos en general prometieron cumplir sus órdenes. Pero al mismo tiempo protestaron que ellos no tenían fuerzas para resistir al pueblo alborotado, y que no podrían impedirle que tocase las campanas e hiciese todo lo demás que gustase.

En este estado de las cosas, y llenos de miedo los franceses, se supone que tomaron las providencias más oportunas que supieron para aterrar a los romanos, y para defenderse en el caso que llegasen a levantar algún tumulto, y, si es cierto todo lo que oigo, se pusieron en un aspecto tan terrible que pudieran causar grandes ruinas en la ciudad. Alrededor del palacio del Quirinal, en que está escondido el Papa, se aumentó mucho la tropa por la noche, y oigo asegu-

rar, y lo creo, aunque nadie lo haya visto de día, que tenían asomado un cañón a todas las calles que llevan al palacio. Del mismo modo estaba fortificada la plaza del Capitolio, desde la cual, por estar en uno de los montes, se puede hacer mucho daño en Roma. En la plaza de España apostaron también alguna tropa, porque acaso temerían que en ella se arremolinase alguna gente. Más extraño es, aunque no es increíble según el temor que mostraban los franceses, que en la altura de la Villa Médicis, en que ahora está la Academia francesa de las Bellas Artes, plantaron también algunos cañones, y desde ella podían hacer mucho daño en casi toda la ciudad baja, pues la está dominando. Otro tanto hicieron en San Pedro Montoro, que es un monte muy alto de la otra parte del río, y está dominando perfectamente la parte de la ciudad que se llama Transtiberin, y lo creo, porque los transtiberinos, o moradores de aquella parte de Roma, eran los más acalorados, y lo sabían muy bien los franceses. A estos castillos extemporáneos y previsorios se ha de añadir el estable y antiguo de San Ángel, que por muchos lados puede hacer daño en la ciudad. Formadas todas estas baterías y castillos se supone que en esta noche, ni con soldados franceses de todos los que están en Roma, ha estado ocioso, y hasta ha girado continuamente patrullas de caballería e infantería, lo más numerosas que les ha sido posible.

¡Pobre Roma!, no puedo menos que exclamar penetrado de compasión para con ella. Pobre Roma, en qué aprietos, en qué temores y peligros se va viendo, aun después de que con paces y concordatos creyó que había asegurado su quietud y tranquilidad, y que no se volvería a ver a en las turbulencias y agitaciones que experimentó en los dos últimos años del siglo antecedente. En este punto, como hemos dicho cien veces en este escrito, hubo una alucinación tan grosera, parte por ignorancia y parte por malicia en los pocos que dominaron a Pío VII desde el principio de su Pontificado hasta que empezaron las presentes tribulaciones, que deshonrará a sus autores en todos los siglos venideros. Con sus paces y concordatos, y con otras cien condescendencias en sí mismas poco loables, no hicieron más que aumentar las fuerzas y poder de las sectas anticristianas que tienen por sistema arrancar del mundo la Santísima Religión revelada de Jesucristo. ¿Y con éstas pensaba Roma tener paz estable y duradera?

En este día se ha librado de ver correr por sus calles la sangre de sus moradores, y yo lo miro como un beneficio muy particular de la Santísima Virgen, que en los días precedentes a esta fiesta de su glorioso Nacimiento, como en otras varias desde que empezaron las presentes tribulaciones, ha sido obsequiada y felicitada a favorecer a Roma con muchas novenas y triduos que se han hecho con mucho fervor y con asistencia de mucha gente en las iglesias que por algún título particular se miran como de Nuestra Señora. El Papa, sin

mostrar turbación por todo el aparato militar de los franceses, y llevando adelante su resolución de hacer todas sus cosas en cuanto sea posible, como si ellos no estuvieran en Roma, ha tenido en la capilla de su palacio la fiesta que se solía hacer este día en la iglesia de Nuestra Señora del Popolo, a la que concurrían el Papa, los cardenales, los prelados, y todos los demás que tienen asiento en las capillas pontificias. Asistieron, pues, a la capilla del palacio los de las dichas clases que se conservan en Roma, pero dejando todos, y aun los pocos cardenales que han quedado, sus coches en la plaza del palacio, en donde se apean, y después se meten allá dentro por aquel agujerillo o postigo de la puerta principal del palacio, que es la única entrada en él. ¡Qué miseria, qué indecencia, y qué esclavitud en su misma Corte y en su mismo palacio de uno a quien llaman Soberano los mismos franceses!

Día 11 de septiembre

Todo el día de la Navidad de Nuestra Señora duró la alarma de parte de los franceses, haciendo andar por las calles patrullas de infantería y caballería, y en la plaza del palacio con tanto rigor que no dejaban pasar en ella a persona alguna, y mucho menos corrillos de tres o cuatro que se parasen a parlar, como sucede fácilmente encontrándose algunos amigos. Pero ya con el día ha cesado todo el aparato militar, y en la plaza del palacio no hay más que la antigua guardia de diez o doce hombres, y se han retirado algunas centinelas que se ponían a dos de las puertas cerradas del dicho palacio. De suerte que parece que se ha desvanecido el temor de los romanos de que los franceses arrebataren al Papa, y el temor de los franceses de que el Pontífice se escapase de Roma. Para el temor de los romanos no veo fundamento alguno, pero creo que lo llegaron a temer, pues su grande inquietud y agitación no podía nacer de solos los insultos hechos al Papa y de algún acaloramiento con las victorias de los españoles, porque efectivamente se han sosegado cuando han sido mayores los insultos al Santo Padre. Digo diez, y no lo tengo por inverosímil, que los transtiberinos que se han agitado, porque se les ha hecho saber que darán en esto gusto a Su Santidad, y que uno de sus más bravos jefes les dijo a muchos de ellos: "amigos, no demos un disgusto a nuestro amado y venerado Pontífice. Reservad vuestro coraje para cuando sea tiempo y sazón"; y por este, o por el otro motivo, o por los dos, el pueblo repentinamente se ha quedado en calma.

Pero el temor de los franceses de que el Papa se fuese de Roma puede haber habido algún motivo, aunque no se puede tener por cierto del todo. En los primeros días de este mes de septiembre se habló mucho en toda Roma de algunos hombres misteriosos y embozados que habían venido de fuera, y que habiendo estado con el Papa se habían ido por el mar. Este rumor general de

toda Roma es ya algún fundamento de la venida de tales hombres, y yo puedo dar alguna fuerza a este rumor general con la relación del caso, según me lo ha contado con la mayor aseveración una persona respetable y dignísima de crédito, que me asegura que lo sabe por uno de los tres sujetos que han entrado en la maniobra. A la vista del puertecillo de Fiumichino se presentó un navío de guerra inglés, y con la lancha o bote vinieron tres sujetos a tierra en este o en el otro puerto del Tíber, y lograron meterse en Roma. Uno de ellos es romano y conocido, y amigo de la persona que me ha contado esta historia o aventura, y este anduvo a cara descubierta, y dirigió a los otros dos encubiertos y disfrazados, que eran o sicilianos o ingleses, y consiguió que pudiesen hablar al Papa. A este le entregaron una verídica relación de las grandes cosas que se han hecho en España contra los franceses, y le ofrecieron en nombre de Su Majestad británica todo el dinero que necesitase, y le animaron a que partiese de Roma, asegurándole que en el navío de guerra que está casi a la vista de Roma tendrá toda la comodidad posible, y aun un dudoso acompañamiento de eclesiásticos, para ir a Palermo, a Malta, o a donde quisiese. El Papa no se resolvió a partir, y hablando humanamente, y sin saber si el Santo Padre tendrá luces superiores sobre el caso, parece que hubiera hecho bien en ponerse en seguro en Palermo, en Malta o en España, y desde allí anatemizar a los dominantes ateístas franceses para que se volviesen contra ellos todos los católicos de todo el mundo.

La partida de Roma después de ejecutada su comisión fue casi pública en la ciudad, y en toda ella se contaba de este modo. Poco antes de anochecer, en un coche alquilado, salieron de la ciudad por la puerta portense o de Ripa grande, y obligaron con promesas, y aun con amenazas, al cochero a que fuese adelante, y en cierto sitio hicieron fuego que pudiese ser visto a alguna distancia, y acudió luego la lancha o bote del navío, y les llevó a su bordo. Todo esto ha podido ser observado y sabido de los franceses, especialmente que no dejarán de tener algunos amigos u hombres ganados con dinero dentro del palacio del Papa, y efectivamente se habla en el día de que el Santo Padre ha descubierto algunos traidores dentro de su misma casa. No son nuevas estas empresas en los ingleses, que siempre están sobre estas cosas con alguna fragata u otra embarcación de guerra, y muchas veces se ha dicho, y yo lo creo, que han introducido alguna persona en Roma, y por lo menos cartas dirigidas a Su Santidad o a algún sujeto de su confianza. Y el modo más común de ejecutarlo es el siguiente: cogen algún barco de pescadores, y les ofrecen una conveniente suma para que traigan a Roma algún pliego, y se le entregan fielmente al volver con la respuesta; y una providencia que han tomado los franceses es prueba segura de que han llegado a entender esta traza de los ingleses para meter cartas en Roma, con las cuales se llega a saber todo lo que ellos

quieren ocultar, pues han dado orden de que vaya un soldado en todos los barcos de pescadores de todos aquellos puertecillos que puedan tener comunicación con alguna nave inglesa. Tanto cuesta saber algo en Roma de otros países por la insufrible prepotencia de los franceses, y tanto hacen estos para que nadie sepa sino lo que ellos quieren decir, y se supone que callan todo lo que les conviene, y dicen y exageran lo que les es favorable.

Día 13 de septiembre

La insolente prisión y destierro del cardenal Pacca, Secretario de Estado, aunque no tuvo efecto por la animosa resolución de Su Santidad, y los arrestos y destierros del cardenal Antonelli y del gobernador Arezzo, pedían un papel vigoroso del Santo Padre, como regularmente se ha escrito sobre todos los atentados de los franceses; y ya el día nueve, tres días después de la aventura, oí que corría por Roma manuscrito, como se supone, y que estaba muy bueno, y yo lo creo sin verle, por la razón que he insinuado en otras ocasiones semejantes. El asunto es algo particular por la circunstancia de haber impedido el Papa el destierro del Cardenal Secretario de Estado, y por lo mismo tengo alguna curiosidad y deseo de verle. Pero será muy difícil conseguirlo por la gran cautela con que es necesario vivir y haber muy pocos de quienes se puede fiar. El cardenal Pacca se está siempre encerrado en el Palacio Pontificio porque, si saliese fuera, serían capaces de arrestarle en una calle pública y llevarle después a Fenestrelle u a otra prisión más estrecha y más ignominiosa. Se le puede, pues, mirar, como prisionero, al modo que lo está el Papa, en el mismo palacio del Quirinal.

El día mismo de la Natividad de Nuestra Señora se le añadió al cardenal Pacca otro Cardenal por compañero en su prisión o reclusión en el palacio, aunque en este no entran a cara descubierta los franceses; y la cosa pasó de esta manera: al acabarse la función de iglesia o la capilla pontificia cerca del medio día sin que hubiese precedido indicio alguno de tal cosa, dijo el Papa al cardenal Miguel de Pietro que se quedase en palacio, y que ya tenía preparada habitación, y aun comida, y, despachando su coche y sus criados, se quedó desde aquel punto en el palacio Pontificio como el Santo Padre y el cardenal Pacca, y no ha salido de él en estos días, ni saldrá verisímilmente hasta que se mude el estado de Roma. Algunos parciales o amigos de este cardenal Pietro dicen que el motivo de esta resolución del Papa ha sido la mucha estimación que tiene Su Santidad de su persona y de su saber, y que por tanto le quiere tener a su lado para servirse de su consejo y de sus luces. Pero este modo de pensar no tiene a mi juicio probabilidad alguna, ya porque no es necesario que el dicho Cardenal esté encerrado día y noche en el palacio Pontificio para

que Su Santidad se pueda valer de su parecer y doctrina en todo lo que quisiese, y ya también porque, aunque han quedado en Roma pocos cardenales, hay con todo eso algunos, como Mattei y Erskino, que pueden servir a Su Santidad con su consejo y saber tan bien, o mejor, que el cardenal de Pietro, y, no obstante, no les ha obligado a vivir escondidos en su palacio.

Creo, por tanto, como efectivamente dicen muchos, que no ha habido otra causa de esta demostración del Papa con el cardenal de Pietro que miedo de éste y compasión de Su Santidad para con él. Este cardenal de Pietro ha sido uno de los cinco o seis que se han mostrado parciales de los franceses, y que han ayudado a las paces y concordatos con ellos. Todos estos cardenales afrancesados, y que han inducido al Papa a condescender con la Francia en todo, haciéndole esperar, sin perjuicio de la Religión, y aun con utilidad de esta, la conservación del Estado, y otras ventajas temporales, viendo el Pontífice consultado tan villanamente y enteramente oprimido, y trastornado todo, Colegio de los cardenales, el Estado y la Corte, se hallan en una situación casi parecida a la de Judas cuando vio a Jesús Nazareno, a quien inicuamente había vendido, condenado a muerte por los judíos y gentiles. Aun el mismo cardenal Consalvi, que fue el principal negociador de paces y concordatos, de coronaciones, y de otras cien cosas en servicio de la Francia, debe de estar confuso y avergonzado, y lo mejor será, si está arrepentido de corazón, y no se le ve en público en parte alguna, y hace muy bien, porque aun la gente ordinaria y de ninguna instrucción le trata de traidor a la Religión, al Papa, a Roma y a todos.

Creo, pues, que este cardenal de Pietro, que no tiene trazas de ser un fino político que sepa ocultar sus íntimos sentimientos, no se ha contentado de confundirse y arrepentirse dentro de sí mismo, viéndolo perdido todo, de haber contribuido a la conducta que se ha hecho tener al Papa de condescendencia en todo con los franceses, sino que ha hablado con alguna fuerza sobre este asunto, como que es una fea ingratitud de estos hombres tratar de tal modo el Papa y a los cardenales, después que se les ha dado gusto, y servido en todo. En suma, según oigo decir a algunos, ser antes parcial de la Francia, y ahora se ha hecho contrario de ella; y de aquí nace que teme ser tratado mal de los franceses, y por lo menos desterrado de Roma, y aun teme algo personalmente de parte de los furiosos jacobinos romanos. Estos, sus temores y angustias, son la verdadera causa de que el Santo Padre le ha ya hecho quedar a vivir encerrado en su mismo palacio, en el cual seguirá la suerte y destino del mismo Pontífice, como también el cardenal Pacca, y, una vez que se ha descubierto este asilo para librarse de las manos de los franceses, no es imposible que algunos se acojan a él, y se vaya poblando el palacio de cardenales y de otras gentes.

DÍA 15 DE SEPTIEMBRE

En los tiempos pasados, cuando no dominaban en el mundo estos impíos franceses, se anunciaba con las gacetas públicas la muerte de este o de aquel Cardenal, y era justo hacerlo por la autorizada dignidad de su persona. Para estas gentes que mandan en el mundo supone muy poco, por no decir nada, un Cardenal de la Santa Iglesia, si no tiene otras cosas que le hagan recomendable, y su estilo ordinario es que, si se trata de un Cardenal, o un Obispo, que les ha sido algo favorable, le levantan en sus gacetas hasta las nubes, y más alto, y si les ha sido contrario, y aun sólo indiferente, ni aun se dignan de nombrarle y de dar noticias de su muerte. Así creo que ha sucedido con el cardenal Carlos Bellisomi, que ha muerto en la ciudad de Cesena, de la que era Obispo. Estaba Nuncio Pontificio en la Corte de Lisboa, y, después de haberle tenido el Papa Pío VI reservado en el pecho algunos años, le publicó Cardenal en el Consistorio de 21 de febrero del año de 1794, y bien presto le hizo Obispo de la ciudad de Cesena. No tengo particulares noticias de su persona, pero no deja de ser de alguna recomendación de su piedad, y de otras prendas, el haberse hablado mucho de él en orden a hacerle Papa en el Consistorio de Venecia del año ochocientos, y según llegaban las noticias a España estuvo bastante adelantada su elección. Después del Cónclave se ha tratado constantemente en Cesena, en donde ha muerto ya dentro de este mes de septiembre. Era natural de la ciudad de Pavía, en la Lombardía, y nació a 30 de julio de 1736.

DÍA 18 DE SEPTIEMBRE

Es un gran desconsuelo que en este nuestro destierro no nos lleguen por algún lado algunas seguras noticias de los sucesos de España y del estado en que se va poniendo la Monarquía, sin Rey alguno, y gobernada, según podemos entender, por su Consejo Soberano, compuesto de diputados de casi todos los reinos y provincias. En esta absoluta falta de todo verídico documento, nos aprovecharemos para decir algo de lo mismo que publican y hacen los franceses, y de alguna otra expresión de cartas de españoles. Los franceses han sufrido aquí, callando y mordiéndose los labios de rabia y de despecho, que Roma, y toda Italia, crea y diga que la nación española, malamente armada, ha vencido y despedazado los numerosos ejércitos de tropa francesa veterana, aguerrida e invencible que traidoramente se habían metido en el corazón de España y en muchas de sus principales fortalezas. Al cabo han querido reprimir la animosidad que con el ejemplo de los españoles se va excitando en los romanos y en otros pueblos de Italia, y han publicado una relación de los sucesos de España, y, según ella, ellos han vencido en todas partes, y han

atropellado y esparcido a los españoles que se les han puesto delante. Pero el autor de la relacioncilla no ha tenido ánimo para hablar de los sucesos de los últimos días de julio en Madrid, que son la escena principal y la conclusión de toda la tragedia, pues con ellos quedó casi toda la Monarquía libre de franceses.

Para alguna disculpa de sus desgracias, y para reprimir a los españoles, dice una cosa que no sabíamos con tanta extensión, y que nos sirve de grandísimo consuelo. Nos asegura la relación francesa que en España *se han publicado solemnemente prodigios de Zaragoza, de Valencia, de Sevilla, de Valladolid, etc.*, y se burla después de la credulidad de los españoles, como que a ellos solos podían mover estos portentos. Pero, si se han publicado con solemnidad en toda España, es preciso que se hayan hecho las diligencias jurídicas y legales con la autoridad de los obispos para asegurarse de la verdad de aquellos sucesos prodigiosos, y por consiguiente merecen ser creídos por todos los que tienen fe y Religión, y que saben que el Señor, con su omnipotencia y con su soberano querer, puede hacer ahora, como en los tiempos pasados, cuantos prodigios y milagros quisiere. Y qué mayor consuelo para nosotros que ver al Cielo declarado a favor de nuestra estimadísima patria, pues ésta su declarada protección nos hace esperar que, aunque la deje padecer para pagar sus pecados, al cabo la libre de quedar sujeta a los impíos ateístas franceses.

Al compás, por decirlo así, de esta tardía y ridícula historia de las victorias de los franceses, van las operaciones de Buonaparte y de la Corte de París. Por todo el mes de agosto se ha hablado muy poco hacia fuera de las cosas de España, y han estado el Emperador y los suyos sumamente agitados y ocupados enteramente en discurrir razones, y en disponer arengas y parladurías al Senado, y éstos, y a los otros, y aun a toda la Francia, para disculpar todo lo hecho y cohonestarlo del modo que se pueda, y para conseguir interesarlos y acalorarlos en esta guerra contra la España. Y en suma se viene a concluir en todos sus papelotes que el honor de la nación francesa, ultrajado de muchos modos por los españoles, y su utilidad y sus incalculables intereses, hacen esta guerra no sólo conveniente y honrosa, sino también absolutamente necesaria, pues, sin la continuación vigorosa de esta guerra hasta abatir a la nación española, España vendría a ser de los ingleses, y por consiguiente enemiga declarada y perpetua de la Francia.

Suponiendo convencidos a todos los franceses con estas artificiosas razones, o más bien jácaras necias, sin más fundamento que la iniquidad, la injusticia, la perfidia y la ambición, o por lo menos aterrados con la soberana voluntad y omnipotencia de su Emperador corso Buonaparte, se van tomando con eficacia las providencias convenientes para continuar la guerra con todo vigor; y ante todas cosas se tiene un gran empeño en conservar abierta la puerta de la Guipúzcoa, y para este efecto se atrincheran y fortifican los franceses cuanto

pueden sobre el Ebro, y procuran conservar la Vizcaya y alguna parte de Navarra, y quién sabe cuánta tropa ha entrado por San Sebastián desde la mitad de agosto, y cuánta va de camino para allá para que puedan conservar aquellos puertos. Por lo poco que dicen en sus gacetas se entiende mucho, y éstas han llegado a decirnos que desde Italia, y aun desde Alemania, se lleva la tropa en carros para que sin cansarse pueda hacer largas jornadas; y a éstas, y a las demás tropas que van a la guerra de España, para quitarles el terror que necesariamente les ha infundido el valor de los españoles, que ha aterrado ejércitos numerosos de unas tropas escogidas de la Francia, en las ciudades de ese tránsito, y en la Corte misma de París, se hacen grandes fiestas y convites, y se usan otros cien ingeniosos arbitrios para quitarles el terror e infundirles ánimo y espíritu.

Es preciso también preparar nuevos costosísimos ejércitos para esta importantísima guerra, y, por lo que toca a la Francia, además de la anticipación de la conscripción o alistamiento del año diez u once, se piden ochenta mil hombres de algunas de las conscripciones o alistamientos de los años pasados, y así muchos jóvenes que se habían librado de la quinta en los años en que entraron en la conscripción o alistamiento, se ven ahora obligados a tomar el fusil e ir a la guerra, y aquí en Roma hay algún otro joven de estos a quienes les avisan los suyos este su nuevo destino para soldados. Le duele mucho a la Francia necesariamente este furor de este hombre en arrebatar gente para sus guerras, y ver que notablemente se va despoblando. Pero Buonaparte tiene tanta satisfacción, o afecta por lo menos que la tiene, de que los franceses le aman, que no duda decir que en la ocasión presente le darán muestras de este su amor tomando las armas para darle gusto. Según los partidos de que se compone la Francia, como en otra parte diremos, yo creo que son los menos los que aman a Buonaparte, no pudiendo amarle los católicos realistas, que todavía son muchos, ni los jacobinos republicanos, que no son pocos. Pero la fuerza y poder suple por todo, y todos dirán que le aman, o por lo menos procederán en el exterior como si lo amasen, y se hacen soldados, y lo que quiera.

De otros muchos países va recogiendo Buonaparte gente para la guerra de España. Del Norte hace venir no poca de su tropa veterana que había dejado en los Estados del Rey de Prusia y en otros varios países. Todos los reyes y príncipes de la Confederación del Rin, que son casi todos los de Alemania, le van dando tropa, y le darán más cada día para la guerra de España. La Italia, que toda es suya, toda la gente, y no poca, para que este hombre pueda por abatir la católica nación española. Aun de la misma Roma ha sacado, y saca de varios modos, gente para la dicha guerra. Cuánto mejor harían todas estas naciones que ayudan al impío Buonaparte, y que generalmente son católicas, en imitar el amor y celo de la Religión que muestran los españoles, y sacudir

el durísimo yugo de los ateístas que les oprimen. La Italia sola que se revolviese contra estos monstruos en las presentes circunstancias de no pequeño desconcierto para los franceses, sería bastante para abatir el presente extendido dominio de las sectas anticristianas. Pero todas las señas son, a lo menos en Italia, de que la dejan sola en esta gran guerra a la nación española, y aun de que todas las naciones católicas conspiran contra ella. Pero ya que todas la abandonan, y aun la atacan, háganle siquiera la justicia de reconocer y confesar que en la miserabilísima situación a que el mal Gobierno por muchos años, y las maldades de los españoles amigos de los franceses, la habían reducido, los esfuerzos de su valor llegan la heroísmo, y no será después ignominia si, conspirando contra ella casi toda la Europa, fuese al cabo vencida y subyugada.

En todo acontecimiento pueden tener los españoles con alguna probabilidad la consolación de que su fervor por la Religión católica, ya que no tenga efecto alguno bueno con las provincias católicas del Continente, tenga como muy importante en las Islas Británicas. Se asegura que los católicos de Irlanda han hecho nuevamente recurso a la Corte pidiendo lo que les falta para tener una entera libertad en la profesión de la Religión Católica. No hace muchos años que lo pidieron, y no estuvo el negocio en mal estado. Pero al cabo se les negó a pluralidad de votos del Parlamento, y no obstante yo espero que ahora se les conceda, y que los sucesos presentes de España influirán mucho en esta concesión. Es inexplicable el contento de los ingleses por las grandes victorias de los españoles contra las invencibles tropas de Buonaparte, y no pueden menos de conocer que en ellas ha influido mucho su adhesión a la Religión Católica, y no es menor el gusto de los mismos por su íntima alianza con la nación española, que les será muy útil para el comercio y para otros muchos asuntos. Parece, pues, que, conociendo que será un gusto muy particular de la catolicísima nación española que se conceda a los católicos de Irlanda la libertad que piden, el Parlamento, los ministros, y aun los reyes estarán más benignos y más condescendientes con ellos. A esto mismo ayudará mucho la gran mudanza que se ha hecho en Londres y en todo el Estado por respeto a la persona del Romano Pontífice. Antes era un objeto de insulto y de irrisión de muchas gentes, y por lo menos de poco aprecio y estimación, y ahora que le ven tan villanamente pisado y oprimido por los franceses, y que reconocen en él y admiran una heroica fortaleza y constancia, es no sólo apreciado y aplaudido, sino también respetado y venerado. El heroísmo de magnanimidad de Pío VII, y la heroicidad del catolicismo de los españoles, aplaudido uno y otro generalmente por la nación inglesa, no podrán menos de inclinar al Parlamento y a todos a favorecer a sus católicos de Irlanda y de otras partes; y aun se puede esperar, por la antipatía y oposición en todo de los ingleses con los franceses,

que, viendo aquellos que estos deslustran, oprimen y quieren desterrar del mundo la Religión Católica, por lo mismo la estiman, la honran y se vayan aficionando a ella.

En todas las provincias de Italia sienten mucho que se arranque de ellas tanta juventud para llevar adelante sus injustas usurpaciones y sus pérfidas tiranías este fantástico e impío Buonaparte. Y para oprimir una nación catolicísima, noble y generosa, que no les ha hecho mal alguno. Pero en una sola ha llegado el resentimiento a resistencia y oposición. Los pacíficos súbditos del Papa de la Marca de Ancona y del Ducado de Urbino, que de poco tiempo a esta parte están sujetos a la Francia, se han negado resueltamente a entrar en conscripciones o alistamientos, y buen número de jóvenes armados se han hecho fuertes en aquellas montañas, y altamente protestan que quieren antes morir en su patria, matando franceses, que ir a perder la vida en servicio de éstos en la guerra de España. El Gobierno francés ha hecho sus tentativas, aun con la fuerza, para sujetar a estos jóvenes amontados, pero inútilmente, porque generalmente en todas partes tienen poca tropa, y más dominan con el terror y con la astucia que con la fuerza. De todo ha ido relación a la Corte de Milán, y de allá ha venido en nombre del Virrey un papelillo en que se procura rebatir los motivos de queja y de disgusto de los que han tomado las armas contra el Gobierno. En él aparece Buonaparte como catolicísimo y fervorosísimo protector de la Religión Católica, y se pretende que no hay exceso en las contribuciones públicas, y se excusa, como necesaria, la providencia de las conscripciones o alistamientos de los jóvenes para defender el Estado. Pero las jácaras artificiosas y mentirosas de los filosofastros franceses ya no hacen generalmente tan grandes efectos como en los años pasados, y los jóvenes de aquellos países continuaban a estar armados. Se ha suspendido pues el todo, o en gran parte, la leva de gente en aquellas provincias, y, si el Gobierno francés ve a aquellos jóvenes desarmados y esparcidos, arrestará y arcabuceará a los autores principales de este alzamiento, y llevará adelante sus conscripciones o alistamientos. Este es su modo de proceder en todas cosas y prometer todo cuando la necesidad les fuerza, y no cumplen nada cuando pueden hacerlo impunemente.

Por lo que toca a cartas de España sólo llega alguna otra de la Vizcaya y Guipúzcoa, y por ellas se entiende que tienen abierto el camino para la Francia, y por consiguiente que allí dominan los franceses, y que los españoles, aunque a los principios de agosto, y de resulta de la gran victoria de Madrid, se esperó que llegarían a aquella frontera, efectivamente no han llegado, y habrá sido la causa, como ya insinuamos, el haber entrado de nuevo mucha tropa francesa para conservar aquella entrada de la Guipúzcoa, y la posición sobre el Ebro de las reliquias de los ejércitos franceses. Por lo demás, estas pocas cartas de la

Cantabria sólo hablan en general, y confusamente, de alarmas e inquietudes, y aun con más oscuridad todavía de algunas novedades en la Vizcaya, de que otros, y aun las gacetas, hablan con alguna distinción, y las expondremos aquí en el último día de este mes según lleguemos a entenderlas.

En una carta de un español desde París se dicen dos breves palabras, que no significan poco, y nos dan alguna luz para inferir otras cosas. Los dos últimos correos de España, que estuvieron aquí detenidos varios meses, partieron finalmente de Milán y llegaron a París el día veinte de agosto, como se lo dice uno de ellos con carta de veinticinco del mismo mes desde la misma Corte a este D. Jacinto Morán, Camarero de este Ministro, y nuestro pagador de la pensión. En esta Corte le dice el correo estas formidables palabras: *Hemos encontrado en esta Corte al Sr. Urquijo y al Sr. Azanza*; y estando en París a los veinte de agosto, y acaso algo antes, se ve que su viaje a París fue efecto de los sucesos de Madrid en los últimos días del mes de julio, y la causa de escaparse verisímilmente de oculto y bien disfrazados, y no sólo de Madrid, sino de toda España, no pudo ser otra que miedo, y olerles, como vulgarmente se dice, el pesquero a esparto; y en realidad pocos hay entre todos los corrompidos españoles que lo mereciesen tanto como ellos. El primero fue a Bayona espontáneamente, y mereció tanto afecto al intruso rey José Napoleón, que le hizo su primer Secretario de Estado; y el segundo, que fue en el acompañamiento del vendido rey D. Fernando, igualó, y aun excedió a Urquijo en la deslealtad a la Religión, al Rey y a la patria con sus fanáticas arengas a los impíos y tiranos Buonapartes; y mereció con ellas el rey José que le hiciese Ministro o Secretario de Estado de Indias. Debían, pues, ser los primeros a ser colgados de una horca este vizcaíno Urquijo y este navarro Azanza, y lo hubieran sido seguramente si no se hubieran escapado a Francia, si es cierto, como algunos dicen, que algunos de los de la Junta de Bayona han sido efectivamente ajusticiados, y entre ellos nombran a los generales de los franciscos y agustinos[8]. Lo cierto es que todos los que asistieron voluntariamente a la ilegítima Junta o Cortes de Bayona son verdaderamente infieles a la Religión, al Rey y a la patria, y merecen las penas correspondientes a estos delitos, y por el contrario se puede excusar en alguna manera a los que involuntariamente se hallaron en aquellas circunstancias en la dicha ciudad, pues, aunque no mostrasen ni aun una mediana honradez, nobleza y generosidad española, el grande aparato de aquella función, algún terror, y aun miedo de algunas malas resultas para sus personas y familias, les hacen dignos de alguna indulgencia. La bonanza y superioridad de los franceses en los meses de mayo, junio y hasta

8 Nota del autor: *De estos no se ha verificado.*

julio, creyendo su exaltación segura, habrá sido causa de que muchos se hayan declarado de su partido, y, abatido después su poder y mando en España con las victorias del mes de julio, se hallaron perdidos y en un miserabilísimo estado. ¡Cuánto se nos oculta, por la falta de comunicación, dignísimo de saberse y de ser notado en un escrito. Pero no hay otro remedio que la paciencia, y aguardar a que el tiempo lo descubra!

Día 22 de septiembre

La tal cual quietud y tranquilidad de Roma, que se recibió en los primeros días de este mes, va adelante, según se restableció pasada la fiesta de la natividad de Nª Sª, y el general Miollis, tranquilizados ya los ánimos, tuvo su academia de música y de otras diversiones la noche del día catorce, y algunos de los que asistieron observaron que los oficiales franceses estaban tristes y melancólicos, y los mismos inferían que es una señal segura de que les va mal en España, y en efecto siempre se cuentan combates ventajosos para los españoles, aunque nosotros no podamos llegar a saberlos. La dicha academia del día catorce no tuvo el efecto regular de arrestar o desterrar algunos cardenales, prelados u otras personas distinguidas. Pero, por no dejar de hacer algo, en aquellos días fueron arrestados el marqués Vivaldi y algún otro jacobino romano que, al abrigo de los franceses, se han metido en Roma y viven en ella sin temor alguno del Papa. Pero su prisión fue de ceremonia y de pocos días, y sólo para que entiendan que en todo caso han de estar sujetos a los franceses, y no se han de entrometer a gobernar o dirigir los negocios, y créese que por el mismo motivo han sido han sido arrestados en Milán algunos fanáticos jacobinos italianos, y su prisión habrá sido también, como las de estos de Roma, por poco tiempo, y sólo con el fin de contenerlos y enfrenarlos.

Todos estos furiosos jacobinos de Italia están poco contentos con el camino que llevan las cosas en estos países, y mucho más en Roma, y quisieran más fuego y más fuerza, y que ellos tuviesen más mano en el Gobierno. A este aire, estos jacobinos romanos dieron quejas contra Miollis a Murat cuando pasó por aquí, como que el dicho General ha errado el modo de adelantar las cosas en este Estado; y en esto no dejan de tener razón, como hemos insinuado varias veces, pues los dos arbitrios de Miollis para abatir al Papa y ganar a los romanos, terrores y fiestas, han tenido el efecto contrario, y es más difícil despojar ahora al Papa de la Soberanía que el primer día que entraron en Roma. Este fue el relato de Vivaldi y de sus compañeros, y por él fueron presos por Miollis. En suma, los jacobinos italianos quisieran más fuego y más furor para llegar más presto al abatimiento total de la Religión revelada y al completo triunfo de la filosofía incrédula; y los franceses, que en todo caso quieren conservar el

dominio temporal de la Italia y de otras partes que ya tienen entre las manos, aflojan, condescienden, y casi se hacen cristianos para no irritar a los pueblos y perderlo todo. La tarde del día quince no pude contener la risa al ver la devoción de un cuerpo de guardia de soldados franceses que se conserva en la plaza de España, desde que empezó a estar en ella la noche del día siete. Pasó por allí el Santísimo, que al modo regular llevaban para algún enfermo. A tiempo se pusieron sobre las armas los soldados, que serían como una docena, y se formaron en ala. Ya esto era mucho, según lo que he podido observar en otras ocasiones, pero me aturdió y reí sin libertad al ver que, acercándose el Santísimo Sacramento, se pusieron todos de rodillas, humillaron las armas, y se quitaron los sombreros o barretinas. Para mí es cosa nueva esta demostración de obsequio y de reverencia de los soldados franceses al Santísimo Sacramento, y no sé que la hayan hecho otra vez sino en la procesión del Corpus de la iglesia de San Pedro, a la que quisieron asistir por sus particulares fines contra la voluntad del Papa, y entonces era necesario hacerlo bien para no justificar la resistencia del Santo Padre. Sospecho que las espadas y sables de los españoles, aunque están lejos, tienen alguna virtud para hacer a los franceses cristianos y devotos con Roma.

En estos dos días ha estado Miollis con su oficialidad ocupado en cosas de más gusto que hacer prisiones de estos o de aquellos. Ayer por la mañana llegó a esta ciudad la nueva Reina de Nápoles, o de las Dos Sicilias, hermana de Napoleón Buonaparte y mujer de Joaquín Murat, y como a éste, y por la misma razón, la hizo salva de artillería este castillo de San Ángel. No advertí si se la hicieron a dos o tres hijos suyos que llegaron aquí el día seis y partieron al instante, y sería acaso por estar Roma entonces inquieta y alarmada. La Reina, como su marido y sus hijos, se apeó en el palacio Farnesio, que miran como suyo, en el cual había ayer tarde una numerosa y lucida guardia de a pie y de a caballo. Hoy ha continuado su viaje hacia Nápoles, y no extrañaré, aunque no lo he oído, que, como mujer que no reparará tanto en puntillos y triquetes, y que será algo más piadosa que su marido, haya hecho alguna demostración de respeto al Santo Padre, y que éste le haya respondido en los términos convenientes. Está, pues, ya en la gran Corte de Nápoles, o estará dentro de pocos días, toda la nueva real familia, que por nombramiento del emperador Napoleón ha sucedido en el Reino y trono de las Dos Sicilias al rey José Napoleón, que fue colocado en el trono de España. Veremos cuánto dura esta nueva familia real en Nápoles, porque, fundándose todos estos reinados en injusticia e impiedad, esperamos que el Cielo no les dará consistencia, y serán todos ellos de corta duración.

DÍA 27 DE SEPTIEMBRE

Todos los días se habla de nuevos combates en España, y de victorias de los españoles, y nosotros las insinuaremos confusamente el último día del mes, pues no nos es posible otra cosa. Es alguna prueba de que hay algo de verdad en estas ventajas de los españoles contra los franceses el que, no pudiendo menos de haber combates, éstos no publican victorias suyas, y lo harían, y con muchas exageraciones y falsedades, si las tuvieran; y otra puede ser el que los franceses no sólo se muestran melancólicos, como ya insinuamos, sino también indignados y furiosos. Cómo se puede menos de pensar así de los franceses en común, aunque yo puedo saber pocas cosas de ellos, habiendo dado antes de ayer su gran Comandante, el general Miollis, un paso por una parte extravagante y ridículo, y por otra prepotente y tiránico. En persona fue al palacio de España, y todo el asunto de su extraña visita se redujo a dar muchas quejas a nuestro ministro Vargas contra todos los españoles que estamos en Roma por su modo de hablar de los sucesos y cosas de España; y en particular sólo nombró a los jesuitas, y especialmente a los de la Casa del Jesús, y personalmente el jesuita toledano Hervás, que, por ser Bibliotecario del Papa, entra con franqueza en el palacio, y suele acompañar al Santo Padre en sus paseítos por el jardín. Nuestro Ministro, a quien debimos, a lo que oigo asegurar, que dijese alguna palabra en abono nuestro, aunque no como pedía el caso, encendido de celo de servir al general Miollis, envió al instante recados y avisos por varios lados con la expresión general de que no hablemos de las cosas de España, y, no contento con este aviso tumultuario que ayer se le encajaban a uno en todas las esquinas, ha enviado hoy a la Casa del Jesús al Secretario regio, D. Francisco Elejaga, y a éste y al otro, y especialmente a su paisano el jesuita castellano Hilario Salazar, les ha espetado el orden del ministro Vargas de no hablar de las cosas de España.

Pudiera hacer varias reflexiones si tuviera gana para hacer resaltar la tiranía del francés, acusando a todos sin tener pruebas de que uno solo haya excedido en este punto, y para ridiculizar un poco el ardiente celo del señor Vargas en taparnos la boca para que no hablemos de ventajas y glorias de España; y desde luego parece que podía haberse excusado de tomar sobre sí este empeño y de dar órdenes con un tono tan autoritativo, haciendo reflexión a que podíamos responderle que todo nace de temor y de adulación a los franceses, y no de lealtad a los legítimos reyes de España Carlos IV y Fernando VII, de los cuales solamente le puede venir la autoridad para mandarnos, o no tiene ninguna. Mas al caso nos hace el observar que este modo de tratarnos a nosotros solos el general Miollis y el ministro español Vargas, es una prueba de hecho, y una confesión práctica de los mismos, de que los jesuitas españoles,

aunque han padecido tanto de parte de España, se alegran y se regocijan más de sus ventajas y glorias que los que no han padecido nada de su parte, y antes han recibido honores y sueldos a manos llenas. La cosa mirada por este lado, y se puede mirar sin violencia, nos es de mucho honor, aunque nada nos dan que no merezcamos, pues sin jactancia puedo asegurar que no hay clase alguna de españoles en Roma que con tanta generalidad, aunque es mucho más numerosa que todas las demás, y con tanta vehemencia, se interese y apasione en las cosas buenas y malas de España, como el cuerpo de los jesuitas españoles desterrados de su patria y confinado en esta ciudad.

Por lo demás, aunque en la realidad no hay falta alguna notable en este punto, y no dejaría, si la hubiera, de saberla Miollis por sus muchos espías romanos, se tomaron nuevas precauciones para quitarles aun la sombra de motivo de aprehender y detener en este punto. En la Casa del Jesús, que principalmente es tomada de mira, no se ve un hombre en todo lo bajo de ella, y si allá arriba, en algún tránsito o en alguna pieza común se juntan algunos a tener un rato de conversación, lo dejarán también, porque basta que pase por allí alguna espía romana y les vea juntos, para que les acuse a Miollis de que están hablando de cosas de España; y también dejaremos de juntarnos en el Campo Vachino cuatro, cinco o seis que a lo último de la tarde solíamos concurrir allí, porque basta ver cuatro, cinco o seis jesuitas españoles juntos para dar por asentado que están hablando y regocijándose de las cosas de España, y no pueden disimular su rabia e indignación los franceses y los jacobinos romanos. Quiera el Señor que basten con nuestra reserva y miramiento para que ninguno, ni por descuido ni por calumnia, caiga en manos de estos bárbaros franceses, pues pudiera suceder fácilmente que le arcabuceasen en una plaza pública, como han arcabuceado hoy en la del Popolo con sentimiento, indignación de toda Roma, a un hombre honrado llamado Vanni, que es del Estado del Papa, y tiene mujer y varios hijos.

Este Vanni era un hombre de talento y de coraje, e hizo algún papel a favor de la buena causa en las revoluciones y guerras de estos países en los últimos años del siglo antecedente, y al cabo vino a parar en seguir a Sicilia al Rey de Nápoles, y parece que era Coronel a su servicio, o por lo menos se le había dado este título. Pocos días ha, habiéndole echado en la costa los ingleses, fue encontrado y arrestado en un bosque y traído a este castillo de San Ángel. Nadie duda de que traería algunos pliegos o alguna comisión de palabra de parte del rey Fernando o de los ingleses, pero nada le han encontrado, nada ha confesado, y nada le han probado, y con todo estos cruelesd filósofos, que predicaban tanta humanidad y desterrar la pena de muerte de muchos gobiernos, cuando ellos la merecían frecuentemente, a pocos días que cayó en sus manos le han arcabuceado en un plaza pública, porque le han calificado por espía de

los ingleses, que sobre todas estas costas andan con algunas fragatas y otras embarcaciones de guerra, y les hacen daño de muchos modos; y este día diecinueve, y uno o dos días antes de que cogiesen al desgraciado Vanni, oí asegurar que los ingleses, aquella noche, habían entrado en el puerto de Fiumicino y habían arrebatado algunas embarcaciones cargadas de trigo, aceite y tocino de cuenta de los franceses, y que irían a la Francia, en donde todo vendría bien, caminando dentro de ella tanta tropa hacia España.

Volviendo al recato que debemos tener en hablar de las cosas de honor para España, aunque somos mostrados con el dedo como más delincuentes en este gravísimo pecado los jesuitas españoles, con todos hablo, y todos deben andar con mucho cuidado y reserva, porque estos bárbaros filosofastros franceses a nadie respetan, ni a diplomáticos, ni a religiosos, ni a prelados, ni a cardenales; y a poco celo y libertad que mostrase cualquiera de ellos en alabar a su nación española, aunque es dignísima de serlo con los más merecidos elogios, se exponía a tener una gravísima pesadumbre, y acaso ha nacido de aquí el miedo de algún mal tratamiento de parte de los franceses nuestro cardenal español D. Antonio Despuig y Dameto. Por su oficio de Vicario del Papa es muy necesaria su presencia en algún tribunal o sitio público a donde pueden acudir hombres y mujeres, y no obstante el día veintiuno ya durmió en el palacio de Su Santidad; y aunque el día veinticuatro por la tarde, fiesta de N^{a} S^{a} de la Merced, fue a la iglesia de San Adrián de mercenarios calzados españoles a dar la bendición con el Santísimo Sacramento, esto solo prueba que no es el miedo y peligro tan grande que temiese ser arrestado en una salida repentina y por cortísimo tiempo.

Él se volvió en derechura al palacio del Papa, y en aire y disposición de no salir de él para cosa alguna, ni aun para la más urgente de su empleo de Vicario. Algunos atribuyen su retirada a economía, y para no gastar en casa. Pero no tiene fundamento, ya porque es una cosa ridícula encerrarse por tal motivo en el palacio del Papa, en el que no puede cumplir con sus obligaciones de su empleo; y ya porque, aunque por economía ha dejado el palacio que le costaba de arriendo muchos centenares de pesos duros, y ha reducido su mesa a una cosa muy escasa, tiene buena habitación, sin que le cueste nada, en la basílica de Santa María Mayor, por ser su Arcediano, y otra no mala en el Colegio Romano, por Vicario de Roma. Así que el verdadero y único motivo de haberse escondido en el palacio del Papa es miedo de algún maltratamiento de los franceses; nazca su miedo de haber hablado, o de temor de deslizarse en hablar de modo que les desagrade, o sólo de la calidad de forastero, pues ha visto que a varios cardenales les han echado de Roma sin otra causa que ser naturales de Milán, de Génova y de otras ciudades, y, aunque hasta ahora le han perdonado por español, quizás al presente, habiéndose mudado tanto las

cosas de España para ellos, por esto mismo le querrán mortificar y echar de Roma, y acaso se han irritado los franceses contra este Cardenal mallorquín porque sus paisanos, hecha la paz con la Inglaterra, y declarada la guerra contra la Francia, hacen un corso terrible contra la embarcaciones francesas. Queda, pues, nuestro Despuig recluso día y noche en el palacio del Papa, como los otros tres cardenales Pacca, de Pietro y Cassoni, y verisímilmente seguirán en su reclusión mientras que dure el presente estado de Roma.

Otro Cardenal que está fuera de aquí ha sido desterrado poco hace de su iglesia. Poco después que los franceses llegaron a la Marca, o a más tardar cuando se apoderaron de aquel Gobierno, se habló de destierro del cardenal César Brancodoro, Arzobispo de la ciudad de Fermo. Pero se debió de suspender por hallarse mal de salud, y finalmente se ha ejecutado, y acaso irá a parar, como el cardenal Gabrieli, Obispo de Ancona, a Fenestrelle o a Mantua, o alguna otra fortaleza. El motivo no puede ser otro que haberse negado a cantar el *Te Deum* cuando se apoderaron del Gobierno los franceses, y a hacer el juramento, según ellos le piden. De mano en mano, con este pretexto del juramento, irán dejando el país sin obispos, pues generalmente todos, y exceptuando solamente dos a lo que oigo, están constantes en no hacer el juramento según le piden los franceses. Cada día se va viendo el respetable cuerpo o Colegio de los cardenales en mayores angustias y miserias, y verdaderamente está tal que da compasión el mirarle. Quiera el Señor inspirarles a todos ellos en este su miserable estado pensamientos más oportunos para el acertado Gobierno eclesiástico y civil de Roma que los que convivieron después de la otra opresión del año de noventa y ocho, que fue mucho mayor que ésta.

Día 30 de septiembre

De los tres teatros de guerra que hay al presente, y son Portugal, España y Suecia, nada podemos saber generalmente en Roma, sino lo que quieren decirnos los franceses, y éstos siempre, y en todas partes, vencen y arrollan a sus enemigos, pues están encaprichados en que sobre todo importa conservar la opinión de invencibles, aunque sea con manifiestas mentiras que la multitud y común de las gentes no llega a conocer, porque no puede persuadirse a que haya una raza de hombres que mienta con tanta desvergüenza y descaro, y por máxima, y por principio, de propósito, y muy de estudio. Qué podemos saber, pues, de Portugal, estando tan apartado de nosotros y habiendo cien puertas cerradas para una carta que salga de Lisboa, ni creo que tenga la menos noticia el Sr. Pinto, que si ha vuelto a Roma y de particular, y sin carácter alguno de Embajador o Ministro, ni de los reyes del Brasil, vive escondido en su palacio. Tres cosas, no obstante, son ciertas. La primera, que los ingleses han lleva-

do a Portugal un conveniente ejército, y será verisímilmente igual o superior al que tienen los franceses en aquel Reino. La segunda, que los portugueses, a imitación de los españoles, y en unión con ellos, han tomado las armas contra los franceses. La tercera, que éstos, ni por tierra ni por mar, pueden tener comunicación con la Francia, y por consiguiente no pueden recibir socorro alguno ni de gente ni de alguna otra cosa. Es, pues, forzoso que el gran conquistador de Portugal, Junot, y titulado ya duque de Abrantes, si no va el gran Napoleón a la frente de doscientos mil hombres escogidos a socorrerle, atravesando con ellos toda España, se rinda a los ingleses y abandone el Reino de Portugal, para el cual ha hecho ya Buonaparte dos reyes, y ha pronunciado solemnísimamente para siempre desposeída la familia y dinastía de Braganza. ¡Qué inconsideración, qué atropellamiento, y qué quijotismo de este hombre!

En España hay de seguro dos grandes teatros de guerra, uno hacia el Océano, y otro hacia el Mediterráneo, y es muy creíble que entre los dos, esto es, en la frontera de Aragón y en el Reino de Navarra, haya tropas de las dos naciones, y sus encuentros y combates. En Cataluña conservan los franceses los castillos de Barcelona, en los que entraron traidoramente por un orden del malvado Príncipe de la Paz, y desde los cuales pueden hacer mucho daño en la ciudad, y conservan también la gran ciudadela de Figueras, en la que entraron del mismo modo. Por lo demás, no sólo se tiene por cierto que en todo el mes de agosto ya no había quedado cuerpo alguno de franceses en todo el Principado, sino que para este tiempo o principios de septiembre ya había a su frontera un numeroso ejército compuesto principalmente de valencianos y catalanes, y que estaba a su frente el anciano capitán general D. Ventura Caro. Y no ha estado ocioso este ejército de Cataluña, pues se dice y se cree en Roma que hacia el ocho o diez de este mes de septiembre hubo una no pequeña batalla en aquella frontera del Rosellón, y vencieron los españoles. Pero no se dice, de modo que se pueda creer, circunstancia alguna particular ni de la batalla, ni de la victoria, ni de sus consecuencias, ni sabemos quién era el Comandante del ejército francés. Se ve que Buonaparte, así como lleva a España la mejor tropa que tiene en la Francia, en la Italia, en la Alemania, y aun en lo más alto del Norte, así también quiere emplear en esta guerra contra una Nación a quien él despreciaba, y contaba por nada, a sus más famosos generales, y entre otros ha llamado a París al gran Marena, "el hijo de la Victoria", como dicen los franceses, que estaba en la Alemania, y le destinará a mandar el ejército francés en las fronteras de Cataluña, o en el otro teatro principal de la guerra, hacia Miranda del Ebro, abrazando la Vizcaya y la Navarra.

En Roma se ha hablado también de batalla y de victoria de los españoles en este teatro de la guerra, aunque no con tanta aseveración como en la otra de Cataluña. Pero de cierto ha habido una pequeña acción de los franceses

contra algún paisanaje de la Vizcaya, y de esta, por algunas cartas de aquel país, y por las gacetas de los franceses, se saben con bastante seguridad sus principales circunstancias y algunas resultas notabilísimas que ha tenido, y todo lo expondré aquí con mi acostumbrada veracidad, y con la exactitud que me sea posible, y, aún añado, sin aversión ni mala voluntad para con nadie, y por puro amor de la verdad.

Luego que llegó a Vizcaya la noticia de la derrota total de los franceses en Madrid el día 31 de julio se excitó un gozo tan grande entre los paisanos que prontísimamente echaron mano a las armas, y, reunidos en número de dos a tres mil el día siete de agosto, se metieron en Bilbao diciendo con grande alegría, y a voz en grito: *Viva Fernando VII*, y verisímilmente harían algún daño, saqueando las casas, o de otro modo a algún otro señor bilbaíno, que fueron los principales autores del reconocimiento del rey José Napoleón o Buonaparte. Este reconocimiento, no estando obligado pro la fuerza, como no lo estaba el Señorío, fue evidentemente inicuo y una traición espúrea y formal al legítimo Soberano y a la Nación; y, por el contrario, esta aclamación de Fernando VII por aquellos buenos vizcaínos, en su fondo y en la sustancia, es una acción muy loable y justísima, y sólo se puede tachar de imprudente y de temeraria no teniendo fuerzas para llevar su empeño adelante. Pero, a mi juicio, hubiere dejado de serlo si todo el Señorío se hubiera conmovido como aquellos paisanos, pues, como ya insinué a veces, si prontamente, y luego que fueron derrotados los franceses en Madrid, se hubiera armado el Señorío, al cual se unirían fácilmente algunos guipuzcoanos y muchos castellanos de las montañas de Santander antes que hubieran recibido refuerzos, que no pudieron empezar a llegarles antes de la mitad de agosto, se hubieran retirado a su casa.

Pero siendo tan poca la gente armada, y verisímilmente amigos de algunos señores vizcaínos, se atuvieron los franceses a enviar contra ella un cuerpo de tropa suficiente para derrotarla. El general francés Merlin con cinco o seis mil hombres llegó a las cercanías de Bilbao el dieciséis del dicho mes de agosto. Los paisanos le hicieron frente en dos o tres parajes, y fueron vencidos y maltratados, y metiéndose en Bilbao se hicieron fuertes en el convento de San Francisco, que fue batido con artillería por los franceses y arruinado en buena parte, y los pobres vizcaínos que no habían muerto en los combates, y que no pudieron salvarse con la fuga, en número de quinientos cayeron en sus manos, y fueron arcabuceados al instante como rebeldes al rey José, a quien habían reconocido, y como si toda la villa fuera cómplice de aquella rebelión. Hicieron los franceses algún saqueo en la mayor parte de las casas de sus moradores. ¡Pobre Señorío, y pobre villa de Bilbao! Acaso ha padecido ya más por su desleal reconocimiento de un Rey intruso e ilegítimo

que todo lo que hubiera padecido si se hubiera unido como debía al cuerpo de la Nación. ¡Quién sabe si con estas pérdidas, otras que ha tenido ya, y otras que verisímilmente tendrá, pagará ahora las infames calumnias contra el celosísimo y apostólico misionero el Santo P. Pedro Calatayud, que tuvieron el efecto de impedirle el ejercicio de sus misiones, y otros bien malos contra el cuerpo de la Compañía! Los delitos delante de Dios, aunque los hombres les hayan olvidado, no se hacen viejos, y los de esta especie pocas veces quedan sin castigo aún en este mundo.

El general francés Merlin, acabada tan felizmente esta gloriosa empresa, y dejando en Bilbao alguna guarnición, con el resto de su tropa hacia el veinticinco del mismo mes se retiró a su campo de Miranda de Ebro. En esta sazón el bilbaíno D. José Mazarredo, Teniente General de la Marina, convocó para una Junta General y extraordinaria a los señores del país, y llegaron a juntarse como doscientos. En esta gran Junta tomó la palabra el dicho señor Mazarredo, e hizo una larga alocución para confirmar a sus paisanos en el partido que ya había tomado de reconocer por Rey de España al rey José Napoleón. La fuerza principal de su arenga consiste en esta expresión, es, a saber, que *el Gran Napoleón nunca vuelve atrás de una resolución que ha tomado.*

Me maravilló mucho que Mazarredo tuviese valor y osadía para pronunciar en una Junta tan respetable una proposición tan falsa, y para hacerla todo el fundamento y justificación de una determinación tan grande y tan extraña. Sin detenerme a recorrer con la memoria las empresas de Buonaparte se me ponen delante de los ojos tres resoluciones suyas, públicas y notorias en toda la Europa, de que ha vuelto atrás, y que no ha podido llevar al cabo, que viene a ser lo mismo.

Resuelve llevar ejército a las Islas Británicas, desmonta y despuebla bosques en Flandes y en Francia, fabrica a millares embarcaciones, tiene suspensa por un año a toda Europa, y hasta ahora no ha embarcado un soldado francés para esta expedición. Conque, después de haber tomado la resolución de llevar ejército a la Inglaterra, volvió atrás y no la ejecutó. Resuelve restablecer el Reino de Polonia, lo anuncia con entusiasmo, y lo asegura de cien modos. Saltan de placer los señores y señoras de Polonia, y aquellos le dan sus tesoros, y éstas le ofrecen sus joyas, y al cabo el Reino de Polonia ha quedado más despedazado de lo que estaba antes. Conque volvió atrás de su resolución de restablecer el Reino de Polonia. Resuelve finalmente conquistar la Sicilia para su hermano José, a quien hizo Rey de las Dos Sicilias tres años ha, y en todo este tiempo no ha puesto los pies un francés en aquella isla. Conque ha vuelto atrás, o no ha podido llevar al cabo esta su resolución de conquistarla, y toda la Europa sensata se está riendo de su quijotismo y fantástica ligereza de tomar resoluciones que después no puede ejecutar.

Basta esto poco para demostrar falsa la expresión de Mazarredo y justa mi admiración de que tuviese franqueza y coraje para presentarla en aquella numerosa y respetable Junta de los señores vizcaínos como una razón poderosa, eficaz y conveniente para el asunto de que se trataba. Lo peor es que, no haciendo los diputados reflexión a estas cosas ni a otras muchas que eran del caso, convencidos con ella, o aterrados con la autoridad del que la proponía, con mayor o menor generalidad, y con la solemnidad posible, tomaron la determinación de conservarse unidos con la Francia y de continuar a tener por Rey de España a José Napoleón. En consecuencia de esta determinación de la autorizada Junta, fueron llamados todos los curas párrocos del Señorío para intimársela, y para que ellos ha hiciesen saber a todos sus feligreses. Todo esto se ejecutó desde los veintiséis a los treinta de agosto, y pocos días después que la tropa francesa les había saqueado sus casas en Bilbao. Ahora se seguirá necesariamente, siendo los franceses demasiado sagaces para estas cosas, que pidan al Señorío algún número de soldados para la guerra contra la nación española, y no podrán menos de concederles.

¿Y cómo se habrá oído esta resolución del Señorío de Vizcaya en los reinos y provincias de España reunidas entre sí para hacer guerra a los impíos usurpadores franceses? A una voz la llamarán todos los españoles escándalo enormísimo, deslealtad abominable, y feísima ingratitud. Y será tan grande y tan vehemente la indignación de todos y de los que gobiernan contra el Señorío de Vizcaya que no sería extraño que con un ejecutivo decreto se mandase salir de todas las provincias y reinos de la Monarquía en Europa y en la América a todos los vizcaínos colocados por gracia y liberalidad de los reyes, sin derecho alguno de su parte, en dignidades eclesiásticas, en puestos diplomáticos, en plazas de magistrados, y en otros cien empleos de todos los ramos de Gobierno, quitándoles todo oficio civil y aun militar, y embargándoles las rentas eclesiásticas. Acaso no lo hará, aunque la Junta de los doscientos diputados del Señorío le ha dado algún motivo para tratar con ese rigor a sus paisanos, a sus amigos, y sus hermanos, y a sus parientes. Pero a lo menos aprenderá, con no pequeño daño de los vizcaínos, a no usar de tanta beneficiencia con unos hombres capaces de una villanía e ingratitud tan grande, abandonando toda la Nación cuando tenía alguna necesidad de ellos.

A mi juicio la filosofía de moda, que debe de estar bastante introducida en aquel país, ha deslumbrado a los señores de Vizcaya, y les ha hecho tomar el partido más contrario a sus intereses, y no sólo para los tiempos adelante si se conserva, como esperamos, la monarquía española, sino también en el día. Cuánto ha padecido ya por su adhesión a la Francia, y acaso se hubiera librado de todo si con resolución se hubieran unido al cuerpo de la nación española, especialmente después de la derrota de los franceses en Madrid; y ya tiene

sobre sí otro nuevo trabajo que no será pequeño, especialmente para los más fervorosos partidarios de los franceses. En el día se sabe aquí con bastante seguridad que por las montañas de Santander había entrado en el Señorío de Vizcaya un cuerpo de ocho o diez mil hombres, siendo su Comandante el mariscal de Campo o Brigadier Blake o Blach, como dicen otros, y que los franceses se habían retirado de Bilbao, y con más gusto, y antes hubieran venido de amigos a defenderles y ayudarles en la guerra contra el enemigo común; y con sólo este socorro, haciendo su deber los vizcaínos, y teniendo el mar abierto para todo, podrían defenderse de los franceses del Ebro, que por otros lados tendrán sobre sí a los españoles. Así quedan a la mitad de septiembre las cosas en el Señorío de Vizcaya. Sobre el Ebro se van siempre aumentando y fortificando los franceses, y sus gacetas nos quieren hacer creer que está allí su rey José Napoleón, que se retiró de Madrid a Burgos, porque en aquella Corte hacía mucho calor; y por la frontera de Cataluña hay ejército de españoles que hace frente a los franceses. Veremos en qué vienen a parar estos nuevos aparatos militares de franceses y españoles.

En la guerra del Norte, los rusos, que atacan a los sucesos en la Finlandia, adelantan alguna cosa, aunque no mucho, y es algún indicio de que hacen la guerra con poco empeño, y yo creo que en Rusia se aprueba poco esta guerra terrestre contra los suecos, y la marítima contra los ingleses, porque todos ven que no hay otro motivo para ellas que el servicio a Buonaparte, que ha sabido engañar y deslumbrar a su buen emperador Alejandro. El gran Bernardotte, Príncipe de Ponte Corvo, y Generalísimo de las armas francesas en el Norte, se muestra muy valiente y animoso en desarmar y hacer prisioneros de guerra a los pobres españoles que no pudieron reunirse a su General, el conde de la Romana, y en infamar brutalmente a este honradísimo español y dignísimo caballero. Grande hazaña hacer prisioneros de guerras a unos hombres que el infame Príncipe de la Paz les puso entre sus manos; y, efectivamente, aunque es una iniquidad, ya oficiales y soldados sin armas, en aire de prisioneros de guerra, vienen caminando hacia Francia. Por lo demás, ni Bernardotte con sus franceses, sin los dinamarqueses por su parte, hacen cosa alguna de consecuencia contra los suecos, pues no dejarían de decírnosla si la hicieran, y en la realidad es una gran mengua de unos y otros, y especialmente de los franceses, que se jactaron de conquistadores de todo el mundo, y por lo que estos toca cada día podrán manos contra el Rey de Suecia porque Buonaparte está encantado y ocupadísimo con la guerra de España, y para eso quiere la mejor tropa, y en mucha abundancia. Allá dicen que va también la que en buen número ha pasado ayer y hoy por aquí viniendo desde Nápoles, y más extraño es que vaya también a España un tren de artillería de veinte cañones de campaña que, viniendo desde la misma ciudad, llegó aquí el 19 y partió

el 22 hacia el centro de la Italia. Yo creeré que esta tropa y artillería vaya hacia el veneciano, en donde reúnen gente de los franceses, porque el Emperador de Austria se arma poderosamente, y, habiendo perdido el miedo a Buonaparte y a su tropa con las señaladísimas victorias de los españoles, y viéndole muy ocupado con ellos, no sería extraño que se aprovechase de una ocasión tan oportuna para restablecer el honor de sus armas, y para recobrar algunas apreciables providencias que ha perdido. El Gran Napoleón no se apresura en ir personalmente a la guerra de España, y por ahora sólo se habla de un extraño congreso que quiere tener con el Emperador de la Rusia, y si tuviese efecto diremos a su tiempo una palabra.

OCTUBRE

Día 1 de octubre

Este día primero de octubre, como el primero de otros tres meses del año, ha sido siempre alegre por todo el curso de nuestro largo destierro, pues en él se nos daba la pensión para los tres últimos meses del año. Pero ahora es muy triste y melancólico, pues ni se nos ha dado la pensión, ni hay la menor esperanza de que se nos pueda dar presto, según el estado de las cosas en España. Lo mismo les sucede necesariamente a los que la cobran en la caja de Bolonia, que son en gran número, pues de Bolonia la han cobrado siempre los de las dos legacías de la Romaña y de Ferrara, y éstos van delante de nosotros, y de unos pocos de Génova, en esta miseria y trabajo, pues dejaron de cobrar la pensión desde el primero de abril, y los de Génova y Roma la cobramos. Sin que nadie escriba cosa particular sobre las resultas de la falta de la pensión, se debe suponer como cierto que algunos se hallan en estrechez y en verdadera pobreza, y especialmente los coadjutores o legos, y mucho más si se han casado, y que algunos, que están sobrados, les ayudarán y socorrerán, y que generalmente todos llevarán con paciencia y conformidad esta tribulación que en la realidad no es pequeña, hallándonos en país extraño, y en el que ni para este punto, ni para otros varios, son bien vistos los españoles.

Aquí sucede puntualmente lo mismo que hemos asegurado de las tres legacías de Bolonia, Ferrara y la Romaña, y casi desde el primer día en que faltó la pensión había ya algunos pobres y necesitados, y forzosamente irá creciendo su número si no se halla algún arbitrio para socorrerlos. Me consta que algún otro jesuita español ha presentado su memorial a este nuestro Ministro, pidiéndole algún socorro o limosna, y a cada uno de ellos les ha dado cinco pesos duros, y pueden haber sido una docena, quince o a lo más veinte. Para lo mismo han acudido a Su Excelencia cuatro o seis jóvenes españoles que tenían buena pensión de veinticinco pesos duros al mes por la Corte de Madrid, por estar empleados en el estudio de las tres Bellas Artes, escultura, arquitectura y pintura, y les dio a cada uno de ellos diez pesos duros. Con mayor abundancia ha

socorrido a los tres asociados o agregados a su persona para el ejercicio de su ministerio, y para que a su lado, y en su escuela, aprendan la gran ciencia de la Diplomacia, pues les ha dado los cincuenta pesos duros que, además de la mesa, tienen señalados por la Corte. Esta generosidad del Ministro con los asociados en las presentes circunstancias será de edificación en Roma, pues en toda ella se sabía que había habido una riña fiera, tumultuaria y alborotada, en la que casi llegaron a las manos, entre el Ministro y sus asociados, y que por ella ya no comían en su mesa. Se escandalizó, sin duda, mucho la gente de juicio de Roma al ver que en hombres de tan elevado carácter había riñas y pendencias como entre verduleras y gente ordinaria. Pero se habrá edificado otro tanto al ver que el Ministro se ha mostrado tan generoso con ellos, y que de este modo se han reconciliado y han hecho la paz, y han vuelto a comer a su mesa. No tengo dificultad en creer que alguna parte de este dinero sea del Ministro, que ha querido hacer esta caridad y limosna a los pobres pensionados de las Bellas Artes y a los pobrísimos jesuitas. Pero también es creíble que hubiese todavía en esta o aquella parte algún dinero que perteneciese a la Corte de España.

La necesidad de unos y otros está en pie, y será cada día mayor, y el Ministro ha pensado algunos arbitrios y medios para socorrerlos establemente a todos. Por lo que toca a los jóvenes de las Bellas Artes, que han quedado sin pensión alguna, y pueden ser seis o siete, se les ha provisto en alguna manera, contribuyendo a su manutención el hospital español de Santiago, y algunos religiosos españoles. Aquél ofrece mensualmente de treinta a cuarenta pesos duros; el P. Procurador General de los trinitarios calzados ofrece doce, y seis el Superior de los trinitarios descalzos, y no hacen poco según el estado en que pueden estar las rentas de estos sus conventos. El P. Procurador General de los mercenarios calzados ofreció también seis pesos duros para el mismo efecto. Pero con aprobación del Ministro servirán para mantener un pobrísimo jesuita americano que vive en su mismo convento, y habrá empezado, o comenzará dentro de pocos días, a comer en su refectorio con otros cuatro jesuitas españoles que, pagando moderadamente sus alimentos, hacen mesa común con los religiosos. Quedan, pues, con este arbitrio sesenta pesos duros destinados mensualmente para socorrer a los jóvenes españoles ocupados en las Bellas Artes que han perdido la pensión de la Corte de España.

El arbitrio que se ha pensado para socorrer a los jesuitas españoles es muy oportuno, y, si se ejecutara con actividad y con buen método, pudiera ser útil para muchos. En él entra principalmente la autoridad y nombre del Papa, a quien se supone que ha hablado nuestro Ministro sobre el asunto, y que Su Santidad ha convenido con mucho gusto en todo. Consiste, pues, este arbitrio en hacer saber a los superiores de los conventos de Roma que será del agrado

del Santo Padre que reciban en sus casas y mantengan al modo religioso, y según lo permitan sus rentas, algunos jesuitas españoles, dándoles esperanza, y aun seguridad, de que cuando se les vuelva la pensión se les pagará lo que hayan gastado en mantenerlos. Digo que se ha practicado esta diligencia en algún otro convento. Pero no veo regularidad y eficacia en su ejecución, y lo siento, porque, si este Ministro diera bien este paso, y podía costarle poco, y con pocas palabras para ejecutarlo, no extrañaría que llegase a averiguar que podía acomodar en los conventos de Roma cuarenta, sesenta y aun cien jesuitas españoles, pues, aunque generalmente están pobres todos los conventos por lo mucho que perdieron en la revolución pasada, son tantos que, a poco que se esforzasen y se ofreciesen a recibir uno o dos, se llegaría al dicho número de ciento, y aún a más. Antes de la revolución republicana, por fuerza, a lo que tengo entendido, recibieron los religiosos y mantuvieron en sus casas a los clérigos franceses, y sin la menor esperanza de recobrar lo que gastaban con ellos. Sería, pues, justo que, por complacer al Santo Padre, nunca más estimado y venerado que ahora, hiciesen algún esfuerzo a beneficio de los abandonados jesuitas españoles; veremos lo que al cabo se hace, y, si efectivamente se nos socorre de este modo, nos mostraremos agradecidos al Papa, al Ministro, y a los religiosos, y, si llega el caso de volvernos nuestra pensión, con toda fidelidad se pagarán los gastos que se hayan hecho con nosotros.

Día 3 de octubre

Ayer, primer domingo de este mes de octubre, fue la fiesta de Nuestra Sª del Rosario, que celebraban los PP. Dominicos con una solemne pública procesión, como ya dijimos unos de estos años pasados en este nuestro escrito. Este año ni aun se ha tenido el menor pensamiento sobre procesión por las calles, y en su iglesia han puesto en público la imagen de la Virgen que llevaban en un gran retablo en la dicha solemne procesión, y allí harán su novenario de las devociones acostumbradas. En esto, además de cumplir con su particular fiesta, ejecutarán el orden de Su Santidad, que ha mandado con el acostumbrado edicto que en todo el novenario se diga el rosario y otras preces en todas aquellas iglesias en que se han hecho novenas y triduos en muchas festividades de Nuestra Señora. El pueblo cada día asiste en mayor número y con mayor piedad y devoción a estos novenarios de oraciones que se hacen a la Santísima Virgen, y con ellos se consiguen de cierto luces y constancia para el Santo Padre en los trabajos y turbaciones presentes, y otros muchos buenos efectos para todos los buenos romanos, y finalmente alcanzarán del Cielo la opresión de los apóstatas franceses, y para esto sólo faltará una buena disposición en quien debe tenerla para conseguir las cosas dignas de corrección.

En este edicto de oraciones hay una cláusula muy notable, o por lo menos la dijo el Papa cuando declaró su voluntad en el asunto, y es en sustancia en estos términos: que se haga este novenario en acción de gracias al Señor por los beneficios recibidos de su liberalísima mano por medio de la Santísima Virgen, y para conseguir la continuación de los mismos. Yo miro a Roma por dentro y por defuera y echo a volar mi fantasía por toda la Europa, buscando recientes beneficios del Cielo que puedan ser en la intención del Santo Padre el motivo de esta acción de gracias al Señor que ordena en este novenario de oraciones a Nuestra Señora del Rosario; pregunto a estos y a los otros, y oigo a muchos, y no sólo españoles sino también italianos, y todos ellos conmigo, y yo con todos ellos, convenimos en que no puede ser en la intención de Pío VII otra la causa de estas gracias al Cielo, sino las señaladísimas victorias de los catolicísimos españoles contra los impíos ateístas franceses. Y en la realidad son una cosa tan grande, tan singular, según las miserables circunstancias en que se hallaba la monarquía y nación española, de tanto honor y utilidad para nuestra Santa Religión, que necesariamente han de excitar en el corazón del piadoso Pontífice un extraordinario gozo, y con él prorrumpía en fervorosas gracias el Cielo, de donde han provenido de un modo singularísimo. España estuvo al borde del precipicio, y en un peligro sumo, evidente, y muy próximo de quedar subyugada de los ateístas franceses, y en un momento, por decirlo así, con un esfuerzo costosísimo de la piadoso y católica Nación, favorecida y protegida por la Santísima Virgen, despedazando numerosos ejércitos de impíos filósofos, sacudió el yugo infame que ya tenía sobre el cuello, y se ha puesto en salvo.

Y cuántos bienes resultan en otras partes de estas grandes victorias de los españoles, pudiendo aprender todos, y aprendiendo efectivamente muchos, a no temer a estos charlatanes filosofastros, que, más con mentiras, con engaños y vilezas que con un verdadero valor, han avasallado casi toda la Europa católica, y no es inverosímil que las victorias de los españoles hayan tenido alguna influencia en una respuesta moderada que ha venido de París a Roma, cuando se podían temer rayos y centellas. Se esperaba con algún sobresalto la respuesta de París al informe de Miollis sobre el suceso del seis de septiembre, cuando el Papa, con su propia mano, sacó al cardenal Pacca de la prisión en que le tenían los franceses. Sus postas son diligentísimas, y el 23 del mismo mes de septiembre, y diecisiete días después del suceso, ya corría por Roma que la respuesta se venía a reducir a que en las circunstancias presentes no conviene molestar al Papa, y en estos días que han corrido desde el veintitrés del mes pasado siempre se ha verificado la verdad de esta respuesta, y los efectos la confirman también, pues nada se ha intentado contra el Santo Padre, y como que se ve alguna mayor atención y reverencia para con

su sagrada persona. Y ella, por otro lado, no puede ser más conforme al espíritu, alma, máximas, principios y doctrina de la filosofía dominante, para la cual todo es bueno si es útil, y deja de serlo si se hace inútil y pernicioso. Conque, si se mudan las circunstancias presentes, y creen que sin inconveniente alguno pueden molestar al Papa y acabar de oprimirle, lo ejecutarán sin reparo alguno ni a Dios ni a los hombres. No hay en esto la menor duda, y sólo puede dudarlo quien no conozca la dominante filosofía.

Parece que esta mudanza de las circunstancias, en orden al modo de tratar al Santo Padre, sólo puede provenir de las grandes victorias de los españoles contra los franceses, ya porque esta guerra se ha hecho negocio tan importante que ocupa toda el alma del grande Napoleón, y no le queda espíritu ni tiempo para pensar en otra cosa, y ya también porque habrán observado que, en medio de sus extraordinarísimas diligencias y solemnísimas mentiras para que no se entienda en España el modo insolentísimo con que tratan a Pío VII, no se ignora del todo, y les hace algún daño, pues aquella piadosa Nación no puede mirar como católicos a unos hombres que tratan tan villanamente al Vicario de Jesucristo, aunque por allá hagan más que en Roma algunas ceremonias de cristianos. No acabo de creer, aunque lo oigo asegurar a muchos, que en una gaceta de Italia o de Francia se cuenta la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen en Roma, y se asegura que el Papa tuvo la acostumbrada capilla en la iglesia de Nuestra Sra. del Popolo, y que en esta ocasión el general Miollis hizo particulares obsequios al Santo Padre. Mentira redonda, absoluta, de planta, sin una sombra ni apariencia de verdad, pues el pobrecito y oprimido pontífice Pío VII se estuvo aquel día, como siempre desde el mes de febrero, escondido en su palacio del Quirinal, y más insultado que nunca de la tropa francesa, y en su capilla celebró como pudo la fiesta de la Natividad de Nuestra Sra. Pero, si es cierta esta relación, es prueba segura de que desean mucho que se crea en España que el Papa está en libertad, y que ellos no le tienen preso y encarcelado, y es una nueva confirmación de que en mentir no tiene límites algunos la desvergüenza y descaro de estos grandes filósofos, como no lo reconoce en ningún otro sitio aun el más abominable y más vergonzoso.

En los países en que no dominan los franceses, por más que intercepten cartas de otros, y que mientan en las suyas y con sus gacetas, no se puede ignorar sustancialmente el miserable estado del Papa, y que está como preso en su mismo palacio, y así creo, como oigo asegurar, que en la Hungría, por orden de los obispos, se hacen oraciones públicas por el santo padre Pío VII, y lo mismo se hará verisimilmente en los demás reinos y provincias de la Casa de Austria, y con igual certeza lo creo de los reinos y provincias de España, porque los obispos españoles estarán necesariamente escandalizados, irritados

y conmovidos con la prisión del Sumo Pontífice. Aquí todos los buenos, sin que se hubiese ordenado, encomendaban al atribulado Pontífice al Señor en sus oraciones, y últimamente se nos ha encargado a los sacerdotes que digamos en la misa la oración o colecta por el Papa. Su situación es casi la misma que la de San Pedro cuando Herodes le encerró en una cárcel, y al mérito de su Segunda Dignidad, que es la misma que la del Apóstol, para que toda la Iglesia haga oración por él, se añade la realidad de muchas virtudes que está ejercitando en el ignominioso retiro.

En él tuvo el desconsuelo, como dijimos, de que ni aun le dejan libertad para las cosas puramente espirituales, cual era la prohibición de algunos libros, y ahora han repetido este insulto perturbando una providencia del Santo Padre en un asunto perteneciente a la Compañía de Jesús. El beato Francisco Jerónimo, que poco ha fue beatificado, como largamente se toca en este nuestro escrito, hizo algunos meses ha, en la ciudad de Pesaro, un milagro tan manifiesto que el P. Muzzareli, postulador de su causa, tuvo por conveniente solicitar la Comisión Apostólica para que se hiciese jurídica información y proceso del dicho milagro, porque creyó que podía servir para la solemne canonización. Consiguió, y se remitió al Obispo de Pesaro, la dicha Comisión Apostólica para formar el conveniente proceso sobre el dicho milagro. Pero al emprenderle salió el Gobierno civil con la pretensión de que a todo debía asistir un oficial puesto por su mano. Se dio prontamente aviso al Papa de esta extravagante pretensión de aquel Gobierno, y, no queriendo permitir esta escandalosa novedad, que sólo serviría para sofisticar, en orden a ridiculizar este hecho prodigioso, se ha dado orden de que no se pase adelante y se deje para otro tiempo la formación del proceso apostólico sobre dicho milagro. Nada les turba tanto a estos apóstatas ateístas como las obras prodigiosas del Cielo que demuestran, a pesar suyo, la verdad de la Religión revelada de Jesucristo, que ellos quisieran desterrar de este mundo, y por esto, de un modo o de otro, procuran deslustrarlas todas. Pero Dios puede más que ellos, y al cabo quedarán confundidos, y triunfante y gloriosa la aborrecida y perseguida Religión revelada del Hombre Dios.

Día 7 de octubre

El Congreso del Emperador de los franceses con el Emperador de la Rusia, aunque por todos lados es una cosa extravagantísima, ridiculísima e ignominiosísima para el mismo, no es un sueño o delirio de una fantasía recalentada, como vulgarmente se dice, ni un proyecto al aire y en solo dibujo y perspectiva para más adelante, es ya un hecho efectivo que tenemos a los ojos, y por consiguiente está ya de acuerdo con el Emperador de la Rusia en que vendrá

a la ciudad de Erfurt, en la Sajonia, en donde se juntarán y tratarán sus cosas. De aquí se infiere con evidencia que, habiendo recibido en los días primeros de agosto la noticia de la derrota de sus ejércitos en España, no sólo tuvo por necesario alarmar la Francia con conscripciones o alistamientos pasados y futuros, sino también solicitar y mendigar ayudas y socorros del Emperador de la Rusia. Tanto le han abatido y desconcertado a este hombre las victorias, el esfuerzo y el coraje de la despreciada nación española, y tan cierto es que, aunque le llaman todos sus fanáticos adoradores invencible y omnipotente, se halla necesitado de extrañísimos socorros para poder abatir a los españoles.

En las disposiciones mismas para el Congreso se ve alguna sagacidad que puede ser conveniente para engañar y deslumbrar al Emperador de la Rusia, pues también se ve bajeza, que indica abatimiento de su parte. Allá va delante de él para aparecer en el Congreso con esplendor y grandeza una buena parte de su Guardia Imperial, que por este su capricho habrá de caminar doce o quince leguas cada día. Con la misma precipitación va caminando hacia el lugar del Congreso una numerosa compañía de farsantes franceses para que hagan sus representaciones mientras el Congreso con el Emperador de la Rusia. ¡Qué puerilidad, y qué indecencia! Pero se creerá útil para aficionar y engañar al Emperador de la Rusia y a los de su acompañamiento, y en nada se repara, aunque sea en la realidad una muestra de poco poder y de abatimiento. Con mayor aceleración, va también caminando hacia la ciudad del Congreso el famoso obispo apóstata y casado Talleyrand, que después de haber sido mucho tiempo Ministro principal de Buonaparte estaba ya retirado, y se habrá humillado el Emperador a pedirle que le sirva en este abocamiento con el Emperador de la Rusia, porque, habiendo sido el agente principal en las paces de Tilsit, será hombre bienquisto al dicho Emperador y a los suyos.

Después de estos precursores, guardias, farsantes, Talleyrand y otro principalísimo oficial llamado Durde, destinado a salir al encuentro el Emperador de la Rusia y acompañarle a la ciudad del Congreso, salió finalmente de París, muy a la ligera y con poquísimo acompañamiento el veintidós de septiembre el grande y omnipotente Napoleón, que, a juicio de los tontos y encaprichados, que son la máxima parte de los hombres, lo puede todo con sólo un pequeño indicio de su soberana voluntad, y según su proceder y conducta los que saben pensar, después de las derrotas de sus ejércitos en España, no ven sino un hombre sin juicio, atropellado y desconcertado en sus consejos y providencias, y un soberbio que se humilla a todo, y que se agarra, como se suele decir, de un clavo ardiendo para salir de su confesión y llevar adelante sus injustas pretensiones contra España. Va caminando como un rayo, y con más diligencia y apresuración que una posta o un correo de gabinete, y el veinticuatro por la noche llegó a la ciudad de Metz, capital de la Lorena, y, antes de amanecer,

con la misma precipitación, siguió adelante su camino, metiéndose por la Alemania.

En Roma muchas personas de juicio no creen todavía que llegue a ejecutarse este abocamiento de Buonaparte con el Emperador de la Rusia. Este Soberano, dicen, se deshonraría y envilecería a sí mismo si en estas circunstancias, y no ignorando el proceder de Buonaparte después de las paces de Tilsit, viniese ahora a un Congreso que solo puede tener por fin inducirle a que le ayude y le socorra en las apreturas en que se halla. Puede ignorar el Emperador de la Rusia, aunque tenga los ojos vendados, que Buonaparte, con frívolos pretextos, no ha cumplido el tratado de paces con el Rey de Prusia, y que es por consiguiente un hombre falso, sin palabra y sin fe. ¿Ni cómo es posible que no haya llegado a sus oídos la arbitraria y despótica opresión de la República de Ragusa, de la Reina de Etruria o Toscana, y del Romano Pontífice y legítimo Soberano del Estado de la Iglesia? ¿Y todo esto no hace aparecer a Buonaparte a los ojos de todos los que no los tienen cerrados un ambicioso sin límites, un ladrón público, y un injusto y bárbaro opresor de legítimos príncipes y justos poseedores de sus Estados? ¿Y la estudiada, infame y feísima perfidia de Buonaparte con toda la familia real de España no le llenó de horror al Emperador de la Rusia, y le forzó a no mirar en este su amigo francés sino un hombre facineroso, un malvado y un bribón de primera clase? ¿Y con este monstruo, manchado de todos los vicios más abominables, un Príncipe que tiene fama de sabio, de recto y de justo como Alejandro, Emperador de las Rusias, ha de querer tener amigables y familiares congresos? ¿Y a qué se embaraza este capricho de Buonaparte de abocarse ahora con el Emperador de la Rusia? Los ciegos ven que no es otro el asunto que inducir a este Soberano a que de este o del otro modo le ayude a oprimir a la nación española. ¿Y se puede presumir de un Príncipe bueno, y que no puede haber dejado, como todo su Imperio y toda la Europa, de admirar y de alabar la grandeza de ánimo y singularísimo valor con que se ha librado de un infame yugo que traidoramente habían puesto sobre su cabeza, quiera ayudar a este tirano para que la abata, la subyugue y la domine? Se degrada a sí mismo, y se envilece a los ojos de todos los hombres de bien el grande emperador de las Rusias Alejandro si entra con Buonaparte en este Congreso para oprimir a la ilustre nación española.

Todo está muy bien pensado y muy bien dicho, y yo pretexto de haberlo oído en esta sustancia a algún otro juicioso romano, aunque trato con pocos. Sin embargo de todo ello, no siendo Buonaparte y los que le rodean locos de atar o de cabeza, no se puede creer que este hombre y tantas otras gentes se moviesen de París sin tener seguridad de que el Emperador de la Rusia vendría a la ciudad señalada para el Congreso. Y con esta suposición, que necesariamente es verdadera, todo lo dicho es una prueba demostrativa de que el

Emperador de la Rusia está rodeado de francmasones jacobinos que, como a otros príncipes, le engañan y le deslumbran, y le inclinan a favorecer estas infames sectas que han jurado la ruina de todos los tronos y de la Religión de Jesucristo que él y su Imperio profesan. En todo lo que se ha visto después de la paz de Tilsit, en la guerra sin motivo alguno de su parte contra los suecos y contra los ingleses de un Príncipe y un Gabinete todo francés, y que no se mueve ni obra sino según los intereses y voluntad de la Francia, y con este Congreso para oprimir la nación española, se acaban de declarar enteramente sacrificados con no pequeña ignominia suya a los ambiciosos caprichos de este hombre; y se cree, por no malos indicios, que para lograrlo han atestado muy bien la cabeza de este Emperador sus jacobinos y los franceses de grandes proyectos y planes de extensión de su Imperio hacia el Levante de la Europa, y acaso también en la América, al mismo tiempo que se extenderá por otros lados el dominio del invencible Buonaparte. En suma, le habrán persuadido estos infames ateístas al buen Alejandro que entre los dos se dividirían toda la Europa, y aun todo el mundo. Pero más verisímil es que, si no abre presto los ojos, sus mismos súbditos jacobinos, a quienes ahora estima, oye y sigue, ayudados de los franceses, le opriman y destronicen a él.

En París, o en el camino, le llegarían a Buonaparte dos nuevas que le disgustarían mucho, le llenarían de nueva confusión, y le harían volar con más ligereza a buscar apoyo en el Emperador de la Rusia, aunque una de ellas debía de tener el efecto contrario y moverle a éste a renunciar a la amistad y alianza con este hombre. Aquí no haremos más que continuarla, y el último día de este mes las expondremos con alguna mayor atención si fuesen ciertas, o las revocaremos si no lo fuesen. La primera es que el general francés Junot, y ya titulado duque de Abrantes por su emperador Napoleón, se ha rendido a los ingleses, y ha capitulado en Lisboa, y deben salir todos los franceses del Reino de Portugal, y tendrá que reconquistarle otra vez Napoleón si le quiere conservar para sí o por alguno de los dos reyes que ya ha nombrado. Por la capitulación se entenderá qué se ha hecho de una escuadra rusa de ocho o nueve navíos de línea que estaba retirada en el puerto de Lisboa. Pero, estando en guerra la Rusia con la Gran Bretaña por complacer a Buonaparte, habrá pasado en manos de los ingleses. Este daño, y otros semejantes en la marina y en el comercio, tendrá al emperador Alejandro en esta guerra con Su Majestad británica, y él no puede hacer daño considerable a los ingleses ni por tierra ni por mar. ¿Y con todo eso, debiendo por sólo este título romper toda alianza con el ambicioso Buonaparte, a instigación de sus jacobinos piensa tener con él un Congreso para estrechar más la amistad y ayudarle en sus injustas empresas?

La segunda mala noticia no ha sido como la de Portugal, de la pérdida de un Reino. Pero tiene una circunstancia que habrá herido vivamente y casi trastornado a este invencible conquistador. Buonaparte no tuvo largo tiempo ocioso cerca de su persona en París al famosísimo general Massena, y como nosotros sospechábamos le envió prontamente a mandar un buen ejército en el teatro de guerra en las fronteras del Rosellón y Cataluña, en donde está a la frente de los españoles, según creemos, el anciano general D. Ventura Caro. En este teatro de guerra se dio batalla el diecinueve o veinte del mes pasado de septiembre, y consiguieron una gran victoria los españoles, y el famosísimo general Massena, intitulado por los franceses *el hijo de la Victoria*, quedó muerto en la batalla o prisionero de guerra. ¿Qué dice Buonaparte si esto es cierto?; al ver que un General suyo, vencedor en todas partes, en Italia, en Alemania, en la Polonia, en donde le llevó desde Nápoles como si fuera un hombre necesario, ha sido vencido y muerto o hecho prisionero de guerra por unos hombres a quienes él despreciaba altísimamente, y pensaba dominar y oprimir sin resistencia alguna. Pensará reparar a todos estos daños y a los antecedentes que ha tenido en España si consigue en este Congreso, como ciertamente pretenderá, que el Emperador de la Rusia le guarde las espaldas, e impida que se declaren contra él los emperadores de Turquía y de Alemania, y especialmente este segundo, que está muy armado, y puede meterse fácilmente en el corazón de la Italia, mientras él se engolfa todo en la guerra contra la atrevida nación española, que ha tenido la temeridad de oponerse a sus tropas invencibles y de resistir a su soberana voluntad de poner en aquel trono a su hermano José; en tal caso, que es muy factible, si se ejecuta este Congreso, llevará Buonaparte contra la nación española, casi sola y armada apresuradamente en dos o tres meses, toda la Francia, toda la Italia, casi toda la Alemania, y cien naciones del Norte. Mas al fin el Cielo ha dado indicios muy claros de favorecerla, y con su poderosa protección logrará librarse de caer en manos de los ateístas franceses, así lo esperamos y se lo pedimos a Su Majestad en nuestras pobres oraciones los jesuitas de España, y con tanto afecto y parcialidad para con nuestra patria y Nación como los más castizos españoles.

Día 9 de octubre

Con un pobrecito sacerdote español, atendidas sus circunstancias, han usado mayor rigor y crueldad estos bárbaros franceses que en todas las prisiones y destierros de cardenales, de prelados y otras personas distinguidas. Por un rumor de que había jesuitas en Roma, que llegó al Reino de Santa Fe en la América, se vino volando a esta ciudad un joven español natural de aquel Reino, llamado Juan Crisóstomo Causil. A su llegada no había más que pacanaristas

o jesuitas mudos, como ellos decían, y se unió a ellos al instante. Pero, restablecida poco después la antigua Compañía de Jesús en Nápoles, los dejó, y se fue a ella, aunque por motivos que han quedado ocultos no fuer recibido en ella. No poco desconsolado se volvió el pobre a esta ciudad, y ha procurado ganar su comida del modo que ha podido, y últimamente por los buenos oficios de algunos jesuitas había entrado por sacristán o tabulario, como dicen aquí, en la iglesia de Nª Sª la Liberatriz. Y con el estipendio de la misa, y alguna cosilla para el dicho empleo, se podía mantener con alguna decencia, y atendía seriamente al estudio de la teología y de otras cosas.

Pocos días ha le llamó el Comandante francés en Roma, o el Gobernador de esta plaza, como ellos dicen, y le intimó el destierro de Roma y que fuese a presentarse a la municipalidad de la ciudad de Turín. Aterrado el pobrecito con un rayo tan formidable, acudió a nuestro ministro español Vargas, el cual, por no haber traído pasaporte de España, no le reconoce por español, y le abandonó. Pidió al Gobernador francés que se le digan sus delitos, y que se le oigan sus respuestas y descargos, y todo se le niega, y ni aun se le concede por gracia y favor, como pidió con toda humildad el miserable, que no se le obligue a ir tan lejos, y se le permita quedarse en Bolonia, en Ferrara o en alguna ciudad de la provincia de La Romaña, en donde hay algunos españoles que tendrán caridad con él. Su mucha pobreza y su delicadeza, y falta de fuerzas y de salud, que todos conocen sin más que verle, debían de mover a compasión aun a los hombres más fieros y más crueles. En efecto, no tiene un cuarto para hacer el viaje que se le manda, y necesariamente le habrá de hacer a pie, y es un hombre tan flaco, tan consumido y tan propiamente sin más que piel y huesos, que muchos le tienen por tísico, y por lo menos tiene algunos principios de este mal. Si mandaran aquí, no digo musulmanes o caribes, sino aun tigres, en lugar de estos humanísimos y dulcísimos filósofos franceses, al ver un esqueleto, más que un hombre vivo, tendrían alguna compasión de él, y le condenarían a una pena más benigna que a un viaje de cien leguas, aun cuando le hubieran convencido de algún delito grave.

Este no sólo es falso, sino casi imposible según su conducta, su genio y su carácter. Es un hombre quietísimo, sumamente pacato y aun encogido, muy callado y silencioso. Puede, no obstante, haber mostrado, y lo haría con poquísimas palabras, algún contento y alegría por los buenos sucesos de España en la guerra contra los franceses. Este a lo sumo puede haber sido todo su pecado, y aun así es muy dudoso por su mucho juicio y miramiento en todo, y de cierto su mayor pecado ha sido aquella rentilla de aquel miserable empleo de sacristán o de tabulario, porque los romanos (y lo mismo noté cien veces en Bolonia) no pueden llevar en paciencia que los extranjeros, y mucho más los españoles, vengan a comerles su pan y a tener algunos oficios que valen algo.

Y porque España no hace lo mismo con ellos, y con bien pequeño motivo, y aun con ninguno, da pensiones y rentas a muchos romanos sin salir de Roma, y a otros muchos que van por allá. Es pues evidente que, sin culpa alguna de este pobre, o con una ligerísima, un vil y envidioso romano le ha acusado a los comandantes franceses en los términos que ha querido y que nunca sabremos, porque los jueces no se los han declarado al pretendido reo.

Desesperado el negocio, y debiendo partir sin remedio, vendió el pobrecito alguna otra camisa y los pocos libros de sus estudios para poder comer alguna cosa en su largo viaje, y con su mochilita a sus espaldas salió ayer por la mañana de Roma, dirigiéndose a la ciudad de Turín, distante de aquí casi cien leguas. Será, pues, casi un milagro, según sus pocas fuerzas y delicadísima salud, si no se queda muerto en un camino o en un mesón. En Turín se debe presentar a los de aquella municipalidad o Gobierno, que le darán algún destino, y será necesariamente bien malo. Ya le sabríamos si él tuviera libertad para escribir a sus amigos. Pero éstos, y todos, ya le contamos por muerto.

Ayer mismo, ocho del corriente, se trató con no poco rigor a un canónigo de la Colegiata de Santa Lucía, si no me equivoco con el título. Algún vil espía romano, de los muchos que tienen en Roma los franceses, le avisó a éstos de que conservaba los papeles que el Papa ha ido escribiendo sobre los asuntos que han ocurrido, y que ha procurado publicar y que lleguen a noticia de todos en cuanto le ha sido posible. Con este aviso se echó sobre su casa un buen piquete de soldados o alguaciles, y registraron todas sus cosas, y encontraron efectivamente los papeles escritos y publicados por el Santo Padre, por dos títulos, aún por confesión de los mismos franceses, Soberano de Roma; y, no obstante, como si hubiera cometido un delito de Lesa Majestad del emperador Napoleón, fue indecentemente arrestado y conducido al castillo de San Ángel, y quién sabe a dónde irá a parar. Tenía el canónigo en su casa un baúl cerrado, que era de un autorizado padre clérigo menor, que debió acudir para abrirle y para que le registrasen a su gusto, y no debieron de encontrar en él ni un papel de dos renglones que les disgustase, pues no oigo que haya sido arrestado el clérigo menor. Con tanto despotismo proceden, aun sin ser soberanos, y contra los del país. Qué no podemos temer nosotros, cuando tan irritados están contra los españoles por sus malos sucesos en España.

Peor que todos los dichos lo pasará uno a quien busca con mucha diligencia el general Miollis si llega a encontrarle. Entre Sicilia y España, estando una y otra en alianza con los ingleses, y pudiendo los franceses muy poco en la mar, hay una franca, segura y frecuente comunicación, y llegan a Palermo no sólo muchas carta de italianos y de españoles, sino también las gacetas de Madrid, y en español, y, verisímilmente también en italiano, se reimprimen en aquella ciudad. Y cuánto servirán en Sicilia estas verídicas relaciones de las

cosas de España, ya para excitar mayor aversión contra los impíos y pérfidos franceses, y ya para animarse los sicilianos con el ejemplo de los españoles, y estar más dispuestos y más animosos para hacerles frente si llegan al cabo a desembarcar en su isla. Esta gaceta de Madrid, reimpresa en Palermo, entra varias veces en Roma, y se supone que, como los ingleses introducen varias veces cartas, introducen también estas gacetas, estando de acuerdo con algún romano que las reciba y las comunique al Papa y a algunas otras personas. Yo no he visto ninguna, pero he oído hablar a tantos, tantas veces, y con tal aseveración de gaceta de Madrid en castellano que andaba de oculto por Roma, que no puedo dejar de creer que ha entrado algunas veces en la ciudad. El francés Miollis también lo cree, pues es público en Roma que ofrece mil escudos o pesos duros a quien le descubra el introductor de la gaceta de Madrid en Roma; y ay de él si llega a descubrirle, aunque sea un Caballero, un Prelado, un Príncipe o un Cardenal, pues para estos bárbaros todos son iguales y no se detendrían mucho con arcabucearle en un palaza pública, sea quien fuere. Pero se puede esperar que sabrá guardarse y que no vendrá a caer en sus manos.

Día 12 de octubre

Antes de ayer, día diez de este mes de octubre, fue la fiesta del gran santo español y jesuita San Francisco de Borja, cuyo sagrado cuerpo está en la misma Villa y Corte de Madrid, en la que se han visto en este año tantas novedades, tantas desgracias, y tantos prodigios, y creemos que el glorioso San Borja no habrá dejado de ayudar a los oprimidos españoles, y nosotros le hemos pedido, en este su día en que se ha celebrado su fiesta con bastante decoro y esplendor en esta iglesia del Jesús, que proteja poderosamente hasta el fin a la afligida nación española para que no llegue a verse subyugada de los ateístas franceses. Y en este día doce, en que los españoles rezamos en Roma de Nuestra Señora del Pilar, ¿cómo es posible dejar de complacernos tiernamente y de llenarnos de un sumo gozo contemplando, aun desde tan lejos, la solemnísima y devotísima fiesta que se la habrá hecho este año a la gloriosísima Virgen en su iglesia de Zaragoza, en todo el Reino de Aragón, y aun en toda España? El año pasado, como se notó aquí, se hizo su culto solemnísimo en el Reino de Aragón, y, mostrándose sensible y como agradecida la amabilísima y cortesísima Señora a su devoción y obsequios, ha protegido y defendido a su Zaragoza, al Reino de Aragón y a toda España con manifiestos y portentosos milagros. No cabe, pues, en la imaginación, y menos en las palabras, la devoción, solemnidad, alegría y consuelo con que se había celebrado en Zaragoza esta fiesta en el día diez y en los siguientes de su octava. Sin más que alguna oscura noticia de este Santuario de la Virgen, y de los prodigios que se han con-

tado de él, muchas buenas almas de esta ciudad, y especialmente religiosas, como se con seguridad de dos monasterios de ellas, han hecho alguna fiesta a nuestra Sra. del Pilar, o de la Colonna, como ellos dicen, y le han suplicado con el mayor fervor que continúe protegiendo y amparando a la piadosa y valerosa nación española; y nosotros se lo agradecemos mucho, y procuramos acompañarles en tan importantes súplicas.

En este particular de la devoción a la Santísima Virgen vi ayer casualmente una cosa que al principio me sorprendió, y después me hizo prorrumpir en risa. Y no es para menos, pues, según ella aparecen estos franceses de Roma promotores de la devoción de la Santísima Virgen. Bajaba yo, como otras muchas veces, de la altura de la Villa Médicis, que es ahora Academia de las Bellas Artes de los franceses, y en la pared de la mano izquierda, que pertenece a la dicha casa o palacio, vi una cosilla fabricada de nuevo, y de muy pocos días a esta parte. Llego cerca de ella, y veo un nicho cuadrado, con su tejadito encima, y dentro de él una pintura, como de una teja, de la Santísima Virgen, y es muy parecida a nuestra Sra. llamada del Arqueto, muy famosa en Roma y de mucha devoción por el milagro de abrir los ojos en año de noventa y seis. Yo, que ni de cien mil leguas, ni aun soñando ni delirando, podía pensar en que estos franceses se quisiesen hacer promotores de la devoción a la Santísima Virgen, exponiendo a la pública veneración una imagen suya, me sorprendió, y quedé propiamente aturdido y como fuera de mí, y, no acabando de creer lo mismo que estaba viendo, miré y remiré muchas veces la pintura creyendo que sería de Venus o de alguna famosa cantarina o bailarina, que son todas las deidades de estos ateístas franceses.

Pero no pude menos de persuadirme a que era pintura de la Santísima Virgen, y, reflexionando prontamente sobre el carácter de estos hombres, del aturdimiento pasé a una deliberada y casi descompuesta risa, como hizo a mi presencia uno de los más impíos jacobinos de Roma, y con tanta publicidad que aun le conozco yo, aunque se muy poco de las cosas de esta ciudad. Él hizo aquel paseo de industria para ver con sus ojos este milagro, del que habría ya oído hablar, y al verle no pudo contener la risa, y quitándose el sombrero en ademán de hacer reverencia a la Virgen, de lo que no dejé de edificarme, siguió adelante su camino. ¿Y quién no se reiría a carcajadas a vista de una tan pueril, tan ridícula, tan manifiesta, y tan descarada hipocresía? Algunos buenos hombres quieren excusarlo porque dicen que el Presidente de la Academia de las Bellas Artes, que es como Superior en aquella casa o palacio, y en todo su territorio o distrito, es un anciano francés, y bueno, y que vive como cristiano, y oye misa. Nada le quiero quietar al anciano Presidente de la Academia, y sea por mí no sólo católico y buen cristiano, sino también un santo. Pero es evidentísimo que en las presentes circunstancias no ha hecho cosa excesiva

y particular demostración de culto y devoción a la Santísima Virgen, sin noticia y aun sin expreso consentimiento de los franceses comandantes en Roma, y aún añado sin insinuación suya, pues sin ella es absolutamente imposible, por más que el presidente sea muy devoto de la Virgen, que hubiese tenido tal ofrecimiento de poner una imagen suya a la pública veneración. No será, pues, la hipocresía del dicho Presidente, pero lo es clara, insolente y desvergonzada del general Miollis y de otros principales franceses, que, no dando en su proceder el menor indicio de cristianos, quieren aparecerlo, porque creerán que les conviene por respeto a España, y aun para con los romanos.

Al mismo tiempo que con esta pintura de la Villa Médicis promueven la devoción de la Santísima Virgen, están persiguiendo con furia otra imagen de Nuestra Señora y de su Santísimo Hijo que pocos días ha empezó a correr en Roma. Un grabador o abridor de láminas tuvo el oportuno pensamiento de hacer una estampita del santo padre Pío VII representándole en el miserable estado en que se halla; y tengo por cierto, aunque no se puede saber, que a lo menos en diseño o dibujo se la había presentado a Su Santidad, y que había dado de algún modo su consentimiento y aprobación. Luego que se dejó ver en Roma acudió tanta gente a comprarla, aunque se pagaba por ella un real, no siendo su valor intrínseco más que de uno o dos cuartos, que en pocos días se esparcieron muchos millares de ella dentro y fuera de la ciudad, y no le costó poco a un amigo mío el encontrarme con ejemplar de ella: en la estampita está el Santo Padre de rodillas, a los pies de un Santo Cristo, y aparece no solamente muy devoto, con las manos juntas delante del pecho, y con la cabeza inclinada, sino también más flaco, más consumido y más pálido de lo que era antes, y en suma su semblante y toda la postura de su persona demuestran aflicción y angustias, y un hombre que, anegado en un mar de tribulaciones, pide fervorosísimamente al Redentor ayuda y socorro, y para conseguirle pone por intercesora a la Santísima Virgen del único y perpetuo dolor, que se representa allí al pie de la Cruz, atravesado su corazón con una sola espada, que es puntualmente la devoción, como se ha dicho varias veces, que inspiraba la beata o profestisa de Bolonia o de Mionavio, que en Roma fue despreciada.

Una simple ojeada a esta devota estampita basta para que todos sin libertad reconozcan en el Papa un hombre perseguido con él, e injustamente por los franceses, y muy desmejorado en su salud por sus insultos y desacatos, y un piadosísimo Pontífice que acude a Jesucristo por amparo y por remedio, y de aquí resultan necesariamente compasión para con el oprimido Pío VII e indignación contra estos bárbaros franceses, sus injustos perseguidores. Miollis y los suyos han caído en cuenta, aunque algo tarde, de los efectos que necesariamente causaba esta estampita, y acudían prontamente a poner remedio. Un pi-

quete de soldados fue a la casa o tienda en que se tiraban y vendían las dichas estampas, y arrebató todas las que pudo hallar, y se llevó también la lámina o láminas para que no vaya adelante la impresión de tales estampas. Esta persecución hace el efecto regular en estos casos, que es que se estimen más. Pero, teniendo ellos la fuerza en sus manos, hace también el otro no menos natural, que es que todo el mundo tema y esconda sus estampitas, porque el conservar una de ellas será ya delito de Lesa Majestad de Napoleón I, y se castigará con la prisión en el castillo, con el destierro, o con otra pena mayor.

Día 15 de octubre

El nuevo rey de Nápoles Joaquín Napoleón, o Murat, prontamente, como su inmediato antecesor José, ha empezado a mostrarse devoto del glorioso San Genaro, patrón especialísimo de aquella ciudad. El Rey pasado al instante regaló al glorioso Santo un precioso collar, como aquí se notó a su tiempo. Pero no podemos notar ahora, por no saberlo, si, al acabarse su reinado, siéndole ya inútil esta devoción, ha recogido su collar para regalársele en Madrid a Nuestra Sra. de Atocha, o a San Isidro Labrador, que debieron empezar a ser de su devoción luego que fue nombrado Rey de España. Lo cierto será que no sólo en otras muchas iglesias de Nápoles y de las provincias, sino también en la misma de San Genaro, habrá robado el rey José mucho más oro y plata que lo que vale su collar; y esto es una prueba segura y evidente de que su regalo del collar no nació de alguna verdadera devoción al Santo Mártir, sino que fue todo una pueril afectación de piedad, y una manifiesta hipocresía para engañar a la pobre gente que no pasa de la superficie en las cosas que ve.

Otra tal es necesariamente la devoción que ha mostrado el nuevo Rey al mismo grande Patrón de Nápoles; y no se puede pensar de ellos de otro modo, demostrando a los ojos su conducta que son hombres sin religión. No se dice de Murat que de lo suyo haya regalado alguna alhaja a San Genaro, pero ha regalado a su iglesia, y más propiamente a su Cabildo, una buena abadía de las que han sido suprimidas, cuya renta será repartida con igualdad entre los señores canónigos. Parece que interesa mucho en ganar a estos ilustres eclesiásticos, pues, además de aumentarles la renta, los ha adornado y condecorado con una honorífica medalla. En una cara de ésta aparece la efigie de San Genaro, y en la otra la de su majestad Joaquín Napoleón, Rey de las Dos Sicilias; y tuvo la dignación de ponérsela en el cuello con su mano. Ellos estudian bastante para ganarse la gente, y de éste se han contado algunos rasgos de humanidad y beneficencia para con otras clases de personas. Pero, faltando evidentemente el título de justicia para poseer estos reinos, no habiendo en el fondo la Religión, y usando en muchos casos de prepotencia y tiranía,

nunca llegarán estos hombres nuevos y filósofos a ganar el corazón de las naciones católicas.

Se supone que se ha hecho ya la gran fiesta de tomar personalmente posesión de su Reino con el título, como su antecesor, de Rey de las Dos Sicilias; y que todo, en la iglesia y en el palacio, se ha hecho con esplendor y magnificencia, y con aplauso de los nobles y señores príncipes, en la mitad por lo menos, pues demasiado se ha visto que la nobleza más gusta del Gobierno de los franceses, que en materia de religión deja entera libertad, que del antiguo de los Borbones, en el que no la podía tener tan grande. Por el contrario, el pueblo, que todavía no entiende de estas filosofías, y por consiguiente es más católico y más piadoso, no habrá aplaudido con grande fuerza al rey José. Oigo una circunstancia de esta fiesta de la posesión que me desagrada mucho, y por la mismo no la creo del todo. En la iglesia en que se hacía la función entró el Rey bajo de palio, y le acompañaba su mujer. Parece cosa no usada y extravagante, pero se puede disimular porque yo creo que ella, que es hermana de Napoleón, es propia y principalmente la Reina, y Murat es Rey por ser su marido. Mas no se puede disimular que llevasen las varas del palio cuatro, seis u ocho obispos. Jamás he visto esta ceremonia de toma de posesión un Rey, ni presumo estar informado de su rito o ceremonial. Pero juzgo que jamás Príncipe, Rey ni Emperador verdaderamente católico y buen cristiano habrá pretendido que los obispos lleven las varas del palio que sirva sus personas con una función pública, aunque sea la posesión solemne del Reino. En tal caso no sabría yo decidir cuál es más reprensible y más abominable, si la vil y bajísima adulación de los reverendos prelados y príncipes de la Iglesia en abatirse a tal cosa, y el orgullo y soberbia de este hombre, verdaderamente de bajísimo nacimiento, del polvo de la tierra y de la hez del pueblo, en pretender y pedir tal obsequio de los señores obispos. Por este lado no tendría mucha dificultad en creerlo si Murat está persuadido a que en Nápoles puede sin recelo alguno explicar todo el carácter de un Rey filósofo, pues estos miran a los obispos como otros tantos criados suyos asalariados, les desprecian abiertamente, y sólo muestran tener de ellos estimación cuando les necesitan para contener los pueblos en su servicio y obediencia.

En lo devoto al patrón San Genaro pueden ser iguales los reyes Joaquín y José, pero en lo soldado excede y llevas picas el primero al segundo. Muchos le llaman el brazo derecho de Buonaparte, y se le han dado muchos y grandes elogios en las gacetas, y ha metido mucha bulla en las guerras contra Austria, Prusia y Rusia como Comandante General de la caballería. Al fin él se ha hallado en guerras y en batallas con varios príncipes y con famosos generales, y con el desarmado pueblo de Madrid, y con el paisanaje de algunas provincias de España. Ha querido, pues, dar presto muestras de su talento y pericia militar,

y de que es hombre capaz de llevar al cabo arduas empresas. Su antecesor intentó alguna otra vez sorprender la isla de Capri, que está en manos de los ingleses, que desde ella incomodan mucho a Nápoles por estar muy cerca de la ciudad, y nunca hizo cosa de provecho. El nuevo rey Joaquín ha emprendido ahora su conquista con mejor orden y buenos principios. En los primeros días de este mes hizo un gran campamento o revista en las cercanías de Nápoles, y llegaron a juntarse como doce mil hombres. Se creyó una pura diversión o fiesta de aparato y de pompa, y fue en la realidad una disposición para el ataque de la isla de Capri que el Rey había determinado. Aquella misma noche, embarcando arrebatadamente buena parte de aquella tropa, y acaso otra en otros puertos, logró desembarcarla en la dicha isla, y prontamente tomaron algunos puestos avanzados y obras exteriores defendidas de los ingleses, y algún otro centenar de éstos, o por lo menos docenas, fueron sorprendidos, y se entregaron prisioneros de guerra, y fueron traídos con publicidad y con algazara a Nápoles. Aquí fue también sorprendido algún otro oficial inglés que había desembarcado en el puerto de Fiumichino. Pero oigo que los ingleses de una fragata piden a estos oficiales que no sea su prisión con legalidad, y que piden también al coronel Vanni, que ya fue arcabuceado; y amenazan en el caso de repulsa con ahorcar a algunos oficiales franceses de los que tienen prisioneros entre sus manos. Esto importa poco, y no se podrá saber el fin, pero importa mucho, especialmente para el crédito o descrédito del nuevo rey Joaquín, el feliz o infeliz éxito de la empresa de Capri, y así le notaremos a su tiempo.

Día 19 de octubre

Las paredes o murallas de decisión o separación entre Roma, y aun toda la Italia, y la España llegan por la prepotencia de estos bárbaros franceses hasta las nubes, y son absolutamente impenetrables, y no llega una carta de España a español alguno, o cuando más alguna de Vizcaya o de Guipúzcoa en la que sólo se suele decir que están allí los franceses. Habrá ya cuatro meses largos que se formó una Junta o Consejo Soberano en el que entran diputados de casi todas las provincias, y todavía no sabemos ni cuántos son, ni quiénes, ni aun en dónde reside. De las gacetas de Francia, de las que para nada se puede uno fiar, se colige que se ha establecido en el sitio de Aranjuez, y las mismas han insinuado que en él tienen mucha parte dos ministros antiguos de Carlos IV, Moñino y Jovellanos, y a mí, y a otros, les agrada poco esta cosa, porque, aunque sean hombres de talento e instrucción, y de un ardiente españolismo, habiendo sido filósofos, aunque se muestren arrepentidos y católicos y buenos cristianos, nunca tendrán aquel ardor de celo por nuestra Santa Religión que principalmente ha de dar fuerzas a la nación española para resistir a los

inmensos enjambres de ateístas franceses y de otras naciones que se preparan para oprimirla.

El dicho Consejo o Junta Soberana ha sacado un decreto contra los franceses que se hallan en los reinos y provincias de la Monarquía española, y comprende aun a los que están establecidos allá hace ya muchos años, y en fuerza de él han sido arrestados, y se les han embargado sus bienes. Tendríamos un gran gusto en ver este decreto, y creemos que tendríamos también la satisfacción de verle concebido en términos justos. Un celo vigoroso del dicho Consejo contra los españoles secuaces y partidarios de los franceses, sean de la clase que fuesen, aunque no se puedan aprobar generalmente los furores populares contra algunos de ellos, es justo, loable y aun necesario, pues, sin aterrar, desarmar y abatir a los muchos millares de españoles francmasones, jansenistas y filósofos que iban de acuerdo con los franceses en el abatimiento del trono y de la Religión, no se hubiera hecho resistencia con buen suceso al Rey francés y a sus numerosos ejércitos. ¿Y qué duda puede haber en que es justo y lícito contra los franceses, que de cualquier modo estén en España, y aun establecidos en ella hace mucho tiempo, si se han declarado suficientemente contra el trono y contra la Religión, lo mismo que se ha hecho contra los españoles, reos de estos delitos? Sólo puede justamente improbarse si se molestara con arrestos y con embargos a los franceses y oriundos de Francia sin que se hubiese visto en ellos cosa alguna contra el trono de España y contra la Religión Católica; y no creo que el dicho Consejo Soberano moleste ni oprima de modo alguno a aquellos franceses que se estén quietos y tranquilos en sus casas, sin que se haya observado en ellos cosa alguna contra la Religión y contra el Gobierno.

Si Buonaparte tratara a los españoles que viven en sus dominios como nosotros creemos que el Gobierno de España ha tratado a los franceses que viven en los suyos, procedería con equidad y justicia, y estaríamos muy lejos de quejarnos de que mandase arrestar y despojar de todo a cualquier español que dentro de su Imperio, y demás Estados, maquinase contra su gobierno, y aun contra su sistema religioso; y creeré que, si se contuviese dentro de estos términos, que son los justos, apenas hallaría un español en quien vengarse de lo que se haya hecho en España contra los franceses. Ha echado, pues, como siempre, por precipicios y derrumbaderos, y se ha embriagado y desencadenado con sus acostumbrados furores, y descarga las mismas penas contra todos los españoles que viven en sus Estados que en España se han puesto contra algunos o muchos facinerosos franceses. El 24 de septiembre, en Metz de Lorena, le debió de llegar la noticia del decreto del Gobierno de España contra los franceses, o por lo menos en fecha de esta ciudad se ha publicado un decreto suyo contra

los españoles que se hallen en las provincias de su Imperio, según se copia en la gaceta de Florencia que llegó pocos días ha.

En éste, suponiendo lo mismo en España contra los franceses, se manda arrestar a todos los españoles que se hallen en el Imperio francés, y que se les embarguen todos sus bienes raíces y muebles; y yo supongo que en el territorio antiguo de la Francia se ha ejecutado ya, o se estará ejecutando, aunque no creo que se hallen comprendidos muchos españoles, si son exceptuados, como es justo, el Príncipe de la Paz, Azanza, Urquijo, y otros varios como estos que se han refugiado a la Francia, pues en la realidad no deben ser considerados como españoles, sino como franceses, y por muchos títulos y con grandes méritos, especialmente que, por haber servido a la Francia y haber ayudado y proclamado al rey José, habrán perdido todo lo que tenían en España, pues el Gobierno se lo habrá embargado. No obstante, no doy por cierto del todo que algunos de estos infelices traidores a su patria, según la astucia, malignidad y genio interesado de los franceses, no tengan un segundo saqueo en Francia, en agradecimiento a los servicios que le han hecho. Aquí a la vista tenemos un ejemplar de esta perfidia francesa, como se entenderá por lo que se ha hecho en la Toscana en ejecución de este decreto.

El día catorce de este mes empezó a correr en Roma, con pasmo de todos y terror nuestro, noticia fundada de que en la Etruria habían sido arrestados todos los españoles, y se les habían embargado todas sus cosas, y visto después del decreto de Buonaparte en la gaceta de Florencia se tuvo por cierto, y se han dado tanta prisa que ya está completamente ejecutado. El arresto pudo suceder la noche del día once o doce, y uno de los arrestados ha sido monseñor Agustín Negrete, prelado español bastante antiguo en Roma, y que ha estado hasta poco de Gobernador de Civitavecchia por el Papa. Oigo asegurar que, habiendo desagradado al Santo Padre en esto o en aquello su conducta con los franceses que están en aquella ciudad, le quitó el Gobierno, y aun le privó de la naturaleza privaticia, que es lo mismo que echarle del cuerpo de monseñores o prelados, y despojado de todo se había retirado a Florencia. Ya era esto un mérito suyo personal para ser tratado con alguna benignidad por los franceses. ¿Y cuántos méritos mucho mayores se refunden en su persona por la conducta de su padre, el conde de Campo de Alange, que, sin tocarle por lado alguno, levantó en Madrid el estandarte por el rey José Napoleón, y ahora estará retirado en Francia, y habrá perdido por servir a los franceses las inmensas riquezas que tiene en España? Y no obstante fue arrestado con indecencia, despojado de todo, y conducido al cuartel de los soldados, en el que durmió una o dos noches sobre un miserable jergón.

La misma infeliz suerte ha tenido el señor D. Pedro Labrador, aunque es hombre autorizado por haber sido Ministro plenipotenciario de los reyes de

España en Roma, y después en Florencia para con la Reina de Etruria, a la que acompañó hasta Bayona, y, debiendo separarse de ella por la bárbara resolución de Buonaparte, como a país de seguridad se vino a la Toscana, y aquí le ha alcanzado esta gran desdicha de ser arrestado y despojado de todo por los franceses. Del mismo modo han sido tratados otros cinco españoles que se hallaban en Florencia, y son D. Domingo Argumosa, Secretario en Florencia del señor Labrador, un señor Aparicio, oficial de la Biblioteca Real de Madrid que, después de haber estado en Roma algún tiempo, se había detenido en la dicha ciudad de Florencia, y tres jóvenes ocupados en el estudio de las Bellas Artes. Y todos siete van ya caminando hacia Francia como prisioneros de guerra, y por consiguiente con escolta de soldados, y son conducidos a la ciudad de Dijon, en la misma Francia, y allí verisímilmente serán encerrados en algún castillo o fortaleza.

En Liorna no se va todavía tan adelante, pero ya se ha ejecutado el arresto de los españoles que han encontrado, y se les han embargado sus cosas. El cónsul Silva ha bajado las armas, pero por las circunstancias de su persona se le ha dado su casa por cárcel. Los demás españoles, en número de ocho o nueve, han sido encerrados en el lazareto y se les han embargado sus cosas, y un rico mercader catalán establecido en aquel puerto para la correspondencia con Barcelona habrá perdido mucho; y oigo también, aunque no de modo que lo pueda asegurar, que se halla por allí un jesuita de la provincia del Paraguay que se había hecho bastante rico, y se cree que lo habrá perdido todo. Algunos hablan de otro jesuita español, establecido mucho tiempo hace en la Toscana, pero debe de estar en algún lugar pequeño, y no habrán tenido noticia de él. Parece que a estos españoles de Liorna les llevarán también a Francia, y lo notaremos aquí si llegase a nuestra noticia.

Génova y el Parmesano pertenecen también al Imperio francés, como la Toscana y Etruria, y se habrá ejecutado el decreto de Buonaparte. Pero hasta ahora no han llegado noticias de aquellos países. En el dilatado Reino de Italia manda Napoleón con tanta autoridad como en el Imperio francés, y así se tiene por cierto que allí se ejecutará también, y serán comprendidos verisímilmente trescientos o cuatrocientos jesuitas españoles, aunque si hubiera un rastro solo de humanidad, y aun puramente de juicio y de sentido común en los franceses, no debían comprenderlos en este decreto de arresto y de embargo, porque unos hombres que ha ya casi un año que no reciben pensión alguna, no harán poco en ir comiendo con algunos ahorrillos que tuviesen, y otros tendrán que vender algunos trapos para no morirse de hambre. Pues, ¿qué han de encontrar en sus casas, ni en poder suyo? En Nápoles sí que encontrarán cosas de valor de los españoles, porque son muchos los grandes de España y otros caballeros que tienen estados en este Reino, y aun tienen en él buenas hacien-

das algunos religiosos de España, y especialmente los benedictinos de Monserrate, y aquí se puede publicar y circular el decreto con tanta franqueza como en el Imperio francés y en el Reino de Italia.

Y aquí en Roma, ¿se ejecutará también ese formidable decreto de Buonaparte contra los españoles? No debía, pues ni es aquí el mismo Soberano como en el Imperio francés y en el Reino de Italia, ni lo es algún hermano o cuñado suyo, como en Nápoles y en Lucca, y por confesión de ellos mismos conserva el Papa la Soberanía, y aun ahora, por los sucesos de España, a lo que parece, o por otras causas que ellos sabrán, está algo más respetado, o por lo menos no se le insulta tan a menudo y tan gravemente como antes; pero desde el día seis de septiembre se le ha dejado perfectamente en calma. No obstante, ellos hacen en Roma lo que quieren sin respeto alguno a la Soberanía del Papa, y los que tienen más que perder muestran muy claramente que temen que se extienda también el decreto a Roma, y que haya también aquí arrestos y embargos. ¿Cómo se puede menos de pensar así, viendo que nuestro ministro D. Antonio Vargas, el cardenal Despuig y los auditores de Rota Gardoqui y Bardají venden con publicidad y en furia sus coches y sus caballos, y aun sus vajillas y otras cosas que no puedan ocultar? Y a su ejemplo harán lo mismo algunos otros españoles que tengan alguna cosa que esté a los ojos y que deba ser comprendida en el embargo. A todos les tengo una muy sincera compasión, pues en tales personas el temor, agitación y afán en que se hallan es ya un trabajo no pequeño, y aun una ignominia y confusión. Mas les puede ser útil si, viendo que del triunfo de las máximas y filosofías francesas se les siguen también a ellos daños tan graves, se arrepientan y avergüencen de haberlas estimado y aplaudido.

Mayor compasión que todos los dichos me causa un joven catalán llamado Damián Campeny[9], que algunos años ha vino de España a Roma con pensión de la Corte para perfeccionarse en la escultura, y me alegro que me haya venido a la primera este joven, pues, aunque el lugar no es muy oportuno, quiero decir de él mucho en un sola palabra. Le conozco, y le trato mucho, y me complazco de verle no sólo buen católico, sino también muy piadoso y muy devoto, lo que en estos tiempos se ve rarísima vez en estos jóvenes dedicados a las Bellas Artes; y, por lo que toca a su talento y pericia en la escultura, me atrevo a decir por lo que oigo asegurar a algunos que tienen voto en la materia que, si como es un joven envidiado y perseguido, fuera ayudado y prote-

9 Daniel Campeny y Estrany (Mataró, 1771-Barcelona,1855). Marchó pensionado a Roma en 1797, donde se relacionó con Canova. Fue miembro de la Real Academia de San Fernando, *Vid.* Carlos CID PRIEGO: "Damián Campeny, escultor religioso del período neoclásico", *Liño. Revista anual de Historia del Arte* 8 (1989), pp. 79-108.

gido por una mano poderosa, parecería igual, o poco menos, al famoso Canova, que es en el día el más acreditado escultor de Roma, y acaso de la Europa. Este buen joven Damián, en obras que le han encargado y no le han pagado, en otras que ha hecho y no ha vendido, y en una buena provisión de mármoles, tiene un caudal de cuatro o seis mil pesos duros, que en parte debe a algunos amigos que se los han prestado. Anda pues imaginando e inventando arbitrios para salvar esta su hacienda, y para que no caiga en manos de los franceses, y lo da todo por mitad de su justo precio, y con otro trata de hacer un contrato de venta fingida con fecha anticipada. En conclusión, todos los españoles que estamos en Roma, con ventas fingidas o verdaderas, con depósitos en personas de confianza, y con otros arbitrios semejantes, procuramos ponernos en tal estado que los franceses nos roben poco, si llega el caso de ejecutar en Roma el decreto de Buonaparte de arresto de los españoles y de embargo de sus bienes raíces y muebles. Nosotros generalmente tenemos poco que hacer, pues, despojados de todo cuarenta y un años ha, nuestros bienes se reducen a papeles, libros, trapos y algunos cuartos para mantenerse. Algo más tienen que perder algunos religiosos españoles, y especialmente los trinitarios calzados y descalzos, pues, además de sus conventos y alhajas de iglesia y sacristía, tienen alguna hacienda. Por lo dicho se entiende que esta tribulación no carga solamente sobre los jesuitas, como ha sucedido hasta aquí, aplaudiéndolo muchos, mirándolo otros con indiferencia, y compadeciéndolos unos pocos, sino que se extiende a todos los españoles de todas clases y gremios, y a lo menos tendremos nosotros la ventaja de que, si no se nos compadece más, no se nos insulte tanto. Esperaremos esta nueva tribulación con paz, en cuanto nos sea posible.

Día 23 de octubre

Era suma nuestra curiosidad, como se entiende sin decirlo, en orden a saber si el decreto de Buonaparte de arresto y de embargo comprendía a los jesuitas españoles, y si se extendía al Reino de Italia, y en estos pocos días, con harta pena y sentimiento nuestro, se ha sabido todo con entera seguridad en cuanto a la sustancia, aunque no se puedan saber, a lo menos tan pronto, muchas circunstancias particulares que merecían ser notadas. En Génova, que pertenece como la Toscana al Imperio francés, se hizo casi al mismo tiempo que en Florencia la intimación del dicho decreto a todos los españoles que viven en aquella ciudad, y entre ellos se cuentan los jesuitas, que ya no pueden ser en grande número. Yo creeré que no se hiciese la intimación de un modo tan desatento e impetuoso como en la Toscana, y por lo menos no se habla de llevarlos a Francia como prisioneros de guerra y con escolta de soldados, y, antes por el contrario, con aseguración y fianza de alguna persona conocida, se les deja

en libertad y se están quietos por esta parte, sin otro mal ni opresión que el título y nombre de prisioneros de guerra; y, en cuanto al embargo de sus cosas, esperan que no vaya adelante con rigor, porque los comerciantes de Génova, en cuerpo, han hecho una eficaz y vigorosa representación al príncipe Borghesi, que con este o el otro título gobierna en esta parte del Imperio francés, y está al presente en la dicha ciudad habiendo perdido la esperanza de ser Rey de Portugal. En ella le vienen a decir que, si va adelante este embargo de los bienes de los españoles en Génova, por uno que pierdan éstos en su ciudad, perderá el comercio genovés ciento en España. La razón es muy poderosa, y se funda en verdad, y esperan que esta representación de aquellos comerciantes tenga el efecto de que se lleve la mano blanda en el embargo de sus cosas. En este estado quedaba este negocio a la fecha de las cartas de Génova, y, si hubiese algún español en el Piamonte, que es también del Imperio francés, se le habrá intimado seguramente este decreto de Buonaparte. Pero no oigo hablar de alguno, y siempre serán poquísimos.

Vengamos al Reino de Italia, que en ésta, como en otras cosas, sigue al Imperio francés, y con verdad se puede decir que es el mismo, con sola la diferencia del nombre. En su Corte, que es la ciudad de Milán, hacia la mitad de este mes se intimó a los españoles el dicho decreto de arresto y embargo. Pero deben ser muy pocos, y, con ellos, a lo que parece, no se ha hecho la intimación con un modo tan insolente como en la Toscana; y tampoco se habla de llevarlos como prisioneros a alguna ciudad del Imperio francés, ni de encerrarlos en alguna fortaleza del Reino de Italia. En Milán han sido también comprendidos como en Génova los jesuitas españoles, y con tanta escrupulosidad que se ha intimado el dicho decreto, como él mismo escribe, a D. José Cenzano, jesuita de la provincia de Santa Fe, que casualmente en compañía de un caballero genovés se hallaba en aquella ciudad. Se habrá, pues, intimado el decreto a los jesuitas españoles que estén en la misma Corte y en algunas ciudades de la Lombardía, y aun del Veneciano, y todos ellos no pasarán de doce o quince.

En mucho mayor número son en las tres antiguas legacías del dominio pontificio, en las que se establecieron generalmente las once provincias de jesuitas españoles en los años sesenta y ocho y sesenta y nueve del siglo pasado; y a todos los jesuitas españoles que viven en las tres legaciones, que aun pasan de trescientos, y a otros pocos españoles que viven en aquellos países, se les ha intimado ya el dicho decreto de Buonaparte de arresto y de embargo de sus bienes raíces y muebles. Por lo que toca a la intimación y ejecución del decreto en los jesuitas españoles, todas sus circunstancias, aun las más pequeñas, eran muy propias de este nuestro *Diario*, y las notaríamos con gusto y con toda claridad para que se entendiese bien en los tiempos adelante este gran trabajo y aflicción de aquellos pobres, y después de un ignominioso destierro

de cuarenta y un años, y aun varios de ellos pasaron por el segundo destierro de España. Pero ellos no escriben con libertad, temiendo que abrirán las cartas los franceses, y no explican con distinción muchas cosas dignas de saberse, y ni yo puedo ver las cartas que de todas partes se escriben. Sería, pues, muy acertado, para que se pudiera escribir más completamente la historia de la presente, terribilísima y larguísima persecución de la Compañía, que en cada una de las ciudades en que hay jesuitas españoles hubiese uno que notase con distinción lo que en ella ha pasado en este lance de la intimación de este formidable decreto.

En general se entiende que ha sucedido, como en la intimación del decreto de nuestro primer destierro de España el año de sesenta y siete, y como regularmente sucede cuando son muchos los comisionados para la ejecución, y así no ha habido uniformidad en el modo de intimar y ejecutar este decreto, y así en unas partes se ha excedido por rigor, y en otras acaso por blandura según los cláusulas del decreto, y por lo que hasta ahora se sabe los jesuitas aragoneses, que en buen número se conservan en Ferrara, y algún otro mexicano y peruano que puede haber en la misma ciudad, son los que han sido tratados con mayor crueldad, y efectivamente de un modo violentísimo e inhumano. La noche del quince al dieciséis de este mismo mes, estando recogidos en su habitación, y verisímilmente en la cama, fueron repentinamente asaltados, e intimándoles el decreto al instante fueron trasladados todos, y aun algunos casados, con sus mujeres e hijos, al gran convento de los PP. dominicos, que debe estar enteramente desocupado, y por lo menos los religiosos todos fueron echados de él el año de noventa y ocho. Con esta sola sencilla exposición de este arresto y traslación al dicho convento de los dominicos en el que han de vivir, si no amontonados, muy incomodados por muchos motivos y respetos, y añadiendo la circunstancia de que no hay ni uno entre ellos que no llegue a sesenta años, y muchos pasarán de los setenta, se entiende que es una tribulación y trabajo muy grande, y una fiereza y crueldad de los humanísimos filósofos franceses.

La misma noche, a lo que parece, o a más tardar la siguiente, se hizo en Bolonia la intimación de este decreto. Fueron nombrados algunos comisionados para la intimación, y dividieron entre sí los cuarteles o barrios de la ciudad, y aun en ella misma no hubo uniformidad en la intimación; y se comprueba la conducta del diputado o comisionado para la calle Galiera, el que, no habiendo encontrado en su habitación a D. Pedro Cordón, puso el sello a su puerta, y tuvo que buscar cama en que dormir aquella noche. El modo general de la intimación ha sido entrar de noche repentinamente en sus habitaciones, selladas absolutamente sus casas, hasta que hagan inventarios de ellas, y declararlos prisioneros de guerra, dándoles por cárcel su misma habitación o casa,

aunque después de algún otro días les permitieron que pudiesen salir por la mañana a decir misa, y así quedaban todos los jesuitas españoles de Bolonia, exceptuando solamente a dos o tres que entran en aquella comisaría que entiende en las cosas de los jesuitas españoles, de la que es ahora encargado, estando en España el barón Capeletti, el señor Fantuzzi, caballero boloñés.

Los españoles no jesuitas han sido tratados con mayor benignidad. Se han apoderado del famoso Colegio de San Clemente y de sus haciendas dentro y fuera de la ciudad, que no son pocas, y reditúan al año de siete a ocho mil pesos duros. Yo nunca creí que en las presentes revoluciones quedase en pie y se salvase este Colegio de españoles de Bolonia, y acaso he insinuado en este escrito alguna otra vez las razones que me movían a pensar de este modo. Ahora está ya en manos de franceses, y dificilmente saldrá de ellos, y se vendrá a acabar, y, según los que aprendían en estos últimos tiempos, los jóvenes colegiales que venían de España, se pierde poco en que quede enajenado para siempre. Al señor Rector, mi amigo y discípulo en su juventud, D. Simón Rodríguez Laso, y a dos o tres colegiales que pueden haber, no les han embargado sus cosas propias, y, aunque les han intimado el arresto o prisión, pero les dejan en libertad de poder salir por la ciudad, y aun fuera de ella a cierta distancia. Todo se ha hecho también con el señor Grua, que fue Ministro en Parma por la Corte de Madrid, hallándose de paso en Bolonia, aunque él no es español, sino siciliano; y han quedado también comprendidos un conde Malonda, mallorquín, un joven Peñalver, de La Habana, y sobrino de un jesuita mexicano[10], y aquel famoso Florez, que entregó traidoramente a Figueras y fue en España condenado a muerte, y ha venido a parar a Bolonia, y acaso algún otro español de que yo no tenga noticia. El arresto o prisión de todos estos españoles, a lo que puedo entender, no es tan estrecha y rigurosa como la de los jesuitas, y, aunque el embargo tampoco lo sea, generalmente perderán más que ellos.

De las varias ciudades de la provincia de La Romaña, y de alguna otra del Ducado de Urbino, en que hay jesuitas españoles, han llegado también cartas en que cuentan sus arrestos y embargos aún con mayor desigualdad que la que se nota entre los de Bolonia y Ferrara, aunque en ninguna parte, como en esta última ciudad, han sido sacados de sus casas. En particular se nota de muy riguroso el ejecutor del decreto con los jesuitas de la provincia de Chile en la ciudad de Ímola, y de muy benigno el ejecutor en la ciudad de Fano o Pesaro, que no ha hecho más que darle por su cárcel la ciudad. Quedan, pues, arrestados, y generalmente con mucho rigor, en las tres legacías de Ferrara, Bolonia y La Romaña más de trescientos jesuitas españoles, y todas sus cosas, que por lo

10 José María Peñalver y Cárdenas, natural de La Habana, y que era novicio en Tepozotlán cuando la expulsión.

común se reducen a su ropa y a algunos libros, quedan embargadas, y debajo de serlo a lo menos hasta que hagan inventario de ellas. Espectáculo lamentabilísimo, y que no se puede mirar aun desde lejos sin congoja y sin pena, y que aparecerá necesariamente una crueldad y barbarie a los ojos de los que entiendan y ponderen con alguna equidad las circunstancias de estos desgraciados prisioneros y desposeídos de sus pobres alhajuelas; esto es, el nacimiento honrado de todos, e ilustre de no pocos, la dignidad de sacerdotes de los más, los talentos y sabiduría singular de muchos, la inocente conducta, y la ignominia del destierro de la patria común a todos ellos, los muchos años de todos, y casi decrepitud de varios, y los males y miserias inseparables de la vejez. Bárbara filosofía que a nadie respeta, sino a los corrompidos con sus máximas, y es muy creíble que varios impíos filósofos hayan tenido una gran complacencia de que se les haya venido a la mano un pretexto para oprimir a los aborrecidos jesuitas, entre los cuales, como se han quejado muchas veces, hacen pocos amigos y prosélitos.

Aquí en Roma hemos estado al borde del precipicio, pero hasta ahora no ha pasado de espanto y de terror, acompañados de no poca incomodidad, de inquietud, y se entenderá lo que ha sucedido generalmente a todos los jesuitas en esta ciudad, exponiendo con sinceridad y claridad lo que me ha sucedido a mí mismo. Ayer, rendidos, por haber llegado cartas de Ferrara, de Bolonia, y de otras partes, gastamos casi todo el día en oír, preguntar y averiguar lo que se había hecho con los jesuitas de todas las dichas ciudades, y el compadecernos de los trabajos de todos, y especialmente de muchos hombres respetabilísimos por muchos títulos, y en hacer con otros amigos nuestras reflexiones y conjeturas sobre si los franceses extenderán, aunque sea una prepotencia, este decreto, intimado en el Imperio francés y en el Reino de Italia, a esta ciudad de Roma, en la que hacen despóticamente lo que quieren, aunque no son en ella soberanos. Y todo paraba en esperar por un lado que aquí no se haría nada, y en temer por otro que se hará todo, como en todo el Imperio francés, y en todo el Reino de Italia.

En esta disposición de ánimo, entre la esperanza y temor, me venía a mi casa al anochecer, y me salió al encuentro un amigo, que con solicitud me buscaba para darme una noticia importante y decisiva en el asunto. "Le buscaba a V. con ansia –me dijo– para decirle que nuestro ministro D. Antonio Vargas ha dicho, sin rodeos ni tergiversación, que él está persuadido a que esta noche misma nos arrestan a todos, y nos llevan al monasterio de los cartujos; ya se ha dado aviso al P. Pignatelli en su Casa del Buen Consejo, en el Jesús, y a los demás, en cuanto se ha podido, y no he querido dejar de dársela a V. para su gobierno y dirección". Le agradecí cuanto pude su amistosa atención y solicitud, pues me hubiera sido cosa muy sensible si me hubieran sorprendido sin

ordenar de algún modo mis cosas. Con este trueno espantoso, y formidable rayo, me vine volando a casa, y, dando noticia de lo que nos amenazaba a mi compañero D. Ignacio Guerra, sin perder un momento pusimos manos al trabajo, molestísimo, de poner en seguro, y fuera de casa, las cosas más estimables.

Esto se dice con una palabra, pero, si se hubiera de explicar con alguna distinción y menudencia, y de modo que se pudiera entender nuestro afán, movimientos y diligencia, no se pudiera hacer bien con muchas hojas. Con el aviso de un embargo tan general hecho en todas partes entramos, como con razón, en el empeño de entresacar las cosas más estimables de todas especies, y ponerlas fuera de casa para que nos sirviesen otro día, o por lo menos no viniesen a parar en manos de los franceses. Fue, pues, necesario valernos de personas extrañas para que las llevasen a sus casas y con suma cautela, y sin que lo notasen las gentes de la vecindad, que serían unos tantos acusadores contra nosotros, y contra los que nos servían, y por las circunstancias de esta casa, en la que los ajuares por la mayor parte no son nuestros, fue necesario hacer inventario de todo y declaración formal de sus dueños. Mi cuidado principal fue esconder algún dinero mío y ajeno de un depósito que tengo en mi poder, y poner en seguro mis papeles peligrosos, y especialmente los varios tomos de este *Diario*, y todo fue fuera de casa menos el cartapacio que tengo entre las manos, que durmió conmigo, y me hace compañía tan de cerca y tan íntima que sólo podrán encontrarle si me quitan la camisa.

Hechas todas estas diligencias y disposiciones en cuatro o cinco horas, y tomando un bocado de cena, nos fuimos a la cama dejando una luz encendida para que fuese menor la confusión cuando viniese la tropa francesa a arrestarnos y embargarnos nuestras cosas. Y aquí, naturalmente y vivísimamente, se me vino a la imaginación la mañana del día tres de abril del año de 1767, en que me vi en mi cama en el Colegio de Santiago de Galicia rodeado de granaderos españoles; y mañana, 23 de octubre de este año de 1808, me veré, me decía a mí mismo, en esta mi cama en Roma rodeado de soldados franceses, arrestado por ellos, y llevado a donde ellos quieran. En Santiago, aunque no faltaban motivos para temer, temí en la realidad muy poco que me sucediese tal cosa, y los más nos fuimos a la cama sin gran cuidado ni aprensión; y aquí, por el contrario, ya por lo que ha sucedido en otras partes, y ya por la aseveración franca de nuestro Ministro, me eché a dormir persuadido del todo a que antes de amanecer estaría arrestado por los franceses; y, no obstante, estando con la gracia del Señor, no sólo resignado en su voluntad, sino también suficientemente tranquilo y sereno, he dormido pasablemente. Al amanecer vino mi compañero a decirme que no habían venido los franceses, ni había indicio de que viniesen. Dimos gracias al Señor de que a lo menos por ahora no habíamos pasado de sustos y temores, de algún atropellamiento e incomodidad,

y pensamos en hacer nuestras cosas al modo regular de otros días; y yo hice que me trajesen de oculto el cáliz y paramentos para decir misa en mi iglesia de San Ildefonso como los demás días, pues anoche todo se sacó de la Secretaría, y se llevó fuera de casa para que no lo arrendasen los franceses.

En el día, como por sí mismo se entiende, no se ha hablado entre nosotros sino de las angustias y apreturas con que nos hemos visto, y de la mala noche que nos han dado; y, en la Casa de Jesús, algunos ni se han metido en la cama, y han gastado mucha parte de la noche en ocultar sus cosas en algún rincón y en los cuartos de los que no son españoles, y otros muchos de allí, y de los que están esparcidos por la ciudad, confiesan que no han podido cerrar los ojos en toda la noche. El trago era amarguísimo, y molestísimo el trabajo que se temió, y se tuvo por cierto, y era en la realidad muy difícil teniéndole a los ojos poder conciliar el sueño. Y para prueba de que nuestro Ministro lo creyó y nos lo dijo con fundamentos muy graves, añado aquí que esta misma mañana, en que los religiosos trinitarios descalzos españoles celebraban una devota y lucida fiesta a una prodigiosa efigie de Jesús Nazareno, les envió a decir monseñor Gardoqui, Auditor de Rota por Castilla, que temía mucho que no les dejasen acabar tranquilamente su función, porque, en ese torbellino o red barredera de arresto de españoles y de embargos de sus cosas, se supone que entraban también todos los religiosos españoles que hay en Roma, y aun todos los demás eclesiásticos y legos, y generalmente todos los no jesuitas tienen algo más que éstos que pueda excitar la codicia de los franceses. ¿Y en qué quedamos para en adelante? El orden se tiene comúnmente por cierto, y no podemos saber la causa o motivo de no haberse intimado, ni tampoco si al cabo se nos intimará. En todo caso, todos se aprovechan de esta suspensión y tardanza para disponer de sus cosas con más sosiego y reflexión, y ponerlas en tal estado que no se las arrebaten los franceses, aunque lleguen a intimar el arresto y el embargo de nuestras cosas, y no es pequeña miseria por muchos lados esta misma incertidumbre sobre el fin de este negocio.

Día 26 de octubre

Por carta de la provincia de Guipúzcoa, de 24 del mes pasado de septiembre, se da aviso de la muerte del P. José Abarraviqueta[11]. Al tiempo de nuestro primer destierro el año de sesenta y siete hacía el oficio de predicador en un colegio de Cantabria, y yo empecé a conocerle en la ciudad de Calvi de la isla de Córcega, en la que fue parte muy principal de una buena música eclesiástica

11 Era sacerdote predicador del Colegio de Lequeito, de la provincia de Castilla. Ingresó en la Compañía en mayo de 1744. Fue embarcado en Bilbao en el navío *San Miguel* el 3 de mayo de 1767, y partió de El Ferrol para el exilio el 25 de mayo en *La Victoria*.

que allí se formó, como por aquel tiempo se dijo, porque era, a juicio de los inteligentes, un bajo o sochantre singular y extraordinario. Era muy buen religioso, y lo fue después de la extinción de la Compañía, vistiendo casi como jesuita, y teniendo el mismo porte y conducta, y aun viviendo en comunidad en cuanto era permitido. Era un hombre bondadoso, quieto, agradable, servicial y obsequiador de todos. El año de noventa y ocho se fue a su patria, como la mayor parte de nuestra Provincia, y por sus años y males se libró del segundo destierro el año primero de este siglo, aunque otros, aún de mayor edad, volvieron a la Italia. Era natural de Zumárraga, en la provincia de Guipúzcoa, y del Obispado de Calahorra, y nació a 3 de noviembre de 1728; y allí se habrá enterrado si por las circunstancias del país no se había retirado a otra parte.

Esta noche del veinticuatro al veinticinco murió en esta Casa del Jesús el P. Agustín Frago, de nuestra provincia de Castilla[12]. Cuando salimos de España el año sesenta y siete era hermano coadjutor, y hacía en un colegio el oficio de boticario; y en el destierro en Córcega y en Italia se conservó en su estado de coadjutor con buen porte en todo, y haciendo regularmente de enfermero en alguna casa. Pero después de la extinción de la Compañía le vino devoción de hacerse sacerdote, y, como sabía medianamente la lengua latina, y lo demás del título y de otras cosas es muy fácil en Italia, logró ordenarse prontamente de todo. Ordenado ya de sacerdote se fue a la ciudad de Milán con otro sacerdote de la Provincia, y allí ejerció el oficio de confesor aun en conventos de religiosas. El año de noventa y ocho se fue muy mejorado con la dignidad de sacerdote a su lugar en el Reino de Navarra, desde donde con los demás jesuitas navarros se vino a Roma en el segundo destierro del año primero de este siglo. Aquí sacó las convenientes licencias de confesar, y ha trabajado muy bien en hospitales, y mucho más en las cárceles, siempre muy pobladas, y por tiempo considerable era solo o muy poco acompañado para confesar en ellas. Confesaba también diariamente en la iglesia del Jesús, y sería porque no habría otro de los jesuitas sacerdotes que hubiese ocupado aquel confesionario. Por lo demás era hombre de buen juicio y de prudencia en el manejo de negocios convenientes a su estado, quieto, atento y servicial para con todos, y de una conducta arreglada y edificativa. En la iglesia misma del Jesús se le ha hecho el oficio por los mismos jesuitas que viven en aquella Casa, como suelen hacer a todos, y en ella ha sido sepultado. Era natural de Berasoaín, en el Reino de Navarra, y del Obispado de Pamplona, en donde nació a 26 de agosto de 1738.

12 Era coadjutor boticario del Colegio de Monterrey. Natural de Barasoain, en Navarra, donde nació el 26 de agosto de 1738. Jesuita desde diciembre de 1763. Embarcado en La Coruña, el 18 de mayo de 1767, en la saetía *Santa Maria de la Mar* para El Ferrol, de donce partió hacia Italia el 25 de mayo de 1767 en el *San Juan Nepomuceno*. En 1768 quedó en Calvi para asistir a jesuitas enfermos.

La noche antes, del veinticinco al veinticuatro, murió en este hospital de Santiago de Roma Juan de Vega, que fue coadjutor en nuestra provincia de Castilla[13]. En aquella turbación de nuestra navegación y viaje desde la isla de Córcega al Estado Pontificio dejó la Compañía, como hicieron otros varios, y se vino a esta ciudad, en donde, como otros muchos jóvenes de todas las provincias jesuíticas de España, se casó bien presto con una romana. A mi vuelta de España le encontré en esta ciudad, y, por vivir con su mujer y una hija cerca de mi habitación, empezó al instante a servirme en algo, y poco después en todo; y en estos siete años me ha servido con fidelidad y bien en las demás cosas, y su proceder todo este tiempo ha sido juicioso y arreglado. Al ver que su mal era grave, en los primeros días del mes fue llevado a este hospital de Santiago, que es privativo de los de la Corona de Castilla, aunque ahora, habiéndose reunido en él el de Monserrate, es también para los de la Corona de Aragón. Todo en él está muy bueno, habitación, camas y asistencia en todo de médico, cirujano y enfermeros; y es de un grande alivio en las presentes miserabilísimas circunstancias para los jesuitas españoles, que son casi los únicos que pueden ir a curarse en él; y efectivamente en estos días, en los que he ido allá varias veces, apenas he visto un enfermo que no fuese jesuita español. El mismo hospital le ha hecho de caridad algún oficio, y se ha añadido alguna cosa para que se le digan algunas misas. Era de un lugarcillo cerca de Palencia, y nació el año de 1744.

Día 27 de octubre

Ayer finalmente partió de esta ciudad para la Alemania la archiduquesa Mariana de Austria, cien veces llamada y convidada por el emperador Francisco, su hermano, y otras tantas, con estos y los otros motivos o pretextos, ha suspendido su marcha, y se ha estado aquí inmoble casi todo este pontificado, y casi todos los años del siglo. A mi llegada a Roma el año primero del siglo, ya encontré en esta ciudad a esta archiduquesa Mariana, y muy engolfada, y muy fervorosa en la protección y beneficiencia del P. Fundador y general Paccanari, y de la reunión de los paccanaristas con el título de la Compañía de la Fe de Jesús, y creída por ella, a lo que parece, la antigua Compañía de Jesús o una nueva, que venía a ocupar su puesto y sucederla en todo. En este mi *Diario* de

13 Coadjutor cocinero del Colegio de Tudela. Natural de Fuentes de Valdepero, Obispado de Palencia. Embarcado el 9 de abril de 1767 en San Sebastián en el paquebote español *San Joaquín*. Embarcado en El Ferrol el 25 de mayo de 1767 en el mismo paquebote. Secularizado en Génova el 23 de noviembre de 1768. En noviembre de 1768 llegó a Roma desde Córcega, pasando por Génova y Civitavecchia, en A. M. A. E. *Santa Sede*. Leg. 331 *Azpuru a Grimaldi*. Residente en Roma en 1774, en AGS D. G. T. *Inventario 27*. Leg. 1.

cinco o seis años de los antecedentes, van notadas cien gracias, favores y regalos de dicha Archiduquesa al P. General y su Compañía, y el íntimo y familiar y continuo trato de Paccanari con Su Alteza. La prisión de este hombre por el Santo Oficio, y aun la sentencia terribilísima que se dio contra él, no bastaron para desengañar y abrir los ojos a esta buena Señora, y para que dejase de estimar y de tener por un Santo a su Paccanari. Se revió su causa, y se repitió la misma sentencia, y he oído por buen canal que se la comunicaron a la engañada Archiduquesa alguno de sus graves delitos bien probados, como se supone, y acaso confesados por él mismo, y es cosa muy natural, estando ya la causa sustanciada y sentenciada dos veces; y yo supongo que, sólo por las circunstancias en que se halla la ciudad, no se han hecho públicos en un autillo de fe, y de otros modos.

Es preciso, pues, que al cabo se rindiese la Archiduquesa, y que reconociese que este Paccanari, a quien tanto ha favorecido y estimado, y que ha sido por todo este tiempo su confesor y padre espiritual, es un hombre malvado y un hipócrita y embaucador. Ahora esta cadena de esta buena Señora con este hombre falso y engañador, y siendo muy difícil, y aun imposible, que vaya adelante con algún esplendor y bonanza esta Compañía de la Fe de Jesús, ha sido más fácil arrancarla finalmente de Roma, en donde siempre estaba expuesta a un mal caso si llegaba a romper la guerra, como necesariamente sucederá, entre su hermano el Emperador de Austria, y los franceses, y aun algunos creen que esta es la razón principal de haberla hecho salir de Roma, y como que quieren inferir que en el mes de noviembre o diciembre, a más tardar, declarará la guerra a la Francia el emperador Francisco, y nosotros quisiéramos que lo hiciera antes para que el emperador Napoleón no tuviese tanta libertad para llevar enjambres, más que ejércitos, de hombres contra la pobre España.

Ya insinuamos en otro lugar que la Archiduquesa había recogido algunas alhajas preciosas que había dado a los paccaranistas, y aun que se había puesto en posesión de la villa o granja Mattei, para que no las arrebatasen los acreedores del P. Paccanari. Y ahora no podemos decir con seguridad si se ha quedado efectivamente con estas cosas para pagar sus deudas, o si las deja a los paccanaristas para que paguen las de su fundador. Tampoco se sabe con publicidad qué se ha hecho de un colegio o convictorio de niñas, llamadas las electas o dilectas, de las que venía a ser como Superiora o Rectora la misma Archiduquesa, y el P. General era confesor, director, superior, y todo; y se sospecha que aquí hayan sido los tropiezos del P. Fundador. Yo creeré que se haya deshecho, aunque no será extraño que la Archiduquesa, según estaba encariñada con estas niñas, enviando a sus casas a las más, se haya llevado consigo algunas particularmente queridas y estimadas por Su Alteza. Y, por lo que toca a los paccanaristas, parece que antes de su partida les puede haber hecho

algún bien, y que aun en ausencia, y desde lejos, continuará favoreciéndoles en el miserable estado a que se hallan reducidos.

Poco después de la confirmación en revista de la terrible sentencia contra el P. Fundador y General hacia la mitad del mes de julio, se les dio orden de separarse y de irse cada uno a su casa, o a donde le acomodase. En efecto, desde no muy entrado el mes de agosto se les vio afanados en vender sus cosas, y con bastante precipitación, porque el término que se les puso para la efectiva separación y evacuación de sus casas no fue largo. Prontamente se deshizo el Seminario o Colegio de nobles abierto pocos años ha con mucha bulla, y con mucho aparato y pompa en el palacio Salviati, y al que se dio el nombre de Mariano por respeto a la archiduquesa Mariana. Su fundación, al mismo tiempo que se restablecía la Compañía de Jesús en Nápoles, fue expresamente para que entendiesen todos que los nuevos jesuitas sabían hacer todo lo que hacían los antiguos, y para atraer jóvenes e impedir que fuesen a los seminarios de los jesuitas en Roma y en Nápoles, y ya se ha acabado todo por sí mismo y sin impulso alguno exterior, y mucho menos injusto, y ayn se ha vendido el palacio, que no estaba pagado del todo. Este paradero suelen tener las fábricas que se fundan sobre arena, y que se levantan afectando celo de la gloria de Dios, pero en la realidad por viles pasiones, y con fines e intenciones torcidas.

En la casa matriz de San Silvestre, en el Quirinal, se vendía también todo a precipicio, y no menos cosas de iglesia y sacristía, entre las que habrá entrado el rico terno que les regaló el conde o condesa de Campo de Alange, que libros de su biblioteca, que en pocos años, teniendo el fundador dinero en abundancia, suyo o ajeno, había llegado a ser no poco copiosa y muy escogida; y oigo que los miserables, por muy pocos pesos duros, han vendido a un librero muchas y muy estimables obras. Mientras andaban en estas y en otras ventas, por mes de agosto y septiembre se les veía andar por las calles afanados y atropellados, sacando pasaportes del Comandante francés, del Ministro de Milán, y del Gobierno de Roma, y en otras disposiciones para partir de Roma e irse a sus patrias; y prometo que me causaban grandísima compasión viendo unos desgraciados jóvenes que, por fiarse de un hipócrita y embustero Paccanari, se han metido en tales empeños y embrollos, y acaso quedarán algunos perdidos para siempre. Oigo que algún otro ha entrado en alguna de las religiones eclesiásticas que hay en Roma, y que muchos han solicitado sujetarse a nuestro provincial Pignatelli, y que se ha excusado con buenas razones de recibirlos. Y algunos otros, efectivamente, han partido para la Alemania, y para varias partes de la Italia.

Al ver toda esta agitación, y habiéndoles dado término muy corto para separarse enteramente, se extrañaba que tuviesen abierta tanto tiempo no sólo

la puerta de la casa, sino también la de la iglesia, y que continuasen haciendo en ésta sus cosas al modo regular como si no pensaran dejarla dentro de pocos días, y al cabo se ha descubierto el motivo y el efecto de esta irregularidad. Me aseguran que, con el pretexto de vender sus cosas mas cómodamente, y de hacer sus disposiciones para la partida, lograron una o dos prórrogas del término señalado para desocupar enteramente su casa, y entre tanto, poniendo en movimiento, por decirlo así, a sus protectores, que han sido esta archiduquesa Mariana y algunos cardenales de los que están ausentes, han conseguido la gracia de conservarse en ésta su casa de San Silvestre con el motivo de oficiar la iglesia, diciendo en ella sus misas, y teniendo a la mano algunos confesores. Yo supongo que lo mismo habrán logrado en la ciudad de Espoleto, a que se debió de retirar el P. Vedova después de la confirmación de la sentencia contra el fundador Paccanari. El cardenal Locatelli, Obispo de aquella ciudad, les ha protegido siempre, y ahora se halla en ella desde principios de septiembre el cardenal decano Antonelli, que fue en Roma su principal protector. Se puede, por tanto, tener por seguro que tan poderosos protectores en Espoleto les habrán sacado del Santo Padre la gracia de conservar la casa de aquella ciudad, que fue Colegio que tuvo en ella la Compañía.

El día cuatro de este mes un amigo mío que salía de la casa de San Silvestre, en la que había entrado a comprar algunos libros, me dijo que ya habían suspendido la venta, y que uno de los paccanaristas le había dicho redondamente que ya no partían de aquella casa; y aquella misma tarde vi una visión muy propia de ellos, y que no es más que una pueril afectación de triunfo y de seguridad parecida a otras muchas que han hecho estos años pasados. Encontré un cuerpecito de ellos formado en comunidad, y podrían ser cuatro novicios o estudiantes con su padre grave detrás, y casi iban diciendo con los gestos "ya no nos vamos, y ya podemos conservar nuestra casa, y por consiguiente todo lo demás"; y, en efecto, desde aquel día no se ha visto indicio alguno de abandono de aquella casa, y por otros caminos se sabe ya con certeza que se les ha concedido que puedan vivir reunidos en esta casa veinte o veinticuatro de los paccanaristas. Quedan, pues, estos en esta casa de San Silvestre, y cuatro o seis en la de Espoleto, y yo supongo que, pues lo han pretendido, tendrán manera de subsistir, y aquí parece que usan, como de cosa propia, de la villa o granja Mattei, y se la habrá dado a lo menos en uso la archiduquesa Mariana, que ya se la había apropiado a sí.

¿Y qué pueden ya ser en adelante estos paccanaristas, que tanta bulla han metido en el mundo, y especialmente en Roma? Antes no eran verdaderamente más que una reunión material, un agregado o montón de hombres sin título alguno legítimo para formar cuerpo alguno religioso, ni aun Congregación de clérigos, como la de San Vicente a Paulo, y empeñados no obstante en que ellos formaban una Religión como la Compañía de Jesús, sucesora y heredera de

ella en todo, y por sola su autoridad o capricho tenían Fundador y General, y los demás subalternos superiores hacían votos y profesiones solemnes, y vestían en todo como si fueran jesuitas. Escándalo verdaderamente enormísimo en el que no sé de qué maravillarme más, si de la osadía de estos hombres en hacer todas estas cosas sin las necesarísimas licencias de la Santa Sede, y aun contra la expresa voluntad y orden del Papa, o de la insensibilidad e indolencia de Roma, dejándoles desobedecer impunemente por tener de su parte algunos cardenales autorizados, que por su hastío con los jesuitas antiguos les favorecían en todo. Y si eran tan poca cosa, y propiamente nada, antes de los últimos órdenes de separarse y de irse cada uno a su casa, ahora serán menos todavía, y no llevarán su osadía tan adelante, por más que la fomente su pasada impunidad, y dejarán de recibir o de agregar jóvenes, y de hacer profesiones y votos; y debían también dejar, como están obligados, el modo de vestir de los jesuitas. Pero en estos tres meses que han pasado desde el orden de separación no les han dejado por sí mismos, ni creo que le dejarán, según es su necio encaprichamiento sobre su jesuitismo, si no se les obliga con un nuevo orden más resuelto que el pasado.

Por lo que a mí toca protesto ingenuamente, y lo habré hecho más de una vez en este *Diario*, que, aunque en España, por las cosas que allá escribían, tuve un concepto algo ventajoso de esta nueva Compañía de la Fe de Jesús, después que la vi en Roma y a su Padre fundador y General, y observé algo de cerca su proceder y conducta, rebajé mucho, o perdí del todo, la buena opinión que de ella había formado, y me persuadí firmemente no sólo a que esta obra de Paccanari no podía llenar el hueco o vacío de la extinguida Compañía, y ser por su mérito obstáculo a su restablecimiento glorioso, sino también a que absolutamente no podía ser cosa de importancia y de utilidad en la Iglesia. Dejamos, pues, a estos paccanaristas y vanamente, y sin fundamento, algunos huecos, e hinchados por algún tiempo con el glorioso nombre de jesuitas en las dos dichas casas de la ciudad de Espoleto, y de San Silvestre en Roma, y con tal estado que, por más que se esfuercen, y por más que les protejan algunos cardenales, es imposible que, supuesto el público vergonzoso paradero de su gran fundador, y los altísimos órdenes de su separación total, pueden multiplicarse y llegar a ser un cuerpo de religiosos, ni de clérigos seculares de alguna representación en la Iglesia; y así supongo que no tendré ni necesidad ni ocasión de volver a hablar de ellos en este *Diario*.

Día 29 de octubre

El día siete de este mes presentamos aquí a Napoleón Buonaparte, Emperador de los franceses, de partida desde la ciudad de Metz de Lorena el 24 de septiembre para la ciudad de Erfurt, en la Sajonia, destinada para el Congreso

con el Emperador de la Rusia, y llegó a ella en tres días, como en días había llegado desde París a Mezt, y así en cinco días ha caminado como doscientas leguas, que son más de las que suelen caminar las postas o correos de gabinete. Extraña velocidad o furor de este hombre. A su llegada a Erfurt, el veintisiete de septiembre, ya encontró allí los comandantes, su Guardia imperial, y su antiguo ministro Tayllerand, puesto en ejercicio otra vez para este importantísimo Congreso, del cual, a su juicio, depende el poder o no poder avasallar y oprimir la Nación y Monarquía española. Bien presto apareció, acompañado del francés Duroc, el emperador de la Rusia Alejandro I, con sus ministros correspondientes, y aun concurrió allí mismo el príncipe Constantino, su hermano, como otros muchos de los nuevos reyes de Alemania, y otros varios príncipes y personajes. Al acercarse a la ciudad el emperador Alejandro salió a su encuentro el emperador Napoleón, y apeándose los dos se hicieron mutuamente expresivas demostraciones de aprecio, de obsequio y cordialidad, y a caballo entraron juntos en Erfurt, aclamándoles grandemente todo el pueblo, como que reconocía en ellos los dos más poderosos soberanos de la Europa, y árbitros absolutos en ella, y que según sus proyectos vendrán a dividirla entre sí. No acertaron, pues, en sus pronósticos los juiciosos romanos, que sospechaban que el Emperador de la Rusia se desdeñaría de tener con este hombre un Congreso dirigido únicamente al abatimiento de una generosa Nación que, con toda justicia, y con singular valor, defiende su libertad.

Sin perder tiempo, y el veintinueve, a lo que se puede entender, se puso la mano en el grande asunto de este extraño Congreso. En él, con todo lo que ha salido hacia fuera, y sin tener otros documentos que las solas gacetas de los franceses, aparece el grande Napoleón no solamente un cortés y atento obsequiador del Emperador de la Rusia, con el decoro conveniente a la dignidad de Emperador de la Gran Nación, sino también un vil, bajo y soez adulador y un criaducho suyo. Él le busca en su casa, le lleva al teatro, le acompaña y obsequia en todas partes. Todo es muy conforme al espíritu y carácter de la dominante filosofía. Soberbia luciferina para pisar y abatir a todos, cuando se puede, sin respeto alguno a grados, ni dignidad ni humildad, hasta el abatimiento y bajeza cuando es útil y necesario. Parece que debió temer Buonaparte que al Emperador de la Rusia le habían inspirado bajo concepto de su religión, y de la de los suyos, y para justificarse con este particular, y para engañar al ruso, él y sus gentes, aunque abiertamente ateístas, han oído más misas en los quince días del Congreso que en muchos meses, y aun años. A tanto descaro llega la hipocresía de estos hombres, y tanto se envilece el grande e invencible Napoleón por engañar a un hombre de quien tiene necesidad.

Las conferencias han sido muchas, y muy largas, y se supone que todas ellas se han dirigido a inclinar el Emperador de la Rusia a que contenga al

Emperador de Constantinopla, y mucho más al de Austria, mientras él hace con esfuerzo la guerra contra la nación española, y para hacerle creer ésta, como hizo en París, conveniente, justa y aun necesaria, le dirá todas las falsedades y mentiras que le hagan al caso sobre su conducta con la familia real de España, asegurándole que estaba despreciada y aborrecida para la Nación, y que está en las clases más distinguidas deseada la mudanza de Gobierno; y sobre todo le habrá atestado bien la cabeza con los muchos y gravísimos inconvenientes de que, llegadas las cosas a este estado, no quede España sujeta al Imperio francés, pues con daños inmensos de la Francia, y aun de la Rusia, se unirá estrechamente con la Gran Bretaña. Contra ésta habrá cargado fuertemente la mano, echándola la culpa de tanta sangre humana como se ha derramado, y como se va a derramar, y mostrándose muy sensible y compasivo con el pobre género humano, como suele hacer él mismo y los suyos en las publicadas gacetas, para hacer odiosos a los ingleses, como que ellos son la causa de que dure tantos años la guerra.

Todo esto es hipocresía, mentira y calumnia, pues la Francia y su Buonaparte tienen toda la culpa de todas las guerras pasadas, y mucho más de la presente contra la nación española, y para acreditarse de sincero en este punto le propuso cicatísimamente al Emperador de la Rusia un plan de paces generales para la Europa, y para hacerle esperar a todos, o más bien para engañar a todos, le puso en todas sus gacetas una breve cartita suya a uno de los príncipes de la Confederación de Alemania en la que oraculosamente le decía: *voy al Congreso para dar la paz a la Europa*; y parece que el Emperador de la Rusia le ha creído, y ha tenido por razonable el plan de pacificador que le ha propuesto, pues se ha visto al instante, como se vio poco después del tratado de paces de Tilsit, que el Emperador de la Rusia por su parte, y por la suya Napoleón, ha despachado cada uno su peculiar correo a la Corte de Londres; y éstos no pueden llevar otro negocio o asunto que algún proyecto de paces, y para engañar mejor a los que se quieren dejar engañar, suponiendo que Su Majestad británica, siendo tan justo y moderado el proyecto de paz que se le propone, no podrá menos de hacer buen rostro a él, anuncian que se tienen ya nombrados autorizadísimos plenipotenciarios que pasarán a Londres para dar la última mano a la paz, y son no menos que el conde de Romanzov por el Emperador de la Rusia, y el gran político Talleyrand por el emperador Napoleón. Todo es un trampantojo, un embuste, y un artificio de los franceses para engañar al Emperador Alejandro, y para borrar, si pueden, su infamia en toda la Europa por la execrable perfidia contra la familia real de España, y por su injustísima usurpación de la monarquía española.

El día trece de este mismo mes, estando ya de acuerdo los dos emperadores, se concluyó y cerró el Congreso, y el día catorce, después de mil tiernas y cordiales expresiones de despedida entre los dos, se vino Napoleón

volando hacia París, y el emperador Alejandro se irá poco a poco de Pietroburgo, en la que, a lo que comúnmente se cree, no será muy aplaudido y aclamado, porque no se aprobó generalmente la paz del año pasado con Buonaparte, y menos se aprueba la presente perniciosa guerra contra los suecos e ingleses, y no es posible que la honesta y honrada nación rusa apruebe que su Emperador dé la mano a este bárbaro opresor de tantos soberanos legítimos para que pueda oprimir también a la generosa nación española, que, con justísimos derechos y con un valor extraordinario, defiende a sus legítimos reyes y señores, y su propia libertad. Grande ilusión y engaño de este buen Príncipe, deslumbrado por los jacobinos francmasones que le rodean, pues, en suma, con daño suyo, y sólo por favorecer a un ladrón público e injustísimo usurpador de muchos reinos y provincias, pierde el amor de la mayor parte de sus vasallos. El alborotado y tumultuario Buonaparte en cinco días se puso desde Erfurt en París, como en otros tantos se puso en el mes de septiembre desde ésta en aquella ciudad, pues llegó a la dicha Corte de Francia el 19 de este mes, habiendo salido de Erfurt el catorce. Aquí en el día se tiene ya noticia ministerial y auténtica no sólo de su llegada a París, sino también de su contento y satisfacción de que le ha salido grandemente este su caprichoso arbitrio de este extravagante Congreso con el Emperador de la Rusia; y sin perder un momento va haciendo sus disposiciones para ir en persona a la guerra de España. En estos dos meses y medio desde la derrota de Madrid, y en otras provincias de España, ha ido recogiendo gente en gran número de la Italia, de la Alemania, de la Francia, y de algunas provincias del Norte, Holanda, Hannover, Westfalia, Polonia, y qué sé yo cuántas más, y ha reunido grandes ejércitos para hacer en persona la conquista de España. Se acerca el invierno, y en esta estación rígida, cuando dominaban en el mundo hombres ignorantes, groseros y bárbaros, se retiraban las tropas a cuarteles, dejando los combates y batallas para el buen tiempo de la primavera; y ahora que mandan el mundo los filósofos cultísimos, humanísimos y amantísimos del género humano, y que se han entronizado expresamente para hacerle feliz, lo mismo se hace la guerra sobre los hielos y nieves del diciembre y enero, que sobre la yerba y flores del abril y mayo. Dos años ha tenía un hombre fiero y cruel en el corazón mismo del invierno sus ejércitos numerosos en campaña abierta sobre el Vístula. No tendrá, pues, dificultad en llevarlos este año a dar batallas sobre el Ebro, sobre el Duero y sobre el Tajo. Así se cree efectivamente, y se espera, que muy presto se escriba de París que partió para la guerra de España.

Día 31 de octubre

El nuevo Rey de Nápoles, o de las Dos Sicilias, Joaquín Napoleón, o Murat, ha llevado al cabo felizmente su empresa de la conquista de la isla de Capri, no poco dificultosa por falta de libertad en la mar, y por la cercanía de Nápoles,

no poco importante. Los ingleses no han dejado de acudir a socorrer a los suyos, pero o les ha impedido el tiempo, o no lo han tomado con el empeño conveniente, y no han traído de la Sicilia, como al parecer no era dificultoso, fuerzas bastantes para impedir a los franceses la continuación del sitio, ni acaso les han impedido del todo la conducción de víveres y de otras cosas. Parece que la guarnición inglesa, en parte a lo menos, se ha salvado, y se ha ido con sus embarcaciones a Sicilia. Pudo perfeccionarse la conquista de Capri después de los veinte de este mes, y con ella se ha hecho sin duda glorioso el nuevo rey Joaquín, librando a pocos días que ha puesto los pies en su Reino a su Corte de Nápoles de la sujeción no pequeña con que la tenían los ingleses desde la vecina isla de Capri. Ya sabrán ensalzar bien esta empresa los franceses y sus partidarios, y el Rey no se descuidará en sacar todas las ventajas que pueda para acreditarse con sus nuevos vasallos, y para aficionarles más serán muy útiles algunas providencias de ahorros y economía que ha tomado, y la benignidad que usa con algunos que fueron desterrados por el rey José, permitiéndoles volver al Reino y a sus casas.

De los dos teatros de guerra en España, es a saber la frontera de Cataluña y del Rosellón, y sobre el Ebro, en Álava y Navarra, casi nada podemos decir con seguridad, porque no tenemos otros canales para saber lo que en ellos se hace que las mentirosas gacetas de los franceses, y los vagos rumores de los romanos, que, como hemos dicho más de una vez, mienten casi tanto contra ellos, como ellos a favor suyo. No obstante, se puede creer y tener por cierta la batalla de dieciocho o diecinueve del mes pasado de septiembre, con grandes ventajas de los españoles, y en la que quedó muerto o prisionero el gran Massena, *el hijo de la victoria,* y aún se añade la circunstancia de haber quedado ciego por haber pasado cerca de él una bala de cañón. No se dicen otras circunstancias particulares de esta señalada victoria, sino en general que quedó muy derrotado el ejército francés, que podía ser de treinta o cuarenta mil hombres, y que Massena, contra su voluntad, había dado la batalla por un orden cerrado de Napoleón, que con esta victoria de Massena quería llevar al Congreso con el emperador Alejandro una prueba segura de la facilidad de la conquista de España.

Por muy derrotado que quedase el ejército francés en la dicha batalla del 18 o 19, por esta parte no se hace increíble otra batalla y otra victoria de los españoles en el mismo teatro de guerra el veintiocho o veintinueve del mismo mes, porque es tanta la tropa que por orden de Napoleón de muchas partes va caminando hacia España que en pocos días se forma un ejército en donde no le había, o se hace grande el que era pequeño. En prueba de que es cierta esta segunda batalla y victoria, oigo alegar el testimonio de algún otro soldado que se ha hallado en ella, y ha llegado en estos mismos días a Roma. No obstante,

no se puede creer que haya habido dos batallas en tan pocos días, que desde la una a la otra apenas hay tiempo para enterrar los muertos, y para recoger y conducir los prisioneros de guerra, que necesariamente serían muchos si quedó prisionero de guerra el mismo Comandante del ejército. Con más incertidumbre y oscuridad se habla de las ventajas de los españoles en el Rosellón y en Cataluña, con esta única o doble victoria. Aún no sabemos aquí si se ha rendido la famosa ciudadela y castillo de Figueras, y yo creo que si no se ha entregado por falta de víveres esté todavía en manos de los franceses, pues, si los españoles hubieran hecho con regularidad el sitio de ella, algo se hubiera oído por algún lado.

La misma incertidumbre y oscuridad, y aun contradicción, hay aquí en el día sobre el estado de Barcelona a la mitad del mes de octubre, que son las fechas más modernas de aquellos países. Los franceses hablan como que conservan la Ciudadela y el castillo de Montjuich, y que son dueños de la ciudad, y tienen en ella fuerzas considerables; y aquí en Roma se ha dicho muchas veces lo contrario, y que los franceses lo han perdido todo en Barcelona. Yo no tengo dificultad en creer que conserven los franceses Montjuich, no pudiendo ser atacado sin exponer la ciudad a ser muy maltratada por el cañón del castillo; pero no creo que en Barcelona, ni en país algún interior de Cataluña, tengan los franceses cuerpo alguno de tropa, pues han llegado los españoles a presentar a la frontera del Principado un ejército tan numeroso que ha vencido a un ejército francés no pequeño, mandado por el general Massena. Algo más probable es que el castillo de Pamplona ha salido de las manos de los franceses, como se ha dicho varias veces en Roma, y con mucha aseveración se fijó esta rendición al catorce de agosto, y nunca se ha dicho cosa en contrario, y es algún indicio de que Pamplona y la Ciudadela estén en manos de los españoles el no venir carta alguna de aquella ciudad desde aquel tiempo, pues si mandasen allí los franceses estaría abierta la comunicación con Francia, como lo está desde la Vizcaya y Guipúzcoa, de donde viene alguna otra carta a los jesuitas españoles de aquellas provincias.

En el teatro de guerra sobre el Ebro se aumentaron los franceses con tanta presteza después de sus derrotas en el interior de España, que cuando acudieron los españoles ya no pudieron acabar de echarlos de todo el Reino, y cerrarles aquella puerta para el centro y corazón de la Monarquía. Aquí nos parece a nosotros (y hablo de muchos a quienes he oído explicarse de esta manera) que si los españoles, con aquel ímpetu y fervor con que atacaron a los franceses en Madrid, prontamente, soldados y paisanos, se hubieran venido hacia el Ebro, ellos mismos, que en los principios de agosto no podían ser muchos, se hubieran metido dentro de su Francia, y a este aire se escribió desde San Sebastián en los primeros días de agosto, porque allí se creía que los

españoles no darían a los franceses un día de reposo, ni tiempo para que trajesen socorros de la Francia y se fortificasen y arraigasen en aquel país; y, suponiendo que aquella ciudad sería al instante sitiada o asaltada, se salió mucha gente de ella. ¿Y qué duda puede haber en que los españoles podían resistir mejor a los innumerables ejércitos franceses a las fronteras y en los Pirineos con cien trincheras, baterías, cortaduras de caminos, y otras industrias militares en aquellos países montuosos, que no en las llanuras de Castilla la Vieja, para las cuales tienen la puerta franca por Guipúzcoa y Álava, y por consiguiente para el centro y corazón de la Monarquía? Y en tal caso se tendría también la ventaja de que las tres provincias de Cantabria, la Navarra y La Rioja, que ahora están oprimidas por los franceses, libres de ellos se uniesen con los otros reinos y provincias, y ayudasen a la causa común con gente y con otras cosas. ¿Y cuánto perjuicio se le seguiría a la Francia si hubiera de mantener dentro de sí misma, teniendo los mares cerrados, los inmensos ejércitos que ha ido y va juntando para la guerra de España? Me atrevo a decir que en este caso se hallaría muy embarazado Buonaparte para mantener sus ejércitos dentro de la Francia sin que muriese de hambre la gente del país, y se vería obligado a llevar víveres por tierra de países muy apartados.

Entendemos muy bien que desde tan lejos, y sin comunicación por carta, no podemos comprender el estado verdadero de las cosas y todas sus circunstancias después de la derrota de los franceses en Madrid, y por lo mismo ni condenamos absolutamente como falta o error la tardanza en venir a atacar a los franceses en el Ebro, ni culpamos en particular a nadie. Sin embargo, estando las clases más distinguidas de españoles, y mucho más las de diplomáticos y soldados, llenas de hombres impíos y filósofos a la francesa, como se vio en Bayona y en otras muchas partes, no es sospecha sin fundamento que algunos de estos traidores a la Religión y a su Rey, astuta y solapadamente, exaltando lo mucho que se había hecho, la necesidad de tomar algún descanso, y de que mucha gente volviese a la siega y a otras labores de la campiña que se habían suspendido, haciendo aparecer como cosa de poca importancia que los franceses se conservasen en la Cantabria, y suponiendo que sería más fácil echarlos de allí después de que se tuviese tropa disciplinada en mayor número, fueron la causa de que enfriase aquel fervor e ímpetu de los españoles, y de que no acudiesen al instante hacia el Ebro para acabar de echar de España a los franceses, y después, cuando han acudido, ya les han hallado tan aumentados, y con tales trincheras y baterías que, aunque les han atacado por varias partes, según se cree, no han podido echarles de aquel país, y hacerles entrar en Francia, y antes nos desconsuela mucho un suceso cierto de la Vizcaya, pues es prueba segura de que por allí tienen los franceses más fuerzas que los españoles.

A la mitad de septiembre estaba de cierto en Vizcaya y ocupaba Bilbao un cuerpo de ocho o diez mil españoles mandado por el oficial Black, y se habían retirado los franceses de aquella villa y país. El puerto era sumamente importante, por coger desde allí por la espalda a los franceses, acampados en el Álava; y por lo mismo procuraría fortificarse lo mejor que pudiese, y haría que le enviasen algunos refuerzos de gente; y, no obstante, antes de que acabase el mes de septiembre, fueron a atacarle dos generales franceses con dos buenos cuerpos de tropa, y, temiendo ser cogido entre dos fuegos por ir uno por Mondragón y el otro hacia Valmaseda, abandonó Bilbao y la Vizcaya, y se pasó a las montañas de Santander. En las gacetas de los fanceses, y en alguna otra carta de Bilbao, se cuenta de este modo esta retirada de Black, y por tanto se puede tener por cierta, aunque es una demostración muy disgustosa de que los franceses tienen fuerzas muy grandes hacia el Ebro, y de que los españoles no les han tenido suficientes para conservar un puerto importantísimo en la presente guerra. Entraron, pues, los franceses segunda vez en Bilbao, y habiendo estado ya una vez en manos de la gente del país, y otra en manos de los españoles, ha sido ya conquistada cuatro veces en los dos meses de agosto y septiembre, y siempre se padece algo en estas mudanzas de dueños y de guarniciones de soldados, y no es un gran pecado asegurar que los bilbaínos habrán padecido más de sus amigos y convasallos los franceses que de la gente del país y de los españoles. Yo les compadezco, aunque lo merecen poco, pues padecen por su culpa, y muy grave y muy escandalosa, no habiéndose unido al cuerpo de la Nación a los principios de agosto, cuando pudieron hacerlo sin exponerse a lo que aquí se puede entender a ser oprimidos por los franceses. Y no se han acabado los males y miserias de aquella villa y país, porque los españoles no podrán menos de intentar de meter en la Vizcaya un buen cuerpo de tropa que pueda incomodar por la espalda a los franceses, y, aunque en una carta reciente de aquel país se dice que aún está allí la tropa francesa, se insinúa lo bastante para que se entienda que se teme pronto un ataque por un ejército español bastante fuerte, porque en esta carta, en alguna otra, y aun en gacetas, se da por cierto que el marqués de la Romana, hacía los primeros días de octubre, viniendo últimamente desde Londres, había desembarcado en el puerto de Santander con los diez o doce mil hombres que pudo librar en el Norte de las manos de los franceses, y aun se nos quiere hacer creer que Su Majestad británica le ha entregado doce o catorce mil hombres de su tropa. Se habrá, pues, formado en aquellas montañas de Santander un ejército fuerte de treinta o cuarenta mil hombres mandado por el dicho marqués de la Romana, y con él se meterá, si pudiere, en la Vizcaya. En este estado quedan las cosas de la guerra en aquel país a la mitad de este mes de octubre hasta donde llegan las datas de las gacetas y de alguna otra carta de Vizcaya y de Guipúzcoa, y por lo que antes se dijo se entiende que en el otro

teatro de la guerra, a la frontera de Cataluña, a esta misma fecha estaban los españoles en buen estado y en aire de vencedores. En uno y en otro se pondrán todos en gran movimiento y actividad al acercarse Buonaparte a España, lo que sucederá muy pronto, según se escribe de París.

La pérdida de Portugal para los franceses es ciertísima, y ya la publican ellos en sus gacetas, no pudiendo ocultarla por más tiempo, y ahora lo hacen con tales artificios, tales rodeos, tales mentiras, y tales alteraciones de los sucesos que, aun perdiendo un Reino muy estimable, como antes perdieron otros muchos más, siempre aparecen superiores a sus enemigos, triunfantes y gloriosos. Jamás se ha visto en el mundo una raza de hombres encaprichada por sistema como esta de los filósofos franceses, y sin rastro de vergüenza ni de pudor en desfigurar todas las cosas y hacerlas aparecer en donde pueden diferentes, y aun contrarias de lo que son. Cien derrotas suyas en España en los meses de julio y julio fueron otras tantas victorias de sus tropas siempre invencibles, y ahora vencen también a los ingleses, y era preciso que fuese así, pues aquellos isleños, como nos han estado diciendo por muchos años en sus gacetas, por la mar hacen alguna cosa, pero en la tierra no valen nada, ni saben tener el fusil en la mano, y un francés, y más de los invencibles y aun invulnerables de Austerlitz, vale por diez ingleses. Y no obstante, por la generosidad francesa, y con inmortal gloria del valiente general Junot, y ya duque de Abrantes, se les ha cedido el Reino de Portugal.

La verdad es que le han ganado y conquistado los ingleses con su extraordinarísima actividad y diligencia en enviar allá un ejército numeroso, por lo menos de veinticinco o treinta mil hombres, con todas las cosas necesarias para hacer la guerra, y con su talento y valor. Hasta principios del mes de junio, en que pudieron llegar a Londres los primeros avisos seguros de que la nación española había resuelto resistir con todas sus fuerzas al usurpador Buonaparte, no se pudo pensar seriamente en aquella Corte en enviar ejército a Portugal, y a la mitad de julio, o poco después, ya estaba sobre aquellas costas el dicho ejército inglés, y, habiendo sucedido entonces la ruina total del ejército francés en Andalucía, que podía entenderse con el de Junot en Portugal, ya era una buena coyuntura para desembarcar su gente en las costas de aquel Reino, como lo ejecutaron prontamente; y habiéndose seguido en los últimos días del mismo mes la ruina total de los franceses en Madrid, Junot, viéndose sin comunicación con Francia ni por tierra ni por mar, se abatió necesariamente, y mirándose como perdido con toda su gente, sin grandes combates entre unos y otros, el veintidós mes de agosto pidió armisticio a los ingleses, y el veinticinco se firmó la capitulación.

Esta consiste principalmente en que los franceses saldrán de todo el Reino de Portugal, y en embarcaciones inglesas serán traídos a un puerto de la Francia, y parece que sin apremio alguno particular; y aquí fundan los fran-

ceses su jactancia y gloriosidades, y algunos imprueban que no les hayan hecho prisioneros de guerra. Sería sin duda mejor, si los franceses estaban tan apretados que no podían defenderse ni por un mes. Pero si podían defenderse algún tiempo, y por pedir anticipadamente la capitulación, pretendieron esta ventaja, no se puede condenar a los ingleses porque se la hubiesen concedido. Desde luego importaba mucho sacar prontamente de sus manos todo el Reino de Portugal antes que un accidente impensado trastornase un suceso de tanta importancia. ¿Y qué? ¿No ganan más los ingleses, y aun España, en que saliesen cuanto antes los franceses de Portugal que la ventaja que podrá tener Buonaparte en añadir a sus ejércitos estos doce o quince mil hombres de Portugal? Los ingleses, bastándoles poca gente para defender aquel Reino, que no puede ser atacado por mar, y por tierra sólo conquistando Buonaparte la España, se habrán venido casi todos ellos a juntar con los españoles; y no faltan rumores confusos de que ya en el mes de octubre había en España tropa inglesa de la que había conquistado Portugal, y toda la tropa portuguesa que habían levantado los franceses, y la que los ingleses habrán levantado por sí mismos, no teniendo en ello embarazo, algunos habrán venido también a España. De suerte que por los quince mil hombres que, en virtud de la capitulación, han venido a Francia, podrán venir prontamente en el mes de octubre a juntarse con los ejércitos españoles cuarenta o cincuenta mil entre ingleses y portugueses.

Las ventajas solas que se sacan por mar, bastaban para tener por buena la dicha capitulación. Si Junot hubiera llegado al extremo de entregarse con su ejército prisionero de guerra, hubiera quemado antes algún otro navío de línea portugués, varias fragatas, y todas las demás embarcaciones portuguesas y francesas, y ahora todo ha caído en manos de los ingleses; y lo que más importa es que, debiendo estar los ingleses sobre Lisboa con una escuadra de doce o quince navíos de guerra por haber en aquel puerto una escuadra rusa, ya no necesitan marina alguna sobre la costa de Portugal, ni sobre las de España, y toda la suya, y la poca que ha quedado en España, pueden emplearse contra los franceses en Europa, en la América y en el Asia. Perdieron, pues, los franceses el Reino de Portugal en los últimos días de agosto, y por consiguiente le han poseído nueve meses, habiendo entrado en Lisboa el último del mes de noviembre del año pasado después de una conquista sin resistencia alguna, y habiéndole ayudado en ella con un ejército mayor que el suyo el miserable Carlos, a quien, en agradecimiento a este servicio y a otros muchos, destronizaron después villanamente; ellos, no obstante, han tenido sus ventajas en esta fantástica conquista y posesión del Reino de Portugal. Con su tropa no han gastado un maravedí desde que salió de Francia por el mes de septiembre u octubre. Hasta que entró en Portugal comió en Castilla sin pagar nada, y después se supone que, mientras han poseído aquel Reino, no sólo han arrancado dinero a los portugueses para mantenerse a sí mismos, sino también para

enviar algo a Francia; y ahora, habiendo hecho la capitulación con tanta franqueza y libertad, todos ellos, oficiales y soldados, traerán su dinerillo a Francia; porque estos grandes franceses, generosos y conquistadores de todo el mundo, aunque tienen talento para muchas cosas, para ninguna le tienen tan escogido como para no gastar lo suyo, y para robar lo ajeno.

Estaba en efecto escondida en el puerto de Lisboa por miedo a los ingleses una escuadra rusa de nueve navíos de línea y algunas fragatas, y su Comandante ha hecho su capitulación separada con el General inglés; y según ella las tripulaciones de las naves podrán irse libremente a su patria; y los navíos quedan en manos de los ingleses, aunque solamente como en depósito hasta algún tiempo después de la conclusión de la paz entre Inglaterra y la Rusia. Ve aquí, pues, nueve navíos de línea rusos perdidos para el Emperador a lo menos por todo el tiempo que por su amistad y alianza con Buonaparte haga la guerra a los ingleses; y por la misma causa ha tenido otro daño no pequeño a su marina. En el Báltico ha habido una seria batalla naval entre los ingleses y suecos, por una parte, y los rusos por otra; y, aunque estas gacetas de los franceses mienten y desfiguran las cosas con mucho artificio y con una suma franqueza, con todo esto dicen lo bastante para que se pueda entender que han vencido los ingleses y suecos, y que la marina rusa ha tenido daños considerables. ¿Y cuándo y en dónde podrá compensarse el Emperador de la Rusia de estos daños que recibe en su marina, y otros no menores en el comercio de sus Estados, por la ignominiosa e injustísima alianza con los ladrones franceses, que le han inspirado los impíos francmasones que le rodean? Grande error en conciencia y en política ayudar a otros para que roben para sí lo que no es suyo, con daño propio no pequeño. Por la Finlandia pensará reparar todas estas pérdidas, y, en efecto, según estas gacetas mentirosas, algo adelantan allí las tropas rusas; y aun en esto mismo podía conocer la mala fe de los franceses, pues aun ayudados de los dinamarqueses nada o casi nada hacen contra el Rey de Suecia. Los ojos de toda la Europa están puestos sobre esta grandísima empresa del gran Napoleón, que va a coronar en España a su hermano José, abatido por la Nación española después de aclamado en la Corte de Madrid, y como necesaria consecuencia de esta grande hazaña reconquistar el Reino de Portugal para un cuñado suyo. Veremos en qué viene a parar esta grandísima empresa; pero, por bien que la vaya a nuestra estimadísima nación española, siempre tendremos que llorar males y daños suyos muy grandes, debiendo resistir a un hombre soberbio como Lucifer, y cubierto de confusión por las derrotas pasadas, y que va a atacarla con centenares de millares de hombres de buena tropa. Nuestras oraciones, y las de todos los jesuitas de España, no le faltarán en este su gravísimo peligro.

NOVIEMBRE

Día 2 de noviembre

Ayer, día de Todos los Santos, hubo capilla pontificia en el palacio en que está encerrado el Santo Padre, y hoy la hay también por el día de las Ánimas, y en los días siguientes se tendrán las acostumbradas otros años, porque está contentísimo Pío VII con hacer en su prisión y esclavitud todas las cosas, y del mismo modo que se hacían antes en cuanto es posible, como si estuviera con toda franqueza y libertad. El palacio continúa cerrado enteramente, según antes se dijo, y no se puede entrar en él sino por un pequeño postigo de la puerta principal, quedando todos los coches en la plaza que está delante de ella. Los cardenales que van de fuera suelen ser cuatro o cinco, y se unen con los otros cuatro que están allá dentro. Los monseñores o prelados son también pocos, porque han sido echados de Roma algunos de los que solían asistir. Las mismas congregaciones que se solían tener en días determinados, se han quedado en Roma miembros suficientes de ellas para poderse juntar y hacer de sus respectivos negocios, y aún se abre la Dataría si llegan algunos memoriales, y se les da el correspondiente despacho.

Algún otro día antes de éste de las Ánimas, por la Secretaría de la Vicaría de Roma, se despachó un orden en estos términos: *Es intención y deseo del Santo Padre que en todas las iglesias de Roma se celebre la octava de los Difuntos en aquella hora que los Superiores de ella tendrán por más cómoda para el pueblo, y en el modo que cada uno pueda, y aun si se quisiese se pueda hacer la exposición del Santísimo, y dar la bendición. El Santo Padre concede doscientos días de indulgencia por cada vez que se asista, e indulgencia primaria a quien asista cinco días a lo menos, y se confesase y comulgase.* Por lo que hoy se ha visto, y por lo que oigo a muchos, se entiende que generalmente en todas las iglesias, en todos los días de esta octava de las Ánimas, se rezará, convocando al pueblo, la tercera parte o cinco dieces del Rosario, un responso o *Requiem aeternam*, como dicen aquí, y el salmo *miserere mei Deus*, y en las iglesias en que se haga la exposición del Santísimo, antes de dar principio a las dichas ora-

ciones, que serán casi todas, se cierra la función con el *Tantum ergo*, y con la bendición con el Venerable, y ya se entiende que, pasando de centenares las iglesias de Roma, es un cúmulo grandísimo de sufragios por las benditas Almas del Prugatorio el que se juntará en este octavario, con este oportunísimo orden del Santo Padre.

Una particular circunstancia de este orden, o más bien el impulso o motivo para darle, dignísimo de ser notado en este nuestro escrito, nos ha hecho hablar de él con alguna mayor extensión que de otros órdenes semejantes. Fuese que el Papa tuviese por sí mismo este pensamiento, o que se le inspirase, como he oído decir, el Ilmo. y piadosísimoprelado José Bartolomé Menochio, religioso agustino calzado, su sacristán, y aun su confesor, a lo que comúnmente se cree, el santo padre Pío VII declaró que su ánimo e intención en ordenar todos estos sufragios en todas las iglesias de Roma era ayudar con ellos a las almas de los soldados españoles muertos en las batallas con los franceses. ¡Cuánta ternura excitaría en toda la catolicísima nación española esta memoria y compasión del Vicario de Jesucristo para con sus difuntos soldados, y cuánto ánimo y ardor causaría en los que tienen al presente en sus manos las armas para resistir a los nuevos ejércitos o enjambres de ateístas franceses que, llevando a su frente al anticristo Buonaparte, van a conquistar y oprimir la monarquía española, y envolver en su ruina la Santísima Religión Católica que, por muchos siglos, sin mezcla alguna de herejías y de errores, ha florecido en todas sus provincias y reinos!

Esta expresión del Santo Padre a beneficio de los soldados españoles muertos en tales batallas, y la otra en la fiesta de Nª Sª del Rosario en acción de gracias al Cielo por las victorias de los mismos, como sospechamos, aunque parecen cosas de poca importancia, si se publicaran con franqueza y autoridad harían una fuerte impresión en toda la Europa Católica, y aun en la misma Francia. Pelean entre sí los españoles y franceses, y ya vencen los primeros, y ya también los segundos; y las victorias de éstos no le merecen atención alguna al Vicario de Jesucristo, y por ventura le han sacado algunas lágrimas la pena y el dolor; y las de aquellos le hacen prorrumpir en acciones expresivas de gracia del Cielo; y los muertos de los mismos le merecen un cúmulo inmenso de sufragios en todas las iglesias de Roma, y los de los ejércitos franceses absolutamente ninguno. De estos hechos, sin muy profundas reflexiones, pudieran inferir todos que el Papa mira a los españoles como soldados católicos, y como no católicos a los franceses, y con un paso más, y sin mucha violencia, pudieran inferir también que Su Santidad mira como Guerra de Religión la que están haciendo entre sí España y Francia, defendiendo los españoles y combatiéndola los franceses. Y esta consecuencia, que tan legítimamente se infiere, ¿no haría una grande impresión en todos los países católicos, y aun

en la misma Francia, si hay todavía en ella hombres que estimen y amen a la Religión?

Ya se ve que, para que Pío VII tenga por católicos a los soldados españoles, no hay necesidad alguna de que le haya llegado alguna noticia cierta de alguna determinación del Gobierno, o de alguna providencia en los ejércitos españoles, que indiquen y prueben que uno de los principales motivos, y aun el principal de todos, para hacer esta guerra a los franceses, y para no querer por Rey de España a José Buonaparte, es el amor y celo por la pureza de la Religión Católica. Yo creeré que en este punto sepa el Papa mucho más que todos nosotros. Pero no quiero dejar de insinuar brevemente, y con ternura, lo poco que he oído en este particular confusa y alborotadamente. En alguna que otra carta de romanos en el ejército francés del Rosellón se ha hablado de la cristiandad que se observaba en el ejército español, en el cual se rezaba en común, y en voz alta, el rosario de Nuestra Señora, y otras cosas de devoción, y se dice de ellos que atacan y combaten por la Religión e invocando al Señor y a los santos, como hacían los macabeos. Y por otras partes se ha dicho en general de todos los ejércitos, o a lo menos del principal, que en su retaguardia va un buen número de celosos eclesiásticos seculares y regulares, y aun algunos obispos, que inspiran a los soldados celo por la Religión, y les sabrán disponer para que en los combates mueran como sus animosos defensores. Se añade, aunque no se explica el modo, que llevan consigo el Santísimo Sacramento, y en el tiempo de las batallas todos aquellos eclesiásticos, como otros tantos Aarones, levantarán delante de él, y hasta el cielo, sus manos para alcanzar la victoria a sus católicos españoles; y esperamos que tanta piedad y devoción se la alcancen también contra el terror del mundo, el invencible Napoleón, que presto volará a la guerra contra España.

Día 5 de noviembre

En estos trece o catorce días nada se ha hecho aquí de lo que se temió con tanto fundamento el veintidós del mes pasado de octubre, y nadie puede saber la causa de no haberse ejecutado con nosotros el orden de arresto y de embargo, como con los españoles de otros países. Algunos lo atribuyen a alguna seria protesta del Papa a favor nuestro; y yo no puedo creerlo, ya porque se sabría con certera seguridad que el Papa la había hecho, y no he podido llegar a tenerla por cierta, ya porque hubiera llegado tarde, pues antes supimos nosotros que el Papa el rayo que teníamos sobre nuestras cabezas, y ya finalmente porque, si Miollis no tuviera otro motivo para suspender el dicho orden, le haría muy poca fuerza la protesta del Papa, como no le han hecho alguna otras más vigorosas sobre otros varios asuntos. Yo, y mis compañeros, nos

libramos de algún robo o insulto por no estar ninguno de los tres en casa la tarde del día 24, el inmediato al día de los temores y afanes. Vinieron dos a mi casa en traje y ademán de comisarios franceses, como nos aseguran las gentes de la vecindad, y mostraron mucho disgusto de que no se les abriese la puerta, y en aire de indignados se fueron, y hasta ahora no han vuelto; y los prácticos del país suponen que serían dos bribones romanos, o uno romano y otro francés, que, con la máscara de comisarios, aprovechándose de nuestro terror y abatimiento, vendrían a robarnos lo que pudiesen por una lado o por otro. D. Lorenzo Hervás, jesuita toledano, y bibliotecario de Pío VII, se ha aprovechado de este su oficio, y del favor de Su Santidad, y, con su consentimiento, dejando el Colegio Romano en que vivía, se ha encerrado en el palacio del Quirinal, como algunos cardenales, y algunos otros de otras clases y condiciones. Los demás estamos en nuestros puestos, ya con poco miedo de arrestos y embargos, pues ha habido tiempo para que vaya y vuelva algún correo o posta de la Corte de Milán. Pero nunca se pierde del todo, porque no acostumbran los franceses volver atrás y desistir de tales asuntos. No obstante, algunos jóvenes pensionados de las Bellas Artes que, por no ser arrestados, no dormían en sus casas, ya se están quietos en ellas aun por la noche.

En las cartas de los otros países en que hay jesuitas españoles se va diciendo siempre alguna cosa sobre lo que les va sucediendo. En Ferrara, después de haber estado algunos días encerrados en el convento de los dominicos, se les dio libertad para volverse a sus casas, y en ellas están arrestados con mayor o menor estrechez; y, en cuanto he oído, no explican con claridad en sus cartas su presente estado, y menos dicen, porque no se atreverán, si les ha faltado alguna cosa en sus habitaciones mientras han estado en el convento. Con el arresto arrebatado, y las incomodidades que a él se siguieron necesariamente, ha muerto el P. Manuel Blasco[14], sujeto muy anciano de la provincia de Aragón, y sin rebozo atribuyen su muerte a esta tribulación y trabajo. Se hallan, pues, al presente los de Ferrara en el mismo estado que los de Bolonia y de otras partes, y todos tendrán, y nosotros tenemos también el consuelo de que la permisión de los de Ferrara de volverse a sus habitaciones es prueba bastante segura de que no piensan llevarlos a Francia, como hicieron con los de Florencia.

En Bolonia, Forlí, y en otras partes, hay algún otro jesuita que tiene alguna casa o hacienda, y algún dinero impuesto en montes, o de otro modo, y se supo-

14 Era sacerdote del Colegio de Teruel en 1767. Natural de Cuevas Labradores, había nacido el 20 de mayo de 1730, e ingresado en la Compañía el 24 de diciembre de 1746. Era profeso de cuarto voto desde el 2 de febrero de 1764. Fue embarcado en Salou el 1 de mayo de 1767 en el pingue *Santa Ana*.

ne que todo ha sido embargado, y con más razón y legalidad si tuvieran algún derecho para hacer tales embargos que las alhajuelas personales de cada uno. De éstas han hecho en Bolonia, y lo mismo se supone en general de las otras ciudades, un exactísimo y menudísimo inventario, sin dejar de poner en él un par de escarpines, que es expresión que se pone en carta de la dicha ciudad; y para hacerle les tuvieron mortificados y hastiados cuatro o cinco horas; y hecho el inventario les han dejado libre el uso de sus cosas. ¿Y qué haremos del tabaco, chocolate, y otras muchas cosas que se van gastando y consumiendo? Si vuelven después de uno o dos meses con el inventario en la mano, ya no encontrarán lo que en él está escrito. ¿Y qué haremos en este caso? Qué puerilidades, indecencias y sofisterías se ven en el mundo desde que, por su desgracia y de todo el género humano, mandan en él los franceses. Como en posdata, por decirlo así, escriben los de Bolonia con algún consuelo, porque desde Milán les dan esperanzas de que los pobres jesuitas, bien hartos ya de miserias y de tribulaciones por todas partes, por el largo curso de casi cuarenta y dos años, serán eximidos de los presentes arrestos y embargos de todas sus cosas. Mejor hubiera sido no comprenderlos. Pero al fin siempre será un grande alivio, y una determinación muy estimable, y se extenderá a los pobres jesuitas portugueses del palacio imperial cerca de Pésaro, así como se ha extendido el arresto y embargo de sus cosas, aunque a lo más serán una docena, y entre ellos acaso no hay dos que no lleguen a ochenta años, pues ha casi cincuenta que vinieron de Portugal, y que viven en él. ¡Qué crueldad, y qué barbarie! Pero de todo es capaz la humanísima filosofía.

En Génova, a lo que parece, se ha acabado en todos los españoles todo lo que suena a embargo y arresto; pero se ha dado allí un paso injusto, impertinente y tiránico de parte de los franceses, y acaso no inocente del todo de parte de los españoles, aunque el miedo de daños graves, la buena fe y la falta de sosiego para pasar bien todas las cosas, por ventura les disculparán del todo delante de Dios y delante de los hombres. Los franceses les han propuesto, como expediente para librarse de todo, y aun para merecer sus sueldos o pensiones, que hagan el juramento que hicieron los españoles en Bayona, esto es, de fidelidad a José Napoleón I, Rey de España, y de obediencia a la Constitución que se hizo en la dicha ciudad. Ya se ve que es tan claro como el sol al mediodía que todo este reinado de este hombre se funda en mentiras, en traiciones y en injusticias manifiestas, sin una sombra de derecho, ni suya ni de su hermano Napoleón, y por consiguiente es una notoria injusticia y tiranía el obligar con terrores y amenazas a que le reconozcan por Rey, y a que le juren. Pero sea todo justo y legítimo de su parte, y tengan los Buonapartes un derecho claro al trono de España por la herencia de los reyes antiguos, y por todos los títulos inapelables, y aún añadamos también que el rey José está en pacífica

posesión de aquella Corona. En este caso sería cosa justa y razonable pedir en Italia el juramento de fidelidad al Rey a todos los españoles que estuviesen colocados en empleos públicos de ministros, cónsules y otros semejantes, especialmente si han de continuar en ellos. Pero todavía sería una extravagancia y una violencia francesa filosófica el obligar en Italia a los particulares españoles a hacer juramento de fidelidad al Rey de España. ¿Y qué? ¿En la España misma se obliga a los particulares clérigos, religiosos, labradores, sastres y zapateros a hacer personalmente juramento de fidelidad al nuevo Rey? Será una bestialidad de la humanísima filosofía entronizar expresamente para hacer feliz y libre al género humano. ¿Con qué razón, pues, se puede obligar a tal juramento a los españoles particulares en Italia? Y qué será este su empeño y pretensión, siendo evidentísimo que los corsos Buonaparte no tienen una sombra o vislumbre de derecho a la Corona de España.

Dos circunstancias de los jesuitas españoles que están en Italia hacen más injusta y más tiránica de parte de los franceses la pretensión de su juramento a José, Rey de España. La primera es que los jesuitas justamente pueden decir que el nuevo Rey de España no debe mirarles como españoles. Los antiguos, por espacio de cuarenta años, les han tenido desterrados a la Italia, aun con la expresión de expatriados y desnaturalizados, pues se llega a decir en la famosa Pragmática Sanción de su destierro que su país natural o su patria es el Estado del Papa. Revoque, pues, el nuevo Rey solemnemente todas estas pragmáticas y decretos con que nos han expatriado y desnaturalizado, y volviendo a ser españoles en virtud de la dicha solemne revocación podrá tratar a los jesuitas españoles como a los demás miembros o individuos de la nación española. La segunda circunstancia particular suya proviene de la calidad de su pensión. Parece que principalmente o únicamente se pide el juramento a los que tienen pensión del erario público o del Rey, y que se amenaza con la suspensión de ella a los que no quieran hacerle. Y bien, los jesuitas españoles no tienen pensión alguna del erario real o público, y lo que se les da con el nombre de pensión, es solamente lo forzoso y necesario para no morirse de hambre, sacado no del erario del Rey, sino de los bienes y haciendas de sus colegios. Con un ejemplito en dos palabras se entenderá bien lo que queremos decir. Un hombre hacendado por sus delitos falsos o verdaderos es echado a galeras, o a un presidio, y de su hacienda se le señalan tres o cuatro reales al día para que no se muera de hambre. ¿Y quién dirá que este hombre, aunque el Rey se apoderase de sus haciendas, tenía pensión del erario real o público? ¿Y no es éste puntualísimamente el caso con que nos hallamos los jesuitas españoles?

Es, pues, evidente que, por respeto a todos los españoles particulares que están en Italia, y mucho más a los jesuitas, es una bestialidad filosófica france-

sa, especialmente no estando el nuevo Rey en posesión de la Corona de España, la pretensión de dicho juramento. Pero, por más que de su parte sea injusta, despótica y bárbara, puede no obstante no ser un delito el hacer el dicho juramento por evitar graves males en que se halla uno, o con que es amenazado si no lo hace. Todos los días se ven, por decirlo así, conquistadores injustos y usurpadores de Estados que no son suyos, y se les hace juramento de fidelidad, como le han hecho los toscanos, los de la Marca de Ancona y Ducado de Urbino, y otros muchos a los mismos Buonapartes. No es el caso el mismo, pero no es tanta la diferencia que no se puede excusar el primero con el segundo. Lo peor es que lo mismo pretenderán en el Reino de Italia, y acaso también en Roma, y nos hallaremos todos en esta turbación y congoja.

DÍA 7 DE NOVIEMBRE

El cardenal Luis Ruffo Scilla, Arzobispo de Nápoles, desterrado de esta ciudad a Roma por el negocio del juramento en el corto reinado del rey José[15], y desterrado después por el general Miollis de esta ciudad al Reino de Nápoles, se debe haber detenido en Gaeta, o en otra parte, sin haber llegado a aquella Corte, y ahora se le echa otra vez del Reino de Nápoles, y ayer por la tarde llegó a Roma arrestado y con su escolta, y tratado con tanto rigor y dureza que, habiendo pedido la gracia de poder pasar la noche en la casa de los señores de la Misión, en la que estuvo antes algún tiempo hospedado, se le negó absolutamente, y se le obligó a pasar adelante, y según la voz común no parará hasta entrar en Francia, y en la Corte misma de París[16]. ¿Qué delito ha cometido este Arzobispo Cardenal por el cual haya merecido ser de nuevo arrestado y arrastrado con ignominia por toda la Italia, y aun por el Imperio francés? Casi no es posible que haya cometido alguno, y mucho menos tan grave que merezca una pena tan grande y tan ignominiosa. Y qué necesitan los humanísimos, justísimos y aun religiosísimos filósofos franceses de que los obispos, los cardenales y aun los papas cometan algunos delitos contra ellos para pesarlos y oprimirlos; pues sus planes y sistemas filosóficos anti-cristianos y ateísticos prescriben y ordenan la degradación y abatimiento de todos los prelados de mayor autoridad en la Iglesia de Jesucristo. Gran miseria de obispos, cardenales y aun Papas el no haber conocido a estos hombres, y por medio siglo haberles favorecido y ayudado para que llegasen a tanta altura y poder, y que con tanta franqueza, y sin motivo alguno, les traten a ellos mismos casi como

15 Fue expulsado de Nápoles el 26 de mayo de 1806.
16 Estuvo confinado en San Quintín hasta 1813, y sólo pudo regresar a Nápoles en 1815.

la hez del pueblo. El Señor les ilumine para que conozcan su enormísimo error, y para que le corrijan cuando puedan.

Hacia la misma Corte de París va ya caminando, o caminaba presto, según escribe de Parma, el cardenal fray Carlos Francisco Caselli[17], Obispo de aquella ciudad. Pero de un modo muy diferente que el cardenal Ruffo, e irá no sólo libre y sin escolta, sino también con toda comodidad y con honor, porque este religioso servita debe principalmente su exaltación a Buonaparte, está en su buena gracia, y aun oigo que le ha hecho Senador, o por lo menos le ha condecorado con el título y honores, y que va llamado para entrar en algunos consejos o juntas sobre los negocios del tiempo[18]. Este padre Caselli, servita, entró como teólogo en la pacificación de la Francia con Roma, en el Concordato, y en los demás asuntos de aquel tiempo, y su teología, como ya se habrá dicho en otro lugar, fue tan blanda y tan flexible, aunque ya se supone que era un fervoroso anti-probabilista y de la doctrina rígida y sana, y contraria a la relajada de los jesuitas, que no desaprobó a los franceses, y, por recomendación de Buonaparte, según se cree, fue hecho prontamente Cardenal por Pío VII, pues, habiéndole tenido reservado en su pecho alguna temporada[19], le publicó en el Consistorio de 9 de agosto de 1802. Poco después fue nombrado por Buonaparte Obispo de Parma, y siempre ha estado en buena inteligencia con los franceses, y en la gracia de Napoleón. ¿Y quién sabe hasta dónde llegará su pura, sana, rígida y austera doctrina en orden a aprobar, o excusar por lo menos, el proceder bárbaro, insolente y sacrílego de la Francia con el Romano Pontífice y Vicario de Jesucristo, teniéndole propiamente preso y encarcelado, y en la práctica despojado de su dominio?

A otros dos prelados del Estado Pontificio hasta pocos días ha, recomendaría Buonaparte al Papa para que les hiciese cardenales, si estuvieran entre sí en buena correspondencia y Pío VII en estado de dar capelos cardenalicios. El primero es el Ilmo. D. Spiridion Bezioli, Arzobispo de Urbino, que con una escandalosa Pastoral aprueba y alaba, o por lo menos excusa, la injusta y tiránica ocupación por los franceses de las provincias de la Marca de Ancona y Ducado de Urbino. El segundo es el Ilmo. Ottavio Angelelli, de familia senatoria de Bolonia y Obispo de la ciudad de Gubbio[20], que ha sido uno de los

17 Carlo Francesco Caselli O. S. M. (1740-1828). Natural de Castelazzo Bormida, en el Piamonte. Cardenal en el consistorio de 9 de agosto de 1802. Arzobispo de Parma desde el 28 de mayo de 1804.

18 Caselli fue uno de los negociadores del Concordato de 1803, y acompañó a Pío VII a París para la coronación de Napoleón, y como Rey de Italia en Milán el 1 de mayo de 1805. Con el cardenal Oppizzoni, Arzobispo de Bolonia, era considerado un Cardenal cercano a Napoleón.

19 Fue creado Cardenal *in pectore* en el Consistorio de 23 de febrero de 1801.

20 Fue Obispo de Gubbio entre 1785 y 1808.

purpurados de aquellas provincias que han ido a París a dar gracias a Buonaparte por haberles hecho vasallos suyos, y la arenga, que está sumamente fanática, se atribuye principalmente a este Obispo de Gubbio, porque él la dijese delante del Emperador, o porque fuese autor de ella. Los demás obispos de aquellas provincias se han portado muy bien, y se han negado a hacer juramento con la fórmula de los franceses, y generalmente todos ellos han sido desterrados de sus iglesias, y ahora se habla del destierro del Ilmo. Vicente María Stambi, de la Congregación de los clérigos descalzos de la Santísima Cruz y Pasión de Jesucristo, Obispo de Macerata y Tolentino, y del Ilmo. Antonio María Odescalchi, Obispo de la ciudad de Jesi. ¿Cuánto se irá deslustrando necesariamente en todas las iglesias de aquellas provincias la piedad y Religión, privadas de sus obispos, y con una absoluta libertad de conciencia?, y esto es lo que puntualmente pretenden estos filósofos reformadores del Mundo, y los medios de que se valen no pueden ser más al caso para conseguirlo.

La Iglesia y Patriarcado de Venecia más ganará que perderá en estos puntos de la piedad y la Religión por haberla faltado su Patriarca, el famoso Nicolás Xavier Gamboni, Obispo en los años anteriores a la Revolución republicana de Nápoles de la isla de Capri, pocas leguas distante de aquel puerto[21]. Por el gran mérito de haber sido soldado a servicio de los franceses, y por su notoria impiedad e irreligión, fue nombrado por Buonaparte Patriarca de Venecia, y en aquellos cinco o seis años en que con los ojos cerrados se hacía en Roma por todos, y aun por el Papa, deslumbrado por algunos cardenales, todo que este hombre quería, precediendo verisimilmente alguna ceremonia de arrepentimiento y retractación, se le publicó en Consistorio, y se le concedieron bulas de Patriarca de Venecia. A la frente de una diputación que para este o el otro asunto envió Venecia a París, fue el Ilmo. Patriarca Gamboni e hizo una arenga o alocución fanática y loca cuanto se puede imaginar a su insigne bienhechor Napoleón el Grande. De vuelta de esta empresa gloriosísima cayó enfermo en Milán, y allí ha muerto algo arrebatadamente hacia el 20 de octubre, a lo que parece, y sin grandes muestras de arrepentimiento de sus locuras pasadas; y en la realidad es más difícil la conversión de estos filósofos que han estudiado la impiedad y la irreligión, que la de otros grandes pecadores por esta o aquella pasión humana. Este héroe, que será algo llorado de la filosofía y nada de los cristianos de su Iglesia, nació en Nápoles a cinco de diciembre del año de 1746, y así no tenía más de sesenta y cuatro años, y no tenía más de treinta años cuando el año de setenta y seis fue hecho Obispo de la isla de Capri.

21 Gamboni fue Obispo de Capri desde el 16 de diciembre de 1776 hasta su nombramiento como Patriarca de Venecia en 1807.

¡Qué bien, y qué pronto le conoció y ensalzó el gran filósofo Tanucci, que entonces era Rey de Nápoles!

DÍA 10 DE NOVIEMBRE

Pocos días se ha detenido Napoleón en París para descansar de sus viajes de ida y vuelta al Congreso de Erfurt, y para disponer el nuevo viaje a la guerra de España, del que no ha desistido, aunque no pocos en cuanto desde tan lejos se puede entender han procurado disuadírsele, y verisímilmente le habrán dicho que temen que no le salga esta empresa tan felizmente como las de Italia, Alemania y Prusia, porque en España, habiendo aterrado a los jacobinos españoles el fervor o furor del pueblo, no tendrá en la Junta Soberana y en su gabinete, y en sus ejércitos, tantos amigos como en todas las demás partes, y esta será una gran falta, por la cual no serán tan seguras sus victorias como en otros países ni el abatimiento de toda la Nación, aunque en algunos ataques tenga algunas considerables ventajas; y le habrán podido decir otras muchas cosas oportunas para su intento si algunos de ellos conocen el carácter de la nación española, y en particular que nada adelantará en sus planes de conquista con amenazas, terrores, ni crueldades, arcabuceando gentes y quemando pueblos, pues estos furores en España no le servirán para aterrar, desanimar y abatir la Nación, sino para indignarla, irritarla y armarla más poderosamente contra él.

Nada le ha hecho fuerza, ni aun le ha impedido el ejecutar las bocanadas y gloriosidades proféticas que en todas las otras guerras de Italia, de Alemania y de Prusia, *el día dieciséis de noviembre*, ha dicho oraculosamente a sus cortesanos, *entraré y comeré en Madrid*, y aún con mayor publicidad ha profetizado, y lo han anunciado algunas gacetas, que antes de acabarse este año no quedará en España una aldea en insurrección, y que no esté sujeta y rendida lo preciso, que cuente mucho con los jacobinos españoles sus amigos, y que los que andan por París, y sobre todo el infame Príncipe de la Paz, le den muchas luces y seguridades sobre esto. Pero esperamos que se alucinen ellos, y él del todo o en mucha parte. *Tememos,* ha dicho también, y en prueba de la necesidad de hacer esta jornada, *tememos que vengan ultrajes en las columnas de Hércules, y que restablezca las Águilas Imperiales en la ciudad de Lisboa.* Los ultrajes de Cádiz se reducen a que, llegando a aquella ciudad la noticia de la bárbara opresión del rey D. Fernando por Buonaparte, se apoderaron los españoles de alguna nave o embarcación francesa que estaba en aquel puerto, e hicieron muy bien, y no hay en ello ultraje ni agravio alguno, y antes con toda verdad se puede decir que no han vengado cuanto podían física y moralmente la infame, pérfida y bestial tiranía usada por Buonaparte con su amable rey D. Fernando.

Después de solos diez días de detención en París, partió el veintinueve del mes pasado de octubre, volando, como una rápida saeta, a la gran guerra de España. Aquí todos los romanos buenos, y generalmente los españoles están afligidos y consternados al ver partir a este hombre con tal aire, y con tales expresiones en la boca, pues no se puede menos de temer que pueda hacer en España lo que ha hecho en tantas otras partes. El infierno le ayuda, y acaso más el Cielo, que le ha tomado por látigo y por azote para vengar sus injurias, y para corregidor del mundo católico y hacerle más cristiano y más piadoso, y, aunque en España se ha padecido ya mucho en estos últimos cinco meses desde el destronamiento del Rey por el mes de mayo, y el inmediato alzamiento de la Nación por el mes de junio, ¿quién podrá asegurarnos que está ya satisfecha la ira y enojo del Señor? Con esperanza, pues, y con miedo seguimos con la imaginación a este hombre en este su viaje a España, y sobre sí lleva los ojos de toda la Europa para ver si hace en esta Monarquía lo que en otras varias, y la conquista y dispone de ella a su arbitrio, o si la nación española resiste a quien nadie a resistido.

Los muchos jacobinos romanos y de todas las provincias de Italia, anunciando en sus gacetas la partida de Napoleón el Grande, ya lo dan todo por hecho y concluido, y se imaginan a la nación española postrada a los pies del invencible Buonaparte, pidiéndole la paz y su poderosa protección. Todo esto es fanatismo inoportuno y antes de tiempo, y, en lugar de estas anticipadas y fantásticas gloriosidades, nos debían decir, y era muy propio de las gacetas públicas, cuántos ejércitos tiene preparados Buonaparte para esta gran guerra, y de qué número de tropa se compone cada uno de ellos, y de esto, y de otras cien circunstancias de esta grande empresa, dicen poco o nada. Pero todos creen que, contando la tropa que tiene ya en Cantabria, en Navarra, y en Cataluña, y algunos cuerpos de reserva que le seguirán, y la que entre de nuevo en su compañía, no bajarán sus ejércitos de trescientos mil hombres, y la mitad por lo menos, con eterna ignominia de los presentes italianos y alemanes, se la dan a este impío usurpador para que avasalle la generosa nación española, la Italia y la Monarquía. En mayor oscuridad estamos sobre las fuerzas que pueden haber reunidos los españoles desde los últimos días de julio, cuando acabaron los franceses del interior de la Monarquía, perdiendo en aquellos ataques la mayor parte de la poca tropa veterana que tenían. No se habrán descuidado en recoger y armar gente, pero ni puede ser tanta como la de Buonaparte, a quien provee de soldados la mayor parte de la Europa, ni tan disciplinada ni aguerrida como buena parte de la suya. Pero esperamos que el coraje e indignación supla por todo; y si no sabemos ni aun con alguna probabilidad, por la inaudita tiranía de estos hombres, los ejércitos que van a combatir, cómo sabremos los combates mismos y sus verdaderas circunstancias, habiendo de pasar todo

por manos de los franceses, que interesan tanto en conservar para con los apocados romanos y otros pueblos de Italia y de otras partes el crédito y renombre de vencedores siempre, y aun de invencibles.

Día 12 de noviembre

Los arrestos y embargos de bienes de los españoles que están en Italia han llegado al Reino de Nápoles. El arresto de las personas no debe ser con tanto rigor como el de los jesuitas de Ferrara, Bolonia y otras partes, y parece que son exceptuados de todo algunos que están allí con licencia del presente Gobierno, como el jesuita Juan Andrés, que continúa haciendo de bibliotecario, y acaso D. Pío Gómez, que estaba antes encargado de los negocios de Madrid y debe ser bien visto de los franceses, y quizá algún otro por la misma razón. Pero el embargo de los bienes de españoles es riguroso y absoluto; y aquí sí que cogen muchas cosas y de mucho valor, y no entre los pobres jesuitas, a quienes por lo común no nos han embargado sino trapos despreciables. Son muchos los grandes y otros señores de España que tienen mayorazgos y grandes haciendas en el Reino de Nápoles, como el Infantado, Altamira, Fuentes, Alcañices, Valdecarzana, y otros, y todo queda embargado por los franceses, como también los bienes del monasterio de benitos de Monserrate, que no deben ser pocos; pues constantemente está en Nápoles un autorizado monje benito de dicho monasterio para su cuidado y administración; y creeré que algunos otros religiosos de España tengan alguna cosa en Nápoles. Veremos en qué paran estos bienes de españoles, y desde luego en el acto mismo de embargar y sellarlo todo se habrán apoderado de muchas de aquellas cosas que andan entre las manos.

Aquí en Roma ya se trasluce algún movimiento o paso en orden a molestarnos con la especie del juramento al rey José, que han hecho los españoles que están en Génova. Por buen canal me ha llegado que este ministro plenipotenciario de Madrid D. Antonio Vargas ha tenido carta del conde del Campo Alange, en calidad de Secretario de Estado del rey José Buonaparte, con fecha de diez de octubre en Vitoria, que desde agosto es la Corte del intruso Soberano de España, y que en ella le habla del juramento de fidelidad que él y los de su lado deben hacer al dicho nuevo rey José Buonaparte. Los ministros del Rey Católico en Génova y en Milán, los señores Terán y Orozco, y algunos españoles autorizados que anden en aquellos países, han hecho francamente el juramento de fidelidad al nuevo Rey, y acaso este ministro Vargas, y los de su ministerio, se exponen a perder más que los ministros Terán y Orozco; y con todo esto se cree que han rehusado hacer el juramento al rey José, y si prevalece la Nación o el rey D. Fernando merecen sin duda un distinguido premio,

y si han empezado ya con esta especie de juramento con el Ministro y los demás diplomáticos, se seguirán otros autorizados españoles, y al cabo nos alcanzará a todos, aunque por no ser aquí soberanos es cosa más extravagante que en el Imperio francés y en el Reino de Italia.

El aquel se les pidió ya a los españoles que viven en el Genovesado, y en éste casi se les pide ya a los españoles que están en Bolonia, y por consiguiente a todos los demás que viven en otras muchas ciudades del mismo Reino. En el día escriben de la dicha ciudad que se les ha concedido libertad de las personas, pero no de las cosas embargadas, y que algunos a quienes embargaron su dinerillo les van dando alguna cosa para ir comiendo. De qué ruindades y porquerías no son capaces en materia de intereses franceses e italianos, y mucho más unos injertos en otros, como ahora se hallan en estos gobiernos de Italia. Al mismo tiempo que les han dado media libertad, les han insinuado que deberán proveerse antes de acabarse este año de cierto papel o atestado, y ellos lo entienden del juramento al rey José, para ser retirados como vasallos suyos y verse libres de toda vejación. Los españoles de Bolonia no jesuitas, como los del Colegio de San Clemente, un joven Peñalver de La Habana, un conde mallorquín llamado Balonda, y aquel Florez que entregó a Figueras, están en alguna mayor estrechez, como que no pueden salir de la ciudad, y tienen sus miedos de ser transportados a Mantua o a alguna ciudad del Imperio francés, como lo fueron los españoles de Florencia; y en este estado queda en el día el arresto y embargo de los españoles en el Reino de Italia.

Día 16 de noviembre

Al destronizar Buonaparte en Bayona por el mes de mayo a Carlos IV, Rey de España, obligando a este pobre y apocado Monarca a que renunciase en él su Corona y Monarquía, se anunció en las gacetas con grande aparato que el generoso Napoleón le señalaba para su residencia el Real Palacio de Compiegne, y se ponderaba mucho que era una cosa muy oportuna porque abundaba de caza de aquel país, y estaría por tanto muy contento en él aquel Soberano que se divertía mucho en cazar. Pero esta oferta de Buonaparte, como regularmente todas las suyas, ha durado muy poco, pues aquí se tiene por cierto que el dicho desgraciado rey Carlos IV y su mujer, la reina María Luisa, y su hijo menor, Francisco Paula, están ya en la ciudad de Marsella, o de paso para venir a establecerse en la ciudad de Niza, o para vivir en ella.

Sobre esta tan pronta y tan extraña mudanza de habitación de estos reyes de España, cada uno piensa y discurre a su modo, y yo insinuaré aquí, sin empeño de ser creído, dos rumores que corren sobre el motivo de Buonaparte para hacerlos venir a Marsella. Uno es que han venido a esta ciudad como de cami-

no, y acercándose a España, y esto quiere decir, según este modo de pensar, que Buonaparte, viendo la gran dificultad, aunque hacia fuera no la confiese, y la mucha sangre que le ha de costar abatir la nación española, había entrado en el pensamiento de convenir en el restablecimiento de la Monarquía según estaba antes de las novedades presentes, volviendo a reinar Carlos IV y su mujer María Luisa en estrecha alianza y amistad con la Francia. Yo no estoy muy ajeno de creer que Buonaparte, en su interior, viendo el coraje y casi furor de la nación española, se contentaría con esto, y no le faltarían frases y charlatanerías para hacerlo aparecer una generosidad suya y una particular grandeza de ánimo. Pero dudo de que haya llegado a tener esperanza de que la nación española admitiese este plan, y por consiguiente de que haya llegado a proponerle, y sin razón a dudar aseguro que en el presente estado de las cosas, y después de tantos favores como ha recibido la honrada nación española de la Inglaterra, en ningún caso entraría en alianza y amistad con Buonaparte.

Por el otro rumor se nos quiere decir que Napoleón ha hecho ir a Marsella a estos infelices soberanos para apartar de las cercanías y de la vista de París estas miserables víctimas, que no podían menos de excitar la compasión en los franceses que no se hayan desnaturalizado y hecho bestias feroces con su humanísima filosofía. ¿Y quién no se ha de compadecer, si no se ha arrancado del corazón todo humano sentimiento, de unos pobres soberanos que han hecho infinito por Buonaparte, y a quienes en recompensa este monstruo ha pisado, ha oprimido y ha destronizado? y es muy creíble que esta compasión para comprar estos infelices soberanos vaya acompañada de pena y de dolor, y aun de lágrimas de muchos parisinos, porque su abatimiento les ha costado ya mucha sangre francesa, y entenderán fácilmente, según el carácter de constancia de la nación española, que se habrán de derramar todavía caudalosos ríos de ella si ha de llegar a colocar establemente en el trono de estos abatidos monarcas a su hermano José.

En compañía de los reyes ha venido a Marsella el famoso Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, y su mujer Josefa Tudó, y con algunos hijos que ha tenido con ella. Podrá ser todavía dudoso si el matrimonio con la prima carnal de los reyes, e hija del infante D. Luis, fue posterior al otro con la Josefa Tudó, aunque yo me inclino mucho a creer que efectivamente lo fue. Pero no puede haber la menor duda en que al mismo tiempo ha estado casado con las dos, y en este estado ha vivido varios años en Madrid, y ha mandado en toda la Monarquía como si fuera el Rey y el Monarca, y, alguna otra vez, haciendo de hombre celoso de la pureza de la Religión, como cuando le fue necesario para apartar de la Corte al vizcaíno Urquijo. ¡Qué monstruos aborta la filosofía incrédula, aun en el seno de las naciones más piadosas y más católicas! Aun siendo muy joven, como notaría el año de noventa y dos, se vieron

indicios de que Godoy era filósofo, y ya no se puede dudar de que con razón ha sido contado entre los jacobinos y francmasones muy adelantados. No creo que los reyes tengan gusto en tener a su lado este hombre, que ha dado el último empuje al trono de España, y que a ellos les ha precipitado en un abismo de males. Pero será gusto de Buonaparte, y habrán de tener paciencia. El se conservará con altivez y con orgullo, suponiendo que su grande amigo Napoleón abatirá del todo la nación española, y que, acordándose de que él le puso en sus manos aquella gran Monarquía, entregándole todas las plazas fuertes de la frontera, dejando inundar a España de tropa francesa, y persuadiendo a los reyes que se retirasen de la Corte, le hará Rey de Portugal o de alguna parte de España. Algo hará la Francia para la subsistencia de todos, pero, si no tienen por otra parte otros subsidios, presto se hallarán en la miseria.

Día 18 de noviembre

El emperador Napoleón Bonaparte no tiene en el día más guerra que la de España, y para ello pidió a la Francia por el verano ochenta mil hombres de leva o conscripción extraordinaria, debiendo entrar en ella los que no habían sido comprendidos en las levas o conscripciones de los años pasados, y no le deben de bastar para abatir y vencer a una Nación no muy populosa, desarmada y sin tropa veterana, pues revuelve todo el mundo, por decirlo así, para levantar nueva gente. En el Reino de Nápoles se hace con mucho rigor una leva numerosísima, con la cual se reunirán muchos millares de hombres para servir a los ateístas franceses que, de pocos años a esta parte, sin derecho alguno, mandan allí como soberanos; y es tanta la gente que estos hombres han sacado en el poco tiempo que han mandado en este país, que si los reyes pasados hubieran sido amados generalmente de la Nación, y en la nobleza hubiera habido Religión y fidelidad, hubiera bastado para resistir a todas las fuerzas que Napoleón pudiera traer contra ellos.

En Roma, como si fueran soberanos en ella, y en todo el país, están echando en el día una red barredera, y van cogiendo muchos jóvenes que de muchas provincias de Italia se han venido a esta ciudad, ya para ganar su vida, y ya también por librarse de las levas y conscripciones de sus países. En ninguna parte están seguros, ni aun en los noviciados de las órdenes religiosas, si llegan a tener noticia de ellos. Muchos se ocultan y se van librando de sus pesquisas y diligencias para dar con ellos. Pero otros muchos caen en sus manos, y llegarán a algunos centenares de hombres los que recojan sólo en esta ciudad, y por sólo este título de jóvenes forasteros, que en sus países debían entrar en las levas o conscripciones militares. Después, con otros títulos o pretextos del cuerpo de los esbirros o alguaciles, del de los galeotes o condenados a gale-

ras, y de los que fueron soldados del Papa, recogen no poca gente de los naturales de este país. Esta es continúa ocupación en todas partes; acabar con todos los frailes y con casi todos los clérigos, y hacer muchos soldados, y en la realidad las cosas que han hecho, y que no han sido obras de traiciones, más las han hecho con la multitud y a fuerza de gente que con el valor.

En las otras provincias de Italia ha habido, y hay, las acostumbradas conscripciones o levas generales, y en casi todas ellas van más o menos adelantadas. En todas partes lo siente mucho, porque en la Italia, dividida en muchos pequeños Estados, que entre sí vivían en paz, se usaban poco las levas y quintas para soldados, y en las montañas de Senna ha habido alguna inquietud y alboroto de poca consecuencia, a lo que desde aquí se puede entender, y esto poco ha bastado para que el general Menou, Gobernador de la Toscana, publique un terribilísimo decreto, cargado de espantosas amenazas contra todos, y acaso con mayor fiereza contra los eclesiásticos, aun de superior esfera, a los que, de algún modo, los hace responsables de estos desórdenes, y quiere y manda que exhorten y prediquen con la mayor eficacia para que todos obedezcan y se sujeten a la leva o conscripción militar.

Una pastoral del Obispo de Bayona, en Francia, que se acaba de poner en estas gacetas, es, por un lado, un decir de que se han temido en aquel país ataques, o por lo menos correrías de los españoles, y por otro es prueba del ardor que quieren los franceses que muestren sus obispos en la defensa de su país. Para animar a todos sus súbditos a armarse les dice el Obispo de Bayona que el rayo amenaza ya a sus cabezas, y los enemigos a sus campos, y que ya los Pirineos no bastan para su defensa. Los romanos han esparcido batallas y victorias de los españoles en el mes pasado de octubre hacia Oleron y otros lugares de aquella frontera. Pero nada se puede llegar a saber, por falta de comunicación, y yo sólo creo, y más por esta pastoral del Obispo de Bayona que por las relaciones de los romanos, que, en algunos países de Francia, llegaron a temer que se acercase a ellos por Navarra algún cuerpo de españoles.

En este punto del proceder de los obispos en los negocios públicos de su país, como generalmente en todos los demás, son contrarios a sí mismos e inconsecuentes con descaro y desvergüenza estos grandes e iluminados filósofos que dominan en el mundo, y se han entronizado en él para enseñar a los hombres a pensar con juicio y con razón. Llega un ejército suyo a algún país para hacer la guerra como, estando yo presente, llegó a Bolonia, aunque por la traición del Senado no se les hizo resistencia, y poco después pasó a Ímola y Faenza, y otras ciudades del Estado Pontificio, y en todas partes el ciudadano general Buonaparte, que entonces no era más, habló a cardenales, párrocos y superiores religiosos en tal tono, como que todo su oficio, sus ministerios y ocupaciones debían ser predicar el Evangelio, y de ningún modo meterse

en negocios civiles y militares; y amenazó con la muerte en su misma casa al cardenal arzobispo Giovanetti si faltaba en esto; y si algún Obispo del país que ellos atacan y quieren conquistar exhortan y animan a los pueblos a defender a sus antiguos y legítimos soberanos, como ha hecho en Castilla la Vieja el Ilmo. D. Rafael Menéndez, Obispo de Santander, aparece en todas sus gacetas y a los ojos de toda la Europa como un fanático, un impío, un loco y un bribón, y un ignorante de las obligaciones de su dignidad y de su ministerio. De suerte que ellos pretenden, y hacen en cuanto les es posible, que todos los obispos de los países no suyos, y en que hacen la guerra, sean por lo menos, cuando no quieran ayudarlos, unas estatuas que no abran la boca, ni hagan exhortación alguna a sus súbditos, y si alguno la hace por el motivo de Religión o de fidelidad a su legítimo Rey, es declarado decretoriamente hombre malvado y poseído de necias preocupaciones. Por el contrario, los obispos de los países en que ellos dominan, aunque sean por una injusta usurpación, y de pocos meses a esta parte, han de ser todos, como el Obispo de Bayona, unos fervorosos apóstoles que exhorten con el mayor ardor y fuerza a todos sus súbditos a tomar las armas en servicio de su Soberano, y si no lo hacen a su satisfacción les declaran hombres malvados, infieles a su Príncipe, y se detendrán muy poco por arcabucearles en una plaza pública. ¿Puede haber conducta y máxima más grosera y manifiestamente contradictoria? Los filósofos no pueden menos de conocerlo, pero no por eso se corren y avergüenzan, antes, por el contrario, se ríen y se complacen de haber llegado a tanta altura y poder que pueden abusar y burlarse de todo el mundo, sin que nadie se atreva a echárselo en cara ni hacerles mal alguno.

Día 22 de noviembre

En este mismo día se ha hecho en la parroquia de San Andrés della Valle, o en otra inmediata, con extraordinaria pompa y grandeza, el bautismo de un niño de un oficial francés. Yo pasé por allí esta tarde, y todas aquellas calles inmediatas a la casa del oficial estaban tan llenas de carrozas o coches que apenas se podía pasar, y parece que allí habían concurrido no sólo todos los oficiales franceses de alguna distinción rodeando al general comandante Miollis, sino también en gran número señores y señoras romanas. Deseó el dicho oficial que bautizase a su hijo el cardenal Carrafa Trayetto, que vive allí cerca, pero, informado el Papa, y verisímilmente por el mismo Cardenal, de esta cosa, se lo había prohibido; y oigo que ha hecho la función un Monseñor o Prelado napolitano, a quien no se lo habrá prohibido el Pontífice, porque en esto no hay aquella disonancia que salta a los ojos en ver a un Cardenal que honra a estos hombres que están insolentísimamente pisando al Vicario de Jesucristo.

Otro oficial francés, y creo que es el Comandante del castillo, ha tenido en estos mismos días el pensamiento o humorada de hacer que se confirmen algunos soldados de la guarnición que no estaban confirmados, y para recibir este sacramento se han confesado, y algunos lo han hecho con un amigo mío, jesuita español que sabe francés, y se muestra muy edificado así de la piedad del Gobernador, como de la disposición de los soldados. Estas pocas acciones cristianas, hechas de propósito con publicidad y con pompa, y alguna otra providencia, a lo menos en el sonido de las palabras, favorable a la Religión, como una de Borghesi en Génova de estos días pasados, y otra del rey Joaquín en Nápoles, en sí mismas de ninguna importancia, les sirven mucho para que la multitud del vulgo simple e ignorante, en la que entran no pocos que se tienen por hábiles y aun por instruidos, no acierte a tenerlos por enemigos de la Religión, y mucho menos a creer que tienen el designio y proyecto de abatirla, de extirparla y de borrarla, si pudieran, de toda la sobrehaz de la tierra. Y de qué sirve, les diría yo, que bauticen a éste y confirmen a aquellos, si después se han de ver casi forzados irresistiblemente a vivir como paganos y gentiles, sin oír una misa en todo el año, y sin recibir sacramento alguno, como lo han hecho en estos veintidós meses y lo están haciendo en el día todos generalmente los oficiales franceses, y aun italianos a su servicio, y casi con la misma generosidad todos los soldados de varias naciones al servicio de la Francia, que en este tiempo han estado en Roma, y cuántas otras cosas hacen que, no obstante sus bautizos y confirmaciones, demuestran a los ojos de todos los que no están ciegos que desprecian altísimamente la Religión santísima de Jesucristo, y que piensan muy seriamente en deslustrarla y oprimirla.

El Papa no pierde ocasión de oponerse del modo que puede a las cosas de Miollis que van fuera de razón, y, como ahora se ha opuesto al bautizo de un niño francés por el cardenal Carrafa, poco ha se opuso, y con vigor, a un acto de justicia del dicho Miollis. Algunos *montiriani*, como dicen aquí, o moradores de los montes hacia Santa María Mayor, desarmaron a algún otro soldado francés, y acaso a un entero piquete de cuatro o seis hombres, que patrullaba por aquellos barrios. Yo creeré que los montañeses se viesen obligados a hacerlo por algunas insolencias de los soldados, y tales pueden haber sido que sean del todo inocentes. Ellos fueron arrestados, y los franceses le hacían su proceso para darles el castigo que, a su parecer, mereciese su delito; y en esta coyuntura justísimamente protestó el Papa contra este juicio y contra la sentencia que después de él se diese, pues aquellos hombres eran vasallos suyos, y no lo eran de la Francia, y que a él le tocaba juzgarlos, sentenciarlos y castigarlos según la gravedad de su delito. El Papa tiene mucha razón, pero de nada sirve tenerla, no teniendo fuerzas para hacerla valer y respetar. Miollis

y los otros franceses oyen con frescura, cuando lo lo pueden impedir, estas y otras semejantes protestas de Su Santidad, y se ríen, a lo menos interiormente, de ellas, porque en la fuerza, como si fuésemos brutos, está, según su iluminada filosofía, la justicia, el derecho y la razón de todo, y sin ella todo lo demás no es más que palabras vacías y sin significación alguna. Sin hacer, pues, caso alguno de la dicha protesta llevaron adelante su proceso, y, si no les arcabucearon, o de otro modo dieron muerte, fue porque con buenas sumas de dinero compraron sus vidas.

DÍA 24 DE NOVIEMBRE

Las cosas de los españoles en Nápoles se han acomodado de un modo no malo para ellos en tales circunstancias, y más ventajoso y de mayor interés para los franceses. Han determinado éstos que los españoles continúen en las administraciones de los bienes que antes tenían de este y aquel Grande de España y de otros señores y comunidades a nombre del Gobierno, a quienes serán responsables y darán a su tiempo las cuentas. Al fin se les dejará vivir en las casas en que vivían antes, y se les dará algún sueldo de administradores, y no quedarán en la calle y sin un pedazo de pan; y los franceses sacarán más utilidad de los dichos bienes que si pusieran su administración en manos de los del país, porque bien conocen ellos mismos que los españoles serán no menos diligentes en la administración de aquellos bienes que los napolitanos, y que generalmente serán mucho más fieles que ellos. Con todo esto no lo tengo por cosa segura y muy duradera, porque no faltarán algunos francesillos aventureros, y que hayan venido por allí a hacer alguna fortuna, y se querrán entrometer en aquellas administraciones, ni acaso tampoco algunos del país tan adictos y tan beneméritos de los franceses que se les hayan de conceder, aunque los pobres españoles queden abandonados en una calle y desprovistos de todo.

A los jesuitas españoles de Bolonia se les ha puesto ya en toda su libertad, quitando el embargo de sus cosas, y se supone que lo mismo se habrá hecho con todos los demás de las otras dos legacías de Ferrara y de la Romaña, y aun del Ducado de Urbino. Pero quedan siempre con aquella atragantada píldora, y con aquella espina medio clavada de que habrán de proveerse de cierto papel o atestado que ellos, con el ejemplo de Génova, temen que sea el juramento al nuevo rey de España José Buonaparte. Los demás españoles no jesuitas de aquel país, como los del Colegio de San Clemente, y algunos otros, continúan en algún arresto y embargo de sus cosas, y con algún temor de ser transportados a Mantua o a otra parte. Pero se puede creer que se decidirá su suerte con el negocio del juramento, porque, si le hicieren, por lo menos se usará con ellos

la atención de dejarlos quietos en Bolonia, y, por el contrario, si no quisiesen hacerle, se les tratará con severidad y rigor, y lo perderán todo.

DÍA 26 DE NOVIEMBRE

Es tanta la confusión y oscuridad en que nos hallamos por la suma opresión de parte de los franceses, así en la comunicación por cortas, como en el trato y conversaciones familiares de unos con otros, que nada se llega a saber bien y con la conveniente seguridad aún después de muchos días en que se está hablando de una cosa. Por esta razón nos contentaremos con insinuar brevemente, y sin asegurarlo del todo, dos sucesos de mucho honor para los ingleses, de que se ha hablado mucho en Roma, y que muchos tienen por ciertos. El primero supone intento del Rey de Nápoles, Joaquín Murat, de atacar la Sicilia, y especialmente la ciudad de Palermo en que están los reyes, y en la que tienen muchos partidarios y amigos, y seguramente algunos al lado y en el gabinete de los soberanos; y que para este efecto había reunido una escuadra de algunos navíos de línea y otras embarcaciones de guerra del puerto de Tolón, y varias de transporte que habían tomado tropa a su bordo en el Puerto Especie o en otro de Italia, y que a todo esto, que había venido de fuera, se juntaba todo lo que se podía en Nápoles, así de mar como de tierra. Pero todo este aparato para la conquista de Sicilia había sido desbaratado y deshecho por los ingleses en el golfo de Santa Eufemia; y con esta su victoria no sólo se libró el rey D. Fernando de los enemigos de fuera, sino también de algunos, o de muchos, de los de dentro. En una de las embarcaciones que tomaron los ingleses encontraron cartas de vasallos del dicho Rey que están en Sicilia, y por ellas constaba su correspondencia con los franceses, y su infidelidad al Soberano; y presentándolas a Su Majestad se habían hecho algunas justicias, y se habían cortado algunas cabezas. Así cuentan muchos y muchísimos esta empresa de atacar contra Sicilia, pero yo no puedo asegurar del todo su relación porque es imposible, en este nuestro miserable estado, llegar al fondo de la verdad en cosa alguna, sino en aquellas pocas que se pueden ver con los ojos.

El segundo suceso de honor para los ingleses es con sí muy verisímil, y en términos generales yo le tengo por cierto. En Londres, y en todos los Estados de Su Majestad británica, dicen muchos en Roma, se alaba y elogia mucho la franqueza y constancia del santo padre Pío VII en no ceder su Estado a los franceses, aunque le tienen oprimido y encarcelado; y esto se debe creer, pues los ingleses tienen dos motivos muy poderosos para pensar de esta manera: el primero es que no deja de serles útil, y a todos los demás enemigos de la Francia, esta conducta de Pío VII, pues si se hubiera aterrado cuando los franceses entraron de mano armada en Roma, y les hubiera cedido su Estado,

en estos diez meses ya hubieren sacado de él un ejército de veinte o treinta mil hombres, y otras muchas ventajas, y, aunque ahora sacan algo de todo sin razón y sin derecho, es mucho menos de lo dicho; el segundo motivo es la antipatía constante y casi natural en todo del inglés con el francés. Éste en día desprecia, pisa, oprime y destroniza al presente romano pontífice Pío VII; es, pues, casi forzoso que aquel le estime, le honre, le ensalce y le ayude a conservar su Trono y su Estado. Por tanto se puede tener por cierto que en Londres, y en todos sus reinos y provincias, se habla con mucho elogio del santo padre Pío VII, y que se alaba mucho su singularísima constancia y valor en resistir del modo que puede a los usurpadores franceses. Después se cuenta, como efecto de esta estimación y elogios del Papa, que se ha hecho un escote o colecta para socorrerle, y que se había recogido una gran cantidad de dinero; y la cosa no es ajena ni de los usos ni del carácter de los ingleses, y entre los concurrentes con alguna cosa se contarán muchos que no son católicos, y acaso con esta su generosidad para con la cabeza de los católicos, para gran dicha suya, llegarán a serlo algún día.

En otra cosa mucho mayor puede haber influido esta conducta de Pío VII tan alabada en la Corte de Londres. Ahora finalmente se asegura lo que se ha deseado y se ha presentido muchas veces, y alguna otra ha estado muy cerca de conseguirse. Se dice, pues, que se ha dado entera libertad a los católicos, a lo menos en la Irlanda, y se les ha quitado aquella pena de inhabilitación para algunos oficios y dignidades del Reino; y aun yo espero que esta terribilísima conjuración y revolución filosófica, francmasónica, contra la Religión Cristiana, y con mayor fuerza contra la Católica, no habiendo entrado con ella los ingleses por varios motivos e incidentes casuales, y principalmente por querer los franceses hacerla suya propia y llevarse todo el honor y toda la utilidad, ha de ser ocasión y algún motivo para que los de los tres reinos se acerquen con más generalidad a la Santa Silla Apostólica Romana, centro único de la verdadera Religión del Hombre Dios Jesucristo, y a esto se seguirá fácilmente que en cuerpo de Monarquía y de Nación se vuelva a unir a la Santa Sede y al Romano Pontífice, y se acabe la separación y cisma que ha durado más de dos siglos. No es ésta obra de un día, aunque, si entra en ella la mano del Señor con eficacia, la puede hacer en un instante, y así no me atrevo a esperar que llegaré yo a verla, pudiendo vivir muy pocos años; pero sí que se irán viendo prontamente buenas disposiciones a este felicísimo suceso que los hijos de San Ignacio, por regla expresa suya, le están pidiendo en sus oraciones desde la fundación de la Compañía.

Día 30 de noviembre

Es necesario seguir en su viaje, del modo que se pueda, al gran Napoleón, que, lleno de furor y de rabia contra la nación española que destronizó por el julio

a su hermano José, va a restituirle en el trono, a vengar muchas injurias, y a conquistar en un mes toda aquella vasta Monarquía. En su camino le salió al encuentro el general Junot, y ya duque de Abrantes, y le informaría de sus grandes victorias contra los ingleses, cuya resulta fue abandonar a Lisboa y a todo el Reino de Portugal, y quedaría sin duda muy consolado con la segura esperanza de que presto serían restablecidas en aquella Corte y Reino las Águilas Imperiales. Corrió y voló con tal precipitación y furia hacia España que, habiendo salido de París el veintinueve de octubre, el cuatro de noviembre ya nos lo ponen las gacetas en la ciudad de Bayona, y, sin detenerse aquí nada, el día cinco ya nos dicen que estaba en la ciudad de Vitoria, capital de la provincia de Álava, y Corte, a lo que parece, del rey José desde que fue echado de Madrid y del interior de la Monarquía. En ella, cuando no le hubiese salido al encuentro en su camino, encontraría al dicho su hermano José, con quien trataría el gran negocio de la guerra y de la conquista de España, y teniendo por allí retenido un numeroso ejército, o muchos, se hicieron presto las últimas disposiciones para hacerle pasar el Ebro, penetrar por Castilla la Vieja, y dar principio a una vigorosa campaña a la entrada misma del invierno.

En toda la Europa no hay al presente otra guerra que esta de España, que es verdaderamente grande, ya por los sucesos del mes de julio, tan contrarios y tan ignominiosos para el Emperador francés, y ya por el extraordinario aparato de todo con que éste va a emprenderla; y todos aquí, y en todas partes, no piensan ni hablan de otra cosa, y la han juzgado digna de estos franceses y los romanos sus amigos de que se presenten al público relaciones anticipadas y separadas de los sucesos de ella, a las que dan el título de *boletines*. El veinticuatro de este mes ya se hallaron a su parecer con noticias suficientes para dar principio a la publicación de estos boletines separados sobre los sucesos de la guerra de España, y ya se han publicado dos o tres. En ellos todo es elogios y alabanzas extraordinarísimas de Buonaparte y de sus franceses, victorias y triunfos de sus ejércitos, y lo mismo será en los que se publiquen en adelante, como han hecho siempre en los que han publicado sobre guerras con otras naciones y en otros países; y todo esto se hace con tanta desvergüenza y descaro, con tanto aprecio y estimación de sí mismos y de sus cosas, que no se pueden leer, y efectivamente no les leo sin una suma indignación, sin alterarse y conmoverse, y sin que se revuelva el estómago; y no es esto lo peor de ellos, aunque es bien malo, ni tampoco el que todo lo que se dice con tanta satisfacción al público sea muchas veces una falsedad o mentira de planta, y siempre por lo menos unas ponderaciones y exageraciones a favor suyo, y contra sus enemigos, abultadísimas, agigantadas, increíbles y necias. Lo peor de todo es la manera de hablar en ellos de la ilustre, honrada, valiente y católica nación española, como si los españoles que están

con las armas en la mano, y son casi todos los que la componen, fueran unos incongruentes, y revoltosos, infieles y desleales a su legítimo Soberano, y unos hombres malvados y facinerosos. Así se habla en Roma en papeles públicos, compuestos por viles, insolentes e impíos romanos, de los que para infamia de la Santa Ciudad hay una grande abundancia, de una generosa Nación, benemérita de ellos por cien títulos, y que les está dando a ellos mismos, a toda la Italia, y aun a toda la Europa, el gloriosísimo ejemplo de pelear valerosamente y derramar toda su sangre por defender a su legítimo Rey y Señor, por conservar su libertad y la Santísima Religión Católica, y por no sujetarse a usurpadores infames e injustos, y a los filósofos incrédulos, ateístas y sin Religión de la Francia. Con todo esto es necesario callar y digerir en silencio estos gravísimos insultos, porque aquí está todo el poder y toda la fuerza en manos de los dominantes e impetuosos frenceses, que en sus cosas no oyen razón alguna.

En los boletines de España, y en las gacetas comunes, hasta este día se habla en primer lugar de batallas y victorias de los franceses en el mes de octubre, antes que llegase a aquellos países Buonaparte, como que se ensayaban a los triunfos que con su presencia tendrían, y que con sólo el rumor de su venida se aterraban y abatían los españoles. Estas son cosas antiguas que, ni antes ni ahora, han creído generalmente los romanos, y ellos por el contrario han contado y esparcido por Roma victorias gloriosísimas en aquel mismo tiempo, y especialmente sobre la frontera de Navarra, y de estas es alguna prueba la carta pastoral del Obispo de Bayona, de que antes hablamos; y de cierto no podía haber necesidad alguna de ella y de exhortaciones tan fervorosas a todos sus súbditos para que pensasen en su defensa si fueren ciertas las victorias de los franceses por el mes de octubre en aquellos países, de que se hace relación tan pomposa en estos boletines y gacetas.

Todo esto es como un preliminar y disposición para la gloriosísima campaña de Napoleón el Grande en persona, de que empezaron a hablar el día veintisiete, y van continuando. Por estas relaciones se entiende que, habiendo llegado el día cinco de este mes a la ciudad de Vitoria, pasó prontamente el Ebro, pues el día doce ya estaba dentro de la ciudad de Burgos, después de haber atacado y derrotado en sus cercanías un cuerpo de veinte mil españoles que se llamaba el ejército de Extremadura. Algunos millares quedaron muertos en la batalla, otros tantos o más quedaron prisioneros, y los demás se esparcieron y desbandaron. Cogió doce banderas, y se les presentó con una graciosa carta al Presidente del Cuerpo Legislativo, lo que parece una cosa ridícula, pero ella es indicio de que este sería uno de los que le disuadían este viaje a España, y con esta expresión le quiere decir que en esta guerra irán sus empresas con la misma prosperidad que en todas las otras, y renueva la profe-

cía de su entrada en Madrid, aunque algo alterada, porque no la asegura para el día dieciséis, como hizo en París, sino para el día veintidós. Este es un brevísimo compendio de la primera hazaña de Buonaparte en esta guerra contra la nación española, y nada tiene de gloriosa ni de grande, pues los veinte mil españoles serían atacados por ochenta o cien mil franceses. Pero, ¿cómo el Gobierno de España ha hecho el error de presentar a este hombre al pasar el Ebro con numerosísimos enjambres de soldados un cuerpo de solos veinte mil hombres? ¿Y cómo su Comandante, que ni sabemos quién es, viendo fuerzas tan superiores en el enemigo, no se retiró a tiempo al interior de la Monarquía o a las vecinas montañas? Gran desconsuelo no poder saber cosa alguna en una guerra tan importante para nosotros sino por medio de los franceses, que jamás dicen una con verdad y como es, y siempre fingen, mienten o por lo menos exageran.

En las mismas relaciones con la data del día doce en Burgos se nos asegura que la caballería francesa, o vanguardia de aquel ejército, iba ya caminando hacia Palencia, y con esta ocasión se alaba al Obispo de aquella ciudad, D. Francisco Xavier Almonacid, y es prueba segura de que no habrá publicado tan fervorosas pastorales el Obispo de Bayona de Francia, exhortando a sus súbditos a tomar las armas en defensa de la Religión, de su Rey y de su Patria. Pues después tendrá que sacarlas, quiera o no quiera, a favor de los usurpadores franceses y de su impío Gobierno. Se deja caer algún elogio, como de paso, de algunos distinguidos españoles, como Mazarredo, Campo de Alange, O'Farrel, Azanza, y otros semejantes, para dar a entender a la Italia que entre los españoles tienen muchos amigos, y que no es toda la Nación la que les resiste con las armas. Es así cierto que entre los españoles de mucha o de alguna distinción hay muchos filósofos incrédulos y amigos, por consiguiente, y secuaces de los ateístas franceses, y que eran bastantes y sobrados para perfeccionar la obra del jacobino Príncipe de la Paz, y para acabar de poner en sus manos toda la Monarquía, y lo hubieran ejecutado segurísimamente si el impetuoso fervor del pueblo no hubiera hecho pedazos a algunos de estos impíos españoles, como ahora se dice que ha apedreado a un D. Juan Pignatelli, y con estos terribilísimos ejemplos no hubiera aterrado a todos los demás. A este modo, y casi por solas sus mentirosas gacetas, iremos siguiendo a Buonaparte de algún modo en esta guerra de España.

DICIEMBRE

Día 2 de diciembre

Aniversario de la Coronación de Napoleón Buonaparte por el papa Pío VII, y se cumplen hoy los cuatro años, y ya falta poco para tres desde que el Coronado declaró su voluntad de destronizar a su Coronador, y para uno creer que de hecho le ha destronizado y encarcelado en este su palacio del Quirinal. ¿Y qué hemos de decir, siendo esto ciertísimo? No se puede menos de decir que los cardenales que engañaron al pobre Pontífice, y le persuadieron el viaje a París para coronar a este hombre, y a los que hemos nombrado alguna otra vez, están inficionados de filosofismo y jansenismo, y son amigos y parciales de los ateístas franceses, y que el Papa, por apocamiento y por terror, por miedo de pérdidas temporales, por preocupaciones y falta de conocimiento del carácter de los franceses y de sus vastos designios contra la Religión, no usó en este caso de grandes precauciones, y casi tuvo gana de ser engañado. Ahora en su retiro y en su cárcel, pensará de otro modo muy diferente de esta su coronación de Buonaparte, y no es increíble que le hayan sacado las lágrimas de los ojos el ruido, estruendo y festejo de este día en Roma celebrando esta su coronación de Buonaparte.

En efecto, el general Miollis, como si fuera Soberano de esta ciudad y en todo el Estado, ha dado orden de que en todas partes se celebre este día aniversario de la coronación del emperador Napoleón con salvas y con iluminaciones, y que aquí se han hecho las dos cosas, haciendo grandes salvas este castillo de San Ángel, e iluminando esta noche sus palacios y casas los franceses y algunos romanos, y los pocos ministros extranjeros que han quedado en esta Corte, y entre éstos uno ha sido nuestro ministro español D. Antonio Vargas y Laguna. No sé con qué principios y máximas habrá tomado esta resolución de aplaudir y celebrar a este hombre que ha oprimido injusta y bárbaramente a los reyes de España Fernando VII y Carlos IV, y toda su familia real, y ahora está en guerra viva para abatir a la nación española. Yo creeré que ni él sabe de quién es Ministro, pues las credenciales de Carlos IV ya no pueden

valer, y de Fernando VII acaso no las ha recibido, y mucho menos de la Nación; y del nuevo rey intruso José, a lo que se cree, no las ha aceptado, si efectivamente le han venido. En este caos y laberinto de incertidumbres y de embrollos le habrá parecido conveniente celebrar con iluminación la Coronación de Buonaparte para no declararse abiertamente contrario a los franceses y arruinarse más presto. Le servirá, pues, esta adulación a Buonaparte, si efectivamente no piensa ser suyo, para ganar algún tiempo y dar orden en sus cosas y en las que pudieran ser de importancia para la monarquía española.

La fiesta doméstica en la habitación del general Miollis se ha dejado para el domingo, día cuatro del corriente, porque siendo hoy viernes se excusarían de asistir a ella por las circunstancias del día muchos señores y señoras romanas. Pero aquí la damos por celebrada, pues lo mismo se puede decir de ella antes que la celebren, que después de celebrada, y sólo pudiera haber algún error en el número de los concurrentes si quisiéramos decirle a punto fijo. Habrá, pues, audiencia de música y fiesta de baile, y, según la presente disposición de la nobleza, no serán pocos los que asistan de uno y otro sexo, y se coronará la función con una espléndida cena para todos los franceses de alguna distinción, y asistirán también a ella algunos señores y señoras romanas. Los brindis, según el uso en estos convites, se oyen aun antes de pronunciarlos, y serán fanáticos hasta el entusiasmo en honor de Napoleón el Grande, Emperador de los franceses, coronado solemnemente en este día en París por el presente romano pontífice Pío VII, que casi podrá oír desde la cárcel en que le tiene encerrado el mismo hombre a quien coronó. ¿Qué dirá la posteridad de estos horrores y monstruosidades que tenemos delante de los ojos? Será muy afortunada si aprendiere en ellos a tener más celo y vigor contra los errores que en los tiempos adelante se pueden levantar, que el que ha tenido la Europa católica y la misma Roma en este último medio siglo contra las sectas filosófica, francmasónica y jansenista, que ahora libremente dominan y oprimen al Papa, a la Santa Sede, a la Religión, y a todos los buenos.

Día 3 de diciembre

Fiesta del grande Apóstol de las Indias, San Francisco Xavier. En estos tiempos de tantas miserias y calamidades se toca con la mano una particular devoción del pueblo para con los santos jesuitas que en los tiempos de prosperidad, como en casi todo el largo pontificado de Pío V, y en los primeros años de éste, a excepción de San Luis Gonzaga por razones particulares, estaban poco menos que olvidados. Parece que este nuevo fervorcillo de devoción de las gentes buenas de Roma para con los santos jesuitas es una práctica confesión de que les creen ofendidos y agraviados por las cosas que se han hecho en esta

ciudad contra su Madre, contra sus Hermanos, y aun contra ellos mismos, y una piadosa solicitud para desagraviarlos y merecer su protección. El día trece del mes pasado de noviembre se celebró en la iglesia de San Andrés, que fue del Noviciado de la Compañía, la fiesta del jovencito novicio San Estanislao de Kostka, que vivió y murió en él. Los señores de la Misión, o de San Vicente de Paúl, que viven en este noviciado por habérsele regalado poco después de la extinción de la Compañía el mismo papa Ganganelli, que la extinguió, la celebraron muy bien eclesiásticamente, cantando ellos mismos la misa y las dos vísperas, y fue muy numeroso el concurso de gente, así a venerar con mucha devoción su sepulcro y su cuerpo, que está en la misma iglesia, como también a visitar devotamente una capilla interior que fue habitación del glorioso Santo cuando era novicio de la Compañía en esta casa.

En la fiesta de San Francisco Xavier, que se ha celebrado hoy en la iglesia del Jesús, todo se ha hecho muy bien y con la solemnidad acostumbrada, así en la novena que ha precedido, como en la función de este día. En la novena ha predicado las particas o sermoncitos el Ilmo. Avogadro, Obispo por muchos años de la ciudad de Verona, y después por algún tiempo jesuita en Nápoles, y que ahora vive en la misma Casa del Jesús. Ha predicado con mucho celo y muy bien en todo, y ha tenido constantemente, todos los días, numerosos concursos. En la fiesta del día, después de la misa solemne con buena música, como aquí se acostumbra, predicó el sermón panegírico del Santo el jesuita italiano Biagini, que fue jesuita en Nápoles, y vive también en la misma casa, y es tenido, como ya he dicho alguna otra vez, por el mejor predicador entre todos los jesuitas que se reunieron en Nápoles, y efectivamente ha predicado un magnífico sermón del grande Apóstol de las Indias. En él hemos tenido siempre todos una particular esperanza en las presentes tribulaciones de la Compañía, y de él hemos esperado la calma y la prosperidad, y no dejaremos de esperarla, aunque por la miseria humana ya nos parezca que tarda mucho, y que el glorioso Santo se ha olvidado de nosotros y de su amada Madre la Compañía de Jesús.

Según las últimas cartas de Nápoles del P. Juan Andrés se le habrá hecho hoy en aquella Corte una buena fiesta, y aun parece que será solemne y magnífica. La presente Reina de Nápoles, hermana de Napoleón Buonaparte, y mujer del rey Joaquín Murat, debe de ser devota de San Francisco Xavier, aunque verisímilmente no lo será de sus hermanos y de sus hijos, a lo menos por acomodarse al humor de su grande hermano, pues ha querido, según se dice en las dichas cartas, que se abra la iglesia del Jesús Nuevo, o de la Casa Profesa, para celebrar en ella la fiesta de San Francisco Xavier, y esto es prueba de que ha estado cerrada desde que fueron echados los jesuitas de aquella Corte, o de resulta de alguna de las supresiones de regulares. Siendo, pues, gusto de la

Reina, y que todo se habrá hecho según sus órdenes, y a su cuenta y coste, debemos suponer que se habrá hecho todo de un modo digno de Su Majestad. Al fin siempre es bueno, y no perderá el premio de su extraña devoción para con un Santo grande y glorioso, pero que por su profesión de jesuita es de un modo particular despreciado por los filósofos dominantes, que le han dado a ella aquel Reino.

DÍA 6 DE DICIEMBRE

En el día oigo hablar de tres buenos papeles del Santo Padre contra cosas de los franceses. Pero por lo común no los puedo ver, porque corren poco y entre pocas personas, y con mucha reserva, y, por lo mismo, ni aun se puede hacer alguna diligencia para buscarlos preguntado a éste o al otro si le ha visto, si le puede tener, y si le quiere prestar, porque esto sólo sería ya un delito en el tribunal de unos libertadores del género humano de las cadenas y opresión en que le tenían antes los que dominaban en el mundo. El Papa no puede hacer otra cosa contra todas las prepotencias, locuras e impiedades de estos hombres que escribir sus papelitos y hacerles fijar ocultamente en este o aquel sitio público, de donde le arrancan al instante los franceses, o hacerles correr en secreto de mano en mano para que todos lleguen a saberles en cuanto se pueda. Pero en esto poco que, como esclavo y prisionero, solamente puede, está muy diligente y muy pronto el pobre Pío VII.

En las gacetas, aun de Italia, y acaso también en las romanas, se han publicado cien necedades sacrílegas, atentados enormes e impiedades determinadas por los franceses sobre el culto, para el cual hay en París, y en todas las demás Cortes en que ellos mandan, un Ministro muy autorizado que lo revuelve todo. No son pocas las cosas que antes de la presente guerra del Papa contra Napoleón y contra el Gobierno francés se han determinado y ejecutado impunemente, y sin que nadie hable en contra una palabra, en puntos gravísimos de culto, de la Jerarquía, de la Inmunidad, y de otros. Pero un a vez rota la amistad del Papa con el Emperador de los franceses por el injusto empeño de éste de destronizarle, y por su ambición de quitarle su Estado, se extiende la oposición y hostilidades de Su Santidad a algunos artículos sobre que antes se disimulaba y guardaba silencio, y, puntualmente, porque, además de tenerse por incivil toda resistencia, tendría este doloroso efecto de que le quitarían el Estado, y pues que ya le quitan, sin que para esto haya servido de nada callar y disimular, y cerrar los ojos para no ver cien cosas, se ha resuelto a hablar sobre todo lo que sea digno de ser reprobado y condenado. El papel, a lo que dicen, está bueno, ¿y cómo puede estar malo si hay alguna franqueza al hablar, aunque sea con una voz tan baja que oyen muy pocos, siendo tantas las cosas

impías y sacrílegas que han determinado e introducido estos ateístas filósofos?; ¿y siendo cierto en la práctica, aunque alguna vez con las palabras prometen lo contrario, que este Ministro del Culto, como instrumento del Emperador en todas las materias eclesiásticas y religiosos, se tiene por superior no sólo a los obispos, sino también al mismo Romano Pontífice y Vicario de Jesucristo?

El segundo papel es sobre la fanática arenga o alocución que hicieron en París a Buonaparte los diputados de la Marca de Ancona y del Ducado de Urbino, siendo el principal de ellos el Ilmo. Angelelli, Obispo de la ciudad de Gubbio[22]. Ya hablamos aquí de ella, y, sin reparar mucho en su fanatismo y en sus impías expresiones, la sustancia del hecho es tal que puede muy bien el Santo Padre decir muchas y muy buenas cosas, con toda razón y con una indignación suma, contra los dichos diputados, y especialmente contra el Ilmo. Angelelli, que por Obispo, y por haberle dado aquella Mitra el Romano Pontífice, tiene particulares obligaciones de ser agradecido y fiel a la Santa Sede. El fin y objeto de la dicha Diputación es dar gracias a Buonaparte, porque, sin razón alguna ni motivo, ni aun pretexto, por sólo su antojo y capricho ha robado a Pío VII estas dos provincias de la Marca de Ancona y el Ducado de Urbino, y mostrarse muy alegres y muy contentos por haber empezado a ser vasallos de un descarado usurpador. A esto se reduce esta Diputación y otras muchas semejantes, a que fuerzan del modo que pueden estos filósofos libertadores del género humano de todas sus miserias y opresiones, y jamás se ha visto una semejante a ésta hasta que ellos se han entronizado. En estos casos, así como se puede hacer un simple juramento de fidelidad a un tirano que oprime, así también se puede absolutamente mostrar con encogimiento y sin jactancia ni entusiasmo alguna esperanza de que en su nuevo Gobierno tendrán estas o aquellas ventajas, y todo lo demás es malo.

El tercer papel del Papa es contra el convite a los cardenales para asistir al bautizo de un niño de un oficial francés; y por él se entiende que no sólo pretendieron que le bautizase el cardenal Carrafa Trayetto, sino que también convidaron a todos los demás para que asistiesen a la función, como convidaron a la nobleza y asistió buena parte de ella, y el Papa les prohibió no sólo hacer el bautizo, sino también asistir a él de modo alguno; e hizo muy bien, y basta para ello la razón que antes insinuamos de que es una indecencia y una monstruosidad que honren los cardenales a unos hombres que tan bárbara y villanamente están oprimiendo a su Soberano y su Cabeza de un modo particular, cual es el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo. Además de esto puede haber tenido el Papa otro motivo muy justo y muy razonable para no permitir

22 Ottavio Angelelli fue Obispo de Gubbio entre 1785 y 1808.

que los cardenales asistiesen al bautizo del niño francés. Se sabe con toda certeza, aunque haya algunos documentos públicos de la cosa, que con mentiras y falsedades, y con relaciones de sucesos del todo fingidas, ocultan del todo, o por la mayor parte en las naciones extranjeras, en Alemania, Francia, España y otras partes, el verdadero estado de una real, verdadera e ignominiosa prisión en que tienen al presente romano pontífice Pío VII, y cada vez más estrecha, más bárbara, y más indecorosa. Cuánto, pues, les serviría para llevar adelante sus mentiras y engaños si pudieran publicar en sus gacetas que un Cardenal había bautizado a un hijo de un oficial francés, y que todos los demás habían honrado asistencia a la función en la casa de su padre, pues ellos mismos sacarían de este hecho consecuencias favorables a su engaño, porque no era creíble, dirían, que los cardenales se familiarizasen tanto con la oficialidad francesa si esta tuviese al Papa en alguna particular e ignominiosa opresión. ¿Y quién sabe si en las naciones extranjeras, aunque no ha habido más que deseo y proyecto, ellos lo publicarán como un hecho y cosa que ha sucedido?

Día 8 de diciembre

Fiesta de la Purísima Concepción de la Santísima Virgen. A su tiempo se dio el orden ya acostumbrado en todas las principales festividades de Nª Señora desde que empezaron los presentes trabajos y tribulaciones. Se ha hecho, pues, devotamente la novena de la Concepción en casi todas las iglesias de Roma, y una de ellas ha sido la del Jesús, aunque se seguía inmediatamente a la novena y fiesta de San Xavier. Y hoy se ha hecho fiesta solemne no sólo en las iglesias de los franciscanos, y sobre todo magnífica en la de los Doce Apóstoles de los franciscanos conventuales, sino también en otras varias iglesias en las que antes no se hacía. Las tribulaciones y angustias en que se hallan el Papa, los cardenales, y todos los buenos de Roma, hacen multiplicar las fiestas, especialmente de los Misterios de la Santísima Virgen, a cuya intercesión poderosísima se ha de conceder, y por cuya liberalísima mano ha de pasar el socorro y remedio de ellas; y por cuanto se cree que es del agrado de la misma Señora la devoción tiernísima de sus Dolores en la Pasión de su hijo, continúan diariamente en algunos ejercicios de ella las beatas y casi religiosas de la casa de Santa Ana de los carmelitas descalzos españoles de que hemos hablado alguna otra vez. Todo es en su iglesia, en la que continúan haciendo exposición diaria del Santísimo desde la mañana hasta la noche, Dolores de María Santísima, y corazones de la misma Señora y de su Santísimo Hijo. Parece, me decía hoy un hombre devoto, al ver tantas y tan solemnes fiestas del Misterio gloriosísimo de la Purísima Concepción, que la benignísima y compa-

siva Señora se dará por vencida y recabará de su Hijo amplios poderes y facultades para sacar del abismo presente de miserias al Santo Padre, cardenales, prelados, religiosos y religiosas, y a toda Roma, y restablecer todas las cosas en el estado antiguo, librándoles a todos de la prepotencia y tiranía de los filósofos franceses. ¿Y quién no se alegraría, si es católico, de ver tan alegres y felices sucesos? Pero, por lo que a mí me toca, he insinuado en otras ocasiones mi modo de pensar sobre este punto; y este es que, si bien es evidentísimo que tantas fiestas y novenas son utilísimas, y en todo acontecimiento tendrán efectos muy saludables, no creo que tan presto tengan el que se desea y se pide, esto es, restablecimiento en el estado antiguo de las cosas según estaban cuando vinieron los franceses. El Señor no envía estos trabajos precisamente para afligir a Roma algunos días con ellos, sino también, y principalmente, para corrección y enmienda de muchas cosas que deben ser corregidas y enmendadas. El espantoso trastorno de todo con el Gobierno republicano el año noventa y ocho no tuvo el menor efecto en orden a reformar a Roma y quedó en el mismo estado, y acaso peor, que antes; y yo juzgo, hablando humanamente, y según lo que veo, que lo mismo sucedería ahora si, retirándose los franceses de Roma, quedase el Papa en su libertad y en posesión de su Estado, y todos los demás por consiguiente como estaban antes. Es gracioso y oportuno en este lugar el modo de pensar, de hablar, y aun de enfadarse de un oficial francés que, cuando no sea buen cristiano, es por lo menos hombre de honradez, y de un juicio bien puesto. Cuando se encuentra, y le sucede muy a menudo (y aún más le sucedería si tratara con cardenales y monseñores), con algún sacerdote muy galanamente peinado, con un aseado cerquillo de bucles o rizos, y bien cargado de polvos, se enfurece mi buen francés, y con éstas o las otras palabras viene en sustancia a decir: "nosotros no hemos venido a Roma, sino porque el Señor quiere por nuestro medio castigar vuestros excesos pasados, reformaros y haceros eclesiásticos modestos y virtuosos. Vosotros os obstináis en vuestras escandalosas profanidades, conque no nos iremos jamás de Roma". Y no es esta profanidad, aunque muy reprensible, la única y la más importante cosa que se debe reformar; antes hay otras varias y muy grandes, y la principal y fundamento de todas es amar tanto los intereses temporales, en común y en particular, que el amor de ellos hace condescender y llevar la mano blanda aun con los enemigos más peligrosos de la Religión, como se ha estado haciendo por medio siglo con los filósofos incrédulos, y con los herejes jansenistas.

Día 10 de diciembre

Ya estamos también en Roma metidos en el intrincado negocio del juramento de fidelidad al nuevo e intruso rey de España José Buonaparte, o Napoleón, aunque, por no ser aquí los franceses soberanos, sea una pretensión más extra-

vagante y más tiránica que en los países en que lo son. Pero para los dominantes filósofos todo es lícito y justo si absolutamente lo pueden y les es útil y hace al caso. En el mes pasado notamos aquí, como cosa que se tenía por cierta, que a este ministro español D. Antonio Vargas, y a los de su lado, se les había pedido el juramento al rey José, y que se habían negado a hacerle, y estábamos aguardando los efectos de esta su repulsa, y ahora se entiende por una diligencia que ha practicado él mismo en estos días que al mismo tiempo se le encargaba que intimase a todos los españoles de su Ministerio que debían hacer el juramento al dicho rey de España José. Él, sin duda, ha tenido mucho que pensar sobre si daría o no daría este paso de hacernos esta intimación, porque si le daba aparecía Ministro del rey José, y en esto, aunque es enteramente hechura y parcialísimo del Príncipe de la Paz, tiene sus dificultades y repugnancias por su honrado españolismo y por sus intereses en lo venidero; y, si se negaba a darle, se declaraba contra el dicho Rey, y sería prontamente atropellado y oprimido. Ha tomado, pues, un camino de en medio, que le habrá parecido sin inconvenientes por un extremo, y por otro, y, a todos los españoles en particular, en carta suya nos incluye copia de la que se le ha enviado desde Vitoria sobre este asunto, sin inclinarnos a hacer o no hacer el juramento, y aun sin pedirle, y no nos encarga otra respuesta que de aviso de haber recibido la suya con la dicha copia. Aunque no es pieza muy importante para la historia de este año, no obstante porque da alguna luz sobre el estado de las cosas en España por el mes pasado de octubre, y para que quede documento auténtico de esta extravagancia de los franceses de pedirnos a los españoles en el Estado del Papa juramento de fidelidad al intruso rey de España José Buonaparte, la trasladamos aquí, y es como se sigue:

Muy Sr. mío. El Sr. Conde del Campo de Alange me dice lo que sigue: Exmo. Señor. El Señor Ministro Secretario interino de Estado me ha dirigido el Real Decreto siguiente: D. José Napoleón, por la Gracia de Dios y por la Constitución del Estado, Rey de las Españas y de las Indias, hemos decretado y decretamos lo siguiente: los empleados en cualquiera ramo que sea y todos los que gocen sueldo o pensión, interinos, no exista en la Secretaría del Ministerio a que corresponda, el acto de este juramento. Nuestros Ministros, en la parte que a cada uno concierne, están encargados de la ejecución de este Decreto. Vitoria, 1 de octubre de 1808. Firmado = Yo el Rey. Por S. M., y en ausencia del Ministro Secretario de Estado = Gonzalo O'Farrill. Y lo traslado a V. E. para su inteligencia, y a fin que lo comunique a todos los individuos de este Ministerio, Cónsules, Pensionistas y demás dependientes de él con cualquier título que tengan. Dios guarde a V. E. muchos años. Vitoria, 6 de octubre de 1808. El Conde del Campo de Alange = Exmo. Sr. D. Antonio Vargas y Laguna = Roma = Este es el literal contenido de cuanto el referido Señor Conde me dice en dicha data, el cual, perteneciendo e

interesando a los empleados en cualquier ramo, y a todos los que perciben sueldo o pensión, lo pongo en noticia de Vd. para su exacto conocimiento. Espero que Vd. se servirá de consultarme en recibo en escrito. Dios guarde a V. muchos años. Roma, 5 de diciembre de 1808. B. L. M. su más atento Servidor. Antonio de Vargas y Laguna. Sr. D. Manuel Luengo.

Esta es la carta escrita por este Sr. Ministro Vargas a todos los españoles que tienen empleo, sueldo o pensión por la Corte de España; y, ateniéndose escrupulosamente a la letra del Decreto, no ha enviado su copia a los jesuitas españoles que se reunieron en Nápoles, pues en castigo de esta su reunión fueron privados de la pensión jesuítica que recibían como nosotros de la Corte de Madrid. Ella es obra de sus ingenios, como por ella misma se entiende. El primero es el señor Gonzalo O'Farrill, que sería verisímilmente el que extendió el Real Decreto algo esquirazo o hibierno, y le firma en ausencia del Ministro o Secretario de Estado. Este O'Farrill era Teniente General de Ejército al servicio del rey católico Carlos IV, y habrá cinco o seis años vino a la Toscana como Comandante de un cuerpo de tropa española de infantería y caballería de cuatro a seis mil hombres, que después fue enviado al servicio de Buonaparte en la guerra del Norte, con otro mucho mayor número de tropa que fue en derechura desde España. Pobre tropa española si este vil, infiel y traidor al Rey y a la Nación hubiera sido el Comandante, como se dijo y se creyó, de todo aquel ejército español del Norte; y yo extraño que, siendo tal, no se efectuase su nombramiento, y acaso el infame Príncipe de la Paz no pudo ejecutarlo sin declararse más de lo que entonces le convenía. O'Farrill hubiera entregado infaliblemente todo aquel lucido y no poco numeroso ejército de españoles en manos de los franceses, y el conde de la Romana, que fue el Comandante de aquel ejército, ha salvado la mitad de él, y acaso algo más. Tengo entendido que el famoso D. Nicolás de Azara, en su carta sangrienta contra Urquijo, primer Secretario de Estado de Carlos IV, escrita el año ochocientos, salpicó con algunos polvitos o chispitas de irreligión a este irlandés Gonzalo O'Farrill; y esto poco, con su presente conducta, basta para tenerle sin hacerle agravio por tan filósofo y tan jacobino como el mismo Azara, el mismo Urquijo, y el mismo Príncipe de la Paz, y otros muchos amigos suyos. Pobres reyes católicos y pobre nación española Catolicísima, en qué manos tan impías ha llegado a estar.

El segundo autor es el viejo Negrete[23] o conde nuevo de Campo de Alange, que traslada, firma el seis del mismo mes de octubre, y comunica para la exen-

23 Manuel María de Negrete y de la Torre era conde de Campo de Alange desde 1762, por fallecimiento de su padre, el I conde de Campo de Alange. José I le concedió el título de duque de Campo de Alange en 1808.

ción a este Ministro en Roma el Decreto del rey José; y según parece él era el que estaba ausente cuando el día primero lo firmó O'Farrill, y obra como Secretario de Estado en propiedad; y por consiguiente habrá sucedido a D. Luis Mariano de Urquijo, que ocupaba este cargo al entrar el rey José en España por el mes de junio[24]; y por parte alguna he oído otro paradero de Urquijo, sino que en agosto estaba en París. De ninguno de tantos españoles que se han declarado traidores al Rey, a la patria y aun a la Religión, me he maravillado tanto como de este viejo Campo de Alange, y acaso lo insinúe ya en otro lugar. Tuvo muy cristiana y muy piadosa educación, y fue ensalzado de un modo extraordiniarísimo por los dos últimos reyes Carlos III y Carlos IV, y con muy menguados méritos de su parte, y con muy cortos talentos para todo; y conservó siempre un aire de hombre piadoso y de buen cristiano; y parece que lo mucho que dio al fundador Paccanari y a los suyos provino de impulso de verdadera piedad. Su cristiandad, pues, y sus infinitas obligaciones a los reyes nos hacían creer que sería fidelísimo a la Religión y al Soberano; y no obstante él ha aparecido desde el primer día de la revolución de España un hombres desleal a todos, a la Religión, al Rey y a la Patria. ¿De quién se podrá uno fiar?

El tercer autor es este ministro D. Antonio Vargas, que, con la entrada y salida de su carta circular a todos los españoles, a todos nos comunica y nos intima este Decreto del rey José. Pero estudia y se afana en hacerlo de manera que no aparezca sino un puro y material canal o conducto por donde llega a nosotros la dicha real determinación, y sin inclinarnos a hacer el dicho juramento, y aun sin ofrecerse a remitirle a su destino, como parecía necesario y consiguiente a la comunicación del Decreto, se contenta con la contestación de su recibo por su mano. Y en efecto, habiéndole enviado dos o tres jesuitas fanatiquillos y demasiado ambiciosos de recoger su pensión el acto del juramento al rey José para que le remitiese a España, se le devolvió, y con muestras de enojo, porque hacían más de lo que él les había pedido. Ahora, pues, enviará al conde del Campo Alange todas las cartas de todos los españoles en las que contestamos el ruido del Decreto, y nos reconocemos por intimados para su ejecución, o por lo menos un atestado jurídico y en buena forma de que las tiene todas en su poder.

Con esta noticia de la auténtica de la intimación del Decreto real al conde del Campo de Alange, y los demás secretarios de estado del Rey José, esperarán que les vayan llegando actos o fórmulas del intimado juramento de los españoles que estamos en Roma y en el resto del Estado Pontificio. Yo creo que en ninguno de los gremios o clases de españoles romanos habrá muchos que, en virtud de la intimación del Decreto Real en la carta del Ministro, envíen su

24 Mariano Luis de Urquijo era Secretario de Estado de José I desde el 7 de julio de 1808.

juramento a ninguna de las secretarías de Estado. Por lo que toca a los jesuitas, según oigo hablar a muchos, estoy persuadido a que ninguno, o solamente dos o tres, fanáticamente franceses, pensarán en remitir por escrito su juramento de fidelidad al rey José. Por una parte todos miran esta intimación como una cosa de pura ceremonia al aire, y especulativa, y sin aquellas prácticas disposiciones que le faciliten la ejecución de lo que se ordena o se pide; y, por otra, nadie cree que, aunque envíe su fórmula de juramento, y muy expresiva y fervorosa, recibiría por esto los atrasos de la pensión, ni aun que se le pagara con regularidad en adelante, ya porque a los franceses siempre les cuesta mucho soltar dinero, y mucho más para los aborrecidos jesuitas, aunque den indicios de hacerse fieles vasallos suyos; y ya también porque, en el revoltoso presente estado de las cosas para el rey José en España no es creíble que abunde tanto en dinero que le venga gana de dar alguna parte de él a los jesuitas españoles que viven en Roma, y hasta ahora no le ha venido de dar un maravedí a los que están establecidos en Génova, aunque ya ha tres o cuatro meses que le hicieron el juramento de fidelidad.

En este estado quedamos en el día, y viviremos contentísimos por este lado si toda la pena de no enviar el juramento se reduce a quedar privados de nuestra pensión, por más que nos sea necesaria para vivir, y, del mismo modo, y eternamente de toda beneficencia y favor del nuevo rey de España José Buonaparte. Pero la práctica ejecución, violencia y casi furor con que fueron solicitados y casi forzados los jesuitas de Génova para que hiciesen el dicho juramento, y los rumores que ya llegan, aunque para mí todavía muy oscuros, de la ciudad de Bolonia y de otras muchas del Reino de Italia, nos hacen temer a todos que no nos dejarán en paz ni aun aquí, en donde no son soberanos, y que nos veremos en ataques violentos sobre este punto. Les dejaremos venir, resueltos desde ahora a no hacer con la gracia del Señor cosa alguna que sea contra nuestra conciencia e indigna de un legítimo español.

Día 15 de diciembre

Los papelillos o relacioncillas volantes y fanáticas, o *boletines*, como ellos dicen, sobre la guerra de España, anuncian siempre triunfos y victorias de Buonaparte, que siempre vence, arrolla y esparce a los españoles, que en ellos aparecen como malísimos soldados que casi no saben otra cosa que huir y correr. En nosotros hacen necesariamente el efecto de de confundir y trastornar las cabezas, no sabiendo qué creer sobre esta gran guerra dentro de España, pues sobre ella, sin hacer caso alguno a los *boletines* franceses, publican los romanos con grade satisfacción cien cosas gloriosísimas a los españoles. Aun algunos oficiales franceses favorecen esta opinión de los romanos, pues se

les ha oído decir que estos *boletines* tan depresivos de la tropa española son principalmente contra ellos para quitarles el terror que causaron en la tropa francesa los terribles sucesos y carnificina en el mes de julio, y para que vayan de buen ánimo a la guerra de España. Por esta expresión de los dichos oficiales, y porque han mostrado que creen algunas ventajas de los españoles en algunas acciones con Buonaparte, y porque en público se han lamentado de que aun les interceptan a ellos sus cartas de Francia para que no puedan saber cómo van las cosas, algunos de ellos han sido arrestados por el general Miollis. Pero se supone que no correrá sangre, y que sólo servirá para que se instruyan bien de lo mucho que importa ocultar las cosas contrarias a ellos, aunque sean ciertas, y las ventajosas para los españoles, aunque lo sean igualmente, pues con sola esta diligencia, y apareciendo siempre en los papeles públicos y en las conversaciones con los romanos vencedores y triunfantes, con pocas fuerzas estamos seguros en Roma, y nadie se atreverá a chistar como nosotros.

Confundidos de algún modo y embrollados con la contrariedad entre los *boletines* franceses y la voz común entre los romanos, no nos atrevemos a dar por cierta una gran victoria de los españoles de que en Roma se ha estado hablando por varios días casi por todos y con una absoluta seguridad, y nos contentaremos con insinuarla brevemente. Según las relaciones de los *boletines* que nosotros vimos el último de noviembre, Buonaparte, dueño ya de la ciudad de Burgos el doce de este mes, prontamente hizo marchar su caballería o la vanguardia de su ejército hacia la ciudad de Palencia, y en los días siguientes se enderezaría hacia ella el mismo con la demás tropa, y en pocos días, no hallando resistencia alguna, pasaría de Palencia, y se iría acercando a la vecina ciudad de Valladolid; y este es el sitio en que, según la persuasión común de los romanos, hubo una gran batalla hacia los quince o dieci séis, con gran pérdida de Buonaparte. Supone esta relación que allí le esperaba el general Cuesta con un buen ejército de españoles resueltos a combatir para derrotar a Buonaparte, y bien dispuesto y preparado para hacerlo con ventaja. El impetuoso Buonaparte atacó luego a los españoles que con maña y disimulo supieron conducir su tropa hasta cerca de una numerosa batería que tenían oculta, y, haciendo ésta mucho daño a los franceses, y causando en ellos desconcierto y confusión, se aprovecharon los españoles pronta y vigorosamente de esta favorable coyuntura, y, echándose con furor sobre la tropa francesa, hicieron en ella un horrible destrozo y carnificina, y aun el mismo Buonaparte se halló en algún peligro de ser alcanzado, y de quedar o muerto o prisionero.

Esta es en sustancia, y en un brevísimo compendio, la relación de una gran victoria de los españoles, de que por varios días sin alteración y con firmeza ha estado llena Roma, y quisiéramos creerla, pero no se logra ver por más que se solicite un seguro documento de ella. No obstante, en los *boletines*

de los franceses se descubre una conjetura no despreciable de su verdad, pues por ellos se entiende que a Napoleón en este noviembre le ha sucedido lo mismo que a su hermano José por el mes de julio. Este publicó su itinerario desde Bayona a Madrid haciendo su viaje por el camino real y cómodo, aunque algo más largo, de Palencia, Valladolid, Olmedo, hasta meterse por Guadarrama en Madrid. Pero halló tantos embarazos en este camino que arrebatadamente tomó el otro más breve, aunque más incómodo, de Buitrago, y por él llegó a la Corte. Napoleón pensó llevar el mismo camino para Madrid con su numeroso y victorioso ejército, y así lo pensábamos todos, y lo indicaban por lo menos sus gacetas; y ahora, repentinamente, y contra la común persuasión, nos le ponen sus *boletines* desde el veinte o veintidós de noviembre sobre el otro camino por Buitrago para Madrid. Parece, pues, que por la resistencia que halló hacia Valladolid mudó de pensamiento y de camino, y que con la gente que no pereció en la dicha batalla, reforzada con otro buen cuerpo de ejército que se había inclinado algo hacia Aragón, se enderezó hacia Madrid por el otro rumbo de Buitrago, y por lo mismo que los españoles les esperaron con sus principales fuerzas hacia Valladolid, las tendrán menores en el otro camino de la Corte, y le será menos difícil penetrar hasta ella.

La pérdida de gente que puede haber tenido en la dicha batalla, por mucha que haya sido, le impedirá poco en sus operaciones y empresas, pues, no teniendo al presente otra guerra que las de España, puede llevar allá todos los días nuevos enjambres de alemanes, franceses e italianos. No obstante, el gran pasaje de tropas de las tres dichas naciones por esta ciudad todo este mes de diciembre, indica con bastante seguridad que los franceses temen guerra en el Reino de Nápoles y en la Alemania, y este solo temor es ya alguna ventaja de los pobres españoles, pues les obliga a los franceses a no despoblar tanto de tropa la Italia y la Alemania. No es posible verlo y observarlo todo, pero es así cierto que ha sido continuo el paso de tropa todo este mes hacia un lado y hacia otro, y algunos días Roma estaba propiamente llena de tropa de infantería y caballería, encontrándose algunas veces en esta ciudad la que venía de Nápoles con otra que iba hacia aquel Reino. Dos cosas, a lo que he podido observar, son ciertas en este gran pasaje de tropa. Una es que, en mucho mayor número, la tropa que ha venido de Nápoles y ha caminado hacia el centro de la Italia que la que ha ido hacia la Corte y Reino de Nápoles, porque en éste ha recogido mucha gente, así el pasado rey José como el presente Joaquín. Otra es que con esta maniobra y mudanza de tanta tropa tienen el fin los franceses de llevar a cada país aquella que en él le servirá mejor, y no dejar en parte alguna aquella de que pueden fiarse poco, y que pudiera fácilmente volverse contra ellos. A Nápoles, pues, llevan tropa alemana y francesa, y de este Reino sacan la nacional o napolitana, de la cual se puede esperar poco,

que pelease con ardor contra otros paisanos suyos, y contra su antiguo y legítimo Soberano, y en España y en Alemania les será más fácil hacerlas que hagan su deber. Los hijos de las tinieblas son demasiado astutos y prudentes en sus disposiciones y providencias para llevar al cabo sus inicuos proyectos.

DÍA 20 DE DICIEMBRE

La venida de los franceses como enemigos y conquistadores el día dos del mes de febrero desconcertó e impidió absolutamente las grandes diversiones del Carnaval, por las que tienen una gran pasión los romanos, y los franceses, que conocen muy bien este su trasporte y flaqueza, como hombres que están muy atentos a ganarlos y aficionarlos por todos los caminos que no les cueste dinero, impertinentemente y muy antes de tiempo en la gaceta romana del día diecisiete les anuncian a los romanos con toda resolución que, ya que este año fueron ocasión de que se privasen de estas estimadas diversiones, gozarán de ellas con toda libertad en el año que viene. Se advierte allí mismo que se da este aviso con tanto tiempo, por orden de quien tiene autoridad para darlo, para que sin temor alguno, por la situación y circunstancias en que se halla Roma, hagan sus disposiciones y preparativos todos aquellos que entienden en los teatros, en las máscaras y en las demás cosas pertenecientes a estas diversiones carnavalescas. Los españoles, o a lo menos los jesuitas, gustábamos poco de ellas, y aun las improbábamos en los años antecedentes, que se tenían en Roma por felices, prósperos y tranquilos, aunque más por engaño e ilusión que con razón y con verdad; qué será, pues, ahora que todo es luto, tristeza y aflicción en el Soberano y Papa al mismo tiempo, y en todas las clases de personas distinguidas, así eclesiásticas como seculares.

El piadoso y oprimido Pontífice se horrorizó necesariamente en su retiro al oír en las presentes circunstancias de su persona, y de otras muchas no poco respetables, la resolución vigorosa y determinada de los franceses de divertir a su Corte y a sus vasallos en el año que entra con estas profanidades del Carnaval, y no ha tardado un punto en oponerse del modo que puede desde su cárcel a esta escandalosa en varios sitios públicos de la ciudad un edicto manuscrito, como ya se supone, del Santo Padre, en el que con fuerza y con gravedad reprueba esta resolución de los franceses, y absolutamente prohíbe las diversiones del Carnaval. En él, oportunísimamente, y con toda propiedad y verdad (y lo aseguro, aunque no lo he visto), se representa a sí mismo legítimo sucesor de San Pedro en un estado muy semejante al de este Santo Apóstol, encerrado en una prisión en Jerusalén por orden del rey Herodes, y no sería hoy difícil hacer tocar con la mano que, aunque esta prisión de Pío VII en algunas circunstancias no sea tan cruel y rigurosa como la de San Pedro, no

habiendo llegado todavía a ligarle con cadenas, en otras es de mayor infamia e ignominia. Les recuerda después a los romanos lo que hacían los fieles, según nos consta por la Escritura, cuando el Príncipe de los Apóstoles estaba en la cárcel. ¿Y sería bien parecido que, estando en la cárcel su legítimo sucesor, los romanos, sus súbditos espirituales, y además de esto sus vasallos, en lugar de hacer fervorosa oración al Cielo, imitando a los fieles de primitiva Iglesia, se consagren a las locas, profanas y gentílicas diversiones del Carnaval? A la verdad, si los romanos se engolfan en estas vanidades carnavalescas, vendrá a ser casi lo mismo que aplaudir y celebrar el modo insolentísimo y bárbaro con que están oprimiendo al Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro, y su ignominiosísima prisión por mano de los filósofos franceses. Uno de los sitios en que se fijó este edicto o papelito del Papa fue el publicísimo y legal, por decirlo así, del Campo de Flora; y allí fueron por orden de los franceses los esbirros y alguaciles, que son romanos, y por consiguiente son vasallos del Papa, y serán también cristianos, y le arrancaron con un aire de insolencia, y hubo alguna inquietud entre ellos y algún pueblo que se arremolinó a ellos, y como que quería impedirlo. Pero no fue de consecuencia alguna, y si hubiera habido necesidad se hubiera dejado ver un piquete de tropa francesa, y a su vista se hubiera ido cada uno de los romanos a su casa. ¡Cuánto va de Nación a Nación, y de pueblo a pueblo! Me atrevo a decir sin faltar a la verdad, y aun sin exageración, que entre los cuatro cabos o términos de la monarquía española, desde Rosas a Finisterre, y desde el cabo Ortegal a las Columnas de Hércules, no se hallarían, especialmente entre la gente pobre, cuatro españoles capaces de hacer semejante insolencia contra el Romano Pontífice, a quien ellos llaman el *Padre Santo de Roma*, aunque tuvieran sobre sus cabezas los sables de los franceses, y tendrían para su defensa todos los que se hallasen presentes; y aquí mismo en Roma, y no sólo en la Italia, se hallan a centenares hombres tan viles y tan impíos que hacen esta y otras mayores infamias sobre su Soberano y su Pontífice, y los demás tienen flema e insensibilidad para ver tranquilamente y sin alarmarse tales atentados e insolencias.

A su ejemplo quiere el Papa con toda razón y justicia que todos los cardenales, y las demás personas autorizadas o que estén en cargos públicos, muestren firmeza y constancia, y en nada obedecen a los franceses sino obligados por la fuerza. En esto ha faltado, a lo que se asegura, el cardenal Jerónimo Della Porta, y no lo extraño porque es casi de notoriedad pública que es un hombre de poquísimo espíritu, pusilánime y apocado, y lo mostró ya de joven en la intimación del Breve de Extinción de la Compañía en el Colegio de los maronitas, acompañada de puerilidades y ridiculeces, y no fue la última de todas la bulla y alboroto que causó en el Seminario, pidiendo y buscando

por todas partes el cubierto de plata del P. Rector, sin que nada bastase para que desistiese de su pueril empeño de buscar lo que no había ni podía haber en aquel Seminario. Él se debió de ir de Roma a la ciudad de Gubbio, su patria, sin que le acompañase la fuerza militar de los franceses, o por lo menos se ha vuelto a Roma sin ella y sin licencia del Papa. Este, pues, a lo que se asegura, cuando se le presentó, le recibió de mal semblante, le afeó su proceder, y aun le privó del cargo de Prefecto de la Congregación del Buen Gobierno. De todo es capaz Pío VII en el día, tanto se ha mudado desde que vinieron a destronizarle los franceses, y desde que se halla preso y encarcelado, pues antes de esta época sin agravio suyo se puede y debe decir con toda verdad que era tímido y pusilánime, tanto como el cardenal Della Porta.

Día 24 de diciembre

Entre las tristísimas nuevas sobre las cosas de España con que nos oprimen estas gacetillas o *boletines* de Roma, y que insinuaremos presto si se confirman y aclaran algo más, nos llega una nueva sobre la América española, y no por mal camino, que nos es de mucha alegría y consuelo. Engañado pérfidamente, abatido y encarcelado con una inaudita barbarie y tiranía por el mes de mayo el amable rey D. Fernando VII, quedó la Monarquía española, como es evidentísimo, sin legítimo Soberano; y luego se nos fue el pensamiento y el corazón a la América, y quedamos entre mil dudas y angustias sobre el destino de tantas ricas provincias de los reyes de España, pues es evidente que en este estado de las cosas en España no quedó en la Europa en estado de mandar persona alguna a la que tuviese obligación de obedecer y de estarle sujeta. Y en este estado de la América española, por necesidad libre e independiente de los reyes católicos, cuántas justas y fundadas reflexiones pudiéramos hacer en prueba y demostración de que este trastorno perjudicialísimo e inimaginable que repentinamente se nos puso delante de los ojos, es efecto y castigo de la tiránica, cruel y sacrílega expulsión de aquel mundo de más de tres mil pacíficos, inocentes, útiles y laboriosos jesuitas, con un decreto despótico del engañado Carlos III. ¡Ah!, sin esta tan anticipada expulsión de toda la monarquía española de todos los leales y celosos hijos de San Ignacio, no hubieran logrado jamás los impíos filósofos franceses a corromper a España, perderla, arruinarla y despedazarla.

El nuevo rey de España José Buonaparte, o Napoleón, nombrado por su hermano, el Emperador de los franceses, desde el primer día de su ilegítima y ridícula proclamación en Bayona, se tituló también pomposamente Rey de las Indias, y va continuando, como se ve en la carta del conde de Campo de Alange que poco ha se nos comunicó a nosotros. Los franceses, que mucho ha tenían

muy meditado este suceso del abatimiento del trono de los reyes de España, en los dos afrancesados reinados de los dos Carlos tercero y cuarto, en los que han mandado en España casi como si fueran soberanos, han hecho pasar a muchos de sus nacionales, y entre ellos filósofos, francmasones, jansenistas y demonios a todos los reinos y provincias de la América española; y ya en los primeros años de la Revolución en Francia tuvieron los franceses en México la osadía de favorecer una maligna conspiración para revolver aquella ciudad e Imperio, con el fin de que, rebelándose contra los reyes de España, estableciesen el Gobierno republicano democrático y popular, y, si no me engaña la memoria, con no malos documentos, y algo circunstanciado, se notó por aquel tiempo en este nuestro escrito este impío proyecto de los franceses. Si estos hombres tuvieran el mar abierto, y pudieran ir francamente a La Habana, Veracruz y los demás puertos españoles de la América, y esparcir en aquellos países papeles y escritos fogosos, recordándoles y acriminando la dureza y aun tiranía del Gobierno español, especialmente en este último medio siglo de los reinados de los dos Carlos, en lo que habría poco de falsedad y aun de ponderación, hubiera temido que hubieran llegado a prevalecer en algunos reinos y provincias. Pero no llegando a aquellos puertos nave alguna francesa para este ministerio filosófico de irritar con papelitos a los españoles, y para ayudar en otras cosas a sus paisanos, nunca he temido que los franceses, esparcidos por la América española, aunque no sean pocos, puedan ganar un reino o una provincia para el nuevo rey de España José Buonaparte.

Es todavía muy corto el tiempo de cinco o seis meses que ha pasado desde el abatimiento del rey D. Fernando, y nombramiento y proclamación del rey José en Bayona, para que lleguen noticias de lo que se ha hecho de resulta de estas novedades en los reinos y provincias de la América meridional. Pero ya ha llegado, y con alguna seguridad y con grande consolación nuestra, de lo que se ha determinado en la grande e imperial ciudad de México, y capital de un Imperio dilatadísimo; y es puntualmente lo que se hizo muy pronto y muy bien, y acaso antes que en otras provincias, en el Principado de Asturias, como aquí se notó a su tiempo. En México, pues, las clases principales de personas de la ciudad, reunidas entre sí, e informadas auténticamente de la deposición del legítimo rey D. Fernando y de la elección de un Buonaparte, declararon justa y resueltamente que no querían reconocer al Rey nombrado por el Emperador de los franceses, y que, no habiendo Soberano en el trono de España a quien debiesen sujetarse, en ellos mismos estaba la Soberanía de aquel Imperio. En consecuencia de esta resolución quitaron todo poder y autoridad a los que la tenían de la Corte de España, si no fue de su agrado que continuasen en sus empleos. Entre los depuestos o degradados el principal fue el Exmo. Sr. Virrey y capitán general D. José

de Iturrigaray, y Teniente General de Ejército al servicio de los Reyes de España[25]. Alguna que otra vez he oído a los jesuitas mexicanos que en México estaban contentos con este virrey Iturrigaray, y por ningún lado, en ningún asunto, he oído cosa alguna contra su persona. No obstante, la sola circunstancia de ser hechura del infame Príncipe de la Paz es motivo suficiente para no fiarse a ciegas de él, y lo debe de ser también su misma patria, en la cual, como han mostrado los hechos, la gente de distinción se había aficionado más que en otras partes a la filosofía francesa. Si en esta su resolución conservan los mexicanos un ánimo sincero de reunirse y sujetarse al rey D. Fernando y a sus legítimos sucesores, si fuesen restablecidos en su trono, y mucho más si le tienen también por respeto al cuerpo de la nación española, nada hay en ella reprensible, y es absolutamente muy loable, y nos alegraremos mucho de que toda la América meridional siguiese este bello ejemplo de la respetable capital del Imperio mexicano, que no dejará de llegar a su noticia; y lo esperamos de toda ella, y aun de las provincias del Río de la Plata, aunque en la capital de Buenos Aires es virrey y capitán general el francés Liniers[26], que sirvió bien a España contra los ingleses, porque es muy difícil que en parte alguna, ni aun en donde manda este francés, no viendo llegar nave alguna francesa, y llegando todos los días, por decirlo así, inglesas y españolas, quieran no obstante unirse a la Francia o a un Rey francés.

Día 28 de diciembre

Los *boletines* o gacetillas francesas continúan siempre hablando de ventajas y victorias de Buonaparte en España, y aunque en ellas hay más mentiras que verdades, y cien fanáticas expresiones del valor de los franceses y del abatimiento de los españoles, y sobre otros puntos y circunstancias, no se puede menos de creer, aunque cueste mucho y lo rehúse el ánimo, la sustancia y fondo de ellas, y que han penetrado los franceses segunda vez hasta el centro de la Monarquía. La victoria, pues, de Cuesta hacia Valladolid, o no fue cierta, aunque aquí la creían todos, o no han sacado de ella los españoles las ventajas que podían, y que fuesen bastantes para detener a este hombre con sus marchas y para impedirle pasar intrépidamente adelante. Acaso les ha sucedido ahora

25 José Iturrigaray y Aróstegui (1742-1815). Natural de Cádiz, de donde fue Gobernador desde 1795, año de su ascenso a Teniente General. Era Virrey de Nueva España desde agosto de 1808, y fue depuesto por la Audiencia en septiembre de 1808 al negarse a reconocer a la Junta Suprema de Sevilla.

26 Santiago Liniers Bremond (1753-1810). Natural de Niort, en el Poitou. Ingresó como Guardiamarina en Cádiz en 1775, y llegó a Capitán de Navío en 1792. Brigadier de Marina en febrero de 1807, es designado Capitán General del Río de la Plata en diciembre de ese mismo año.

a los españoles como por el verano, cuando echaron a los franceses del interior del Reino, y por no haber hecho un poco de esfuerzo más no les echaron enteramente de España, y quedaron con una entrada fácil por Guipúzcoa y Álava. Sobre nada decidimos, y no hacemos más que insinuar nuestros temores, porque sobre nada tenemos ni podemos tener relaciones dignas de crédito.

En los *boletines* antiguos, de que hablamos el día quince, ya nos ponían a Buonaparte, dejando el camino real de Palencia y Valladolid, en el otro menos cómodo, aunque más breve, de Buitrago. Por este camino, velozmente, con su numeroso ejército, sin hallar otra resistencia que alguna muy débil y flaca en la subida del Puerto, y nosotros no podemos añadir a los que ellos dicen, y hacer una conjetura fundada sobre este suceso; y no podemos decir si los españoles se descuidaron en fortificar bien este Puerto tan importante, o en proveerle de la tropa necesaria para su defensa, y menos si, aunque no se hubiese faltado en nada, algún español afrancesado y filósofo, sin religión, hizo alguna vileza y facilitó la subida a los franceses.

Vencido este obstáculo del Puerto, sin otra resistencia, no teniendo allí los españoles ejército capaz de hacerle frente, se acercó Buonaparte con el suyo a la Corte de Madrid, y en los cuatro o seis días que tardó en capitular, según se entiende por sus *boletines,* el pueblo madrileño estaba lleno de ardor y quería defenderse con el mayor empeño, e hizo pedazos a uno llamado Perales que le inclinaba a la paz y a ceder a los franceses[27]. Mas al fin se pudo sosegar al pueblo y se hizo su capitulación, y por parte de la Corte fue el mensajero que fue a tratar con Buonaparte el teniente general D. Tomás Morla[28]; y por lo menos se puede creer que, cuando no ayudase villanamente al triunfo de los franceses, no sintió mucho que triunfasen y que se apoderasen de la Corte de Madrid, porque él era de particular confianza del Príncipe de la Paz, y es hombre sin religión y filósofo incrédulo, y esta casta de hombres todo lo sacrifica al triunfo de la impiedad. En la capitulación, como se supone, hay perdones de lo pasado, grandes ofertas para en adelante, y de parte de la Corte y de sus moradores promesas de obediencia y fidelidad al nuevo rey José Buonaparte, o Napoleón, que verisímilmente habrá ido allá en compañía de su hermano, aunque ni esto dicen con claridad estas gacetas, ni por otro lado se sabe.

27 El marqués de Perales fue asesinado el 1 de diciembre de 1808.

28 Tomás Morla (1747-1811). Nacido en Jerez de la Frontera, ingresó como cadete en la Academia de Artillería de Segovía en 1764. Teniente General desde 1795, favorecido por Godoy, al que llamaba "mi amado protector". La Junta de Gobierno de Sevilla lo designó Capitán General de Andalucía el 30 de mayo de 1808 en sustitución del asesinado general Solano, y a fines de 1808 la Junta Suprema le encargó la defensa de Madrid, pasándose al josefismo. Murió como Consejero de Estado josefista el 6 de diciembre de 1811.

¡Infelicísima Corte de Madrid, aunque en su leal y generoso pueblo dignísimo de mejor suerte! Por tres veces en este mismo año ha sido inundada de sangre, pisada, ultrajada y dominada de viles franceses. ¿Cuánta sangre de madrileños derramó por el mes de mayo el fiero Murat? ¿Cuánta se derramó en los últimos días de julio para echar de allí al intruso Rey y a sus franceses? ¿Y cuánta se habrá derramado en esta ocasión, atacándola con fuerza los franceses mandados por su mismo Emperador? Qué caro le cuesta un artificioso y maligno tumulto del año de sesenta y seis, fingido y levantado de propósito por los hombres más autorizados en aquel tiempo en la Corte de Madrid para engañar a un sencillo Monarca, y perder y oprimir a muchos millares de religiosos inocentes y capaces de impedir el triunfo de la impiedad e irreligión, que ya entonces tenían premeditado, y ahora van consiguiendo. El Cielo sufre y calla por más o menos tiempo según sus inescrutables juicios, pero no suele olvidarse de castigar aun en este mundo atentados tan horrendos, ni de vengar a los inocentes oprimidos. Si ahora lo entienden pocos así, es creíble que, amaestrados con las tribulaciones, en adelante los entiendan todos, y, acaso mejor que el pueblo, todas las clases distinguidas que en estos trastornos y mudanzas del Gobierno padecen mucho más. Sin que nadie nos lo diga, y desde tan lejos, se entiende que, al acercarse a Madrid el ejército triunfante de los franceses, habrá sido grandísima la inquietud, turbación, congoja y afán de la Junta de Gobierno, de los grandes, y de otros señores, de los consejeros de todos los consejos, y de otro gran número de personas de distinción. La Junta se ha ido arrebatadamente hacia Sierra Morena, y los demás, o se han retirado tumultuariamente a donde han podido, o se han quedado en Madrid expuestos a mil vejaciones, si no son del partido y confianza de los franceses.

Es muy notable para nosotros y para nuestra historia el día de esta rendición o capitulación de la Corte de Madrid, pues fue el dos o tres de este mes de diciembre, y por consiguiente la víspera o el día mismo del incomparable Apóstol de las Indias San Francisco Xavier, y no sería ésta la primera vez, ni aun en el mismo Madrid, como sucedió el año de ochenta y ocho, que se ha visto en su día algún suceso con señales muy claras de ser un terrible castigo. Los jesuitas vivos, con no pequeña generalidad, deseamos, para bien de nuestros reyes y de nuestra patria, gloriosísimas victorias contra los ateístas franceses, y quisiéramos que nuestros santos se las dieran, como se lo pedimos en nuestras pobres oraciones. Lo contrario en nosotros dependería fácilmente, y de un celo justo y moderado contra los pecados de España, vendría a ser un resentimiento, un despique y una venganza disimulada y secreta por los males que nos han hecho a nosotros, y con la gracia del Señor y por su misericordia hemos estado libres aun desde el primer día de nuestra persecución de tan viles afectos. Pero los santos del Cielo no tienen este peligro, y con la misma ino-

cencia y santidad favorecen y castigan a los hombres según la santísima y soberana voluntad del Señor, y a la verdad, como en Roma han venido según dos castigos, porque para su enmienda fueron inútiles los primeros, así también en España, a lo que parece, son convenientes estos del día, no habiendo tenido los pasados todo el efecto que debían tener, y que ciertamente deseaba el Señor.

No habían sido ya pequeños los males de España por el mes pasado de julio. Ya estaba el trono abatido, el rey D. Fernando, un hermano y un tío suyo en una prisión, y toda la familia real en Francia, y ya se había derramado mucha sangre española en varias provincias y en la misma Corte, y en los últimos días del mismo mes, con alguna notable concurrencia del día de San Ignacio, y con su benigna influencia, como piadosamente podemos creer, se vio repentinamente la Corte y todo el interior de la Monarquía libre de los usurpadores franceses, y suspiró la oprimida Nación, y se halló en un estado de alguna prosperidad y con grandes esperanzas de no ser oprimida y subyugada otra vez. Pero para lograr esto era necesario, según las circunstancias lo permitiesen, corregir aquellos pecados y escándalos públicos y del Gobierno por los cuales han venido tantos males sobre la pobre España. Qué se hubiera perdido, por ejemplo, en que la Junta Soberana hubiera formado prontamente un celosísimo tribunal de la fe en toda libertad para descubrir, prender y castigar a todos los enemigos de la Religión, francmasones y jansenistas, y hubiera tomado otras sabias providencias contra otros notorios abusos de los gobiernos pasados.

Por lo menos debía la Junta Soberana haber seguido el movimiento y grito general de la católica y piadosa nación española en la causa y negocio de la Compañía de Jesús y de sus hijos. En esta ocasión gritaría la nación española, como lo ha hecho en otras menores, y a grandes voces diría que todos los males de España nacen de la falta de los jesuitas, y de las injusticias y calamidades que se han hecho contra ellos; y es lo mismo que aclamarlos inocentes y dignos, y con derecho de ser restablecidos con honor en todos los dominios de España. ¿Por qué, pues, la dicha Junta, teniendo autoridad para ello, y siguiendo el voto general de la Nación, con un breve Decreto de cuatro renglones no revocó todas las pragmáticas y decretos de los reinados pasados contra la Compañía, que son más obra de los malignos ministros que de los reyes, y mandó quemar tantos infames libelos contra la misma, siendo igualmente de notoriedad pública en España que los primeros son injustos y los segundos calumniosos? Y añadiendo, como consecuencia de este su Decreto, su intención y prontitud de ánimo para solicitar, luego que se pudiese, del Santo Padre el restablecimiento con todo honor de la Compañía de Jesús en España, haber hecho de su parte todo lo que en aquellas circunstancias podía para desagraviar la ultrajada Compañía de Jesús, para acallar los clamores

vivos y penetrantes, por venganza, de su inocencia oprimida, y para desarmar la terrible ira y cólera del Cielo. Y en tal caso, me atrevo a decir sin miedo de engañarme, que el grande Apóstol del Oriente, en lugar de introducir en su día en la Corte a los ateístas franceses, desde su Xavier les hubiera hecho frente, y les hubiera echado de Navarra, y le hubiera acompañado San Ignacio desde Loyola para echarles de su Guipúzcoa, y se hubieran cerrado estas dos puertas de España.

En medio de la casi total falta de comunicación, no se puede menos de creer que en los tres meses siguientes a la libertad de España, agosto, septiembre y octubre, no ha hecho la Junta cosa alguna de importancia en desagravio y en honor de la infamada Compañía de Jesús, pues no ha llegado por parte alguna ni un confuso rumor de tal cosa; y no era posible que dejase de llegar, si fuera cierta y pública por consiguiente en toda la Monarquía. La dicha falta de comunicación, por la cual ni sabemos cuántos son los diputados o miembros de la dicha Junta, y mucho menos quiénes son, es absolutamente causa de que ni aun con probabilidad y conjeturando podamos decir los autores de esta frialdad para con la Compañía en circunstancias tan favorables para ella. Pero en general se puede decir, sin peligro de engaño, que allí habrá sucedido lo mismo que en Roma, especialmente en el largo Pontificado de Pío VI, y en otras partes en las mismas circunstancias.

No faltarán en la Junta algunos enemigos de los jesuitas, y puede bastar para este efecto, si no se ha mudado enteramente, el conde de Floridablanca, D. José Moñino, que, según se dice, ha sido honrado con el distinguido empleo de su Presidente; y, si es esto cierto, o Moñino se ha convertido del todo, o la Junta no conoce a este hombre, que en Madrid no fue de los últimos opresores de la Compañía, y en Roma fue el principal. Este, pues, u otros semejantes, cuando se hallan en circunstancias ventajosas para los jesuitas, como en el principio de los dos últimos pontificados de Pío VI y Pío VII, dejando aparte sus irracionales furores contra ellos, y aun concediendo la necesidad de restablecerlos otra vez, ponen su fuerza solamente en persuadir que el tiempo y las circunstancias, por varios títulos y respetos, no son oportunas para hacer una novedad tan ruidosa como esta; y con esta política astuta han logrado muchas veces los enemigos de la Compañía que se difiera su restablecimiento para otra ocasión más favorable, y después logran que el proyecto se vaya enfriando y olvidando, y que al cabo se abandone. Yo me figuro que así ha sucedido en la Junta de España, y con inocencia, o sin gran culpa de muchos, y aun de los más de los diputados. Pero estas astucias y políticas nada valen delante del Señor, y su cólera y enojo contra España va adelante, y ya están otra vez los ateístas franceses dentro de la Corte y en el interior de la Monarquía, y en mayor número que antes, y con su Napoleón el Grande a su frente. Se

puede, por tanto, temer que en esta segunda entrada de los franceses, y no teniendo otra guerra en el Continente, lleguen a conquistar toda la Monarquía; y por lo menos será mucho mayor el derramamiento de sangre española, e inmensos los males y miserias de la pobre España. Con su miserabilísimo estado presente la compadecemos muy de corazón, y pedimos al Cielo con la mayor eficacia que la proteja y ayude para que no quede sujeta a los impíos franceses, y que le dé a conocer las verdaderas causas de sus males, para que los deteste con indignación y los corrija prontamente.

DÍA 30 DE DICIEMBRE

Ayer veintinueve murió en esta ciudad el Emmo. Sr. Cardenal Luis Valenti Gonzaga, que era ya Vicedecano del Sagrado Colegio, y como tal Obispo de Porto y Santa Rufina, Prefecto de la Inmunidad Eclesiástica y Bibliotecario de la Iglesia o de la Biblioteca Vaticana. En muchas ocasiones hemos hablado, y con elogio, de este cardenal Gonzaga, que ha sido superior a todos los de este tiempo en amar y estimar a la Compañía, haciendo alarde, aun en circunstancias muy críticas y muy fuertes, de ser parcial y aficionado suyo. Era costumbre de la facción jansenística ganar con dádivas y pensiones a los que iban por nuncios a las cortes católicas para que obrasen contra los jesuitas; y, desconfiando de poder ganar a monseñor Valenti, Gonzaga, cuando fue Nuncio en Madrid, se contentó con ganar al abate D. Juan Galeoti, que le acompañó para la correspondencia de la cifra, como se lo confesó impensadamente él mismo a mi amigo y compañero D. Ignacio Guerra, y este me lo asegura a mí. Su nunciatura en Madrid fue en los años de mayor furor contra los jesuitas y todas sus cosas, gloriándose y relamiéndose sus enemigos con su triunfo, pues fue a Madrid poco después de la extinción de la Compañía. En los tres años de su residencia en aquella Corte no pudo hacerla otro bien que el que conociesen aun los furiosos y dominantes Roda, Osma, Campomanes y otros, que aun después de muerta la estimaba y amaba. Con pocas expresiones al genio y gusto de aquellos ministros se le hubieran dado buenas rentas y pensiones, pero no las quiso ganar con un obsequio y servicio tan fácil, y así salió de Madrid y se volvió a Roma sin un maravedí ni de renta eclesiástica en España, ni de pensión por el Rey. Fenómeno singularísimo, y que acaso no se había visto en todo el siglo antecedente, y estuvo muy lejos de verse en su casi inmediato antecesor Lázaro Opicio Pallavicini, que con una manifiesta traición al papa Clemente XIII, y con un servicio importante a los ministros de Madrid en la causa de la Compañía, mereció venir a Italia cargado de rentas y de pensiones hasta la suma de, por lo menos, quince o veinte mil pesos duros al año; ni se ha repetido tampoco en alguno de los cuatro nuncios en Madrid que le

han ido sucediendo, pues el cardenal Nicolás Colonna Stigliano[29], que le sucedió inmediatamente, y ya ha mucho el cardenal Hipólito Antonio Vincenti, que sucedió a Stigliano; el cardenal Felipe Cassoni, que sucedió a Vincenti, y el actual Nuncio, Pedro Gravina[30], que sucedió a éste, todos han recibido seis u ocho mil pesos duros anuales en rentas eclesiásticas o en pensiones, y esto no es algún misterio oculto, ni ellos se empeñan en ocultarlo, ni sienten que se sepa.

Vuelto a Italia el cardenal Valenti en su Gobierno de la legacía de Rávena[31], y después en Roma, antes y después de la revolución republicana, siempre ha hecho alarde de tratar y de estimar a los jesuitas, aunque los veía en abatimiento y despreciados de todos, y especialmente de los embajadores y ministros de Madrid, y solía decir con gracia que, como no deseaba el Pontificado, no temía a España ni a sus ministros, porque no le podían hacer mal alguno. Cuando dijo antes de la opresión de Roma en el año de noventa y ocho para hacer creer al papa Pío VI, y a todos, que los males que les amenazaban era un evidente castigo del Señor por las injusticias y crueldades de Roma contra la inocente Compañía de Jesús, más temo yo, decía con toda franqueza y libertad, a este castillo, bárbara prisión y cadalso cruel de tantos ilustres inocentes, que a todas las huestes francesas republicanas. Bórrese esta ignominia de Roma, y especialmente nuestra, y se convertirá en humo toda la fuerza de los impíos contra nosotros. Por el mismo justo y verdadero modo de pensar, viendo que nada se corregía en el nuevo Pontificado de Pío VII, y suponiendo que infaliblemente sería Roma oprimida y trastornada otra vez, no quería volver a esta ciudad, y tardó efectivamente en venir algún otro año. Mas al fin vino, y se puso a vivir en el Colegio germánico, que fue de la Compañía, y después de cinco o seis años de una vida cristiana, piadosa y ejemplar, ha muerto este día veintinueve con el desconsuelo por una parte de ver otra vez a Roma sobrecogida en males y miserias, y con el consuelo por otra de que esta segunda opresión la dará más entendimiento que la primera, y de que restablecerá con todo honor la oprimida Compañía de Jesús; y es buena prueba de esta su esperanza el haber dejado depositada su estimable librería en persona segura para que la entregue, a lo que oigo, a la Compañía luego que sea restablecida en Roma. Era natural de Rovere, en el Obispado de Mantua, en donde nació

29 Nicola Colonna di Stigliano (1730-1796). Nacido en Nápoles, fue Nuncio en España desde junio de 1776. Creado Cardenal en el consistorio de 14 de febrero de 1785, falleció el 30 de marzo de 1796.

30 Pietro Gravina (1749-1830). Natural de Sicilia, fue Nuncio en España desde el 1 de marzo de 1803. Cardenal en el consistorio de 8 de marzo de 1816. Murió en Palermo el 6 de diciembre de 1830.

31 Fue legado entre 1778 y 1783.

a quince de octubre de 1725, y tenía por consiguiente ochenta y tres años de edad, y de cardenalato tenía treinta y dos, habiéndole publicado el papa Pío VI en el consistorio de 20 de mayo del año de 1776.

Día 31 de diciembre

En esta tarde del último día del año se ha hecho en la iglesia del Jesús, bellamente colgada y muy bien iluminada, la acostumbrada piadosa función de cantar solemnemente el *Te Deum* en acción de gracias al Señor por los beneficios que nos ha hecho en este año que va a expirar. El cardenal Alejandro Mattei, que hace de Datario desde el destierro del cardenal Roverella y es superior de aquella iglesia, entonó el *Te Deum* y dio la bendición con el Santísimo, y de sus hermanos, que otros años solían ser de veinte a treinta, asistieron sólo los cuatro siguientes: Francisco Carrafa Trayetto, Hércules Consalvi, Carlos Erskine y Jerónimo della Porta. Por lo demás, el concurso de la gente era tan numeroso, y acaso más, que otros años, porque las presentes tribulaciones hacen al pueblo más devoto; y todo en ella se hizo con la solemnidad y piedad acostumbrada. Hemos, pues, llegado ya al fin de este año de ocho del siglo décimonono, harto triste, luctuoso y trágico, especialmente para España, para Portugal y para Roma, y sólo nos falta para cerrar este tomo presentar aquí brevemente el verdadero estado en el día, según hemos hecho otros años, de la Compañía de Jesús y de varias cortes y Estados, y especialmente de aquellas que tienen con la misma alguna relación.

Compañía de Jesús

En todo este año de 1808, de que acabamos de salir, no ha habido mudanza notable en parte alguna en el estado de la Compañía de Jesús. No es mucha la comunicación con la Rusia, pero es suficiente para saber que la amistad y alianza de la Francia con la Rusia no les ha perjudicado hasta ahora a los jesuitas rusos, y yo nunca he temido que en fuerza de ella logren los franceses entrometerse en las cosas domésticas de la Rusia, como lograron en España, en Roma, y en otras partes, y se puede creer que, no habiendo cosa alguna que se lo impida, se vaya siempre aumentando su número. La poca comunicación con Sicilia basta también para saber que no se ha hecho novedad alguna contra aquellos jesuitas. Ellos viven siempre entre sustos y temores, ya por ser muchos y muy poderosos sus enemigos en la capital y ahora Corte de Palermo, y aun al lado de los reyes, y ya porque siempre se debe temer que los franceses en alguna favorable coyuntura lleguen allá y se apoderen de aquella isla, y es más temible al presente porque el rey Joaquín Murat es más capaz de esta empresa que su antecesor José. Están, pues, todavía en peligro

de ser arruinados y dispersos. Esperamos, no obstante, y lo esperan ellos también, que con la protección de la Marina inglesa, y mucho más con la del Cielo, merecida de algún modo por aquellos soberanos, como insinuamos en otro lugar, se ha de salvar aquella isla sin que lleguen a entrar en ella los impíos franceses. Y no dudo que en Sicilia, aunque no se pueden saber en particular estas cosas, se habrá extendido la Compañía a alguna otra ciudad, y que irá creciendo el número de sus hijos. En estos dos países, Sicilia y Rusia, está establecida la Compañía no sólo con toda legalidad eclesiástica y civil, sino también con toda propiedad en cuerpo de provincias y en comunidades reunidas en colegios y casas, y con toda libertad para la enseñanza y para el ejercicio de todos los ministerios.

Los jesuitas rusos y sicilianos llegan seguramente, según podemos concretar por lo que se dijo en los años antecedentes, al número de seiscientos. A estos se deben juntar los que hay en los dominios de Su Majestad británica, que están unidos con los de la Rusia y dependientes del P. General, que sin interrupción se ha conservado en aquel Imperio, y se deben de añadir también los que fueron jesuitas en Nápoles, y, expelidos de aquel Reino por el rey José, se conservan en Roma y en las ciudades de Tívoli y Urbieto de este Estado Pontificio. No creo, pues, que haya ponderación en decir que estos, que son propiamente jesuitas y dependientes de un Superior General residente en la Rusia, llegan al número de ochocientos. ¿Y cuántos generales y vicarios generales independientes hay que no tienen tantos súbditos, aunque sus religiones no han sido extinguidas, y la Compañía lo fue treinta y cinco años ha? En Roma hay más de veinte generales y vicarios generales, y si no les están sujetos, como parece, los religiosos de sus órdenes en España, acaso sólo el de los capuchinos llega a tener un número tan grande de súbditos. La Compañía sola ha sido extinguida, y no obstante es más numerosa que casi todas las otras religiones, que, de resulta, y con influencia de su extinción, han sido divididas, despedazadas y oprimidas en este país y en el otro. Suceso real, verdadero, que tenemos a la vista, y no se puede menos que llamar prodigioso, y debe ser de muy útil instrucción para todos los regulares, pues ven con sus ojos que la Compañía extinguida es más numerosa que sus órdenes, cuando ellos creyeron que aquella quedaría sepultada para siempre, y que éstas se ensalzarían mucho sobre sus ruinas.

Otro prodigio semejante a esta conservación de la Compañía en tan grande número se está viento en esta porción de jesuitas que fueron arrojados de Nápoles, entre los cuales hay algún otro portugués, buen número de españoles e italianos, jesuitas antiguos, y otros que han entrado de nuevo. Algunos de estos pasaron a vivir y trabajar en la enseñanza y con los ministerios en las ciudades de Sezze, Anagni, Amelia y Palestrina, habiéndoles hecho los obispos

algunas razonables y aun generosas promesas en orden a su manutención; y el P. Provincial, José Pignatelli, a todos estos, con buenas razones y justos motivos, les ha sacado de las dichas ciudades, y, reunidos en sus tres casas de Roma, Tívoli y Orbieto, y hablando en puridad y sin rodeos, la verdadera causa era el que lo pasaban mal y con mucha estrechez, porque los dichos obispos italianos, y especialmente dos de ellos, tratándose de jesuitas, y mucho más españoles, quieren que trabajen mucho y sin límites, por decirlo así, y gastar poco o nada con ellos. Por este aumento de sujetos en las dichas casas, se ha visto obligado aquí en Roma a alquilar otra caseta inmediata a las del Buon Conseglio, a la que han pasado a vivir algunos jóvenes con un Padre antiguo. Con extravagancia de alquilar estos jesuitas casa en que vivir, teniendo la Compañía en Roma diez o doce, y algunas bien desocupadas, se parece a la otra de obligarles, siendo jesuitas, a vestir como clérigos seculares, andando vestidos de jesuitas otros que no lo son.

En esas casas de Roma, y en las otras dos de Tívoli y Orvieto, podrán ser como unos setenta, y en todos les mantiene con mucha decencia en el trato y en el vestido el dicho padre provincial Pignatelli, y mantiene también o socorre por lo menos a algunos jesuitas napolitanos que viven en la Casa del Jesús. Esto ya es mucho, pues no será menos de cinco o seis mil pesos duros al año, y, como si no gastara nada en sus casas con los suyos, ayuda y socorre en Roma y en otras partes a no pocos de los jesuitas españoles, y le queda todavía para dar limosnas, y algunas no pequeñas, a personas honestas del país, que con las novedades presentes se hallan en necesidad, y ocultamente acuden a él. Si estuviera abierta la comunicación con España, recibiría fácilmente sumas considerables de personas ricas y piadosas y bien afectas a la Compañía, y de sus dos ricos sobrinos, el conde de Fuentes, y mucho más de la duquesa de Villa Hermosa. Pero de España nada puede venir en el estado presente de las cosas, y es muy creíble que sus sobrinos hayan padecido mucho en las dos entradas de los franceses, y no se hallen en estado de poder socorrerle, aun cuando hubiere algún camino oculto por donde enviarlo, ni podrá tampoco ayudarle mucho, aunque quiera, su sobrina de Nápoles, que, desterrada de aquella Corte, está aquí en Roma metida por necesidad en gastos extraordinarios; y no obstante gasta tanto, y está tan animoso y tan sin miedo de que le llegue a faltar, como si tuviera a su disposición un tesoro o una mina inagotable. Y sin duda la tiene en su gran corazón y en su segurísima confianza en la Divina Providencia, que provee, aun por medio de milagros visibles u ocultos, a los que saben arrojarse confiadamente en sus brazos. ¿Y no es este un prodigio casi tan grande como la conservación de la Compañía por tantos años, en tales países, y en tales circunstancias?

Aunque escondidos en sus casitas, que están en un rincón de la Suburra de los menos franqueados de la ciudad, no están del todo ociosos, si bien, por no irritar más contra ellos a los dominantes franceses, se abstengan de algunos ministerios de mayor estrépito y bulla, como las misiones y otros semejantes. Trabajan con los galeotes o presidiarios que están en un cuartel o cárcel que está cerca de su casa, aunque por el recelo insinuado no harán con ellos la devota función que hicieron uno de estos años para que cumpliesen con la Iglesia. Van a menudo a los hospitales, cuidan en lo espiritual de algún otro conservatorio de niños, y se muestran francos en ayudar a varios conventos de religiosas, dándoles los ejercicios, haciéndolas algunas pláticas, y encargándose de la dirección de sus conciencias. Y en su iglesita del Buon Consiglio, en la que establemente confiesan algunos, se alcanzan, por decirlo así, unas fiestas a otras, y casi seguidamente se hacen en ella novenas y otras fiesticas con buen concurso de la gente pobre del barrio, y con gusto de los cofrades de Nª Sª del Buon Cosiglio, de quien es la iglesia, y por su parte ayudan y concurren a todo. Algún día, como esperamos, pasarán de esta pequeñita y escondida iglesia del Buon Consiglio, si los franceses no les perturban en su presente estado, a la grande y pública del Jesús para continuar en ella con esplendor los mismos u otras sagrados ministerios. Hágalo el Señor presto para gran gloria de la infamada Compañía de Jesús, y para no pequeña utilidad de esta gran Corte de Roma.

Los demás jesuitas de todas las naciones, a los que se intimó el Breve de extinción del papa Ganganelli, y no se han reunido a la Compañía en alguna parte, están tirados y esparcidos en sus respectivas patrias, a excepción de los españoles y portugueses, pues los que aún viven en la mayor parte están todavía desterrados en la Italia. Puede ser que en Alemania y en Polonia se conserve todavía algún convictorio o reunión de algunos jesuitas, aunque tampoco es imposible que en tantas turbaciones y mudanzas en aquellos países se hayan acabado todos; y de cierto se acabó el más numeroso y más bien fundado en la ciudad de Augusta, por haberse sujetado al filósofo Duque y al Rey de Baviera por la autoridad del gran Buonaparte. Y en los dichos países, ni aun en la Corte de Viena, aunque por muchos títulos debiera la Casa de Austria, no se ve el menor indicio de que para nada se piense en jesuitas.

En esta ciudad de Roma va adelante el numeroso convictorio de jesuitas en la Casa del Jesús, que fue la Casa Profesa y la residencia del Prepósito General hasta la extinción de la Compañía. Su número no es menos de noventa, pues, aunque en ella han muerto muchos, van entrando otros de los que están esparcidos por la ciudad. Entre ellos cuatro o seis con portugueses, de veinte a treinta italianos, y de cincuenta a sesenta españoles; y no están del todo ociosos los de esta Casa, pues algunos predican novenas y panegíricos en aquella iglesia y en otras de la ciudad, y uno hace todos los sábados la devota función, y no

con pequeño auditorio, de contar y moralizar un ejemplo de la Santísima Virgen, y varios confiesan en aquella iglesia y en algunas otras, y en muchos conventos de monjas, y aun algunos de los que están esparcidos confiesan en algunas parroquias. No será, pues, exageración ni tampoco jactancia reprensible si para gloria de la Compañía de Jesús extinguida hace ya treinta y cinco años aseguro con franqueza, como una verdad que está delante de los ojos, que sus escondidos y despreciados hijos trabajan más que los religiosos de cualquiera otra Religión, aun las más numerosas, y especialmente en el penoso, oscuro y utilísimo ministerio de la confesión o penitencia. En su gobierno económico, que viene a ser republicano, según se ha explicado aquí alguna otra vez, no hay otra novedad que la que se va siguiendo de la falta de la pensión a los españoles, pues ya algún otro se ha retirado del refectorio común por no poder contribuir con la cantidad correspondiente, y se va a comer en la casa de algún amigo del país, o come pobremente en su rincón. ¿Y qué será, si va algo a la larga, la falta de nuestra pensión?

Este trabajo que experimentaron antes los portugueses, y generalmente todos los italianos por más o menos tiempo, nos ha venido a los españoles en este año octavo del siglo, y nos es de un modo particular molesto y pesado por dos razones. La primera es hallarnos en un país extranjero que no es generalmente muy dadivoso, ni se muere por españoles, aunque a ninguna otra nación debe tanto, en especial en materia de intereses, como a la española. La segunda es la entera falta de comunicación con nuestras familias de España y de América, de las cuales no pocos recibiríamos lo suficiente para comer sin estrechez un pedazo de pan en el lugar de nuestro destierro. A esta gran miseria, común a toda la asistencia de España, se ha añadido, y a ella sola, otro gran trabajo y molestia en este mismo año octavo del siglo. Los pocos que hay en Génova, después de varios disgustos, amenazas y aun opresiones, se vieron obligados de algún modo a hacer juramento de fidelidad al intruso rey de España José Buonaparte. Los trescientos o cuatrocientos que puede haber en las tres legacías de Ferrara, Bolonia y Rávena o La Romaña, después de molestísimos arrestos de sus personas y embargos de sus propias alhajuelas, se han visto ya en el embrollo, confusión y atropellamiento de pedirles el juramento de fidelidad al dicho rey José, y en el principio del año que viene diremos con candor y verdad lo que se sepa de esta operación en aquellos países; y los doscientos de Roma ya estuvimos por el mes de octubre casi presos, y ya estuvimos preparados para el arresto, y aun para el destierro si querían echarnos de Roma, y ahora estamos intimados por escrito con la comunicación de la carta del conde del Campo de Alange para hacer el juramento al rey José.

Los de la asistencia española, que en el segundo destierro se quedaron en España, y serán hacia doscientos, contando algunos de la América, se han

librado de estas inquietudes en que nos hemos visto los que estamos en la Italia. Pero acaso se han visto muchos o algunos de ellos en mayores trabajos y aflicciones, metidos entre las espadas de los franceses, y obligados a ver los horrores de una guerra fierísima y sangrientísima, y la muerte violenta de amigos y parientes, y la ruina y saqueos de sus patrias. Con el tiempo se llegarán a saber sucesos muy trágicos y dolorosos que por la falta de comunicación nos están enteramente ocultos, como también si de los mismos, o violentamente o de muerte natural, han muerto algunos. Lo peor es que unos y otros estamos todavía en el mismo trabajoso estado; ellos entre las espadas de los franceses y entre peligros propios y de los suyos, y nosotros entre sus manos para que a su capricho nos vuelvan y nos revuelvan, y hagan de nosotros los que quisieren, y nunca querrán hacer bien alguno a los aborrecidos jesuitas, ni españoles, ni italianos, ni de ninguna otra nación, ni dispersos, ni reunidos, porque el solo nombre de jesuitas les alarma, les irrita y enfurece a estos impíos filósofos, francmasones y jansenistas, y propiamente ateístas franceses que dominan en la mayor parte de la Europa. Pero los españoles tenemos más que temer de su fuerza porque querrán vengar en nosotros, que estamos entre sus garras, la vigorosa resistencia que les hace nuestra Nación, con la cual se deslustran sus triunfos, se atrasa la exención de sus vastos proyectos, y debiera desconcertarse enteramente, abriendo los ojos con su ejemplo las demás naciones católicas. Es por tanto muy temible que en el año siguiente vengan nuevos particulares trabajos sobre nuestra asistencia española, y que con ellos, reducida ya al corto número de ochocientos, aun contando ciento o más secularizados antes de la extinción, se disminuya notablemente y queden poco más de cincuenta para cada una de sus once provincias. En la nuestra de Castilla no ha habido en este año novedad alguna particular digna de notarse, y no ha sido en él grande el número de sus muertos.

De la nueva Compañía, no de Jesús, sino de la Fe de Jesús, que intentó fundar Nicolás Paccanari, y que él, con la protección de los más autorizados cardenales, la hacía aparecer en Roma, y aun en otros países, como ya fundada y sólidamente establecida, aunque jamás tuvo la más mínima aprobación de la Santa Sede, diremos aquí, y verisímilmente por la última vez, una palabra, presentando su estado presente. El P. Fundador y general Paccanari, después de habérsele dado por el Santo Oficio, en vista y revista de su causa, sentencia de reclusión de por vida en el lagastolo, que equivale a la de muerte, por gracia del Santo Padre vive retirado y sin grande incomodidad ni opresión, como supongo, en la casa o palacio de la misma Inquisición. Sus delitos, por tanto, son necesariamente gravísimos, no habiendo ni una sombra de apariencia de que este Sagrado Tribunal le haya condenado por aversión de algunos poderosos contra él, y por sus empeños o sobornos, y con poca curiosidad

hubiera llegado a saberlos a lo menos en términos generales. Y debe de haber hecho también algún gran pecado contra los franceses, pues, sin esto, habiendo seguros indicios, por no decir pruebas demostrativas, de que él no era desconocido ni mal visto de los filósofos en estos meses que han estado dominando en Roma, cuando no lo ensalzasen por haberle encontrado infamado tan públicamente y tan solemnemente con las dos sentencias del Santo Oficio, por lo menos le hubieran sacado con este o el otro pretexto de la casa o palacio de la Inquisición, y puesto en toda su libertad.

Además de esta conjetura tengo una prueba segurísima de que el general Miollis está de muy mal humor y muy indignado contra Paccanari, y no puede haber sido otra la causa que el no haber acertado a darles gusto en todo, o haber hecho alguna cosa muy diferente de los delitos por que ha sido condenado por la Inquisición que le haya desagradado mucho. La ilustre y piadosísima señora Luisa Jacomeli, no desconocida en Roma, me ha contado a mí mismo lo que voy a decir sobre este asunto, y a ella se lo ha contado el mismo padre Mezenda, religioso dominicano, Comisario del Santo Oficio, con quien trata familiarmente. La dijo, pues, el P. Comisario a esta Señora que el general Miollis le preguntó por el P. Paccanari, y que él le respondió que estaba detenido en el palacio de la Inquisición; "pues téngale bien guardado –le dijo Miollis– porque si V. le pone en libertad yo le encerraré bien encerrado en el Castillo". Esta memoria y esta amenaza de Miollis por respeto a Paccanari me le hacen concebir por una parte hombre conocido de estos franceses, y con alguna unión con ellos, y por otra delincuente y reo en su tribunal de algún grave delito. Por aquí se entiende que este hipócrita, jactancioso y atolondrado, se halla perdido, pues no ha sabido conservar la gracia y favor de los franceses con los que antes contaba mucho, y yo creo que le han servido en los pocos años de su prosperidad. Sus pobres y engañados hijos, como en número de veinte a veinticuatro, continúan, según la gracia que se les hizo en el mes de octubre en la casa de San Silvestre, oficiando aquella iglesia y trabajando en ella alguna cosa, y continúan también muy vestidos de jesuitas sin haberlo sido nunca, y no siendo ahora más que una cuadrilla de estudiantes que, sin unión alguna, viven en una misma casa, y verisímilmente vendrá a parar en que por sí misma se deshaga, faltándoles la manera de subsistir, y buscando aquellos jóvenes algún establecimiento más cómodo y más fijo, y vendrá a desaparecer del todo este espantajo aborto de Compañía o de Religión, inventada, promovida y protegida poderosamente por la aversión y odio a la antigua Compañía de Jesús para que nadie pensase en ella, y deberán extender y confesar autorizadísimos cardenales que de nada han valido sus astutos y malignos proyectos y planes para hacer olvidar la antigua Compañía de Jesús fundada por el incomparable San Ignacio de Loyola, y aun este mismo suceso, y todo lo

demás que se ve en la Europa, son indicios muy claros de que el Señor la hará aparecer otra vez en su Iglesia, acaso con mayor honor y gloria que en los dos siglos pasados.

NÁPOLES

El rey D. Fernando IV de la familia de Borbón, y hermano de Carlos IV, Rey de España, que era Rey de las Dos Sicilias, y residía en la Corte de Nápoles desde la entrada de José Buonaparte en ella, se halla con su mujer la archiduquesa María Carlota, con el príncipe heredero Francisco Jenaro, y su mujer María Isabel, Infanta de España, y con otras cinco o seis personas de su familia real, en la ciudad de Palermo, capital de la Isla de Sicilia, y al presente su Corte. El haber mar por medio, y el tener poca marina los franceses, y la protección de la Marina inglesa, van salvando al rey Fernando y a su Reino de Sicilia, y hablando buenamente, y según lo que nuestra corta vista puede ver, si el Rey ha sabido limpiar su gabinete y su ejército de filósofos sin religión, de francmasones y de hipócritas jansenistas, y por consiguiente de traidores a su persona, e inspirar a los sicilianos con el ejemplo de los españoles animosidad e indignación contra los impíos ateístas de la Francia, que quieren avasallar a todo el mundo y borrar la Santísima Religión de Jesucristo, se salvará en adelante, porque, si ha sabido hacer estas dos cosas, aunque no lo espero mucho, no sólo tendrá en sus sicilianos soldados valerosos para defender su Sicilia, sino también guerreros animosos que, desembarcados en el continente, echen a los ateístas de su Reino de Nápoles; y efectivamente algo se habla, y en Roma se puede decir que mucho, de preparativos para venir a las Calabrias con un buen ejército de sicilianos e ingleses. Entre tanto Fernando VI conserva su Reino de Sicilia, y en él es Soberano en toda propiedad, y tendrá lo bastante para vivir con regalo y con grandeza, y el Rey Fidelísimo de Portugal ha abandonado la Europa y se ha retirado a la América; el rey católico Fernando VII está encerrado en una fortaleza de la Francia; el rey cristianísimo de Francia Luis décimoséptimo o décimooctavo anda, por decirlo así, vagamundo en países extranjeros sin poseer un palmo de tierra; y el Soberano de Roma y de muchas provincias, y al mismo tiempo sumo pontífice Pío VII, desposeído realmente de todo, está preso y encerrado en este su palacio del Quirinal. Está, pues, el rey Fernando IV menos mal que estos otros cuatro soberanos, aunque todos eran más poderosos que él, y piadosamente lo podemos atribuir a que, habiendo conocido las verdaderas causas de la revolución filosófica contra la Religión y contra los tronos, empezó a detestarlas y corregirlas, restableciendo a fuerza de brazo, por decirlo así, y contra la voluntad de Roma, aunque con algunas faltas y menguas, la desterrada, infamada y

extinguida Compañía de Jesús, y aplacando con este hecho la cólera del Señor contra su Trono; y por esta razón, como profetizando, mostramos grande esperanza, cuando entraron los franceses en Nápoles, de que el Señor, por la buena voluntad que había mostrado la Reina, no permitiría que el rey D. Fernando fuese arrojado de la Sicilia, y hasta ahora no ha sucedido, y multiplicándose los enemigos de los franceses en España y en Alemania, como se espera, no sucederá tampoco en adelante; y algún día sucederá por el contrario que, abominados y arrojados con indignación los franceses de sus provincias en el continente, vuelva a entrar triunfante en su gran Corte de Nápoles.

En estas provincias del rey Fernando en el continente o en el Reino de Nápoles se ha mudado de Rey en este año de ocho. El rey José Buonaparte, o Napoleón, después de haber reinado en Nápoles poco más de dos años, fue ensalzado por su hermano el Emperador al trono de España, del que había arrojado a toda la familia de Borbón, y renunciando el rey José el Reino de las Dos Sicilias se le dio el dicho Emperador a su cuñado Joaquín Murat, o a su mujer, que es hermana suya, y dicen que muy querida del grande Napoleón. Este, pues, Joaquín Murat es al presente Rey de Nápoles en plena posesión con el título de Rey de las Dos Sicilias, como lo fue antes José. De este Murat, Rey de Nápoles, he oído tales cosas de su juventud, y antes de haber llegado por una casualidad a casarse con esta hermana de Buonaparte, que no sólo se le debe tener por hombre de familia pobre y ordinaria, sino también de la más vil y baja plebe. En sus primeros años fue *esquatero*, como dicen aquí, o pillo de cocina como decimos en España. ¿Cuál podía ser, según esto, su nacimiento o su familia? Y ahora está ya coronado Rey de las Dos Sicilias y en posesión del Reino de Nápoles; tan viles personas, para mayor humillación de la augusta familia de Borbón, ha escogido el Señor para colocar en sus tronos.

Yo no estoy informado suficientemente para poder hablar con acierto de las prendas y talentos de este nuevo Rey de Nápoles. Todos convienen en que es superior en todo a su antecesor José, y para esto no es necesario ser un monstruo o un hombre extraordinario, pues a José, elevado al gran trono de las Españas y de las Indias, todos le hacen pusilánime y de poco espíritu, que otros llaman para alabarle genio quieto y pacífico, y debe de ser la única cosa buena que tiene. Murat desde luego tiene fama de buen soldado, y a él, que como General de la Caballería ha acompañado a Buonaparte en sus guerras, se le atribuyen de un modo particular sus grandes victorias; y con Nápoles se ha acreditado mucho con la feliz empresa de la conquista de la isla de Capri, y le ha servido mucho para hacerse temer y respetar. Todos convienen en que es un hombre popular y humano, y se supone que tendrá sus apariencias religiosas, como de oír misa, a lo menos alguna otra vez, para ser tenido por católico; y para atraer a la nobleza y oficialidad ha fundado ya un Orden con el

título *de las Dos Sicilias*. Con estas cosillas que desde lejos se ven, y con otras que no sabemos, él está en posesión del Reino de Nápoles con toda quietud y paz, aunque con algunos recelos de revolución en las Calabrias si viene gente de fuera. Sus grandes ocupaciones, como de todos los franceses en los países en que mandan, son las dos siguientes: la primera, recoger mucho dinero, aunque sea a fuerza de exorbitantísimas contribuciones para poder enviar algo a Francia, sin que falte para sus propias necesidades; y la segunda es recoger gente para hacer soldados sin cuento para tener siempre tropa en abundancia para las guerras presentes, y para las que se pueden levantar contra ellos; y ahora se habla con mucha ponderación sobre leva de soldados como que es mucho mayor que en los años antecedentes.

ROMA

El estado presente de esta Corte de Roma, como se entiende por lo que se ha ido diciendo en el discurso del *Diario*, especialmente desde el día dos de febrero, no puede ser más extravagante, más violento y más monstruoso; y sólo es capaz de causarle la sofistería francesa injerta en la impía filosofía. Hay en ella dos soberanos, el Papa y la Francia, o Napoleón; aquél legítimo y éste ilegítimo e intruso, y aquél es de solo nombre y nada puede, y éste sin el nombre lo puede todo, y hace lo que se le antoja. El propio Papa, con toda su Soberanía, no puede hacer imprimir un renglón en ninguna de cien imprentas que hay en Roma, ni aun en la suya propia o *comeral*; ni aun puede enviar o recibir una carta por ningún correo, ni aun por el propio de su Estado, sin que pase por las manos de los franceses. En suma, Pío VII nada puede en su misma Corte, aunque dicen que es Soberano, sino escribir en su rincón algunos papelitos y esparcirlos por mano oculta en la ciudad, y esto se mira en él como un delito, y se castiga en sus súbditos el verle, leerle o conservarle.

Entre tanto los franceses, sin llegar a ser soberanos, dueños de todos los correos y de todas las imprentas, siguiendo su gran máxima filosófica de ganar la opinión pública de cualquier modo que sea, imprimen y publican cuanto se les antoja y les hace al caso, sin rastro alguno de pudor, infamando y ultrajando villanamente a todos los que les son de algún modo contrarios, aunque sean las personas más respetables y más autorizadas del mundo, y ensalzando puerquísimamente y sin vergüenza alguna todas sus cosas, y trastornando las cabezas de todos con mentiras y con relaciones engañosas y falaces para que nadie sepa nada sino lo que ellos quieren. En todos los demás ramos del gobierno tienen la misma franqueza y despotismo. El numeroso cuerpo de esbirros, alguaciles o ministros de justicia están a sus órdenes en Roma y en todo el Estado, y por su medio prenden, encarcelan, destierran,

castigan y destinan a servir de soldados a los que quieren. En cuanto a las rentas públicas del Estado, de un modo o de otro vienen a ser suyas, apoderándose de cuanto se les antoja para los gastos de su tropa permanente o de paso, para triunfar ellos y enriquecerse, y para enviar algo a Francia. Para su mayor comodidad habitan los oficiales franceses los mejores palacios de los señores, y para su tropa se han tomado los mejores conventos de la ciudad.

Por aquí se puede entender la verdadera situación y estado en el día de los dos soberanos, el Papa y la Francia, o Napoleón, y sólo falta que añadir el estado personal del primero. El pobre Pío VII, desde la entrada de los franceses en Roma el dos de febrero de este mismo año, no ha salido ni una sola vez del palacio del Quirinal, y en él está verdaderamente preso y encarcelado por los franceses, y cada día con más rigor y estrechez. Todo en él está cerrado, puertas y ventanas, y sólo está abierto un postigo de la puerta principal, y enfrente de él está un cuerpo de guardia de tropa francesa. ¿Y no es esto ser propiamente un hombre preso y encarcelado por los franceses, y, añadiendo la falta de libertad para todo, un verdadero esclavo suyo? Yo le compadezco tiernísimamente al Santo Padre en esta su forzada e involuntaria esclavitud a los franceses, a Napoleón, y más propiamente a las sectas anticristianas dominantes en la Francia y en otros países, cuyos planes y sistemas se van ejecutando. Pero no le compadecía menos en la libre y voluntaria a las mismas en que, deslumbrado por algunos cardenales, vivió los siete primeros años de su Pontificado, pues esto era ignominiosísimo, y la presente es de gran gloria suya, y la primera, con la cual se ensalzaron mucho los franceses, Napoleón y las sectas, fue la causa de esta segunda. Ya lo conocerá todo esto el mismo Pontífice, pero ya no tiene otro remedio que sufrir en paciencia, con mérito y con gloria los tristes y amargos efectos de su pasado transporte por las cosas de los franceses.

¿Y en qué vendrá a parar este violentísimo estado de Roma? No es necesario ser profeta para adivinarlo, y basta no estar ciego, como lo han querido estar casi todos en Roma, y saber lo que saben todos los que no cierran de industria los ojos, y tienen interés en aparentar que lo ignoran; esto es, que en tratar de este modo al Papa se sigue y se va ejecutando el plan y sistema de la impía e incrédula filosofía de extinguir la Santísima Religión de Jesucristo. Para adelantarle es útil destronizar al Papa, como han destronizado generalmente a todos los obispos, electores y otros eclesiásticos que tenían algún Estado. Pueden destronizarle, conque le destronizarán infaliblemente. En esto no hay la menor duda, y se hará si el Señor no lo impide con milagros. Pero quisieran, para no conmover a los católicos, que el Papa hiciese alguna cesión, aunque fuese de malísima gana y forzado, y a esto se conducirán tantas molestias y tantas pesadumbres como le dan, pues ellos, con mentiras y prepotencias,

como hacen con las renuncias de los reyes de España, la harían pasar por muy libre y muy espontánea. Mas el Papa está firmísimo y contentísimo en no hacer cesión alguna. Es preciso, pues, que hagan una de dos: o multiplicar tanto los disgustos, violencias y opresiones, añadiendo si fuese necesario otra cosita que al cabo le maten, y entonces tendrán mil arbitrios para apoderarse de este Estado; o, promoviendo el hastío de muchos romanos para con el Papa, le destronizaran francamente y sin rodeos, y procurarán hacer creer a las gentes que lo han hecho porque sus vasallos estaban ya cansadísimos del Gobierno de los clérigos, y según es la impetuosidad francesa no pueden tardar mucho en ejecutarlo.

El respetable y autorizadísimo cuerpo de los Emmos. Señores cardenales está propiamente en el día despedazado, tratado con suma indecencia, esparcido y casi reducido a la nada. Cuatro están encerrados en el palacio del Papa por miedo de los franceses, pues si salieran fuera por lo menos los echarían de Roma; y estos son: Miguel de Pietro, Bartolomé Pacca, Felipe Cassoni y Antonio Despuig y Dameto. Cinco asistieron al *Te Deum* en la iglesia del Jesús, y allí les nombramos, y los cardenales Valentino Mastrozzi y Luis Gazzoli más se pueden contar por muertos que por vivos; y no hay más cardenales en Roma, y otros tantos, y algunos más, han sido propiamente arrestados en sus casas, desterrados de Roma, y llevados con escolta de algún soldado a sus patrias; y en ellas están confinados con mayor o menor estrechez. Con mayor dureza e ignominia, aunque la presente es bien grande, fueron tratados los señores eminentísimos por los franceses en la revolución de Roma del año de noventa y ocho, pues estuvieron presos y encarcelados algunos días en el convento de las convertidas, fundado por el patriarca San Ignacio de Loyola, que ya ha desaparecido de la vista para que no quede memoria de un oprobio tan enorme del Colegio de los cardenales; y después de la prisión se le hicieron otros ultrajes indecentísimos, y se les obligó a retirarse a sus casas, como están ahora muchos de ellos. Cuál será su suerte en adelante no es fácil conjeturarlo. Pero, cualquiera que sea la del Papa, sobre ellos vendrán todavía nuevos trabajos, y quiera el Señor, y lo esperamos con fundamento, que en este su segundo abatimiento aprendan bien lo que ni aun empezaron a aprender en el antecedentes, y se reduce a corrección y enmienda de muchas cosas, y una de ellas es, como todos ellos conocen, la causa de la Compañía de Jesús, infamada y extinguida injusta y tiránicamente por Roma; y, si llegan a verse en alguna libertad, a casi todos ellos les costará muy poco esta gran mudanza sobre la Compañía, revocando todo lo que se ha hecho contra ella en estos tres últimos pontificados, y restableciéndola con todo honor en la Iglesia, porque ha faltado ya toda la causa, todo el motivo y razón de mostrarse Roma contraria a la Compañía, de haber decretado su extinción en el

Pontificado de Ganganelli, y de haberla conservado en los Pontificados de los papas Braschi y Chiaramonti. Los millones de España y Portugal han sido la principal causa de que en estos tres pontificados se haya hecho y se haya conservado esta notoria y tiránica injusticia, y con gran daño de la Religión. Pero ya en adelante no pensarán, ni pueden pensar, Portugal y España en dar millones a Roma para que abandone a la Compañía y conserve su inicua extinción. ¿Quién, pues, querrá ser malo de balde, y oponerse a su restablecimiento sin que le valga nada? Cuatro o cinco, por estar iniciados de filosofismo o jansenismo, y por otras miserables pasiones. Pequeño obstáculo, si faltan, como faltarán infaliblemente los millones de las Cortes portuguesa y española, que ganen gente al partido en los tres gremios de cardenales, de prelados, y de regulares de varios órdenes.

Las provincias de la Marca de Ancona y Ducado de Urbino, que después de las revoluciones republicanas, retirándose de ellas los napolitanos, quedaron unidas al Estado Eclesiástico de la Santa Sede en este año, sin otro motivo que quererlo la Francia y poderlo ejecutar, se han unido al Reino de Italia, y es la única novedad que se ha hecho de los Montes allá. De aquí, pues, el presente estado de toda la Italia al salir de este año octavo del siglo nono. De Nápoles ya hemos dicho que está en manos de Joaquín Murat, cuñado de Buonaparte, con el título de Rey; y, de Roma y Estado Pontificio, que están en manos del general Miollis, en nombre del emperador Napoleón. El pequeño estado de Lucca es poseído y gobernado por una hermana de Buonaparte llamada Elisa, a la que hacen ahora mujer fiera y terrible, y está casada con un corso llamado Bachoqui, y tienen el título de príncipes. El príncipe romano Borghesi, por su mujer Paolina, hermana también de Buonaparte, gobierna con el título de Presidente, u otro semejante, las provincias de Italia unidas expresamente al Imperio francés, y son el Piamonte, Genovesado, el Ducado de Parma, y a lo que parece el Gran Ducado de Toscana o Reino de Etruria. El príncipe Eugenio, hijo de la emperatriz Josefa o Josefina, mujer del emperador Napoleón Buonaparte, y por consiguiente hijastro de éste, y aun hijo por voluntaria adopción, con el título de Virrey, desde la Corte de Milán gobierna todo el Reino de Italia, que en el día comprende la Marca de Ancona, el Ducado de Urbino, las tres legacías de la Romaña, Ferrara y Bolonia, el Estado de Módena, la Lombardía, y todo el dominio de la República de Venecia.

No hay, pues, en toda la Italia un palmo de tierra, desde los Alpes a la Calabria, que no esté en manos de los franceses, y por parte de los italianos les ha costado muy poca sangre el conquistarla; y casi todos sus reinos y provincias se les han entregado sin hacer alguna resistencia, especialmente después que fueron dejados a sí solos el último año del siglo antecedente. Para mí, toda esta división de reinos y provincias en la Italia, y aun de las que apa-

recen separadas del Imperio francés, es una pura ceremonia para deslumbrar a algunas Cortes que quieran deslumbrarse, y para que no teman un desmesurado engrandecimiento del dicho Imperio francés. Toda la Italia, y todos sus reinos y provincias, estén gobernadas por príncipes, por virreyes, o por reyes, están igualmente unidas a la Francia, y dependientes en todo del emperador Napoleón y de la Corte de París; en todas las ciudades que tienen alguna representación de Corte, como Milán, Roma y Nápoles, se recoge dinero para la Francia, en todas se hacen conscripciones o levas de soldados para servicio del emperador Buonaparte, como en la Francia misma, y en todas se reciben y ejecutan los órdenes de París sobre regulares y sobre otros asuntos mucho menores. Lo mismo se haría en España, aunque en la Junta, que llamaron Cortes, de Bayona, y en la Constitución que allí se hizo, se asentó con toda formalidad que siempre sería Monarquía separada e independiente de la Francia. Si los españoles, engañados con esta y con otras lisonjeras promesas de Buonaparte, se hubieran sujetado pacíficamente al rey José por el mes de julio, ya había tiempo sobrado para que los sofísticos, ligeros e inconstantes franceses hubieran alterado este y otros artículos de la Constitución; y esta alteración hubiera sido suficiente para que Buonaparte hubiese pensado en venir a Roma para coronarse en el Campidoglio como Emperador de Occidente, comprendiendo también en su Imperio occidental la monarquía española. Por ahora está trastornado, o por lo menos suspendido, este ambicioso proyecto, y esta su grande y gloriosa exaltación, porque los generosos y valientes españoles, lejos de admitir por Rey a su hermano, le echaron con ignominia por el mes de julio de casi toda la Monarquía; y aunque él mismo está al presente dentro de España con numerosísimos ejércitos para colocarle en aquel trono, y hacer que se le sujete toda España, hasta ahora no se han abatido los españoles, y continúan haciendo resistencia con las armas en la mano; y hacia la Alemania se descubre, como al instante diremos, alguna esperanza de que serán oportuna y vigorosamente socorridos.

VIENA

La prepotencia de los franceses no llega hasta el mar, y no pueden por consiguiente impedir la franca comunicación de Inglaterra y de España con cualquiera Príncipe que tenga en su Estado alguna costa marítima y algún puerto. Por el Océano sería preciso subir hasta la Suecia para encontrar un camino por donde dirigir cartas a la Alemania y a la Corte del Imperio. ¿Y cuántos tropiezos y embarazos hallarían en el viaje por tierras, teniendo poder los franceses en tantos Estados y provincias de la Polonia y en la Alemania? Desde el puerto de Trieste en el Adriático, que es de la Casa de Austria, hay camino franco

y abierto, y de ningún modo sujeto a los franceses, hasta la Corte de Viena, y por consiguiente hasta todo el interior de la Alemania; y es tan cierto que por Trieste comunican España e Inglaterra con Viena, y que han llegado al dicho puerto algunas embarcaciones españolas, que en Roma se han recibido cartas de españoles que están en aquel puerto, y otras que vienen de España, aunque, para que puedan pasar por las manos de los franceses, nada se dice en ellas que les pueda disgustar.

Por Trieste, pues, ha venido a Viena un Embajador o Ministro extraordinario enviado por la Junta de Gobierno de España; y por su mano, y por las de otros, han llegado a la dicha Corte, y se han esparcido en ella, y en todos los Estados del Emperador, y en todos los que no mandan los franceses, papeles y documentos verídicos, y auténticos y bien escritos, sobre todas las cosas de España, y las podemos reducir a tres clases. Una es la relación jurídica, y con todas las posibles legalidades para que merezca crédito, de lo sucedido en Bayona con el rey D. Fernando y con toda la familia real, atestado y certificado por el primer secretario de Estado D. Pedro Cevallos, que, aunque pariente, o por lo menos muy favorecido del infame Príncipe de la Paz, ha sido fiel a su Rey, y en ella se demuestra hasta verlo con los ojos que el Emperador de los franceses fue un hombre vil, mentiroso, pérfido y falso, y fingido hasta atraer al Rey a Bayona, y después de tenerle en su mano un hombre fiero, bárbaro y cruel para conseguir alguna renuncia, o para oprimirle sin ella. Otra es de alocuciones o exhortaciones de particulares y del Gobierno que se ha formado, elocuentísimas y sumamente enérgicas, dirigidas a la honrosa y generosa y católica nación española para animarla a defender la Santísima Religión Católica, que será infaliblemente deslustrada si llegan a dominar los impíos franceses a su amable rey D. Fernando, tan villanamente oprimido por el vil corso Buonaparte, y su propia libertad, no dejándose hacer esclava de la nación francesa. La tercera es de relaciones verídicas y circunstanciadas de las batallas y combates de los españoles con los franceses dentro de España, y de las grandes victorias de los primeros contra los segundos, y por ellas se toca la mano que la valiente nación española, casi sin armas, ha hecho pedazos numerosos ejércitos de los héroes e invencibles de Marengo, Austerlitz y Jena, que han llenado de terror a todo el mundo.

En conjunto, y en términos generales, se sabe esto suficientemente en Roma, y se puede escribir como cierto, aunque no se vean documentos, ni de papeles públicos, ni de cartas con que probarlo; y con la misma certeza se sabe, y aun con alguna mayor individualidad, que estas cosas de España han causado una sensación muy grande y muy general en la Corte de Viena y en toda la nación alemana, y como que todos, avergonzados por su terror a la tropa francesa, y por el coraje y aliento de los españoles, quieren volver a las

armas para reparar su honor, y ayudarles en una causa tan justa. Ello es cierto, aun por las gacetas de los franceses, que la Corte de Viena se arma poderosísimamente, y que generalmente todos sus vasallos están llenos de ardor y desean la guerra contra los franceses; y por parte de la Inglaterra y de la España no sólo se inclinará al Emperador a emprenderla, sino que se le ofrecerán y darán cuantiosos socorros en dinero para que pueda armar mayor número de gente. En el caso de entrar la Austria en guerra con Buonaparte son absolutamente necesarias dos cosas, y sin ellas todo saldrá mal. La primera es que el Emperador, o más bien el archiduque Carlos, su hermano, que es el alma de todo en la Corte, limpie bien el gabinete y los ejércitos de filósofos y francmasones, prontos siempre a sacrificarlo todo al triunfo de la irreligión y de la impiedad. Es operación muy dificil, porque es mucha la corrupción de la nobleza alemana, pero no es imposible si hay celo y resolución, pues descubriendo uno se pueden descubrir a muchos. La segunda es que la nación alemana o los pueblos aprendan de la nación y pueblos españoles a enfurecerse contra esta raza infame de hombres traidores a la Religión, al Soberano y a la patria, y, haciendo pedazos a algunos, aterren a todos los demás.

Con estas disposiciones guerreras en Alemania, y con otras semejantes que se suponen en la Sicilia, en donde corren con toda franqueza todos los papeles de España, se hace ya un gran servicio a la pobre nación española, pues temiendo los franceses guerra en el Reino de Nápoles y en la Alemania no pueden llevar con tanta franqueza enjambres de soldados a la guerra de España; y efectivamente en Nápoles, y mucho más en Alemania, van formando sus ejércitos para oponerse a los sicilianos y a los austriacos. Pero la Corte de Viena tiene una dificultad y obstáculo muy grande en orden a hacer la guerra a los franceses, y si esta no se vence y se allana es imposible que se resuelva a declararse contra la Francia, por más que lo desee por muchos y por muy justos motivos. Buonaparte se ha gloriado públicamente de la renovación y ratificación en el Congreso de Erfurt de su amistad y alianza en paz y en guerra con el emperador de la Rusia Alejandro. ¿Y esta amistad y alianza le obligará a éste a declararse contra el Emperador de Alemania si este se declara contra Buonaparte? Si le obliga, y quiere cumplir esta obligación, es imposible que el emperador Francisco se determine a hacer la guerra a Buonaparte, debiendo hacerla al mismo tiempo a un Príncipe tan poderoso como el Emperador de la Rusia.

PIETROBURGO

En este negocio se estará negociando con un sumo calor por la Corte de Viena y por la Inglaterra y la España. El emperador Alejandro ha tenido la desgracia

de dejarse dominar de filósofos y francmasones, y el principal de ellos es el conde Romanzov, que es su principal Ministro, y está en una gran privanza con él. Estos infames filósofos del gabinete de Pietroburgo, que sacrificarán al mismo Emperador y a su Imperio al triunfo de la impiedad si se presenta una ocasión favorable para ejecutarlo, metiéndole en la cabeza engrandecimientos propios y su exaltación al Imperio de Oriente, le han hecho entrar en esta ignominiosa amistad y alianza con este bárbaro opresor de tantos inocentes soberanos, e injustísimo usurpador de tantos respetables tronos. La nación rusa, honesta, honrada y generosa, y que tiene particular simpatía y semejanza con la española, no sabe disimular su disgusto por esta familiaridad e intimidad de su Emperador con los revoltosos franceses y con su ambicioso Emperador, que a todos quiere robar sus Estados. Y llegaría hasta irritarse si generalmente supiera hacer una superficial reflexión sobre los efectos de esta grande alianza de su emperador Alejandro con el de los franceses. Apoyado éste en la amistad de un Príncipe tan poderoso, sin temor alguno del resentimiento de la Porta Otomana, se apoderó despóticamente de la República de Ragusa, y con el mismo despotismo, sin respeto alguno ni a Dios ni a los hombres, despojó a una pobrecita viuda del Reino de Etruria que él mismo, a muy caro precio, le había dado; y ya tiene en sus manos el Estado de los papas y la gran monarquía española, en cuanto depende de su voluntad y alcanzan sus fuerzas, y lo mismo ha hecho con el Reino de Portugal. Todo esto debe Buonaparte a la amistad y alianza con el Emperador de la Rusia, pues sin ella no hubiera tenido osadía para emprender tales cosas. ¿Y qué reinos y provincias ha adquirido el Emperador de la Rusia apoyado en la grande amistad y alianza con el poderosísimo Buonaparte? Con el tiempo le ayudará a conquistar a Constantinopla para hacerse Emperador de Oriente, y entre tanto casi le ha dejado solo en la guerra con el Rey de Suecia, ha perdido buena parte de su Marina, y está arruinado su comercio por mar, persiguiendo los ingleses a los rusos aun sobre sus mismas costas. El Emperador y los ministros que le dominan no pueden ignorar este general disgusto de la Nación por la íntima amistad y alianza con el Emperador de los franceses, y temerán que llegue a algún exceso que les sea muy perjudicial si por la dicha alianza impiden al Emperador de Alemania que haga la guerra al emperador Buonaparte para socorrer y ayudar a la ilustre nación española, oprimida por innumerables enjambres de franceses, y mucho más si por este motivo le declaran la guerra. Por este disgusto de la nación rusa, y por las consecuencias que podrá tener, queda en el día entre dudas este negocio, y no podemos saber si el Emperador de la Rusia se opondrá resueltamente a la guerra del emperador Francisco contra Napoleón, o si le dejará en libertad de hacerla si quisiese. Parece que se decidirá presto esta duda, y entre tanto se arman los dos poderosamente en la

Alemania y en la Italia, como también suponemos que se arman en Sicilia para venir a hacer la guerra en las Calabrias. Y si los calabreses y napolitanos, los del Estado Pontificio, y los de las otras provincias de Italia, con los ejemplos del singular valor de los españoles, que suficientemente se saben, y generalmente se creen, se conmovieran contra los franceses, como los alemanes y sicilianos, bien presto desaparecería el extraordinario poder de Napoleón el Grande. Pero sólo se puede esperar que los italianos hagan alguna cosa cuando caigan en cuenta de que los franceses les roban por tantos lados que vendrán a dejar la Italia pobre, exhausta y sin un cuarto.

NORTE

Las cosas del Norte están en mucha oscuridad y muy frías, y ni aun se sabe bien si hay paz o guerra entre algunas de aquellas potencias y la Inglaterra y la Francia. La Dinamarca, que ha mostrado mucha parcialidad por los franceses, y por ella perdió casi toda su Marina, no se debe haber reconciliado con la Inglaterra, pues en tal caso se la hubieran restituido, a lo menos en alguna parte; pero tampoco se ve actividad de guerra entre unos y otros. Gustavo Adolfo IV, Rey de Suecia, quedó sólo en la guerra con Buonaparte cuando éste hizo la paz con el Emperador de la Rusia y con el Rey de Prusia, y aun el emperador Alejandro, por complacer a su amigo Napoleón, le ha declarado la guerra y se la ha hecho en la Finlandia; y, no obstante, atacado este joven Monarca por dos emperadores tan grandes como el de Francia y el de Rusia, aún está en pie, y no le han destronizado. Este bien le ha venido al Rey de Suecia de la resistencia de la nación española a los intentos de Buonaparte sobre España, y a los numerosos ejércitos que había metido dentro de ella para ejecutarlos, pues de aquí le vino la necesidad de arrancar de Alemania y del Norte sus mejores tropas para la guerra de España, y de aflojar por consiguiente en la que hacía contra el Rey de Suecia; y los presentes preparativos de la Casa de Austria para entrar en guerra con Buonaparte le fuerzan a sacar sus tropas del Norte, y a pensar poco en la Suecia. Al Rey de Prusia le ha sido también muy útil la gran guerra de España, en la que emplea Napoleón centenares de millares de sus más aguerridos soldados, pues de aquí se ha seguido que haya sacado mucha tropa de las provincias del Rey de Prusia, y que le haya restituido plazas y países que jamás le hubiera dado, aunque debiese según el tratado de paz, si esta necesidad no le obligase. Estos dos monarcas de Suecia y de Prusia no pueden haber sido tratados con mayor villanía e insolencia por Buonaparte y por los suyos, y si pudiesen no dejarían de vengarse y de hacerle con vigor la guerra, y yo creo que lo harían. Juntando los dos sus fuerzas, que todavía podrían ser respetables si no estuviera de por medio

la alianza del Emperador de la Rusia, que les amenazará con numerosos ejércitos si declaran la guerra a su amigo Buonaparte. A la verdad, estando este tan ocupado con la viva guerra en España, y con los temores de otra no menor con la Casa de Austria, un numeroso ejército que entre los dos pudieran poner, y socorrido y ayudado en donde conviniese por la Marina inglesa, pudiera hacer mucho daño a Buonaparte en el Hannover y aun en la Holanda, y un servicio muy importante a los españoles y a los austriacos. Muchos lo esperan, y hay sus rumores sobre ello, y yo lo creería también si no temiera que el Emperador de la Rusia, tan íntimamente aliado con Buonaparte, y dominado de francmasones, cuando no impida la guerra de Austria por algún temor o respeto a su Nación, impida por lo menos ésta de los reyes de Suecia y de Prusia. Por todos lados hay preñeces, veremos lo que abortan.

PARÍS

En esta grande y populosa Corte de la Francia, o del Imperio francés, que es no sólo la más autorizada de Europa, sino que se ha sorbido a muchas Cortes de reinos, repúblicas, y de otros principados, todo va todavía en ella creciendo y aumentándose, y cada día es mayor su poder y fuerza, la extensión de su dominio y la propagación de su filosofía o de su impiedad. En algunas gacetas se hacen llegar sus ejércitos a noventa o cien mil hombres de caballería, y setecientos u ochocientos mil de infantería. Yo creo que hay en esto alguna exageración, aunque si se cuentan los cívicos de muchas ciudades, especialmente en Italia, y los *jardermanes* o alguaciles bien armados que le sirven de tropa cuando lo necesita, pasaba la gente a sus órdenes de un millón. Sin esta tropa auxiliar son numerosísimos sus ejércitos, y es preciso que lo sean por mucha gente que pierda en las guerras que ha tenido todos estos años y que tiene al presente, pues no hay año ninguno en que no se haga conscripción o leva general en todos sus dilatadísimos dominios, y en alguno se hace dos veces, como en éste se ha hecho en Francia, y aun creo que en algunas provincias de Italia, en una de estas conscripciones o levas generales en todos los países a que se extiende su mando y autoridad, se recogerán ciento y cincuenta mil, y acaso doscientos mil hombres, pues en sola la Francia o Imperio francés se recogen ochenta mil. Qué extraño, pues, que tenga numerosísimos ejércitos, despoblando tantos países de casi toda la juventud, aun de catorce y quince años, como se ve en algunos nuevos regimientos franceses, piamonteses y napolitanos. Aun aquí en Roma, en donde no son todavía soberanos y no hacen conscripciones o levas, con varios pretextos y por varios títulos levantan no poca gente, y ya llegan a algunos millares los que han recogido en la ciudad y en el Estado. Este es su principal negocio, y su grande empeño

recoger gente, hacer muchos soldados, y formar numerosísimos ejércitos para oprimir a todo el mundo, y resistir a todos los que se opongan a sus injustas usurpaciones. ¿Y qué se ha hecho del lenguaje de humanidad y de beneficencia de la filosofía, no hablando en sus charlatanes escritos, con los que han trastornado las cabezas débiles, sino de propagación y multiplicación del género humano, y de la población de reinos y provincias para las artes, para el cultivo, y para la industria; y llenando de clamores el mundo por la pérdida que hacía la República de una mujer o de un hombre que se hacía monja o fraile? Cuando el mundo vuelva en sí, como lo esperamos, del presente letargo gálico filosófico se verá mucho menos poblado, y para muchos años en lo venidero, que antes que estos fanáticos le atestasen de planes y de sistemas de prosperidad, de propagación y población.

En este año pensó Buonaparte extender notablemente su dominio con tanta facilidad como tuvo el año antecedente en apoderarse de Ragusa, de Portugal y de la Toscana; y ha sido, si no con milagro, un suceso que ninguno podía prudentemente esperar que no lo haya logrado. Él, y todos sus consejeros, y todos generalmente, y en especial los que vivimos en Roma, suponíamos y teníamos por indubitable que, entrando los franceses en la ciudad de enemigos, y con ejército, el manso y tímido Pío VII se aterraría y se pondría enteramente en sus manos; y ellos, llevándole con mucha dulzura y melosidad francesa filosófica a Milán o Aviñón, con este título o con el otro hubieran puesto el Gobierno de Roma y del Estado en las manos de Luciano Buonaparte, y ya está hecha esta conquista de todo el dominio de la Santa Sede. Pero el corderito de Pío VII se convirtió repentinamente, contra la expectación de todos, en un animado león, y, sin aterrarse ni por un momento, desde entonces ha estado peleando valerosamente, con las armas que puede usar, con Buonaparte y con los suyos. El contraste dura todavía, y se vendrá a terminar robando al Papa descaradamente el Estado que aún le queda, como le han robado la Marca de Ancona y el Ducado de Urbino. Pero esta resistencia del Papa ha retardado ya once meses la ejecución de ese proyecto, y le obliga a ejecutarlo con mayor villanía y desvergüenza.

Otro milagro mayor que el de Roma le ha impedido la pronta posesión de todo el Reino de España. El primer plan de este proyecto, acordado con el Príncipe de la Paz, que ya había puesto en manos de Buonaparte todas las plazas de la frontera, y le había dejado inundar en Reino de tropa francesa, y se había de ejecutar llevando a los reyes y a toda su familia a Andalucía, a Cádiz y a la América, se les desconcertó a estos dos grandes hombres con el tumulto de Aranjuez y de Madrid. En lugar de la partida de los reyes y de su familia lejos de la Corte, se sustituyó al instante su prisión o expatriación, haciéndola ir a Bayona con mentiras y con engaños. Hecha esta grande hazaña, de que solo

podía ser capaz la perfidia filosófica francesa, nombra por Rey de España a su hermano José, y le coloca en Madrid sostenido de doscientos mil hombres de sus mejores tropas, esparcidos por toda España. Ya diría Buonaparte: "soy dueño de toda la monarquía española. Mucha parte de la Grandeza, Nobleza, Oficialidad de tierra y mar, Magistratura y Abogacía, Clero secular y mucho más regular por los intereses de secta o de Religión, no disgustan de esta mudanza. ¿Quién, pues, podrá hacer resistencia dentro de España a mis numerosas y valientes tropas? Todos, pues, pueblos, villas, ciudades, provincias y reinos se apresurarán a dar obediencia al nuevo Rey, y a merecer su gracia y su favor".

El plan estaba muy bien concertado, y humanamente debía tener todo su efecto, y en el primer caso de la ausencia o retiro de los reyes, infaliblemente le hubiera tenido, y en el segundo sólo ha dejado de tenerle porque trataba Buonaparte con españoles, a los cuales, por su particular y característica honradez, irritó hasta el furor su villanía e infame perfidia y deslealtad en la opresión del rey D. Fernando y de toda su familia, y, echando mano de las armas que pudo encontrar, sin Rey, sin cabeza, sin unión, sin tropa, habiéndosela entregado a él mismo el malvado Príncipe de la Paz, abaten y aterran a los amigos y partidarios de los franceses, hacen pedazos sus numerosos ejércitos, y encierran al rey Buonaparte en los montes de Cantabria. El gran Napoleón, al ver este no temido, improviso y casi imposible destrozo de sus numerosos ejércitos de la tropa más escogida, y arrojado de España el Rey su hermano, según no malas relaciones, perdió enteramente el juicio, y estuvo loco y furioso algunos días. Mas al fin, volviendo en sí, recogiendo por medios extraordinarios un nuevo numeroso ejército en la Francia y fuera de ella, y buscando apoyo y protección en la Rusia, en los principios de noviembre entró en persona en España rodeado de doscientos o trescientos mil hombres, y en los primeros días de diciembre se apoderó de la Corte de Madrid, y desde allí, como se supone, enviaría a todas las provincias y reinos proclamas, edictos o arengas filosóficas, bien cargadas de amenazas y de terrores, y de grandiosas ofertas de toda felicidad para que todos se sujeten al nuevo Rey que se ha nombrado. En este estado estaba este gran suceso de la conquista de España por Buonaparte hacia los diez o doce de diciembre, hasta donde llegan las noticias que aquí podemos tener en el día. Pero por parte alguna de España, exceptuando las provincias de Cantabria, se descubren indicios de abatimiento y de sumisión al rey José Buonaparte, y parece que será necesario que el Gran Napoleón vaya con sus ejércitos a conquistar los muchos reinos y provincias que no quieren reconocer a su hermano.

La impiedad e irreligión va necesariamente teniendo progresos muy grandes en la Francia y en todos los demás países fuera de ella en que dominan

los franceses. Algunos simples y tontos, aunque buenos, pero deslumbrados y encantados con el gran poder, victorias y conquistas de Napoleón el Grande, por algunos fervorcillos de piedad y religión que se ven en algún rincón de la Francia, y por las charlatanerías filosóficas sobre este asunto para engañar a las gentes, dan a entender que creen y quieren sostener que está en buen estado la Religión católica en el Imperio francés y en otros países en que dominan los franceses, o les están de cualquier modo sujetos. Esto es lo mismo que querer que el Señor esté haciendo estupendísimos milagros para impedir que tantos y tan poderosos principios de corrupción de la piedad y Religión no las corrompan, y para causar el maravilloso efecto de que florezcan la fe y buenas costumbres sin haber causa proporcionada y de la actividad conveniente para producirle. Todo es impiedad, filosofía e irreligión, sin contar otras abominaciones y vicios en todos los hombres grandes y de autoridad y poder en toda la Francia y en los demás países suyos, sea en los muchos ramos del Gobierno civil, o sea en el gremio de militares; y este es uno de los prerrequisitos y prendas más necesarias para llegar a valer por cualquiera de los dos caminos. Se deshonraría, dijo no hace mucho con publicidad un oficial francés, cualquiera de nosotros a quien se le viera ir a misa. ¿Y puede dejar de corromperse extraordinariamente la Religión en un país en donde sea necesario un ateísmo en la práctica y en la conducta para tener honra, y ser digno de entrar en los cargos civiles y militares? Y en verdad que, en los once meses que han estado en Roma, ningún oficial francés se ha deshonrado oyendo misa, ni se ha hecho indigno por esta parte del bastón de Comandante General de un ejército; y al talle de la oficialidad son generalmente los soldados, y unos y otros, como ya insinuamos antes, componen un cuerpo de Nación sin Religión alguna, ni buena ni mala.

Una ojeada superficial sobre el presente clero galicano o francés basta para quedar convencido de que no hay allá dentro causa que pueda tener este prodigioso efecto de la fuerza de la fe y de la piedad cristiana. Todo él se reduce a obispos, y creo que en menor número que antes, y a curas párrocos con algunos tenientes. Todos estos ministros de la Religión y de la Iglesia están cada día menos estimados de la gente distinguida de la Corte y de las provincias, en menor lustre, con menores rentas, y están propiamente asalariados por el Gobierno; dándoles una moderada pensión, bien o mal pagada, no tienen autoridad alguna para castigar, ni casi para reprender a nadie por las faltas más enormes contra la Religión, pues todos tienen libertad para dejar de ser católicos y aun cristianos, y para creer o no creer lo que quisieren; y los curas párrocos, y aún los obispos, están sujetos, como los demás franceses, a los tribunales legos, y, a poco que se descuiden o que sean calumniados, serán llevados a un castillo, y aun a una cárcel pública. Añádase a todo esto que, sin

infamar al clero galicano presente, se debe tener por cierto que por lo menos la tercera parte de él es filósofo sin Religión, o jansenista con poca. ¿Y no tenemos en Italia, por disposición o elección de Buonaparte, un Obispo republicano filósofo, llamado Torre, haciendo de Arzobispo de Nápoles, y otro semejante llamado Gamboni colocado en la dignidad de Patriarca de Venecia? Qué escrúpulo, pues, se tendrá ni se habrá tenido en Francia en todos estos años en hacer obispos a filósofos y jansenistas.

Este miserabilísimo estado del clero de Francia, presentado aquí simplemente y sin exageraciones, es una demostración práctica y de hecho no sólo de que no pueden ir a más y crecer las cosas de la Religión, sino también de que necesariamente van a menos, y se disminuyen y se menguan. Con un clero mucho mayor y mejor que el presente, y ayudado de muchos del clero regular, triunfó en Francia la filosofía, la impiedad, la irreligión; conque es forzoso que, con un clero menor más de la mitad, vayan adelantando y perfeccionando su triunfo. ¿Y cuánto ayudará a este mismo la ignominiosa opresión y esclavitud en que tienen al Romano Pontífice, cabeza visible de la Religión, legítimo sucesor del príncipe de los Apóstoles San Pedro, y verdadero Vicario y Lugarteniente del mismo Jesucristo? ¿Cuánto el desprecio y villanía con que pisan y ultrajan a los más distinguidos y más autorizados prelados de la Iglesia, cardenales y obispos? Esta su manera de tratar a las más respetables personas de la Suprema Jerarquía eclesiástica, así como es una palpable demostración de que no son católicos, ni pueden serlo, los que al presente dominan en la Francia, así también es evidentemente una práctica ejecución de la gran máxima filosófica y jansenística de que, empobrecido y envilecido el clero superior, el pueblo dejará de estimarle y de seguirle, y de ser por consiguiente Católico. Es pues evidente, y sólo pueden no verlo los ciegos, que en la persona de Buonaparte y de los de su privanza y consejo están unidas a la ambición de conquistar y extender su dominio, y las sectas anticristianas, filosófica, francmasónica y jansenística, esto es, la impiedad, la irreligión y el ateísmo, y que caminan al mismo paso en cuanto lo permiten las circunstancias de los países que se conquistan. Pues si hasta ahora van siempre creciendo, y con creces muy grandes, el poder y la extensión del dominio de este hombre y de los suyos, ¿cómo se ha de creer que, en Francia y en cualquiera otra parte en que dominen, caen y desaparecen la irreligión y la impiedad, y se levantan y reflorecen la Religión Católica y la piedad cristiana? Algunas expresiones al aire, que indican catolicismo, y algunas ceremonias exteriores de Religión, deslumbran a muchos simples e incautos, entre los que sin escrúpulo alguno se pueden contar no pocos eclesiásticos distinguidos de uno y otro lado. Pero, a poca instrucción que se tenga, si la acompaña una fe sincera, es preciso reconocer y confesar que jamás herejía ni secta alguna, después de la

paz de la Iglesia, ha triunfado tan completamente como ahora triunfa la impía e incrédula filosofía, y que el mundo jamás fue tan arriano como al presente es filósofo. ¿Y quién puede saber hasta dónde subirán todavía el poder de Buonaparte y el triunfo de la impiedad? Dios sólo con su omnipotencia puede abatir a los dos, y esperamos con toda seguridad que lo hará, cuando a su abatimiento se haya de seguir una gran reforma en esta Corte, centro de la Religión, y en todos los países católicos, y acaso en algunos que al presente no lo son.

MADRID

El despotismo absoluto y sin límites sobre todos los correos, y jamás visto en el mundo con tanta generalidad y rigor hasta que se han hecho dueños de él los sofísticos, astutos y orgullosos franceses, es forzosamente causa de que no se sepan en Roma con alguna seguridad y distinción muchas cosas públicas y notorias, y de gran bulto y mole de nuestra estimadísima patria; y no hay exageración en asegurar que antes que dominasen aquí estos hombres se sabían mejor en Roma los sucesos de la más remota y escondida parte del mundo, que se saben al presente los de la grande y cercana monarquía española. No obstante, es preciso decir en este lugar, aunque sea a bulto, en confuso y casi por solas conjeturas, lo que se pueda del presente estado de la familia real de España, de su presente gobierno, de las conquistas de los franceses dentro de la Monarquía, y de la suerte y destino de las Indias.

El rey católico de España Fernando VII está encerrado en el castillo de Monceley[32], y en él le acompañan su hermano el infante D. Carlos y su tío el infante D. Antonio, pero no sabemos si pueden tratar entre sí, ni tampoco con qué estrechez están en su prisión el Rey y los infantes. El rey D. Fernando es joven de solos veinticuatro años, y no puede tener las convenientes noticias y luces para hacer acertadas reflexiones sobre las verdaderas causas del abatimiento del trono de sus mayores y suyo, y de su miserabilísima suerte, pasando en un momento de ser uno de los monarcas más grandes del mundo a ser un prisionero y esclavo de los franceses. Su tío D. Antonio, que ya era jovencito cuando se echaron los primeros cimientos de esta grande obra del abatimiento del Trono y de la Religión en España, podrá darle en su retiro algunas noticias no despreciables; y nosotros creímos, y lo insinuamos, que tendría a su lado al canónigo Ezcoiquiz, su maestro algún tiempo y persona de toda su confianza, y que como tal le acompañó en el trágico viaje de Bayona, y nos alegramos de que tuviese tan buen compañero en su prisión, porque, siendo hombre sabio y muy instruido en los manejos de la Corte, y suponiendo en él una gran lealtad a su persona, y algún celo de la Religión, podría inspirarle

32 En realidad el castillo de Valençay.

noticias y conocimientos importantísimos para que llegase a comprender claramente las causas verdaderas de la ruina del Trono y de su infelicísima suerte, y aun de aquí esperábamos alguna ventaja para los jesuitas españoles y para la Compañía de Jesús en España. Pero oigo asegurar que Ezcoiquiz no acompaña al rey D. Fernando en su prisión, y que está en París en aire de hombre bien visto y en gracia de los franceses, y por tanto es necesario tenerle por un traidor y por un hombre desleal a un Príncipe y al Rey, que tanto le había honrado y favorecido, y él, como el infame Azanza, aconsejaría el viaje del Rey a Bayona para meterle en las garras de Buonaparte. Esta traición de este indigno eclesiástico pudiera servir de último eslabón a una larga cadena de traiciones en los asuntos más graves de la Monarquía a los reyes católicos Carlos III y Carlos IV, que sería muy fácil formar, y su nombre para completar un largo catálogo de traidores que han tenido a su lado y en su gracia los dichos soberanos; y presentándole éste y aquella al encarcelado Fernando VII le haría observar que, desde que su abuelo Carlos III infamó enormísimamente a la faz de toda la Europa a seis mil jesuitas españoles, como si fueran desleales y traidores a su persona, habiendo sido siempre fidelísimos y sin un asomo de infidelidad bien probada, por un justo castigo del Cielo, él y su hijo no han tenido generalmente a su lado, y en su privanza, sino hombres desleales y traidores a su persona, a su Trono y a la Religión. Mucho le enseñaron al joven D. Fernando su retiro y sus desventuras, y aun sin maestro puede ser que, para gran fortuna suya, si vuelve a verse en su trono, como yo siempre esperaré mientras esté vivo, atine con ésta o con otra semejante reflexión.

La jovencita infanta de España María Luisa, Reina viuda de Etruria, con sus dos hijos Carlos Luis y Luisa Carlota, debe de estar todavía en Fontainebleau, pues no se ha oído que haya aparecido en otra parte, y parece que estará en su compañía, como maestro de su hijo, el jesuita toledano Cobos, que desde Florencia la siguió a Madrid, desde aquí a Bayona, y desde esta ciudad a Fointainebleau, como él mismo escribió. Sin contar con lo mucho que la puede haber dicho sobre estas catástrofes y sus causas el jesuita toledano, sabía ya bastante esta jovencita Reina de Etruria cuando estaba en Florencia para estar persuadida a que la falta de la Compañía de Jesús en España ha sido la causa de todos los males de aquella Monarquía, y que la misma en otras partes lo ha sido del triunfo de estos hombres impíos que ahora dominan en el mundo; y pudiera muy bien persuadírselo a su hermano y a sus padres si estuviera en su compañía. Pero ella debe de estar sola con sus niños, y si su subsistencia depende de los franceses, aunque le han quitado un Reino, no será provista con mucha abundancia.

Los reyes viejos, Carlos IV, en edad de sesenta años, y María Luisa, su mujer, en la de cincuenta y siete, con su hijo menor el infante D. Francisco

Paula, en edad de catorce años, están, como ya hemos dicho, y parece cierto, en la ciudad de Marsella, y les acompaña, porque así lo querrá Buonaparte, el infame Príncipe de la Paz, que con sus traiciones ha consumado el abatimiento y ruina de su Trono y de la monarquía española, y ya lo conocerá nuevamente la reina María Luisa, por más que haya estado apasionada por este hombre. Y yo espero que en su retiro, sin el bullicio de la Corte, y sin el encanto de tantas delicias y pasiones, teniendo entendimiento y habiéndose hallado presente a todos los sucesos de Madrid desde el año de sesenta y seis del siglo pasado, acertará a hacer, aunque no quiera, esta reflexión importantísima en nuestra causa. Desde aquella época se ha estado siempre diciendo a la oreja de los reyes Carlos III y Carlos IV, por los que han estado en su privanza, que los jesuitas españoles eran infieles y desleales, y maquinaban contra su Trono; y en el año primero de este siglo les dijo en su misma cara, y con publicidad, a Carlos IV y María Luisa el impío filósofo Azara que no estaba seguro su Trono si quedaba un solo jesuita en su Reino. Y bien, los jesuitas han sido desterrados dos veces, extinguidos, oprimidos de mil maneras, y reducidos a la nada y a la imposibilidad de hacer algo contra el hombre más miserable del mundo, y cuánto menos contra el firmísimo y poderosísimo Trono de España; y no obstante éste ha sido trastornado y abatido, y los reyes y toda su familia oprimidos, arrojados de España y encarcelados. Conque los reyes y su Trono tenían otros enemigos que los jesuitas españoles. Consecuencia que por sí misma sale y salta a los ojos necesariamente, y que no podrá menos que sacar la reina María Luisa; y con su buen entendimiento, a poco que reflexione sobre el caso, sacará estas otras tres consecuencias. Primera, que los que han abatido el Trono y oprimido a la familia real son los mismos que abatieron y oprimieron a los jesuitas españoles. Segunda, que oprimieron a éstos con tanta anticipación, engañando con cien mentiras e imposturas al pobre Carlos III, porque temían que les embarazasen, como uno de ellos confesó secretamente en Manila, en la ejecución de su proyecto contra el Trono. La tercera, que si se hubieran conservado los jesuitas en España, los filósofos Alba, Roda, Campomanes, Moñino, Azara, Godoy, y otros que les han ido sucediendo, no hubieran logrado abatir el Trono y corromper tan enormemente la Religión en España. Si el Señor da vida y tiempos más felices a la reina María Luisa, no extrañaré que, convencida en este punto mucho más que el rey Carlos IV y que su hijo D. Fernando, promueva, con cuanto le sea posible, el restablecimiento honorífico de la Compañía de Jesús en España.

Dos hijas de estos reyes Carlos IV y María Luisa, establecidas fuera de España, están también desterradas de sus respectivas Cortes. La infanta Carlota Joaquina, casada con el príncipe del Brasil D. Juan, heredero de la corona de Portugal, siguiendo a su marido, abandonando a Lisboa, vive en la capital del

dicho Reino o provincia del Brasil, en la América; y la infanta María Isabel, casada con el príncipe Jenaro, heredero del Reino de las Dos Sicilias, abandonando en seguimiento de su marido la Corte de Nápoles, está en la ciudad de Palermo, capital de la isla de Sicilia. Pobre familia real de España, compuesta de quince o veinte personas, contando los nietos de los Reyes, y todas ellas están desterradas, oprimidas y encarceladas; y dentro de la monarquía española no ha quedado más sangre de Borbón que la del infante D. Luis en un hijo que es Arzobispo de Toledo y de Sevilla, y en dos hijas que seguirán a su hermano y a su madre, y no se sabe en dónde están; y una de estas tiene la ignominia de haber vivido, como casada, con el Príncipe de la Paz. Pero estos tres hijos del infante D. Luis y de una señora Malafriga no se miran como personas propiamente de la familia real de España.

Por el mes de mayo de este mismo año se vio la España repentinamente sin Rey, y aun sin persona alguna de la familia real, estando toda ella detenida en Francia, y se la intimó formalmente que el Emperador de los franceses había nombrado por su Rey a su hermano José Buonaparte. A vista de este repentino y extrañísimo suceso, los reinos y provincias de España hicieron sus Juntas de las personas principales, y entendiéndose entre sí, y resolviendo conservarse unidas, nombraron sus diputados para que, unidos en cuerpo los de todas ellas, formasen una Junta Suprema y Soberana de la Nación, que con absoluto y soberano poder atendiese a la defensa de la Monarquía y a todas las demás cosas del Gobierno. Pero no podemos saber si tienen también diputados en esta Junta las provincias de la frontera, Navarra y Cantabria, en las que entraron los franceses muy presto, especialmente que por lo menos el Señorío de Vizcaya, en sus Juntas de provincia, resolvió sujetarse al Emperador de los franceses. En el principio de este general trastorno apareció hacia Valencia, con alguna apariencia de Regente del Reino, el conde de Cervellón, que después ha desaparecido del todo. Hacia la mitad del mes de julio, en cuanto podemos entender, ya se halló formada esta Junta Soberana de Gobierno en la ciudad de Sevilla, y, a la mitad de agosto, habiendo sido echados de Madrid los franceses en los últimos días de julio, vino a establecerse en la Corte, y en ella se mantuvo como hacia el veinte de noviembre, pues, al ver que se acercaba a Madrid el emperador Napoleón con un poderoso ejército, se vio precisada a dejar otra vez la Corte, y se habrá vuelto a Sevilla.

Esto es lo poco, y propiamente nada, que por falta de comunicación podemos decir de esta gran Junta de Gobierno de España que, en ausencia del Rey, tiene verdaderamente poder y autoridad real y soberana. No sabemos cuántas son las provincias que tienen diputados en ella; cuántos ha enviado cada una de las provincias, y mucho menos el nombre y otras calidades de los dichos diputados. De dos solamente han hablado estas gacetas, y son el conde de

Floridablanca, D. José Moñino, a quien hacen Presidente de la Junta, y D. Melchor Gaspar de Jovellanos, que el año noventa y ocho, al llegar yo a España, fue con mucho estrépito echado de la Secretaría de Estado de Gracia y Justicia por espíritu republicano, según la voz común, y después ha sido tratado con mucho rigor. Los dos son, o por lo menos han sido, filósofos más o menos adelantados, y acaso consumados y perfectos, y no debía la nación, si entendiera bien la fuerza y significado de esta palabra *filósofos* en estos tiempo, valerse de ellos en los negocios públicos del día, sin estar muy asegurada de que se habían convertido sinceramente, y se habían mudado del todo. Yo no lo puedo saber de ninguno de los dos, pero lo espero mucho menos de Moñino que de Jovellanos, aunque del primero han corrido voces de que se había hecho un santo en su retiro de Hellín o de Murcia. Pero no extraño que, sin grandes pruebas de su arrepentimiento y mudanza, la Nación se haya valido de él con tales aprietos, esperando que sabrá ayudarla mucho en circunstancias tan peligrosas, porque este hombre meloso y afectado, como yo toqué con la mano en mis viajes por España, sin saber por qué y sin que nadie supiese decirlo, cuando yo se lo preguntaba, se había adquirido generalmente en todo el Reino el concepto y fama de un hombre extraordinario, y de un Ministro superior a todos los de su tiempo; y yo llegué a persuadirme, y así se lo dije a muchos, que el principal mérito de Moñino para ser estimado, y aun deseado, consistía en los despropósitos y locuras que ya había hecho el muchacho Manuel Godoy que le había sucedido, y con las cuales estaba ya en aquel tiempo oprimida, escandalizada y fastidiada toda la Nación.

Algo más espero que verdaderamente se haya arrepentido y convertido el señor Jovellanos, ya porque es hombre de honra y de ilustre nacimiento, y la sangre noble, en las circunstancias presentes del Rey, de la Monarquía y de la Nación, si las pasiones no son muy vehementes, debe de dar un grande impulso para ayudar del modo que pueda a la causa común de todos; y ya también porque, atribuyéndose con razón y con verdad el presente trastorno de todo en España al infame Príncipe de la Paz, que a él le ha perseguido y oprimido bárbaramente, por espíritu de resentimiento y despique, se arrimará con empeño al partido contrario para impedir los malvados proyectos de su perseguidor. Jovellanos es, sin duda, hombre de talento, de un entendimiento despejado, de cultura y erudición, y buen gusto en escribir; y él ha estado siete años, como nosotros en Roma por nuestro segundo destierro, en la Cartuja de la isla de Mallorca, hacia donde iba caminando cuando nosotros íbamos a embarcarnos en Barcelona; y, quieto y sosegado en aquel santo retiro, no puede menos de haber llegado a entender los inconvenientes, absurdos, abominaciones y monstruosidades que han abortado ya el republicanismo y filosofismo, y que, si ellos llegan a prevalecer en el mundo, le harán un caos, una Babilonia y un

infierno. Si fuere cierto, como deseamos, que este señor Jovellanos se haya despojado únicamente de los principios y espíritu republicano-filosófico con su gran talento y buena pluma, podrá hacer servicios importantes a la patria, a la Monarquía y aun a la Religión, y nos inclinamos a creer que sean suyos los bellos papeles que en Alemania están haciendo grande honor a la nación española.

Esta Junta Suprema de Gobierno es, sin controversia alguna, en ausencia de Fernando VII, Rey y Soberano de España. Pero al mismo tiempo hay otro Rey sin otro derecho que la fuerza, y es el corso José Buonaparte, hermano de Napoleón, Emperador de los franceses; y con las armas en la mano están litigando los dos sobre la posesión de la Monarquía; y al presente, para nosotros en Roma, y a los diez o doce de diciembre de este año ocho del siglo en España, los dos pretendientes y guerreadores se hayan en este estado. El intruso rey José Buonaparte ocupa la Navarra, o la mayor parte de ella, y las tres provincias de Cantabria, Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, y ya parece que va echando en ellas sus contribuciones, y aun oigo que las aduanas que estaban en la frontera de Castilla se han trasladado a los puertos de mar y a la raya de Francia. Las dos son cosas nuevas en aquellas provincias, y contrarias a sus fueros, y les disgustarán mucho a sus moradores. Pero si quedan sujetos al Rey francés, aunque sea de buena gana y espontáneamente, y aunque para ganarlos se les ofrezca la conservación de sus fueros, les perderán todos, y otras muchas ventajas que tenían con los reyes españoles.

Castilla la Vieja está también toda, o por la mayor parte, en manos del nuevo Rey, especialmente si es cierta una victoria de un ejército suyo hacia Reinosa, derrotando un cuerpo de españoles que estaba hacia aquella parte, y en el cual se hallaba la tropa que el marqués de la Romana había traído del Norte. Parece, pues, que desde las montañas de Santander hasta Madrid todo es del rey José Buonaparte. En alguna parte de Aragón hacia Navarra anda también un cuerpo de franceses, y otro anda en Cataluña, en donde tienen a Barcelona y a Figueras por habérselas regalado el Príncipe de la Paz. En Madrid estará el rey José, que habrá ido en compañía de su hermano, y dominará en Castilla la Nueva hasta donde se extienda el poder y fuerza de sus tropas. Esto es a lo que la dicha fecha poseía el rey José en España, en cuanto desde tan lejos, y más por conjeturas que por documentos seguros, se puede entender.

La Junta Soberana de Gobierno posee hasta ahora todo lo que no está debajo de los pies de los franceses, que es con mucho exceso la mayor parte de la Monarquía, y puede tener francamente comunicación con las provincias a que se extiende su poder, no solamente por mar, sino también por tierra; y para ello, y para la defensa común, sirve mucho el estar el Reino de Portugal y su

Gobierno estrechamente unido con la Junta de Gobierno de España, y así por Portugal podrá la Junta enviar francamente sus órdenes al Reino de Galicia, al Principado de Asturias y al Reino de León, y aun a alguna parte de Castilla si no se hubiese superado al rey José. A los dos les ayuda cuanto puede por mar y tierra la Corte de Londres, y desde luego tienen todos, portugueses, españoles e ingleses, la gran ventaja de tener por suyos todos los mares en la Europa, en la América y en el Asia, cuando los franceses no pueden salir de sus puertos sin exponerse a un evidente peligro de ser derrotados, y de perder sus naves de guerra y sus embarcaciones de comercio.

De lo pasado y presente a tientas hemos podido decir esto poco. Pero de lo venidero nada podemos conjeturar, ni aun adivinar, porque es tan absoluta y tan sin límites la prepotencia y tiranía de los franceses sobre todos los canales o conductos de la comunicación de unos hombres con otros, y se complacen tanto en trastornar las cabezas de todos, y que nadie sepa ni aun las cosas más públicas sino ellos, que no se sabe en una ciudad como Roma, que tiene correspondencia con todo el mundo, si los españoles tienen uno, dos o más ejércitos, o ninguno, en dónde están, de qué número constan a poco más o menos, y quiénes son sus comandantes; a lo más alguna otra vez han nombrado en sus gacetas con sumo desprecio a un tal Cuesta, a un tal Castaños, y a un malvado conde de la Romana, que han sido derrotados, y han sido arrollados y dispersos los rebeldes y bribones que les seguían. Esto es todo lo que sabemos en Roma por las gacetas francesas y romanas de los ejércitos y fuerzas con que la Junta española de Gobierno intenta oponerse a los Buonaparte, e impedirles la posesión de la Monarquía. Poco más sabemos de los ejércitos franceses que están en España y dispuestos para entrar en ella, pues de sus ejércitos sólo suelen decir que son muy grandes cuando les hace al caso para aterrar las gentes, o que son muy chicos para que aparezcan más gloriosas sus victorias. Napoleón el Grande, desde los primeros días del mes de diciembre, está en el centro de la Monarquía, esto es, en la Corte de Madrid y en sus alrededores. Desde allí, si ha de emprender la conquista de toda España y de Portugal, debe dirigir un numeroso ejército hacia Galicia y Asturias, otro hacia Lisboa, y un tercero a la Andalucía, dejando la conquista de Valencia, Aragón y Cataluña a los ejércitos que andan en estas provincias. Por este plan de campaña, que parece forzoso, y siendo cierto que Napoleón y los suyos saben echar bien sus cuentas para pelear siempre con fuerzas superiores a los contrarios, aunque después, en dos jactanciosas y fantasiosas relaciones, todo sea otra del talento de los comandantes y del valor de los soldados, se entiende con toda claridad, aunque sólo en términos generales, que sus ejércitos destinados a la conquista de España, y que entran ya hasta dentro o a la puerta, son verdaderamente inmensos, y no pueden menos de llegar, como muchos

piensan, a trescientos mil hombres. No es posible, pues, dejar de temer, por más que los españoles se animen y se esfuercen, que los impíos y ateístas franceses lleguen a conquistar la monarquía española, a pisar y abatir nuestra siempre estimada y amada patria, y a deslustrar y oprimir en ella la antiquísima y santísima Religión Católica.

No hay este peligro en la monarquía española de las Indias, o de la América, y del Oriente, pues, como ya insinuamos antes, no teniendo los franceses Marina para ir a aquellos otros mundos y promover sus cosas y sus intereses, no es posible que alguna de tantas provincias quieran reconocer por Rey a José Buonaparte y sujetarse a los franceses. Pero su estado presente, sin contar por nada lo que los franceses pueden hacer allá, es muy singular y muy extraño, y su suerte y destino para en adelante muy incierto. Por el abatimiento en Bayona del rey D. Fernando VII y de sus padres, faltó absolutamente el Soberano legítimo en la Monarquía de España en la Europa, y por consiguiente faltó también el legítimo Soberano de las Indias españolas; y por tanto no hay en la Europa autoridad alguna legítima –reconocida– a la que deban estar sujetos y obedecer. Por lo que toca al rey José Buonaparte, esto es evidente, y, por lo que toca a la nación española, representada por la Junta de Gobierno, es por lo menos cosa dudosa, y yo nada decido. Pero no será difícil que allá encuentren sus razones para creer que, extinguida la autoridad del Rey, y hasta la familia real en España, no tienen obligación de sujetarse a la Junta que en su lugar se ha levantado. No quisiera que prevaleciese en las provincias americanas este modo de opinar, y aun deseo que en todas ellas se haya hecho lo mismo que en México para que los franceses y los españoles afrancesados no las sujeten a la Francia, y que todas añadan una pronta disposición de ánimo para unirse con la madre patria y con su legítimo Soberano si volviese a sentarse en el trono de España.

Todo esto no impide el que sea cierto que, con este trastorno del Trono de la familia de Borbón en España, se ha hecho efectiva y realmente una separación entre esta y la América, y que, aunque a ésta no le sea lícito negar la obediencia a aquella, y deba estar sujeta a la Junta de Gobierno que manda en lugar del Rey, la es sumamente fácil en el día separarse, y negar enteramente la obediencia y sujeción, y gobernarse por sí misma. ¿Y cuánto se ha hecho en los reinados de los dos Carlos que ahora pudiera servir para facilitar la separación de la América de la España? Por un lado, el gran ministro español D. José Moñino ayudó eficacísimamente a la independencia de las colonias inglesas americanas, que, con su ayuda y favor, se apartaron del Rey de la Gran Bretaña, su legítimo Soberano. Este solo hecho de Moñino, con el cual prácticamente exhortó y animó a las provincias españolas de la América a que hicieran lo mismo y se separasen de su legítimo Soberano, el Rey de

España, es bastante para ponerle en el número de los ministros o ignorantes o sin celo por el servicio del Rey, y por la utilidad de la Monarquía; y a la verdad este ejemplo de estas provincias inglesas soberanas e independientes de la Europa, y según parece en prosperidad y bonanza, puesto a los ojos de México, de Santa Fe y de toda la América, es un incentivo, un impulso y una tentación vehemente para hacer lo mismo, ahora que pueden hacerlo, acaso a su juicio con buena conciencia, y de cierto con suma facilidad y sin que nadie se lo pueda impedir, ni poner el menor estorbo, y, si no lo hiciesen, como yo lo deseo y espero, no será porque este ejemplo de una potencia americana que la ignorancia o malignidad de Moñino le puso delante de los ojos no tenga mucha proporción, fuerza y eficacia para moverlos.

Por otro lado, antes del Ministerio de Moñino, en el suyo no corto y en el que se ha seguido después, ha sido tanto lo que se ha hecho padecer a las provincias de la América con la bárbara expulsión de tres mil jesuitas, y la mitad por lo menos naturales de aquellas partes, con visitas turbulentas de abogados visitadores, y con todo género de pesadísimas contribuciones, que no hubiera sido maravilla que se hubieran alzado algunas de ellas, aun habiendo Rey de España, y en efecto ha habido alborotos muy grandes en el reinado de Carlos III en el Perú, en Quito, y aun en otras partes. ¿Sería, pues, un milagro si, estando corriendo sangre, las molestísimas vejaciones de los dos reinados pasados, teniendo a la vista el ejemplo de las colonias inglesas, y estando en su mano hacer lo mismo, muchas o algunas lo ejecutasen? Antes por el contrario será un verdadero prodigio de la cristiandad, honradez y lealtad de los americanos si ahora se unen íntimamente con la Junta de Gobierno de España, y la ayudan y socorren en la guerra contra los franceses, y después vuelven a sujetarse, con su acostumbrada sumisión y obediencia, al rey Fernando VII, si volviese, como esperamos, a poseer su trono y Monarquía.

De todo lo dicho se infiere con obediencia que en el día las Indias españolas, esto es, sus muchas provincias de América y en el Oriente, tienen en su mano separarse impetuosamente, si quisiesen y sin que nadie se lo pueda impedir, de la nación española o de la España; y que el presente abatimiento del Rey Católico y de toda su familia, y el trastorno total de la Monarquía, tienen de suyo fuerza y proporción para causar, o por lo menos ocasionar, la pérdida para España de la América. Y siendo ya cierto para todos los que tienen juicio, religión y piedad que la opresión de la Compañía de Jesús ha sido causa de tan grandes triunfos de la impía filosofía, y por consiguiente de la presente infelicísima situación de la familia real de España, de su Trono, de su Monarquía y de toda la Nación, se infiere con la misma evidencia que la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de Su Majestad Católica, con todas las demás vejaciones que después se les hicieron, es verdaderamente

causa de que se pierda para España la América, o por lo menos de que las Cortes hayan llegado a tal estado que sea sumamente fácil que se pierda.

Por no mal conducto me llegó en otro tiempo que, tratándose en Madrid de la expulsión de los jesuitas de todos los dominios del Rey, no faltó uno que representase que si se ejecutaba había peligro de que se perdiese la América, y que a esta representación D. Manuel de Roda, Secretario de Estado de Gracia y Justicia, y el oráculo en aquel tiempo al lado de Carlos III, y especialmente en el negocio de los jesuitas, había respondido franca y resueltamente *que se pierda*; y esto es lo mismo que decir que para él era más importante la expulsión de los jesuitas de los dominios del Rey que la conservación de la América en la obediencia del Soberano, y en unión con la Monarquía y nación española, y así que, aunque sea cierto que se haya de perder la América con la expulsión de los jesuitas, deben ser expelidos de todos los dominios de Su Majestad Católica; y Roda decía en esto verdad, y hablaba muy de corazón. ¿A él, unido en conspiración con otros ministros contra la Religión, y aun contra los tronos, le importaba mucho, para que pudiese triunfar la filosofía anticristiana, la expulsión y opresión de los jesuitas españoles y los de todo el mundo, y, logrando él este triunfo de la impiedad e irreligión, qué se le daba a él de la conservación de la América ni de la monarquía española ni del Trono de los Reyes? Y no sería difícil presentar aquí una expresión de Moñino parecida a esta de Roda, para que estos dos famosos abogados, que fueron los dos principales oráculos de el largo reinado de Carlos III, y los principales autores de la opresión de la Compañía de Jesús, apareciesen semejantes en aborrecerla con un odio tan diabólico y tan sin límites, que, a trueque de oprimirla en España y en todo el mundo, nada se les diese de que los reyes de España perdiesen la América. Estos ministros, dominados de pasiones tan brutales y prontos a perder la Monarquía por satisfacerles, han estado en toda privanza con el sencillo Carlos III en todo su largo reinado, y algo también en el de su hijo Carlos IV, y, abusando enormisímamente no menos de su candor que de su brazo y de su poder, lo han arruinado todo en España y en la América. Gran gloria será algún día de la inocente Compañía de Jesús el que sean bien conocidos los hombres impíos que la han perseguido y oprimido en todo el mundo.

Por lo dicho se entiende del miserabilísimo estado en que se halla al presente la pobre España, y, reducido todo a un brevísimo compendio, en pocas palabras le pondremos con claridad a la vista. Desde el mes de mayo no hay Rey en España ni una sola persona de la familia real, y aquél, con un tío y un hermano, está en un castillo o pueblo llamado Monceley[33], y sus padres y otros

33 Valencay.

hermanos están en Francia en ignominia, y acaso también en pobreza. El Emperador de los franceses, que les ha oprimido, ha hecho Rey de España a José Buonaparte, su hermano, y la nación española, formando una Junta Soberana de Gobierno, con autoridad de Soberano, no quiere reconocerle y admitirle, y le hace oposición con las armas en la mano. Por seis meses se ha estado peleando casi con furor por una y otra parte, y casi todas las provincias del Reino están bañadas de sangre española y francesa; ¿y qué otras miserias, ruinas y destrozos no preceden, acompañan y siguen a una guerra tan furiosa? Esta no se ha acabado e irá necesariamente adelante con igual furor. La Monarquía está despedazada y dividida en dos, y los franceses, y aun el mismo Emperador, con numerosos ejércitos, está en el centro de ella y en la misma Corte de Madrid, y van a perfeccionar la conquista de España, y la nación española, mandada por la Junta Soberana de Gobierno, piensa hacer resistencia a los ejércitos franceses en donde y según pueda. Y cuánta aflicción tendrá la Nación toda y la Junta Soberana sobre la suerte de la América no pudiendo saber todavía, a lo menos de la Meridional, qué resolución se ha tomado en ella de resultad del trastorno de la Monarquía; y cuánta tendrá también, y cuánta tenemos nosotros, temiendo sucesos tristes en una guerra con un enemigo tan poderoso. A nuestra aflicción acompaña (y es común a todos) una sincerísima y tiernísima compasión de nuestra estimada patria, de nuestros hermanos y demás parientes, de nuestros amigos, y de toda nuestra amada nación española, y no pudiendo hacer otra cosa en su defensa y amparo le tendemos nuestras manos al Cielo pidiéndole con el mayor fervor que nos es posible ayuda, socorro y protección a todos, y que no permita que la generosa y catolicísima nación española sea subyugada por los impíos ateístas franceses; antes, dando victorias a los españoles, vida y libertad al amable rey D. Fernando, lo coloque otra vez en el augusto trono de las Españas y de las Indias, para que lo renueve todo y corrija y enmiende los muchos y grandes errores de sus indecentes abuelo y padre, engañados por los hombres impíos, y sin honra ni lealtad, que han estado en su gracia todos sus largos reinados, y llevados con gruesas vendas sobre los ojos a su presente ruina y abatimiento. Lo deseamos con ardor, lo pedimos con eficacia, y lo esperamos con firmeza.

Conclusión

Ya estamos al fin de este tomo y de este año ocho, y dejamos a la Compañía de Jesús, que es el objeto principal de este nuestro escrito, sin particular mudanza ni por un extremo ni por otro, aunque sería alguna de importancia si fuera cierto, como he oído en estos últimos días, que en las provincias inglesas americanas está ya establemente introducida, y que tiene Noviciado abierto, y en

él quince novicios. En el año nuevo en que entramos se temen nuevas molestias para los jesuitas de la asistencia de España por el empeño de los franceses de que hemos de reconocer por nuestro rey de España a José Buonaparte. Por lo demás, aunque por ventura tengan sus trabajitos otros particulares, en el asunto principal en la causa de la Compañía, que es su glorioso restablecimiento, más se puede esperar en el año nuevo bonanza, o principio y aurora de ella, que temer ruina y desgracias. Los dos ruidosos y extrañísimos sucesos de este año ocho del siglo, esto es, la opresión casi total de Roma, y la entera de la Monarquía de España, son dos pasos necesarios, muy derechos y muy grandes, hacia el suspirado término de la honorífica resurrección de la extinguida y muerta Compañía de Jesús. Desde luego es evidente que sin la primera nunca pensaría Roma seriamente por sí misma en restablecer con honor la Compañía de Jesús, y sin la segunda siempre estaría atenta la Corte y Ministerio de Madrid para oponerse a su restablecimiento con toda su autoridad, y aun con sus tesoros.

Ahora, por el contrario, oprimido el Papa, oprimidos los cardenales, aborrecidos y despreciados los que, engañando al Pontífice, le inclinaron a favorecer a los filósofos, y por consiguiente a no pensar en jesuitas, abrirá Roma necesariamente los ojos, reconocerá y detestará las enormes injusticias que en ella se han hecho contra la inocente Compañía de Jesús, y pensará en restablecerla dignamente. Por el contrario, también en Madrid, abatido el trono de los reyes, se ha esparramado y desautorizado enteramente una innumerable gavilla de impíos filosóficos, francmasones y jansenistas que, por todos lados, en el Ministerio o gabinete, en las oficinas o covachuelas, en la magistratura, en la nobleza, en el ejército y en la Marina se rodeaban y cercaban estrechamente para que no llegase a él un rayo de luz y de verdad, y para abusar de su autoridad y poder contra la Religión Católica y contra su siempre acérrima y constante defensora, la Compañía de Jesús. No queda, pues, ya en la Europa Corte alguna que quiera oponerse con empeño al restablecimiento honorífico de la Compañía de Jesús. La de Portugal, abatido el trono en la Europa, y retirada a la América, no pensará ciertamente en enviar, como hizo Carvalho y otros, millones de lisboninas a Roma para ganar cardenales y otras gentes contra la aborrecida Compañía; y la de España, después de este su total, ignominioso y costosísimo abatimiento, no estará de humor de emplear en esta Corte, como hicieron Roda, Moñino, Azara y otros, millones de pesos duros para corromperla toda, irritarla y enfurecerla contra los pobres jesuitas. Y Roma, sin estas poderosas solicitaciones de intereses, pensiones y regalos, oprimida, pisada y trastornada enteramente, y sumergida en un mar de tribulaciones y de angustias, oirá finalmente los clamores que dan dentro de ella misma la inocencia tiránicamente sacrificada por bienes temporales al odio

de sus rabiosos enemigos, la útil enseñanza y el celo ardiente de la extinguida Compañía de Jesús, por cuya falta ha descrecido mucho la piedad y Religión en todo el mundo católico, y en la misma Roma.

Sólo, pues, falta que el Señor, satisfecha su cólera contra todos los reyes, príncipes y Cortes Católicas, estando ya todas abatidas y aterradas, abata y aterre por sí mismo las dominantes sectas anticristianas y los jefes principales de ellas, que han sido el látigo, azote e instrumento de su venganza contra todo el mundo católico; y esperamos no sólo que lo hará infaliblemente, sino también que lo hará presto, aunque nuestra corta vista no vea hasta ahora ni oscuramente, y entre celajes, el medio de que Su Majestad se valdrá para esta grande obra, y verdaderamente superior a todas las fuerzas humanas. Por tanto, aunque los años no son pocos, y la salud no es muy robusta, no desconfiamos de ver este alegre día del restablecimiento glorioso de nuestra estimadísima madre la Compañía de Jesús en esta Corte de Roma, en España, y en otras partes; y con esta esperanza, aunque sobre nuestras débiles fuerzas se añaden temores y peligros por las circunstancias y tiempos en que nos hallamos, con mayor reserva, y con alguna otra nueva precaución, continuaremos de algún modo en el año que viene este nuestro *Diario*, hasta ver si tenemos la satisfacción de haberle continuado desde el principio hasta el fin de la persecución de la Compañía de Jesús de España.

BIBLIOGRAFÍA

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso: "El Dos de Mayo Madrileño. Las reacciones de la opinión pública", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo y sus Precedentes*, Madrid, Capital Europea de la Cultura,1992, pp. 483-501.

ARDIT LUCAS, Manuel: "Los alborotos de 1801 en el Reino de Valencia", *Hispania* 113 (1969), pp. 526-542.

– *Revolución liberal y revuelta campesina*, Barcelona, Ariel, 1977.

ARTOLA, Miguel: *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

ASTORGANO ABAJO, Antonio: "La biblioteca jesuítico-española de Hervás y su liderazgo sobre el resto de los ex jesuitas", *Hispania Sacra* 113 (2004), pp. 171-268.

AURÉAS, Henri: *Un général de Napoleón: Miollis*, París, Université de Paris, 1961.

BARBUTO, Gennaro Maria: *Il principe e l'Anticristo. Gesuiti e ideologia politiche*, Napoli, 1994.

BARRIO GOZALO, Maximiliano: *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004.

BATLLORI, Miguel: *Francisco Gustá, apologista y crítico*, Barcelona, Balmes, 1942.

BIANCHINI, Paolo (ed.): *Morte e resurrezione di un Ordine religioso. La strategie culturali ed educative delle Compagnie di Gesù durante la soppressione (1759-1814),* Milano, 2006.

BONOLA, Rocco: *La liga de la Teología moderna con la Filosofía en daño de la Iglesia de Jesucristo*, Madrid, 1798.

BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, Cajacírculo, 2007.

CALVO MATURANA, Antonio Juan: *María Luisa de Parma: Reina de España, esclava del mito*, Granada, Universidad de Granada, 2007.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: "Prensa y política. El *Diario de Madrid,* de marzo a diciembre de 1808", en Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO y Margarita ORTEGA LÓ PEZ (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza, 1995, vol. 3, pp. 465-474.

CASTELLANO, Juan Luis: *Las Cortes de Castilla y su Diputación (1621-1789) entre pactismo y absolutismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

CID PRIEGO, Carlos: "Damián Campeny, escultor religioso del período neoclásico", *Liño. Revista anual de Historia del Arte* 8 (1989), pp. 79-108.

DEFOURNEAUX, Marcelin: "Complot maçonnique et complot jésuitique", *Annales historiques Revolution Francaise*, 37 (1965), pp. 170-186.

DÍAZ, Furio: *Filosofia e politica nel Settecento francese*, Torino, Einauidi, 1962, pp. 41-56, y Cyril B. O'KEEFE: *The Jesuits in France on the eve of supression*, Universidad de Toronto 1986, pp. 224-225.

EGIDO, Teófanes: *Carlos IV*, Madrid, Arlanza Ediciones, 2001.

ESCUDERO, José Antonio: *Los cambios ministeriales a fines del Antiguo Régimen*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1975.

FERNÁNDEZ ARRILLAGA, Inmaculada: "La persecución de los jesuitas que no juraron la Constitución de Bayona en la correspondencia entre los PP. Juan José Carrillo y Manuel Luengo (1808-1813)", *Revista de Historia Moderna*,18, pp. 223-244.

– *El legado del P. Manuel Luengo S. I. (1767-1815): diario de la expulsión de los jesuitas de España, colección de papeles curiosos y varios*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 2003, 2 vols.

– *El destierro de los jesuitas castellanos (1767-1815)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004.

FRÍAS, Lesmes: *Historia de la Compañía de Jesús en su Asistencia moderna de España*, Madrid, Razón y Fe, 1923.

FURLONG, Guillermo: *Francisco Javier Iturri y su "Carta crítica" (1797)*, Buenos Aires, 1955.

– *Francisco J. Miranda y su Sinopsis (1772)*, Buenos Aires, Theoría, 1963.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2007.

GUASTI, Niccolò: *L'esilio italiano dei gesuiti spagnoli*, Roma, Edizioni si Storia e Letteratura, 2006.

GUERRA, Alessandro: *Il vile satellite del trono. Lorenzo Ignazio Thjulen: un gesuita svedese per la contrarivoluzione*, Milano, Franco Angeli, 2004.

GUSTÁ, Francisco: *Saggio critico sulle Crociate*, Ferrara, 1794.

– *El antiguo proyecto de Borgo Fontana, continuado y cumplido de los modernos jansenistas*, Orihuela, Viuda de Antonio Santamarina, 1814.

– *El Sínodo de Pistoya como es en sí, o sea los jansenistas modernos convencidos de irreligión y de anarquía por el Sínodo de Pistoya, Biblioteca de la Religión*, Madrid, D. E. Aguado, 1828, pp. 98-382.

GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, Francisco: *Dictamen del Fiscal D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, presentado y leído en el Consejo de Castilla (1815), sobre el restablecimiento de los jesuitas*, Madrid, Agustín Espinosa, 1845.

HERR, Richard: "Nación política y pueblo en el levantamiento de España en la primavera de 1808", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo...*, pp. 231-241.

HERRERO, Javier: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, pp. 159-180.

HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo: *Biblioteca jesuítico-española (1759-1799)*, Madrid, Libris, 2007. Edición de Antonio ASTORGANO.

ISLA, José Francisco de: *Obras escogidas,* Madrid, Atlas, 1945.

– *Anatomía del Informe de Campomanes*, León, Institución Fray Bernardino de Sahagún, 1979. Prólogo y notas del P. Conrado Pérez Picón.

IACCARINO, Pina: *Un vescovo a Capri. Nicola Saverio Gamboni (1776-1807). Tra pastoralità e giacobinismo*, Napoli, Franco Di Mauro Editore, 1997.

LA PARRA, Emilio: *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002.

MANTELLI, Roberto: "Nationalism, xenophobia and catalanism in the writings of an enlightened catholic historian: Juan Francisco Masdeu, S.J. (1744-1817)", *Analecta Sacra Tarraconensia* 55-56 (1982-83).

– *The political, religious and historiographical ideas of Juan Francisco Masdeu S. J., 1744-1817*, New York-London, Garland, 1987.

MARCH, José M.: *El restaurador de la Compañía de Jesús Beato José Pignatelli y su tiempo*, Barcelona, Religiosa, 1944, vol. II.

MARTÍ GILABERT, Francisco: *El proceso de El Escorial*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1965.

– *El motín de Aranjuez*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1972.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Sílex, 2007.

MARURI, Ramón: *Ideología y comportamiento del Obispo Menéndez de Luarca (1784-1819)*, Santander, Librería Estudio, 1984.

MASDEU, Juan Francisco: *Cartas a un republicano romano*, Madrid, Fuentenebro, 1814.

MENOZZI, Daniele: "Le chiese italiane e la rivoluzione: il caso di Bologna", en Daniele MENOZZI (ed.): *La Chiesa italiana e la rivoluzione francese,* Bologna, Edizioni Dehoniane 1990, pp. 121-177.

MERCADER RIBA, Joan: *Els Capitans Generals*, Barcelona, Vicens-Vives, 1963.

– *José Bonaparte Rey de España*, Madrid, C. S. I. C., 1983.

MOLAS RIBALTA, Pere: *Los magistrados de la Ilustración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

MOLINER PRADA, Antonio: "Las repercusiones del 2 de Mayo en Cataluña", en Luis Miguel ENCISO RECIO (ed.): *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo…*, pp. 437-454.

MOLTENI, Ferdinando: "La cattività savonese di Pio VII", en Giovanni Spinelli (ed.): *Pio VII Papa benedettino nel bicentenario della sua elezione*, Cesena, Centro Storico Benedettino Italiano, 2003, pp. 351-362.

O'KEEFE, Cyril B.: *The Jesuits in France on the eve of suppression,* Universidad de Toronto, 1986.

OLAECHEA, Rafael: "El cardenal Lorenzana y los ex jesuitas (Arévalo, Masdeu, Luengo, Bolgeni)", *Archivum Historicum Societatis Iesu* 51 (1982), pp. 80-160.

– "Napoleón visto por un jesuita español en Italia", en *Les espagnols et Napoleon*, Marseille, Université de Provence, 1984, pp. 127-174.
– "El Cardenal Lorenzana y los ex-jesuitas (Arévalo, Masdeu, Luengo, Bolgeni)", A.H.S.I., LI (1982), pp. 80-160.
OLEA, Pedro: "La Guerra de la Independencia y otros temas españoles en las *Memorias* del cardenal Bartolomé Pacca, Secretario de Estado de Pío VII", *Cuadernos de Investigación Histórica* 11 (1987), pp. 231-246.
O'NEILL, Charles E. y DOMÍNGUEZ, Joaquín Mª: *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Roma - Madrid, Universidad de Comillas, 2001.
OZANAM DIDIER: *Les diplomates espagnols du XVIII Siècle,* Casa de Velázquez, Madrid-Bordaux, 1998.
PETRONIO, Giuseppe (dir.): *Dizonario Enciclopedico della letteratura italiana*, Bari, Laterza, 1966, vol. I.
PILLEPICH, Alain: *Napoléon et les italiens*, París, Nouveau Monde, 2002.
PLONGERON, Bernard: *Théologie et politique au Siècle des Lumières (1770-1820)*, Droz, Genéve, 1973.
– "Les réactions d'un Pape aux liens: Pie VII face a Napoleón", en Giovanni Spinelli (ed.): *Pio VII Papa Benedettino nel bicentenario della sua elezione*, Cesena, Centro Storico Benedettino Italiano, 2003, pp. 317-350.
PORSET, Charles: "Lorenzo Hervás y Panduro y la resistencia al cambio: el modelo contubernista", en *El mundo hispánico en el Siglo de las Luces*, Madrid, Complutense, 1996, vol. I.
REICHARDT, Rolf: "Igualdad", en Vincenzo FERRONE y Daniel ROCHE (eds.): *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1998.
SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco: *La Ilustración goyesca*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2007.
SCANDELLARI, Simonetta: "La 'tesi del complotto' nelle *Causas de la Revolución de Francia en el año 1789* di Lorenzo Hervás y Panduro", en L. DOMERGUE y G. LAMOINE (eds.): *Après 89. La Révolution modèle ou repoussoir*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1991.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abarraviqueta, José, 433
Abrantes, duque de, 399, 413, 447, 472
Alba, duque de, 14, 37, 136, 352
Albani, José, 127, 214, 218
Alberti, embajador, 195, 261
Aldrovandini, 246
Alejandro I de Rusia, 35, 42, 131, 189, 403, 412, 413, 440, 441, 442, 443, 514, 515, 516
Alemania, emperador de, 59, 69, 92, 98, 133, 239, 334, 514, 515
Almonacid, Francisco Xavier, 272, 474
Alquier, ministro, 54, 56, 65, 86, 92, 94, 95, 114, 191, 194, 195
Altamira, conde de, 351
Álvarez, Eugenio, 188
Amat, general, 48
Amoedo, Hermenegildo, 89 n.
Amorós, padre, 83
Andrés, Juan, 313, 462, 477
Angelelli, Octavio, 299, 458, 479
Antonelli, Leonardo, 17, 124, 127, 158, 194, 214, 218, 244, 255, 258, 259, 267, 268, 315, 380, 385, 438
Antonio, infante, 177, 204, 228, 229, 231, 236, 246, 321, 522
Aparicio, Carlos Santos, 188
Aparicio, Juan, 187
Aranda, conde de, 146
Araujo, 290
Arce, José Ramón, 27, 174, 178
Arezo, Tomas, 184
Arezzo, gobernador, 380, 385
Argumosa, Domingo, 425
Argumosa, Remigio, 377
Asensio, Felipe, 346, 347, 349
Asturias, príncipe de, 23, 28, 30, 45, 48, 61, 80, 81, 119, 157, 167, 168, 172, 174, 175, 205, 231
Avogadro, Juan Andrés, 87, 101, 129, 313, 477
Ayerbe, conde de, 81
Ayllón, Joaquín de, 140
Ayllón, Julián de, 163
Azanza, Miguel José, 29, 204, 225, 279, 296, 304, 307, 308, 309, 310, 392, 424, 474, 523
Azara, cardenal, 115, 170, 295, 352, 524, 533
Azara, José Nicolás de, 37, 141, 294, 301, 483
Azpuru, Francisco, 46

B

Bachoqui, príncipe, 511
Bacili, abogado, 260
Balonda, conde de, 463
Barberi, Juan, 263
Barberini, príncipe, 75
Bartolomé, correo papal, 32, 114, 190, 191

Basili, conde, 356
Bellisomi, Carlos, 387
Belloy, Juan Baptista, 270
Benincasa, Angélico, 299
Beramendi, 377
Berg, duque de, 145, 162, 163, 179, 187, 228, 328
Bernardotte, general, 59, 133, 189, 238, 271, 370, 371, 403
Berruel, P., 114
Bertazzoli, Bernardo, 218
Bessieres, general, 361
Bezioli, Spiridion, 458
Biagini, padre, 87, 265, 313, 477
Blake [Blach], brigadier, 403
Blasco de Orozco, Nicolás, 377
Blasco, Manuel, 454
Bonastico, caballero, 102
Borghesi, princesa, 121
Borghesi, príncipe, 245, 246, 289, 291, 428, 468, 511
Borgia, cardenal, 17, 244, 258, 268
Bornos, conde de, 81
Braci, 96, 117
Braga, Santiago, 218
Braganza, Juan de, 84
Branciforte, 174
Brancodoro, César, 398
Braschi Onesti, Romualo, 67, 68, 125, 126, 140, 511
Brasil, princesa del, 63
Brena, P., 242
Buonaparte, Elisa, 511
Buonaparte, emperador, 42, 45, 48, 49, 52, 54, 61, 67, 68, 76, 78, 86, 90, 91, 96, 97, 98, 103, 106, 111, 113, 114, 119, 121, 122, 130, 132, 134, 144, 145, 149, 154, 157, 162, 163, 167, 180, 181, 186, 187, 189, 190, 191, 192, 193, 195, 202, 203, 210, 213, 221, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 231, 233, 235, 236, 239, 242, 246, 253, 263, 268, 269, 270, 272, 279, 287, 291, 293, 295, 296, 297, 307, 309, 310, 316, 317, 322, 328, 333, 336, 340, 350, 354, 356, 358, 368, 370, 371, 372, 373, 376, 388, 389, 390, 391, 394, 399, 400, 401, 403, 404, 411, 412, 413, 414, 421, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 439, 440, 441, 442, 445, 447, 448, 449, 452, 458, 459, 460, 461, 463, 464, 465, 466, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 479, 483, 485, 486, 492, 493, 502, 507, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 521, 522, 523, 524
Buonaparte, José, 79, 130, 219, 220, 221, 239, 276, 287, 301, 304, 311, 321, 322, 350, 351, 352, 353, 358, 365, 368, 371, 453, 462, 469, 481, 482, 485, 490, 491, 493, 503, 506, 507, 519, 525, 527, 529, 532, 533
Buonaparte, Luciano, 42, 47, 53, 83, 117, 122, 155, 156, 245, 376, 518
Buonaparte, Paolina, 245

C

Caballero, José Antonio, 172, 178
Cabarrús, conde de, 308, 310
Calatayud, Pedro, 401
Calvo, Francisco Javier, 347
Campeny, Damián, 426
Campo de Alange, conde de, 351, 424, 437, 462, 474, 482, 483, 484, 490, 503
Campomanes, 12, 24, 37, 108, 146, 170, 311, 352, 497, 524
Canova, escultor, 427
Cantón, P., 369, 370
Cañada Ibáñez, marqués de la, 188
Cañas, Francisco, 310
Cappelletti, Juan Francisco, 329
Capeleti, Barón, 430
Capón, Gertrudis, 89 n.
Caprara, cardenal, 114, 155, 190, 191, 212, 269

Caracciolo, Diego, 50, 103, 104, 152
Carendini, Felipe, 124, 214
Carlos III, 14, 15, 18, 25, 26, 37, 106, 120, 138, 147, 165, 167, 170, 178, 221, 230, 232, 234, 279, 283, 292, 295, 296, 305, 311, 322, 336, 351, 352, 484, 490, 491, 523, 524, 529, 530, 531
Carlos IV, 15, 18, 21, 23, 24, 25, 28, 41, 45, 63, 80, 82, 94, 111, 120, 133, 136, 138, 141, 147, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 171, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 182, 198, 202, 203, 205, 206, 221, 225, 227, 228, 229, 231, 232, 233, 234, 236, 245, 246, 252, 254, 267, 276, 279, 280, 283, 290, 292, 295, 296, 304, 305, 308, 309, 321, 322, 327, 351, 352, 367, 395, 422, 463, 464, 475, 483, 484, 491, 506, 523, 524, 529, 531
Carlos Luis, infante, 172, 177, 231, 523
Carlos María, infante, 203, 225, 231, 236, 246
Caro, Ventura, 359, 399, 414
Carolina, reina de Nápoles, 28, 85, 237, 264
Carrafa Belvedere, cardenal, 335
Carrafa Trayetto, Francisco, 50, 57, 103, 467, 479, 499
Carrillo, Juan José, 348
Carroll, John, 115 n., 317 n.
Carvallo, Sebastián, 63, 290
Caselli, Carlos Francisco, 458
Caserta, duque de, 104
Cassoni, Felipe, 124, 398, 498, 510
Castañiza, José María, 369, 370
Castaños, Francisco Javier de, 303, 363, 528
Castiglioni, Francisco Javier, 329
Castigloni, Juan, 299
Causil, Juan Crisóstomo, 414
Cavalchini, Francisco Guidolano, 183, 184, 380
Cenzano, José, 428
Cerdeña, rey de, 98
Cervellón, conde de, 274, 358, 525
Cervellón, condesa de, 274
Cevallos, Pedro, 29, 43, 201, 204, 225, 296, 308, 310, 513
Cevallos, Miguel, 34, 303
Champagni, 281
Chiaramonti, Gregorio: Véase Pío VII,
Cid y Monroy, Manuel, 30, 306
Clemente XIV, 16, 32, 72, 73, 101, 103, 140, 243, 265, 330, 343, 344, 477, 502, 511
Cobos, José Antonio, 21, 62, 294, 295, 296, 523
Coll y Prat, Narciso, 47
Colli, gobernador, 58, 66
Colón, Manuel, 28, 33, 276, 277, 279, 369
Colona, condestable, 219
Colonna Stigliano, Nicolás, 498
Conca, Antonio, 21, 295
Concane, obispo, 115, 117
Concina, padre, 56
Consalvi, Hércules, 17, 67, 68, 96, 138, 194, 244, 257, 258, 268, 386, 499
Constantino, príncipe, 440
Cordón, Pedro, 429
Crivelli, Carlos, 125
Cuesta, Gregorio, 361, 362, 486, 492, 528

D

Denirca, Silvestre, 207
Despuig y Dameto, Antonio, 127, 397, 398, 426, 510
Desscaus, Herbin, 159
Doria Pamphili, Antonio María, 125, 126
Doria Pamphili, José, 124, 126
Doria, príncipe, 75, 342
Dugnani, Antonio, 125

Dupont, general, 23, 34, 35, 162, 275, 303, 362, 363
Durde, 411
Duro, 174
Duroc, 440

E

Elejaga, Francisco, 22, 395
Eliaga, Francisco de, 377
Elizaicin, José, 286
Encarnación, María Magdalena de la, 266
Ensenada, marqués de la, 14, 136
Erskine, Carlos, 262, 499
Escandón, tesorero, 137, 197, 283
Escoiquiz, padre, 23, 81, 177, 204, 225, 296
Espinosa, 174
Est, Beatriz de, 115
Etruria, reina de, 21, 44, 48, 62, 111, 119, 159, 177, 216, 226, 229, 230, 231, 236, 237, 294, 295, 296, 309, 321, 412, 425, 523
Etruria, rey de, 62, 294
Eugenio, virrey de Italia, 328, 511
Ezpeleta, conde, 24, 120

F

Fantuzzi, 430
Felice, P., 265
Felipe V., 147
Fernando [Ferdinando] IV de Nápoles, 84, 85, 98, 131, 132, 506
Fernando [Ferdinando], archiduque, 115
Fernando VI, 14, 136, 147, 506
Fesch, Joseph, 270, 311
Fevre [Febure], Le, 95, 114, 191, 194, 195
Florez, 430, 463
Floridablanca, conde de, 36, 308, 496, 526
Frago, Agustín, 434
Francisco de Paula, infante, 177, 230, 231
Francisco II, emperador, 115
Francisco Jerónimo, beato, 73, 410
Fries, sargento mayor, 96, 97
Fuentes, conde de, 33, 273, 501

G

Gabrieli [Gabrielli], Julio, 47, 127, 256, 258, 262, 299, 329, 337
Gaddi, general, 115
Galeffi, Pedro Francisco, 125, 126
Galeoti, Juan, 497
Gales, príncipe de, 281
Galippi, Lorenzo, 49
Gallerati Escotti, Juan Felipe, 125
Gallo, marqués de, 219
Gamboni, Nicolás, 78, 459, 521
Ganganelli: Véase Clemente XIV
Gardoquí, monseñor, 260, 301
Gasca, Jerónimo de la, 377
Genga, monseñor, 258, 259
Gerónimo, Francisco, 73
Gioannetti, cardenal, 249
Gnecco, 199
Godoy, Diego, 173, 177
Godoy, Manuel, 21, 22, 164, 167, 175, 178, 464, 526
Gómez de Terán, Lorenzo, 377
Gómez, Pío, 292, 376, 462
Gonzaga, Luis Valentín, 124, 497
González Guerrero, Lorenzo, 43
Granada, duque de, 206
Gravina, Pedro, 498
Gregorio, Manuel de, 106
Grua, Jerónimo, 292, 430
Guerra, Ignacio, 432, 497
Gustavo Adolfo IV, 516

H

Hernández, padre, 83
Hervás, Lorenzo, 13, 14, 22, 395, 454

I

Idiáquez, Francisco Javier de, 206
Igilio, José, 290
Infantado, duque del, 23, 27, 81, 177, 204, 225, 296
Inglaterra, rey de, 236, 281
Isaías, arcángel, 242
Iturri, Francisco Javier, 137, 138
Iturrigaray, José de, 493

J

Jacinto, pagador, 135, 136, 197, 283, 392
Jacomeli, Luisa, 505
José de Nápoles, 231
José I de Portugal, 22, 30, 35, 98, 290
José II de Austria, 116
Jovellanos, Gaspar Melchor de, 36, 309, 310, 422, 526, 527
Juan de Portugal, 290
Junot, general, 44, 49, 110, 133, 291, 399, 413, 447, 448, 472

L

Labrador, Pedro, 292, 377, 424, 425
Larragorri, Domingo, 249
Lemarrois, general, 150, 299
Leopoldo, gran duque, 87, 208
Limarrou, general, 51
Liniers, general, 492
Litta, Lorenzo, 125, 126
Locatelli, Francisco María, 124, 438
Luis XVI, 168
Luis, infante, 167, 231, 464, 523, 525
Luisa Carlota, infanta, 231, 523

M

Mahmoud, 372
Malafriga, señora, 525
Malonda, conde de, 430
Mamachi, Tomás María, 89 n.
Marccaletti, 245
Marena, general, 399
Marescoti, conde, 107
María Francisca de Portugal, 63, 64
María Luisa de Parma, 15, 22, 28, 119, 133, 141, 145, 167, 168, 169, 170, 171, 177, 179, 227, 231, 234, 236, 237, 247, 289, 294, 295, 296, 321, 336, 352, 463, 464, 523, 524
María Luisa, infanta: Véase Etruria, reina de
Mariana, archiduquesa, 315, 316, 435, 437, 438
Marín, monseñor, 218
Marqueti, presidente, 76
Martínez de Viergol, Luis, 377
Marvellón, monseñor, 218
Masena [Massena], general, 414, 443, 444
Mattei, Alejandro, 57, 127, 386, 499
Mazarredo, José de, 28, 29, 279, 301, 309, 310, 353, 368, 401, 402, 474
Medinaceli, duque de, 203
Meléndez, 28, 279
Méndez, Manuel, 45
Menéndez, Rafael, 33, 275, 310, 467
Menochio, José Bartolomé, 219, 452
Menou, general, 446
Merenda [Mezenda], P., 219, 505
Merlin, general, 400, 401
Miollis, general, 22, 31, 68, 69, 71, 75, 76, 77, 83, 86, 92, 95, 96, 97, 102, 103, 104, 105, 109, 111, 118, 121, 122, 125, 132, 148, 149, 159, 160, 182, 183, 185, 187, 195, 199, 210, 213, 218, 221, 222, 241, 242, 243, 250, 253, 256, 258, 259, 260, 263, 276, 285, 293, 294, 297, 304, 314, 318, 341, 342, 343, 354, 355, 356, 357, 374, 376, 379, 380, 381, 393, 394, 395, 396, 408, 409, 416, 417, 419, 453, 457, 467, 468, 475, 476, 486, 505, 511

Módena, duquesa de, 115
Moncey, general, 23, 162, 163
Monti, poeta, 215, 298, 356
Moñino, José, 36, 37, 308, 352, 422, 496, 524, 526, 529, 530, 531, 533
Mora, agente, 84
Morla, Tomás, 37, 364, 493
Murat, general, 20, 24, 25, 34, 145, 162, 163, 165, 179, 186, 187, 225, 228, 229, 230, 237, 252, 275, 276, 277, 286, 327, 328, 333, 335, 336, 376, 393, 394, 420, 421, 442, 470, 477, 494, 499, 507, 511
Mustafat, emperador, 372
Muzzareli, 410

N

Napoleón I, 91, 150, 152, 153, 155, 157, 163, 168, 182, 193, 194, 202, 204, 210, 220, 221, 231, 245, 269, 289, 307, 328, 367, 420, 455
Napoleón, Joaquín, 328, 335, 376, 420, 421, 422, 442, 443, 468, 487
Napoleón, José, 108, 130, 219, 220, 221, 233, 245, 252, 278, 289, 306, 309, 310, 327, 328, 333, 336, 364, 367, 368, 377, 392, 394, 400, 401, 402, 403, 424, 455, 482
Navia, Joaquín, 277, 302, 361
Negrete y de la Torre, Manuel María de, 483
Negrete, monseñor, 301, 424

Ñ

Núñez, Fernando, 203

O

O'Farril, Gonzalo, 482, 483, 484
Odescalchi, Antonio María, 459
Oeiras, conde de, 290
Oliveira, Timoteo, 63, 64
Opizzoni, cardenal, 348
Orgaz, conde de, 81
Osma, P., 497
Osorio, Antonio, 274
Osorio, Ignacio, 33, 274

P

Pacca, Bartolomé, 32, 262, 337, 378, 385, 386, 398, 408, 510
Paccanari, Nicolás, 313, 314, 315, 316, 435, 436, 437, 438, 439, 484, 504, 505
Pallavicini, Lázaro Opicio, 71, 497
Palomares, Valentín, 141
Palomo, Joaquín, 43, 49, 84, 175, 249, 251, 260, 267, 284, 291, 292, 398
Pando, 377
Paniri, P., 89
Panni, P., 219, 241
Parque, duque del, 310
Paulam, Francisco, 229, 230, 231, 236, 321, 463, 523
Paulo V, 246
Paz, príncipe de la, 15, 21, 23, 26, 29, 32, 33, 37, 45, 48, 62, 80, 81, 108, 119, 120, 133, 138, 144, 145, 161, 164, 165, 166, 167, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 177, 180, 181, 200, 201, 205, 206, 225, 226, 227, 229, 235, 236, 239, 246, 252, 277, 287, 289, 290, 292, 297, 302, 304, 305, 308, 358, 361, 399, 403, 424, 460, 464, 474, 482, 483, 492, 493, 513, 518, 519, 524, 525, 526, 527
Pedro de Portugal, 64
Peñalver, 430, 463
Peñalver y Cárdenas, José María, 430 n.
Perales, marqués de, 493
Perego, Luis, 350
Pérez, Juan Andrés, 43
Perignon, 333
Pietro, cardenal de, 194, 385, 386, 398, 510
Pignateli, José de, 319

Pignatelli, Francisco María, 33, 50, 103, 104, 151, 152, 273, 335, 347, 431, 437
Pino, general, 150
Pinto, P.: Véase Joaquín Palomo
Pinto, Rodrigo, 290
Piñuela, Sebastián, 27, 178, 204, 310
Pío VI, 13, 16, 64, 67, 73, 78, 90, 115, 125, 217, 243, 263, 387, 496, 498, 499
Pío VII, 16, 22, 31, 32, 57, 66, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 85, 86, 88, 91, 92, 94, 95, 102, 107, 109, 110, 111, 112, 113, 118, 121, 122, 143, 183, 184, 185, 187, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 212, 213, 217, 222, 241, 243, 244, 249, 257, 258, 267, 268, 270, 286, 321, 323, 338, 340, 341, 345, 357, 373, 375, 379, 382, 390, 408, 409, 419, 451, 452, 453, 454, 458, 470, 471, 475, 476, 478, 479, 480, 488, 490, 496, 498, 506, 508, 509, 518
Piranesi, 215, 242
Pombal, marqués de, 290
Ponte Corvo, príncipe de: Véase Bernardote
Porta, Jerónimo de la, 214, 218, 489, 490
Poveda, P., 115

Q

Quiñones, general, 115

R

Regis, secretario, 46
Rezzonico, Abundio, 132
Riganti, monseñor, 259
Roda, Manuel de, 37, 311, 352, 497, 524, 531, 533
Rodríguez, Manuel, 247
Rodríguez, Ramón, 135, 136
Rojas, beato, 250, 343
Romana, conde de la, 59, 133, 271, 370, 403, 483
Romanzov, conde de, 441, 515
Roverella, Aurelio, 87, 125, 129, 499
Rufo Scilla, Luis, 50, 103, 108, 151, 152, 335
Rufo, Fabricio, 51, 105, 108, 151, 259, 270
Rusia, Alejandro de,

S

Salazar, Hilario, 395
Saliceti, Christophe, 79, 264
Saluzzo, Fernando María, 50, 103, 104, 151, 152, 321
Salvioni, Luis P., 242
San Carlos, duque de, 81
Santa Cruz, marqués de, 34, 277, 361
Santa Cruz, marquesa de, 33, 276, 278
Santos Aparicio, Carlos, 188
Selim, emperador, 372
Serra, José de, 377
Sicher, Pablo, 115
Silva, cónsul, 425
Solana, marqués de la, 34, 275, 303, 363
Soler, Miguel Cayetano, 174, 305
Somaglia, Julio María, 125, 315
Soto, obispo, 272
Souza, conde de, 292
Stambi, Vicente María, 330, 459
Strozzi, 237
Suecia, rey de, 59, 97, 133, 189, 238, 271, 371, 403, 449, 515, 516

T

Telleyrand, obispo,
Terán, Joaquín, 115, 462
Tiranesi, 297
Torre, Bernardo de la, 335, 521

Tosi, Joaquín, 380
Tronco, Juan Manuel, 318
Tudó, Pepita, 25, 164, 167, 173, 464

U

Urquijo, Mariano Luis, 28, 29, 279, 308, 310, 350, 353, 368, 392, 424, 464, 483, 484

V

Vanni, coronel, 396, 397, 422
Vargas Llaguno, Antonio, 377
Vázquez, general, 75
Vedova, padre, 316, 438
Vega, Juan de, 435
Vincenti, Hipólito Antonio, 127, 498
Vivaldi, marqués, 393

HISTORIA

DIARIO DE 1808. EL AÑO DE LA CONSPIRACIÓN

En su diario de 1808, el jesuita expulso Manuel Luengo ofrece un testimonio de primera mano sobre diversos acontecimientos determinantes en la evolución política de Europa: la ocupación de Roma por parte de las tropas napoleónicas y la reclusión del papa Pío VII en su palacio del Quirinal, así como los vertiginosos sucesos que desembocaron en la Guerra de la Independencia española. Todos estos aspectos recibieron un minucioso tratamiento en el diario del jesuita, que suscribía las principales tesis ideológicas de la Compañía de Jesús. Desde esta perspectiva, la historia europea de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX era el resultado de las conspiraciones de filósofos, jansenistas y francmasones.

Desde el observatorio romano, los jesuitas exiliados fueron testigos excepcionales de las ambiciones militares de Napoleón. Además, a pesar de las limitaciones impuestas a la comunicación con España, pudieron conocer los hechos que desencadenaron el inicio de la Guerra de la Independencia y valorarlos según su peculiar espíritu contrarrevolucionario, para el que los franceses encarnaban el mal absoluto.

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

http: //publicaciones.ua.es